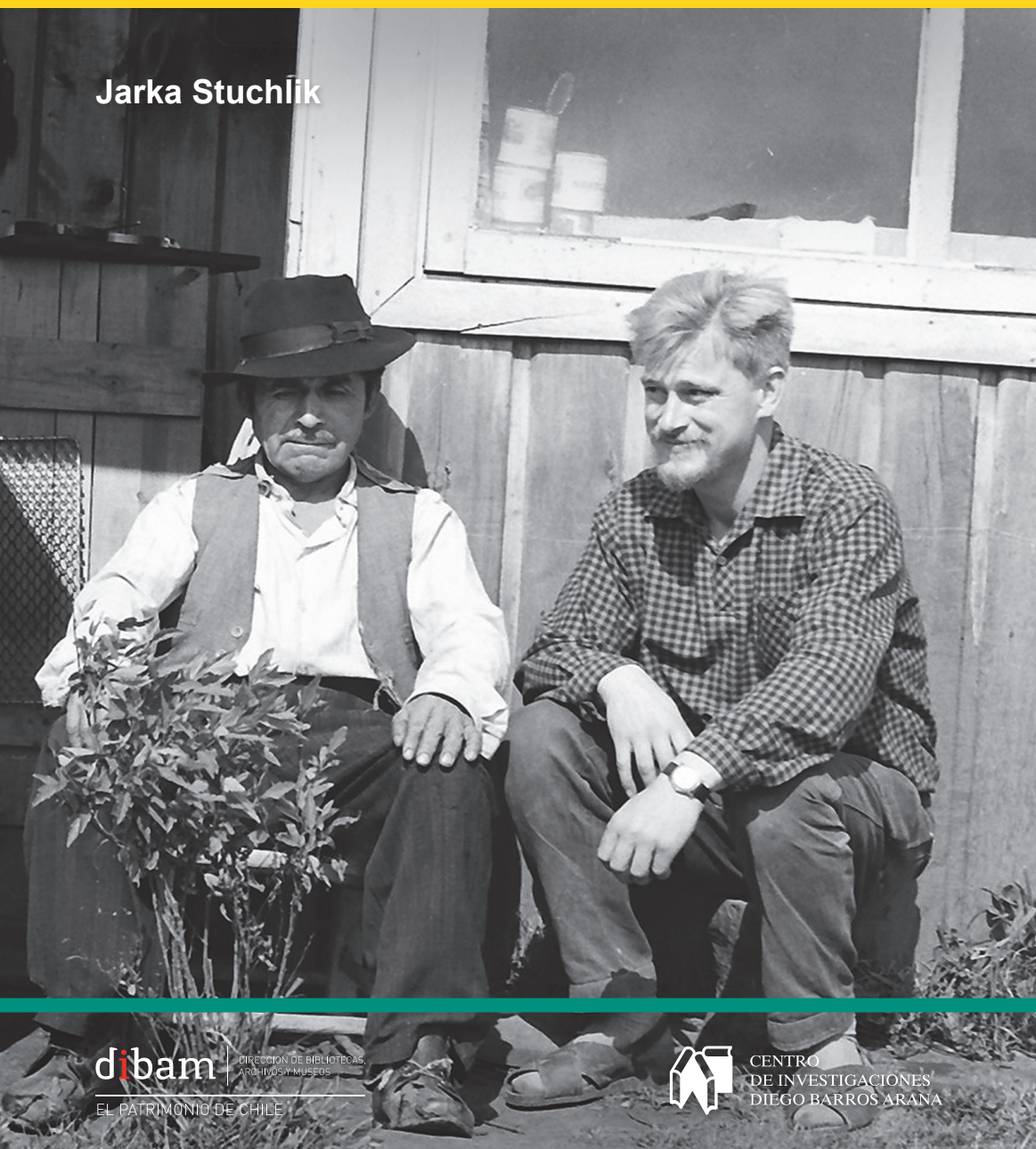


FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA
Volumen XLIII

FLORES DE COBRE. CHILE ENTRE 1969 Y 1973

Jarka Stuchlík



Jarka Stuchlik, Bachiller en Lenguas por el Instituto de Idiomas de Praga, se especializó en checo, ruso, alemán y francés. Entre 1971 y 1973 cursó Licenciatura en Antropología Social en la Universidad Católica de Temuco, y en 1985 obtuvo la Maestría en Lingüística Española y Portuguesa en la Queen's University de Belfast. Su trabajo consiste en traducir al checo obras de Ciencias Sociales y Humanidades.

FLORES DE COBRE.
CHILE ENTRE 1969 Y 1973

JARKA STUHLIK

TRADUCIDO POR GORGAS ROMERO Y WILLIE BARNE
EN COLABORACIÓN CON LA AUTORA

dibam | DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

EL PATRIMONIO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. 2017
Inscripción N° A-282085

ISBN 978-956-244-390-6 (título)
ISBN 956-244-001-X (colección)

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y
Representante Legal
Sr. Angel Cabeza Monteiro

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y
Director Responsable
Sr. Rafael Sagredo Baeza

Editor
Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Corrección de Textos
Sr. Jaime Rosenblitt Berdichesky
Sr. Arturo Molina Burgos

Restauración electrónica de imágenes
y composición de textos
Sr. Arturo Molina Burgos

Fotografía de Portada
Milan Stuchlik y su amigo Carlos Huenchuman,
sentados frente a la pieza que Milan arrendaba en la escuela de Coipuco (1970)
Archivo personal de Jarka Stuchlik

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651
Teléfono: 223605283
www.barrosarana.cl
Santiago de Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

**FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA
VOLUMEN XLIII**

**FLORES DE COBRE.
CHILE ENTRE 1969 Y 1973**

Jarka Stuchlik

CON UN ESTUDIO INTRODUCTORIO
DE CONSTANZA DALLA PORTA ANDRADE

TRADUCIDO POR GORGAS ROMERO Y WILLIE BARNE
EN COLABORACIÓN CON LA AUTORA



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

En memoria del CERER

ESTUDIO INTRODUCTORIO

UNA FAMILIA CHECOSLOVACA EN CHOLCHOL

El avión donde viajaba Jarka Stuchlik aterrizó en Santiago de Chile en junio de 1969. Llegaba a un punto remoto del mapamundi para encontrarse con su esposo, Milan, antropólogo social que realizaba su trabajo de campo sobre los mapuches de la reducción de Coipuco, ubicada en el sur de Chile, en la provincia de Cautín. Junto a sus dos pequeños hijos, Lidia y Peter, la familia se instaló en una cabaña en el pueblo de Cholchol, realizando viajes esporádicos a la ciudad de Temuco y Concepción, y visitando a las amistades que Milan había forjado durante su investigación. Su testimonio narra las vicisitudes de una extranjera que se enfrenta a una cultura y un idioma desconocidos, pero que con el paso de los años se logra adaptar para involucrarse sentimental y políticamente con el devenir del país que los acogió.

De esa forma, casi sin proponérselo, Jarka fue un testigo privilegiado de los convulsos años que marcaron de manera profunda la historia del Chile del siglo xx. Su nostálgico relato constituye una descripción detallada de la cotidianidad chilena de fines de la década de los sesenta y principios de la de los setenta, reflejando el ambiente político, la participación de la sociedad en las movilizaciones populares y las transformaciones culturales ocurridas en dicho período. Su acercamiento al idioma español también refleja estos cambios, pues a medida que pasan los años, cada vez más se pregunta por el significado de palabras como ‘pueblo’, ‘democracia’, o ‘revolución’. Al mismo tiempo, la amplitud de su relato dificulta su encasillamiento en un solo universo temático.

Sin embargo, debido a la zona donde se asentó y al trabajo que realizaba Milan y que luego ella decidió ejercer, su historia es un retrato muy valioso sobre las comunidades mapuches y su posición en la sociedad chilena. La provincia de Cautín fue uno de los principales escenarios de movilización social rural durante el gobierno de la Unidad Popular, asociada al desarrollo de la Reforma Agraria y a la participación de las comunidades mapuches y algunos militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en dicho proceso. La posición de Milan en la Universidad de Concepción, cuna del MIR, la creación del Centro de Estudios de la Realidad Regional (CERER) y la posibilidad de adentrarse en algunas reducciones cercanas a Cholchol, convierten a Jarka en una observadora

muy peculiar. Al mismo tiempo, Milan fue consultado como experto en el “tema mapuche” por el Ministerio de Agricultura y la Corporación de Reforma Agraria, instituciones para las cuales el antropólogo redactó numerosos informes que servirían para asesorar la política indígena del gobierno de Salvador Allende. Desde esa posición, Jarka describió algunas de las costumbres de la reducción con la que se familiarizó, y lo que ella interpretó como sus aspiraciones y principales anhelos. Las constantes menciones a Milan, su trabajo y su forma de comprender a la sociedad mapuche no deben engañar al lector: es Jarka la protagonista y narradora de esta historia. Como una observadora de la sociedad rural, su relato describe los vaivenes personales y colectivos que marcaron la ruta del campo durante el gobierno de la Unidad Popular.

LAS COMUNIDADES MAPUCHES Y EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

La “vía chilena al socialismo” de la Unidad Popular (UP) llamó la atención del mundo entero. En pleno desarrollo de la Guerra Fría, Chile elegía mediante voto popular al presidente Salvador Allende, quien aseguraba que la transformación socialista del país podía conquistarse a través de la vía legal. Sin embargo, la tarea propuesta por el gobierno enfrentó una serie de conflictos que, paradójicamente, no siempre provinieron de la oposición. En palabras del historiador Peter Winn, la “vía chilena al socialismo” se enfrentó a un desborde de movilizaciones que cuestionaron los límites de las reformas pausadas¹: la implementación de cambios *desde arriba*, de acuerdo con las normas legales, fue cuestionada por una movilización *desde abajo* que puso en duda sus tiempos, su secuencia y su velocidad, desbordando los marcos reformistas.

La Reforma Agraria constituyó una política esencial en la transición al socialismo durante la Unidad Popular², y como tal, no estuvo exenta de esta tensión: en el agro, las políticas institucionales implementadas por el gobierno se enfrentaron con la movilización de los actores que eran sus destinatarios. El camino fue particularmente dificultoso debido a que la UP no contaba con mayoría parlamentaria en el Congreso para aprobar una nueva ley de Reforma Agraria, por lo que debieron trabajar con la legislación que había creado la Democracia Cristiana. Dicho obstáculo se sumó, además, a la heterogeneidad ideológica que tenían los partidos miembros de la coalición sobre el papel del campo y los

¹ Peter Winn, *La revolución chilena* (Santiago, LOM Ediciones, 2013), pp. 57-63 y “The Furies of the Andes. Violence and Terror in the Chilean Revolution and Counterrevolution”, in Greg Garden y Joseph Gilbert (eds.), *A century of revolution: insurgent and counterinsurgent violence during Latin America's long cold war* (London, Duke University Press, 2010), pp. 240-256.

² Norma Stoltz Chinchilla & Marvin Sternberg, “The Agrarian Reform and campesino consciousness”, in *Latin American Perspectives*, vol. 1, N° 2 (Riverside, 1974), p. 106.

campesinos en este proceso. El gobierno de Salvador Allende no pudo contar con una política agraria clara y unificada, y al momento de aplicarla surgieron importantes discrepancias entre los partidos de izquierda³. Estas se reflejaron, por ejemplo, en la disputa por la superficie mínima para que un predio fuera expropiado, en el apoyo que algunos partidos dieron a las tomas ilegales cuando eran condenadas abiertamente por el gobierno, en la discusión que generaron las organizaciones de transición como los Centros de Reforma Agraria (CERA) o los Centros de Producción (CEPRO), o la controversia por la constitución de los consejos campesinos. Asimismo, cabe recordar que la Unidad Popular se enfrentó de forma continua con una acérrima oposición que resistió la profundización de la Reforma, en un primer momento de manera discursiva y luego mediante la acción directa y organizada.

Cristóbal Kay lo explica esta tensión de la siguiente manera. Cuando la situación en la sociedad rural se percibió en el ámbito nacional e internacional como insostenible y posible foco de conflictos más radicales, se abrieron canales legales para que los trabajadores campesinos manifestaran sus demandas. Sin embargo, los campesinos y sus aliados políticos percibieron una “oportunidad histórica” y aumentaron significativamente las movilizaciones por la tierra y por conseguir reivindicaciones socioeconómicas, lo que se expresó, por ejemplo, en un aumento importante de las tomas ilegales de terrenos para presionar y acelerar el desarrollo de la Reforma Agraria entre marzo de 1970 y septiembre de 1973⁴. La exclusión de un gran porcentaje de campesinos, que no fueron considerados beneficiarios del proceso, así como el hecho de que solo la tierra podía ser expropiada (no así las maquinarias y herramientas), contribuyeron a la intensificación de la movilización durante ese período⁵.

Las comunidades mapuches del sur de Chile fueron actores protagonistas durante el gobierno de la UP. La movilización que realizaron interpeló al gobierno a hacerse cargo, de alguna manera, del histórico “problema mapuche”. Si bien sus orígenes se remontan al proceso de colonización militar y reparto de tierras de La Araucanía durante el siglo XIX, las conflictivas relaciones entre el Estado y

³ María Antonieta Huerta, “Otro agro para Chile”: *Historia de la Reforma Agraria en el proceso social y político* (Santiago, CISEC-CESOC, Editorial Chile-América, 1989), p. 404; Brian Loveman, “Unidad Popular in the Countryside: Ni Razón, Ni fuerza”, in *Latin American Perspectives*, vol. 1, N° 2 (Riverside, 1974), p. 153; Chinchilla & Sternberg, *op. cit.*, p. 117; Kyle Steenland, “Rural Strategy under Allende”, in *Latin American Perspectives*, vol. 1, N° 2 (Riverside, 1974), p. 131.

⁴ Cristóbal Kay, “Estructura agraria, conflicto y violencia en la sociedad rural de América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 63, N° 4 (México, D.F., 2011), pp. 166-167.

⁵ Judith Astelarra, *Land reform in Chile during Allende's Government*, a thesis presented to the Faculty of the Graduate School of Cornell University for the degree of Doctor of Philosophy (Ithaca, 1975), p. 224; Jorge Echeñique, “Mesa 5: mundo rural y profundización de la Reforma Agraria”, en Pedro Milos (ed.), *Chile 1971, El primer año de gobierno de la Unidad Popular* (Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013), p. 169.

las comunidades mapuches se mantuvieron durante todo el siglo xx⁶, transitando por etapas de mayor o menor violencia⁷. El estudio realizado por Florencia Mallon sobre la comunidad de Nicolás Ailío demostró la continuidad del papel del Estado frente al pueblo mapuche, favoreciendo continuamente a los colonos extranjeros e incentivando la actividad empresarial en la zona, postergando los derechos de la comunidad⁸.

De esa manera, el período de 1970-1973 marcó el cruce entre la “cuestión rural” y el “problema mapuche” a través del proceso de transformación del agro. Las comunidades mapuches no fueron consideradas en la legislación de Reforma Agraria, y por ello, al llegar Salvador Allende al poder, interpellaron al gobierno para que de una vez por todas el Estado se hiciera cargo del problema que las aquejaba⁹. A través de la demanda que surgió de las mismas comunidades, el gobierno de la UP intentó incorporar la “cuestión indígena” a las estrategias agrarias de gobierno y, discursivamente, la calificó como una preocupación fundamental de la que había que hacerse cargo¹⁰. Sin embargo, en un primer momento dicha incorporación se realizó a través de categorías de clase, que muchas veces dejaron en un segundo plano las diferencias culturales e históricas que las comunidades tenían con otros grupos de campesinos de Chile¹¹, pero que surgieron a la luz de las oleadas de movilización impulsadas en el sur del país.

La literatura existente ha descrito de manera amplia las particularidades que tuvo la movilización mapuche en el escenario de Reforma Agraria, que convirtió a la provincia de Cautín en un escenario diferente de conflicto sociopolítico durante el período 1970-1973¹². Dichas particularidades se pueden agrupar en torno a cuatro características principales: la estrategia utilizada (tomas de fundo), las demandas sostenidas (restitución de tierras), su petición de participación (con-

⁶ José Bengoa, *Historia de un conflicto. El Estado y los Mapuches en el siglo xx* (Santiago, Planeta, 1999), p. 13; Jorge Pinto, “El conflicto Estado-Pueblo Mapuche, 1900-1960”, en *Universum*, vol. 1, N° 27 (Talca, 2012), p. 188.

⁷ Véase Thomas Klubbock, “The nature of the frontier: forest and peasant uprisings in southern Chile”, in *Social History*, vol. 36, N° 2 (London, 2011), p. 141.

⁸ Florencia Mallon, *La sangre del copihue: la comunidad Mapuche de Nicolás Ailío y el Estado Chileno. 1906-2001* (Santiago, LOM Ediciones, 2004), p. 218.

⁹ El exministro de Agricultura, Jacques Chonchol, indica que cuando Allende fue elegido recibió una invitación de las comunidades indígenas de Temuco que solicitaban la creación de una nueva legislación; lo que motivó la visita a la ciudad. Claudio Robles, *Jacques Chonchol. Un cristiano revolucionario en la política chilena del siglo xx. Conversaciones con Claudio Robles Ortiz* (Santiago, Universidad Finis Terrae, 2016), p. 241.

¹⁰ Joanna Crow, “Debates about Ethnicity, Class and Nation in Allende’s Chile (1970-1973)”, in *Bulletin of Latin American Research*, vol. 26, N° 3 (London, 2007), p. 322 y “From Araucarian Warriors to Mapuche terrorist: contesting discourses of gender, race and nation in modern Chile (1810-2010)”, in *Journal of Iberian and Latin American Studies*, vol. 20, N° 1 (Leeds, 2014), p. 98.

¹¹ Mallon, *La sangre...*, *op. cit.*, pp. 79-81; Crow, “Debates about...”, *op. cit.*, p. 319 y Bengoa, *op. cit.*, p. 138.

¹² Robles, *op. cit.*, p. 35.

sejos campesinos) y su vinculación con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y su brazo rural: el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR).

Una de las principales expresiones de la *revolución desde abajo* para la sociedad rural fueron las tomas de fundo realizadas por campesinos¹³. A pesar de que fue una forma de movilización que estuvo presente en la mayoría de las regiones rurales de Chile, las tomas se concentraron especialmente en la provincia de Cautín, acelerándose luego del inicio del período de gobierno de Salvador Allende –proceso que fue denominado como el “cautinazo”–. En palabras de su ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, el gobierno no estaba preparado y no había previsto tal grado de movilización, y, como no contaban con una estrategia clara, debieron operar sobre la marcha¹⁴. La situación de las tomas de las comunidades mapuches al sur de Chile, entonces, enfrentó al gobierno a un doble problema: no solo debían solucionar la toma en sí misma sino que debieron incorporar a los mapuches en el proceso de Reforma Agraria, y, en última instancia, al discurso del gobierno, cuando no se había considerado una estrategia particular para su situación. Por ello, junto con los llamados abiertos de Salvador Allende a que los mapuches movilizados actuaran dentro de los márgenes de la ley¹⁵, el Presidente decidió trasladar el Ministerio de Agricultura a la provincia de Cautín y comenzó las tramitaciones para redactar una nueva ley indígena, en vistas a darle una solución legal al mentado “problema mapuche”¹⁶.

El Ministro llegó a la ciudad de Temuco el 4 de enero de 1971. El Consejo de la Corporación de Reforma Agraria, instancia encargada de decidir las expropiaciones, sesionó en Cautín entre enero y febrero de 1971, intentando resolver las demandas de las comunidades mapuches combinando los esfuerzos de expropiación con los de restitución de las tierras ancestrales que estas demandaban. Como resultado, durante ese período, se expropiaron catorce predios a su favor, con una superficie de aproximadamente 1.468 ha de riego básico, donde algunos miembros de las comunidades mapuches formaron parte de los asentamientos¹⁷. En paralelo a las sesiones del consejo de la CORA y a la aplicación de planes específicos para la provincia, Jacques Chonchol se reunió con Miguel Enríquez –célebre dirigente y fundador del MIR– para solicitar el freno de las tomas¹⁸, y requirió la asesoría de expertos que trabajaran junto al Ministerio de Agricultura. Milan Stuchlik, esposo de Jarka, fue uno de ellos. El primer informe que elaboró

¹³ Robles, *op. cit.*, pp. 34-35.

¹⁴ *Op. cit.*, pp. 34, 241 y 243.

¹⁵ Crow, “From Araucarian...”, *op. cit.*, p. 90.

¹⁶ La Ley indígena (N° 17.729) fue promulgada en 1972. Martín Correa, Nancy Yáñez y Raúl Molina, *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975* (Santiago, LOM Ediciones, 2005), p. 143; Eduardo Mella, *Los mapuche ante la justicia. La criminalización de la protesta indígena en Chile*. (Santiago, LOM Editores, 2007).

¹⁷ Correa, Yáñez y Molina, *op. cit.* p. 148.

¹⁸ Dichas reuniones no dieron resultado, pero reflejan el esfuerzo del gobierno por darle solución al problema de las tierras mapuche. Robles, *op. cit.*, p. 34.

se tituló “El Estado actual de la sociedad mapuche y algunas sugerencias para la solución de los problemas de su desarrollo integral”, y fue publicado como anexo en un libro del año 1974 sobre los rasgos de la sociedad mapuche contemporánea. El párrafo introductorio resumía la situación del gobierno y la propia postura de Milan, descrita de manera detallada por Jarka. Comenzaba de la siguiente manera:

“Las autoridades chilenas están decididas a encontrar una solución factible, concreta y justa en lo que puede llamarse “el problema Mapuche”. Dicha solución necesariamente debe basarse en datos concretos acerca de la sociedad mapuche contemporánea, en su desarrollo histórico y en la formulación de planes acerca de su desarrollo integral. Basándonos en nuestra experiencia adquirida en investigaciones antropológicas, directamente entre los Mapuche, quisiéramos proporcionar algunas observaciones que consideramos de importancia”¹⁹.

Por su parte, una de las principales motivaciones de las comunidades mapuches que lideraron las tomas de fundo fue la recuperación de las tierras ancestrales que les habían sido usurpadas durante décadas. Esta demanda preferente por la tierra diferenció a la movilización indígena del conflicto del resto de la sociedad rural chilena, donde predominaban las reivindicaciones salariales²⁰. Probablemente, según explica José Bengoa, las comunidades vieron en las tomas de fundos una posibilidad eficaz de resolver sus “pleitos históricos”, que no habían encontrado otra forma de resolución, en un contexto donde el gobierno no utilizó la violencia para desalojar a los ocupantes de los predios afectados²¹.

Otro de los conflictos a los que debió hacer frente el gobierno de la Unidad Popular fue el problema de la participación campesina en el proceso de Reforma Agraria. Esta cuestión fue un tema esencial en la discusión política del momento, considerando el papel que tenía la Reforma en la transición al socialismo que quería conseguir el gobierno de Salvador Allende, y las falencias que se habían detectado del proceso anterior liderado por la Democracia Cristiana²². Por ello, la Unidad Popular decidió la creación de los consejos campesinos, en el ámbito nacional y comunal, a través del decreto 481 de diciembre de 1970. Los

¹⁹ Milan Stuchlik, *Rasgos de la sociedad mapuche contemporánea* (Santiago, Ediciones Universitarias de La Frontera, 1974), p. 93. El resultado de toda la investigación de Milan durante su estadía en Chile fue publicado en español en 1999: Milan Stuchlik, *La vida en mediería: mecanismos de reclutamiento social de los mapuches* (Santiago, SOLES, 1999).

²⁰ Huerta, *op. cit.*, p. 334, Almino Affonso, “El sindicato campesino: agente de cambio”, en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 5 (Santiago, 1970), p. 130. Emilio Klein aclara que esta situación comenzó a cambiar una vez avanzado el gobierno de la UP. Emilio Klein, *Antecedentes para el Estudio de Conflictos Colectivos en el Campo 1967-1971* (Santiago, ICIRA, 1972), pp. 1-2.

²¹ Bengoa, *op. cit.*, p. 147.

²² Cristóbal Kay, “La participación campesina bajo el gobierno de la Unidad Popular en Chile”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 36, N° 2 (México, D.F., 1974), p. 280 y “Agrarian reform and the class struggle in Chile”, in *Latin American Perspectives*, vol. 5, N° 3 (Riverside, 1975), p. 136.

consejos fueron pensados como instancias que permitirían canalizar las preocupaciones locales al gobierno central, su composición estaba establecida y sus atribuciones eran meramente consultivas y de asesoría.

De nuevo los consejos campesinos fueron un escenario de disputa política, donde las comunidades mapuches demandaron la reestructuración de la composición de sus miembros, eligiéndolos mediante votación y no por medio de decretos del gobierno: oponer los consejos por la base a los consejos por decreto. Esto ocurrió especialmente en Cautín, donde una vez más las comunidades mapuches forzaron al Estado a reformular su política agraria²³. Fernando Castillo y Jorge Larraín han explicado la posibilidad de que esta excepción haya estado vinculada de forma íntima a las demandas por la tierra, donde la lucha economicista no estaba tan arraigada como en otros sectores²⁴. Asimismo, los consejos ligados al Partido Socialista y al MIR sostenían la necesidad de incorporar a otros sectores explotados del campo, que no habían sido considerados beneficiarios del proceso de Reforma Agraria, tales como afuerinos o cesantes rurales²⁵. Esta estrategia constituyó una de las experiencias más relevantes de organización rural durante el proceso de “vía chilena al socialismo”²⁶.

Justamente, como ha demostrado Joanna Crow, la vinculación del MIR con las comunidades mapuches del sur de Chile ha sido motivo de bastante debate y controversia. Mientras algunas voces vieron con entusiasmo una relación colaborativa, otros actores, incluyendo al matrimonio Stuchlik, denunciaron que los jóvenes militantes miristas manipulaban a las comunidades y se aprovechaban de una coyuntura única de conflicto social²⁷. Independiente del carácter de dicho vínculo, lo cierto es que los miembros del MIR alentaron tomas de fundo, de manera principal en la provincia de Cautín, viendo en las comunidades indígenas un actor con el potencial revolucionario que Chile necesitaba²⁸.

Al mismo tiempo, los mapuches tuvieron una posición privilegiada en el imaginario mirista, quienes utilizaron la figura del campesino araucano explotado como uno de sus referentes principales²⁹. La fundación del Movimiento Cam-

²³ Crow, “Debates about...”, *op. cit.*, p. 330.

²⁴ Fernando Castillo y Jorge Larraín, “Poder obrero-campesino y transición al socialismo”, en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 10 (Santiago, 1971), p. 187.

²⁵ Huerta, *op. cit.*, p. 373.

²⁶ Ovidio Cárcamo, “Movimiento campesino revolucionario y consejos comunales campesinos de base. Una experiencia de Poder Popular en Chile”, en *Desacatos*, N° 52 (México D.F., 2016), p. 109.

²⁷ Crow, “Debates about...”, *op. cit.*, p. 329.

²⁸ Kyle Steenland, *Agrarian Reform under Allende. Peasant Revolt in the South*, Albuquerque, University of New Mexico Press, año, pp. 211-212; Florencia Mallon, “Barbudos, Warriors and Rotos: The MIR, Masculinity, and Power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-1974”, in Matthew C. Gutmann (ed.), *Changing Men and Masculinities in Latin America* (Durham, Duke University Press, 2003), p. 183; Daniel Carter, *Ideology, nation and frontier in Chile. Political actors during the agrarian reform period in the province of Cautín, 1967- 1973*. Dissertation for the degree of Doctor of Philosophy University of Cambridge (Cambridge, University of Cambridge, 2013), p. 82.

²⁹ Mallon “Barbudos...”, *op. cit.*, pp. 204-205.

pesino Revolucionario (MCR) se llevó a cabo justamente en Cautín, el 12 de septiembre de 1971, y la presencia de militantes mapuches en sus bases y dirigencias fue fundamental. Pocas semanas después de su formación, el militante Moisés Huentelaf murió asesinado durante la toma del fundo Chesque de Loncoche y su caso se convirtió en un ejemplo paradigmático para la lucha campesina. En el primer homenaje organizado en su nombre, Miguel Enríquez resumía la percepción del MIR y el MCR sobre la lucha campesina, relatando lo sucedido a la dirección nacional de la siguiente forma:

“Como ocurre a lo largo de todo el campo chileno, campesinos pobres, sin tierra, se organizan para conquistar ellos mismos lo que la ley les niega: la tierra. Explotados por décadas, marginados de los beneficios de la sociedad, desarmados, unidos solo por su miseria y decisión, se tomaron un fundo donde no se explotaba la tierra”³⁰.

El MCR lideró una estrategia particular de movilización rural que tenía como objetivo principal la recuperación de tierras arrebatadas: las célebres corridas de cerco. Las corridas consistieron en una acción colectiva realizada por las comunidades mapuches donde se recuperaban los límites originales de los territorios, definidos por el título de merced, incorporando tierras que habían sido usurpadas por predios colindantes³¹. Una interesante descripción de este proceso puede encontrarse en las *Memorias de lucha campesina* de Julián Bastías, quien recalca la importancia de las corridas de cerco en la generación de conciencia de clase de los miembros de las comunidades de Cautín y la relación de dicha estrategia con las preocupaciones de los militantes miristas³².

En resumen, la experiencia de las comunidades mapuches del sur de Chile enfrentó una coyuntura sin precedentes. La provincia de Cautín constituyó uno de los epicentros de movilización rural, en especial durante el gobierno de la Unidad Popular. El caso de las comunidades indígenas constituyó un ejemplo paradigmático de las tensiones entre *lexis* y *praxis* del proceso de Reforma Agraria, en la medida en que las estrategias de movilización indígena demandaron de manera continua al Estado y al gobierno la necesidad de poner el foco en un actor social que había sido históricamente postergado, pero que demostró su capacidad de organización convirtiéndose en uno de los protagonistas de los primeros años del gobierno popular. Si bien las respuestas de la Unidad Popular fueron una acción institucional que avanzaba mucho con respecto a las iniciativas de gobiernos anteriores, su política agraria no fue suficiente para resolver los problemas por la tierra que tenían las comunidades mapuches³³.

³⁰ Suplemento de la edición N° 143 de la revista *Punto Final* (Santiago, 9 noviembre de 1971), p. 2

³¹ Correa *et al.*, *op. cit.*, p. 126.

³² Julián Bastías, *Memorias de lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundo* (Santiago, LOM Ediciones, 2009), p. 86 y ss.

³³ Mella, *op. cit.*, p. 64; Carter, *op. cit.*, p. 209.

De todas maneras, el proceso fue violentamente interrumpido por el golpe de Estado de septiembre de 1973, donde muchos de los miembros de las comunidades mapuches fueron perseguidos, torturados, ejecutados o hechos desaparecer, inaugurando nuevos ciclos de violencia rural³⁴. Los conflictos actuales que se evidencian en la zona de la Araucanía, la represión y criminalización constante a la que son sujetas las comunidades indígenas hoy, son nuevamente una muestra de la continuidad de un Estado que ha fallado en hacerse cargo de un problema histórico.

FLORES DE COBRE

El texto que se presenta a continuación se inserta en el universo temático antes descrito, del cual la literatura e historiografía es abundante, tanto la que fue escrita durante el período de la Unidad Popular e inmediatamente después del golpe de Estado, como los estudios actuales que revisitan el período para analizarlo desde nuevos enfoques. Desde una perspectiva testimonial personal, el texto de Jarka Stuchlik permite la identificación de directrices muy interesantes que dinamizan el retrato sobre un período crucial de la historia reciente de Chile.

En primer lugar, su testimonio incorpora un juego de escalas constante, tanto en el ámbito nacional como internacional. El relato de Jarka transcurre principalmente en la provincia de Cautín, ubicada en la zona sur de Chile, que, como se revisó, fue protagonista de una movilización social que tuvo características particulares durante la Unidad Popular, que marcaron una diferencia con respecto a otras zonas del país. En este sentido, la posibilidad de contar con historias que se sitúen al margen de los núcleos urbanos, contribuye a la descentralización de la literatura, relevando las perspectivas locales y las miradas particulares que también contribuyen a una explicación cabal y acabada de los procesos sustanciales del siglo xx. El lente explicativo se expande y se reduce continuamente³⁵.

Los paralelos continuos entre Chile y Checoslovaquia, por su parte, fortalecen el diálogo con el escenario internacional a partir de los contrastes de dos casos emblemáticos en un contexto de guerra fría. Las apreciaciones de Jarka, sus críticas a la invasión soviética y la denuncia constante de ingenuidad e inmadurez política de los jóvenes estudiantes miembros del MIR, recuerdan al

³⁴ Florencia Mallon, “El 11 de septiembre visto desde el sur: el allanamiento de Nehuentúe en el discurso golpista”. Ponencia presentada en el seminario “A 40 años del Golpe de Estado en Chile. Usos y Abusos de la Historia”, realizado en el GAM (Santiago, 4 septiembre de 2013); Claudio Barrientos, “Historiografía del golpe y la dictadura: la mirada de los otros. Etnicidad y región en el estudio de la historia reciente chilena”. Ponencia presentada en el seminario “A 40 años del Golpe de Estado en Chile. Usos y Abusos de la Historia”, realizado en el GAM (Santiago, 4 septiembre de 2013).

³⁵ Para el caso de la Reforma Agraria, véase Heidi Tinsman, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago, LOM Ediciones, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009).

lector la presencia de Chile y del proyecto de la Unidad Popular en la política mundial³⁶, así como también el carácter global del conflicto durante la Guerra Fría³⁷. En este sentido, como lo ha desarrollado la historiografía sobre este período, la complejidad del proceso permite cuestionar los límites entre lo local y lo mundial, en la medida en que se constata que los conflictos globales no tuvieron un correlato exacto en todos los países del mundo³⁸. El desarrollo de la Guerra Fría, más allá de las fronteras geográficas de las grandes potencias, ofrece casos de estudio que conectan distintas escalas de análisis, relevando su carácter profusamente poroso³⁹. Para el estudio de la Guerra Fría en el denominado tercer mundo y en Latinoamérica, es necesario cuestionar la relación de los conflictos locales con los problemas nacionales e internacionales, cuando la conformación de las identidades políticas durante este período se nutrió de la interacción entre las necesidades particulares y las ideas mundiales⁴⁰. Asimismo, la invitación a mirar la Guerra Fría desde una escala distinta también contribuye a problematizar la agencia de los sujetos históricos locales. Un enfoque explicativo centrado exclusivamente en las relaciones internacionales ha marginalizado a los actores del análisis, ignorando sus identidades sociales y culturales, y disminuyendo la importancia de su agencia política⁴¹.

³⁶ Cfr. Joaquín Fernandois, *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004* (Santiago, Ediciones Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005).

³⁷ Para revisar cómo la izquierda chilena analizó el caso de Checoslovaquia, véase Marcelo Casals, *El alba de una revolución. La izquierda y la construcción estratégica de la "via chilena al socialismo". 1956-1970* (Santiago, LOM Ediciones, 2010), pp. 201-206.

³⁸ Odd Arne Westad, "The Cold War and the international history of the twentieth century", in Melvyn P. Leffler & Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War* (Cambridge, Cambridge University Press, 2010), p. 8.

³⁹ Richard Saull, "El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico", en Daniela Spenser (coord.), *Espejos de la Guerra fría: México, América Central y el Caribe* (México D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2004), p. 32.

⁴⁰ Joaquín Fernandois, "La política de la Guerra Fría: el caso de la Alemania europea, 1973-1977", en Tanya Harmer y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile y la Guerra Fría global* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia-RIL Editores, 2014), p. 260; Fernando Purcell, "Guerra Fría, motivaciones y espacios de interacción: El caso del Cuerpo de Paz de Estados Unidos en Chile, 1961-1970", en Tanya Harmer y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile y la Guerra Fría global* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia-RIL Editores, 2014), p. 71; Alfredo Riquelme, "La Guerra Fría en Chile: los intrincados nexos entre lo nacional y lo global", en Tanya Harmer y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile y la Guerra Fría global* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia-RIL Editores, 2014), p. 15; Tanya Harmer, "The Cold War in Latin America", in Artemy Kalinovsky y Craig Daigle (eds.), *The Routledge Handbook of the Cold War* (Abingdon, Routledge, 2014), p. 136 y Tanya Harmer, *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana*, (Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013), p. 18.

⁴¹ Gilbert M. Joseph, "What We Now Know and Should Know. Bringing Latin America More Meaningfully into Cold War Studies", in Gilbert M. Joseph and Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (Durham, N.C., Duke University Press, 2008), p. 17 y "Latin America's Long Cold War. A century of revolutionary process and U. S Power", in

En segundo lugar, el texto de Jarka se sitúa dentro del universo de testimonios que tratan sobre períodos de liminalidad, que hacen referencia ya no únicamente a momentos de violencia sociopolítica donde se enfatiza la condición de víctima o victimario. Las narrativas de memorias brindan luces sobre cómo se recuerdan los procesos, más que preocuparse de presentar de manera ordenada fechas o cifras estadísticas⁴². *Flores de cobre* propone una mirada femenina de un conflicto muy conocido, desde una voz extranjera que describe un Chile que ya no existe, pero que fue foco del interés internacional. De esta manera, rescata el lugar central que tuvo –y tiene– esa experiencia en la memoria colectiva de la comunidad para la explicación de su pasado y la configuración de su identidad actual.

Así, esta mirada cuestiona la posibilidad de generar memorias unívocas y entendimientos dicotómicos sobre dichos procesos, que, aunque suene una obviedad mencionarlo, son mucho más complejos que posicionar a los que detentan el poder por un lado y los que lo sufren en la esquina contraria. Testimonios como los de Jarka caen en un espacio intermedio, recordándole al lector la valoración que la textura y escala humana le brindan a explicaciones generales y globales. A través de su relato se presenta no solo la historia de un período político paradigmático sino, también, la historia de las esperanzas y frustraciones en el Chile del tránsito entre la democracia y la dictadura.

Por último, la propuesta de Jarka es una invitación tanto al lector especializado como no especializado, a adentrarse en la intimidad de las historias sobre el gobierno de la Unidad Popular, ya sea con el foco puesto en la sociedad mapuche, la chilena o la checoslovaca. A su vez, su lectura también deberá conminar al escritor especializado a buscar trascender la esfera de lo exclusivamente académico, generando narrativas amplias e inclusivas que permitan una texturización humana de lo sociopolítico.

CONSTANZA DALLA PORTA ANDRADE

Licenciada en Historia UC

Corporación Parque por la Paz, Villa Grimaldi

Greg Grandin and Gilbert M. Joseph (eds.), *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence During Latin America's Long Cold War* (Durham, Duke University Press, 2010), pp. 397-402.

⁴² Para el caso de la Reforma Agraria presentado en este estudio introductorio, en los últimos años se han publicado memorias testimoniales sobre el proceso en general y el caso mapuche del sur en particular. Véase, por ejemplo, Angela Cousiño y María Angélica Ovalle, *La reforma agraria en Chile: testimonios de sus protagonistas*, (Santiago, Memoriter, 2013); Matías Calderón y Karen Fahrenkrog, *Memorias de la Reforma Agraria. La lucha por la tierra en el valle de Longotoma* (Santiago, LOM Ediciones, 2012); Alejandro Gaete y Cristal Mora, *Memorias campesinas, la Reforma Agraria en el Valle de Colchagua. Historias del fundo Los Maquis, Las Palmas y Nenquén*, tesis para optar al título de Antropólogo Social (Santiago, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2016); José Manuel Bravo, *De Carranco a Carrán. Las tomas que cambiaron la historia*, (Santiago, LOM Ediciones, 2012) y el segundo tomo de Julián Bastías, *Memorias de lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundo* (Santiago, LOM Ediciones, 2016), entre otros.

FLORES DE COBRE
CHILE ENTRE 1969 Y 1973

MI LLEGADA A CHILE, 30 DE JUNIO DE 1969

Abrí los ojos en una gélida mañana de invierno a mediados de junio. Me venían a la memoria las clases de geografía de mi época de estudiante, en particular las relativas a las diferencias de estación entre los hemisferios. En este momento estaba en Sudamérica, en Chile para ser precisa. Sentí una súbita punzada, ¿no había sido solo hace catorce días que me había despertado en mi dormitorio de Checoslovaquia con el aroma embriagador de las cerezas y los damascos maduros? Ahora me sentía atrapada en un cajón de naranjas. La habitación estaba construida por completo de madera de pino, con lágrimas de resina goteando por las paredes. No había cortinas en las ventanas y seis pequeños cristales dejaban pasar la escuálida luz de un sombrío día lluvioso. Algo extraño se extendía en diagonal a través del vidrio: era enorme, moteado y de color café claro. A medias despierta y todavía con una sensación surrealista, asumí que era un lagarto gigante.

Imágenes de los últimos catorce días pasaban frente mis ojos. Sentía como si hubiera viajado eternamente. Recuerdo el vuelo nocturno en SAS de Praga a Santiago vía Lisboa. Mis dos hijos, Lidia de cuatro años y Peter de cinco, se habían quedado al fin dormidos. Lidia con sus brazos y piernas desparramadas sobre dos asientos y Peter enrollado en el suelo, cubierto por una gruesa frazada de lana. Empecé a relajarme con un vaso de vino que me ofreció, comprensiva, la azafata. Muy abajo, distinguía pequeñas agrupaciones de luces en la oscuridad que parecían reflejos de las constelaciones. El Atlántico no es famoso por su profusión de islas, así que debían ser grandes barcos que también se dirigían a Sudamérica. Dejé que mi imaginación me llevara a la cubierta de aquellos colosales cruceros, refulgentes de luz, música, champaña y gente bebiendo, bailando y riendo. Quién sabe, tal vez había alguien sentado en una reposera mirando en ese momento al avión, a ese mero puñado de puntos rojos y blancos que se movía allá arriba, en el cielo. Una súbita turbulencia puso fin a mi ensueño. La aeronave tropezó con unos escollos invisibles y se encendió la luz de los cinturones de seguridad. Las azafatas trataron de poner los arneses a los niños pero ellos se resistieron vigorosamente.

El vuelo a Chile duró más de veinte horas, sin considerar la diferencia horaria de cinco. Aterrizamos primero en Buenos Aires a media mañana, donde tuvimos que esperar un par de horas debido a un problema en el tren de aterrizaje. Debía ser reparado de inmediato puesto que, según nos informó una jovial aeromoza:

“aterrizar en Santiago podía ser algo bastante complicado”. Se dividió a los pasajeros según sus lugares de residencia. Los que venían de Europa Occidental fueron conducidos al edificio principal, mientras al resto de nosotros –los de Europa del Este– se nos asignó una escolta policial que nos llevó hasta una pequeña cabaña al lado de la plataforma, una minúscula y maloliente barraca con techo de zinc que se transformó en un horno cuando salió el sol. Se nos ordenó sentarnos y esperar, luego fuimos fotografiados uno a uno. Peter y Lidia tomaron esto como una oportunidad para liberarse y desaparecieron en dirección a la pista. Los oficiales del aeropuerto llegaron corriendo y gritando histéricamente: “¡eso no se permite!”. Agotada, contesté que, por mi parte y con el mayor gusto, podían tratar de agarrarlos. Media hora después volvieron sin que nadie los llamara justo en el momento en que se estaban repartiendo bebidas en nuestro gallinero.

Cuando por fin aterrizamos en Santiago, sentí algo como lo que deben haber experimentado los marineros del pasado al divisar tierra después de una larga y extenuante travesía. Los niños también estaban hartos. Tenían hambre, porque no les había gustado la comida del avión, y sed, porque no estaban acostumbrados a la Coca-Cola. Así que como estaban llorosos y de mal humor se nos dio, con la aprobación de los demás pasajeros, tratamiento preferencial al desembarcar y nos hicieron pasar muy rápido por aduana. Cuando vi en el *hall* de entrada la cara ansiosa y esperanzada de Milan, mi marido, supe que por fin habíamos llegado. Lidia estiró los brazos lastimeramente con su carita bañada en lágrimas y él la levantó mientras me aferraba en un fuerte abrazo. Peter, sujetando con fuerza mi mano, lo observaba con una sonrisa tímida. También obtuvo él un gran beso y un abrazo. Por primera vez veía a Milan sin palabras, ahogado por la emoción. En ese momento dos de sus amigos, que habían estado esperando con discreción un poco más atrás, se acercaron y nos introdujeron rápidamente en un auto con patente diplomática. Ya dentro del coche, le di una breve mirada a mi esposo, examinando los cambios que un año de separación habían producido. Estaba delgado, bronceado y vigoroso. También tenía un bigote y una barba como las de Robinson Crusoe.

–Es normal, así se supone que lucen los antropólogos que trabajan mucho tiempo en el campo –bromeó, tomando la mano que Lidia le pasaba por la cara–. No es fácil mantener la cara afeitada cuando tienes que acarrear toda el agua desde el arroyo que hay al pie del cerro. Pero no te preocupes, lo primero que voy a hacer mañana será ir al barbero para volver a encajar con la civilización –prometió solemnemente.

De hecho, fue la segunda cosa que hizo. Antes, un fotógrafo registró su imagen para la posteridad con el título: “Antropólogo social después de un largo período de trabajo de campo entre los mapuches del sur de Chile”. Luego, rasuró aquel testimonio palpable de su dedicación científica.

Nuestro siguiente viaje fue en tren, pero eso ocurrió mucho después de nuestra llegada a Santiago. Durante las dos primeras semanas que pasamos en la capital, fuimos huéspedes de la comunidad diplomática checoslovaca. Íbamos de casa en

casa y se me dio una bienvenida entusiasta. Todo el mundo estaba desesperado por saber novedades de Praga. Las noticias fueron de enorme interés para todos ya que, diez meses antes, los rusos habían sentido la necesidad de reafirmar su autoridad sobre los países satélites de Europa del Este, refrenando por la fuerza mediante el envío de tanques el emergente movimiento reformista surgido en Checoslovaquia. Había sido un período horrible. Una vez que las tropas rusas ocuparon todas las mayores guarniciones, los oficiales exhibieron suprema arrogancia, como si ahora el país les perteneciera, como si esperaran quedarse para siempre. La triste verdad era que probablemente así sería. Hasta ahora, Checoslovaquia había sido el único país satélite que limitaba con el Occidente y no tenía bases militares ocupadas en forma constante por el Ejército ruso. Peor todavía, ya empezaban a emerger los primeros colaboracionistas deseosos de servir en el gobierno títere, proclamando que la “situación tenía que ser de nuevo normalizada”. Esto dio paso a nefastos presentimientos para el futuro y miles compatriotas comenzaron a marcharse al exilio.

Nos desprendimos por fin de los brazos de nuestros sociables anfitriones y abordamos el tren a Temuco. El Expreso al Sur tenía coches dormitorio y disponíamos de uno completo para nosotros. Lo encontré demasiado cómodo con sus literas de caoba suspendidas de cadenas doradas, cortinas de terciopelo, escaleras de madera, pequeño lavabo en un rincón y atención discreta del supervisor. Un lujo americano de los años treinta. El tren tronaba a través de la noche, pero estábamos cálidamente protegidos en el suave vaivén de sus cunas. Había paradas en el camino, gente entrando y saliendo, voces y golpes de puertas, luego un silbido y de nuevo el movimiento. Se me ocurrió en ese momento que en Chile la gente viajaba casi siempre de norte a sur y viceversa, mientras el eje este oeste no tenía mucha importancia. En mi país era todo lo contrario.

Pero en esta mañana de junio, habiendo llegado ya al final del trayecto, me di cuenta con cierta tristeza que mi vida anclada en esta gran caja de pino sería de ahora en adelante principalmente estacionaria. La primera parte del viaje más importante de mi vida había terminado y estaba en el sur de Chile, a setecientos kilómetros de Santiago, a la misma distancia de la Patagonia, y equidistante de Argentina y del Pacífico. El nombre del pueblo era Cholchol que, en el lenguaje indígena, significa “cardos”. Nuestra casa pertenecía a la organización misionera católica Maryknoll, que con gentileza nos la había ofrecido.

Las autoridades checas en Praga me habían dado permiso a mí y a los niños para reunirnos con mi esposo en Chile, mientras él terminaba su investigación entre los mapuches. Se nos autorizaba a estar doce meses y nada más, luego debíamos todos retornar a Checoslovaquia, al otro lado de la Cortina de Hierro. Ese muro era un hecho ineludible de la vida que había aparecido poco después de la Segunda Guerra Mundial. Mientras que esto no afectó tanto a los habitantes de Occidente, nosotros en los países al este de Berlín habíamos pasado al menos veinte años viviendo bajo su opresivo peso. Solo a unos pocos privilegiados, por lo general miembros del Partido Comunista, se les permitía viajar al extranjero.

Ciertamente yo nunca pertenecí a ese grupo. No recuerdo la cantidad de veces que había observado con anhelo los aviones que volaban sobre mi cabeza fantaseando que viajaba dentro de uno de ellos, yendo hacia el oeste, hacia la libertad. Tenía diez años cuando la Cortina se cerró sobre nosotros. La vida de antes de la guerra se transformó en un tema de leyendas familiares que muy poco tenía en común con la realidad en que vivíamos ahora. Pero no estaba en ese momento cuestionando el derecho moral del Partido Comunista para regular la libertad de viajar de los ciudadanos. Simplemente, esperaba ilusionada un año de emoción y aventura con el que había soñado toda mi vida. Mi primera prioridad sería aprender el español. Iríamos al mar –algo inapreciable para gente que vive en países sin litoral–, subiríamos a las elevadas cimas de montañas y volcanes. Las vívidas imágenes de los horribles meses pasados, llenos de pavor y presentimientos, iban desvaneciéndose con lentitud. Mi alma iba mejorando, ya no andaba como un pájaro de alas caídas, pero al mismo tiempo sentía culpa al verme impregnada por una emoción que ya no era el amargo odio a las “hordas invasoras de Oriente”. Europa estaba tan lejos y Milan tan cerca. Tuve un irresistible arrebató de amor por él. Lo miré, estaba todavía dormido en el colchón inflable junto a mi litera, con los puños apretados como un niño y con un profundo surco de concentración arrugando su frente. Lo besé con suavidad.

Ayer en la estación de Temuco nos habíamos encontrado con John y Gerry, dos jóvenes misioneros norteamericanos. Después de una ruidosa bienvenida, acompañada de fuertes apretones de manos y copiosas palmadas en la espalda, nos encaramamos todos en su destartalado y viejo *jeep* cubierto de barro. La primera parada fue en la estación de bencina para llenar un bidón estropeado y enseguida nos dirigimos, por unos treinta kilómetros, al campo. “Campo” iba a ser un término que oíría a menudo de ahora en adelante y que Milan intentaba traducirme. Básicamente, era la parte del país que estaba lejos de las ciudades, solo accesible por senderos estrechos y barrocos y ocupada tanto por mapuches como por agricultores chilenos dueños de fundos y tierras. Algo similar al interior de Australia, me imaginaba.

Al fin llegamos al pueblo de Cholchol, la base misionera. El *jeep* dio una curva cerrada frente a una casa larga y baja, de color verde, y rodeada de árboles. Descargando nuestro equipaje, los misioneros gritaron “¡hasta mañana, vengan a almorzar a la parroquia!”, mientras se alejaban raudos. Observé con desaliento las seis maletas abandonadas sobre la húmeda entrada de gravilla. Con el agregado de un par de cajas de cartón repletas de mercadería, daban la impresión de ser las lastimosas pertenencias de una familia de refugiados. Tirité de frío. Milan, impávido ante la más bien melancólica escena, sacó ceremoniosamente una llave enorme del bolsillo trasero de su pantalón, puso sobre su hombro la maleta más grande y nos apuró para que entráramos, con el pie derecho primero, para la buena suerte.

–Estará caliente en un instante –prometió con optimismo–. Peter, ¡iven y ayúdame a traer leña, haremos un buen fuego! –de pronto, elevado a la categoría de mano derecha de su padre, Peter salió brincando, feliz, hacia el galpón.

Un año es mucho tiempo en la vida de un niño de cinco años. Ahora que Peter había reencontrado a su padre, estaba ansioso por conversar con él y feliz de ser su ayudante. Lidia, un año menor, era su mejor compañera de juegos y ambos niños estaban descubriendo de nuevo que dos padres eran por lejos algo mejor que uno solo. Por ejemplo, servían mucho a la hora de contestar preguntas. Peter estaba transitando con rapidez del simple “¿por qué...?” y “¿para qué es esto?” a preguntas comparativas más complicadas como “¿qué es lo más grande, o más pequeño, que hay en el mundo?”. Ayer había pillado por sorpresa a Milan con “¿cuál es la montaña más pequeña del mundo?” Su padre frunció el ceño y, después de haberlo pensado, le contestó: “un hormiguero”. Por su parte, Milan estaba gratamente sorprendido de que la pareja de chiquillos que había dejado un año atrás se hubiera convertido en un par de individuos independientes y, en ocasiones, incluso sensatos. Prometió tratarlos con paciencia ejemplar y aceptar su responsabilidad paterna de tiempo completo. En lo que a mí concernía, el contestar la mitad de sus miles de preguntas ya sería un resultado bastante satisfactorio. Ambos volvieron acarreado enormes troncos. Peter, con la cara roja por el esfuerzo, traía dos pedazos de leña. Cuando salieron a buscar más, Lidia los acompañó. Desde el día en que nació había reclamado por igualdad de derechos, con éxito considerable. Me quedé sola para inspeccionar nuestro nuevo hogar.

La característica más sobresaliente era el amplio *living* de paredes pálidas con la chimenea en un extremo; en el otro, una puerta de cristal daba al zaguán. Esa pasó a ser la entrada formal y, por ello mismo, ocupada muy rara vez, ya que solíamos entrar por la lavandería del otro lado de la casa, que llevaba a la cocina y, a través de un estrecho y oscuro pasillo, al *living*. Este era el camino que los niños estaban utilizando ahora para traer sus troncos. La pila al lado de la chimenea aumentaba satisfactoriamente. Las ventanas del lado izquierdo de la habitación daban al jardín trasero. A la derecha, había varias puertas que conducían a habitaciones pequeñas. Una se transformó en nuestro dormitorio, la otra en un estudio, la tercera ya era el “museo” que albergaba la colección de artefactos indígenas de Milan. La pieza de alojados tenía un baño de servicio. ¿Una pieza de alojados? Lo hallé bien divertido. Quienquiera que encontrara el camino hasta nuestra casita en este páramo —donde en vez de zorros había pumas merodeando por la noche— sin duda no sería un huésped, sino un vagabundo que hubiese perdido no solo el camino sino también su mapa, compás y todo sentido de orientación. A la segunda habitación más grande, que había sido el dormitorio matrimonial de los dueños anteriores, se accedía por la cocina y por el baño principal. Era encantadora y luminosa, con dos ventanas grandes que miraban al prado delantero y al camino de entrada. Su tamaño, adecuado para cualquier actividad, la hacía ideal para los niños. Tenía solo un problema, era muy fría. La única fuente de calor era una pequeña estufa de aserrín con forma de tambor cuyo caño salía por un hueco en el panel superior de la ventana, me preocupaba que los niños fueran a pasar mucho frío durante la noche. La cocina me impresionó, era una típica campestre: con montones de alacenas, un

fregadero bajo la ventana y mesas de trabajo a ambos costados. Sin embargo, lo más atrayente era la flamante cocina a leña, un hermoso recordatorio de días ya idos. De un negro brillante, estaba agazapada sobre cuatro garras doradas de hierro y tenía tres puertas con adornos intrincados. Desafortunadamente, no estaba en funciones. Los tubos estaban desparramados por el suelo y, encima, donde debería haber ollas y sartenes burbujeando con alegría, bostezaban tres grandes huecos vacíos. La cocina y el baño estaban pintados de verde pálido y tenían piso de baldosas rojas. Me recordaron una sala de operaciones o un acuario. Este espacioso y bien planificado bungaló había sido construido por una pareja holandesa que, hace muy poco, se había trasladado a Temuco. La mujer era una doctora que trabajó durante cinco años en la clínica misional y su marido un especialista en hortalizas, consejero de la cooperativa agrícola local. Tenían tres hijos jóvenes. Su nueva casa en Temuco era una mansión espaciosa con un consultorio privado en la planta baja. La doctora había conseguido un puesto en el hospital provincial. Su bungaló de Cholchol había quedado desocupado hasta que los padres lo ofrecieron generosamente a nuestra familia.

Ahora Milan, con la chimenea rodeada por una gran pila de troncos y con los niños tratando de ayudar, había empezado a encender el fuego. Escuchando su alegre cháchara y las respuestas tranquilas de su padre, un tibio torrente de gozo empezó a descongelar mi corazón todavía helado. Ese fue el momento en que la miseria del último año por fin se convirtió en cosa del pasado. Un año colmado de días y noches vacíos, el impacto de la invasión, el miedo y la incertidumbre, amigos y parientes de pronto esparcidos por el mundo. Pero hoy se había vuelto a atar el hilo de nuestras vidas y éramos de nuevo una familia. Mirando hacia atrás, esa fría y oscura tarde fue una de las más felices de toda mi vida.

Por desgracia, los troncos de eucalipto recién cortados no eran inflamables y rehusaban con tozudez a proporcionarnos el calor tan requerido, limitándose a emitir nada más que nubes de humo acre. Cualquier débil llamita, trabajosamente engatusada para nacer, sucumbía de inmediato. A veces desaparecían con una explosión de chispas seguida por géiseres de penachos negros. Para nuestro desconuelo, estábamos descubriendo que los anteriores dueños de casa no tenían mucha experiencia en construir chimeneas. El fogón era poco profundo y no estaba bien conectado con el cañón. No había rejilla. El conducto era muy estrecho y el humo no parecía advertir que debía subir en vez de fugarse de forma horizontal hacia dentro de la habitación. Era evidente que, hasta ese momento, la chimenea había cumplido un mero rol decorativo en el *living* y que jamás se la había concebido para que de verdad calefaccionara. Lamentablemente, en este preciso momento era nuestra única forma de producir calor. Con desesperación creciente intentamos métodos cada vez más intrincados para estimular incluso el más mínimo fulgor. Haciendo una pira de astillas, le pusimos con cuidado un tronco en el momento en que se encendió. Este tenía que tener el tamaño preciso para que no extinguiera las mezquinas llamas. El objetivo era crear un lecho

profundo de brasas que pudiera encender una leña que todavía goteaba savia. No había otro combustible en el galpón. En consecuencia, la tarea de cuidar el fuego nos consumió de tal manera y absorbió nuestras mentes y almas con tal primitiva intensidad, que era como si nuestra propia sobrevivencia dependiera de ello.

El anochecer nos encontró cubiertos de hollín y cenizas, apestando a humo y por completo exhaustos. Me sentí colmada de una nueva empatía y admiración por nuestros ancestros de la Edad Media. En el intertanto, se había terminado la cuota diaria de electricidad y la única ampolleta, que colgaba de un alambre, se desvaneció y murió. El generador del pueblo paró su distante zumbido y el mundo quedó envuelto en un silencio oscuro. Milan prendió las velas que había dispuesto con anticipación y la lámpara de parafina. Los niños dormitaban en nuestros regazos mientras susurrábamos entre nosotros.

Había tanto de qué hablar. Milan dejó Checoslovaquia en junio de 1968, por lo tanto, se había perdido el drama que, solo dos meses después, protagonizaron los tanques rusos en las calles de Praga. De igual manera, no había gozado del fervor delirante de la Primavera de Praga que tantos de sus amigos y colegas habían estado organizando y apoyando con entusiasmo. En esa época él estaba en Inglaterra por invitación de la Universidad de Cambridge. Y aunque por medio de mis informes diarios Milan había estado al tanto de los acontecimientos, fue una experiencia de segunda mano. La Primavera de Praga fue el primer intento de reformar nuestro sistema social y político impuesto después de la guerra, dándole un rostro más humano. Felizmente, con la muerte de Stalin había comenzado el fin de la brutal era de los años 50, en la que padecimos la forma soviética del socialismo con sus prisiones, trabajos forzados, juicios fallados de antemano y ejecuciones. Teníamos entonces la esperanza de que podríamos cambiar el sistema totalitario por algo mejor, menos represivo y más aceptable para el centro de Europa. ¿Tal vez algo como la Yugoslavia de Tito?

Aunque Milan no era miembro del partido, se le había permitido viajar con frecuencia a Occidente y así, según decía, se las había ingeniado para perforar su propio agujerito personal a través de la Cortina de Hierro. Trabajó durante cortos períodos en diversos museos en África y Afganistán, en excavaciones arqueológicas en Nubia, y había viajado como profesor visitante a universidades en Gran Bretaña, participando en conferencias de antropología. Nunca se me dio permiso para acompañarlo, los niños y yo permanecíamos como rehenes para asegurar su retorno. Así que esta era la primera vez que nos encontrábamos todos juntos en tierra extranjera. Pero ambos sabíamos que el reloj avanzaba inexorable. Muy pronto las puertas de la cárcel se cerrarían de nuevo y esta vez ni siquiera un ratón podría escapar, desconocíamos totalmente cuáles serían las implicaciones para nosotros.

Cuando en 1968 llegó la represión soviética, fue rápida y brutal. Durante dos días y noches habían arremetido columnas de tanques y vehículos con armamento pesado a través de nuestro pueblo cercano a Praga. El estruendo metálico había

puesto históricos a los niños. Peter y Lidia, escondidos detrás de una muralla baja, con una pandilla de otros niños, tiraban piedras a los vehículos blindados. Los cañones de los tanques rotaban lentamente hacia los chicos, buscándolos con su visor. Siempre había un soldado de aspecto sombrío sobresaliendo de su casco, apuntando una ametralladora a la gente que estaba parada al otro lado de la calle.

Otra evocación: durante la segunda noche una parte de la columna rusa se perdió en la oscuridad y llegó a nuestro corto y estrecho pasaje, que era una calle sin salida. Confundidos, con luces enceguedoras y rugido ensordecedor, despedazando los cercos de los jardines, trataron de darse vuelta y reunirse con el resto de la columna. Recordando lo que se sabía acerca del comportamiento de los soldados rusos al final de la Segunda Guerra Mundial, me puse en cuclillas detrás de la puerta con un hacha en la mano, mientras el sudor me corría por la cara.

La última reminiscencia que tuve de la así llamada “Ayuda Fraterna Rusa”, cuyo objetivo era preservar a toda costa la marca soviética de su imperio socialista, era de un episodio que había ocurrido un par de días antes de nuestra partida a Chile. Estábamos en un bus que nos llevaba, en un viaje de cuarenta kilómetros, desde nuestro pueblo a Praga. Más o menos a la mitad del trayecto, el vehículo quedó en medio de una columna del ejército soviético. El chofer hizo un gran esfuerzo por adelantar, pero la ruidosa protesta del motor indicó claramente que la vieja máquina no era capaz. En cierto momento, nos encontramos viajando junto a un camión repleto de soldados armados. Entusiasmados por el alcohol, estaba claro que los rusos la estaban pasando muy bien. Sus caras lascivas de borrachos quedaron a centímetros de las ventanas y, con grandes gesticulaciones, empezaron a apuntar con sus armas a los pasajeros. “¡Todos abajo!”, gritó el conductor, apretando de forma violenta el acelerador. Nos arrojamos bajo los asientos. El bus gimió y se sacudió con el esfuerzo. Con ambas manos yo empujaba hacia abajo las cabezas de Peter y Lidia. El valiente chofer, curvado sobre el volante y maldiciendo a todo pulmón, logró sobrepasar a la columna. Cuando al fin dejamos de ver a los camiones, todos los pasajeros vitoreamos y aplaudimos. Entretanto, los soldados habían encontrado otra forma de diversión disparando a viejos carteles que colgaban de los postes de telégrafo, tristes recordatorios de la inútil protesta del año anterior contra la ocupación.

Hasta ahora, Milan no había escuchado ninguno de los heroicos, trágicos y absurdos relatos sobre la invasión que circulaban a diestra y siniestra entre los checos. Tras su llegada a Chile, empezó a buscar un lugar adecuado para realizar su año de investigación. Pocas semanas más tarde se había instalado en un villorrio indígena del sur, en la reducción de Coipuco, y comenzó a escribirme largas cartas. Era un redactor prolífico y cada semana me enviaba cinco o seis páginas en forma de diario. Me costaba no envidiarlo y tuve que aprender a leer sus misivas con un cierto desapego. Comparada con la mía, su vida parecía cautivadora y apasionante. Siempre leía la primera página y luego la última, donde ponía cuánto me amaba y me echaba de menos. Después de eso, con lágrimas en los ojos, podía concentrarme en la densa escritura del diario. Así llegué a conocer a sus

numerosos amigos de nombres extraños y raras y maravillosas costumbres. Esta correspondencia duró dos meses, en los que recibí nueve cartas. Todo contacto se detuvo después del fatídico 21 de agosto, cuando se interrumpió la conexión de Checoslovaquia con el resto del mundo. En octubre unos amigos llevaron una carta mía a Viena, en la que le contaba que estábamos todos bien. No recibí respuesta. Por fin, en diciembre me llegó una misiva. Milan me informaba que había solicitado una extensión de un año para terminar su trabajo de campo y, a la vez, había pedido permiso del Ministerio de Cultura para que su familia se le reuniera durante ese año. Se accedió a su petición y posteriormente supe que los padres, con la bendición de la Fundación Maryknoll, pagaron nuestros pasajes. Era una manera de mostrar apoyo al pueblo checo. Yo estaba muy feliz de irme, no solo porque estaría de nuevo con mi esposo, sino también porque nos daría un año de espacio para respirar lejos del torbellino que arrasaba nuestro país. En ese tiempo, lo único que deseaba era vivir un año en el extranjero. Aunque la situación política en Checoslovaquia era motivo de preocupación, nos reconfortaba la convicción de que en ese tiempo podían suceder muchas cosas y que no era necesario hacer planes de largo plazo para el futuro. Sin embargo, debo admitir que por mucho que añorara vagar por el mundo, me aterraba la idea de una emigración permanente.

Bien entrada la noche, tras revivir nuestras tan diferentes experiencias, pusimos la tetera en las brasas y preparamos té. Más tarde aún, abrimos una botella de vino. Cuando acostamos a los niños, su dormitorio parecía un sauna; con suerte algo del calor duraría hasta la mañana. Finalmente sentimos que habíamos conversado lo suficiente y Milan me condujo a nuestro dormitorio. Estaba amoblado con una simpleza puritana. Había un candelero alto en un estante en la pared. Un guardarropa se ubicaba en una esquina y había dos camas, si se les podía llamar así. Eran los misioneros quienes habían ofrecido a Milan no solo el sofá del *living* sino todas las literas, que antes habían pertenecido al internado de los niños. Evidentemente no eran mimados, porque los lechos eran estrechos jergones de metal con colchones delgados y apelmazados. Encima de cada uno había dos frazadas grises, mientras otra frazada, doblada, servía de almohada. Milan había cubierto esa estructura castrense con una preciosa manta mapuche listada con vivo rojo, azul y verde. Empezamos ofreciéndonos el uno al otro el saco de dormir de plumas. Después de un rato, esto se volvió ridículo así que decidimos que uno usaría el saco, que era bien abrigador, y el otro se quedaría con todas las frazadas, incluyendo la manta. Milan eligió el saco y yo me acurruqué bajo el cúmulo de frazadas. Me dormí de inmediato.

En algún momento de la noche, desperté tiritando bajo un feroz huracán que se colaba por todas las rendijas de la casa. Las endeble ventanitas no ofrecían ninguna protección y la lana que me cubría parecía más bien una alfombra, tiesa y pesada. Traté de despertar a Milan, pero sabía muy bien que una vez dormido se requería más que un vendaval para despertarlo. Al final me fui al *living* y armé mi cama frente al fuego. Puse un tronco grande sobre los rescoldos y esperé que



La familia Soto Huenchuman de Coipuco. De izquierda a derecha: Carlos Huenchuman, Rosa Calpilaf y su marido Segundo Huenchuman, apodado "el gringo". Frente a ellos, sus hijos. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

aparecieran las primeras llamas. Haciéndome un ovillo, me dormí de nuevo. La tempestad fue aumentando y los postigos comenzaron a golpearse y sacudirse como si viajáramos en un tren desbocado. Empezó a caer una lluvia torrencial. El acto final de este drama llegó cuando el tronco que había puesto en la chimenea rodó sobre el piso y empezó a quemarse. Tosiendo y balbuceando, buscaba una vela mientras me ahogaba con el humo del eucalipto. Algo cayó con espantoso estruendo. Con desesperación, traté de encontrar en la oscuridad alguna cosa que pudiera usar para mover el tronco ardiente. Al fin encontré un zapato y con él empecé a maniobrar el leño de vuelta a la chimenea. Lloraba a causa del humo, el frío y la falta de sueño. Con un súbito destello de amargura, noté que cada vez que había algún tipo de desastre, tenía que enfrentarlo sola.

No esta vez. Milan entró heroicamente con una vela y de un puntapié devolvió el tronco a la chimenea donde lo aseguró con más leña. Tratando de alivianar la situación, dijo bromeando, “¡Tú siempre fuiste una pirómana, no te puedo dejar sola ni un minuto!”. Su broma fue recibida con frialdad ya que todavía temblaba de miedo. Había una gran mancha negra en el piso de madera y teníamos que sacar el humo de la pieza. La ventana abierta se tragó lo que quedaba de calor y el viento arremolinaba las cenizas de la chimenea por toda la habitación. Milan arrastró su viejo colchón al *living* y lo puso junto al sofá.

–Me recuerda mis días de trabajo de campo –suspiró malhumorado, acomodándose en su saco de dormir, cuyo cierre, como era de esperar, estaba roto–. Tendremos que idear algo mañana, definitivamente no imaginaba así nuestra segunda luna de miel”.

El día siguiente amaneció húmedo y gris, mas yo me sentía como si estuviese bañada en la dorada luz del sol, rodeada como estaba de paredes de pino recién barnizado. Milan empezó a despertarse y, a medida que su visión se aclaraba y que volvía de la tierra de los sueños, me sonrió con ternura. Antes de musitar una palabra, subió su aliento como una pequeña nube blanca flotando suave hacia el cielo raso.

MUÑECA Y MI NUEVO MUNDO

Llegó corriendo como una bala peluda. Milan estaba encendiendo el motor de la bomba para llenar el gran estanque de plástico de la torre de madera que abastecía de agua a la casa.

–¡Muñeca! ¿Dónde te habías metido, callejera? ¡Ya me tenías preocupado!

Muñeca estaba choqueada por su falta de respeto. Después de todo, ¿quién había abandonado a quién?, ¿es que acaso él no se daba cuenta de todo lo que ella había sufrido, de cuánto había llorado echándole de menos, de todo el tiempo que lo había buscado? Pero ahora estaba de vuelta en sus brazos pasándole la lengua como un estropajo por toda la cara y fulminándome con una mirada maligna, ¡ya había adivinado que todo era culpa de otra mujer! Los reproches de Muñeca pronto alcanzaron un *crescendo* dramático que podía rivalizar con las arias de amor perdido de cualquier diva italiana. Al final, tuvo que dejarla en el suelo donde comenzó a mostrar la alegría por su regreso corriendo alrededor del patio, revolcándose y emitiendo pequeños chillidos de inexpresable placer. Peter y Lidia, sorprendidos y a la vez dichosos de saber que iban a tener una mascota, empezaron a perseguirla. Esta vez, Muñeca perdonó a Milan por haberla abandonado, pero solo porque le había traído niños con quienes jugar.

Era una perrita de unos tres años, de porte refinado y caprichoso andar, puesto que sus patas traseras eran un poco más largas que las delanteras. Pero ella le sacaba el máximo partido a ese adorable defecto, porque le permitía mover sus caderas coquetamente mientras meneaba la cola como el plumero de un líder de barra. Por delante lucía un grueso pelaje color crema que contrastaba de manera deliciosa con el negro de su lomo. En su cara se mezclaban matices que iban desde el blanco y el café claro hasta el canela y el negro. Tenía unos ojos muy expresivos que podían transmitir cualquier tipo de emoción: además de sonreír, llorar y fruncir el ceño, podía mostrarse incluso tímida y vergonzosa. En suma, Muñeca era una actriz consumada. Milan, lleno de orgullo, la presentaba como la perrita más hermosa e inteligente de toda la provincia de Cautín. Cuando se le preguntaba cómo la había encontrado, simplemente respondía que ella lo había adoptado a él. Nada más haber puesto un pie en Coipuco y Muñeca había quedado prendada del recién llegado extranjero.

–Ella fue el primer perro que aceptó comer de mi mano.

Los perros que hay entre los mapuches deambulan en grupos y viven muertos de hambre. En verano, durante la noche, merodean en las plantaciones de

choclo e incluso se roban las corontas maduras. Así que no tomó mucho tiempo para que se corriese la voz de que el gringo recién llegado, que vivía en la vieja escuela arriba de la colina, botaba algunas sobras muy interesantes.

—No creerías la rapidez con que Muñeca se apropió del territorio. Le costó unas cuantas peleas encarnizadas, hasta que al final la jauría aceptó lo inevitable y le cedió el terreno. Nos volvimos amigos de por vida.

Muñeca probó ser una compañera invaluable en sus visitas a los poblados mapuches, pues lo usual es que apenas se acerque un extraño, aparezcan como un celaje varios perros prestos a exhibir su fama de guardianes. Para estas eventualidades, todo mapuche lleva un palo y así lo hacía Milan también. Pero con Muñeca a su lado ya nunca más lo necesitó, porque la atención de los perros de inmediato se concentraba en su atractiva compañera, dejándolo a él libre para ir donde quisiera.

—Una vez estábamos caminando junto al río —se explayaba alegre contando una de las miles de historias con las hazañas de Muñeca— cuando fue atacada por un enorme coipo. No puedes imaginarte cuán feroz puede llegar a ser esta perrita. Traté de apartarla, pero peleó con el animal como un demonio hasta que lo mató. Quizá si hubiese estado sola no lo hubiera hecho, pero en este momento estaba defendiéndome a mí. Tuve que curar sus heridas durante dos semanas, ya que tenía mordeduras por todo el cuerpo. Despellejé el coipo y sequé el cuero que debe estar por ahí en algún lado. Si quieres lo puedo rescatar y colgarlo como adorno en la pared para que veas lo grande que era...

Dejamos a los niños jugando con Muñeca mientras Milan me mostraba la casa. Era baja y larga, de madera pintada de verde con techo rojo y una hilera de ventanas con marco de madera blanco. Estaba rodeada de espigados eucaliptos cuyas ramas se inclinaban hasta tocar el techo de zinc. Se veía igual a esas casas que aparecen en los libros infantiles para colorear. Una puerta de cristal en el lado sur añadía a la fachada un aspecto más elegante, pero se usaba más la puerta trasera por la que entramos ayer. El caminito que atravesaba el patio delantero estaba cubierto de una gravilla blanca que resplandecía contra el pasto fresco y verde. A pesar de que nos hallábamos apenas en junio y empezando el invierno, densas matas de cardenales en flor crecían bajo el alero de las ventanas. Al refregarlas con la mano el aire se impregnaba de un fuerte aroma. La casa tenía como siete años y ya estaba exhibiendo los estragos del tiempo. Por doquier se veían manchas de pintura descascarada, especialmente en el lado más expuesto al sol. El granero y la leñera adyacentes, tratados en el pasado con alquitrán, ya habían adquirido un color gris perla. A pesar de estar construida sobre un montículo, la casa quedaba oculta a la vista debido a que había otra edificación similar adelante: el policlínico local. Aquí terminaba una vía ancha con estacionamiento para vehículos y una robusta viga para amarrar caballos. Luego de que el médico holandés se marchó a Temuco, el policlínico había quedado a cargo del Ministerio de Salud.

Fui en busca de esa especie de lagarto prehistórico aparecido en mi ventana cuando recién abría mis ojos, resultó ser un viejo eucalipto que reinaba en el

patio trasero y mudaba largas fajas de corteza amontonadas por el viento. El suelo se cubría de una capa de semillas cónicas, duras como piedras. Tan fuerte presionaban las suelas de mis zapatos que comencé a dudar de las intenciones amistosas del viejo árbol. Era tan grande, tan fuerte, tan abrumador... A lo largo de la cerca se extendía una hilera con otros eucaliptos, pero esos chicuelos apenas susurraban, mientras el anciano desplegaba sus acordes de trueno. Aparte de aquellos árboles altos crecían aquí diversos cactus, agaves, almendros, naranjos y un par de escuálidos manzanos. Al otro lado de la cerca, la pendiente, plantada con sedosas coníferas, descendía hasta el río.

Estábamos con suerte, la lluvia había cesado y el frío sol de invierno se asomó a echar un vistazo a nuestra verde casita de Cholchol. Como estaba situada en alto, la vista desde el jardín daba una amplia sensación de espacio. Viniendo de un país donde los pueblos y fincas colmaban cada valle y colina, mi primera impresión era que este paisaje lo habían sobado como una gigantesca bola de masa que podía estirarse y moldearse a voluntad para hacerla calzar con cada silueta o forma. Desde nuestra elevada posición, toda la campiña inmediata se veía enteramente descubierta, con apenas unos pocos bosquecillos solitarios. Las faldas color terracota se teñían con el amarillo brillante de los espinillos. A la distancia, líneas rectas de esbeltos árboles se encontraban en la confluencia de dos amplios ríos. Las cumbres de las lomas se veían decoradas con pinos greñudos. Aquí, ese tipo de árboles es tratado como cualquier otro cultivo: se plantan, se rodean de cercados para protegerlos de vacas y ovejas y luego son cosechados como si fuesen trigo. La ladera bajo los bosques quedaba para pastos, siembras y erosión del suelo.

Estando allí de pie, mientras inhalaba la fragancia de esa nueva y para mí exótica vegetación, trataba de precisar qué era lo que hacía aparecer a esa tierra como algo tan extraño. Me vino a la mente que allí no había signos visibles de civilización. No se veían postes eléctricos, ni de telégrafo, ni chimenea industrial echando humo. Incluso no podía divisar vestigios de otro pueblo, villorrio o granja. La tierra pertenecía a sí misma y solo ocasionalmente, y a regañadientes, liberaba una minúscula tajada para acomodarse a una ruta o un sendero. Aparte del amarillo brillante de los espinillos, los colores predominantes eran variados matices de verde pálido con remiendos de marrón arenoso. Sin embargo, vetas de tierra desnuda con vivo rojo serpenteaban por todas partes a través de los tonos pastel de las laderas y, en la zona donde las montañas y el cielo se juntaban en el horizonte, los colores se difuminaban en todas las tonalidades de azul.

Mientras que yo absorbía las vistas y los nuevos aromas, Milan estaba frenéticamente ocupado. Luego de echar a andar el motor de la bomba con un trozo de cuerda, se disponía a subir a lo alto de la torre con el fin de revisar cuánta agua se necesitaba para llenar el estanque. Debido a dos años de sequía había que prender la bomba varias veces al día. Con la agilidad de un gato trepó por la estructura de madera apoyándose en las estacas y luego de levantar la tapa, gritó:

—¡Apaga el motor, está lleno!, itira esa pequeña manivela que está al lado del carburador!

Luego de asir todas las manivelas que pude encontrar, di con la correcta. El motor dio tres chisporroteos y se detuvo. En el ínterin, Milan ya estaba de nuevo en el suelo.

–Estanque lleno, podemos irnos –anunció con satisfacción y se metió la cuerda en el bolsillo.

Soplé mis dedos chamuscados mientras levantaba la vista a esa plástica monstruosidad, sin siquiera sospechar que de aquí en adelante habría de determinar el ritmo de nuestras vidas. Una súbita ráfaga de viento arrojó a mi rostro el chorro de agua que caía de una manguera asomada en el reservorio.

“¡Al fin Cholchol!” había exclamado Milan el día anterior, abriendo histriónicamente sus brazos como si dijese “¡he aquí el Taj Mahal!” o “¡mira, las cúpulas de Roma!”. Después de cruzar un puente de madera desvencijado sobre un fangoso banco de río, el *jeep* había subido a duras penas por la arena y doblado a la izquierda. Una vez al otro lado, se divisaron unas estructuras extrañas, cercas de madera y chozas sin ventana. El camino donde estábamos era todavía el mismo sendero cenagoso de antes, en tanto el pueblo, o lo que fuese, sin duda no tenía prisa en aparecer. Milan, empero, estaba aguardando algunas muestras de entusiasmo o, por lo menos, de algún interés de mi parte, así que, tras un momento de duda, murmuré no muy segura:

–Veo unas chozas de madera y cobertizos, pero ¿dónde vive la gente?

Mi impresión en ese momento había sido desfavorable y basada en un completo desconocimiento de la realidad que tenía delante. Estaban fijas en mi mente las imágenes de lo que debería ser un lugar para vivir y nada de lo que estaba viendo calzaba, en parte alguna, con mi esquema mental de una casa o incluso una villa. No era culpa mía, lo único que conocía hasta ese momento habían sido poblados europeos, pero era imposible no sentirme abochornada al ver que mi pregunta provocaba tanta risa. Y peor aún, no tenía la menor idea qué era lo que Milan y los padres encontraban tan divertido.

Hoy, en mi primera caminata a la luz del día, percibí algo muy familiar en la escena que se desplegaba frente a mí: esa amplia vía sin pavimentar y el lodo mezclado con plastas saltando de los cascos de los caballos al galope; las chatas y destartaladas construcciones de madera sin ventanas cubiertas de musgo y, delante de ellas, un poste con anillos de metal para amarrar las riendas; pórticos por todos lados y, en las partes donde la orilla del sendero se desmoronaba hacia la cenagosa zanja, tablones clavados de cualquier manera a modo de pasarelas; un letrero descolorido que se bamboleaba arriba de una tienda o cantina. Lo que evocaba esa característica sensación de desolación, de penurias, de la propia tenacidad de los habitantes era... ¡por supuesto! un escenario de wéstern de películas. Lo único que faltaba era que pasaran unos arbustos rodantes y John Wayne. Esa fue mi primera impresión de Cholchol.

Y, sin embargo, frente a una mirada más detenida, no había desolación alguna allí. La carretera y los callejones bullían de vida. No se divisaba un auto, así que la vía pertenecía a las levas de perros, gansos que graznaban y gallinas que mero-

deaban con absoluta libertad. Justo al centro, una familia de cerdos se revolcaba ruidosamente en el barro mientras los niños pasaban por el medio corriendo. Con caritas de una atractiva piel oscura y chispeantes ojos rasgados, andaban a pie pelado a pesar del frío y con ropas andrajosas. Daban vueltas por el suelo al igual que aquellos chanchitos y lavaban sus rodillas en los charcos.

Paseando por las calles, los saludos y las presentaciones no terminaban nunca. Milan se llevaba bien con todo el mundo y, obviamente, seguía un ritual establecido con disciplina. Tenía que detenerse cada veinte pasos para intercambiar algunas palabras con hombres que iban a pie, a caballo o en carreta de bueyes. Se estrechaban las manos de forma ceremoniosa y a veces se abrazaban. Después nos llegó el turno a mí y a los niños. Los hombres mapuches estrecharon mi mano y me hicieron una venia elegante cual si fuesen Grandes de España. Incluso, a veces, desmontaban sacándose sus negros sombreros de fieltro. Debido al frío reinante, cada jinete llevaba un pesado poncho de lana que lo cubría desde cuello hasta las piernas. El principal tema de conversación, y que todos encontraban de lo más divertido, era el cambio de apariencia de Milan. Tal como lo había prometido en Santiago, se había afeitado su pera y mostachos de filósofo y era la primera vez que los parroquianos le veían la cara limpia. Dejaron muy en claro que la causa de su nueva apariencia juvenil se debía a mi llegada y las bromas y burlas amistosas eran interminables. Dada la frecuencia de estos encuentros, nos demoramos casi una hora en llegar a la “calle principal”, donde se ubicaban la Casa Narváez, la Casa Solano y la Casa Nelson. La estructura de madera de esos conspicuos almacenes lucía robusta y con buena apariencia, pero no había ventanas, ni vidrio en las puertas y nada que se asemejara de lejos a una vitrina. Un perro acababa de pasar a través de un agujero que había en el suelo bajo uno de los tablones de la tienda. Los escalones de madera desgastados por el uso debajo de la doble puerta abierta eran en este momento ocupados por unos hombres sentados, fumando, que no tenían la más mínima intención de dejar pasar a alguien. Entre gritos y risas, reinaba una atmósfera de camaradería. Cada uno se mostraba ansioso por encontrarse con un amigo o pariente de otras reducciones, para luego ir a la cantina a festejar la feliz coincidencia.

Milan necesitaba tablones para hacer unas estanterías, así que nos llevó a la Casa Narváez. A lo primero que uno tiene que acostumbrarse en esas tiendas es a la relativa oscuridad. Una vez que mis ojos se ajustaron a la penumbra, comencé a mirar curiosa en derredor. Grandes sacos, tambores de parafina, de petróleo y garrafas de vino apiladas cubrían el suelo polvoriento. Había canastos con legumbres secas y ajíes y junto a ellos cubetas con frutas y vegetales. Las estanterías se atiborraban con una plétora de herramientas necesarias para manejar una granja mientras de las paredes colgaba todo aquello que simplemente era imposible poner en el suelo o en los estantes. Una vez más los parroquianos tropezaban unos con otros en una exhibición de amistosa curiosidad. Primero se dirigieron a mí del modo más educado posible, pero luego comenzaron a subir

el volumen de sus efusivas expresiones de interés, convencidos de que mientras más fuerte gritaran, mejor los iba a entender. Les contestaba con mi habitual “sí, sí, sí” para luego cambiar a capricho “no, no, no”.

Mientras Milan definía los arreglos para la entrega de la madera, me dirigí intrigada a unas estanterías donde descubrí ollas de hierro fundido con tres patas, probablemente para usar en fogatas, muchos cuchillos y machetes de diferentes tamaños, hoces de filo aserrado e hileras de botas de hule. Sobre un caballete de madera había una montura de piel de oveja trabajada de forma magnífica. Bolsas escritas en portugués contenían un té verdoso cuyas hojas despedían un fuerte aroma amargo, era el famoso mate. Al lado, latas de mermelada y de leche condensada Nestlé cubiertas de polvo. Sobre una bandeja pegajosa descansaba una placa de dulce de membrillo. La sinfonía de perfumes y olores desafiaba cualquier descripción. En aquella tienda todos los sentidos se veían desbordados y cada rincón y grieta parecía una naturaleza muerta flamenca del siglo XVII.

Emergiendo lentamente desde un momento detenido en otro tiempo y espacio, volví a mi entorno actual. Los mapuches hablaban con el tendero en su suave y melodioso español, pero entre ellos se valían de un lenguaje por completo diferente e irreconocible. Recordé entonces que Milan me había dicho que en las reducciones los mapuches solo hablan su lengua nativa, el mapudungun. Varios niños se revolcaban en el suelo, pero eran superados en número por unos perros escualidos que infatigablemente rastreaban sobras y dejaban sus “mensajes”. El tambor de parafina parecía ser uno de sus “buzones” favoritos. Algunos de los más atrevidos trataban incluso de dejar sus marcas sobre un canasto de papas o una caja llena de manteca, lo cual les costaba una grosería y un buen puntapié del cliente más cercano. El oscuro anillo que teñía la base del tambor de parafina daba testimonio del paso de varias generaciones caninas.

Una vez que se cerró satisfactoriamente la compra de los tablones, estábamos de nuevo inmersos en estridentes y vivaces intentos de conversación y animosos apretones de mano. Afuera de la tienda, había varios caballos atados a la barra. Los mapuches cubren y amarran las sillas de montar tradicionales con piel de oveja, lo que las hace tan confortables como sillones. Con tal de que avance con el amo, el caballo puede hacer lo que quiera. Los estribos que cuelgan a ambos lados de la montura tienen una forma curiosa, ya que parecen zuecos cortados por la mitad. Los jinetes mapuches no consideran un deporte montar, sino un medio de transporte y sus caballos están acostumbrados a ir a un medio galope intenso y rápido. En ocasiones, cuando el amo se halla algo incapacitado luego de una noche de juerga, su caballo es capaz de volver solo a casa, dejando que el dueño vaya durmiendo cómodamente sus excesos en la profunda y ajustada montura.

Carretas con bueyes uncidos a pesados yugos se alineaban en la calle. Con las cabezas colgando, las enormes bestias rumiaban y esperaban pacientemente mientras la picana apoyada en el yugo apuntaba hacia el cielo. Las señoras mapuches sentadas en banquetas sobre los carruajes también esperaban con sosiego afuera de la tienda o cantina. Ninguna de ellas seguía a su hombre. Comprar era

una ocupación masculina. Las indias lucían muy llamativas desde su elevada posición. Sus rostros rosados, bronceados y libres de arrugas reflejaban una expresión de digna e inmensa calma. Se me aparecían misteriosas, como si escondiesen profundos secretos, tan tranquilas y quietas reposaban. Y sin embargo, ¡qué lejos de ser inexpresivas, ataviadas con sus trajes típicos! Sin duda venir al pueblo era un gran acontecimiento. Muchas de ellas llevaban un pesado cintillo de plata con antiguas monedas como una tiara que fijaba los pañuelos a sus cabezas. Usaban en sus chales negros tal cantidad de broches que al moverse tintineaban como campanas. Los niños pequeños sentados en sus regazos estaban también curiosos, quietos y contentos.

Después de la visita al carnicero, seguida por una minuciosa selección de vino procedente de la viña del primo de Jerónimo Solano, solo quedaba pasar por donde la señora Neri y, para terminar, al correo. La señora Neri, amiga de Milan, me recibió en Cholchol como si fuese mi propia tía y hubiesen pasado años sin verla. Bajó mi cabeza hasta su discreta estatura besándome sonoramente en ambas mejillas, luego me aferró en un estrecho abrazo y pude sentir el calor y la suavidad de su mano sobre la mía. Era una regordeta señora chilena de redondos ojos pardos que no paraba de hablar. Su oscuro cabello salpicado de gris se enrollaba en un moño grande y sobre su pecho llevaba un reluciente broche que tenía hipnotizada a Lidia. La señora Neri tomaba la cabeza de mi hija y la estrechaba contra su delantal mientras restregaba el pelo de Peter y comentaba lo rubios que eran, porque sin duda habían salido al padre. Pero agregaba enseguida:

—Y a la madre también, por supuesto.

Debo mencionar en este punto que la naturaleza me había dotado de cabello oscuro y que siempre fui considerada una morena. En Chile, sin embargo, se toma la coloración como un todo, incluyendo los ojos y la piel. Mis ojos azules y piel clara significaron que, de la noche a la mañana, me volviera una “rucia” o gringa.

La tienda de la señora Neri, que almacenaba pequeños enseres domésticos y alimentos, se ubicaba en plena esquina. Las “hallullas”, que sacaba de un saco harinero blanco estampado con las palabras “A gift from the American People”, eran planas y tan resistentes como el cuero de un zapato. Compramos también huevos y leche condensada. La señora Neri envolvió con cuidado las latas en papel grueso, una arriba de la otra, e incluso amarró el paquete con pitilla, ¡Pero nos pasaba los huevos de a uno, tranquilamente esperando que los metiéramos en los bolsillos! Al final, Milan hizo una bolsa con su pañuelo y resolvió el problema. Debo confesar que la lógica inherente al manejo de objetos de fragilidad tan diversa era algo que de algún modo se me escapaba, pero estaba reacia a hacer preguntas porque todavía estaba reponiéndome del ridículo que había hecho en nuestra entrada triunfal a Cholchol.

CHOLCHOL

El pueblo de Cholchol era uno de los centros de intercambio de la provincia de Cautín. Se ubica tierra adentro y a cierta distancia de la Carretera Panamericana que cruza todo Chile de norte a sur. Los poblados más cercanos son Nueva Imperial y Galvarino, similares en tamaño y retirados unos veinte kilómetros. Mientras que la Panamericana es una vía de transporte muy bien mantenida y asfaltada, los caminos locales son en general de tierra, polvorientos en verano y quedan sepultados de barro en el invierno.

No había nada muy digno de mención acerca de Cholchol. Carecía de historia, de arquitectura interesante y habitantes famosos. Y quizá fuera precisamente por eso que la hubieran escogido como centro misionero local tanto la Iglesia Católica como la Anglicana. Había allí solo dos misioneras anglicanas residentes: la señorita Nimia, una mujer formidable de reverberante voz aún a sus setenta años, y la cándida Audrey, una joven inglesa cuyo aparente fin en este mundo consistía en hacerle los mandados a su veterana colega. Vivían juntas en una desvencijada casa y enseñaban a los niños la religión anglicana en una escuela destartalada. Los católicos, por otra parte, estaban representados por la organización Maryknoll Brothers, que regía la vida misionera del distrito. Tres sacerdotes de origen irlandés compartían las obligaciones pastorales con la población nativa y administraban una gran escuela y un internado masculino. El internado femenino dependía del convento y estaba a cargo de unas monjas chilenas bajo la administración de Maryknoll. También existía el centro Maryknoll Sisters en la vecina Galvarino que era, literalmente, una organización de hermanas, dado que la gestión de la escuela y el hospital estaba a cargo de cuatro enfermeras laicas estadounidenses.

Todos los misioneros de Galvarino y Cholchol se reunían una vez a la semana en la parroquia, donde Milan les daba clases de antropología social para ampliar sus conocimientos acerca de la cultura mapuche. Esas lecciones eran nuestra fuente de subsistencia, ya que los religiosos nos proveían una casa y una paga de doscientos dólares al mes. Independiente de si se trataba de enseñar a estudiantes de la Universidad Carolingia de Praga o a trabajadores sociales de provincia, Milan se tomaba sus obligaciones pedagógicas con total seriedad. La voz se corrió rápido y muy pronto otros visitantes, que venían de lugares tan apartados como Temuco y Nueva Imperial, se unieron a los padres de Maryknoll para asistir a las clases de antropología social. Eran personas inteligentes, abiertas



Serafina Barra hilando afuera de su *mka* en Coipuco. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

de mente y que en el curso de su trabajo debían tratar con minorías indígenas. Ahora que Milan había regresado a Cholchol, se iban a reanudar las clases, por ello hicimos una parada en la parroquia para conversar los detalles con los padres.

El amplio complejo misionero se erguía en los extremos del pueblo, de hecho, nuestra casa y el policlínico eran las últimas avanzadas, más allá solo se extendían los campos. Al edificar la escuela, la fundación Maryknoll había sido generosa: las salas de clase eran estructuras bajas con corredores cubiertos que creaban un atrio, al medio había un espacioso patio con una cancha de básquetbol, más allá la cocina, el comedor y la sala de reuniones. Las edificaciones de madera estaban pintadas con brillantes colores que contrastaban vivamente con el resto de Cholchol. Nuestra propiedad estaba separada del complejo por un extenso terreno para libre esparcimiento, allí pastaban los caballos de la parroquia y los niños jugaban al fútbol.

Todas las construcciones de Cholchol, sin excepción, estaban hechas de madera. Dada la frecuencia de los terremotos, la experiencia local tenía muy en claro que ese era el mejor material. Nos contaron que tiempo atrás algunos habían probado construir con ladrillo y cemento, pero el terremoto de 1960 los había traído rápidamente de vuelta al material tradicional. La iglesia local –que tenía incluso un pequeño campanario– era simple, blanca y hermosa. A su lado descansaba el verde edificio de la parroquia junto a un sendero rodeado de aromos cuyas flores amarillas saturaban el aire con su perfume incisivo. Una de las entradas conducía a una oficina en cuya puerta se leía “Bodas – Bautismos – Funerales”, la otra llevaba a los aposentos privados.

–*¿Anybody home?* –llamó Milan en inglés al salón.

Luego de una larga pausa, el ama de llaves emergió de la cocina y nos dijo en español que el padre Juan estaba en el patio arreglando el auto y que el padre Gerardo volvería pronto.

–*¿Querrían un café mientras tanto y quizá una Coca-Cola para los niños?*

Los niños rechazaron la Coca-Cola ya que no le habían tomado el gusto todavía y partieron a explorar la sala, agarrando y manipulando todo lo que pudieran alcanzar con sus manitos, para luego ponerse a saltar arriba de los sillones tapizados. Esa fue la primera vez que se puso a prueba la promesa de paciencia hecha por Milan y su resultado no fue enteramente satisfactorio: los niños se ganaron una palmada en el trasero y fueron mandados a jugar afuera.

El padre Juan, así para los locales y John para nosotros, no nos hizo esperar demasiado y apareció sacándose el aceite de las manos con un trapo. Ya nos habíamos topado a nuestra llegada a Temuco, pero no fue sino hasta ese momento que tuve la oportunidad de observarlo con detención. Grande y velludo, sus raíces irlandesas, con algún posible toque de ancestros vikingos, eran patentes. Poseía también los ojos más azules que yo hubiese visto jamás. Desde mi punto de vista no obtuve mucho de la conversación, ya que él hablaba con un acento de Brooklyn virtualmente ininteligible. En ese momento tuve la ferviente esperanza de que me acostumbraría. Nunca ocurrió. Más tarde nos volvimos buenos

amigos, pero recién cuando yo había aprendido español. Recuperamos entonces todas las conversaciones que habíamos perdido, aunque él mantenía todavía ese gangoso sonsonete de Brooklyn.

John se sirvió un poco de *bourbon* para entrar en calor y pidió disculpas por el frío, explicando que no tenía sentido calentar la vivienda, ya que él y Gerry pasaban todo el día afuera y el tercer sacerdote estaba estudiando en Santiago, así que cuando volvían a casa solo encendían las estufas de sus cuartos. Esto condujo naturalmente al tema de nuestra calefacción. Milan y yo nos miramos y estallamos en una carcajada:

—En la casa tenemos una cocina a leña, pero sin anillos, la chimenea no funciona y los niños tienen una estufa a aserrín que no dura toda la noche.

Una situación casi sin remedio, pero al menos expresada estoicamente, pensé. John, ensimismado, frunció el ceño.

—Al otro lado del camino en el Centro Cultural hay un enorme calentador a parafina que no se usa, podríamos traerlo y calentar la casa y quizá hasta la mitad del jardín.

Luego se ofreció para ir él mismo el lunes a Temuco a buscar los anillos para la cocina. Y hete aquí que teníamos ante nosotros la caridad cristiana encarnada en un irlandés mal afeitado que parecía un oso y que probablemente no tenía la más remota idea de cómo nos había levantado el ánimo.

Comenzó a escarbar en los cajones con la esperanza de hallar las llaves del Centro Cultural. El padre Gerry —Gerardo para los lugareños— llegó cuando John estaba en plena faena de vaciar el contenido de las gavetas y se unió a la tarea de inmediato. De súbito, una montaña de cachivaches se desparramó por el suelo: una surtida colección de calcetines “huachos”, cartas sueltas de naípe, tuercas y tornillos de todos los tamaños posibles, libros de bolsillo de oraciones, latas de tabaco vacías, tres encendedores, dos sacacorchos, lápices y paquetes de chicle.

Gerry, empezando sus treinta, era también un fornido estadounidense con hombros de jugador de fútbol americano. En esa ocasión vestía un grueso chaleco de punto con trenzas cruzadas y *jeans* ajados cubiertos de aceite que servían para todo tipo de trabajos. Su cara lucía saludable, rubicunda y curtida, llevaba sus cabellos rubios cortados al estilo militar. Sus profundos ojos entornados sonreían constantemente. Cuando los enfocaba sobre algo, centelleaban con una vívida chispa azul, como si fuesen una piedra preciosa. En ese momento, el piso se hallaba bajo una ruma de desechos de una casa de solteros, todos, por lo demás, inservibles. Con impotencia, ambos padres miraban al suelo hasta que, de pronto, se les ocurrió buscar en sus bolsillos. Con aire triunfal, Gerry sacó el precioso llavero desde la parte trasera de sus *jeans*.

Al otro lado del camino estaba el bajo edificio de un piso que albergaba al Centro Cultural. Edificado y mantenido por la misión local, era la sede de las reuniones comunales, celebraciones, presentaciones musicales de los niños y cenas de camaradería de la gente importante del pueblo. Acogía también varias organi-

zaciones, tales como el Centro de Madres. Los padres promovían con entusiasmo todas las actividades del Centro con la esperanza de poder cimentar algún día un genuino espíritu de comunidad en el pequeño poblado.

El calefactor, sepultado bajo toda clase de cachureos, estaba en un oscuro rincón de la pieza adyacente. Carecía de tuberías y el mecanismo, despedazado, yacía al fondo de un barril. Nuestras esperanzas se vinieron al suelo, sin duda que no se trataría de una reparación sencilla. Los padres, empero, tenían una carta bajo la manga. Nos condujeron a un cuarto trasero donde había un escritorio de oficina. John carraspeó incómodamente un par de veces, Gerry le dio una significativa mirada y comenzó a explicar que quizá, tal vez, ese mueble podría ser un regalo adecuado para el próximo cumpleaños de Milan, cuando quiera que fuese y que, por tanto, si quería, podía llevárselo ahora mismo. Era un escritorio común y corriente, hecho de madera liviana barnizada y con tres cajones a cada lado, nada especial en verdad. Pero dada la efusión que habían mostrado por él, el radiante rostro de Milan y el modo en que los padres lo desempolvaban de forma tierna con sus mangas, daba la impresión que, según los cánones de Chile, equivalía a una pieza hecha por un maestro ebanista. En medio de toda la algarabía en torno al escritorio, la frustración que habíamos tenido frente al calefactor inservible ya estaba prácticamente olvidada. Así que tomamos nuestras bolsas, los huevos, la pierna de cordero que traíamos de la carnicería y la garrafa de vino, llamamos a los niños y partimos a casa con el escritorio que John, Gerry y Milan iban acarreando por turnos. Muñeca y sus amigos deben haber pensado que nos habíamos marchado del pueblo y a la vuelta se comportaron en consecuencia. Costó una enormidad acomodar el abultado mueble en la pequeña pieza que Milan había destinado a que fuera su despacho. Tras la cena, anunció solemnemente que ya no tenía más excusas que le impidieran comenzar a escribir su libro sobre los mapuches.

No fue para nada un proceso sencillo dejar a punto todos nuestros enseres domésticos. Los anillos para la cocina no aparecían por ninguna parte, el dueño de la tienda que la había vendido a Milan se escabullía con excusas, maldecía a la fábrica y nos aplazaba semana tras semana. Milan se daba de cabezazos contra la pared preguntándose por qué diablos había aceptado comprar una cocina sin anillos en el primer lugar que encontró y pagando todo el precio al contado. Su única defensa era que esa había sido la única cocina que estaba por lo menos completa hasta la mitad y que el vendedor le había jurado que los anillos estarían allí antes de que llegásemos de Santiago. El resultado era que, en ese momento, el aparato cumplía una función puramente decorativa. Cocinamos en la chimenea y la carne asada a la parrilla cesó muy pronto de ser una novedad interesante para convertirse en un insoportable fastidio. Tampoco eran comunes los cobertores y comencé a encontrar aquellas frazadas grises cada vez más desagradables, sobre todo cuando era evidente que yo no era la única ocupante. Esto parecía no incomodar para nada a Milan, un año en el campo había definitivamente rebajado sus estándares de higiene.

–¿Pulgas? ¡Ningún problema, déjame a mí!

Poco después había desaparecido bajo una nube de polvo venenoso que él mismo había arrojado en abundancia sobre las camas.

–¡Dios mío –exclamé horrorizada– ahora vamos a quedar con DDT en la sangre hasta el día de nuestra muerte y de seguro en las cuatro generaciones siguientes!

–No te preocupes, itambién lo harán las pulgas! –respondió, frotándose vengativamente las manos.

El carnicero nos había vendido una buena cantidad de pieles de cordero curadas que yo cosí, convirtiéndolas en mullidos sacos de dormir para los niños. La estufa de aserrín nunca se mostró muy efectiva y en las mañanas los niños amanecían congelados. Al final, la botamos y compramos una pequeña estufa a parafina que mostró ser igual de inefectiva a la hora de dar calor, pero que lo compensaba con las enormes cantidades de humo que emitía.

El invierno se volvía cada vez más crudo y el calefactor del Centro Cultural todavía estaba en un taller de Temuco. Mientras aguardábamos y comenzábamos a preocuparnos, sucumbimos todos a horribles resfríos. Milan, mostrando solidaridad con su familia, fue el primero en caer enfermo y recibió el ataque más fuerte. Me asusté de verdad cuando, imponiéndose a la fiebre, lo vi trepar a la torre del agua. Estaba segura de que se iba a desmayar y caer. Las cartas que enviaba a mi familia, sin embargo, continuaban siendo joviales y optimistas a pesar de que las cosas se ponían difíciles, porque yo sabía que la más mínima queja acerca de nuestra dramática situación actual suscitaría de inmediato un predecible: “Bueno, nada de eso habría sucedido si tú te hubieras quedado adonde perteneces”.

Siempre me sorprendió que mis amigos vieran con profunda sospecha todas las tierras distantes y tuviesen la firme convicción de que todos los lugares que había fuera de Europa sufrieran de retraso total frente a lo que se consideraba la civilización. No estaba preparada para el clamor que estalló cuando en la primavera les había contado a mi familia y amigos que me iba a juntar con Milan en Chile. Repentinamente sucedía que todos sabían de alguien que tenía un conocido que había visitado ese país y se atropellaban para hablarme de lo primitivo que era Sudamérica, de sus extravagantes y desagradables costumbres y de que había escasez de todo. El tópico principal era el bienestar de los niños –como si no hubiese niños en Chile– así que ahora estaba reacia a confesar en mis cartas que todos estábamos enfermos, y Lidia de manera severa. Por fortuna, había seguido las instrucciones de Milan y dispuesto una maleta llena de remedios para los mapuches, con instrucciones para su uso, regalo de mis amigos médicos de Praga. Estudié el diccionario médico al revés y al derecho y, con el corazón en la mano, le di a Lidia una fuerte dosis de antibióticos que finalmente la mejoró. Por desgracia, la pobrecita había ido quedando cada vez más débil durante el curso de su enfermedad y le llevó meses recuperar sus fuerzas.

Cuando Milan estuvo mejor, partió a Temuco con los padres y regresó aquella tarde con un gran paquete que soltó un destemplado cascabeleo cuando lo

tiró sobre la mesa de cocinar: por fin habían llegado los anillos para la cocina. Encajaron sin esfuerzo alguno en las tres hornallas de la superficie. Nada en este mundo podía ser más estética y técnicamente perfecto que esta cocina de estilo antiguo, amiga fiel de todos los cocineros y proveedora de confort y calor para la familia. Yo saltaba de alegría sin poder contenerme.

—¿Cómo te las arreglaste para conseguirlos?, ¿les apuntaste con una pistola diciendo: “los anillos o la vida?”; ¿o caíste de rodillas suplicando, llorando que tu familia no había cocinado en un mes, que no tenían nada para comer o beber excepto papas y raíces crudas?

Milan, con una ancha sonrisa, confesó que en realidad no había sido tan dramático: simplemente sacó los anillos de la cocina que estaba en vitrina y, sin hacer caso de las protestas del dueño, le contestó que ahora la gente sí podía saber cómo se veía una cocina recién llegada de fábrica.

Conectar los tubos al cañón fue fácil. Luego pasamos toda la tarde sacando el tizne que las ollas y sartenes tenían impregnado luego de un mes de uso en la chimenea. Llenamos la cocina con leña y calentamos agua para darnos nuestro primer baño como Dios manda. Ese artefacto, que además calentaba la sala de baño, se volvió a partir de ese momento el corazón de la casa. Los primeros queques que, levemente quemados, emergieron de ella fueron recibidos con el mismo entusiasmo que los primeros plátanos importados después de la Segunda Guerra Mundial.

A Milan le encantaba trabajar con madera. Había hecho una estantería en el espacioso *living*, la cual lucía un poco surrealista, pero que logró crear un rincón íntimo y siempre cálido al lado de la chimenea. Llenamos los anaqueles con libros, plantas, cerámica y unas pocas piezas decorativas de la colección que Milan estaba preparando para el museo Naprstek de Praga. Sobre las paredes colgamos máscaras de los indios, cucharas de palo hechas a mano, tejidos coloridos y collares de plata antigua. Los otros anaqueles estaban llenos de jarras con formas de animal, diferentes tipos de canastos y una verdadera curiosidad: vasijas hechas con ubres secas de vaca.

TEMUCO

Las tiendas de Cholchol no poseían una muy amplia gama de productos, la variedad que necesitábamos había que ir a buscarla al Mercado de Temuco. Íbamos una vez a la semana, en bus o en el viejo *jeep* de los padres. El bus que viajaba entre Temuco y Cholchol pasaba dos veces al día. El viaje de veinte kilómetros demoraba al menos dos horas, puesto que el camino carecía de pavimentación y se abría paso a través de terreno casi virgen. En invierno solía estar inundado o sepultado bajo tal cantidad de barro, que los vehículos simplemente se daban la vuelta para abrirse paso a campo traviesa. El bus pasaba siempre lleno e incluso el techo iba cubierto con equipaje tanto animado como inanimado que, apilándose arriba del modo más precario, conjugaba maletas, sacos, cajas, chanchos y ovejas con las patas amarradas y, en medio de ellos, gallinas y gansos en canastos. Los mapuches habían crecido con el conocimiento instintivo de la teoría que sostiene que la masa equivale a la energía. Su actitud frente a los buses —y en realidad, frente a cualquier otra forma de transporte motorizado— era más bien agresiva y se embutían en ellos sin tomar en cuenta para nada cuán llenos iban adentro. En términos simples, ellos no consideraban que los fierros o las otras personas fuesen algún posible obstáculo. En consecuencia, el bus viajaba siempre con cinco veces más pasajeros que los permitidos por la ley y la física. Milan jamás pudo ir sentado porque tenía que escudarme con su cuerpo a fin de que yo no terminara con un pasajero confortablemente arrellanado en mis rodillas. El bus llevaba cinco neumáticos de repuesto en el techo. Cada vez que había un pinchazo teníamos que bajarnos todos. Diez hombres fornidos levantaban el lado dañado, el chofer y sus ayudantes escogían un neumático de repuesto, buscaban algunas rocas y troncos para afirmar el vehículo y una hora después ya se había cambiado la rueda. Nos apiñábamos de nuevo y el bus seguía dando tumbos hasta el próximo pinchazo. Nadie se quejaba, nadie estaba apurado, todos estaban agradecidos de no ir a pie.

Lo primero que hizo Milan apenas llegamos a Temuco fue chequear sus bolsillos, partiendo por el que estaba cosido en el forro, donde guardaba la mitad del dinero para las compras. La otra mitad la llevaba yo adentro de un libro en mi cartera, que mantenía con el lomo hacia arriba. Esas precauciones habían nacido de una amarga experiencia. Pocos días antes de nuestro reencuentro en Santiago, le habían robado en una micro la billetera que contenía todo el dinero

que había podido ahorrar de la beca durante su espartana vida en Coipuco. Fue la euforia de estar juntos de nuevo lo que dejó a esa tragedia en el trasfondo y, al final, nos arreglamos incluso para bromear acerca de ella, sosteniendo que no servía de nada decir a los locales que no todos los gringos eran millonarios, cuando solo por robar una billetera, el ladrón se había convertido instantáneamente en un hombre rico.

Mientras Cholchol era un pueblito cuyas pocas tiendas servían las necesidades de la clientela local, Temuco era, por comparación, el centro comercial provincial. Los mapuches no iban para allá por algo tan trivial como vender huevos, madera o corderos. Solo viajaban a Temuco si tenían algo valioso para transar, como un carretón con cincuenta sacos de carbón o una manta nueva. En invierno, todos ellos llevan pesadas mantas de lana cruda, lisa y sin adorno. En esos días, la manta mapuche tradicional –llamada “manta amarrada”– ya fuese de azul y blanco o rojo y blanco, y adornada con complicadas figuras geométricas, era confeccionada solo para turistas o chilenos adinerados. Se tejían mediante una técnica que ha ido desapareciendo poco a poco. El proceso completo es muy sofisticado. La lana se hila y se tiñe con soluciones hechas de plantas y raíces. Luego, las lanas de los distintos colores se enrollan en ovillos apretados alrededor de varas de madera, para luego ser utilizadas alternadamente en el tejido de las complejas figuras geométricas. Todo ello es un ejemplo de extraordinaria destreza desplegada a partir de recursos muy limitados y que confirma la legendaria reputación de los tejidos indígenas sudamericanos. Por desgracia, la calidad de esas mantas ha decaído mucho, ya que los mapuches han tenido acceso a las anilinas alemanas que, tras el lavado, se destiñen arruinando el diseño.

El mercado de Temuco era un hangar gris de metal y concreto. Las aves entraban y salían volando a través de los cristales rotos del techo y su extensión cubría una manzana completa con entradas en cada una de las cuatro esquinas. Aquí, uno podía comprar cualquier cosa. Desde comida, utensilios de cocina y frazadas mapuches tejidas hasta salamandras de hierro, para luego almorzar en cualquiera de los muchos restaurantes del lugar. Los platos que se ofrecían eran la cazuela, el pescado fresco, jaibas y toda clase de mariscos. Cada plato iba acompañado de un pocillo de pebre y ninguna comida podía considerarse como tal sin ese acompañamiento. En mi primera visita, el mercado de las frutas me dejó sin aliento. No daba crédito a mis ojos y estaba segura de que todo era de plástico para efectos de exhibición. Había pirámides de dos metros de altura formadas de manzanas verdes y amarillas siendo cada una de ellas absolutamente perfecta, esférica, y lustrosa como si estuviese embadurnada en óleo. También se veían melones, uvas, duraznos, limones, las naranjas más grandes que hubiese en el mundo y tan maduras que ya se matizaban de rojo. Imponentes manos de plátano yacían en el suelo. Pero me era imposible comprender de dónde venían, ¿no estábamos acaso en pleno invierno? Cuando tuvimos las bolsas llenas, el dueño del puesto hizo un cono con papel de diario y puso dentro una muestra de cada fruta que no habíamos comprado, varias exóticas y de las cuales jamás

había escuchado hablar: chirimoyas, papayas, tunas, una especie de manzana naranja llamada caqui y, arriba de todo, un par de duraznos priscos. El hombre, ofreciéndome el envoltorio con una ligera reverencia y el destello de su diente de oro, rechazó cualquier intento de pago, era un presente “para la señora”.

Ir de compras abre el apetito, así que enfilamos hacia la pescadería. Allí pusieron bajo mi nariz un pocillo metálico que contenía algunos bultos anaranjados cubiertos de abundante perejil, al tiempo que me acercaron otro plato con limón fresco cortado en rodajas. Una jarrita de vino y una panera aguardaban al costado.

—¿Qué es? —pregunté recelosa.

—Erizos frescos, deliciosos, ¡pruébelos!

Introduje mi cuchara. Sin importar lo extravagante que fuese, esa comida se veía en verdad repulsiva y, dejando aparte lo fresco del plato, sabía muy bien como se veía: como pedazos de algodón humedecidos en yodo. “Siempre he pensado que el yodo es solo para uso externo”, mascullé y, con resolución, dejé el plato a un lado. A mi estómago le costó un tiempo reponerse del *shock* que había recibido. Milan se comió los erizos y pidió un loco para mí. ¡Esto sí que era diferente! Una firme y redonda pieza de carne blanca, el contenido completo de un gran marisco que, en otras partes, se conoce como abalón. Era increíblemente delicioso y venía acompañado con una gran ensalada, aceitunas y mayonesa. Todo el mundo a mi alrededor engullía erizos y comentaba lo frescos que estaban. En apariencia eso se sabe por los cangrejos que viven dentro de ellos como parásitos y que fuera de toda duda estaban todavía vivos ya que se retorcieron cuando se los rociaba con limón. Los clientes los tragaban como si fuesen una exquisitez adicional, felices de saber que estaban comiendo erizos cogidos el mismo día.

Me era imposible comprender cómo un país pobre como Chile pudiera tener tal abundancia de verdura y fruta fresca durante todo el año. En realidad, la respuesta era obvia. Tal era la extensión de norte a sur que, a lo largo del año, siempre había alguna zona con fruta madura para cosechar que después los camiones distribuían a lo largo del país. Desde ese punto de vista, Chile tenía una posición geográfica envidiable. Todo se podía obtener en alguna parte de su territorio y pronto me di cuenta de que la comida era algo que jamás escaseaba.

Una vez completada nuestra compra de frutas y verduras, era tiempo de dar un vistazo a los puestos que vendían utensilios de cocina y loza. Necesitábamos comprar un fondo metálico que pudiésemos colocar sobre la cocina para tener así en todo momento agua caliente disponible para cocinar o lavar. Además, me faltaban algunas ollas pequeñas. De nuevo me quedé sin palabras. Una olla de aluminio, claramente una obra de arte del hojalatero local, costaba doscientos cincuenta escudos. En comparación, una olla de cocina esmaltada con rosas costaba treinta escudos, veinte sin rosas. Un florero de vidrio costaba seis escudos, lo cual equivalía a tres kilos de naranjas o uvas, o bien a dos kilos de duraznos. Una máquina de coser Singer con pedales bastante nueva, modelo de principios de siglo, costaba cuatro mil escudos, dos veces nuestra paga mensual. Se trataba de la típica proporción en el costo de los productos en un país en desarrollo.

La comida era barata, los productos manufacturados, para llorar de caros. A final de cuentas, y luego de tortuosos regateos, compramos el fondo metálico y pusimos dentro dos ollas comunes y corrientes sin rosas, pagando doscientos escudos por todo.

Varias tiendas de cerámica mapuche se volvieron mis favoritas. Había montañas de cacharros de greda espléndidamente trabajados, cocidos y vitrificados en negro, con una que otra mancha borrosa de terracota. Los había de todo tipo y forma, yendo desde potes tradicionales, jarras y vasijas con formas animales hasta imitaciones de utensilios de cocina de fábrica, tales como ollas y sartenes, azafates para hornear, tazas, copas y mantequilleras, todos de greda. Me fui abriendo paso hasta el fondo de la tienda, apartando sillas rústicas y herramientas y enredándome en frazadas que colgaban, en búsqueda de más objetos para completar mi ajuar doméstico. La dueña del local me miraba impasiblemente, tomaba sopa y entre cada cucharada daba una pitada a su cigarrillo. Una vez que terminó su plato, trajo una imponente jarra roja –tan roja que parecía cubierta de salsa de tomate– cruzada por las palabras “Viva Chile” y ornada con una reproducción de la flor nacional, el copihue, pintada de un matiz de rojo incluso más vibrante. Me sentí un poco maleducada cuando le devolví ese magnífico ejemplo de objeto turístico, pero ella no se mostró ofendida en lo más mínimo y nos prometió dejarlo reservado para otro día.

Encontramos al carnicero en medio del desposte. Había cortes de carne y vísceras colgados de grandes ganchos, mientras que abajo lucían, martillos, afiladores y cuchillos desparramados al azar. La sangre goteaba en pocillos colocados bajo la carne suspendida, un perro famélico lengüeteaba uno de ellos con avidez mientras clavaba uno de sus ojos en la bota del carnicero. “¿Qué corte se les ofrece?”, preguntó, pasando la punta de su enorme cuchillo con la destreza de un cirujano sobre las piezas que colgaban de los ganchos, para limpiarlo luego con el borde de su inmundito delantal y ponerse a trabajar. Hizo un tajo profundo y sacó el lomo completo; otro más, y ya teníamos un entrecot y un trozo de pana; luego, añadió una pierna de chanco y algunas costillitas. En ese momento le dije que se detuviera, iteníamos suficiente carne como para abrir nuestra propia carnicería! Como no poseíamos refrigerador, hubo que salar la carne y colgarla en la parte más fría de la casa.

–¡Qué gran país, la carne cuesta lo mismo que las papas! ¿Quién comería papas si puede tener carne a cambio de lo mismo? –se reía Milan y arrastraba la protuberante bolsa.

Al terminar las compras, que incluían algunas cosas del supermercado local, las dejamos en custodia con el amigable dueño de la Confitería Central, un conspicuo café de la calle principal. Los viajes de compras de los lunes no podían terminar sin una dosis de cultura: En el cine local vimos un programa doble de wéstern. Los filmes eran constantemente interrumpidos por los cortes de cinta en los carretes, lo cual los hacía incluso más interesantes ya que los extremos cortados no eran siempre los que se volvían a pegar. La audiencia habitual de

Temuco estaba bien acostumbrada a que el héroe muerto no lo estaba necesariamente, ya que solía tomar parte en el tiroteo final. A su vez, tampoco estaba garantizado que sus víctimas hubiesen muerto porque, dependiendo de cómo se hubiera pegado la cinta, podían reaparecer otra vez listas para la pelea.

Después de cenar en la misma cafetería, volvimos a casa con los padres. El camino de regreso en *jeep* solía ser tan largo como en bus debido a las frecuentes detenciones para esquivar a los animales y a la gente que había en la ruta. Podía haber juerguistas, borrachos como cubas, que se arrastraban en el barro tratando de llegar a casa y a veces lo único que podíamos hacer era ponerlos a la vera de la huella y rezar para que no se cayeran de nuevo al camino. El *jeep* iba dando tumbos, hacía rato que la suspensión había exhalado su último aliento. En los campos, y a gran distancia, se podía divisar en la penumbra el perfil de las voluminosas carretas cargadas con sacos de carbón; más allá, las siluetas del ganado pastando se recortaban contra la luz de luna. Los dueños y sus ayudantes se apiñaban alrededor de una fogata cebando un mate mientras se turnaban en la guardia.

El camino dio una curva, ascendió por una colina y volvió a descender a un valle. Ahora que estábamos bastante lejos y en despoblado, sentíamos al mundo envuelto en su silencio nocturno. Yo dormitaba, mientras Milan murmuraba una conversación con John. De improviso, dos sinuosas sombras saltaron frente el capó del *jeep*. Gerry frenó de golpe y gritó:

—¿Vieron eso?, ¿lo vieron?

Apenas tuvimos una vislumbre de ellos mientras desaparecían en la distancia. Eran pumas. Dando largas y rítmicas zancadas se perdieron en lo profundo del valle. Esa fue mi primera y única experiencia con el gato salvaje sudamericano en su hábitat natural. Si Milan no hubiera estado conmigo, habría creído que estaba soñando.



Portada de *Rasgos de la sociedad mapuche contemporánea*. La obra fue publicada junto con el ensayo *Modo, persona y número en el verbo mapuche*, de Adalberto Salas, y fue coeditada por la Universidad Católica de Chile y la Universidad de la Frontera en agosto de 1974, cuando ya los Stuchlik habían partido de Chile.

INTERVENCIÓN DIVINA

Ya llevaba dos meses viviendo en Chile y la vida comenzaba a tomar un ritmo más o menos predecible. Había, sin embargo, un aspecto que parecía inalterable y me llenaba de aflicción: a pesar de estudiar el manual de gramática y conversación, no hacía ningún avance real en mi conocimiento del español. Me sentía constantemente perpleja y frustrada por la diferencia que había entre el lenguaje “teórico” y el que hablaba la gente de carne y hueso, y perdía incluso las esperanzas de poder llegar un día a sostener un diálogo. A Milan le sobraban los consejos prácticos: “Ponle finales en español a las palabras francesas y te van a entender”. Debo confesar que no lo encontré muy útil y cuando le pregunté cómo podría entender lo que ellos me decían a mí, se quedó sin respuesta. En todo caso, jamás me dejó en desamparo y estaba siempre a mano para ayudarme. Todo se discutía a nombre de ambos, él hablaba cuando salíamos juntos a comprar y me hacía las traducciones, pero yo me sentía como dando vuelta en círculos. Era como si estuviese rodeada por un muro de cristal, en una frase, no estaba aprendiendo lo suficientemente rápido. Tenía envidia de mis hijos. Tras el traumático descubrimiento de que no todo el mundo hablaba en checo, sus deseos apasionados de comunicarse les llevaban a expresarse de cualquier manera. Rodeados todo el tiempo por otros niños, reñían con ellos, se ponían apodos y cuando todo lo demás fallaba, recurrían a gestos con las manos. En suma, no tenían que fatigarse con manuales sino que absorbían el nuevo lenguaje como el aire y el agua. Por las noches se dormían canturreando con monotonía la palabra que ese día había capturado su imaginación y silabeaban sin sentido imitando la melodía de las frases. Hace muy poco Lidia había irrumpido jadeante en la cocina gritando:

–iAmu tu ruka!

–¿Qué dijiste? –preguntó Milan con interés.

–iAmu tu ruka! –repitió.

–Sí, pero ¿sabes qué significa?

–Las niñas me lo estaban diciendo en la cancha.

–No es español, es mapuche y significa “anda a tu casa”.

–Lo sé y lo hice –sonrió impertinente y salió corriendo, por miedo de perderse algo interesante.

Hacia rato que yo había abandonado la idea de que este iba a ser un año de paz bucólica alejado del trajín de la civilización. De la noche a la mañana, los ma-

puches se habían puesto de moda convirtiéndose en una preocupación nacional. Ante todo, era imprescindible que ellos fueran “revelados” al gran público, para seguir luego con proyectos de integración a la mayoría de la sociedad chilena. Muchas personas sintieron que debían estar en la vanguardia de ese movimiento: dejaron Santiago y se aventuraron con valentía hacia el sur del país. Llegaban en grupo a nuestra casa blandiendo una carta de recomendación de algún funcionario prominente para que Milan les allanara el camino hasta alguna reducción y persuadiera a los nativos de participar en una conversación amistosa. Solían quedarse mucho más tiempo del que originalmente habían planeado, porque julio y agosto no eran los meses más propicios para aventurarse en un paisaje tan hostil. Durante nuestras primeras cuatro semanas, recibimos dos grupos de personas vinculadas a radio y televisión y uno de la Universidad de Valdivia. Debo confesar que en su compañía me sentía menos torpe. Se trataba de gente bien educada que había viajado bastante y hablaba otros idiomas. Con ellos podía conversar en alemán, inglés o francés. Pero esto no me servía de mucho para la vida cotidiana. Quería hablar en forma espontánea con los mapuches como lo hacía Milan, ir sola a comprar, enfrentar todo tipo de situaciones y ansiaba hacerme de amigos chilenos para no sentirme tan aislada. Los mapuches venían todos los días y se sentaban junto a la cocina a fumar y conversar con Milan. Yo les hacía chocolate o les servía sopa de la olla que mantenía hirviendo a toda hora. ¡Qué ganas de participar en las discusiones con los médicos jóvenes que venían de Temuco a escuchar las charlas de los viernes en la parroquia! Venían a almorzar a casa donde contendían con ardor, gritándose de tal manera que varias veces pensé que iban a llegar a los puños. Impedida por mi muro de cristal, solo me quedaba observar y abrigar la esperanza de poder participar algún día. Ahora sí que me arrepentía de haber desdeñado los estudios de español cuando estaba en la Escuela de Idiomas. Los huéspedes no solo requerían de entretenimiento, sino que necesitaban ser alimentados y a menudo alojados. También era preciso pensar en los niños, pues no era justo mandarlos todo el tiempo a jugar afuera. Y encima de todo ello, los deberes domésticos comunes y corrientes, que si bien no eran particularmente desafiantes para la inteligencia, requerían de energía y organización.

—¿Por qué no has contratado una empleada? —preguntó, con algo de exasperación nuestro amigo Vasek, quien pasó a visitarnos desde Praga. Él era un viejo colega de Milan, también etnógrafo, que con frecuencia viajaba a Chile por sus investigaciones en el lago Budi.

—¿Estás loco? —lo corté, molesta—. ¿Crees que vine aquí para explotar a otras personas?

—Todos en Chile tienen empleada. Estás cargando sola el peso de la casa y de los niños. Milan no es de mucha ayuda y tú no puedes hacerlo todo. Tienen huéspedes y hoy ni siquiera has podido sentarte a tomar una copita de vino conmigo. Además, es algo mal visto.

Le puse una cuchara en la mano ordenándole revolver la olla y volé hacia el *living* donde interrumpí una importante discusión acerca de la crisis política chileno argentina, gritando:

—¡Hay que llenar el estanque, porque se está acabando el agua y por la llave sale apenas un hilito!

Tenía la sincera esperanza de que Vasek olvidara su ridícula idea acerca de la empleada y no la mencionase a Milan. Ya así como estábamos nos faltaba privacidad.

* * *

Se deslizaban sobre el caminito de gravilla con serena dignidad como cuatro galeones españoles. Con todo derecho tocaron el vidrio de la puerta principal, porque se trataba de una visita de mayor importancia: nos honraban las monjas del convento local. Primero entró la madre Tarsicia, la Superiora; a dos respetuosos pasos le seguían la madre Bernardeta y la madre Clara; cerraba la comitiva la cocinera, la madre Clementina. Entraron al *living* y, tras las presentaciones de rigor, las hermanas se acomodaron en los sillones. La madre superiora escogió una confortable silla forrada en piel de oveja y la regordeta madre Clementina ocupó toda la banqueta que se encontraba bajo la ventana, pero para arrepentirse de inmediato, no se trataba de un mueble muy estable. Las otras dos se sentaron en el sofá.

Nuestras relaciones con las religiosas habían sido amistosas desde el primer día. Apenas llegamos se nos envió desde el convento un plato cubierto con una servilleta bordada, lo trajo una niñita y dijo que era para los niños. Peter y Lidia muy contentos descubrieron rosquillas todavía calientes. Apenas tuve un horno que funcionaba, envié a las monjas un queque de frutas. Y así, pronto nos encontramos intercambiando muestras de las cocinas sin haber sido siquiera formalmente presentadas. Ahora estaban sentadas delante de mí desplegando sus rosarios. Noté cuán rojas y rudas eran sus manos. Las hermanas de Cholchol no se parecían a sus predecesoras medievales: lánguidas, frágiles y repletas de piadoso fervor. Los rostros de esas mujeres irradiaban buena salud y bienestar, y sus mejillas rosadas sobresalían de los bordes de sus tocas almidonadas. Las monjas de la orden local eran mujeres del mundo. Tenían que alimentar, asear y garantizar que las cuarenta niñitas confiadas a su cuidado en el convento fueran conducidas por la recta senda del temor de Dios. También enseñaban en la escuela mixta del poblado llevada por la misión Maryknoll, donde asistían niños que vivían en un internado aparte. En el convento, tenían que arreglárselas con medios muy exiguos, tal como lo hace cualquier pobre madre de familia, y realmente hacían prodigios en el cultivo de las verduras y la cría de animales domésticos, algo nada raro ya que casi todas habían crecido en el campo. Ahora por primera vez visitaban nuestra casa y sus ojos revoloteaban curiosos en derredor. Mostraban especial interés en la colección de artefactos nativos y con sus

exclamaciones de ahogo me recordaban las damas de un *tea party*. Las fascinaba de manera particular una peluda máscara con cachos de chivo traída desde el lago Budi y una vasija hecha con una ubre seca de vaca. Sin embargo, era obvio que no se trataba de una visita meramente social, algo importante traían en mente esas religiosas. Por último, con café y bizcochos, llegaron al punto.

Para sorpresa de todas, fue la tímida madre Clementina quien tomó la responsabilidad de abordar el asunto. Nada más había comenzado cuando, sobrepasada por su temeridad, empezó a tartamudear. La madre Tarsicia, dejando pasar por alto esta vez la ruptura de protocolo, la alentó con gentileza a continuar:

–Su hijito Pedrito es un angelito precioso, un rubiecito tan lindo, todas lo adoramos. Viene diariamente a visitarnos y conversa con nosotras y las niñas...

Milan tomó mucho cuidado en traducir para mí todos los cumplidos, palabra por palabra, incluyendo cada tierna expresión de cariño. No podía dar crédito a mis oídos. Ese bribonzuelo que no se podía estar quieto y se la pasaba siempre o arriba de un árbol o peleando a palos con otros niños, ¿en qué minuto había encontrado tiempo para visitar el convento y alternar con las monjas?

–...de hecho dispusimos para él un pequeño taburete en la cocina porque adora nuestras rosquillas, nos ayuda trayendo madera para el fuego y prometió que será el Niño Jesús en la próxima representación de Navidad...

Los ojos de Milan destellaron de risa contenida y me vi obligada a admitir que había subestimado cómo la glotonería de nuestro hijo estaba expandiendo su círculo social. Empero, todo ese asunto de la representación del Niño Jesús escondía un gran misterio para mí. Milan pensaba que debía ser una especie de sainete navideño.

–...y su niña también viene al convento a jugar –continuó la monja– las muchachas la visten como una muñeca y le hacen arrumacos, los niños incluso colgaron un columpio para ella. Le estamos enseñando castellano y realmente lo está captando bien, pero es muy finita la gringuita, tan diferente de nuestras niñas mapuches...

Las otras monjas decidieron que ya era tiempo de participar en la conversación que, en síntesis, giró en torno a los niños. A Peter se le llamaba “angelito rubio”, “tesorito”... los diminutivos eran interminables. Después descubrí que en Chile, especialmente en el campo, eran expertos en el uso de diminutivos para mostrar afecto. Tanto así, que eran conocidos por ello en el mundo lingüístico español.

La madre Tarsicia, cual diplomático cabal, dejó que fluyeran la leche y la miel para al final dejar caer unas cuantas gotas de amargo en la redoma. Tenía que ver con Peter otra vez. Al parecer se la pasaba todo el día en el pueblo entre los caballos y las carretas. Se cruzaba en las patas de los caballos y era un milagro que todavía no hubiera recibido una patada. Apenas se le ofrecía la oportunidad, agarraba la picana y cuando el amo no estaba presente se escapaba con sus bueyes y la carreta. Hacía muy poco que Segundo Cayul, saliendo del bar, se había llevado la tremenda sorpresa de que no estaban afuera esperando. Alguien

le indicó la dirección que Peter había tomado y, ¡claro!, allá iba, en la mitad del puente silbándole al ganado cual avezado campesino mientras los bueyes lo seguían obedientes. Cuando Segundo, repentinamente sobrio, se le echó encima, Peter tiró la picana al suelo y arrancó volando. Y eso no era todo. Ayer en la tarde la señora Neri había tenido que bajar a los niños de los caballos en que andaban deambulando con unos borrachines de Coipuco, quienes habían decidido mostrárselos a los vecinos de la reducción. Se desistieron de su idea a regañadientes y solo después de que la señora Neri los amenazara con todo el peso de la ira de don Milan.

Ahora la película estaba clara. Hasta un minuto antes creía que alguien me había cambiado a los niños. Porque mientras las amables madres Clementina, Clara y Bernardeta habían pintado a Peter como una variante del Pequeño Lord, la madre Tarsicia nos lo presentaba como Daniel el Travieso en versión Cholchol. Mi experiencia personal se inclinaba hacia la versión de la madre superiora.

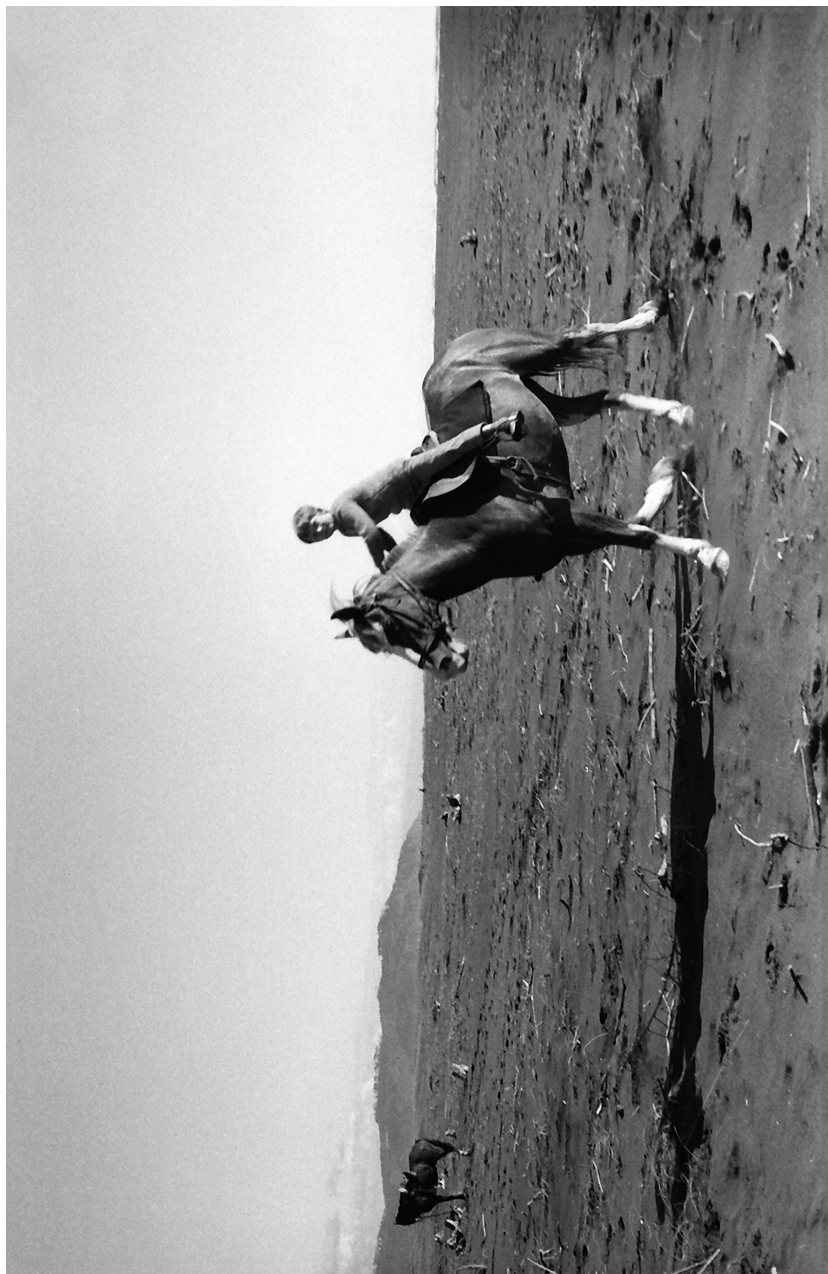
Durante nuestras primeras semanas en Cholchol los niños lo habían pasado bastante mal. Ambos estuvieron muy enfermos y, separados de todo lo que les era familiar, tuvieron que abrirse camino de forma cautelosa a través de ese nuevo entorno. El primer lugar donde comenzaron a sentirse seguros, la casa y el jardín, se volvió pronto una prisión. Había una pasada en la cerca y los muchachos que estaban internos en la escuela, curiosos de ver a los recién llegados, inventaron un nuevo deporte. Corrían a lo largo de la verja haciendo como si fueran a romperla, mientras Peter arremetía fieramente contra ellos con un palo. Los otros chicos jamás dejaban a los niños tranquilos: los acosaban, les gritaban y no les daban un solo momento de paz. Peter, loco de rabia y sin ningún interés en ser tratado como animal de zoológico, tan pronto como le quitaban el palo, agarraba otro. La situación tenía a Milan muy afligido, pero no quería inmiscuirse porque tenía la convicción de que eran ellos quienes debían resolver el asunto. Más tarde, cuando comenzó el año escolar y la cancha quedó vacía, nuestros hijos empezaron cautelosamente a sobrepasar los confines del jardín. Al fin, se abrieron camino a través del terreno hasta la escuela donde los encontró Ernesto, el joven director del internado. Los puso bajo su alero y dio instrucciones para que los cuidaran los alumnos más grandes. Esto abrió una Caja de Pandora completamente diferente que estábamos apenas comenzando a descubrir: se habían convertido en los favoritos de Cholchol y pensaban que podían hacer lo que les diera la gana e ir donde quisieran.

–Deberían asistir a la escuela –cerró el relato la madre superiora.

–¡Son demasiado jóvenes! –objeté. Peter tenía solo cinco años.

–No aquí –cuchicheó Milan– los niños comienzan a los cinco y se les llama “oyentes”. Peter debe ir a la escuela, de otro modo, se volverá indomable. Además, ¿puedes imaginarte la reacción de Lidia si él va y ella no?

Al final, llegamos a un acuerdo. En septiembre, una vez pasadas las vacaciones de invierno, ambos entrarían al primer año de la escuela misionera local, Nuestra Señora Santa María de Guadalupe. Era un nombre majestuoso y no me atrevía a



Peter galopando por las playas de Tolón. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

pensar en la reacción de las autoridades socialistas checas. Según las regulaciones gubernamentales, los hijos de ciudadanos checos que vivían en el extranjero, debían asistir exclusivamente a establecimientos educativos de la esfera soviética.

Pero no terminaban aquí los objetivos de las monjas. Ahora se dirigieron a mí. Querían saber por qué no había tomado una empleada todavía. Les expuse mis razones: poca carga doméstica, reticencia a contratar a alguien que hiciera el trabajo por mí, falta de privacidad. Con sorpresa, la madre Tarsicia asintió como si comprendiese, mas luego expuso cómo ellas veían las cosas. Acá en el pueblo se dedicaban a educar a las muchachas del campo. Con su ejemplo de trabajo duro y devoción religiosa estaban tratando de inculcar una ética del esfuerzo y un código moral a sus pupilas.

—Sin embargo, como todo el mundo sabe —siguieron exponiendo— la gente de campo es ignorante, carece de cultura y no está habituada a aprender. La influencia de la familia y la tradición es una barrera demasiado poderosa para la fe cristiana. Solo había tres estudiantes al año que pasaron los exámenes para ir a la escuela secundaria en Temuco o Nueva Imperial, el resto abandonaba la educación formal a los catorce años y se quedaba en casa, ya sea ayudando a sus madres o empleándose como domésticas. A los dieciséis ya partían a Santiago —aquí las monjas exhalaban un significativo suspiro y se persignaban— y a las que se quedaban en casa, les esperaba un destino similar. Los hombres y el aburrimiento atraen al demonio. Sus madres son estúpidas y apáticas, y así las niñas acaban con una guagua en los brazos antes de los dieciocho años. Pero si la señora quisiera tomar una empleada, la niña tendría un trabajo respetable, estaría protegida y tendría la mente enfocada en sus tareas. También los niños tendrían mejor supervisión —finalizó triunfal la monja.

Sonaba razonable. No lo había visto desde ese punto de vista. Lo que no tenía claro era cómo eso iba a prevenir un embarazo inesperado. Que la naturaleza, los hombres y el demonio hacen una potente combinación, de hecho más poderosa que la autoestima ganada tras arduo trabajo y diligencia, es algo que ha sido repetidamente probado por la realidad, a pesar de un incontable fardo de teorías acerca de la moral.

—Y todo lucirá mucho mejor —la madre superiora sacó su carta de triunfo—, una familia como la suya puede darse el lujo de tener una empleada, la gente ya se está preguntando por qué no lo hacen y ha comenzado a pensar que ustedes son tacaños.

Milan se había refugiado en un aire inescrutable, pero yo ya sabía que las monjas habían ganado la partida. Finalmente acordamos contratar una niña chilena, una muchacha crecida mejor, para que tuviese autoridad sobre los niños. También insistimos en que fuera alguien del pueblo para que volviese a su casa al atardecer, pues queríamos el final del día solo para nosotros. Las monjas escucharon nuestras peticiones con satisfacción y prometieron procurar una candidata adecuada entre las familias del poblado.

Esa noche, antes de ir a la cama, Milan me confesó una preocupación que le asediaba: era el asunto de la comida. No sería sensato dejar que una niña inexperta

experimentara con nosotros o, más específicamente, con él. Lo dejé angustiarse unos minutos, pero al fin le prometí que si encontraba a alguien que me ayudara a preparar las verduras y a lavar los platos, no veía razón alguna para que yo dejara de cocinar. Me sentía muy agitada al momento de ir a dormir al darme cuenta que había un nítido bache en mi educación. ¿Cómo se suponía que iba a tratar a una empleada?, ¿cómo le iba a dar instrucciones o quizá órdenes? Decidí por último que no la iba a mandar. Haríamos todo juntas y, de ser posible, sería mi amiga, mi mano derecha en los quehaceres domésticos.

Unos días más tarde llegó Clara. Vino acompañada por sus padres y hermanos, quienes daban la impresión de querer evitar algún posible intento de fuga. Era una muchacha de alrededor de veinte años; alta, flaca, de cabello opaco, con expresión de indiferencia en los ojos. Miró alrededor de la cocina y, aparentemente, no encontró nada objetable en todo lo que la rodeaba. Los hermanos se mostraban aliviados. Los hombres se enfrascaron en negociaciones en las que Clara y yo éramos prescindibles. Milan se dirigía a mí de vez en cuando con una u otra pregunta mientras Clara fue enviada por su familia a observar el baño. Luego se estrecharon todos de manos cerrando el trato.

A partir de ese momento, Clara comenzó a llegar todas las mañanas. Ante todo, prendía el fuego en la cocina a leña y luego aprovechaba una hora libre para tomar tranquila su desayuno. Los primeros días no fueron fáciles y, aún hoy, mi diccionario español lleva varias manchas, fruto de las intempestivas consultas cuando cocinábamos juntas. Los niños, bien acostumbrados ya a un torrente de visitas, se mostraron impávidos frente a la recién llegada. La cuestión candente era si acaso tomarían a Clara con seriedad y aceptarían su autoridad durante todo el día cuando nosotros fuésemos a Temuco o al campo. Más en concreto, ¿me tomaría ella en serio a mí, que apenas hablaba castellano y tenía hábitos extranjeros incomprensibles?

* * *

Por fin llegó el día en que trajeron de Temuco el calefactor a parafina reparado. Milan sacó uno de los cristales de la ventana para poder pasar el caño, pero el calentador se negó a cooperar. La parafina nada más goteó de las tuberías y produjo una enfermiza llama naranja que inmediatamente cubrió el tambor con una densa capa de tizne. Cuando levanté la tapa para ver qué estaba pasando adentro, el hollín salió disparado dispersando negras nubes que flotaban por toda la casa. “¡Baja la tapa!”, chilló Milan, que estaba de rodillas manipulando diferentes herramientas y maldiciendo los inventos estadounidenses. “¡Dame un simple quemador a carbón y tiro todo este adefesio a la basura!”, bramó. En este momento crítico, en que la posibilidad de que el calefactor saliera volando por la ventana era altísima, apareció Clara anunciando la llegada de una visita.

–Don Carlos Huenchuman –rechinó cual diestra camarera.

–Ve tú, por favor –me dijo Milan– tengo que limpiarme un poco.

Carlos ya estaba sentado en su lugar habitual junto a la cocina manteniendo a Muñeca a raya con su palo. Nuestra perra se había vuelto algo racista y detestaba a cualquier mapuche, Carlos no era la excepción. A la inversa, bastaba que llegara cualquier gringo para que ella se pusiera a su lado con gusto, con la lengua afuera, moviendo la cola, sonriendo, saltando... ¡faltaba que ofreciera el café!

Carlos era un viejo solterón y, disponiendo de bastante tiempo libre, había acompañado a Milan el año pasado en sus rondas por Coipuco. Se había vuelto su máspreciado “informador”, algo que los antropólogos valoran como el oro. Carlos era bajo, macizo, y rengueaba al andar. Tenía el rostro de un payaso triste. Luego de que Milan se trasladara a Cholchol, nos visitaba de forma regular y era obvio cuánto echaba de menos a su amigo.

–¿Cómo está usted, Carlos? –eso ya lo podía decir con bastante seguridad.

–Muy bien señora, muy bien –vociferó, para asegurarse de que yo realmente lo había entendido.

Luego me pasó un regalo: una bolsa plástica con cuatro huevos. Le di las gracias y tras colocarlos en la alacena, doblé la bolsa y se la devolví. Al llegar Milan los dos se retiraron al despacho, ya que Carlos necesitaba pasar a máquina una carta para un sobrino que vivía en Santiago. Entretanto, ayudé a Clara a verter una gran batea de agua caliente en la tina del baño, a la que agregamos detergente para lavar la ropa sucia. Rápida como el rayo, extrajo una escobilla nueva y se puso a trabajar con gran entusiasmo fregando camisas, fundas, cuellos, blusas, ropa interior, chalecos, cualquier cosa que cayera en sus manos. Mis ojos casi saltaron de las órbitas a la lejía. Nos valíamos de la lluvia para lavar porque el agua era tan suave que las prendas se limpiaban prácticamente solas, pero nada de esto detuvo a Clara. El agua rebosaba de espumoso detergente y las ropas que emergían bajo la escobilla, iban apareciendo convertidas en jirones. Corrí a buscar el diccionario que estaba siempre a mano. Con las manos mojadas daba vuelta de manera frenética las páginas tratando de encontrar “frote suavemente con las manos” o “solo enjuague y escurra”. La muchacha me dio una sonrisa desconcertada con su boca semidesdentada, mientras su largo cabello se desparramaba colgando en el agua de la tina. No tenía la más remota idea de por qué yo estaba tan agitada. Casi llorando de impotencia, juré que, como mínimo, aquella escobilla debía irse.

Pese a todo, gracias a Clara, dispusimos de más libertad. Con las debidas instrucciones estaba dispuesta a quedarse con los niños hasta que regresábamos de Temuco, a veces a altas horas de la noche. Solo Dios sabe cómo se las arreglaba con ellos, ya que era en extremo parca. Para ser justa, debo reconocer que siempre mantenía el piso de la cocina limpio, lavaba los platos, preparaba el chocolate para las visitas y ayudaba a cocinar, pero a diferencia de la mayoría de los empleados que tienden a exhibir un aumento de actividad en presencia de sus patrones, Clara pasaba la mayor parte del tiempo con su cara impassible sentada junto a la ventana untando pan con pebre. Ansiosamente y diccionario en mano, le preguntaba:

–¿Cómo se portaron los niños mientras estábamos en Temuco?

–Bien.

-¿Cuándo se fueron a dormir?

-En la noche.

-¿Estaba fría su pieza ayer?

-No.

Esa conversación se puntuaba con torpes sonrisas y miradas furtivas. En suma, Clara no estaba acostumbrada a sostener ningún tipo de conversación con “la señora”. Lo que ella sabía era escuchar y asentir. Al parecer, había trabajado algunos años en Santiago, pero se enfermó e incluso había tenido que ser hospitalizada. Una vez que se mejoró, se le aconsejó ir por un tiempo al campo a recuperarse. Las preguntas acerca de su enfermedad la ponían muy incómoda, así que dejamos de hacerlas. Jamás ocultaba su deseo de volver a la capital, puesto que para cualquier chiquilla de pueblo, ello constituía el pináculo de su carrera como empleada doméstica.

La visita de Carlos fue beneficiosa ya que le dio a Milan tiempo para descansar, reflexionar y, de nuevo inspirado, volver a tratar de girar y curvar la cañería alimentadora de parafina para que el combustible fluyera con un pequeño goteo suave y regular. Limpiamos con una aguja todo el hollín atrapado en los agujeros del cilindro y, conteniendo el aliento, abrimos la válvula. Milan arrojó en la abertura un trozo de algodón encendido y ¡milagro de milagros!, una llama azul se desplegó como una rosa dentro del tambor. El calefactor dejó escapar un amplio suspiro, seguido de un satisfactorio eructo y tuvimos calor. Nos abrazamos, abrazamos el radiador y danzamos extasiados en torno a él. Era el fin de nuestra mini Era del Hielo. Toda la casa quedó cálida y, envueltos en las agradables fundas que hacía poco habíamos comprado en Temuco, supimos que había terminado el tiempo de acampar frente a la chimenea y que podíamos volver al dormitorio. Se daba por terminado oficialmente el Estado de Emergencia.

EXPEDICIÓN A COIPUCO

Milan decidió que había llegado el tiempo de que yo visitara el lugar donde había pasado todo un año realizando su trabajo de campo. Coipuco era una reducción indígena que distaba unos trece kilómetros de Cholchol y el viaje nos tomaría casi todo el día.

El requisito más importante para un antropólogo social es convivir con la gente que ha elegido para estudiar, ya sea en África, Polinesia, Sudamérica u otras regiones. A diferencia de los sociólogos que consumen su tiempo corriendo de allá para acá con sus cuestionarios investigando importantes problemas sociales en la comodidad de sus propios países, un antropólogo sabe lo que es pasar adversidades en nombre de la ciencia. Tras algunos meses o incluso años viviendo en terreno, los antropólogos conocen a “su” gente quizá mejor que a su propia familia, y cuando regresan a la “civilización” sufren el miedo permanente y acuciante de haber perdido el contacto para siempre. Muchos antropólogos vuelven una y otra vez a su lugar de estudio con el pretexto de documentar algún nuevo cambio acaecido en aquella comunidad, pero la verdad es que el vínculo afectivo que han creado es tan fuerte, que en realidad regresan a visitar a viejos amigos. Milan no era la excepción. Acogía a todas las personas de Coipuco, que venían a Cholchol o porque necesitaban pasar a máquina una carta para un pariente en Santiago o, bien, para vender huevos o madera y carbón para la cocina. Sin embargo, la principal razón de sus visitas era intercambiar noticias y chismes con su querido amigo.

Los antropólogos valoran mucho todos los esfuerzos que les ha costado la posición de confianza que se han ganado en la comunidad que estudian y la protegen celosamente. Si bien no es posible ni práctico impedir que influencias foráneas afecten al grupo —ya que, después de todo, eso mismo puede conducir a nuevas áreas de estudio— ellos serán siempre reacios a promoverlas. Es por eso que, en general, la mayoría de los científicos sociales que hacen trabajo de campo tienden a rechazar la cooperación con autoridades tales como políticos, trabajadores sociales o funcionarios públicos que desean valerse de la posición privilegiada que goza el académico para imponer sus propios fines particulares. Por eso mismo, un antropólogo como Milan era en extremo cuidadoso respecto de las personas a las que permitía que le acompañaran a terreno. Si no había modo de impedir una visita indeseada, se aseguraba de garantizar la protección

de “su” comunidad contra cualquier abuso posible. Esta precaución se extendía incluso a su propia mujer. Ni de lejos había estado Milan tan nervioso cuando me presentó por primera vez a su familia y amigos como ahora cuando llevaba su señora a Coipuco. Pero llegó inevitablemente la hora, porque se había corrido la voz de que los coipucanos que ya me habían conocido en Cholchol se consideraban algo más privilegiados que los demás. Por mi parte, ya no aguantaba las ganas de ver el lugar donde mi marido había estado oculto durante todo el año de 1968 mientras el caos asolaba Europa.

Milan se levantó temprano y llenó su mochila con latas, envases plásticos, pedazos viejos de neumáticos, bolsas plásticas de diferentes tamaños y unos regalos especiales que yo, a petición suya, había traído desde Praga. Luego de agregar una bolsa con medicinas y dulces para los niños, estuvimos listos para salir. Iríamos en una motocicleta que pertenecía a los misioneros. Era evidente que la máquina había visto mejores días y conocía muchos pilotos, pero Milan tenía una debilidad por todos los tipos de transporte de dos ruedas y gustaba de exigirlos al límite en terrenos difíciles. No obstante, ya había descubierto que las condiciones locales hacían esos límites más o menos impredecibles. En marzo pasado, cuando regresaba de Cholchol a Coipuco después de un fuerte aguacero, la motocicleta quedó entrampada a la altura de Copinche. Un espeso barro pegajoso obstruía las llantas y todo lo que pudo hacer fue sacarles el lodo y empujar, sacar y empujar... le llevó horas. Finalmente, los alumnos de la escuela de Coipuco lo divisaron a través de las ventanas y corrieron a ayudarlo siguiendo las instrucciones del profesor. Este último amarró la máquina con una cuerda, cual si fuera una mula testaruda, y la arrastraron hasta el comedor del colegio.

Esta vez hacía dos días que no llovía y el camino se veía bastante seco, así que Milan consideró seguro partir en la motocicleta. Al comienzo el paseo fue espléndido. Cruzamos el largo puente de Cholchol y torcimos a la derecha. La vía fluía sobre ripio parejo a través de campos y llanuras que a poco andar ondulaban en pequeñas colinas. No tardó mucho para que la motocicleta comenzara a deslizarse sobre un terreno arenoso y la situación empeoró cuando aparecieron charcos de barro aumentados por riachuelos que corrían por todo el camino. La historia amenazaba con volver a repetirse. Milan tenía una idea fija acerca de cómo debían realizarse nuestras excursiones en motocicleta. Él, cual intrépido piloto, se abriría paso enérgicamente; entretanto yo, sentada atrás y aferrada a su torso viril, le cantaré odas sobre las bellezas del paisaje destacando uno u otro objeto señalado. Esto para él simbolizaba lo máximo deseable: una armonía entre el espíritu y el dominio del hombre sobre la máquina. En las condiciones actuales, por desgracia, las evidencias de tal dominio eran algo limitadas. Se me obligó a desmontar y a saltar sobre el agua corriente que se atravesaba mientras el intrépido aventurero impulsaba su vehículo por sobre los montículos que había a ambos lados del camino. Dos horas después, agotado, reconoció que quizá tampoco era el mejor momento para una expedición en motocicleta y que había que admitir la derrota. Dejamos el vehículo con unos amigos en Ancapulli e hicimos a pie el resto del camino a Coipuco.

Milan se topó con la Antropología cuando estaba trabajando como etnólogo en el museo Naprstek de Praga, especializado en culturas no europeas. Allí se cruzó con diversos estudios teóricos y etnográficos ingleses, principalmente acerca de África y Oceanía. En ese preciso momento descubrió su futuro. Decidió que iba a dedicar el resto de su vida al estudio de las culturas extranjeras. Devoró toda la literatura que encontró a su alcance, la poca de que se disponía en el país y todo lo que pudo encargar al extranjero. La Antropología Social en Checoslovaquia era una ciencia desconocida, jamás se la había enseñado bajo el supuesto de que su importancia para comprender el comportamiento humano era mínima; a fin de cuentas, todo lo relevante ya había sido explicado satisfactoriamente por la teoría marxista del materialismo histórico. No obstante, en la segunda mitad de los años sesenta hubo un período de cierto relajamiento político y Milan, junto con su amigo Ladislav Holy, ambos en sus treinta, pudieron introducir la Antropología en las aulas de la Universidad Carolina de Praga, ayudados por las relaciones amistosas que mantenían con sus contrapartes en las universidades británicas.

El principal foco de interés de Milan era Oceanía, pero cuando supo que Chile había propuesto un intercambio académico con Praga que incluía la posibilidad de que un cientista social estudiara a los indios mapuches en terreno, no titubeó en postular. Esto ocurrió en la primavera de 1968. Ese mismo año las fuerzas soviéticas ocuparon Checoslovaquia y en 1969 no era para nada claro qué medidas tomarían las nuevas autoridades impuestas, apoyadas por las jefaturas prosoviéticas respecto del recién establecido Departamento de Antropología Social, inmerso como estaba en influencias occidentales. Lo más esperable era que fuese cerrado. Cuando se mencionaba esa posibilidad Milan perdía su característico sentido del humor.

La noche en que llegamos a Cholchol me contó cómo se había enterado de la ocupación. En la escuela de Coipuco había, aparte de la sala de clases, dos pequeños cuartos. Milan arrendaba uno, mientras el contiguo quedaba para el profesor. Para su fastidio, este tenía el hábito de escuchar la radio a todo volumen muy de mañana. El 22 de agosto golpeó la puerta de Milan para avisarle que escuchara lo que estaban diciendo acerca de Checoslovaquia. Milan no podía creer lo que oía. La radio transmitía en directo a medida que se sucedían los acontecimientos. No esperó ni un minuto, empacó lo mínimo, pidió prestado un caballo y salió al galope hacia Cholchol. Les solicitó a los padres su Land Rover y siguió hasta Temuco. En la Universidad de Chile le dieron acceso a una sala de radio bien equipada. Durante una semana no se movió de ese cuarto mientras escuchaba las réplicas de todo el mundo contra la solución militar que la URSS había impuesto sobre un país subordinado. Solo salía para comprar cigarrillos y para enviarme cartas que jamás recibí. En el pueblo de Libechov, nuestro hogar, yo hacía más o menos lo mismo.

Nos sentamos a la orilla del camino para descansar y, mientras fumábamos un cigarrillo, Milan me contó de una visita que hace unos meses le habían hecho unos estudiantes de la Universidad de Concepción como parte de un proyecto de

estudio que desarrollaban en los poblados con minorías indígenas. Se pasearon por Coipuco mientras la gente les daba la bienvenida. Los estudiantes estaban asombrados frente al hecho de que un antropólogo blanco tuviese relaciones tan abiertas y distendidas con los indios, e inmediatamente comenzaron a discutir cuál sería el mejor modo de sacar partido de ello. Según ellos, habían encontrado el lugar ideal para formar una célula de guerrillas revolucionaria. Así que le pidieron consejos para lograr que los mapuches cooperaran. Milan los echó sin miramientos.

—¡Hago antropología, no revolución! —gruñó ahora, machacando furioso su cigarrillo con la suela del zapato, luego suspiró— Me habría gustado creer que esos estudiantes estaban realmente interesados en la cultura mapuche, si no, ¿para qué estudiar antropología?

Pero algunos pequeños incidentes probaron que jamás podrían llevar a cabo un proyecto de estudio decente por la simple razón de que eran incapaces de ganarse la confianza de los mapuches. El problema es que eran más bien insensibles. En el fondo, les importaba un comino lo que la gente de otras razas y culturas creía, ni cómo pensaba o vivía. Daniel Tranamil, por ejemplo, nos estaba mostrando su orgullo y alegría: su huerta. Uno de los estudiantes, como si nada, agarró un ají sin pedir permiso, lo mordió y arrojó el resto. Luego una muchacha sacó un membrillo verde, lo mordió y también botó la fruta entera. Cuando pasaban por un sembradío de arvejas, porotos o frágiles tomates, ni se fijaban por dónde pisaban; para ellos, era igual que pasto. Él era implacable frente a este tipo de comportamiento. Me atreví a sugerir que podía ser nada más que un caso de mala educación o del diverso enfoque que el habitante urbano y el del campo tienen frente al cultivo de los alimentos. Milan disintió. Según él, lo que eso dejaba a la vista era una falta de preparación profesional en el área del trabajo en terreno. Eran estudiantes de tercer grado, tenían la obligación de conocer y, por tanto, respetar la profunda y afincada estima de los mapuches por la propiedad privada. Muchas medierías habían fracasado porque uno de los medieros se había llevado un canasto de arvejas sin permiso antes de que la cosecha hubiese sido equitativamente dividida. Otro ejemplo estaba dado por la dote de la mujer, que consiste en semillas y utensilios domésticos que serán suyos de por vida, incluso si después de la boda toda la familia los aprovecha. Así, cada integrante sabe que las legumbres plantadas pertenecen a la madre y que serán de ella una vez cosechadas. Del mismo modo, las papas plantadas por el padre pertenecen al padre. Cuando una mujer teje una manta que luego su marido vende en Temuco, él puede usar una parte de la ganancia para celebrar el éxito de la empresa, pero queda entendido que todo el resto del dinero tiene que entregarlo a su esposa. Esto no quiere decir que las legumbres o papas no serán comidas por toda la familia ni que el dinero de la manta no será gastado en algo que todos necesiten. Todas esas complicadas reglas de propiedad tienen que ser estudiadas y comprendidas justamente por lo diferentes que son de las nuestras. A la inversa, decir que los mapuches son individualistas contumaces

cuando se trata de asuntos relativos a la propiedad y la economía sería una grosera simplificación. Por ejemplo, sabemos que se valen del antiquísimo sistema de cooperación llamado “mediería” o propiedad y trabajo compartidos con el cual resuelven el perpetuo problema de la pobreza originada por la falta de tierra o semillas, y cuya práctica está sometida a reglas muy estrictas. Los mapuches son además maestros del trueque, que es su método preferido para hacer negocios. Al interior de esa práctica se prestan incluso a sus propios hijos por una temporada para que hagan de pastores en las familias cuyos niños ya han crecido.

Milan estaba muy desilusionado con los estudiantes chilenos, pues se aproximaban a los mapuches con prejuicios hondamente inculcados e imposibles de disolver durante un corto período de estudios antropológicos. A ojos de ellos, la gente del campo no era más que una masa de ladrones y alcohólicos, una carga improductiva y primitiva que pesaba en las espaldas de la sociedad civilizada y que se debía llevar de forma delicada y paciente hasta el siglo xx. Al otro lado de la escala de prejuicios se encontraban aquellos que tendían a ver a los mapuches con romanticismo, convirtiéndolos en mártires históricos o, incluso como simples hijos de la naturaleza que vivían en armonía con su entorno y eran un ejemplo a imitar. Obviamente, todos esos estereotipos carecían de valor científico, aunque en ciertas circunstancias podrían dar tema para investigar la relación entre la sociedad chilena y los mapuches. Los estudiantes chilenos no eran proclives ni a la aplicación ni al rigor que la ciencia exige. Tal como los estudiantes checos que, saturados desde los primeros años de escuela por la teoría marxista, habían adoptado la Antropología como un descubrimiento nuevo y emocionante, los alumnos chilenos habían a su vez descubierto el marxismo. Esta doctrina ofrecía criterios universales y atractivos para la clasificación de la sociedad y cualquier pregunta dejaba de ser complicada, ya que podía ser respondida desde ese ángulo. Diferencias y pequeños detalles, que no calzaban con la teoría del materialismo histórico, se descartaban en forma sumaria, sin ser sometidos a un análisis detallado. Los campesinos, por ejemplo, se convertían en “las fuerzas revolucionarias”, “las masas explotadas” y “el proletariado agrario”. Su singularidad racial y cultural quedaba cubierta bajo la pintura de esas etiquetas políticas y, así, dejaba de existir.

A mi esposo lo invitaban a menudo a dar charlas sobre los resultados de su trabajo en terreno. Acababa de volver de Concepción, sede de la universidad más importante que había al sur de Santiago. Sin ocultar su disgusto me dijo que pese a haber sido invitado, la charla no había tenido lugar. Los estudiantes decidieron optar por un programa diferente: unos se la habían pasado todo el día en discusiones políticas, mientras otros se habían ido a los cerros a entrenarse para la guerrilla. Los que se quedaron lo sometieron a un interrogatorio exhaustivo. Cuando descubrieron que venía de Checoslovaquia, quisieron saber si se había vendido al Imperialismo Social Soviético o al Maoísmo.

—¿Eran estudiantes de derecha? —pregunté con ingenuidad.

—¡En absoluto!, eran de izquierda hasta los huesos. Tú no tienes idea de cuántos diferentes grupos de izquierda están surgiendo en Chile. Por ejemplo, el

Departamento de Antropología de la Universidad de Concepción está en manos de los comunistas, en tanto que el de Sociología pertenece a los miristas... pero eso puede cambiar de una hora a otra. Cada facción está convencida de que posee los derechos exclusivos del marxismo y acusa a todos los demás de los crímenes políticos más abominables, tales como ser “revisionistas”, “oportunistas”, “reformadores”, “burgueses”, “liberales”, ¡puedes escoger!

Le pregunté qué significaba “mirista”. Ni siquiera sospechaba que esta palabra se iba a convertir muy pronto en uno de los más políticamente cargados y difundidos términos de la política chilena. MIR era la abreviatura de Movimiento de Izquierda Revolucionaria y sus adherentes apoyaban la doctrina de la revolución permanente de Trotsky. Su enemigo principal no era la burguesía de derecha sino los partidos oficiales de izquierda. Según ellos, esos conglomerados estaban infestados por el dogma y el revisionismo, y se habían dejado amarrar las manos de forma voluntaria por el Estado reaccionario. Por otra parte, sus oponentes, principalmente aquellos partidos oficiales marxistas, acusaban a los miristas de ser extremistas, terroristas y anarquistas de izquierda. Para los más jóvenes, en especial los estudiantes, empero, el movimiento ejercía una atracción irresistible. En ese momento, el noventa por ciento de los estudiantes universitarios de Chile pertenecía a algún grupo de izquierda.

—¡Trata pues de predicar el evangelio de la Verdadera Ciencia entremedio de tal revoltijo! —terminó, amargado.

La relación que había entre chilenos y mapuches seguía el patrón de comportamiento clásico existente entre conquistador y conquistado. Las niñas mapuches servían como empleadas domésticas en las casas chilenas, mientras los hombres eran inquilinos de los ricos agricultores chilenos. En las ciudades trabajaban como obreros de la construcción y en Santiago su forma consagrada de empleo era como panaderos. Cualquier chileno conocía a algún mapuche, pero muy rara vez se internaban en el campo hasta las reducciones. En suelo urbano, el mapuche asumía de manera invariable una posición de inferioridad. Últimamente, sin embargo, los chilenos habían comenzado a suavizar su actitud hacia el medio millón de habitantes nativos. Esto había sido precedido por un reconocimiento de su culpabilidad por las acciones cometidas en los siglos pasados: la matanza y esclavitud inicial de los indios, seguidas por la indiferencia y el abandono. Al nivel de Estado se había decidido que, ante todo, era necesario educar a los mapuches para salvar la brecha social y económica existente entre las dos culturas y luego enseñarles un comportamiento civilizado tal como era entendido en nuestra sociedad blanca. En otras palabras, inculcarles nuestros métodos de higiene, la ética del trabajo y la sobriedad, e infundirles el aprecio al dinero y a la propiedad privada. Se decidió entonces que los primeros pasos para hacer realidad esas “virtudes” había que darlos alterando su modo de vivir.

Las casas donde viven los mapuches en el campo son grandes chozas ovales de paja, construidas por ellos mismos, llamadas *rukas*. La única fuente de calor es una fogata situada al medio del suelo bajo un agujero en el techo para que



El MIR en el Teatro Caupolicán, Santiago, 1973. Fotografía de Armando Cardoso.
Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

salga el humo. Se formuló entonces un plan y se puso en acción un programa gubernamental, con grupos de trabajo organizados y, tras unos pocos años, comenzaron a aparecer en el campo pequeñas cabañas de madera. Cada una tenía dos cuartos, una pequeña terraza y piso de madera en vez de tierra. El techo estaba hecho de planchas de zinc y, lo más importante, cada una tenía una cocina a leña. Una vez terminadas, fueron ceremoniosamente entregadas a unas pocas familias indígenas escogidas bajo la estricta condición de que eran a préstamo. Se advirtió a los mapuches que se realizarían visitas sorpresa para controlar la mantención de las casas y, en caso de severo descuido, sufrirían la vergüenza de tener que entregarlas a otros moradores más esmerados y agradecidos. En una palabra, desde el punto de vista del gobierno, esto era una iniciativa de asistencia social elaborada a la perfección. ¿Qué pasó con este maravilloso plan tan bien pensado? Los mapuches jamás ocuparon las casas para vivir. Construyeron su tradicional *ruka* al lado de la casa de tablas y utilizaron el generoso donativo del gobierno como bodega para herramientas, grano y otros enseres. A veces en verano la usaban como un dormitorio adicional. El espectacular fracaso del proyecto redundó en una profusión de sentimientos amargos. Había sido concebido como el plan modelo para integrar a los mapuches en la corriente principal de la sociedad. Nadie podía comprender qué había salido mal. La explicación oficial decía que eran más obstinados de lo que se había creído e incapaces de apreciar los beneficios del estilo moderno de vida que representaban esas casas familiares recién edificadas. En su ingenuidad, todos estaban convencidos de que tan pronto como los mapuches dieran este primer paso hacia la civilización, abandonarían de forma instantánea sus propias tradiciones culturales, siendo el resto de su “transformación” un simple proceso inercial.

La cuestión de por qué los mapuches habían rechazado esas casas nuevas, regalo tan generoso del gobierno, seguía esperando su respuesta. Ximena Bunter, una antropóloga chilena, asumió la tarea de averiguarlo y, tras un período relativamente breve en terreno, regresó con varias razones prácticas de peso que nadie había tomado en cuenta. Los mapuches viven en sus chozas de paja no porque sean incapaces de construir casas de madera –al contrario, a menudo ayudan a los chilenos a levantarlas– sino porque sus tradicionales *rukas* calzan con su manera de vivir. Según su experiencia, la paja aísla mucho mejor contra el calor del verano, la humedad y el viento del invierno; todo el mundo sabe cómo este chifla a través de las viviendas de madera. Además, los pisos en altura hacen que un cuarto sea prácticamente imposible de calentar. La calefacción era en efecto otro punto de discordia. Los mapuches están acostumbrados a mantener encendida una pequeña fogata a pocos pasos de la entrada, reuniendo unas cuantas ramas cuyas brasas cubren con piedras durante la noche. Ese fuego servía a gran variedad de propósitos más allá de cocinar y calentar, ya que lo usaban para secar y cocer lentamente cacharros de greda, deshidratar frutas y vegetales, y hacer charqui. Por otra parte, como había una escasez grave de madera en los campos, una cocina a leña era el colmo de lo impracticable. Ese tipo de

calefactores era un lujo que un mapuche pobre jamás habría podido permitirse. Grandes troncos y carbón provenientes de lejanos bosques en las montañas era algo para la gente rica de la ciudad. Al fin, se vulneraba su noción de la propiedad. Los mapuches están acostumbrados a disponer de sus bienes materiales sin que nadie tenga el derecho de interferir. Si una familia decidía que necesitaba más espacio, construía al lado una *ruka* más. La noción de recibir una casa bajo un “préstamo controlado” era algo incomprensible para un mapuche y carecía de cualquier atractivo. Si alguien hubiese llevado a cabo este estudio al inicio del proyecto, observando cómo viven y utilizan sus *rukas* y haciéndoles unas pocas preguntas, se habría llegado pronto a la conclusión de que las flamantes casas no serían bien recibidas y que ese no era el modo de conducir a los mapuches hacia un estilo de vida moderno. Al final, las cabañas fueron repartidas entre chilenos que las recibieron encantados.

Ancapulli era una reducción relativamente pequeña compuesta de solo cinco *rukas*, cada una con su parcela adyacente. Coipuco, con veintiocho familias, era mucho más grande. Aquellos que, como yo, no estaban familiarizados con las casas indígenas, podían ser perdonados si las confundían con viejos almiarés asolados por el viento. Miradas más de cerca, esas estructuras de color gris que bordeaban el camino y lucían como techos de paja apoyados sobre el pasto, tenían una entrada y nubecillas de humo subían hacia el cielo desde sus puntas. Para construir sus viviendas, los mapuches usan grandes atados de totoras, los cuales son amarrados con firmeza a un armazón hecho con madera traída de los bosques. Todos los vecinos participan en la construcción que culmina en una fiesta.

Cuando llegamos a Ancapulli, niños, perros y gallinas chapoteaban en el barro alrededor de las *rukas*. Había corrales con bueyes y pequeños chanchitos lechones listados. Manejábamos muy lento, las condiciones del camino no habían mejorado. Don Agustín Poblete salió de la última *ruka*. Teníamos la esperanza de poder dejar donde él la motocicleta. Parecía preocupado y, con tímida voz, nos dijo que su esposa no se sentía bien y que estaría muy agradecido si Milan pudiera darle alguna medicina. La mujer de don Agustín gozaba de una posición muy elevada en la zona: era una machi y el pedirle ayuda a Milan mostraba una tremenda confianza de su parte. Estaba vieja y delicada. Pudorosa, desabrochó su blusa y nos mostró una inflamada, dura y oscura glándula bajo su axila: un tumor, sin lugar a dudas. Milan y yo intercambiamos una mirada de agobio. Con mucho tacto, mi esposo sugirió que debería ir a la clínica de Cholchol donde se disponía de una amplia variedad de medicinas eficaces. Si se decidiera trasladarla al hospital de la ciudad, Milan la acompañaría hasta allá. Era evidente, sin embargo, que esta idea no atraía a don Agustín en absoluto. La machi no dijo nada y, con tristeza, bajó la cabeza. Milan trató de persuadirla para que fuese a la clínica, pero era claro que estaba pidiendo demasiado. Los mapuches jamás van a morir a un hospital.

¿Cómo se había ganado Milan esta reputación de sanador? La experiencia les había enseñado a los campesinos que un hombre blanco en territorio indígena

era un misionero o un doctor, y como Milan no tenía aspecto de predicador, lógicamente asumieron que era médico. Desde el primer día de su llegada fueron tan altas las demandas por sus supuestas destrezas médicas que tuvo que ir a conversar el tema al Hospital Provincial de Temuco. Los doctores no se mostraron en absoluto sorprendidos, le dieron algunas recomendaciones prácticas y lo equiparon con medicamentos de emergencia. A partir de ese momento, Milan jamás pudo salir al campo sin su bolso lleno de aspirinas, vitaminas, colirio, vendas, desinfectantes y tabletas para la colitis. Con mi llegada, había agregado antibióticos a su batería.

–Los mapuches saben que los blancos tienen drogas poderosas que funcionan, y si yo rehusaba dárselas, me iban a considerar un tacaño que las guardaba para mí o las vendía a los chilenos –me dijo.

–Pero ¿por qué no van a la clínica de Cholchol?

–Primero, porque jamás recuerdan los horarios de atención y, como abren día por medio, correrían el riesgo de emprender un largo viaje por nada, ya que la encontrarían cerrada. Segundo, deben pagar por el tratamiento, así que tiene mucho más sentido que me pidan los remedios a mí gratis. No te preocupes, no he tenido que enfrentar procedimientos médicos graves. Cuando es evidente que están resfriados les doy aspirinas, a veces necesitan vitaminas y he sugerido también dietas especiales, por ejemplo, leche, yema de huevo y miel para las mujeres que acaban de dar a luz. Sin embargo, cuando me encuentro con tuberculosis, desnutrición severa o básicamente cualquier cosa que no pueda manejar, los envío a la clínica. Pero muy rara vez van.

Coipuco no estaba muy lejos de Ancapulli. Trepamos a la cima de la colina y allí, extendida en el valle, vimos la reducción. La dividía un riachuelo delgado y serpenteante, abriéndose camino a través de un terreno pantanoso henchido de espesos juncos. Las chozas, que comenzaban al borde del juncal, brotaban del suelo marrones y grises, adaptándose al terreno cuales hongos gigantes que empujaban desde abajo unos montículos de agujas de pino. Por razones sentimentales, nuestra primera parada fue en la escuela que se alzaba en una pequeña loma más arriba de las *rukas*. La cabaña de madera, pintada de amarillo vivo, parecía fuera de lugar en medio de las otras estructuras que se fundían armónicamente con la campiña circundante. Sin embargo, antes de que pudiésemos echar un vistazo al colegio, una imponente mujer mapuche salió corriendo de la *ruka* más cercana que se alzaba algo ladeada al pie de la colina. Su rostro moreno relucía como una moneda de cobre recién acuñada y se arrojó sobre los brazos de Milan que, efusivamente, la recibió. Intercambiaron saludos dándose cálidas palmadas en la espalda.

–¡Tanto tiempo Don Milaaaaaaan!

–¡Mucho tiempo, querida vecina!

Al fin se destrenzaron, exhaustos por la alegría de haberse reencontrado. Estela se estiró su delantal floreado y se ajustó el pañuelo que llevaba sobre la

cabeza. En el ínterin, había salido su hija y Milan la saludó en un tono un poco más formal. Ambas debían habernos divisado a la distancia porque habían tenido tiempo de disponer cuatro taburetes con cojines junto al fuego. Entramos y Milan, discretamente, me ofreció el que estaba más cerca de la entrada. Muy pronto tuve motivos para estar muy agradecida, ya que el humo de la leña húmeda despedía vapores que, en vez de elevarse hasta la abertura del techo, daban oleadas a través de la puerta y hacían arder los ojos.

Estela, una mujer de mediana edad, había quedado viuda de manera trágica cuando su marido, ebrio, había sido arrollado por un tren en Temuco dejándola sola con ocho hijos. La vida se volvió durísima para ella. No le quedó más que cultivar la tierra de la familia en mediería, hasta que creciese su hijo mayor. Siendo diestra alfarera, trocaba las vasijas que confeccionaba para cubrir sus necesidades domésticas. El único dinero que recibía provenía de la venta ocasional de alguna manta. Milan a menudo la había ayudado con algún préstamo “amigable” y después le encargaba la confección de copitas para café o vino que él pagaba por adelantado y por sobre su valor.

Mi esposo se conducía como si estuviese en casa. Todos se trataban mutuamente de “vecino” en recuerdo de los viejos tiempos, puesto que Milan había pasado un año viviendo en la escuela, distante apenas unos pasos. Prendieron cigarrillos, Estela trajo una botella y limpió un vaso con el borde de su delantal. Pasó la botella y el vaso a Milan quien, luego de llenarlo, se lo devolvió a ella para el primer sorbo. Estela bebió un buen trago y lo escupió en el suelo junto al fuego murmurando el encantamiento tradicional:

—¡Que haya luego un *ngillatun*!

Tomó otro trago y después pasó el vaso a Milan. Él lo volvió a llenar y me lo pasó susurrando:

—Te serví poco, no te va a gustar.

Tenía razón, era *mudai*, una bebida hecha a partir de harina tostada fermentada con una pizca de azúcar. “*Mudai, mudai*”, asentía feliz Estela que me observaba con atención mientras bebía. Le devolví el vaso a Milan, quien lo ofreció a la hija, para servirse él mismo un poco al final. Comprendí que seguíamos el protocolo de bienvenida y consumo social de alcohol.

Estando por primera vez dentro de una *ruka*, miraba con discreción alrededor. No me atrevía mostrar mi curiosidad, consciente de los comentarios que Milan había hecho acerca de la mala educación de los estudiantes. Era tan lóbrega como una caverna, pero inesperadamente cálida y, en su propio estilo, muy acogedora. Una llama calentaba un caldero colgado de una gruesa cadena suspendida de una viga. Por el aroma, era claro que se cocinaba una sopa de verduras. Siguiendo la cadena hasta el travesaño, vi sobre él una enorme repisa hecha de coligües ennegrecidos por el humo: era la despensa. Colgaban de ella matas de ajíes, ahora más negros que rojos, y tiras de charqui tan delgadas como chapas. Ligeramente hacia un costado y lejos del influjo directo del humo y las

llamas, había atados de choclos, cebollas, ajo, bolsas de porotos y más ajíes. Cerca, hierbas medicinales y ramas de árboles llenas de hojas. Un lazo de cuero enrollado colgaba de una ancha viga al costado. Por el suelo había toda suerte de canastos, confeccionados con materiales naturales del lugar. Las mercancías de Cholchol todavía no habían logrado abrirse paso hasta allí. Por sobre la viga multifuncional se escapaba la humareda a través de un pequeño agujero tiznado abierto en el techo de paja. La forma cónica, y la paja negra carbonizada, daban la apariencia de una caverna con estalactitas relucientes. Los mapuches guardan sus ropas colgadas de una cuerda. También se veían varios cofres y el resto del espacio se llenaba con canastos, cajones y herramientas. Una *ruka* era bodega, dormitorio y taller al mismo tiempo. Las camas, hechas de tablas de madera levantadas sobre apoyos, se encontraban detrás de la columna principal en el centro. Las cubrían tres hermosas mantas blancas tejidas de lana cruda cruzadas con rayas de color.

Antes de despedirnos, Milan entregó a doña Estela un presente que yo había traído a petición de mi marido: Un pañuelo de seda para la cabeza, envuelto en un papel blanco. Abrió con lentitud el paquete y lo extrajo con ternura. Mientras lo sostenía de las puntas, una sonrisa de dicha floreció sobre su rostro: “Caballos”, apuntó con su dedo en el estampado. Saliendo para verlo a la luz del sol, la convencí de que se lo probara. Tímidamente, se sacó el pañuelo negro que llevaba puesto y comenzó a acomodar el nuevo sobre sus mullidas trenzas. No era fácil, ya que el material se resbalaba cuando intentaba amarrarlo al estilo mapuche. No quedó fijo en su lugar hasta que Estela trajo su *trarilonco* de plata y se lo colocó. De golpe había tomado el aspecto de una reina, y lo sabía.

—No, hasta el día de San Francisco —suspiró, envolviendo el pañuelo cuidadosamente de nuevo en el papel.

Antes de partir, Milan sacó de su bolsa las gotas y le limpió sus ojos infectados de manera crónica por el humo. Acompañados por Estela y sus hijos, llegamos a la escuela. Iba con nosotros Carlos, su hijo mayor. Los alumnos ya nos habían divisado a través de las ventanas y el profesor se adelantó a encontrarnos en el zaguán. Nos hizo pasar y los niños levantándose dijeron al unísono:

—¡Buenos días, Don Milan!

—Y señora —les amonestó el profesor.

—¡Y se-ño-ra!

El rechoncho maestro, también mapuche, estaba visiblemente conmovido. Secó la humedad de sus sonrosadas mejillas y comenzó a deshacerse en elogios acerca de cuán buen vecino había sido don Milan, qué gran amigo con los mapuches y cómo lo echaban de menos. Eso lo llevó a la conclusión moral de que la gente debía vivir en armonía y ayudarse de forma mutua, en especial los propios mapuches. Era evidente que los gringos eran más unidos y que ahí radicaba la razón de por qué prosperaban, mientras que ellos estaban divididos, y por eso seguían pobres. Los jóvenes debían respetar a sus mayores, acatar los buenos consejos de sus padres y no marcharse a la ciudad a trabajar donde, corrompidos

por el dinero y las posesiones, llegaban al extremo de renunciar a sus raíces. Y que el colmo de la falta de respeto era tirar piedras a los ancianos, agregó, mientras lanzaba una mirada fulminante a la quinta fila de la derecha. Milan me dijo más tarde que ése era un discurso estándar que ya había escuchado en muchas ocasiones. Solo la mención a la pedrada era un elemento nuevo, obviamente relativo a un incidente que acababa de ocurrir.

En seguida, los niños y las niñas se alinearon en frente de la cocina con sus platos y cucharas esperando la sopa. Los muchachos llevaban pantalones que les quedaban grandes y, sobre sus chalecos tejidos con lana cruda, chaquetas ajadas que habían pertenecido a sus padres. Cubrían sus pies con calcetines gruesos y llevaban un calzado tipo mocasín hecho con trozos de neumático amarrados con tiras de cuero. Las niñas vestían faldas negras con varios chalecos y delantales que, alguna vez, habían sido blancos. Sus pies desnudos, en contraste con los de los muchachos, se ajustaban a un simple par de sandalias plásticas. Algunos de los niños andaban descalzos y saltaban como pajaritos, doblando sus pies entre los pantalones para mantenerlos calientes.

Milan me mostró la pieza que había sido su hogar. Originalmente dormitorio de la cocinera, era pequeña y estrecha. Allí había tenido que valerse de todo su ingenio para acomodar sus pertenencias. La cama consistía en un colchón inflable y las paredes todavía mostraban los agujeros de los clavos utilizados para colgarlo, junto con cualquier otra cosa que no fuese necesaria durante el día.

—Y no me creerías cuántos mapuches me venían a ver todas las tardes —suspiró recordando.

Había aprovechado la atmósfera familiar de ese pequeño espacio para crear el ambiente de un club de hombres que alentara a sus amigos a compartir su intimidad. Escuchaba sus opiniones acerca de la vida, del mundo, la política, la agricultura y sus relaciones con los vecinos. A su vez, los mapuches estaban curiosos de saber acerca de las vidas de los mapuches que había allá. La pregunta “¿cómo viven los mapuches de su país?” salía todo el tiempo. Milan trataba de explicarles que no habían mapuches en Checoslovaquia, ni en Europa por cierto, y que a los habitantes de ese lugar se les llamaba “checos”. Sus amigos, intercambiando miradas desconcertadas, le aseguraban que no podía ser, que habían mapuches en todo el mundo. “¡Cómo pude ser tan tonto!”, Milan se mostró inusitadamente humilde, la respuesta era tan simple y obvia. Fue Antonio Millareal, un viejo y sabio cacique, quien le hizo ver la luz. Nos pasamos toda la tarde discutiendo el asunto hasta que al fin busqué la palabra “mapuche” en mi diccionario mapudungun y todo se aclaró: *mapu* significa “tierra” y *che* “gente”. Así que el verdadero significado de mapuche es “gente de la tierra”: los habitantes originarios.

Según parece, cuando llegaron los conquistadores españoles quisieron saber el nombre de la población nativa local y se les dijo que ésa era su tierra, que pertenecían a ella, que ellos eran en ese lugar los *mapu-che*, la gente de la tierra. A la postre, llegó a ser su nombre, aunque la tierra hubiese dejado de pertenecerles



Hija de Estela Tranamil de Coipuco, conocida por los Stuchlik como “la bella mapuche”. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

desde hace mucho tiempo atrás. Era obvio, por tanto, que había mapuches en Checoslovaquia, los “mapuches checos”. La siguiente pregunta lógica era ¿Cómo llaman ellos a la gente que no es mapuche? A partir de su explicación, Milan comprendió que caía en dos categorías: los gringos, gente como nosotros, europeos o estadounidenses blancos, cuya clara coloración de piel nos ponía en ese grupo y, por otro lado, estaban los chilenos, llamados *huincas*. Según el diccionario, este era el término para un no mapuche y que en jerga significaba igualmente “recién llegado” o “ladrón de tierras y de propiedad”. La actitud de los mapuches frente a los gringos era por tanto más suave e indulgente, ya que ellos habían llegado a Chile mucho después de la Colonia y no eran considerados culpables del robo de su tierra. Por el contrario, había todavía muchísimo resentimiento contra los *huincas*; pero si por casualidad un vecino chileno probaba ser una persona honesta y amable, cesaba de ser un *huinca* y se convertía en un “chileno”.

Se corrió la voz de que habíamos llegado al poblado. Un pequeño grupo que se había reunido frente a la escuela traía consigo a Rosa Cayul. La sentaron en una banqueta y me llamaron para que viera. En silencio, la vieja mujer retiró su pañuelo de la cabeza y separó sus cabellos a la altura de la nuca. Un enorme furúnculo asomó entre sus trenzas. Sus amigos decían que estaba padeciendo grandes dolores y yo me quedé de una pieza cuando me empezaron a solicitar asistencia médica. Milan se ofreció para ayudar, pero al mismo tiempo me advertía que tenía que acostumbrarme a ese nuevo rol, ya que en el campo la mayoría de los curanderos eran mujeres. Así que limpié su cuello con alcohol lo mejor que pude y logré extraer una gran cantidad de pus. La mujer no se movió ni emitió sonido alguno. Ocasionalmente, cuando un temblor sacudía todo su cuerpo, me detenía. Al final le apliqué una pomada antibiótica y un vendaje. Milan hizo hincapié en que debía ir a Cholchol para cambiarse el vendaje, pero nunca lo hizo. Más tarde supe que se había recuperado.

Seguimos adelante, yo todavía traumatizada por todo el dolor que le había infligido a la mujer, hasta que llegamos a la *ruka* de Serafina Cayul. Ella tampoco estaba bien. Con su cabeza envuelta, yacía sobre una cama alta y, en contraste con el estoicismo frente al dolor exhibido por su pariente, se lamentaba con voz chillona: “¡Ay, ay, ay!”. Adentro estaba muy helado. El piso lucía pulcramente barrido y todo estaba prolijo y limpio, pero no había signos de fuego. Parecía como si nadie más viviese allí aparte de la paciente y que sus parientes ya se hubiesen repartido todas las posesiones. Varios perros habían irrumpido en la *ruka* con nosotros, desplegaron una rápida inspección y, no habiendo hallado nada para comer, desaparecieron como un celaje. Serafina pidió las tabletas que Milan le daba cada vez que caía enferma, diciendo que siempre le habían hecho bien. Se quejaba de que hace mucho tiempo no se las había dado y que por eso estaba indispueta ahora. Milan, animoso, la conminó a que se mejorara para que pudiesen bailar en la fiesta de San Francisco. Antes de salir le dejó en la mano un tubo con las vitaminas que, en su creencia, le devolverían su salud.

Una vez afuera, me preguntó:

—¿Viste aquellas pequeñas vasijas de greda bajo su cama? Tenemos unas parecidas en nuestro “museo”.

Eran para almacenar orina. La vieja generación de mujeres mapuches creía que el cabello lavado con ella ganaba en color y brillo. Eso me explicaba el peculiar olor que había en esa pieza de nuestra casa. Sin importar si fuesen raras piezas de colección, apenas llegáramos serían puestas un buen rato bajo el chorro de la canaleta y solo entonces se les permitiría regresar a las estanterías.

Nos acompañaban de choza en choza como si se tratase de una delegación oficial y se nos ofrecía *mudai* o chicha de manzana o membrillo. Para comer había pan recién horneado que untábamos en una pasta de ají tan fuerte que se me saltaban las lágrimas de los ojos. Fue en esa oportunidad cuando se me contó el rito de pasaje que Milan había tenido que sufrir cuando llegó. Sus amigos le pusieron delante un plato lleno de esa pasta roja letal, algo de pan y le dijeron que la costumbre era comérselo todo. Durante el curso de aquella tarde Milan se las arregló para engullir hasta el último trocito, pero las disimuladas miradas y los comentarios encubiertos de sus anfitriones le dejaron en claro que era víctima de una broma pesada. Sin embargo, guardó silencio e incluso repasó el fondo del plato con el pan. Este acto de heroísmo causó tal profundo impacto en sus amigos mapuches que solían referirlo en términos reverenciales. Milan me contó más tarde que había sido salvado por la predilección que, de joven, tenía por el *gulasch* húngaro picante, pero que sinceramente esperaba no tener que repetirlo en toda su vida.

Durante nuestra ronda repartimos aspirina contra la fiebre, pusimos unguento en las heridas de los niños y, en algunos casos, ofrecimos antibióticos. Milan escuchaba con atención los chismes y charlas, pero para mí todo carecía de significado. Camino a la reducción, me había advertido que no les diese la dosis completa de antibióticos de cinco días, ya que los mapuches tienen una forma muy particular de usar los remedios. En primer lugar, jamás recuerdan cuándo deben tomar las tabletas, así que lo más práctico es decirles que tomen una apenas despiertan, otra cuando el sol está en lo alto, otra a la puesta de sol y la última justo antes de acostarse. Pero nada de esto garantizaría que no se las fueran a tragar todas de una vez en la creencia de que así la medicina les haría más efecto. Además, ya que parecen dulces, podría ocurrir que una madre cariñosa les diera todas las sobrantes a sus hijos apenas ella comenzara a sentirse mejor. También era posible que las usaran como remedios preventivos para otros miembros de la familia. En suma, las posibilidades eran infinitas. Curiosamente, parecía que bastaban uno o dos días de antibióticos, y no más de una aplicación de unguento, para mejorar la condición de la mayoría de los pacientes. Es muy probable que ello se debiera a que era la primera, y posiblemente la última vez, que sus organismos eran expuestos a la penicilina, no habiendo desarrollado por ello las bacterias ningún tipo de inmunidad.

Nuestra última parada fue en la casa de los Huenchuman. Para la gente que vivía cerca de la escuela, Milan era un vecino, para otros, don Milan, pero para Segundo Huenchuman, era un pariente. La razón de ello estribaba en que el apodo de Segundo era “gringo”. Se le había dado ese nombre apenas abrió sus ojos azules como la flor de los nomeolvides. Tal vez en algún recodo del pasado se había detenido un europeo en el poblado y, generaciones después, aquellos genes habían rebrotado en Segundo haciéndolo diferente de los otros mapuches. Por ejemplo, y a diferencia de todos los demás, tenía que afeitarse, aunque salta a la vista que los mapuches son casi lampiños. Tenía una piel muy pálida que se había tostado con el sol, pero su cabello era mapuche puro: gruesas crines negras sobre una cara redonda, en parte europea. Segundo nunca había objetado su sobrenombre, que no había sido puesto maliciosamente. Al contrario, siempre había sentido una especie de hondo anhelo, quizá inconsciente, por sus distantes raíces raciales, y así, cuando otro gringo apareció de repente en escena, Segundo forjó una relación instantánea: él y mi esposo se volvieron hermanos. Su familia no estaba sorprendida en lo más mínimo y trataba a Milan con una genuina relación de parentesco de sangre. El resto de los pobladores también comprendía y aceptaba la situación, porque después de todo un hombre sin familia era como una carreta con una sola rueda. En una palabra, Milan fue aceptado en el redil. Y tomó muy en serio sus responsabilidades familiares. Se sentía en casa donde los Huenchuman y su interés por todos los miembros de la familia era genuino. A menudo les hacía regalos y a veces les pasaba dinero. Cuando Rosa, la joven esposa de Segundo, cayó enferma después del nacimiento de su séptimo hijo, Milan se dio cuenta de que padecía un agotamiento extremo y la tomó a su cuidado desplegando su típica minuciosidad. Cada mañana le llevaba una taza de leche con una yema de huevo disuelta y endulzada con miel, vigilando que se la tomara hasta la última gota. Para Rosa esto era una novedad, ya que los mapuches no beben leche y al principio se quejaba de que no era ni una ternera ni un bebé recién nacido, pero muy pronto comenzó a gozar de su nuevo desayuno. Milan le llevó además muchos otros bocados nutritivos y saludables que, de a poco, le ayudaron a recuperarse. Los Huenchuman le retribuyeron lo mejor que pudieron y fue gracias a ellos que obtuvo un acceso invaluable a la privacidad de la familia mapuche, cosa de otro modo imposible para un afuerino. Fue su huésped para la fiesta del *ngillatun*, al cual solo se puede asistir mediante invitación. También pudo participar en la vigilia ritual de tres días y en el ceremonial funerario de un anciano mapuche muy respetado. Por sobre todo, su aceptación por parte de los Huenchuman le dio a Milan la oportunidad de observar la vida diaria de una típica familia extendida y le ayudó a la vez a aliviar considerablemente su soledad.

La profunda deferencia que los Huenchuman tenían por Milan se reveló en agosto de 1968. Carlos notó que su amigo estaba muy afligido e infeliz. Milan le confesó los temores que tenía por su familia distante al otro lado el océano. El

ser invadido por un ejército extranjero no era una noción desconocida para los mapuches, estando todavía fresca en sus mentes la historia pasada. Carlos sopesó el asunto por unos momentos y ofreció esta solución:

–Tengo un lindo terreno allá al pie de la colina que ya lleva dos años en barbecho y que podríamos trabajar juntos. Tú conmigo a medias. Trae a tu familia, te construiremos una casa. Entre nosotros dos nos las vamos a arreglar.

Milan quedó tan conmovido que no podía articular palabra. El significado del gesto de Carlos solo podría ser comprendido por aquellos que cabalmente entienden el arraigado temor del mapuche a perder sus tierras y su tradicional desconfianza del hombre blanco. Cuando logramos llegar hasta nuestros “parientes” de Coipuco, nos rodearon todos en tropel.

–¡Luisa, Luisa! –gritaba la madre– ¡Tu *malle* está aquí! –palabra que significa ‘tío’ en mapuche.

Luisa apareció corriendo y Milan la levantó de inmediato. Tenía como cuatro años y era tan linda como una postal de la UNICEF. La abuela Marica también vino a saludarnos y nos explicó que el abuelo Manquepi estaba arriba del cerro cuidando los bueyes. Había niños chicos por todas partes. Juanita, de dos años, venía trastabillando detrás de Luisa. Al llegar, nos dimos cuenta de inmediato que había una gran emoción en el aire. Toda la familia estaba agrupada alrededor de un perro de color pálido al que daban palmaditas y elogiaban. El animal se veía más bien apocado al recibir esas atenciones como si todo ello lo avergonzase y, de tanto en tanto, daba vueltas y lamía las sanguinolentas cabezas de dos conejos muertos que, uno junto al otro, yacían sobre el suelo.

–¡Muchacho los trajo! –gritaban los niños.

–Muchacho cazó los conejos y los trajo a casa– decía Mamá Rosa, acariciando llena de orgullo a su perro.

Era difícil de creer. Muchacho era un perro más bien pequeño y tan flacuchento que se le podían contar todas las costillas. Era obvio que nunca en su vida había recibido alimento suficiente y, sin embargo, había cazado para su amo y no para él. Segundo lo acercó a su rostro tomándolo de las orejas y se miraron devotamente a los ojos. Los del perro eran de un ámbar encendido y salvaje.

El último recién nacido estaba envuelto en una tela de algodón blanco y unos cueros, y yacía apuntalado en un armatoste de madera que me recordó las ilustraciones de las mujeres indígenas norteamericanas llevando sus críos a la espalda. Aunque se veía extraña, esa cuna, una *cupülca*, era eminentemente práctica: se podía usar como mochila, apoyarse contra la pared o ponerse en el suelo y la guagua podía incluso ser alimentada en ella sin necesidad de sacarla de allí. En ese momento estaba afuera, al sol, apoyada contra la pared. El crío estaba sonriendo mientras Juanita sentada en el suelo pinchaba los ojos muertos de los conejos con su dedo gordo canturreando feliz: “Carne, carne”.

Sin duda era un gran día para los Huenchuman. Primero, el inesperado resultado de las habilidades cazadoras de su perro, y ahora los regalos que les

habíamos traído. Las latas de café con sus tapas eran muy apreciadas por ser a prueba de ratas. Había un trozo de neumático para Segundo, quien lo observaba impresionado.

—¿Cómo supiste que necesitaba zapatos nuevos?

Todos los niños recibieron puñados de dulces, Marica y Rosa brillantes collares de mostacilla de Jablonec, un pueblo en Checoslovaquia famoso por sus trabajos en cristal. Cuando los muchachos más crecidos regresaron de reparar cercas junto al río, sus rostros se iluminaron ante la vista de unos cortaplumas. Se ofrecieron inmediatamente para cortarnos leña y llevarla a Cholchol: estaban faltos de dinero. Por último, les regalamos algunas latas de leche condensada, una botella de vitaminas y un ungüento para el sarpujido de Juanita.

Carlos y la tía Juana, que eran hermanos, llegaron de la *ruka* contigua. Carlos saludó a Milan como si no se hubiesen visto hace un año, a pesar de que hacía solo dos días nos había visitado en Cholchol. Querían que pasásemos al interior. La abuela Marica estaba, en ese preciso momento, moliendo trigo tostado a la entrada. Había ya un considerable montón toscamente triturado reposando sobre el revés de un cuero de oveja junto a la vetusta piedra de moler. Los mapuches agregan esta harina al *mudai* y al vino, y también la usan para espesar sopas. La abuela Marica nos ofreció lo que ya tenía listo diciendo que debíamos llevarlo a casa para los niños. Rosa apareció con cuatro huevos todavía tibios. Quedé petrificada. En ese hogar cada huevo contaba, ¿qué hacer? No podía privarlos de ellos, pero al mismo tiempo no quería insultarlos, ya que nosotros les habíamos llevado tantos regalos. Milan notó mi ansiedad, pero no interrumpió la conversación con su amigo sobre la epidemia que afectaba a las pezuñas del ganado y acerca de la cosecha. A Segundo le preocupaba que cuando llegara la primavera no hubiese suficiente harina para el pan. En ese momento ya estaban usando las últimas reservas. Luisa llegó con un huevo que sacó del nido y lo puso en las brasas. Cuando se coció, salió a comerlo afuera y quedó rodeada en un segundo por un corro de gallinas. Juanita se tambaleó hasta su madre, que comenzaba a desabotonarse la blusa. La apartó con delicadeza y colocó al recién nacido junto a su enjuto pecho mientras le pasaba a Juanita un pedazo de pan a cambio. Milan le devolvió los huevos a Rosa pidiéndole que los cociera para los demás niños. Les explicó que sin duda se quebrarían al llevarlos de vuelta a casa, ya que íbamos en motocicleta.

Se desencadenó una viva conversación en mapuche. Rosa se veía decepcionada, ya que habíamos rechazado el único regalo que nos podía ofrecer. Entonces se le ocurrió algo a Juana y todos estuvieron de acuerdo. En ese momento, el abuelo Manquepi había regresado con un atado de hierbas y comenzó a traducir del mapuche al castellano que a su vez Milan traducía al checo para mí. Parecía una convención de la ONU. Una gallina se había estrangulado en el alambre de púa.

—¿No quieren comprarla? —nos preguntó.

Habían pensado primero hacer caldo con ella, pero ahora que tenían los conejos no la necesitaban. Milan estuvo de acuerdo y ofreció un sobreprecio

de diez escudos. Con esa suma podían comprar diez kilos de harina, lo cual era suficiente para al menos una semana de pan. Juana desapareció corriendo, volvió por una taza de agua hirviendo y regresó radiante depositando en mis manos un pollo desplumado envuelto en una bolsa plástica. Como era para “la señora”, ella se había asegurado de que estuviese bien limpio y lo había escobillado con jabón por dentro y por fuera.

Caminamos a través de todo el valle saludando a cuantos nos salían al paso. Los niveles de energía de Milan parecían aumentar en proporción directa a mi cansancio. Supe al fin cuál era la razón de su estado físico sin precedentes: caminar entre diez y quince kilómetros diarios deja su marca en la persona. En Praga, el hábitat natural de Milan habían sido guaridas saturadas de humo de cigarrillo amobladas con sillones confortables y paredes cubiertas de libros, todo lo que él consideraba como el ambiente ideal para interminables debates intelectuales. No le importaba gran cosa que fuesen discusiones puramente teóricas, jamás había cruzado por su mente la posibilidad de poder llevar a cabo su propio trabajo antropológico de campo en medio de las poblaciones de África o Australia. Le gustaba destacar el hecho de que los anaqueles de las bibliotecas estaban tan atiborrados de información acerca de las sociedades no europeas, que había suficiente información para mantener a un ejército de antropólogos bien remunerados por el resto de sus vidas. Los autores de esos libros, empero, no escapaban a su crítica. Insistía en que todo lo que habían hecho era describir, comparar y clasificar sus hallazgos tal como si estuviesen tratando con una colección de insectos o minerales. Muy pocos parecían darse la molestia de probar y establecer sobre qué bases funcionaba una sociedad tribal dada, y la mayoría trataba de encajarlas en alguna de las ya establecidas teorías basadas en la importancia del parentesco.

Sin embargo, llegó un buen día en que un milagro puso severamente a prueba el hasta entonces inmovible equilibrio de Milan. Por intermedio de un programa de intercambio entre la Casa Central de la Universidad de Chile y la Universidad Carolina de Praga, se le ofreció un año de trabajo en terreno en Chile a cambio de que un arqueólogo chileno viajara a hacer excavaciones en Gran Moravia. Cuando se marchó, sabía que pasaría un año viviendo en una comunidad indígena compartiendo su día a día, pero que también debería mantener una distancia objetiva para expresar sus hallazgos en términos teórico académicos. Los resultados de su trabajo de campo serían juzgados por una comunidad internacional de antropólogos sociales. Las cartas de Milan del año anterior daban una visión clara de los rigores que implicaba una temporada de largo plazo trabajando en esas condiciones.

Estaba sorprendido de descubrir que “trabajo de campo” era algo bastante más arduo de lo que se había imaginado. Al principio, encontró muy difícil diferenciar entre lo que era significativo y lo que no lo era: no podía evitar la sensación de que tenía la obligación de estar en varias partes a la vez y que constantemente se estaba perdiendo algo crucial. Se encontraba al mismo tiempo perturbado y

ansioso por el hecho de que la sociedad mapuche no parecía calzar en ninguno de los modelos establecidos de teoría social y que, por tanto, él iba a tener que crear uno nuevo, a partir de sus propias observaciones. No fue sino cuando comenzó a bosquejar genealogías y diagramas para reflejar las relaciones de cooperación que Milan sintió que por fin pisaba en terreno firme. Era posible ahora ver quién estaba relacionado con quién, dónde se hallaban los vínculos significativos y en qué se basaban; y, así, la estructura compleja de esa sociedad comenzó a desplegarse delante de sus ojos como una vasta y densa trama. La conclusión habría de ser el mundo tal como era visto a los ojos de un mapuche, pero en una forma más compleja que todo lo que ellos hubiesen podido expresar jamás. Los meses finales habían sido una carrera frenética. Era demasiado lo que quedaba inconcluso y sin explicar. Así, el ofrecimiento de los padres a Milan para apoyar su trabajo y pasar otro año entre los mapuches, sonó como la respuesta a una plegaria. Eso le daría la oportunidad no solo de completar su investigación sino de comenzar a redactar su propia etnografía. Tendría disponibilidad para escribir y al mismo tiempo llevar a cabo estudios adicionales de campo, en caso de que fuese preciso clarificar o expandir algún punto. Gracias al fortuito ofrecimiento de los misioneros, era yo la que tenía ahora la oportunidad de encontrarme con la gente que solo había conocido a través de las cartas de Milan.

Durante nuestro lento retorno al atardecer, la huella nos llevó a través del cementerio local. Se expandía en la cima de un collado expuesto a los cuatro vientos. Un pálpito de desolación y abandono llenaba el aire... si hubiese en el mundo algo así como un cementerio viviente en oposición a uno muerto, este pertenecía sin duda a la segunda categoría. Unas cercas podridas se habían desplomado en torno a gastadas y astilladas cruces inclinadas por el viento. Debajo de estas, yacían abiertas las dos mitades vacías de un tronco hueco. Los túmulos se habían hundido en el terreno y estaban por completo cubiertos de hierba. Sobre ellos se erguían tres postes de madera con rostros humanos estilizados tallados en la parte superior, coronados en su cima por unas plataformas lisas y planas del tamaño de una gran chupalla. Aquellos postes, similares a los tótems de los indígenas de América del Norte eran, según la tradición, la fuente de los poderes sobrenaturales de la curadora nativa: la machi. Hacía mucho tiempo que habían muerto las machis enterradas allí, de sus ataúdes habían desaparecido incluso sus huesos, pero sus *rehues* permanecían en pie. Se ladeaban distanciados entre ellos como si hubiesen quedado súbitamente congelados en medio de una danza frenética. Todavía se veían nítidos los escalones cortados en la madera por donde la machi subía y bajaba tocando el tambor y cantando durante las ceremonias.

Nos sentamos al pie del *rehue* observando los imponentes troncos curtidos, recortados contra una vaporosa telaraña de nubes crepusculares. Ellos, aún callados, parecían burlarse en su silencio de nosotros. Por mucho que pudiésemos ser amigos de los mapuches y comprender sus vidas hoy mejor que otros, su pasado era todavía un cofre sellado cuya llave no poseíamos. Su historia remota es un misterio que sigue sin escribirse todavía. La primera información disponible acerca



Milan escarba tumbas en un viejo cementerio cerca de Malalche como una actividad en terreno para estudiantes.
Archivo personal de Jarka Stuchlik.

de los nativos de Sudamérica proviene de los conquistadores europeos. ¿Cómo podemos saber qué había allí antes?, ¿cómo enterarnos de lo que los mapuches hablan únicamente entre sí?, ¿de lo que se reservan?, ¿de lo que no revelarán ni siquiera a los huéspedes que ellos mismos han invitado?

Acariciaba una *tokikura* que guardaba en mi bolsillo, una herramienta para cortar, hecha de una tersa piedra negra con forma de hacha y del tamaño de mi palma. Daniel Tranamíl me la había regalado temprano esa tarde, diciendo, “vienen del mar”. Cuando se desata una gran tormenta, las *tokikura* son levantadas desde las profundidades del océano hasta que son atrapadas por el trueno que las arroja a su vez sobre la tierra. La fuerza del rayo sepulta la piedra tan hondo que tarda cinco años en regresar a la superficie, donde los mapuches, arando sus campos, las recogen. La piedra era sedosa y fría, y realmente tenía la forma de un hacha. Uno de los lados semicirculares era cortante mientras el otro se ajustaba bien a la palma. Los indígenas sudamericanos son renombrados talladores de piedras, pero los mapuches se resistían a admitir que la *tokikura* hubiese sido formada por mano humana. *Tokikura* quiere decir “piedra del trueno”. No podía dejar de mirar al viejo *rehue* cubierto de musgo.

—¿Qué sabes acerca de la machi? —pregunté a Milan.

Abriendo sus brazos alzó teatralmente la voz:

—¡Machi!, ¡la machi aquí nos rodea por todas partes! Luego de morir, su espíritu permanece un tiempo dentro de su *rehue* y después entra en otra machi y así vive para siempre. Habita medio de varios mundos, o en más mundos, infinitos mundos, ¿quién sabe?

Todo eso tenía un aura de misterio, un escalofrío recorrió mi espalda. Milan continuó, ahora en tono menos melodramático.

—Te contaré lo que me dijeron a mí. Toda mujer puede convertirse en machi en cualquier momento de su vida, no bien sea una jovencita o ya madre, o bien una mujer mayor. Una voz comandará sobre ella y aparecerá al mismo tiempo una señal que hará saber a todos que esa mujer se ha convertido en machi. Hace muy poco le había sucedido a María Cayul, de Coipuco. Su familia estaba todavía reponiéndose de la conmoción. Ni siquiera habían tenido tiempo de organizar su ceremonia inicial ni levantar un *rehue* afuera de su *ruka*, aunque ahora un famoso tallador se había puesto manos a la obra. María Cayul vivía en su propia casa cerca de sus parientes Segundo y Agustín Cayul. Una noche su hija Carmen vino junto a ella pues estaba a punto de dar a luz. Se desató una súbita tormenta y la *ruka* fue alcanzada por un rayo que la redujo a cenizas. Unas pocas vigas carbonizadas fue todo lo que quedó. Durante el vendaval varios animales habían buscado refugio allí, mas todos murieron en las llamas. María, Carmen, su esposo Juan y el recién nacido sobrevivieron, pero tras la borrasca y el fuego María cayó gravemente enferma. Quedó tendida mucho tiempo como si estuviera muerta, no comía ni bebía y los que entienden de esas cosas decían que estaba viajando fuera del mundo. La dejaron sola. Cuando al fin regresó del trance era otra persona. Podía comunicarse con el mundo de los espíritus y tenía el poder de sanar. Los

mapuches creen que la enfermedad es causada por fuerzas enemigas externas al mundo y que es tarea de la machi persuadir a aquellos agentes malignos para que abandonen el cuerpo enfermo y lo dejen curarse. Durante el ritual de sanación ella entra en trance con ayuda de su tambor, el *kultrun*, mientras sube y baja por los peldaños del *rehue*. Al final, trepa al extremo y danza enloquecidamente sobre la plataforma. Hablando un lenguaje arcano, la machi convence a los malos espíritus para que abandonen el cuerpo y regresen a su propio mundo. Junto con los ensalmos, se vale de pociones, hierbas e incienso. Goza de una posición de autoridad en la comunidad y es retribuida con presentes más que con dinero. Ella es la persona más importante en cualquier ceremonia religiosa.

Tragué saliva y objeté que ese proceso de sanación mágica constituía una especie de competencia desleal con la medicina moderna y la Iglesia.

—O podrías decir que es exactamente al revés —replicó Milan en seco.

Entramos en un acalorado debate donde defendí a pie firme las ventajas de los métodos modernos para sanar, en tanto Milan sostuvo una óptica más pragmática según la cual lo que contaba eran los resultados. Sea moderna o primitiva, la medicina que tiene éxito, sin importar su base, vale la pena y debe ser promovida. Todos los rituales de la machi forman parte de sus métodos de sanación y deberían ser aceptados como tales. En seguida los comparó con las ceremonias existentes en nuestros propios hospitales: la pomposa procesión matinal del internista y sus acólitos, los delantales blancos, el estetoscopio colgando al cuello como un emblema del gremio; todo eso tiene un efecto mágico sobre el paciente similar al que tienen el incienso y el golpe en el *kultrun* sobre el mapuche enfermo. Estaba claro que las historias sobre las machis lo habían influido.

Mientras caminábamos de regreso a casa —no hubo posibilidad alguna de volver en la motocicleta— Milan decidió que el mejor método para distraer mi mente de las ampollas que me quemaban los pies sería entretenerme con cuentos del rico acervo de espíritus locales.

—¡Si dejamos de avanzar nos va a pillar el *Wekufe!*

—¿Y qué es eso exactamente? —musité.

Estaba tan cansada que no hubiera podido moverme más rápido aunque una manada de hombres lobo hubiese estado mordiéndome los talones.

—El Wefuke es un jinete que va todo de blanco sobre un caballo blanco y se alimenta de viajeros solitarios como nosotros. Si un caminante no ha encontrado refugio al llegar la oscuridad, él lo secuestra y solo mucho más tarde es hallado su cuerpo muerto a varios kilómetros de donde había estado. Déjame ahora contarte un poco del *Anchimmallin*...

El *Anchimmallin* resultó ser un pequeño espíritu más bien encantador. El folclore local lo había previsto todo. Se trataba de una pequeña niña de camisa blanca que flotaba justo arriba del suelo y saltaba de un lugar a otro como un fuego fatuo, y que se aparecía principalmente a los niños. Era como una especie de genio del mediodía de los pequeños, solo venía en ese momento, presentándose súbitamente entre medio de ellos que, asustados, quedaban transformados en

pedras. Solo los que la veían primero se salvaban. Como buen pueblo de campo, los mapuches se entretenían de verdad con su miedo a los espíritus. El que más temían era *Kalko*. Durante la noche, *Kalko* se saca su cabeza y la envía a las estrellas en la forma de un pájaro llamado Chonchón. Los pájaros como tales no hacen daño, pero la gente les teme porque delatan la presencia de ese cruel y sanguinario monstruo. Supe de inmediato de qué pájaros se trataba. Anoche, cuando regresábamos a casa en auto, unas aves grandes y pálidas se cruzaban delante de los focos para desaparecer luego en la penumbra. Sin emitir sonido alguno se veían como espectros alados.

Milan me contó que cuando recién había llegado a vivir en Coipuco, sus vecinos le habían advertido una mañana que durante las tres pasadas noches un *Wiltranakwe* había estado sobrevolando la colina donde se levantaba la escuela. El *Wiltranakwe* era un jinete espectral sobre un caballo blanco. Nadie se había atrevido a abandonar la seguridad de su casa y solo en la mañana se aventuraron para cerciorarse si su nuevo vecino había sobrevivido. Milan siempre había tenido el sueño pesado, pero en esa ocasión creyó haber sentido un inusitado ruido afuera. Lo atribuyó a algunos mapuches juerguistas ebrios que regresaban a casa y se sintió ligeramente ofendido de que no lo hubiesen invitado a la fiesta.

Él daba ahora grandes zancadas en las sombras al tiempo que se sumergía más y más en el folclore mapuche que lo fascinaba, pero yo iba perdiendo mi habilidad de diferenciar entre mito y realidad. De camino, señaló unos arbustos con vistosas tiras de lana amarradas a sus ramas. Eran los remanentes de un machitún, una ceremonia de curanderas que es al mismo tiempo una reunión nacional de las más importantes machis. Unos chonchones volaron solos o en parejas a cada lado del camino cual sombras silenciosas, adquiriendo a la luz de la luna un lustre plateado. ¿Por qué todos los espíritus locales eran blancos?, me preguntaba. Y al revés, ¿por qué los espíritus europeos eran siempre negros? Blanco y negro son colores irreconciliables que están en oposición directa, ¿podría tener esto algún significado? Por otro lado, aunque los espíritus fuesen de diferentes colores, en la noche igual se verían negros o blancos, entonces, ¿para qué complicar las cosas? Mucho tiempo después encontré un artículo de sociología donde el autor insistía en que esto reflejaba las experiencias que los nativos habían sufrido a manos del hombre blanco. Esas leyendas, empero, que existen desde mucho antes de la llegada de los primeros españoles, se encontraban en viejas crónicas de siglos anteriores y todavía sobreviven en la tradición oral, así que consideré más bien débil a aquella teoría.

Al fin llegamos a Cholchol. Yo, tambaleando de cansancio. Los espíritus desaparecieron de repente y fueron reemplazados por seres vivientes en diversos grados de embriaguez. Un jinete se detuvo de improviso, sacó ceremoniosamente su sombrero y exclamó con solemnidad: “¡Hermanos, estoy borracho!”, al punto se puso su sombrero en la cabeza y desapareció al galope. Estallamos en una carcajada mientras las trémulas luces de Cholchol nos daban la bienvenida.

DILUVIOS

Nunca en mi vida había visto llover tanto. Otra de mis ilusiones acerca de Sudamérica caía por tierra. Me imaginaba Chile como un país árido. El jardín estaba convertido en una laguna y ni siquiera se podía ver más allá de la verja a causa de la neblina. Los eucaliptos habían abandonado las últimas láminas de sus cortezas al viento y ahora solo las ramas cubrían su desnudez. En las noches, el *staccato* que hacían sobre la techumbre de zinc, junto con las semillas que se les caían, producía un ruido ensordecedor, como una ametralladora. Esto era a comienzos de agosto, pero tras las lluvias vino algo peor. La mañana después de nuestro viaje a Coipuco amaneció con una claridad inusitada. Los charcos se veían cubiertos por tenues capas de hielo, los árboles estaban escarchados y había carámbanos por todas partes, incluso en la llave de agua que había sobre el tambor, allá afuera. Pero esto no era el resultado circunstancial de una noche particularmente fría, el hielo no desapareció ni tomó en cuenta los diminutos y débiles rayos del sol. Se trataba de una áspera y cruel helada que señalaba el inicio de un invierno terrible y crudo. El hielo permaneció durante todo el día e incluso aumentó de espesor.

Prendido al máximo, el calefactor roncaba profundamente y era obvio que Milan tendría que ir a comprar más parafina a Temuco. Para una persona de Europa del Este, diez o incluso quince grados bajo cero no es una experiencia inusual, la gente está acostumbrada a un tipo de frío así, pero el sur de Chile era una tierra de palmeras y naranjos, cactus y aromos. En el jardín del convento acababan de florecer en toda su gloria unos camelios tan grandes como manzanos, pero en una sola noche el hielo había quemado todas las flores. Sin embargo, esa gélida mañana nos tenía todavía reservada otra desagradable sorpresa. Cuando logramos llegar a casa justo antes de medianoche, Clara nos había salido a recibir. Con su chaquetón abotonado hasta la barbilla y las llaves en la mano, era evidente que no tenía la menor intención de pasar esa noche en casa. Anunció que el estanque de agua estaba vacío, que no era su culpa y que por eso no había lavado la ropa ni limpiado; más aún, solo había podido llenar hasta la mitad el fondo metálico de arriba de la cocina. Enojada, dijo que los niños habían estado muy diablos, afirmando convencida que los responsables eran ellos. Se me escapaba un tanto la verdadera magnitud de este desastre, era la primera vez que ocurría algo así desde mi llegada, pero Milan palideció y tuvo que sentarse. No entendía cómo había podido ocurrir tal cosa, ya que el estanque estaba hasta el

tope en la mañana cuando salimos de la casa. Nunca abrigamos la menor ilusión acerca de la iniciativa de Clara ya que desde el principio había sido evidente que no estaba ni de lejos interesada en los niños; además, carecía de toda autoridad sobre ellos. Cuando reñían, reñía también; cuando inventaban cuentos, lo mismo. Así, después que se marchó esa noche, hicimos café con el resto de agua que quedaba en la tetera, encendimos las velas y, agotados, dejamos el desenredo de aquel embrollo para el día siguiente.

Por todo eso, la escarcha y el hielo de la mañana fueron particularmente antipáticos, en especial para Milan que tuvo que salir en pijama a encender la bomba congelada antes de volver de un salto al dormitorio. Luego de un instante, se vistió y salió a apagarla. Durante la mañana la hizo partir dos veces más, hasta que por último se levantó, depresivo, a buscar la manguera de plástico. No tomamos desayuno ya que no había agua ni para una taza de té y habíamos dado a los niños el último resto de leche. Nuestro predecesor holandés no solo había sido un inexperto en la construcción de chimeneas sino que, peor aún, no tenía la más remota idea acerca de torres para estanques de agua. La había construido en un declive y carecía por tanto de altura para generar suficiente presión. Cuando el estanque quedaba vacío, las cañerías se llenaban de aire y era casi imposible extraerlo. El único modo era tan sencillo como desagradable: succionar una manguera que se embutía en la llave del baño. Operaba sobre el mismo principio que se ocupa para llenar botellas de vino desde una damajuana, con la diferencia de que en aquel caso hay que aspirar una sola vez para que el líquido se trasvasije por sí mismo. No era tan fácil con nuestro maldito estanque. Se nos fue el día entero chupando por turnos esa manguera de plástico. No fue sino hasta el atardecer, cuando nuestros labios ya estaban hinchados y agrietados y nuestros estómagos llenos de agua congelada, cuando emergió de una sola llave un débil chorrito de agua que comenzó a tartamudear con explosiones de aire. Tomó dos días para que los grifos de la cocina se destaparan y el agua fluyera con normalidad.

Bien pasado el mediodía, Milan me llamó desde afuera. La llave del lado del galpón había sido la primera en funcionar de nuevo, llenando hasta el borde el barril donde el agua ya estaba congelada formando una cubierta de escarcha; sobre la gravilla, lo rodeaba un espeso y resbaladizo anillo de hielo. Era obvio que mientras estuvimos ausentes alguien se las había arreglado para abrir la llave y no se había dado la molestia de cerrarla. Peter, con toda inocencia, reconoció que al día anterior habían estado un buen rato en ese lugar.

—Los niños de la escuela tenían mucha sed —dijo.

Al atardecer, la empleada y los niños fueron sermoneados con severidad acerca de las consecuencias de dejar las llaves corriendo, con la advertencia de que esto no era ni un río ni un lago donde el agua fluye libre sin necesidad de intervención humana, sino más bien un mecanismo delicado donde a ellos les estaba prohibido meterse. Luego de eso, nos retiramos al calor del *living* con un gran vaso de *whisky*, sin hielo ni agua.

Abrigaba la esperanza de que el tiempo frío no durara mucho. Para los lugareños era bien difícil de aguantar. Siempre seguían llegando montados en sus sudorosos caballos, pero ahora los jinetes se agachaban envueltos en sus mantas sin nada de su fanfarronería habitual. Incluso dejó de acudir el viejito que venía todos los días con dos tambores lecheros amarrados y cruzados sobre los hombros. Las vacas se estaban muriendo de hambre y no se podían ordeñar. Día a día, más y más visitantes se apiñaban junto al fuego de nuestra cocina. Cada vendedor de huevos, tapetes o canastos hacía una parada. La olla grande estaba constantemente hirviendo con sopa y yo hacía chocolate con leche condensada y agua hirviendo, una tentación que los mapuches no podían resistir. Muñeca ya había definido su rincón personal para dormir al lado de la puerta, debajo de la mesa de comer. Se enrollaba en una caja de cartón sobre un chaleco viejo de su amo y gruñía a los pantalones desconocidos que se paseaban por “su” cocina. Juiciosa, dormía durante casi todo el invierno.

Tras las lluvias y las heladas, venían los temporales. En el Valle Central, que se extiende entre Los Andes y la Cordillera de la Costa, no hay barrera contra los vientos helados que soplan desde el Polo Sur hasta el templado norte y que pasan a llevar en su carrera cualquier cosa que no esté firmemente atornillada o amarrada. Una noche casi nos ahogamos con el humo de la parafina porque el viento, sin tener en cuenta los gruesos cables que lo afirmaban, había tumbado el cañón del techo. No tuvimos que esperar demasiado para que nos llegara la siguiente cuota de mal tiempo extremo, una lluvia constante que trajo serias inundaciones. Los diarios y la radio nos mantenían al tanto con historias de heroicas misiones de rescate llevadas a cabo por helicópteros del Ejército que despegaban de bases militares desde el puerto de Valparaíso hasta la austral Punta Arenas. La gente procuraba salvarse arriba de los techos de sus casas que flotaban, mientras las ovejas y el ganado trepaban a las cumbres de las colinas que emergían de las aguas como puntas de *icebergs*. Cientos de animales muertos flotaban en los caudales espumosos.

Circundada por dos ríos, nuestra pequeña villa no habría de escapar indemne. El Renaco y el Cholchol la rodeaban por tres lados. Incluso este último, en circunstancias normales, es imponente con sus doscientos metros de ancho, pero ahora había crecido tanto que iba inundando los bajos de las orillas. Desde el empinado puente de acero observábamos cómo cada día arrastraba troncos de árboles, tablones, partes de viviendas y, ocasionalmente, un animal muerto. La fiera corriente golpeaba las rocas de las orillas como si fuesen guijarros y lo único que se distinguía de los sauces centenarios eran unas pocas ramas desnudas. El puente se estremecía bajo la fuerza de las aguas, pero no parecía estar en peligro inminente de caer. Era bastante nuevo y se había construido para hacer frente a corrientes mucho más poderosas. Era el Renaco quien estaba sufriendo los cambios más dramáticos. Hasta ahora no había sido nada más que un arroyuelo superficial de agua barrosa y lugar favorito de las diversiones de cerdos, perros y niños. Su bajo puente de madera era un buen lugar para pescar y los niños del

pueblo se la pasaban ahí con los pantalones arremangados vadeando el lodo en busca de tesoros. Pero en este momento estaba sumergido hasta la baranda y el agua seguía subiendo.

El padre Juan estaba en la cocina calentándose las manos sobre el horno. Decía que ayer, al atardecer, cuando habían ido a buscar a los niños a la escuela para llevarlos a sus casas, el agua llegaba hasta los pechos de los caballos. Estaba lleno de curiosidad por saber si el bus de la mañana que venía de Temuco podría pasar. Apostaba a que no. Ya se había organizado una embarcación para cruzar a los pasajeros, pero el barquero no se encontraba por ninguna parte. Nos pusimos unos impermeables y enfilamos hacia el río. En la orilla había mucha gente agrupada discutiendo si acaso este año el puente aguantaría. Hacía rato que el Renaco había dejado de ser el riachuelo manso de antes. Aunque jamás podría rivalizar con la majestad del salvaje e indomable Cholchol, le estaba haciendo bastante empeño. Los jardines y edificaciones de la orilla opuesta ya estaban sumergidos en parte, pero a causa de que el camino que llevaba al puente se alzaba sobre un terraplén, el Renaco estaba más o menos contenido por sus márgenes y no se había convertido en un lago todavía. El paso estaba sin embargo completamente cubierto por las aguas y el único signo del puente eran unos trozos de madera prominentes que parecían haber sido las barandas.

Las botellas de vino que pasaban de mano en mano forjaban un sentimiento de camaradería entre los vecinos a medida que, de un momento a otro, aumentaba la expectación. Gerry se nos había unido. Al fin apareció al otro lado del río el familiar capó rojo y blanco del bus de Temuco y todos comenzaron a gritar y agitar las manos con frenesí. Conduciendo su bus con mucha lentitud, el chofer lo hizo descender a la orilla y lo detuvo más o menos a dos metros por sobre el torrente. En ese momento parecía una gran bestia metálica que olfateaba el agua con profundo recelo. Todo el mundo prorrumpió a gritar consejos. La opinión general fue que el puente probablemente ya no estaba en pie y que era preferible que el bus regresara. Pero el chofer tenía algo de temerario y era un fanático del cine. Tras unos minutos, se abrieron las puertas y un puñado de pasajeros descendió tambaleando, ayudándoles incluso el propio conductor a bajar sus equipajes del techo. Las puertas se cerraron otra vez y el bus comenzó a moverse con lentitud hacia adelante. Todos contuvimos el aliento. El chofer estaba loco. Yo ni siquiera podía decir dónde se suponía que estaba el puente. Este se elevaba dos metros sobre el río, pero lo único que se veía ahora era un remolino de agua con barro, sin embargo, daba la impresión de que el conductor conocía el camino a ciegas. La máquina iba abriendo un surco en el agua inmundada como un rinoceronte en el río Zambeze y se hundía cada vez más, provocando una enorme ola amarillenta por delante. Hurgando a través de las ventanas, no mucho más arriba del agua, se veían los aterrados rostros de aquellos pasajeros que habían decidido arriesgarse. Cuando el bus llegó a la mitad del puente, el motor de pronto se detuvo. Lo único que se oía era el monótono bramido de las aguas. Un látigo de pánico nos estremeció a todos. La micro tembló, dio una fuerte vibración y comenzó a

inclinarse en dirección a la corriente. Dentro de pocos segundos se desplomaría a las aguas y sería arrastrada por la fuerza del río. Los minutos parecían horas. De repente se escuchó un chisporroteo, un carraspeo y, milagrosamente, el motor regresó a la vida. El agua que rodeaba al bus comenzó a espumear y a arrojar burbujas, y el vehículo, lento pero con seguridad, comenzó a avanzar de nuevo. Los espectadores se pusieron a gritar y a agitar las botellas de vino, “¡iqué gallo ese Pancho!, ¡iqué macho!, ¡iqué hombre!” se daban palmadas dichosos. De manera fantástica, ese inverosímil vehículo anfibio estaba emergiendo poco a poco del río cual feroz habitante de la jungla y con el motor rugiendo victorioso. Por último, se posó en la orilla temblando y sacudiéndose. La puerta se abrió. El agua salió como una catarata y al fin aparecieron los pasajeros, desaguando sus zapatos y con una plomiza lividez en sus rostros. Fueron abrazados por los vecinos como si fuesen héroes de guerra. El chofer declinó la invitación de sus amigos a beber un trago al calor del bar, no porque en principio rechazara la idea, sino porque primero debía llevar su bus a casa para limpiarlo a fondo y dejarlo allí hasta que se calmara el aguacero. Con espíritu generoso, se ofreció a llevarlos a todos de vuelta al pueblo.

Al otro lado del río los pasajeros que no se atrevieron a arriesgar la vida gritaban desesperados para que los recogiera el bote. Daba la impresión de que iban a estar varados un buen rato, porque nadie había podido ubicar al barquero todavía. Es común que los testigos de un acto de valentía singular le den la espalda a los cobardes. Por eso, todo el mundo se dio la vuelta y abordó victoriosamente el bus, anticipando un cordial brindis en la cálida taberna. También para nosotros el drama había llegado a su fin, volvimos a casa con la botella que Milan, por su fe inmovible en Pancho, le había ganado a John.

EL PUEBLO MAPUCHE

A fines de agosto daba la impresión que ya había pasado lo peor. Las heladas, tormentas, temporales e inundaciones regresaban a la Antártica y el mundo suspiraba con alivio. Ahora, cuando llovía, el chaparrón era intenso y breve, y al soplar el viento, acariciaba la cara una leve brisa como un delicado vals. El sol comenzaba a mostrar su nuevo rostro en las mañanas y los días ya no amanecían cubiertos por densas y sucias cortinas de nubes grises, sino por acojinados trozos de algodón blanco. Ahora, las agudas hojas del eucalipto temblaban contentas y el jardín comenzaba a revivir. Los primeros narcisos pálidos surgieron en una línea recta a lo largo de la verja hasta perderse en el bosque. Sus cabecitas de olor a limón doblaban con su peso los tenues tallos. Al darme el placer de rozarlos, estornudaba con estrépito, mi alergia al polen había encabritado su agrio rostro más temprano que nunca.

Era ya casi medio día cuando me senté en una banca delante del galpón. El gato dormía en mi regazo, Muñeca estaba tirada a mis pies y yo leía el diario del 21 de agosto. Traducir el texto castellano era un ejercicio tortuoso para mí, pero valía la pena. El artículo versaba sobre el primer aniversario de la invasión soviética a Checoslovaquia y describía las protestas efectuadas ante todas las embajadas de la URSS alrededor del mundo. La mayoría de los detalles, sin embargo, trataban de lo que había pasado en Santiago. Pocos días antes del 21 de agosto aparecieron volantes, afiches y avisos anunciando que por motivos de aseo urbano, se solicitaba llevar perros y gatos perdidos a una cierta dirección sin mencionar que se trataba de la Embajada de la Unión Soviética. La recompensa ofrecida por cada animal era extremadamente generosa. Así que al amanecer de ese día se había formado frente a las formidables puertas de la Embajada una larga fila de ciudadanos respetuosos de la ley cargando sacos en sus hombros. La aglomeración ya era ruidosa por sí misma, pero con los chillidos de los animales atrapados era un pandemónium. Airados, los guardias de seguridad salieron a dispersar a la chusma, pero la gente no solo les tiró panfletos a la cara sino que incluso varios días después seguían llegando a golpear al portón para entregar animales extraviados. Así, la Embajada se encontró bajo una situación de hostigamiento insólita y la policía se vio de pronto superada frente a este singular ataque a la inmunidad diplomática. Por último, los ciudadanos, decepcionados y exasperados, tiraron a los espantados animales sobre las murallas para que cayeran

directo a los jardines del embajador. Obviamente, todos los medios enviaron a sus reporteros y la nación chilena se regodeó ese día a costillas de los soviéticos.

Las tardes eran todavía largas y oscuras y yo continuaba mis estudios acerca de la historia de la nación mapuche a la débil luz de la lámpara. A partir de todo lo que leía y oía me empecé a formar la imagen de una tribu indígena valiente que, como única excepción en toda la historia de la Conquista de América, había logrado resistir a los conquistadores durante trescientos años. Para nosotros los europeos, su historia no comienza sino hasta el siglo XVI y, en lo principal, trata de las batallas acaecidas entre los nativos y los colonizadores blancos. Al inicio, los españoles veían con sorpresa que sufrían una derrota tras otra. Ya asentados en Santiago y los terrenos circundantes, montaban expediciones de guerra hacia las montañas y los bosques sureños solo durante los meses estivales. Por no conocer el terreno y haber asumido erróneamente que podrían obtener su alimento de las cosechas de sus enemigos, morían más de hambre que por las flechas. Los mapuches no tenían un Estado organizado, carecían de ciudades y riqueza material acumulada; en suma, nada que pudiese ser conquistado, incendiado, saqueado o robado. Ni siquiera tenían un sistema piramidal de liderazgo o algún tipo de ejército estable jerarquizado. En contraste, poseían buenos estrategas, una organización flexible, coraje natural y un perfecto conocimiento del terreno. Todo eso les permitió sostener una guerra de guerrillas bastante exitosa contra los españoles. Tras la primera e inesperada aparición de hombres montados a caballo —que los mapuches tomaron al principio por seres humanos sobrenaturales dotados de un cuerpo animal de cuatro patas— aprendieron a montar muy pronto y lograron dominar a los animales mejor que sus enemigos. Su táctica favorita consistía en acercarse con sigilo a un destacamento español que había acampado para pasar la noche, causarles el mayor daño en el menor tiempo posible y desaparecer en silencio entre los bosques. Sus armas eran lanzas, arcos y flechas y boleadoras. Las tribus cuyas posesiones se limitan a herramientas y armas simples gozan de gran movilidad. Las familias plantaban sus huertas de papas, choclo y porotos en áreas que eran inaccesibles a los invasores e iban cambiando cada año de asentamiento. El estilo de vida natural de los mapuches era el nómada y lo que llamaban “su hogar” era todo lo que es hoy el sur de Chile y Argentina. Los españoles, exhaustos por batallas constantes que no daban fruto alguno, admitieron su derrota y pidieron una tregua que se pactó en el siglo XVIII en el célebre Parlamento de Negrete, que fijó al río Biobío como “la frontera” entre la tierra que los conquistadores españoles dominaban por el norte y el comienzo de la zona independiente de los araucanos por el sur. Pero una cosa es firmar un tratado y otra mantenerlo.

En apariencia, la tregua había conducido al cese de hostilidades entre los españoles y los nativos, sin embargo el flujo de colonos europeos a Chile continuaba incesante. Los ingenuos araucanos habían asumido que podrían mantener a raya a esos invasores blancos tal como antes lo habían hecho con los invasores incas. Atacaban e incendiaban los fuertes de madera apostados a lo largo del

borde acordado, ganándose así la reputación de bandidos traicioneros. Los nuevos colonos tampoco honraban el acuerdo respecto al límite de la frontera y penetraban en territorio mapuche. Siendo incursiones cruentas, provocaban a los mapuches redadas punitivas. Al comienzo de las guerras entre España y los nativos de Sudamérica, los cronistas se permitieron aconsejar al Rey sobre cómo tratar a los pueblos indígenas. Según ellos, debían ser exterminados y reemplazados por esclavos negros importados de África. Su fundamento lógico era que, en comparación con los indios, aquellos esclavos habían probado ser, en muchas colonias del Nuevo Mundo, aptos para el trabajo duro, reticentes a suscitar motines sangrientos y carentes de todo inapropiado deseo de libertad. Los nuevos colonos del siglo XVIII, empero, estaban ocupados ante todo en resolver sus propios problemas de supervivencia. Les era difícil aceptar que la mayor parte de la riqueza de sus nuevas tierras se escapaba volando a Europa bajo la forma de impuestos y pagos que eran utilizados para financiar las guerras del Imperio español. La única solución era independizarse. Así, a comienzos del siglo XIX y tras la invasión napoleónica a España, la guerra entre republicanos y realistas estalló en forma casi simultánea en Perú, Bolivia, Argentina y Chile. En este último caso, los republicanos triunfaron logrando la independencia del país. Por supuesto que siguió de inmediato una guerra civil entre los vencedores que, congregados en facciones individuales, luchaban por el poder. Entretanto, Napoleón depredaba Europa y las oleadas de colonos que llegaban a Sudamérica crecían de año en año. A mediados del siglo XIX, bajo el gobierno de Manuel Bulnes, un gran contingente de colonos alemanes se estableció en el sur de Chile más allá del río Toltén. Por primera vez en su historia, el territorio araucano se encontró clausurado por ambos lados. Los mapuches, que hasta ese momento jamás habían bajado sus brazos ni admitido la derrota a manos del hombre blanco, se habían vuelto un anacronismo y un problema nacional. Se decidió entonces abolir su independencia, forzarlos a entrar en unas recientemente creadas “reducciones” y distribuir el resto de sus tierras entre los europeos. No es de extrañar entonces que los araucanos hayan respondido a esa amenaza entrando en batalla con apremiante determinación. El más grande y último levantamiento tuvo lugar alrededor de 1881. Por desgracia, el clima político estaba contra los insurgentes. Poco antes, Chile había emprendido una sola y única campaña militar contra Perú y Bolivia en que resultó vencedor. Aquellos países perdieron grandes extensiones del desierto de Atacama que contenían valiosos depósitos minerales y Bolivia incluso quedó sin su acceso al mar. En ese contexto, el levantamiento indígena fue visto como un acto de traición en tiempos de una crisis nacional, y el trato con los mapuches se volvió más implacable todavía. Su estilo de vida nómada debía ser suprimido de una vez por todas y se organizaron las reducciones. Cada familia tenía que declarar el número de sus miembros y luego el jefe de ella, el cacique, debía probar con el testimonio de dos testigos chilenos que su familia trabajaba la tierra de una parcela particular. Típicamente, solía ser el sitio donde estaban acampados en ese momento específico. Se procedía a su agrimensura y

se le entregaba a la familia para su uso. El cacique obtenía entonces un “título de merced”, un certificado oficial que significaba que nadie podía desprenderse de esas tierras ni venderlas, y que debían quedar dentro de la familia. Como es obvio, estas reglas solo se aplicaban a los mapuches. Los colonos blancos jamás respetaron la propiedad de que gozaban aquellos sobre sus terrenos mensurados y les robaban a voluntad las tierras asignadas. La expresión utilizada para este proceder era “correr los cercos” y se hacía principalmente de noche. Fue con este método que llegaron a existir los grandes latifundios al medio de las reducciones indígenas. Pero la verdad es que, incluso, el establecimiento de ellas era visto como una medida pasajera: la meta final era convertir todas sus tierras en propiedad privada bajo la forma de pequeñas granjas. La legislación vigente establecía que si una mayoría de los miembros de la familia exigía su propia porción de terreno, había que dividir la reducción, con lo cual, *ipso facto*, ella dejaba de existir. Los mapuches no utilizaron esa ley porque estaban convencidos de que mientras la parcela permaneciera completa, estaría mejor protegida contra los advenedizos. Si una familia perecía o se marchaba, su parte no regresaba a la propiedad común del resto de la reducción, sino que pasaba a ser propiedad nacional y se vendía. Los mapuches tenían muy claro cuál era su posición en la sociedad chilena, sabían que eran vistos como un lastre y tolerados a duras penas. Pero incluso, cuando la tierra asignada a las reducciones fuese dividida en lotes demasiado pequeños y desgastados por el exceso de explotación, ellos sabían que seguía siendo la única garantía de sobrevivencia que les quedaba. Y también tenían claro que otros chilenos sedientos de terrenos acechaban en el umbral: las familias sin tierra, más pobres que los mismos indios, pero más cerca de los intereses de los políticos locales. Estos chilenos abogaban por la abolición de las reducciones en nombre del progreso y exigían una reforma agraria. Los mapuches, a pesar de ser una minoría de cerca de medio millón en un país de nueve millones de habitantes, no gozaban de voz política. Únicamente intelectuales, historiadores, folcloristas y científicos sociales –en otras palabras, grupos reconocidos por defender causas perdidas– se interesaban en promover los derechos de la población indígena. Por desgracia, su apoyo carecía de efectividad frente a los estudios económicos y estadísticos cuyos resultados probaban que las reducciones no eran rentables y que no encajaban en la economía doméstica de un estado moderno. La domesticación les había infligido a los indios una herida mortal, especialmente en su modo de vida que, en el pasado, les había permitido no solo sobrevivir sino incluso prosperar. Cada mapuche era por un lado ciudadano de la República, mientras por otro la pertenecía a una tribu y cultura que carecía de todo reconocimiento social o legal. La vieja generación mapuche había perdido su autoridad natural porque no tenían ya en qué apoyarla. Ya no podían dividir ni asignar sus tierras y se les había despojado de sus derechos para tomar decisiones a nombre de la tribu. Estaban constreñidos por las leyes chilenas y sus amos actuales eran los burócratas del país. Sus leyes tradicionales eran ahora solo una distante memoria.

Pero cada acción trae su reacción. Una nueva solidaridad se estaba despertando en medio de los mapuches: la de una minoría pobre y racialmente apartada. Los caracteriza la firme creencia en la honda y vetusta conexión que hay entre ellos y su tierra, tal como su propio nombre lo atestigua, y su idioma constituye el vínculo decisivo que los une. Y aunque jamás ha sido una lengua escrita, goza de riqueza y se habla en grandes extensiones. Conservan además sus propias costumbres y celebraciones rituales, las cuales están vedadas a los no mapuches. En suma, incluso cuando han sido derrotados, su enorme orgullo les impide aceptar un ofrecimiento de ayuda para volver a ponerse de pie, en especial cuando es ofrecida con condiciones inaceptables para ellos. El precio que pagaron los araucanos por sus trescientos años de resistencia no fue su total aniquilación sino el quedar encarcelados en sus reducciones y volverse parte de la clase más baja de la sociedad chilena. Aquellos descendientes de fieros guerreros, esos caciques que resonaban con campanas de plata, los iguales de los generales españoles, hoy subsistían a duras penas en sus diminutos lotes, restos de terrenos divididos cien veces. Indomables que habían preferido el corte de ambas manos a rendirse, existían ahora solo en las leyendas. Los mapuches de hoy se ocupaban de la sobrevivencia cotidiana y se contentaban con cultivar la comida suficiente para mantener el hambre a raya. Si la cosecha era exigua, estos no comían. Por otra parte, nadie padecía en las reducciones de las dolencias de la sociedad desarrollada que, quizá, matan con más eficacia que la pobreza. No sufrían ansiedad por su estatus, no vivían en salvaje competencia, no anhelaban posesiones materiales ni dominio sobre otros. 'Progreso', 'carrera', 'éxito', eran conceptos vacíos para ellos, sus cuidados no iban más allá de la próxima cosecha. Su modo de pensar, tan enteramente diferente al nuestro, era lo que Milan estaba tratando de comprender.



Antonio Millareal, cacique de Coipuco. Archivo personal de Jarka Studhlik.

LAS FIESTAS PATRIAS

El 18 de septiembre Chile celebra su independencia. Es la fiesta nacional más importante y quienes en esa ocasión no bailan ni beben hasta más no poder, no merecen llamarse chilenos. Incluso los mapuches –ni uno solo se va a perder la oportunidad de beber vino gratis– se entregan llenos de entusiasmo al jolgorio.

Nos pusimos de acuerdo con unos amigos de Temuco para que vinieran a Cholchol a pasar las fiestas con nosotros: Los Cordero, una pareja de médicos que trabajaba en el hospital provincial. Martín era el jefe del Departamento de Psiquiatría y su esposa Ruth neurólogo especialista. Habían conocido a Milan mientras asistían, junto a muchos otros doctores, a las charlas sobre la cultura mapuche que él daba en la parroquia.

Nuestras visitas a su vieja casa de madera de exuberante jardín en el centro de Temuco nos trajeron de vuelta a un ambiente cultural que habíamos disfrutado en el pasado y que ya empezábamos a extrañar. Era imposible pensar en un viaje a Temuco sin pasar unas horas en compañía de ellos. Martín poseía una gran colección de música clásica, y cuando se escapaba a casa a mediodía para almorzar, lo primero que hacía –incluso antes de sacarse la chaqueta– era colocar un disco o tocar una cinta magnética y tumbarse en el sofá durante una hora, aquietado en los atronadores decibeles de la orquesta. En nuestro primer encuentro al llegar a Chile tuve que darle un gran chasco. “¿Qué instrumento tocas?”, me preguntó curioso, dando por descontado que todos los checos somos músicos. Algo avergonzada le confesé que en el campo de la música no era ejecutante, sino mera auditora, y no de las más exigentes. Martín, que tocaba piano muy bien, se mostró desilusionado. Su fe universal en las capacidades musicales checas ya había recibido una bofetada al saber que para Milan –el primer checo que se había topado en su vida– la música no era más que un trasfondo, no siempre bienvenido, para una conversación interesante y animada. A pesar de ese poco auspicioso comienzo, surgió entre nosotros un poderoso vínculo que se mantuvo inquebrantable tras el paso de los años y los duros golpes infligidos por el destino. En casa de los Cordero comenzamos a impregnarnos de la complicada vida cultural y política de Chile en su nivel más interesante. Martín era el tipo de persona que, como un faro, atraía a la gente de tendencia similar. Estaba familiarizado con un considerable número de personalidades fascinantes y firmemente convencido de que aquellas que todavía no conocía, acabarían por abrirse paso hasta su casa de Temuco. A la fecha, su fe se había visto justificada.

Conoció a su encantadora e inteligente esposa Ruth en la escuela de Medicina y, tras graduarse, los jóvenes médicos escogieron a Temuco para pasar su primera residencia obligatoria en provincia. Hacía tiempo que su temporada de dos años fuera de Santiago había concluido, pero los Cordero no mostraban ninguna prisa por volver a la capital y habían estado madurando la decisión de permanecer en el sur.

–El doctor Cordero es un excelente médico –nos había dicho hace poco la doctora holandesa que viviera antes en nuestra casa de Cholchol– es increíblemente solidario con los pobres y sabe cómo tratar a los campesinos. Es una lástima que sea comunista– agregó, sacudiendo la cabeza con pesar.

En ese punto, sin embargo, estaba equivocada, ya que si bien Martín no ocultaba su simpatía por las posiciones de izquierda, jamás había sido militante comunista y en realidad nunca había pertenecido a ningún partido político. La doctora holandesa solo repetía los rumores que circulaban entre los médicos de derecha que llevaban mucho tiempo trabajando en el área privada y que condenaban a Martín por el trato poco ortodoxo que daba a los pobres. Por ejemplo, jamás les exigía el pago a los que carecían de recursos y, en el hospital, los trataba igual que a los pacientes ricos. Como casi todos los médicos, los Cordero atendían en forma privada, pero al no contar con consulta propia, trataban a sus pacientes en su propio hogar o en el Hospital de Temuco. Cuando llegaba el momento de pagar, Martín se conducía de modo opuesto al de sus colegas, y ellos nunca se lo perdonaron. Tratarlo de “comunista” era la manera más gentil que tenían para referirse a él. No podían comprender por qué, luego de haber atendido con éxito a un poderoso comerciante o empresario, no le pedía enviar de manera personal el pago, sino que solicitaba mandarlo al Departamento de Psiquiatría del Hospital de Temuco. Esto condujo luego a la formación del “Club de Amigos de la Psiquiatría” entre los adinerados de Temuco que se habían hecho amigos de los Cordero, asegurando que el taller del Departamento de Psicoterapia contara con un suministro continuo de materiales tales como telas, madera, metal y vidrio, para que los pacientes pudieran trabajar. El club procuraba también instructores para enseñarles carpintería, metalurgia y cerámica. Coronando esas iniciativas, se organizaron actividades tales como bailes, rifas, tómbolas y donaciones de caridad con el fin de recolectar fondos para el Departamento que dirigía Martín. Cuando se edificó una nueva ala del Departamento de Psiquiatría del hospital, la gerencia aportó la mitad del dinero y Martín el resto. Él mismo diseñó el edificio, lo dispuso de acuerdo a sus requerimientos y comenzó a dirigirlo de acuerdo a lo que él consideraba una atención comunitaria. Su trabajo e intereses culturales lo mantenían absorbido de tal manera que sus inclinaciones políticas quedaban en último plano, y así escogía a sus amigos según cuán interesantes, talentosos, trabajadores y decentes fuesen. En su casa nos encontrábamos con escritores, periodistas, músicos, dramaturgos, latifundistas, políticos y, por supuesto, colegas de profesión. Lo que todos compartían era estar bien informados acerca de arte, ciencia y actualidad respecto de Norteamérica, Sudamérica y Europa. Con esa

carga de trabajo, los Cordero no podían visitarnos en Cholchol con la misma frecuencia de nuestras visitas a Temuco. Normalmente aparecía la familia entera cuando sus tres inquietos hijos habían acumulado un grado de energía reprimida tal, que era necesario todo un día de campo para quemarla.

Las fiestas iban a tener lugar en un potrero atrás del pueblo. Hacía una semana que la gente había estado armando sus ramadas, se había dispuesto un estrado para los músicos y despejado el área para el baile. El 18 en la mañana todavía daba la impresión de que quedaba mucho por hacer, siendo una de las más importantes tareas mantener con llave la bodega donde estaban guardadas las bebidas alcohólicas. Muy poco después de la siesta comenzaron a aparecer en grupos los primeros parroquianos. Llegaban en carreta o a caballo y a pie los que vivían más cerca. Todos venían vestidos de punta en blanco, afeitados y, por el momento, sobrios. Apenas llegamos, los cinco chiquillos salieron disparados corriendo. Las ramadas que rodeaban la cancha ya estaban ocupadas por abuelas, madres, niños y guaguas, al tiempo que cantidades descomunales de comida y bebida emergían de los canastos. Los varones, por otro lado, permanecían a la entrada fumando y saludándose con reverencias o sacándose el sombrero. Una cálida brisa hizo tremolar los banderines tricolores en un clima patriótico. Las Fiestas Patrias se celebraban en cada ciudad, pueblo, villa e incluso en las reducciones. El tamaño del gentío que se reunió en Cholchol se debía al hecho de que el terreno era grande, pero también a que al atardecer estaba programado un juego de *chueka* entre dos poblados. Por supuesto que el aniversario patrio era también una buena oportunidad para hacer política y las celebraciones no habrían sido completas sin algunos discursos de los representantes locales de los tres principales partidos políticos.

El primero en hablar fue el del Partido Demócrata Cristiano, actualmente en el gobierno. Destacó todos los avances sociales que había conseguido su partido durante el período presidencial y, puesto que las elecciones eran inminentes, advirtió las consecuencias que podría acarrear un futuro gobierno de derecha o de izquierda. A continuación, habló el representante de la derecha. Criticó de manera ácida todas las pretendidas reformas introducidas por el gobierno actual, en especial la controvertida Reforma Agraria que proponía que las tierras sin trabajar de los latifundios fuesen asignadas a los pobres que carecían de ella. No dudó en sugerir todos los peligros futuros que el país tendría que arrostrar por causa de esos cambios que, en su opinión, allanaban el terreno para una revolución comunista, cuyo ejemplo más horrendo era Cuba. El orador de la izquierda traía consigo un puñado de jóvenes barbudos cuyo rol era apoyarlo aplaudiendo y gritando. Para sorpresa de todos, también criticó las reformas que aspiraban a mejorar la vida de los pobres, pero su reproche se basaba en que no eran lo suficientemente profundas como para ser eficaces. Instó a la gente a votar por un presidente de izquierda que aboliría reformas inútiles y daría paso a la revolución. Ése sería el único modo de acabar con la injusticia capitalista, la corrupta democracia burguesa e instalar el gobierno de la clase trabajadora

que aseguraría por siempre un futuro esplendor a la nación chilena. Los espectadores aplaudieron con sumisión al final de cada discurso, pero ya se notaban impacientes y solo se animaron cuando los guitarristas se subieron al escenario a templar sus instrumentos.

Fuimos de ramada en ramada. Milan aparecía y desaparecía trayendo consigo a varios mapuches que quería presentarme. Todos le ofrecían vino y sus esposas lo invitaban a compartir las viandas bajo la sombra de las fondas. El grupo musical, compuesto de cuatro guitarras, un acordeón y una gran arpa, comenzó por fin a tocar. Las parejas se peleaban el espacio para poder partir con las cuecas. Por primera vez pude admirar ese baile nacional chileno que, además, era lo único incluido en el programa musical. Me di cuenta de que los guitarristas chilenos cantan mientras tocan y durante las cuecas sus voces llegan a un punto de estridencia tal que podrían abrir una lata de conserva. La danza es muy vivaz y las letras tienen evidentes alusiones sexuales. Los bailarines ondean sus pañuelos blancos, el hombre lo pasa sobre la cabeza o por el talle de su compañera y a veces ambos lo sujetan desde los extremos mostrándose simbólicamente unidos. Me dijeron que esa danza simboliza el cortejo entre el gallo y la gallina, mostrándose aquél viril y enérgico, y esta dulce y sumisa. Siendo las letras algo eróticas, la gente aprueba con chiflidos cuando el cantante introduce una variación en especial pícara. Hasta los mapuches intentaban bailarla, pero era obvio que esa música y ritmo no estaban en su sangre. Los chilenos, al contrario, estaban en su elemento. Las muchachas resplandecían con sus trajes típicos de vestidos floreados con vuelos, delantales blancos y claveles en sus cabellos negros. Los varones se veían extremadamente elegantes con sus trajes negros y camisas blancas de encaje que se atisbaban bajo sus chaquetas. En sus cabezas llevaban sombreros duros de ala ancha amarrados a la barbilla. Algunos lucían doblado sobre el hombro un poncho corto de vivos colores. Marcaban el ritmo con botas de montar recién lustradas, en tanto las mujeres usaban zapatos bajos de cuero negro amarrados con lazos de seda. Durante la danza los varones hacían tintinear campanillas de plata amarradas a sus mangas y pantalones. Solo Dios sabe cuántas postales retratando esta escena con bailarines de trajes típicos similares había visto durante mis años en Chile y, sí, era algo un tanto empalagoso y amanerado, pero también muy bello.

Como de costumbre, las botellas de vino circulaban con libertad y muchos hombres estaban ya bien averiados. Los niños daban vueltas en grupo como pequeños jotes, ansiosos de no perderse una pelea. Las monjas los perseguían como carabineros del tránsito y los retiraban a lugares más seguros. Los perros del lugar ladraban a los caballos y se metían furtivamente a las ramadas en busca de comida. Luego, un tropel de jinetes comenzó a despejar el terreno para preparar el partido de *chueka*. La *chueka* es un deporte tradicional mapuche que se juega con fervor entusiasta desde antes de la llegada de los españoles. Las crónicas antiguas describen con gran admiración el juego y el espíritu de camaradería que reina durante el partido, eso en un momento en que los europeos no tenían

noción de lo que significaba jugar en equipo. Incluso las mujeres jugaban *chueka*. Un cronista español la describe como “un espectáculo de velocidad, destreza y gracia”. No obstante, en aquellos tiempos ese juego no era solo un deporte sino que también cumplía otras importantes funciones sociales. Los mapuches lo usaban como un método para resolver conflictos en que ambas partes habían llegado a un *impasse*; en otros lugares, eso habría llevado a una guerra. Otro cronista nos habla de un partido que se jugó para decidir el destino de un misionero quien, mediante su celo religioso, había logrado enemistarse con una gran cantidad de nativos. Sus defensores y sus enemigos decidieron jugar su vida en un partido de *chueka* en la que perdieron los que deseaban la muerte del fraile. Pero el pobre desdichado, en vez de agradecer a los jugadores que lo habían salvado, cayó de rodillas dando gracias a Dios por el milagro, convencido de que se trataba de un signo divino que favorecía a las misiones.

Dos equipos de nueve jugadores estaban frente a frente en el potrero de Cholchol. Portaban varas similares a las de hockey y se jugaba con una pelota de madera del tamaño de una de golf. Decían que a veces era incluso de piedra. Los jugadores se formaban en dos filas frente a frente y cruzaban las varas. El juego se iniciaba sin preámbulos y era feroz desde el primer golpe de los bastones, yendo acompañado de gritos ensordecedores de aliento por parte de los espectadores. Las reglas eran simples y se carecía de toda sutileza o de pases precisos: se trataba de que la pelota quedara detrás de la línea trasera del equipo contrario. Se permitía botar al oponente con el palo e incluso arrojarlo para alcanzar la pelota. Ninguno de los equipos podía quejarse de falta de apoyo de sus barras, uno de ellos había incluso traído una *machi* que se sentó junto a la línea tamborileando y murmurando encantamientos. Los jugadores no salieron indemnes, pero no hubo heridas serias, aunque uno fue golpeado con el madero en el rostro y sangró por el corte. Sin titubeos, salió de la cancha y detuvo la hemorragia con un puñado de barro. Cuando se volvieron a alinear, él ya estaba de vuelta. Los jugadores de recambio no existían. Se jugaron en total tres partidos. El equipo ganador se llevó una *damajuana*, un cordero recién degollado y algo de dinero.

Las festividades siguieron con más baile y con poesías patrióticas recitadas por los niños de la escuela, interrumpidas cada vez más seguido por los gritos de los borrachos que bebían en los alrededores. Los carabineros, de pie junto a su *jeep*, no intervinieron. Al ponerse el sol, los campesinos comenzaron a uncir sus bueyes a las carretas y a cargar sus mujeres, niños y canastos vacíos. En breve, una caravana regresaba a casa por las huellas a lo largo de las lomas. Cuando empezó a soplar la fría brisa del atardecer reunimos a nuestra exhausta prole para dirigirnos también a nuestro hogar. La celebración había sido todo un éxito.



Partido de *chueka*. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

CAMBIO DE MANO EN LA EMBAJADA DE CHECOSLOVAQUIA

En Chile, el clima de octubre es tan errático como el de abril en Europa, pero proclama el inicio de la primavera. Todavía tenía como puntos de referencia a las estaciones del hemisferio norte y sentí una breve nostalgia por los colores otoñales de mi patria.

Hacía poco que Milan se había convertido en el orgulloso propietario de un flamante vehículo de cuatro ruedas. Un amigo suizo que regresaba a Europa puso en venta todas sus pertenencias y así, hoy, por vez primera, Milan se aventuraba en “citroneta” desde Cholchol a Concepción. Deseaba discutir las condiciones de un puesto que le habían ofrecido en la famosa universidad y esperaba estar de vuelta antes de la medianoche. Era tarde. Yo había tenido un día relativamente poco interesante y se me caían los ojos zurciendo la chaqueta de Peter a la luz de la lámpara de parafina, lo cual era en el fondo una tarea sin sentido, porque mi hijo la traía con nuevos hoyos todos los días. Había pasado toda la tarde en el taller de costura del Centro Cultural y acababa de comprar varios cortes de algodón con los que planeaba hacer ropa de verano para toda la familia. Por la mañana, en la cancha del colegio, les había dado a las alumnas una lección de educación física, ya que las monjas me habían “convencido” de que cooperara. Las alumnas estaban más que contentas con esta adición al programa, porque jugar afuera bajo el sol de primavera era bastante mejor que quedarse encerrada en la sala de clases. Intenté sintonizar la radio para romper el profundo silencio en el que me sentía, como sumergida en un batiscafo, pero incluso eso fue inútil. En mi país cada milímetro del éter estaba saturado de transmisiones y música de otros países, tanto así que a menudo uno solo podía adivinar o imaginar lo que se estaba discutiendo. Aquí se oía nada más que español a través de todo el dial, intercalado en un punto con portugués. La apagué. Escuchar todo el tiempo la misma lengua me deprimía y me sentí repentinamente sola e incluso abandonada en este continente. Tras un tiempo, distinguí dos luces parpadeando en el horizonte. Muñeca también debió haber sentido el motor, porque comenzó a gemir y a pedir que la sacara para ir a dar la bienvenida a su amo.

Milan volvió exhausto, pero muy conforme con el desempeño del vehículo. Eran sus buenos trescientos kilómetros hasta Concepción y los había hecho de ida y vuelta en un día.

–El viaje de regreso me tomó solo cinco horas –se jactó– tenía el viento a mi espalda.

Fui a la cocina y puse agua a hervir en la cocinilla. Milan estaba desesperado por un café. Había firmado el contrato y el decano estaba feliz de que hubiese aceptado la oferta, incluso bajo la condición de trabajar a media jornada. La autoridad universitaria sabía que a Milan le habían ofrecido una posición similar en la Universidad de Chile en Santiago, así que acordaron un pago equivalente al que recibía en la parroquia de Maryknoll. Eso también eran buenas noticias.

–Se trata de un Departamento universitario creado no hace mucho, bastante progresista en cuanto a programas y alumnos, y con un enorme potencial. Lo único que espero es que no lo politicen demasiado. Las clases empiezan dentro de dos semanas y tendré que ir cada quince días, ¿Me acompañarías?

Su rostro lucía muy extenuado. Esto me sonó a la vez como una pregunta y una petición de apoyo.

–No es una delicia manejar tantas horas solo –suspiró, mirándome con aire suplicante–. Bueno, tendremos que partir los lunes muy temprano y volver tarde los miércoles, ¿qué dices?

¿Qué dije? ¡Dije que sí! Me di cuenta que estaba muy sorprendido de cuán poco le había costado persuadirme. Después del solitario día que había pasado, era la mejor sugerencia que había escuchado en los últimos dos meses. Sentí el breve aguijón de la culpabilidad maternal, pero los niños se quedarían en la escuela hasta el final del día y además contábamos con Clara. Los padres también estaban cerca, tal como la señora Neri y las monjas del convento. No faltaría quien los supervisase. Esta ratita rural en que me había convertido sentía que ir cada quince días a Concepción era algo tan glamoroso como un viaje a París.

Nuestra siguiente expedición en citroneta, sin embargo, no fue a Concepción sino a Santiago. Debíamos extender la validez de nuestras visas y por alguna oscura razón se requería nuestra presencia en la Embajada checa. Manejamos todo el día y ya era de noche cuando llegamos por fin a Vitacura, donde vivían nuestros amigos los Knakal. Como representante checo en la CEPAL, Honza Knakal gozaba de una posición privilegiada en la comunidad residente. Era robusto, estridente y explosivo, en tanto que su esposa Maruchka era su opuesto exacto: pequeña, estilizada y nerviosamente comedida, se pasaba la vida tratando de atenuar a su desbordante marido, para delicia de todos los demás. Su hogar era punto de reunión obligado de todos los miembros progresistas de la comunidad checa que pujaban por reformas y se discutían allí los últimos acontecimientos de nuestro país. La casa de los Knakal jamás estaba vacía. Esa tarde en particular, nos encontramos a los Matula y los Frejkas. Las señoras estaban ayudando a Maruchka a traer de la cocina la comida y las bebidas para la cena, a la que fuimos cordialmente invitados. Ivan Matula, piloto de carreras cuando joven, era el representante de la Skoda en Chile. Tomas Frejka, en sus treinta, trabajaba en la Universidad de Chile en Santiago dando clases de demografía. Un aire de tragedia circundaba siempre en torno a él. Perdió a su padre del modo más brutal: fue colgado. Siendo un notorio comunista y además judío, había sido

víctima de una de las purgas ordenadas y dirigidas por Stalin durante los años 50. Tomas, adolescente en ese momento, había quedado marcado indeleblemente por esa atrocidad.

Las noticias que llegaban de Checoslovaquia y que se discutían esa noche, eran de verdad preocupantes. Este año de 1969 era el primer aniversario de la invasión soviética de agosto y fue conmemorado con disturbios y con un alzamiento casi general. El recién instalado gobierno títere apoyado por el poder militar soviético reaccionó con furia. Hubo tiroteos, arrestos y todos los presagios del terror que habría de venir. Muchas personas estaban abandonando el país, prefiriendo el exilio. El gobierno decidió que, de una vez por todas, debía ponerse un punto final al estado actual de desorden, falta de disciplina y anarquía, y que debía imponerse una normalización exhaustiva en todas las esferas de la vida, tanto privada como pública. “Normalización” se convirtió en el conjuro del nuevo gobierno. Implicaba el inminente comienzo de las purgas, ya que Moscú, tomando una vez más el control de los asuntos políticos checoslovacos, había insistido en expulsar a 250.000 personas del Partido Comunista, ya que se calculaba que ese era el número de miembros que había apoyado la introducción del socialismo reformado. No se permitían otros partidos políticos. Era obvio que esta masacre política abriría ricas vetas de oportunidades para aquellos que probaran no haber estado implicados en el movimiento de reforma, y para aquellos que tuviesen un estómago tan fuerte como para retractarse. Todos los que compartíamos la mesa en la confortable casa de los Knakal nos dimos cuenta que la así llamada “normalización” terminaría por alcanzar a todas las embajadas checas a lo largo del mundo. Los Knakal no se hacían ilusiones. En tanto economista, Honza era un partidario entusiasta de la “tercera vía” que proponía Ota Sik, padre de la reforma económica. En Santiago, todo el mundo sabía que él fue un abierto partidario de la Primavera de Praga y era obvio que iba a ser llamado de vuelta y reemplazado por alguien fiel al partido, sin importar las calificaciones profesionales de este último. Ivan Matula, por su parte, no parecía muy inclinado a preocuparse del futuro. Estaba convencido de que un buen mecánico encontraría empleo en cualquier momento y lugar. Además, consideraba cumplida su experiencia en Chile y estaba procurando volver a Mlada Boleslav, la Casa Matriz de la Skoda, donde sus amigos quedarían más que impresionados con sus historias y *souvenirs* de Sudamérica. Los Frejka, por otro lado, confesaron abiertamente que estaban tramitando la visa para emigrar a Estados Unidos. Tomas no tenía la menor intención de que se repitiera la historia, sin contar con que también tenían un hijo joven.

Al día siguiente extendimos nuestras visas en la Oficina de Inmigración de Santiago, donde todo el procedimiento fue rápido, eficiente y el personal amable y colaborador. Recibir el timbre en nuestros pasaportes fue una mera formalidad. En contrapartida, esa tarde nos sumergimos en las turbias aguas de la burocracia checa. En la embajada, se le solicitaba al personal mostrar una actitud animada “de compañeros”, pero lo que captamos fue una atmósfera fría

de temor y sospecha. Los toques de alarma de Praga ya habían alcanzado este distante puesto de avanzada y allí esperaban la llegada, de un día para otro, de la comisión política encargada de separar a los “buenos” comunistas de los “malos”. Daba la impresión que ya había comenzado la división, y la histeria que traía aparejada. Milan apenas podía creer cuánto había cambiado la situación desde 1968, la última ocasión en que había pisado el suelo de la legación. Antes, cada vez que la visitaba, los oficiales lo trataban como si fuese un fascinante e intrépido aventurero que regresaba de páramos salvajes y se mostraban ansiosos de escuchar sus historias.

–Y entonces Milan, ¿cómo están tus mapuches?– le preguntaban.

Milan tragaba aliento, ese tono condescendiente lo irritaba.

–Gracias por preguntar, los mapuche están bien. Estamos trabajando en la cosecha.

Él siempre tomaba la precaución de enfatizar ‘mapuche’ en su forma singular, le disgustaba cuando se añadían los finales checos a esa palabra. Sin embargo, en esta ocasión no hubo ni profusa bienvenida y a nadie le importó nuestra llegada desde el sur. Los funcionarios pasaban apurados y cabizbajos, llevando papeles, carpetas y sobres, dando la impresión de estar muy ocupados. Milan necesitaba un timbre para un certificado que requería el museo que era su empleador en Praga. Nos mandaban de una oficina a otra, tratándonos y tratándose entre ellos todo el tiempo de “compañero” o “compañera”. En apariencia, los nombres de bautismo habían quedado obsoletos. Al embajador anterior, que había cocinado *gulasch* y bebido vino tinto con Milan, lo habían revocado y había alguien nuevo en su lugar. Nadie lo conocía y era objeto de múltiples rumores. Al parecer, se había educado en Moscú, para graduarse después en una academia especial de cuadros instalada por el Partido Comunista en Praga obteniendo así el nivel de formación requerido para tal puesto gubernamental. El burócrata que por fin trató nuestro caso fue simplemente la peor persona con la que podíamos habernos cruzado en la vida. Se llamaba Miroslav Vladyka y ocupaba el cargo de segundo secretario en la embajada. Era una persona de tal flexibilidad moral y política, que se las había arreglado hasta ese momento para adaptarse a todos los cambios ocurridos en la dirección estatal. Su sola presencia era un signo del endurecimiento de los métodos que se estaban aplicando en la embajada.

Vladyka nos condujo a su oficina, separada de la biblioteca por dos grandes puertas de roble abiertas. Tal vez en ese minuto no tenía nada que hacer y por eso decidió someternos personalmente a un chequeo político. Nos sentamos y le ordenó a su secretaria tres tazas de café. Vladyka se explayó entonces en un discurso acerca de las nuevas medidas que el Partido Comunista había tenido que tomar para recuperar la autoridad perdida. Comenzó declarando que ningún país podría salir ileso si se permitían la desorganización y falta de liderazgo que se habían visto durante los dos últimos años en Checoslovaquia en nombre de la “democratización”. Escupió la palabra como si fuese una fruta podrida.

–Compañeros, se hizo un daño incalculable no solo a la economía, sino más crucialmente, a las relaciones sociopolíticas que manteníamos con nuestros aliados –se lamentaba el pobre Miroslav Vladyka mientras la brillante calva de su coronilla parecía reflejar todas las ansiedades del Bloque Oriental–. Nos tomará al menos otros quince años volver adonde estábamos antes de Dubcek y su pandilla traicionera. ¡Y no sé si va a ser posible sin recuperar primero la confianza de nuestros aliados! ¿Creerían ustedes que ese traidor de Hajek haya tenido el descaro de requerir la neutralidad de nuestro país ante la ONU? ¿Pueden imaginarse una desgracia así?

Limpió el sudor de su frente y sus ojos brillaron súbitamente con un destello malicioso cuando los volvió hacia mí.

–Pero tú debes saber todo eso, ¿no es cierto compañera?, tú estabas allá en ese momento, ¿no?

Habiendo sido educada en un régimen socialista, yo era capaz de sostener su astuta y malévola mirada, lanzada hacia mí desde unos desvaídos ojos azules incrustados en la típica cara rolliza de un oficial del partido. Refrené la lengua, no valía la pena defender a Alexander Dubcek, el mayor representante de las reformas democráticas, ni a Jiri Hajek, diplomático y hasta el año pasado ministro del Exterior, ambos comunistas. Suspiré para mis adentros. ¡Qué hombre más repulsivo... qué desagradable debe ser para su esposa aguantarlo en casa y compartir la cama con él! ¿No habrá considerado alguna vez la compañera de Vladyka que es un precio demasiado alto a cambio de vivir en el extranjero?

Al no ver la más mínima expresión de afabilidad o defensa de mi parte, el compañero Vladyka optó por una táctica diferente y se mostró ahora extremadamente interesado en nuestra vida lejos de la civilización. Dadas todas las incomodidades a la que una ciudad del tercer mundo como Santiago era proclive, apenas podía imaginarse las privaciones que debíamos estar pasando en el salvaje sur. Milan no se dejó llevar por la discusión en torno a los diferentes niveles de atraso que había entre la capital y las provincias sino que se contentó con señalar que el lugar era ideal para su trabajo, que ya había aceptado un puesto como profesor en la Universidad de Concepción y además había recibido una oferta similar por parte de la Universidad de Chile. Pero Vladyka no permitió que lo sacaran de su ruta y llevó de nuevo la conversación a Cholchol y, ¡oh sorpresa! a la misión religiosa norteamericana.

–Por favor, excusen mi ignorancia, pero todo lo que yo sé de los sacerdotes es que tratan de convertir a la gente a su fe, algo nada agradable, para decirlo en una palabra– estiró pensativamente su labio superior–. ¿Estoy en lo cierto al decir que sus misioneros norteamericanos son tan avanzados que incluso tienen un Land Rover?, porque mi impresión era que los misioneros montaban mulas –dijo con una risita disimulada–, pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Tienen televisión? ¡Qué!, ¿solo radio?, ¿no tienen un televisor? Pero estoy seguro de que deben tener tecnología avanzada en la Misión, si no, ¿cómo podrían llamar a

su país en caso de una emergencia, visto que están en medio de la jungla?, ¿no tienen? Pero yo sospecho que sí y que no te han dicho. Creo que voy a tener que ir y verificar por mí mismo –agregó Vladyka con decisión– ¡Me gustaría conocer a unos verdaderos misioneros de los tiempos modernos!

Y así nos dejó en claro que estaba perfectamente al tanto de nuestros contactos con Maryknoll. Era evidente que nuestra relación informal con los norteamericanos había sido escrita con rojo y subrayada varias veces en nuestras carpetas. Solo el tiempo diría cuándo decidirían usar esa información en contra nuestra.

El compañero Vladyka pasó a enfocarse ahora en un problema que, en apariencia, le preocupaba mucho: la educación de nuestros hijos. Nos recordó la normativa que exige que los hijos de ciudadanos checos deben ser educados únicamente en escuelas socialistas, en razón de lo cual nuestros niños deberían asistir o a la escuela de la Embajada o a una escuela soviética. Toda apelación a ese instructivo se debía realizar por anticipado, y las posibilidades de modificación en favor nuestro eran mínimas. Vladyka sabía muy bien que Peter cumpliría seis años en noviembre y que tendríamos que decidir entre enviarlo de vuelta a casa para dejarlo a cargo de nuestros parientes o solicitar el retraso de su ingreso a la escuela. En este punto yo tenía una base firme para replicar, porque sabía que, en conformidad con las últimas directrices emanadas del Ministerio de Educación, los niños podían recibir en su hogar la formación correspondiente a los dos primeros años de escolaridad, luego ser examinados y, en función de los resultados, ubicados en los colegios apropiados. Obviamente omití el hecho que los niños ya estaban asistiendo a la escuela del pueblo. Vladyka sacudió su cabeza expresando duda y pronosticó que esas disposiciones serían revisadas muy pronto por el nuevo régimen. Era obvio que su mente estaba ocupada en otra ruta de ataque, así que aguardó su momento hablando superficialidades. Haciendo ver mi fastidio, me levanté y comencé a dar una ojeada a los libros de las estanterías. Solo quedaban las *Obras completas* de Marx, las de Lenin y las biografías de dos últimos presidentes comunistas. Varios huecos vacíos daban testimonio del reciente proceso de purga literaria. En el apartado “ficción” solo se veían las inofensivas novelas de Jirasek, Drda, Majerova, Rezac y literatura que celebraba a los héroes soviéticos de la posguerra.

–¿Y creerías tú, compañero Stuchlik, que a pesar de la innegable amenaza de la contrarrevolución, lo que sucedió en 1968 fue de todas maneras muy valioso, de hecho, valiosísimo?

Podía sentir el entusiasmo malicioso de Vladyka a mis espaldas. Milan estaba sentado en silencio, fumando y carraspeando de vez en cuando.

–¡Ciertamente! ¡Por fin, tras veinte años, el partido descubrió quiénes eran leales y quiénes lo protegerían en sus horas de máximo peligro frente a ataques cobardes y alarmistas, aquel trance además sacó a luz a nuestros enemigos! –balduceaba el secretario–. Debimos señalar con el dedo a los grandes revisionistas y ahora sabemos que no había traidores en la clase trabajadora. No, ¡fuimos traicionados por la *intelligentsia*! No por la *intelligentsia* nueva de los trabajadores,

sino por los intelectuales, los remanentes de la burguesía que han profitado de los privilegios que nuestro país de forma tan libre otorga a escritores y artistas. ¿Y adónde llevó toda esta indulgencia? ¡Apuñalaron a su madre en el corazón y mordieron la mano que tan generosamente les daba de comer!

Alcé mis ojos del libro que tenía entre manos. ¡Ese hombre estaba agitado al punto de sufrir un ataque al corazón! Miroslav blandía ahora sus brazos con dramatismo.

–¡Fueron los rusos, una vez más, quienes vinieron en el momento postrero a ayudarnos a derrotar la contrarrevolución! En verdad no podría decir qué fue históricamente más significativo, si la ayuda que la URSS nos dio en nuestra lucha contra el fascismo o aquella que recibimos para destruir a las serpientes que vivían en nuestras propias filas. ¡Ahora será muy fácil deshacerse de todos los traidores que simulaban ser fieles al partido abrigando solo fines egoístas!

Milan respondió, aséptico, que carecía de toda información al respecto, por cuanto jamás había militado en el partido, había estado muy poco tiempo en Checoslovaquia el año pasado y solo había podido observar los acontecimientos a la distancia. Pero, vistas las cosas en conjunto, opinaba que los conflictos ideológicos no eran tan serios como para que no se hubiesen podido resolver sin la intervención soviética que, según su juicio, había sido una reacción desproporcionada, inútil e inoportuna tanto para los checos como para los soviéticos, sobre todo ante la propuesta Conferencia Soviético Norteamericana de Reducción de Armamento.

–Usted debería considerar el contexto global –continuó Milan– no se trata de una simple cuestión de causa y efecto, de una respuesta a conflictos internos. Usted debe tomar en cuenta cómo una respuesta semejante aparecerá ante los ojos de la gente común y corriente de todo el mundo.

El compañero Vladyka pasó entonces a dilatarse en una defensa entusiasta de la intervención soviética, pero ya se estaba dando cuenta de que sus tácticas para infundirnos miedo no estaban dando resultado. Todavía no podía encontrar un punto débil que explotar. Amaba la sensación del poder y le fascinaba descubrir el lado vulnerable de las personas, jugar con sus temores e incertezas era su pasatiempo favorito. Pidió otra ronda de café, demostrándonos con ello que su discurso no había terminado y que nuestra entrevista distaba mucho de estar cerrada. Se acomodó en el sillón, se soltó el nudo de la corbata y desabotonó el primer botón de su camisa, habiendo solicitado primero artificiosamente mi permiso. Asumiendo ahora la expresión de un interrogador amigable, Vladyka continuó:

–Entonces Milan, ¿no te molesta que te llame Milan, no?, ¿qué es con exactitud lo que andas estudiando en el sur? –sonrió dándole aliento.

Entretenido, Milan levantó sus cejas.

–Te vemos muy poco acá en Santiago, ya que raramente viajamos; bueno, tú te das cuenta que con la cantidad de trabajo que hay aquí... ¿Es una especie de etnografía la que estás haciendo? El otro día, en una recepción, estábamos conversando acerca de ti con gente de la universidad y ellos decían que eras

antropólogo. ¡Nunca nos contaste que te habías venido a Chile a medir cabezas de indios! Tenía la impresión de que estabas estudiando sus costumbres, danzas, vestimentas. Al menos eso era lo que nos había dicho el embajador anterior...

–Hago algo parecido –respondió Milan–. Medir cráneos es oficio de un antropólogo físico y esa no es mi tarea, sino lo que en Europa llaman “etnología”. Cuando fui a Moscú en 1963, para la Conferencia de Etnología... –Milan se detuvo para que decantara esa información– ...sus participantes eran también los principales antropólogos sociales y culturales y etnógrafos de Occidente.

A continuación explicó la diferencia entre los métodos de trabajo utilizados por sociólogos y antropólogos sociales y agregó una visión general de lo que eran las ciencias sociales. El compañero Vladyka escuchó la exposición como si el único deseo de su vida fuese aumentar su conocimiento, pero al mismo tiempo preparaba una pregunta capciosa:

–Perdona mi ignorancia, en verdad sabía muy poco de etnografía, lo que yo estudié fue leyes, pero, lo que realmente quería saber, como un simple hombre checo de la calle, es lo siguiente: ¿por qué necesitamos conocer las costumbres de los africanos, indios o esquimales? Perteneciendo a un pequeño Estado sin aspiraciones imperialistas, lo que pueda interesarnos acerca de los nativos del mundo puede ser descrito sin duda por un viajero cualquiera. ¿Para qué pasar un año entero en semejante estudio intensivo a expensas del Estado?

Cerré de golpe el libro y tragué saliva. Vladyka había dado por fin con el punto débil de Milan: su repugnancia a los idiotas en puestos de mando, a los demagogos inveterados y a los vagos indolentes que preguntaban con displicencia “¿y para qué sirve?”, parapetándose a la vez bajo la fachada del “hombre de la calle”, que en el fondo representaba toda la estrechez mental de los prejuicios de Vladyka. El puntillismo ideológico era algo que por lo general dejaba frío a Milan –de hecho lo aburría– pero ahora estaba a punto de reaccionar de manera agresiva. Para alguien como Vladyka, la antropología era ciertamente una pérdida de tiempo, tal como lo eran las matemáticas puras, la filosofía cartesiana, la ecología, la genética, la cibernética, la termodinámica, la astrofísica, la biología marina y la crianza de aves y serpientes exóticas. Al menos eso era lo que le habría gustado responder, para agregar que el compañero Vladyka podía descansar tranquilo, que los nativos de Borneo, hasta donde sabía, tampoco mostraban ningún interés por aquellos tópicos y sin embargo se las arreglaban lo más bien para sobrevivir. Por otra parte, existía el real peligro de que el compañero Vladyka perdiera el apetito por su asado y cerveza del domingo si, de improviso, se veía forzado a realizar cualquier tipo de hazaña mental, ino lo quiera Dios!, que ensanchase sus horizontes. Pero Miroslav podía descansar en paz, el campo de trabajo de Milan entre los mapuches no lo afectaría en modo alguno.

Por fortuna, la bomba verbal de Milan no alcanzó a detonar porque justo en ese instante entró alguien a la sala. Lo hizo sin golpear, se acomodó en mi sillón y dijo satisfecho:

–Vaya, iqué agradable y cálido está hoy!

Vladyka se puso visiblemente nervioso. El recién entrado que, sin querer, había impedido el estallido sarcástico de Milan era Hrabal, el encargado de personal. Sonriendo de oreja a oreja como un mono, bebió los restos de mi café frío, se desabotonó su camisa hasta pecho descubierto y se soltó el primer botón de sus pantalones. Luego comenzó a jugar con un rollo de papel higiénico vacío que se puso en los ojos como si fuera un catalejo para mirarnos a través de él, enfocándolo sobre cada uno de nuestros rostros. Luego de un momento, Hrabal se mostró aburrido y lo dejó a un lado. Con una radiante y cándida sonrisa comenzó a cavilar:

—Lo que tenemos aquí parece un tubo ordinario de cartón. Carece de nombre y se bota cuando el papel se acaba. Lo encontré hoy en los baños. Nadie lo echaría de menos, nadie lo quiere. ¡Es realmente una lástima! Por cierto, no tienen la menor idea cuán útil es este artilugio.

Lo llevó de nuevo a su ojo y, apuntando esta vez directo a la grasosa cara del compañero Vladyka, finalizó en un tono serio:

—Es el instrumento perfecto para aislar un huevón en el espacio.

Milan todavía se convulsionaba de gozo cuando narra la historia en casa de los Knakal después de la cena.

—¡Casi me caí!, ¡no podía creerlo! Era la primera frase coherente que le escuchaba al tipo, ¡y qué frase! Se trata de un genio, de un verdadero pensador original. Siempre había creído que se hallaba en las fases finales de la demencia y ¡saz! que saca esa perla milagrosa.

Los Knakal y los Matula estaban encantados escuchando la humillante experiencia de la cual no se pudo librar el pobre Vladyka. La mirada dura y los ladridos que dirigió a Hrabal resbalaron sobre el encargado de personal como el agua sobre las plumas de un pato. Simplemente le hizo un guiño y se dio unas palmaditas en la frente.

Después, donde los Knakal, nos contaron una historia notable acerca de Hrabal. Fuerte como un toro, era un muchacho del campo que provenía de la fértil provincia de Moravia. Hasta pocos meses atrás, el encargado de cuidar la fidelidad de los cuadros políticos había sido el hombre más temido de la embajada. Siendo joven, el partido lo había encontrado y reclutado en su humilde casa. Luego de quitarle el barro y la paja, le había augurado un futuro promisorio. Fue educado en las escuelas especiales del partido y, durante su intensiva formación, sus maestros insistían en la mucha confianza habían puesto en él y cuánta responsabilidad se le otorgaría si dedicaba sus servicios al partido. Su primera destinación fue la Embajada de Checoslovaquia en Santiago, donde consumía su tiempo paseándose por los corredores como una especie de minotauro vengativo, acechando detrás de las puertas, violando la correspondencia de terceros, abriendo las oficinas con sus propias llaves al final del día y revisando en detalle las carpetas una por una. También le gustaba irrumpir sin ser anunciado cuando los oficiales estaban recibiendo visitas de los chilenos. Nadie sabía cuánto español podía comprender, ya que jamás se le había escuchado decir una palabra en ese

idioma. Incluso su checo era bastante limitado, lo que se atribuía a las carencias sufridas en su infancia. Esta campaña de espionaje había provocado poco a poco una sensación de manía, de persecución, entre los trabajadores de la embajada, a quienes solo unía el odio común contra el Encargado de Personal. Hrabal pasaba horas escribiendo copiosos informes acerca de cada uno de los empleados que, luego de sellados, enviaba por valija diplomática al Comité Central del partido en Praga. Pero un día, este ejemplar e incondicional miembro del partido se reveló como un ser de carne y hueso tras ser herido en un choque automovilístico. Fue llevado al hospital con un TEC abierto. Aunque todas sus heridas e incluso su fractura sanaron, Hrabal salió del hospital convertido en otra persona. Volvió a entrar a las oficinas al término de la jornada de trabajo, pero ya no espiaba sino que hacía bromas caprichosas y descabelladas. Slama, el jefe de contabilidad, se desesperaba porque Hrabal agregaba ceros y otros números al azar a sus cuentas, arruinando así el reporte financiero en el cual el pobre hombre había trabajado día y noche durante toda la semana. Hrabal, habiendo de pronto recordado frases de conversación en su gracioso dialecto moraviano, flirteaba ahora descaradamente con las secretarías y las esposas de los diplomáticos, agarrándolas de la cintura, pellizcándoles el trasero y riéndose con procacidad cuando, de un palmazo, le apartaban las manos. Las cartas oficiales aparecían a veces con comentarios chistosos agregados por él e, incluso, se daba el lujo de firmar por el embajador cuando encontraba la oportunidad. En suma, el vigilante de los cuadros políticos, otrora demonio vengador y azote de la embajada, se había convertido en una mera molestia de la que todos deseaban deshacerse lo más rápido posible. Y más que nadie, el pobre compañero Vladyka, quien se apresuró terminar nuestra entrevista aquella tarde.

El fin de semana siguiente, nuestra reunión de la comunidad checa se trasladó a Algarrobo. El sol llameaba contra las rocas y la arena dorada. Música y risas brotaban de las lujosas villas de jardines subtropicales que pasaban todo el año en flor mientras los veleros de deslizaban con elegancia en el horizonte. Pero aun aquí no había descanso, ya que seguían los debates y las discusiones. A mayor cantidad de botellas de vino vacías, mayor el número de preguntas sin respuesta. Por ejemplo, ¿qué era lo que había convertido a Vladyka en tan ferviente partidario de las políticas posinvasión y lo había conducido a esas interminables arengas a la lealtad al partido y al gobierno?, ¿por qué despoticaba frases que ninguno de nosotros creía y, menos que nadie, él mismo? En opinión de Honza era obvio que Vladyka estaba aterrado porque sabía, probablemente mejor que todos, que las cosas iban a empeorar. Y también sabía que Milan y yo nos alojábamos con los Knakal. Su diatriba política estaba dirigida a todos los checos que vivían en Santiago, era su modo de pasar la información de que no podían contar con su apoyo y que de aquí en adelante cada uno debía velar por sí mismo.

—Él no me iba a venir a mí con sus disparates, porque sabía que lo habría enviado a freír espárragos. El año pasado solía venir a casa como cualquier otro

y nadie tenía que andar vigilando lo que decía, ¡ni siquiera él mismo! Su circunspección es un modo de decirnos que negará todo, que los va a hundir a todos y que los demás lo tienen sin cuidado. Bueno, ¿y qué tiene eso de nuevo?

Honza se bebió un trago directo de la botella y fue a voltear la carne a la parrilla. Poco después llegó Tomas Frejka y su esposa Vera con las noticias de que pronto quedarían sin validez todos los permisos de viaje otorgados por el gobierno anterior y que las solicitudes para conseguir los nuevos deberían ser realizadas de forma individual y en persona ante las autoridades de la nueva administración. Por supuesto, no había ninguna garantía de que los permisos fuesen otorgados. Esta nueva reglamentación se extendía también a nosotros. Cada checo necesitaba en su pasaporte el timbre con el permiso de viaje. Otra novedad, la más deprimente de todas, que transformó el fin de semana en un encuentro taciturno y desasosegado: La frontera checoslovaca había sido de nuevo clausurada al punto de que ni siquiera un ratón podría escapar. Todos los aviones que habían despegado la noche anterior fueron forzados a regresar y los pasajeros devueltos a sus casas sin pasaporte y ninguna esperanza de poder viajar otra vez a Occidente. Tal como lacónicamente lo comentó Ivan: “bajaron las puertas de la jaula”. El gobierno, de un plumazo, había suspendido todas las visas para embajadas extranjeras. Era oficial. Nadie podía dejar el país. El nuevo cierre de fronteras confirmaba el comienzo desastroso de nuevas y estrictas medidas políticas.

Ese día en Algarrobo, Honza declaró que, sin importar si pasaba o no el interrogatorio político en la embajada, él no regresaría a Checoslovaquia. Maruchka lloró mucho durante la noche.

—¡Mi padre acaba de sufrir un ataque al corazón, si no regresamos este año para las vacaciones, puede ser que jamás volvamos a verlo!

Honza replicó, molesto, que ellos tenían dos hijos y que lo que debía primar era la consideración del futuro de ellos. Maruchka se resignó, pero todavía sollozaba en mis brazos lamentándose que jamás volvería a ver a su madre, hermanos, sobrinos, sobrinas ni su casa de Praga o su cabaña campestre en Slapy.

Los Matula, por otra parte, habían decidido volver, pero surgió un pequeño problema. “Hogar” significaba para Helen el lujoso departamento de sus padres frente a la ribera del río Moldava en Praga, mientras que para Ivan significaba un barrio residencial en Mlada Boleslav, cerca de su querida Skoda. Esto condujo a una áspera discusión, no la primera y sin duda no la última de su candente matrimonio. Por último, Ivan partió a enfurruñarse a la cocina con una botella de cerveza mientras Helen corrió a la playa a buscar a los niños. Solo los Frejka parecían no tener problemas en adoptar una decisión conjunta. El vino había soltado la lengua de Tomas y nos dijo exactamente qué había significado para él la represión del régimen comunista checo en los años cincuenta.

—Vamos a casa —le susurré a Milan al oído en la terraza.

Asintió y apretó mi brazo. Nos despedimos al día siguiente y regresamos al único sitio que podíamos llamar nuestro hogar: Cholchol.

CONCEPCIÓN

Concepción, la bella, se considera a sí misma la más interesante, refinada y próspera ciudad que pueda haber al sur de Santiago, si no es que en todo Chile. Jamás descansa en sus esfuerzos para convencer al resto del mundo de su perfección. La ventaja que tiene sobre la Capital, extendida en un valle sofocante, es ceñir la boca del río Biobío y disfrutar de un grato clima costero siempre que no soplen los vientos del sur, trayendo el polvo y el olor de las fundiciones y minas de carbón de Lota y Coronel.

Después de regresar de Santiago a Cholchol comenzamos nuestros viajes quincenales a Concepción y fue allí donde redescubrí qué significa vivir en una ciudad de verdad. Apenas llegamos, Milan voló a la universidad para comenzar con su maratón de clases, tutorías y reuniones, y yo me fui de lo más contenta a explorar esta metrópolis sureña. Residíamos en un hotel propiedad de la universidad y no solíamos vernos sino hasta el final del día, cuando nos acogían los cristales abovedados del jardín de invierno de un elegante café. El resto de las noches transcurría con amigos y colegas que, a todas luces, no tenían ninguna necesidad de dormir. Se trataba de un grupo grande, algunos de ellos bastante jóvenes. A menudo era muy difícil distinguir entre profesores y alumnos. Todos, con entusiasmo desbordante, tendían a expresar abiertamente sus opiniones acerca de cualquier tema. Se bebía mucho, en especial vino, y los debates —la mayoría acerca de política y en los que no pocas veces se gritaba hasta la ronquera— eran interminables y acalorados. Esta experiencia era nueva para mí y me costó un tiempo acostumbrarme. En mi patria, exceptuando aquel año memorable de 1968, jamás se hablaba de política. En un estado totalitario es un asunto que carece de sentido y de toda utilidad para la vida diaria. Aquí, por el contrario, daba la impresión de que era el único tópico de discusión posible. Se debatía acerca de quién podía ganar la próxima elección, quiénes estaban en huelga, qué se había ventilado el día anterior en el Congreso, qué había salido en los diarios y qué es lo que los demócratacristianos, los socialistas y la derecha estaban ocultando bajo la manga. Todos pertenecían a un partido, movimiento o agrupación y estaban dispuestos a poner la cabeza con tal de salvar su integridad política o a cortársela a cualquiera que cuestionara su fervor. Tan pronto un muchacho o una muchacha nada más sintiera que su organización política lo hubiera decepcionado, de inmediato entraba a otra o simplemente fundaba una nueva.

Chile, como la mayoría de los países democráticos, estaba configurado por tres tercios: derecha, centro e izquierda. El partido que estaba en el poder en 1969 era el Demócrata Cristiano que, en ese tiempo, era una agrupación de centro inclinada hacia la derecha. Pese a ello, los partidos fuertes de derecha y de izquierda ya estaban afilando sus espadas para entrar en la arena de las próximas elecciones presidenciales, programadas para el año entrante. Se lo estaban tomando muy en serio, ambos bandos parecían decididos a vencer. Mientras el Partido Nacional, que era el principal partido de derecha, albergaba solo la facción extrema Patria y Libertad, la izquierda estaba conformada por la mezcla de un gran número de partidos, grupos y facciones cuyo núcleo eran los socialistas y los comunistas que, junto a otras seis pequeñas agrupaciones de izquierda, dieron cuerpo a la Unidad Popular. Pero también había otros movimientos que eran considerados, en general, como de extrema izquierda. El principal era el MIR. Las personas con que nos topábamos en nuestros debates en Concepción solían ser o miristas acérrimos o tibios. Estando el núcleo de la militancia formado por estudiantes, no era extraño que las universidades se hubiesen vuelto su lugar favorito.

¿Cómo lucían esos malvados revolucionarios de extrema izquierda? Como gente común y corriente, siendo en general jóvenes muy bien aseados. Los unía su entusiasmo político y su ingenuidad, aunque debo agregar que me pareció un poco chocante su manera intransigente de ver el mundo y la vida en blanco y negro. Con los dedos amarillentos de nicotina, fumaban un cigarrillo tras otro mientras bebían vino o Cuba Libre, apoltronados en el suelo, indiferentes al tiempo y siempre listos para cambiar de lugar cuando el debate se volvía aburrido. Y no eran solo hombres los que planeaban la gloriosa revolución. En aquellos círculos intelectuales no había en absoluto discriminación de género. Las mujeres estaban más que dispuestas a mantener su posición durante las discusiones con sus hermanos, parejas, amigos o maridos. Vociferaban con la misma intensidad y se cambiaban a voluntad de lugar y de compañero. A menudo llegaban a un franco enfrentamiento, se levantaban echando palabrotas y efectuaban una salida dramática, pegando un portazo, lo cual usualmente ocurría cuando percibían que no se había otorgado la debida consideración a su punto de vista. Una brecha inconmensurable separaba estas seguras y sofisticadas muchachas urbanas de las que vivían en el campo. Las estudiantes de Concepción, bien alimentadas y retocadas con cosméticos de los más caros, eran estupendas. Su contraparte masculina holgazaneaba con jeans ajados y raídos para indicar que no quería impresionar a nadie. Las mujeres, al contrario, exhibían sus largas y esbeltas piernas luciendo las minifaldas más cortas que se pudiera imaginar. Lo que vinculaba a esos privilegiados jóvenes mimados era el pertenecer a la misma clase social y a la vasta red de parientes, amigos y vecinos que compartían. En aquellos tiempos, sin embargo, querían hacer creer que esas conexiones eran irrelevantes. Lo único que les importaba, cuando estaban repartidos por el suelo, era romper con sus raíces burguesas y destruir la clase social de la que provenían. En el método estaban todos de acuerdo. El primer paso para lograr su meta común consistía en

liberar a las clases trabajadoras oprimidas del yugo imperialista y de las garras de la burguesía nacional y luego, tras una revolución victoriosa, conducir las hacia su anhelada meta: el socialismo.

La primera vez que me acomodé sobre la alfombra plagada de manchas de vino, quedé sorprendida de lo acogedores que eran. Después de las experiencias sufridas por Milan, yo me esperaba una mesa, una silla plástica y una ampollita pelada dándome en la cara. Por el contrario, eran simpáticos y curiosos y nos veían como enciclopedias ambulantes de la doctrina marxista leninista puesto que todo el mundo sabía que en la Unión Soviética y en los países de Europa Oriental el marxismo era materia obligatoria en todas las escuelas. ¡Qué afortunados éramos! Imagínate que habíamos tenido la suerte de recibir una doctrina marxista sistemáticamente enseñada bajo la tutela de profesores expertos. Los jóvenes estudiantes chilenos no podían ocultar su envidia frente a las ventajas académicas ofrecidas por la educación socialista. Se quejaban con amargura del trabajo que habían tenido que imponerse, de las dudas con las que habían luchado y sobre todo de cuán difícil había sido esconder, especialmente de los padres, su esfuerzo para descifrar a los clásicos de la revolución. Pese a ello, todos terminaron por aprender acerca de los héroes de la lucha proletaria en sus pequeños grupos de estudio y lo único que deseaban era llevar la teoría de la lucha de clases a la práctica. Ansiaban saber cómo aplicar este recién descubierto conocimiento a sus vidas, al desarrollo político global y cómo alterar su propia anticuada visión del mundo para reemplazarla con la perspectiva del “Hombre Nuevo”. Esos chicos buscaban respuestas a preguntas que les habían quitado el sueño y se volvían a nosotros con una confianza conmovedora. Un muchacho de pelo oscuro, y con anteojos todavía más oscuros, me preguntó si yo advertía las similitudes que había entre la situación actual de Chile y la de Rusia entre Febrero y Septiembre de 1917.

–Trotsky escribió acerca de ello en su *Historia de la Revolución Rusa* –agregó para ayudar a mi memoria.

Esto me colocó en una posición incómoda. Si respondía con toda honestidad que el rol de Trotsky en la Revolución Rusa no estaba incluido en los cursos de marxismo de Europa del Este y que lo que yo sabía acerca de él era que simplemente había sucumbido bajo los formidables nubarrones con que la ortodoxia lo sofocó, habría matado de entrada la conversación. Le dije entonces, muy diplomática, que no conocía lo suficiente acerca de la situación actual de Chile como para confirmar su hipótesis. Milan, por el contrario, jamás rehuía un debate. Con chispas maliciosas en los ojos, decidió decir unas cuantas verdades a esos chicos consentidos que jugaban a ser revolucionarios. Con falsa inocencia para despistar, les preguntó si conocían esa parte de la historia de la Unión Soviética en que Stalin se quedó con el poder enviando a Trotsky al exilio y, devorado por el odio y los celos, mandó a uno de sus agentes a México a eliminarlo. Claro, todo el mundo conocía el trágico fin de Trotsky, asesinado con un piolet.

–Entonces, ¿cómo se les puede ocurrir –continuó Milan– que después de eso se iba a enseñar la obra y las teorías de Trotsky en la Unión Soviética y en los

otros países socialistas? Él había sido condenado como un contrarrevolucionario peligroso. A partir de los años treinta se suprimió su nombre y su obra como si él nunca hubiese existido. En la historia de la Unión Soviética no jugaba ningún rol y para las generaciones nuevas era totalmente desconocido –concluyó.

Se produjo un silencio de muerte al que siguió de inmediato un cacofónico estallido reprobatorio de los estudiantes. Por supuesto que los miristas estaban bien al tanto del papel que había representado Stalin en ese infausto asunto, pero eran incapaces de relacionarlo con la situación actual. Se resistían a creer que la Unión Soviética hubiese tratado de erradicar, falsificar o de cualquier modo influenciar el curso de la revolución, de ese paso supremo que estaban dando en la historia; no solo en la suya, sino en la historia global del movimiento proletario. Después de todo, ¡aquellas teorías habían sido el más significativo punto de inflexión que podía aplicarse al resto del mundo!

Ése reciente ejemplo de manipulación histórica condujo a Milan a explayarse acerca de la historia vista como un todo. Propuso que la “historia” como tal no existe. Un número de eventos singulares, dígame hechos, no hacen historia. Esta, tal como la entendemos, depende de cómo están conectados aquellos hechos, de cómo la gente escoge lo que considera importante y cómo lo relaciona con otros eventos según cadenas de causa y efecto. Este proceso se halla determinado por el tiempo y lugar en que acaece, y la historia que emerge es la que apoya la ideología dominante. El comportamiento humano es, en gran medida, racional y sujeto a leyes, por lo tanto, crear una historia con el fin de cimentar y fortalecer los objetivos políticos y sociales del momento, debería ser considerado como un empeño lógico esperable. En suma, la “historia” no es algo legado desde arriba, ni un fenómeno natural, ni tampoco una verdad irrefutable, sino que está propensa a cambio, tal como cualquier otro elemento cultural. La simple verdad es que “no hay historia en sí misma sino únicamente su interpretación”. Se trata de una tarea de suma creatividad y es, en consecuencia, subjetiva.

Se desató una batahola feroz. Hegel, Marx, Durkheim y Weber fueron arrojados al *ring*. Milan, en su elemento, repelía la lluvia de golpes y preguntaba a los estudiantes:

–¿Por qué ustedes, de entre todas las figuras disponibles, escogieron a Trotsky, el eterno revolucionario? La respuesta es obvia: porque les era más útil en términos de su meta final, de promover una revolución internacional proletaria. ¡Mejor él que algún social demócrata rastrero, canoso y plagado de dudas!

Algunos de los estudiantes que me rodeaban sentados en el suelo nos instaban a admitir que todavía leíamos a Trotsky en secreto, en los altillos, iluminándonos bajo las frazadas, y que hacíamos circular entre nosotros copias ilegales de sus escritos. Después de todo, ¡esos eran los pensamientos del último mártir revolucionario! Si Stalin no se hubiera desecho de Trotsky, la Unión Soviética hoy sería un país diferente. Tuve que desilusionarlos de nuevo. Les dije que en Checoslovaquia nadie estaba interesado en la historia revolucionaria. Muchos dudaban de que siquiera hubiera habido una revolución y otros clamaban a Dios

por que ojalá jamás hubiese ocurrido. En la escuela se nos examinaba acerca del marxismo, en la versión oficial. Una materia tan aburrida como todas las otras. Se desalentaba la discusión. Cualquiera que se atreviera a insinuar alguna pregunta corría el riesgo de ser acusado de revisionista. Quería explicarles, con términos más simples que los que Milan estaba usando al otro extremo de la sala, cuán rígida se había vuelto la ideología en Checoslovaquia, pero, al igual que él, percibía una atmósfera de alienación total. Esos jóvenes activistas habían nacido y crecido en un país democrático y con libertad de palabra sin límites. Era imposible que comprendieran lo que estaba tratando de comunicarles. Intenté describir entonces la deprimente opacidad de nuestras vidas: las injusticias y falta de libertad, la ausencia total de oportunidades y de información, la distorsión y ocultamiento de los hechos y el poder absoluto ejercido por el Partido Comunista en todo el país y sobre cada persona. Les hablé del miedo tenaz y asfixiante de sufrir una acusación de traición o revisionismo que podía llevar a la cárcel o al patíbulo, de los bozales que poníamos sobre los rostros de nuestros hijos cuando los enviábamos a su primer día de clases, para que comprendieran que una cosa era lo que se decía en casa y otra lo que se decía en público y que la manera más segura de transitar por la vida consistía en mantenerse en la mediocridad y fundirse en la masa. La sospecha y el resquemor seguían los pasos de cualquiera que fuese un poco diferente, la orden del día era la uniformidad gris y, sobre todo, el eludir toda provocación. Y lo peor era que se nos negaba el más básico de los derechos, aquel que incluso reconocen los Estados políticamente más represivos: “¡Lárgate si no te gusta!”. Les explicaba a mis jóvenes oyentes que era imposible obtener permiso oficial para abandonar Checoslovaquia, Alemania Oriental, Polonia o la Unión Soviética. Las fronteras se hallaban clausuradas y vigiladas, nadie podía salir al extranjero sin firma y timbre especial en el pasaporte. No tengo idea de dónde me venía toda esa desacostumbrada elocuencia. Quizá fuera el vino que me había desatado la lengua y me había permitido, por primera vez en la vida, expresar lo que opinaba acerca de la situación política de mi país en una lengua extranjera; o tal vez fuera la gloriosa libertad de Chile, la mirada de ideas políticas que fluían a lo largo de ella y, sobre todo, el modo en que cada uno daba por descontado su derecho a expresar sus pensamientos y convicciones, lo que me había llevado a la dolorosa comparación con la lóbrega y amarga atmósfera que impregnaba todos los aspectos de la vida en Checoslovaquia; ¿o era el miedo lo que me impulsaba? Quizá quería advertirles que podían perder todo aquello que asumían como el más natural de los derechos.

Sea como sea, si alguno piensa que esos estudiantes entendieron de verdad mis preocupaciones y opiniones acerca de las ventajas de su propio sistema social y político en comparación con el nuestro, se engañaría miserablemente. Este estaba demasiado alejado de todo lo que pudiesen saber o creer. Mis palabras cayeron en oídos sordos. Choqueados por lo que acababan de escuchar, su veredicto final fue el siguiente: “¡Su país perdió la revolución y ustedes pervirtieron el socialismo!”. Otros decían que la revolución había sido exitosa, pero que

nuestra vía al socialismo había sido corrompida por los métodos de producción asiáticos o por el capitalismo de Estado. También llegaron a la conclusión de que la Unión Soviética estaba ejerciendo una forma de socioimperialismo y que nosotros éramos sus víctimas. Esto no me produjo ninguna sorpresa. Habiendo ellos examinado y clasificado mi vida, concluían que lo que nos había pasado era en realidad culpa nuestra y que nada tenía que ver con la teoría. Tal vez estaban en lo correcto. Tal vez subestimamos el poder de la revolución y le habíamos dejado crear un monstruo. Pero ¿habían sido mejores los resultados en alguna otra parte del mundo?, ¿por qué me invadía la deprimente y agotadora sensación de que todo esto ya lo había escuchado antes?

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, yo era solo una niña. Tengo brumosos recuerdos del fervor preelectoral que sacudió al país en 1946, de las marchas y manifestaciones, del coreo de los eslóganes. Una sola imagen permanece nítida en mi mente y quizá mantuvo su viveza porque surgió acompañada de una sensación real de miedo en una atmósfera de violencia. Estaba esperando a mi padre en la planta baja de la Universidad de Artes. De repente apareció, rodeado por un puñado de estudiantes que lo empujaban, tratando de agarrarlo mientras corría escalas abajo. Sus voces resonaban maliciosas, triunfantes, mientras lo gritoneaban como a un niño rebelde: “Compañero profesor, usted tiene una reunión y no puede seguir escabulléndose. ¡Vuelva, hoy no se escapará!”. Yo estaba totalmente choqueada. Me escondí detrás de las puertas de cristal para que nadie me viera. Mi padre era la última persona en el mundo a la que alguien se hubiera atrevido a empujar, menos una caterva de estudiantes. Desde ese día, cada vez que volvía a casa del trabajo venía furioso. Al fin, renunció a su puesto en la universidad. Veinte años después, en 1968, esos portadores de la antorcha revolucionaria —ahora cuarentones desilusionados— confesaban cuán equivocados habían estado. Su sola y única defensa era que habían cometido errores basados en convicciones poderosas. Lo que llamaban “los errores” de los años cincuenta había brotado, según ellos, de su deseo de apoyar al Partido Comunista a toda costa y de desenmascarar a sus enemigos, de cuya existencia estaban convencidos. ¡Y hoy gimoteaban que habían sido cegados por la ideología, que jamás habían querido herir a nadie y que habían sido utilizados! Un viejo amigo de la familia, que había sufrido bastante más que mi padre a manos de esos jóvenes revolucionarios matones, era por completo inmune a sus intentos de justificación: “¡La estupidez debería ser penalizada como un delito capital!”, gruñía amargamente, mientras escupía a través de un hueco dejado entre sus dientes por un golpe recibido en prisión.

Los miristas chilenos estaban solo veinte años atrás de nosotros. Esparcían por todos lados frases tales como: “las masas”, “la lucha de clases”, “eliminar la burguesía”, “desarmar al enemigo” y “la destrucción del fascismo y del imperialismo por las fuerzas de la revolución”, igual que si las hubieran cortado con papel lustre. Su principal preocupación, en ese momento, era cómo conseguir armas. Esto era menos pueril. Pero lo que más me daba escalofríos, junto con

despertarme distantes recuerdos, era ver cómo se suponían superiores al resto de la humanidad. La convicción de su derecho a dar e imponer órdenes iba de la mano con su innegociable ideología y su celo revolucionario. Se atribuían una meta histórica y gozosos le ofrendaban sus destinos en aras de su consecución. Esto, a sus ojos, los apartaba de los otros mortales apáticos cuyas sendas eran difusas y sinuosas. En realidad, lo único que sentían por las masas era profundo desprecio. Jamás se les habría venido a la mente el hecho de que seguían atrapados en su propia clase social y que, en el fondo, nada había cambiado. En un momento celebraban el concepto de la clase trabajadora y soñaban cómo el socialismo los liberaría de su esclavitud y, en el siguiente, al discutir la estrategia revolucionaria, se referían a las mismas masas como instrumentos de la revolución, municiones, compañeros combatientes y de modo más general, como “la fuerza revolucionaria” que, como era evidente, ellos iban a comandar. Esto no va a terminar aquí, pensé con un estremecimiento de miedo. Más tarde mi predicción se mostró tristemente cierta.

Aunque los miristas eran la mayoría, el Partido Comunista también tenía una presencia significativa en la universidad. Mientras los del MIR encontraron el apoyo en el jefe del departamento Pablo Aznar, su subrogante Edgardo Garbulsky compartía su despacho con los comunistas. Ambos académicos eran argentinos y estaban, en la superficie al menos, unidos por su profesión y nacionalidad. Pero, tradicionalmente, miristas y comunistas se tenían un odio parido, y no era extraño ver llegar a varios estudiantes a las clases de la mañana con vendas y parches, testimonio de las refriegas políticas de la noche anterior. Cuando fuimos a visitar al profesor Garbulsky a la tarde siguiente, cruzamos una muralla de humo para ir derecho a la trifulca.

–¡Hay que fusilarlo! –vociferaba con rabia un estudiante mal afeitado, dándole manotazos a la portada del diario–. El partido tiene que sacar una declaración señalando que él lo firmó por su cuenta o, a lo más, por cuenta del sindicato, y que el partido como tal nada tiene que ver con eso. ¡Este tipo es un traidor y tiene que comparecer ante el tribunal de disciplina!

Unos estaban de acuerdo, mientras que otros opinaban que todo el asunto no era más que una maniobra astuta que habría de servir más adelante. ¿Y cuál era el crimen cometido por Luis Figueroa, jefe del sindicato y alto miembro del Partido Comunista? Según la noticia del diario, había por fin acordado entrar en diálogo con el gobierno en torno a un salario mínimo. Y ocurría que el mínimo acordado era bastante menor al que los trabajadores –principalmente mineros del carbón y obreros metalúrgicos que habían sostenido una huelga por cuatro meses– estaban exigiendo. Todavía más, este alto dirigente había suprimido la demanda adicional de que el pago debería estar reajustado de acuerdo a la inflación. La rabia que tenían esos jóvenes comunistas presentes en el despacho de Garbulsky era directamente proporcional a la desilusión experimentada por los aguerridos obreros. Pero como todos ellos pertenecían a los sindicatos, las leyes los obligaban a volver a trabajar. Era evidente que pronto habría una nueva huelga.



Manifestación de apoyo a la Unidad Popular, Santiago, 28 de mayo de 1973. Fotografía de Armindo Cardoso.
Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

La idea de que la concesión hecha por Figueroa podría ser usada en el futuro era algo típico de este grupo. A diferencia de los partidos de extrema izquierda, los comunistas no se enredaban tanto con jerga política, eran políticos “realistas”. Siendo un partido bien establecido en el sistema parlamentario, era pragmático en su enfoque. Enfrentaba los problemas paso a paso y, en ese momento particular, su prioridad era ganar la próxima elección presidencial. Ya vendría el día en que les recordarían la deuda a los demócratacristianos.

Aunque todavía faltara casi un año para las próximas elecciones, era muy importante andar con cuidado en lo tocante a la opinión pública. Era crucial no engendrar temores injustificados entre los empresarios ante las posibilidades de nacionalización, pero al mismo tiempo había que tranquilizar a los trabajadores ya que, después de todo, eran los únicos que podrían votar por los comunistas. El “cretinismo parlamentario”, según lo llamaba Lenin y después los miristas, era la razón principal de por qué los partidos de extrema izquierda rehusaban aliarse con la izquierda oficial. Esta última, por su parte, entraba en acuerdos inevitables con todos los otros partidos y detestaba a esos jóvenes fanáticos, acusándolos de dar una mala reputación a la izquierda. Se les achacaba querer dar al mundo la impresión de que todo el movimiento de izquierda estaba concebido para revolucionarios profesionales, anarquistas y terroristas que declinaban adherirse a las leyes de un gobierno democrático. Solo la amistad personal que existía entre Salvador Allende y Fidel Castro, quien era una autoridad para esos muchachos barbudos, impedía que fuesen expulsados del país. En ese momento, Salvador Allende, con sesenta años, era presidente del Senado y el más eminente político del Partido Socialista.

Por aquellos días, la palabra “revolución” estaba en boca de cualquier figura pública, pero para cada una significaba algo diferente. Todos los políticos temían una revolución armada ya que, a fin de cuentas, Chile no era una república bananera. Siendo un país de profundas raíces democráticas, poseía un sólido ejército, pero también una poderosa clase trabajadora consciente de sus derechos y cuya principal forma de protesta era la huelga. Así, mientras para la extrema izquierda el término “revolución” significaba la lucha armada, los otros partidos se valían de él para definir cosas tan dispares como la Reforma Agraria o los planes para la nacionalización de ciertas grandes empresas, o los beneficios para los pobres. Sin embargo, esos revolucionarios desechaban todas las reformas positivas como mera vitrina y avizoraban un tiempo en que de una vez por todas “se daría vuelta la tortilla” en todas las esferas de la sociedad. La batalla que todos los partidos de izquierda estaban librando en 1969 era sin cuartel y ya los demonios alzaban sus cabezas lamiendo con lenguas de fuego el tradicional bastión del gobierno.

El último kilómetro del camino de tierra que llevaba de Cholchol a Temuco, justo antes del asfalto, nos hacía pasar por una población. Se trataba de una colección de cajas, planchas de madera, calaminas de latón, barricas y una multitud de objetos absurdos amontonados de forma caótica para formar viviendas. Pero era a la vez otra colección: la de los rostros sombríos y sin sonrisa, desnutridos,

demacrados y desprovistos de toda esperanza. Cada vez que la cruzábamos, yo divisaba una mujer de pie junto a una artesa colocada en la misma puerta de una pequeña barraca. No tengo idea de dónde traía el agua, porque las poblaciones carecen de agua potable y electricidad, pero de alguna manera esa mujer estaba siempre allí y siempre lavando ropa, en la mañana o bien entrada la noche, sea invierno o verano. Una niñita de unos diez años le ayudaba. Los más chicos jugaban en el barro que había debajo de la artesa. Esas “poblaciones callampa”, como se les llamaba, proporcionaban a las familias un techo rudimentario, pero nada más. Se las encuentra en las afueras de todas las ciudades y pueblos de Latinoamérica. Es un colosal problema sin resolver y que posiblemente jamás tenga solución. Ellos eran los más pobres de entre los pobres, no poseían ni tierra ni nada, no encajaban por tanto ni en las comunidades rurales ni en las ciudades y arrastraban un magro vivir en la periferia de ambos mundos. Había miles, quizá millones de ellos.

Los chilenos ricos, cuando pasaban los fines de semana por las afueras de la ciudad camino a sus lujosas casas de la playa que anidaban como cisnes blancos en jardines siempre verdes, subían de golpe los vidrios y apretaban el acelerador para evitar que una sola mirada los infectara con la apabullante miseria y suciedad. Pero cerrar los ojos ante las poblaciones no las iba a hacer desaparecer. Rodeaban las ciudades por todos los flancos como el humo, los canales de desagüe y los vertederos. Eran un constante recordatorio de que había algo podrido en la complaciente democracia chilena y que el sistema de gobierno estaba en realidad edificado sobre arena, o más bien sobre arenas movedizas, ya que la gente que vivía en las poblaciones no era tan apática como parecía a primera vista. Abundaban el alcoholismo, el crimen y el incesto, y la falta total de esperanza se estaba convirtiendo en odio. Un odio que de a poco convertía a los pobladores en una fuerza potencialmente explosiva. Odiaban a aquellos que podían tener un techo fijo sobre sus cabezas, un empleo y niños sin llagas, parásitos o tuberculosis.

Los miristas habían resuelto comenzar la revolución desde el interior de esas poblaciones, pese a que su doctrina les advertía que no se debía involucrar al lumpen. Pero no había otro camino, ya que en las fábricas eran recibidos sin entusiasmo. Todos los trabajadores que tenían trabajo fijo, estaban sindicalizados, se consideraban firme y orgullosamente como parte de la clase media y apoyaban al partido político oficial de izquierda reconocido por el Gobierno. Ofendidos, rechazaban de plano el título de “proletarios”. Aquellos que vivían en las poblaciones, por otra parte, estaban escuchando por primera vez de parte de los miristas lo que habían querido escuchar durante toda su vida. Era evidente que, en vista de que no tenían nada que perder, estarían más que dispuestos a tomar por la fuerza lo que la sociedad tan categóricamente les había negado. Una gran riqueza al lado a una inmensa pobreza colocaba a Chile, junto al resto de Sudamérica, en la categoría de “país en desarrollo” y daba la impresión de que el problema yacía en factores difíciles de controlar por el Estado, porque eran una parte integrante de él.

Chile es muy rico en recursos minerales. En el pasado su riqueza había consistido principalmente en plata, luego en salitre y ahora en cobre. La venta de esas materias primas aseguraba una entrada fija de flujos, pero solo en los últimos años el país había sido capaz de establecer una base industrial propia que no dependiera de la explotación del mineral. Esto quería decir que se consideraba a sí mismo como una nación industrial incipiente. Por otra parte, un extendido sistema de administración gubernamental, unido a una modernización del sector agropecuario, aseguraría un salario regular para un alto porcentaje de la población. Sin embargo, había todavía una enorme división entre aquellos que pertenecían a la clase asalariada y aquellos que no. Los terratenientes pequeños, incluidos los mapuches, solo consumían lo que ellos mismos producían. Cuando había sequía y disminuían las cosechas, pasaban hambre y solo disponían de algún dinero en las pocas ocasiones en que se las arreglaban para vender algo especial. Había igualmente un gran número de obreros no calificados que rastreaban cualquier trabajo que pudiesen encontrar. No existía seguro de desempleo. Chile caía dentro de la esfera de intereses de Estados Unidos, que se manifestaba ayudando al desarrollo industrial chileno, proporcionando préstamos de capital, maquinaria para la minería y la industria, introduciendo innovaciones tecnológicas, patentes e incluso personal técnico y gerencial. Obviamente, no lo hacía por la bondad de sus corazones. Los dos billones de dólares prestados a Chile crearon una insalvable deuda externa cuyo solo pago de interés se llevaba una buena tajada del presupuesto nacional. Esta deuda le daba al acreedor un derecho a voz en el manejo de la economía y, con la dependencia financiera, venía aparejada la dependencia política. Todo esto creaba a su vez un círculo vicioso de completa e impotente sumisión que era una espina clavada en los ciudadanos de este pequeño país, y así, mientras más estrictas fuesen las medidas de austeridad que el gobierno se viese forzado a imponer para pagar la deuda externa, más fuerte era la oposición al “Hermano Mayor” del norte. Por cierto, este, que reconocía las tradiciones democráticas chilenas, su amor a la libertad y los lazos de la asociación tradicional, apoyaba sus intentos de reforma social. Sin embargo, cuando el régimen prosoviético triunfó en Cuba, tanto Estados Unidos como sus aliados en América Central y Sudamérica, aterrorizados con la Amenaza Roja, entraron en pánico y suprimieron instantáneamente todas las tentativas de introducir reformas sociales más radicales. Cualquier gobierno que se embarcase en un complejo programa de reformas, corría el riesgo de ser sospechoso de simpatías procubanas. Los norteamericanos, por su parte, respondieron a la “traición” cubana introduciendo medidas para prevenir, a cualquier costo, el alza del marxismo en todas las áreas que estaban bajo su control. Por desgracia, todo esto se hizo de manera indiscriminada y sin tomar en cuenta las características individuales de cada país. La aterrada administración estadounidense no se daba la molestia de examinar si acaso las reformas propuestas por el gobierno de un país dado eran de inspiración marxista o una evolución natural propia y parte de un proceso necesario de cambio.



Población callampa, Santiago, 1971. Fotografía de Armindo Cardoso. Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

Hasta ese momento, Chile había sido una excepción señalada. Poseía un fuerte movimiento de izquierda nacido en los años treinta y Estados Unidos no tenía objeciones a que estuviese pisándole los callos a la derecha para asegurar una mejora en las condiciones de los más pobres. Pero la interrogante seguía en pie: ¿Cómo reaccionaría Estados Unidos si Chile cambiaba las reglas del juego y elegía un gobierno de izquierda, dejando a la derecha en la oposición por primera vez en su historia? Este asunto se debatía antes de cada elección y los chilenos, proclives a correr riesgos, especulaban con agitación acerca de su respuesta.

VERANO BENDITO

Por fin llegó el verano, nuestro primer verano en Chile. Los niños seguían yendo a la escuela unas cuantas horas al día pero el resto del tiempo jugaban afuera, al sol, y no lo podían estar pasando mejor. A veces divisábamos a Peter conduciendo una carreta liviana de dos ruedas que pertenecía a don Marcelo. Lo hacía como un profesional, de pie en la silla del cochero sujetando las riendas, con una raída chupalla cubriendo sus cabellos dorados y la camisa afuera flameando al viento.

–¡Primero tengo que atender a los caballos! Vengo luego –gritaba antes de desaparecer detrás de la esquina.

Cuando no andaba en eso iba a pescar con otros niños. Usaban cuerdas amarradas a latas de conserva en vez de cañas. No hace falta decir que jamás pescaron nada en el Renaco que, una vez más, fluía perezosamente entre las rocas bajo el puente. Para Lidia había sido difícil aceptar que en Chile los niños y las niñas juegan aparte. Se suponía que las “niñitas buenas” jugaban adentro de su casa o en el jardín y que si iban donde sus amigas las acompañaba una hermana mayor, además de que pasaban gran parte del tiempo aprendiendo de sus madres y abuelas las obligaciones de una dueña de casa. A esas niñas bien educadas las llamaban “muy señoritas”. Huelga decir que la mayoría de ellas no alcanzaba este modelo de perfección y que eran solo las torpes y flojas las que se quedaban encerradas durante los esplendorosos días del verano.

Los niños, por otro lado, buscaban entretención vagando a lo largo y ancho de los potreros, jugaban en los ríos, bosques y campiñas, trepando árboles y rocas. Las niñas, a su vez, lo hacían en los molinos, entretechos y galpones que todavía albergaban viejos carruajes cubiertos.

–Nunca van más allá del galpón– comentaba Peter con notable desdén.

Lidia, sin embargo, desaparecía todos los días con sus amigas en el bosque de pinos que había al fondo del jardín. Al escuchar su vocecita mandona me confortaba saber que por lo menos conocía el paradero de uno de mis hijos. Pero poco duró este alivio cuando descubrimos cuál era el pasatiempo de las niñitas.

Durante una de nuestras habituales caminatas al atardecer, Milan y yo fuimos al bosque y nos topamos con una escena que me apretó el estómago y me sacudió la espalda con un escalofrío. Sucedió que durante el aseo general de primavera, el policlínico le había encargado a un empleado que se deshiciera de todos los remedios vencidos y de otros desechos médicos. En vez de realizarlo

según el procedimiento médico estándar, este resuelto individuo simplemente había botado todo detrás del cerco de nuestro jardín. Si hubiese querido liquidar a toda la generación joven de Cholchol de un golpe, no podría haber escogido un método más eficaz. Esa pila de escombros letales estaba a solo pocos metros de la cancha de la escuela y en medio del camino que rodeaba nuestro jardín, donde los niños sacaban fruta verde a hurtadillas. Yacían por todos lados pastillas multicolores, vendas sucias, jeringas usadas y tubos con ungüentos y líquidos pestilentes. Un irresistible tesoro escondido para cualquier niño. Milan corrió a buscar una pala y lo enterró. Al día siguiente Lidia y sus amigas, furiosas, me acusaron de echarles a perder el mejor juego de doctor de su vida.

—¿Tú nunca jugaste a la mentira cuando eras chica? —siseó Lidia—. ¿Tú pensaste que seríamos tan tontas como para comernos de verdad esas basuras?

Después se marcharon ofendidas a jugar al molino. Si hubiese sabido que, de acuerdo al folclore local, un molino, con sus montañas de grano suelto, era una verdadera fosa común para los niños chicos, isin duda lo habría incluido en la lista de los lugares prohibidos!

* * *

El verano significaba sol implacable y poca agua. Las lechugas habían crecido, y el choclo, los tomates y los repollos estaban maduros. Ya se habían cosechado los pequeños ajíes rojos y las flores habían caído de los eucaliptos dejando en su lugar unas tiernas pelotillas. Los picaflores, habiéndose refocilado toda la primavera con ellas, fueron reemplazados por bandadas de choroyes verdes. Surgían de la nada y se dejaban caer sobre las plantaciones de arvejas. Arriba, entre las nubes, planeaban en círculo las negras cruces de los jotes.

Mis clases de gimnasia en la cancha de la escuela se habían vuelto muy populares. Hacíamos lo habitual, pero agregué rutinas de danza y juegos con la pelota. A las niñas les encantaba jugar a la ronda. Esas clases eran toda una novedad para las alumnas del convento y se volvieron rápidamente su ramo favorito. El único problema era que carecían de ropa adecuada y por ello les pedí a las monjas que les dieran *shorts* y poleras. Por desgracia, había sobrestimado la comprensión que tenían las religiosas acerca de lo que debería ser una ropa de gimnasia adecuada. A las dos semanas, les pregunté a las niñas qué pasaba con los *shorts*. Varias de ellas tímidamente levantaron sus faldas para mostrar unos enormes calzones de calicó que les llegaban hasta las rodillas. Eran tan anchos en la parte trasera que las niñas parecían guaguas grandes usando pañales. Lo primero que pensé fue que las monjas habían tomado la talla de la madre Clementina cuando confeccionaron esa ropa inusual para ellas, pero luego me di cuenta de que, para ahorrar tela, simplemente habían cortado unos faldones a la mitad y después los habían cosido para formar pantalones de tamaño uniforme. Además, las niñas no se convencían de que una polera y *shorts* era todo lo que necesitaban para una clase de gimnasia. Insistían en ponerse el uniforme arriba. Di el ejemplo y me puse

mi viejo y modesto traje de gimnasia azul marino y blanco. Las más pequeñas se escandalizaron, pero no Bersabeth, de quince años, una de las mayores y la niña rebelde del internado. Ella y su pandilla nunca faltaban en la cancha, y al verme equipada así, aplaudieron con entusiasmo. Las más chicas, al contrario, se negaban resueltamente a sacarse las faldas, enaguas, camisetas, blusas y chalecos. Al fin y al cabo, todas sabían que uno se saca la ropa solo para acostarse. Probé con diversos métodos, incluso torturándolas un poco con ejercicios intensos y repetitivos. En vano. Con las caras rojas como betarragas y chorreando de sudor, ninguna se sacó ni una capa de su ropa, ni siquiera los calcetines. Me di por vencida y las dejé hacer sus rondas, no quería que murieran deshidratadas por insolación.

—Realmente no sé cómo los muchachos se las arreglan para darles un agarrón —me quejaba antes de acostarme frotando mi cuerpo adolorido—. Sin duda las monjas saben lo que hacen cuando visten a las niñas como cebollas. ¡Qué mapapasionones!

—O la inspiración para el *striptease* —sonrió Milan.

La única que satisfacía mis exigencias, al menos en lo concerniente a ropa de ejercicio, era la pequeña Lidia. Siendo la hija de la profesora, no tenía opción. Pero su amiga grande Bersabeth asumió un día la responsabilidad de exhibir su propia versión de qué era una ropa de gimnasia adecuada, y vaya si dio que hablar con ello. La clase de gimnasia de Bersabeth era los jueves a las tres junto con las alumnas de 8^o básico. Un día caluroso, todas las niñas estaban formadas luciendo abajo sus bombachas azul oscuro y arriba las viejas blusas de sus mamás. De pie, tímidas y con las caras rojas, esperaban a su líder Bersabeth. Al rato, como una verdadera diva, hizo una entrada dramática delante del coro de las otras. Nunca antes fue tan clara la diferencia entre una famosa estrella y su séquito como ese día en los campos de Cholchol. Mientras sus amigas vacilaban, luciendo un tanto ridículas en sus bizarras vestimentas, y la incomodidad de sus rostros revelaba que vagamente lo sabían, Bersabeth se zafó de su vestido meneándose entera de caderas para revelar un diminuto par de *hot pants* de gamuza. Quién sabe de dónde había obtenido esa prenda, pero si algo tenía era ingenio —solía hablar con orgullo de sus queridos tíos, uno contrabandista y el otro oficial de aduanas—. Sin disputa, se veía sexy con sus *hot pants*. Su cuerpo de lolita ya poseía largas y esbeltas piernas y, a diferencia de sus amigas, no se arqueaba tratando de ocultar sus incipientes curvas. Le encantaba bailar y estaba plenamente convencida de que su sinuosidad de serpiente le permitiría deslizarse por el hueco más pequeño de cualquier cercado. El máximo elogio que podían rendirle los muchachos era dejarle que jugara al fútbol con ellos.

Mirándola con más detención, me di cuenta de que la sonrisa de su boca estaba pintada con lápiz labial de verdad, cuyo color era extrañamente familiar. Tomé nota de ello para preguntarle más tarde a Lidia. Bersabeth había combinado sus *hot pants* con otros accesorios para provocar. En lugar de las zapatillas negras que usaban sus amigas, se había calzado unas botas *beige*, abiertas en la punta, de taco alto y apretadas, que le llegaban hasta la rodilla. Habría podido

subirse sin problema a un escenario en Las Vegas. Una ajustada blusa rosada con vuelos completaba su indumentaria, que se coronaba con una brillante boina roja sobre un rostro impúdico que se llenaba de regocijo ante el inminente escándalo que estaba a punto de ocasionar. Despreocupada y masticando chicle, dejaba en claro que causar un alboroto era exactamente lo que pretendía, y no se equivocaba. De hecho, lo que estaba ocurriendo en ese momento en la cancha era una pequeña batahola.

Las clases de gimnasia de las niñas grandes atraían una gran audiencia de muchachos que ya habían comenzado a chiflar y gritar. Bersabeth, como genuina estrella que era, se lo tomaba todo sin inmutarse. Incluso los padres, desde la subida que había más allá, aplaudían con gusto y yo alcanzaba a escuchar la risa de Milan. Bersabeth estaba en su elemento. Se pavoneaba con las manos en los bolsillos meneando sus nalgas. Toda mi clase contemplaba absorta el “Show de Bersabeth”. Confieso que yo también fui tomada por sorpresa. Era preciso hacer algo, “esta niña se va a apoderar de mi clase”, pensé. Una mirada atenta me dio una idea. Soplé el silbato y todas empezaron a trotar. Tal como esperaba, pillé a Bersabeth en una posición bastante desventajosa. Había partes en que el suelo era muy blando y sus tacos se hundieron en la arena a cada salto que daba. Comenzó a avanzar dando tortuosos traspiés al ritmo de mis soplidos, mientras sus amigas de zapatillas negras la adelantaban corriendo a paso ligero. Las risas de la audiencia aumentaron, pero ahora definitivamente no para agrado de Bersabeth, quien se sentó y comenzó a desenlazarse las botas. Eran tan grandes las carcajadas que incluso atrajeron la atención de la madre Bernardeta. Se asomó a la ventana y le bastó solo una de sus avezadas miradas para captar la situación. Alzando su hábito, bajó rauda a la cancha. Bersabeth por fin se las había arreglado para sacarse las botas y comenzó a correr a pie pelado. Zigzagueando y moviéndose en círculos alrededor de la monja, Bersabeth era una vez más el centro de la atención al punto que todos se morían de la risa. La madre Bernardeta estaba en serio enojada. Las actitudes desafiantes y la laxitud en las jóvenes eran pecados mortales a ojos de la Iglesia. Cuando cogió una varilla y un puñado de piedras, Bersabeth supo que había caído el telón de su acto teatral. La madre tenía una puntería excepcional. Dando un último par de esquivas zancadas, recogió el vestido, botas y la boina que se le había caído, saltó sobre el cerco y desapareció entre los matorrales. Resoplante y furiosa, la madre Bernardeta suprimió las clases de gimnasia de las muchachas mayores, sosteniendo que las exponía a niveles de atención masculina inaceptables. Y las reemplazó por lecciones de repostería. Yo me preguntaba si Bersabeth se arrepentía del precio que había tenido que pagar por sus quince minutos de fama.

* * *

Llegó el momento en que tuvimos que despedirnos de Clara. Había estado yendo al dentista durante toda la primavera y era ahora la orgullosa poseedora de una flamante dentadura. Habiendo recuperado su salud y figura anteriores, y con la

confianza que le devolvieron sus dientes nuevos, estaba ansiosa de regresar a Santiago. Por fin supimos cuál había sido su misteriosa enfermedad, y en realidad deberíamos haberlo sospechado: tuberculosis. Clara había estado unos meses en un sanatorio público en las montañas y allá le habían aconsejado que no volviese a trabajar por lo menos hasta un año después, insistiendo en que lo que necesitaba era buena alimentación, abundante sueño y, sobre todo, recuperar peso. Consejos perfectamente adecuados para una señorita de la ciudad, pero ¿cómo iba a poder seguirlos una pobre muchacha de pueblo? Sus parientes entonces concibieron un plan: emplearla con una rica familia de gringos. Justo en este momento, nosotros, cual regalo caído del cielo, habíamos entrado en escena. El hecho de que la patrona careciera de experiencia en el manejo de servidumbre fue, a sus ojos, un beneficio adicional. Clara se las arregló para pasárselas todo el día descansando en mi hogar, para hacerse cargo de la casa de sus hermanos cuando regresaba en las tardes.

—Muchas gracias señora, por todo lo que ha hecho por mí. Le escribiré desde Santiago —prometió y, embargada de emoción, sacó de sus bolsillos uno de los enormes pañuelos de Milan y se limpió la nariz.

Antes de irse, nos presentó a su prima Elsa, que se quedaría en su lugar. Nos despedimos de Clara, le deseamos la mejor de las suertes y que encontrara una patrona amable y comprensiva. Elsa había sido favorecida con esa belleza luminosa que se ve a menudo en las cubiertas de los discos de música folclórica chilena. Era joven, tenía una piel fina y cremosa y unos cabellos azabaches que usaba amarrados a la nuca con una cinta roja. Sin ser particularmente delgada, se movía con la gracia de una danzarina. Los niños la aceptaron de inmediato y solía llevarlos a su casa en las afueras del pueblo donde jugaban con sus hermanos menores. Por las tardes, le ayudaban a cocer pan en un gran horno de barro que tenían en el jardín. Con Elsa, mis deseos se volvieron por fin realidad, tener una criada sensata que era también mi amiga, aunque había aprendido mi lección y ya no trataba de acercarme demasiado a ella. Ella misma prefería mantener una cierta distancia. Poseía dos cualidades adicionales que la volvían un tesoro. Era naturalmente amable con los mapuches que venían a casa y sabía cuándo el agua estaba baja en el estaque. Incluso, aprendió a manejar la bomba. Esto permitía augurar que terminarían los catastróficos problemas causados cuando el reservorio quedaba vacío.

* * *

La temperatura alcanzaba a treinta grados a la sombra. La presión atmosférica era alta y la productividad laboral baja. Había también frecuentes temblores, en especial de noche, como si la tierra estuviese desperdiciándose de un largo período de descanso. La gente desaparecía detrás de las persianas para tomar la siesta. A la hora del calor mortal que venía después de almuerzo, cada punto de sombra estaba ocupado por pollos que yacían exánimes en hoyos polvorientos

y perros estirados a lo largo de la calle. Los lechones figaban con desesperación hasta el más insignificante charco de fango, pero incluso el Renaco los defraudaba. El barro se había endurecido y el tenue hilo de agua disminuía minuto a minuto. Todo tipo de animales entraron en escena. Arriba, en las corrientes de aire caliente, circulaban incesantes los jotes en busca de presas, mientras abajo, en el suelo, vastas colonias de hormigas trabajaban sin descanso para abrirse paso hasta nuestra casa. Las que durante la noche lo lograban, se nos unían cada mañana en la cocina a la hora del desayuno. La pieza del lavado de atrás de la cocina, que había dejado de ser usada para su función original, se había convertido en la morada de un temible alacrán rojo que, tan pronto como fue desalojado, fue reemplazado por otro, esta vez gris. Nuestras mascotas tampoco fueron inmunes al universal impulso de crecer y multiplicarse. Agnes la gata había parido cuatro gatitos en el galpón donde Milan había guardado un viejo y podrido *rehue* lleno de hoyos. Mientras él imaginaba en cómo restaurarlo, los gatitos lo convirtieron en su propio parque de diversiones. Se las arreglaban para meterse adentro todos al mismo tiempo y solo la aparición ocasional de un par de bigotes o una cola traicionaba la presencia de esos ocupantes ilegales.

* * *

El parto de Muñeca no pudo haber sido más dramático. Como genuina “quiltra” que era, siguió sus instintos y cuando llegó su hora, procuró el lugar más escondido e inaccesible que se pudiera concebir. Hizo un hoyo y se arrastró bajo los cimientos de la casa. La buscamos dos días. Al tercer día los cielos abrieron sus fauces y hubo una tormenta terrible. Primero, rayos y truenos; luego, el diluvio y, por último, unos extraños sonidos que parecían venir desde debajo de la tierra. En medio del aullido del viento, la lluvia torrencial y el golpeteo de las ramas del eucalipto contra el techo de hojalata, oímos unos escuálidos chillidos semejantes al llanto de un recién nacido. De buenas a primeras, no pude distinguir el ruido ni de dónde venía, pero poco a poco junté las piezas del rompecabezas: la preñez de Muñeca, su desaparición y ahora esto. Estábamos a mitad de la noche. Milan y yo tratamos de volver a conciliar el sueño, pero entendimos que era preciso hacer algo, porque había grandes posibilidades de que el agua se filtrara hasta los cimientos. Rezongando, nos pusimos las botas y las chaquetas, cogimos una linterna y salimos. Le dimos varias vueltas a la casa y cuando vadeé el mismo charco por tercera vez, Milan se dio cuenta de que, en un cierto punto, el agua parecía escurrirse bajo las planchas de madera delatando un hoyo. Tomó la pala, comenzó a excavar y yo, poniéndome de bruces en el suelo, introduje mi brazo. Lo estiré lo más que podía y comencé a palpar hasta que me topé con un pelaje, ¡Muñeca! ¡Pero era horrible! ¡Estaba rígido, mojado y frío!

–¡Muñeca está muerta! –grité–, pero parió sus crías allí.

Luego vino el turno de Milan. Arrodiándose, introdujo la mano. De pronto, el cuerpo peludo se movió un poco y una lengua le lamió la mano. Mi alivio fue

tan grande que casi lloré. Milan de nuevo agarró la pala y, a las tres de la mañana, comenzó a cavar un túnel bajo los cimientos. Finalmente, y pese a las objeciones de Muñeca, se las ingenió para extraerla con sus cuatro cachorritos. Los llevamos de una carrera al calor de la cocina y los colocamos en la acogedora cajita que yo había preparado a comienzos de la semana. Después tapamos con terrones el hoyo que había bajo de la casa; no fuera cosa que la perrita decidiera volver allá al día siguiente. Muñeca tiritaba entera de frío y fatiga, todo su pelaje estaba empapado y cubierto de barro. Solo empezó a mostrar interés en su nueva familia después de haberse tragado un cuenco entero de pan remojado en leche. Habiéndonos asegurado de que quedara cómoda y no necesitara nada por el momento, nos lavamos, nos pusimos de nuevo los pijamas y, desahogados por el final feliz de la aventura, cerramos los ojos. Afuera todavía retumbaba el trueno y la lluvia se dejó caer como un torrente. Y entonces, como si ya no hubiéramos pasado las últimas dos horas batallando contra los elementos, todo partió de nuevo. Oímos el distante y desgarrador llanto de un recién nacido abandonado en alguna parte debajo de la casa. Era obvio que Muñeca había parido cinco y no cuatro cachorros, y que el quinto había quedado perdido en el amplio terreno donde ella había buscado refugio. Milan blasfemó y se cubrió la cabeza con la almohada... pero fue inútil. Los lamentos de un solitario perrito entumecido se abrían paso a través de las tablas casi directamente abajo de nuestra cama. De nuevo agarramos las linternas, las botas y la pala. Pero esta vez fue mucho peor. Ahora la diminuta criatura se había quedado callada y no podíamos encontrarla a través del pequeño agujero que había en la base. Solo cuando Milan decidió meterse boca abajo entre los cimientos pudo dar con el pobre cachorrito. Apenas salió, lo llevé a la cocina junto a su madre que había estado totalmente despreocupada de su quinto hijo. Este, a la postre, se convirtió en un perro hermoso, el mejor de la camada. Llevando el más bien distinguido nombre de “Bolívar” debería haber estado destinado a heroicas hazañas, pero en cambio fue acogido como perro guardián por las monjas donde se ganó una dudosa reputación de ladrón.

* * *

En octubre pasado las monjas nos habían pedido permiso para traer a su joven cordero Pepe a pastar a nuestro jardín. Querían que se alimentara con los renuevos de primavera y sacrificarlo para la cena de Nochebuena. Era obvio que Pepe adoraba venir a nuestro prado. Con obediencia seguía a la monja y no protestaba cuando le amarraban al eucalipto. Tan pronto como ella se iba, aparecía Peter, lo desataba y ahí empezaba la fiesta. Al principio jugaban a la escondida. Mi hijo se ocultaba entre los arbustos o en medio del pasto crecido mientras Pepe lo buscaba. Antes de que aprendiese a reconocer las tácticas y la velocidad de su amigo, Peter emergía de su escondite lleno de moretones. Acordaron por último en hacer las cosas más simples y el juego se convirtió en “agárrame si puedes”. Pepe acababa de empezar a mostrar sus cuernos y pesaba ya sus buenos veinti-

cinco kilos. Mientras Peter y él fuesen prácticamente iguales en edad y gustos, la amistad era ideal. Pepe era como un ariete, salía disparado de su escondite y cargaba; mientras más astillas volaran, mejor. Pronto la pared trasera de la casa estuvo cubierta de profundas hendiduras. Peter se paraba delante esperando el ataque de Pepe, saltaba en el último instante y el cordero daba contra la muralla. Yo salía al jardín lo menos posible, porque su fuerza era solo igualada por su ingenio. Si Peter no estaba en el jardín, volvía entonces Pepe al viejo juego de la escondida y, cuando menos lo esperaba, yo recibía un soberbio empujón por atrás y salía disparada al canasto lleno de prendas mojadas mientras los perros para la ropa volaban por todos lados. Y si uno no se apartaba de su camino lo suficientemente rápido, recibía otro empujón y Pepe se arrancaba con un trofeo húmedo y fangoso enrollado en sus cuernos. El momento culminante del día de Pepe llegaba cada tarde cuando la monja volvía por él. Desde el punto de vista de Pepe, la madre era un objeto esférico, dilatado y de movimientos lentos. Sin importar donde le diera, para él equivalía a dar en el blanco.

–¡Pepeee, dónde estás, monstruo!

La monja, miope, trataba de atisbar en medio de los arbustos que se agitaban con ligereza. Pepe no la dejaba esperar mucho, salía disparado como una bala de cañón desde su escondrijo y atacaba. “¡Diablo!”, chillaba la víctima, dando un salto en el último segundo y trataba de agarrar la cuerda que colgaba del cuello de Pepe, pero él era demasiado rápido e instantáneamente se alineaba para un nuevo ataque.

–¡Condenado, engendro del infierno, hijo del demonio! –se persignaba la monja cada vez que blasfemaba.

Pero, como para esquivarlo tenía que levantarse el hábito con la otra mano, quedaba impedida de recoger la cuerda que se le escapaba como una serpiente entre los pies. Ese era el momento en que clamaba por ayuda. Peter, apretándose el estómago de la risa ante la visión de la monja contorsionándose como un torero y maldiciendo como un mapuche borracho, salía desde donde estaba oculto y le ayudaba a agarrar a Pepe. Al fin, las monjas cedieron a las súplicas de Peter y cambiaron los planes que tenían para el cordero. Debido a su rica dieta e intenso régimen de ejercicio, se había convertido en una enorme, fuerte e indómita bestia que era el terror de todo el mundo. Las hermanas decidieron trasladarlo al potrero que había al otro lado del río y se volvió el soberano indiscutido del rebaño del convento.

* * *

La Navidad en Chile significa peñas. Estas eran fiestas en el pueblo que incluían bailes que duraban toda la noche, rodeos y paseos al río en familia. También significa vitrinas llenas de bikinis y copos de nieve de “plumavit”. Un mono de nieve de algodón junto a trajes de baño, lucía un par de lentes de sol rojos, ya desteñidos, mientras el incesante polvo había convertido el blanco en una turbia

mancha gris. Pasamos el día de Navidad junto al río Cholchol que, en verano, había cambiado hasta volverse irreconocible. Su plano y extendido lecho era casi una sabana. Pequeños senderos arenosos conectaban diminutas islas, culebreando entre árboles, arbustos y montículos cubiertos de vegetación, y entretejiéndose alrededor de lagos en miniatura rebosantes de pájaros y vida acuática. La corriente principal se abrió camino como una esbelta serpiente de plata que en algunas partes era amplia y baja; en otras estrecha, rápida y honda. Remolinos profundos y peligrosos acechaban bajo las sombras de los viejos sauces que crecían en la orilla. El sol llameaba cada día sobre la reluciente franja y la centelleante arena blanca. Este día maravilloso nos acompañó incluso Milan, que abandonó su despacho para quedarse toda la tarde con nosotros. Hacía tanto calor que nadie estaba con hambre. Comimos una ensalada de frutas y un bizcochuelo de frutillas para la merienda. El menú incluía también un melón, pero desafortunadamente lo habíamos puesto en el río para que se helara y se lo había llevado la corriente. Al atardecer volvimos a casa para abrir los regalos. El sol estaba todavía sobre el horizonte y el calor entró apenas abrimos la ventana. Peter recibió unos juegos y una bicicleta, mientras Lidia obtuvo una muñeca grande que puso en una cuna que Milan había hecho con sus propias manos. Yo, a su vez, le había cosido una delicada ropa de cama rosada. Peter quiso probar al instante su bicicleta, pero fue un error garrafal, porque apenas dio la vuelta al Centro Cultural cayó derecho en los brazos de los pastores y san José. Ellos ya habían levantado el pesebre sobre el pasto delante del zaguán e iban en ese momento a buscar a la Sagrada Familia. Algún tiempo atrás, Peter había prometido incautamente que haría de Niño Jesús, así que tuvo que suspender la salida en su nueva bicicleta.

Ni en mis más locos sueños podía haber imaginado una Nochebuena así. Me ardían las mejillas por haber estado mucho al sol y lo único que quería era una ducha fría y larga. Nos sentamos a tomar café con las ventanas abiertas de par en par, escuchando los gritos y las carcajadas distantes a medida que se iban desarrollando los preparativos para la representación de Navidad al aire libre. Una suave brisa vespertina sacudía las ramas de pino que habíamos puesto en un macetero como una versión especial de árbol navideño. Los padres pasaron a vernos un minuto trayendo algunos regalitos. No podían quedarse, ya que se les necesitaba en varias partes a la vez. Salimos poco después, armados de una cámara para registrar esas memorables navidades en pleno verano. La representación comenzó a las once, cuando finalmente hubo oscurecido. En esta época del año la gente solía ir a acostarse a las primeras horas de la madrugada, cuando había refrescado un poco. Ya había personas ocupando unas bancas frente la iglesia que cantaban acompañadas de guitarras mientras las botellas de vino y el mate dulce y caliente iban pasando de mano en mano. Daba la impresión de que todo Cholchol había ido al Centro Cultural a celebrar la Navidad. Por último, los espectadores se acomodaron en frazadas extendidas sobre el pasto y la vereda. Los niños habían levantado el pesebre bajo el zaguán del Centro Cultural y los pastores tenían instalada su tienda más abajo en una explanada llena de paja.

Al fondo de la calle, tratando de mantener a sus caballos calmados, aguardaban los tres Reyes Magos. Un tenue farol alumbró de repente a la Sagrada Familia reunida en el pesebre. Otras dos luces iluminaron la tienda de los pastores y una guitarra comenzó su rasgueo en el zaguán. Luego de esta *ouverture*, comenzó la acción. La Virgen María vestida de blanco se inclinó tiernamente sobre la cuna y, con cara algo culpable le mostró a José la sorpresa que yacía sobre el heno. Como ambos padres tenían alrededor de doce años de edad, su asombro parecía genuino. Comenzaron por turnos a retirar los cobertores de la cuna y no cupo duda de que esas piernas huesudas pertenecían a nuestro Peter. Se asomaban un buen medio metro fuera del borde del cesto y a juzgar por las sacudidas era bastante obvio que nuestro hijo no lo estaba pasando de lo mejor. José y María se hicieron a un lado y, acompañados por la guitarra, proclamaron que, por más increíble que fuese, este niño era realmente el Redentor y Salvador de la humanidad. Desde los lados se susurraban instrucciones, “¡Pedro, llora, vamos!”, pero como se resistió, el resto del reparto se puso a imitar el llanto de una guagua. La audiencia se rio y aplaudió. Luego de un poco más de poesía y guitarrero, vino el turno de los pastores. Sin aliento, con largas túnicas y sosteniendo unos bastones de madera, explicaron a los perplejos padres que una estrella reluciente les había indicado el camino. Alguien prendió una linterna y, ¡zas!, he allí la estrella. Hecha de cartón forrado con papel aluminio, colgaba de un cable extendido que cruzaba la calle y brillaba alegremente balanceándose de arriba hacia abajo. Los pastores hondearon sus linternas sobre la cuna y recitaron algunos versos. Estaba claro que aprovechaban la oportunidad para molestar a Peter a hurtadillas, porque a cada rato surgían de la cuna una pierna o un brazo tratando de acertar una patada o un puñete. Después de ofrecer sus felicitaciones a José y María, los pastores volvieron a su tienda y, como ya había finalizado su parte, se dedicaron a hacer payasadas. Empezaron a entrar y salir de la carpa, a esconderse debajo de las frazadas y tratar de botarse enredándose con los bastones. También se pusieron a hacer juegos de sombras con las lámparas desde dentro de la carpa, distrayendo a la audiencia de la verdadera representación. Todo el mundo se reía encantado, así que las monjas decidieron tomar cartas en el asunto y poner punto final a tal impiedad. Vino ahora el momento de los tres Reyes Magos. Envueltos en sábanas como beduinos, aparecieron calle abajo trayendo sus caballos a paso corto, para que el trayecto pareciera más largo. Al alcanzar el zaguán desmontaron, se arrodillaron respetuosamente e inclinando sus cabezas envueltas en toallas delante de la joven pareja, ofrecieron sus regalos. José recibió una bolsa llena de monedas de juguete y una garrafa de vino; María, un nuevo pañuelo para la cabeza, un pocillo de cerámica y un ramo de flores de plástico. Todo lo que una pareja recién casada podría necesitar para instalarse en su nueva casa. No pude ver qué le regalaron a Jesús, porque justo se cruzó un caballo.

De improviso, parecía que un verdadero drama se había desencadenado en la tienda de los indómitos pastores. Toda la estructura se vio vivamente iluminada desde dentro y salieron brincando cuales pulgas. Mientras jugaban como locos, le

habían pegado a una lamparilla que se dio vuelta encendiendo la paja del suelo para extenderse de inmediato hacia toda la carpa. Por fortuna era muy poca, así que hubo más humo que llamas. Tan pronto como escapó el último pastor, se sofocó el fuego con las frazadas. Los otros niños tomaron ventaja de esta no planificada adición al programa navideño y comenzaron a correr chiflando, chillando y saltando. Relinchando, los caballos se encabritaron, comenzaron a dar coces y botaron el pesebre en medio de la conmoción general. Peter no titubeó y vimos el destello de una camiseta blanca que dio vuelta a la esquina y pasó frente a la clínica, desapareciendo así el Niño Jesús en medio de aquella cálida noche veraniega. Todo el mundo, aclamando y aplaudiendo, comenzó a dirigirse a la iglesia para la misa de Nochebuena. Nos quedamos para ayudar a María y a José a llevar sus cosas. Alguien estaba gritando que los caballos se habían escapado al potrero a comerse los choclos. La estrella de papel de aluminio atrapó un rayo de luna y un tenue fulgor de plata la iluminó por un instante.

La misa de Nochebuena era el evento más importante del calendario de los misioneros. La iglesia se llenó poco a poco. Las mujeres se sentaron en las bancas, algunas amamantando a sus críos mientras otras acunaban con ternura a sus hijos dormidos en el regazo. En esta época del año los niños mayores no se toman la molestia de ir a la cama y, particularmente de noche, están llenos de vida y energía. Se perseguían unos a otros corriendo por los pasillos laterales y tropezaban con los perros que seguían a sus amos. Hacía un calor insoportable. El rancio olor a humo que emanaba de las ropas de los campesinos se mezclaba con el embriagador perfume del incienso y de las flores que cubrían el altar. Un aroma único que solo podía respirarse en esta iglesia y en esta misa. Aunque la nave tenía luz eléctrica, en esta noche tan especial solo se hallaba iluminada por espigadas velas. El padre Juan resopló con suavidad sobre el micrófono. Ambos sacerdotes vestían sus túnicas ceremoniales blancas recamadas con motivos mapuche en oro y púrpura. El padre Gerardo se inclinó sobre altar pidiendo inspiración divina. La madre Tarsicia, a cargo del acompañamiento, ondeó su esbelta mano y comenzó la melodía. Pero no se trataba esta vez ni de música típica ni de un coro usual de iglesia. Dos grupos de muchachas y muchachos estaban sentados alrededor del altar con guitarras, flautas y tambores. Más que cantar villancicos, gritaban alegremente. Bersabeth, con un clavel encarnado en la oreja y ataviada cual bailarina de flamenco con un vestido de vuelos rojos y blancos, estaba de pie delante de su coro y marcaba el tiempo palmoteando sobre la tapa de su guitarra. Todos se le unieron aplaudiendo y marcando el ritmo con los pies. La iglesia retumbaba hasta sus cimientos. Comparaba en mi mente todo esto con los servicios navideños que había conocido en Europa donde los acordes de “Noche de Paz” tan conmovedores nos dan esa pizca de melancolía porque viene a nacer esa noche el Inocente. Aquí, las canciones de Navidad eran una maravillosa celebración pagana de la vida, del sol y del verano. El padre Gerardo finalizó sus plegarias y se puso de pie delante de toda la congregación abriendo ampliamente sus brazos como si quisiera abrazar al mundo entero.

La música cesó de golpe. Las velas arrojaban sombras sobre el altar. Todos comenzaron a rezar. Luego vino otro momento de silencio donde el único sonido provenía de las madres que calmaban a sus guaguas. Tras tomarse unos instantes para recoger sus pensamientos, el padre Gerardo se dirigió de nuevo a la grey con su español cargado de acento inglés y comenzó a narrar la historia de una joven mujer que había dado a luz en una noche como esta. Un cuento conocido en todo el mundo. En su sermón, el sacerdote habló de la persecución que sufrió el recién nacido y la comparó con las diarias persecuciones que sufren los pobres a manos de los poderosos, diciendo que los tiempos no habían cambiado mucho y que los niños continuaban sufriendo. Habló del amor de Cristo por los pobres y desvalidos y concluyó diciendo que Él debería ser un símbolo de paz y amor para todos los cristianos sin importar su raza, nacionalidad o riqueza. Los mapuches y los chilenos escuchaban con solemnidad las palabras del misionero norteamericano en esta rara ocasión de armonía racial. Luego, rezaron todos juntos y cantaron de nuevo.

Sin embargo, no es posible adivinar cuán estrechamente se conectan, para los mapuches, el nacimiento de Cristo acaecido hace dos mil años con la existencia de un único y verdadero Dios. Su sistema de creencias es muchísimo más complicado de lo que se permitían reconocer los misioneros de Cholchol. Los padres no podían librarse de la sospecha de que los mapuches habían agregado la Santísima Trinidad a su ya considerable panteón de seres sobrenaturales, decidiendo que un dios cristiano podría también ser de utilidad en su constante lucha contra las fuerzas del mal que asolan a la humanidad en general y a los indios en particular. Además, una vez aceptado en la comunidad de los dioses mapuches, al dios cristiano se le proporcionó pronto una esposa, porque ni siquiera Dios podía estar solo por completo. Gerry llegó ahora al final de la misa, irradiando gozo y sumergiéndose una vez más en la pompa y ceremonia de la liturgia católica. La orquesta acometió el *finale* y los asistentes se alinearon para la comunión. Las monjas oscilaban entre las bancas ayudando a calmar a los niños que ya estaban agotados. Las velas blancas se curvaban por el calor y los claveles contrastaban vivamente con los bordados de blanco azucena. Los talones de las niñas marcaban el ritmo bajo sus voluminosas polleras mientras la orquesta tocaba y todo el lugar se atiborraba de colores sin fin. Justo al final de la misa todos los jóvenes les hicieron un regalo especial a los misioneros, rompieron en una versión *a capella* del conocido espiritual “When the saints go marching in”. El padre Gerardo estaba tan sorprendido y encantado que parecía como un oso polar danzando delante del altar.

Espero que Cristo haya gozado de esa celebración de su cumpleaños festejado en su honor en la pequeña capilla blanca de Cholchol. Cuando finalmente pude abrirme paso entre la multitud en busca de aire fresco, la luna resplandeció de lleno en mi rostro. En esa fase, semejaba un gran cáliz inclinado. Se oyó el lejano canto de un gallo recordándonos que habíamos asistido a su misa, a la “Misa del gallo”, como se le llama en Chile a la misa de Nochebuena. Todo parecía estar

bien y en su preciso lugar en el mundo. ¡Ah, si tan solo dejásemos de buscar y exagerar las diferencias que hay entre nosotros! ¡Si pudieran terminar de una vez la incomprensión y la crueldad nacidas de la absurda creencia en nuestra superioridad! Nuestros antepasados lo llamaban falso orgullo. Mientras alzaba mi vista hacia la Cruz del Sur suspendida sobre mi cabeza como si colgara de una cadena invisible, me embargaban esos pensamientos sentimentales. ¿Y por qué no? Sin duda en esta noche de todas las noches era lícito que una persona regresara a su niñez, al mundo de los cuentos de hadas donde, tras innumerables pruebas de valor frente a dragones humeantes y hechiceros malvados, siempre acaba triunfando el bien sobre el mal.

RUMBO AL SUR

Pasó el año y ya estábamos en enero de 1970. Hacía un calor infernal y el único lugar soportable era junto al agua. Por fortuna, contábamos con el río Cholchol a la vuelta de la esquina, otros tenían que atravesar kilómetros abrasadores y polvorientos para llegar hasta allá. El caudal había caído más todavía y ahora se podía manejar por más de un kilómetro sobre el lecho húmedo y tupido para llegar hasta los viejos sauces que crecían en la orilla rodeados por pequeñas playas de arena reluciente. Todos los fines de semana una fila de autos y camiones destartados cruzaba el puente y descendía cautelosamente al río, para seguir la huella de arena que los llevaba a su sitio de camping preferido. Observábamos todo ese ajeteo desde alguna de las islas, ocultos bajo la sombra de sauces jóvenes que brotaron después de las inundaciones del invierno. Cuando una familia típica llegaba a su lugar predilecto, se abría la parte trasera del camión y saltaban, de a uno, como veinte muchachos. Primero, ayudaban a las mujeres a bajarse, después descargaban con todo cuidado las provisiones y por último a un abuelo centenario que surgía con parsimonia desde las profundidades del vehículo junto a su silla favorita, la cual era instalada en la arena a la sombra de un árbol. Luego, hacían fuego para el famoso asado chileno. Un gran trozo de carne puesto a la parrilla se cocía lentamente durante toda la tarde. Los hombres se acomodaban alrededor de una garrafa de vino enfriada en el agua del río. Llegaba entonces el turno de las mujeres. Hacían las ensaladas, cortaban el pan y disponían la mesa que habían traído en el camión. Mientras tanto tomaban mate sin despegar un ojo de los niños que chapoteaban alegres en el agua. Los muchachos se tiraban desde las ramas de los árboles y había siempre gran alboroto y risas cuando la corriente se llevaba los pantalones de alguno.

También era interesante observar a las familias mapuches que venían al río a realizar su lavado anual de ropa. Primero, hacían bajar la carreta hasta los ejes para que los bueyes calmaran la sed. Luego descargaban un gran tambor, lo aseguraban entre las rocas y le prendían fuego abajo. Mientras se hervía la ropa blanca, las mujeres lavaban las frazadas y la ropa de color en el río. Las sábanas, luego de hervidas, eran frotadas sobre las rocas. La ropa limpia era colgada en los sauces para que se secase al sol con el viento caluroso mientras la familia se divertía en el agua. No había prisa alguna, reinaba por doquier una atmósfera de alegría y toda la familia gozaba de una fiesta acuática. El “Día del Lavado”

se aguardaba durante todo el año. Al atardecer se unían al equipo de trabajo de mujeres y niños los hombres y los muchachos y, a la luz de la luna, el evento parecía un “festival de la limpieza”.

La sed del verano, sin embargo, no había logrado amansar al gran río Cholchol y Peter lo aprendió un día fatídico del modo más severo. Apenas llegamos a nuestro sitio escogido, Muñeca, que jamás se perdía una salida familiar, se arrastró por la arena en la sombra, pretendiendo estar agotada y haciéndonos ver que teníamos que estar locos para haber dejado el fresco y adorable jardín que teníamos en casa. Se echó sobre sus patas húmedas pidiendo paz y tranquilidad para su siesta. Cerró los ojos y sacó la lengua para demostrar que se moría de calor. Pero todo esto era puro *show*, porque Muñeca siempre mantenía un ojo atento a todo lo que estaba sucediendo, no se perdía de nada. Peter había decidido que ya era un experto nadador y que las pozas del río eran algo aburrido para un aventurero como él, así que, en ese día, había resuelto internarse en la profunda y poderosa corriente al centro del lecho principal, donde a mí me gustaba nadar. No pasó mucho tiempo antes de que su cuerpo ligero fuese arrastrado por las aguas y desapareciera bajo las raíces sumergidas de un sauce. Muñeca fue la primera en darse cuenta que algo malo estaba pasando, y cuando ella expresaba ansiedad, era imposible ignorarlo. Comenzó a correr ladrando, aullando, dando saltos en el aire y revolcándose como si padeciera un ataque. Lidia, que había estado jugando en la arena a su lado, se contagió con la histeria de Muñeca y ahora eran las dos las que chillaban y saltaban como poseídas. La conmoción era tan grande que, pese a estar lejos de la orilla, llegó a mis oídos. De inmediato me di cuenta de que no podía divisar a Peter. Poco antes le había dicho que no tratara de venir a mi lado y se quedara en el borde. A una distancia de unos veinte metros distinguí su pequeña manito blanca emergiendo desde las oscuras profundidades del río. Fue un vistazo de un segundo antes de que desapareciera bajo la superficie. Casi me disloqué los hombros nadando hacia el sauce. Me sumergí al menos diez veces en la negrura hasta poder levantarlo con el pie. Estaba tendido, inconsciente, en el fondo del río. Por fortuna, aunque profunda en esta parte, el agua era relativamente calma, así que las raíces del árbol no lo habían cogido y estrangulado. Lo arrastré al exterior donde ya se había reunido un gentío que me ayudó a ponerlo sobre la arena. Peter volvió en sí después de haberle sacado medio río de sus pulmones. La gente seguía llegando, sacudiendo la cabeza y diciendo que siempre habían sabido que nadar era algo muy peligroso. De no haber sido por la perrita, Peter habría pagado su temeridad con la vida. Muñeca solo dejó de llorar y de lamer el cuerpo del niño medio ahogado cuando él movió un párpado y percibió que estaba fuera de peligro. Ella volvió entonces a ubicarse de nuevo cómodamente a la sombra de su observatorio favorito. Aceptaba con benevolencia todas las alabanzas y elogios que le prodigaron entrecerrando sus ojos dorados y solo se alzó cuando apareció a su lado un tarro con restos de leche condensada. Llena de placer, lo siguió lamiendo durante toda de la tarde. Después de esta peripecia tuvimos que

estar constantemente pendientes de Muñeca, ya que varias veces la quisieron robar. La fama de su increíble inteligencia y habilidad para proteger a los suyos se había extendido por toda la región.

Nuestras primeras vacaciones de varias semanas fue un viaje a Chiloé y a los lagos que hicimos en enero. Unos amigos antropólogos estaban haciendo trabajo de campo en la isla de Quenac y nos habían invitado a visitarlos. Fue con mucha anticipación que preparamos nuestro viaje al sur, tierra de montañas imponentes, vastos lagos y volcanes coronados de nieve. El primer día llegamos a Pucón, a los pies del volcán Villarrica, donde vivía nuestro compatriota, el señor Pollak. Milan lo había conocido muy poco después de su llegada a Chile mientras buscaba un lugar para realizar su trabajo de campo. Apareció una tarde en el famoso hotel Antumalal decididamente maltrecho después de haber pasado cuatro días a caballo. Estaba entumecido, sudado y debía sentarse con extremo cuidado. El señor Pollak lo invitó a su majestuosa casa a pasar unos días para recuperarse tal como si fuese un amigo de la familia. Pero esta vez, por desgracia, no encontramos a los Pollak en casa. Poseían un fundo en el límite argentino y con las actuales reformas que sacudían al país, pasaban allá la mayor cantidad de tiempo posible. En realidad, el riesgo de que su propiedad fuese nacionalizada era bajo, ya que en Santiago estaban bien al tanto de la importancia nacional del hotel de los Pollak. Lo testimoniaban las fotos que había en la recepción. El lugar de honor lo ocupaba una del señor Pollak con la reina Isabel. Daba la impresión de que era la Reina quien había buscado a su viejo amigo. Había otra con el rey de Bélgica. En esa, el Monarca exhibía orgulloso el logro de su expedición a pescar: un enorme salmón. También había una del señor Pollak junto a miembros de la familia real española. Otra con él y el candidato presidencial estadounidense. En resumen, cada visita de Estado terminaba con una estadía informal en el hotel de los Pollak junto al lago Villarrica. El edificio se alzaba en medio de un entorno natural de belleza sobrecogedora que el arquitecto se había esforzado en preservar. Descansábamos en la terraza tomando un café mientras los niños disfrutaban de un helado. Esa terraza, respetando su emplazamiento natural, había sido hecha con parte de las gigantescas piedras que cubrían toda la ladera del volcán y que sostenían las mesas y banquetas cubiertas con cojines de colores llamativos, rodeadas por flores silvestres rojas. Varios de los cuartos del hotel estaban atravesados al medio por un colosal tronco de árbol, quedando las raíces bajo el piso y la fronda sobre el techo. El tronco complementaba un interior moderno, amueblado con mobiliario simple y elegante, hecho con la exquisita madera de los bosques chilenos. Las sillas y el suelo se cubrían de pieles y mantas tejidas por maestras mapuches. Era evidente que, a pesar de que el costo de amoblar había sido relativamente bajo, los honorarios del arquitecto habían sido altos. Era un ejemplo del estilo moderno Bauhaus. Toda la residencia del hotel se hallaba erigida en una posición única, a medio camino del lado de una colina, con un volcán como telón de fondo y, a sus pies, el lago de cristal azul salpicado de yates que tenía además la fama de ser un paraíso para los pescadores. Un

andarivel de esquí operaba cerca del hotel durante todo el año y para el verano se contaba con una playa privada. Pronto nos dimos cuenta de que, en ausencia de los dueños, era ilusorio esperar un trato especial y la cuenta que recibimos por los refrescos y nuestro servicio de té nos dejó muy en claro que no estábamos al mismo nivel financiero que la reina de Inglaterra. Así, le dimos unas respetuosas buenas tardes al administrador y volvimos adonde pertenecíamos, al auto y la carpa. Al ponerse el sol, levantamos campamento a orillas del lago Caburgua.

La belleza agreste del lugar era deslumbrante. La playa, amplia y arenosa sin un alma a la vista, descendía suavemente a las aguas verde esmeralda que reflejaban los macizos nevados, dando la impresión de una fotografía exótica puesta de cabeza. Cuando el sol se hundió tras el abanico de montañas, las aguas se tiñeron por un instante de rojo sangre. Apenas las nubes comenzaron a opacar el cielo, se volvieron negras. Tras la tienda se alzaba el murallón de un bosque milenario que con la penumbra volvió a la vida con susurros, fantasmagóricos crujidos, hondas pisadas e inverosímiles chillidos de pájaros y animales. La carpa estaba protegida por la arena de las dunas y sus cuerdas se hallaban atadas a un grueso tronco que, varado desde hace mucho en el lago, alzaba sus blancas ramas como los huesos de un animal prehistórico.

Alrededor de la medianoche, mientras vaciábamos la última copa de vino junto al rescoldo, pregunté si acaso no sería buena idea acampar allí por un par de días. La belleza y la paz del lugar eran un bálsamo para el alma y el cuerpo. Pero todo cambió. No mucho después, el hasta entonces calmo y plácido lago se convirtió en un océano proceloso de olas enormes que incluso arrojaban arena hasta la cubierta de la carpa. A la mañana siguiente, Milan tuvo que hacer el desayuno bajo una fastidiosa llovizna que se convirtió pronto en una lluvia densa e incesante. Se mojó todo y no quedó más que guarecerse. Los niños, frustrados, tuvieron que ponerse los impermeables y las botas en vez de los trajes de baño. El tiempo estaba horrible... y empeoraba. La lluvia no cedía, se volvía cada vez más densa y el valle se cubrió de una bruma blanca. Así que nos perdimos todos esos increíbles paisajes de los que tanto nos habían hablado y tuvimos que regresar a la insoportablemente aburrida carretera Panamericana enfilando hacia "las tierras de los alemanes". Cruzamos las ciudades de Valdivia, La Unión y Osorno. Era una rica campiña "bávara", fresca y verde, donde todo lucía como recién lavado y barrido. No daba para nada la sensación de estar en Chile. Rebaños de gordas vacas de *pedigree* pastaban sobre las colinas y filas de tarros con leche espumante reposaban en estanterías de madera junto al camino para ser llevados a las lecherías. En un cruce, un letrero nos señalaba la proximidad del pueblo de Nueva Braunau. Mientras mirábamos atónitos la señalización, vimos un grupo de muchachos y muchachas pelirrojos y pecosos, vestidos a la usanza austríaca. Marchaban por el camino, entrelazados y cantando una canción alemana a todo pulmón. Les preguntamos dónde podríamos pasar la noche. Al escucharnos hablar en español no nos contestaron sino que nos dirigieron una mirada burlona. Fue solo cuando repetimos la pregunta en alemán que nos dijeron que había una

granja en las afueras del poblado cuyo dueño era conocido por arrendar cuartos. Y vaya sí los tenía. De hecho, toda la buhardilla era para arrendar. Las piezas eran amplias, tenían vigas negras y estaban amobladas con pesados muebles opacos. Los húmedos cobertores de pluma de ganso fueron apilados sobre las camas hasta llegar casi al techo.

La población alemana local afirmaba ser de la más pura y tradicional cepa sobreviviente después de la Segunda Guerra Mundial. Era un secreto a voces que la comunidad alemana del sur de Chile era por completo autosuficiente, que sus relaciones con el resto de la población eran solo formales y que jamás se habían tomado la molestia de aprender español. Se autogobernaban, tenían sus propias escuelas, iglesias y tiendas. Los alemanes que vivían en Chile eran una minoría privilegiada que vivía inserta en una mayoría cuya cultura era distinta. Era interesante observar cómo se las arreglaban para convencer al resto de los habitantes de la nación, no muy célebre por su tolerancia racial, que debían estar orgullosos de contar con una comunidad alemana viviendo en medio de ellos. Huelga decir que cuando se trataba de los servicios públicos, el Ejército o los negocios, los alemanes aprovechaban cada oportunidad para quedarse con las ventajas propias de los mejores puestos. Tradicionalmente, ocupaban cargos directivos tanto políticos como administrativos en el país, pero, por sobre todo, estaban más a gusto en el mundo militar. Hablando en general, aunque los chilenos no les tenían mucho cariño a estos inmigrantes, mantenían una distancia respetuosa y, a regañadientes, admiraban su capacidad de trabajo, orden y talento para la organización, ya que era evidente que un chileno común y corriente no les podía competir en esas áreas. Por esta razón el gobierno defendía de forma abierta la posición privilegiada que ocupaban.

La familia que nos arrendaba el cuarto era considerada parte de la aristocracia local. Pese a que habían vivido en Chile durante varias generaciones, solo hablaban alemán. Al anochecer, el dueño comenzó a recordar a sus ancestros y mencionó con orgullo que la comunidad de esa región estaba compuesta de los últimos descendientes racialmente puros de los teutones. No sentía respeto alguno por los alemanes europeos, cuya raza, en su opinión, había sido contaminada, en especial después de la llegada de las fuerzas aliadas norteamericanas. Sostenía que eso había ocurrido porque los norteamericanos llevaban a negros en sus divisiones y todo el mundo sabe que las hambrientas y desmoralizadas mujeres alemanas de ese tiempo se acostaban con cualquiera a cambio de un trozo de chocolate o un par de medias. Estaba claro que nuestro anfitrión alemán no solo había meditado mucho sus teorías sobre el pasado sino que también había considerado el futuro. Cuando toda la población de Europa fuese diezmada en la inevitable tercera guerra mundial, ellos, los alemanes de Faja Maisán, retornarían a reclamar su herencia racial y geográfica. Volverían al viejo terruño y así se consumaría por fin el sueño del eterno Imperio alemán. Ahora, cómo podría la población de Chile —alemanes u otros— sobrevivir al holocausto nuclear era algo que no estaba muy

claro. Quizá su innata superioridad les otorgara inmunidad automática contra la radiación. Su esposa, sentada junto a la ventana cosiendo a la pálida luz de una lámpara, sacudía tristemente la cabeza frente a sus comentarios.

–No se puede confiar en los jóvenes de hoy en día –apuntó.

Aunque habían sido educados en las mejores escuelas alemanas, proyectaban su futuro en este continente y preferían visitar su antigua patria solo como turistas, quejándose a su regreso de las dificultades que habían tenido para comunicarse y de cómo se habían burlado de ellos al escucharles hablar en un alemán anticuado.

–Hay muchos matrimonios interraciales, principalmente en el norte –suspiró la señora– y encontrar allí un niño que hable perfecto alemán, equivale a buscar una aguja en un pajar.

Durante nuestra conversación, también tocamos el tema de la creciente degeneración física y mental al interior de las cerradas comunidades alemanas del sur, debido a los persistentes matrimonios consanguíneos. Era un tema discutido muy a menudo entre los médicos de Temuco. El viejo rehusó aceptar la idea de que sus compatriotas estuviesen sufriendo los efectos de la endogamia. Su esposa, sin embargo, meneó la cabeza, demostrando estar más preocupada por ese asunto que su marido. Nos fuimos a acostar exhaustos, pero la noche no trajo descanso, solo pesadillas. Fui acosada hasta altas horas de la noche por horrores góticos acompañados de una música saturada de tambores y bronces que, de un tocadiscos, subía desde la planta baja. Los cobertores eran viejos y pesados, estaban húmedos y apestaban a moho añejo.

Cruzamos el canal de Chacao en un ferri que despedía fuerte olor a petróleo y se sacudía con ímpetu sobre unas aguas de azul casi negro. La Panamericana tiene un magro final al llegar a Chiloé y se convierte en una típica ruta llena de hoyos y parches de asfalto. Se abría camino a través de la ondulada campiña, apenas cubierta de arbustos y con el ocasional árbol torcido y ralo. Cabras y ovejas pastaban al pie de las colinas. Se veían casas de campo blanqueadas a la cal y pequeñas granjas firmemente apuntaladas al suelo por pircas interminables. La vegetación y el pasto pegados a tierra dejaban en claro la dirección que tomaba el viento a lo largo del año, desde los hielos del sur hacia el norte. El paisaje me recordaba a Escocia. Aquí también innumerables murallas de piedra cubrían las colinas demarcando el territorio. El cielo parecía tocar la desolada tierra cubriendo con grises nubes el puñado de viviendas que habían logrado afincarse en ese remoto y agreste paraje.

Chiloé marca, en cierta forma, el inicio de la Patagonia. Esta es como un afloramiento de Sudamérica que hubiese sido golpeado en algún punto por el martillo gigantesco de los dioses y se hubiese fragmentado en miles de pequeñas islas. Los mapas apenas muestran poblados, solo canales semejantes a los fiordos de Noruega. La parte del territorio que pertenece a Chile está, incluso, más fraccionada que la de Argentina. Al atardecer nos embarcamos por última vez desde el puerto de Achao hacia la isla de Quenac. Peter y Cecilia nos estaban esperando. La breve travesía se vio animada por la inesperada aparición de un grupo de

delfines que, para delicia de los niños, dieron su espectáculo saltando alrededor de la embarcación. “¡Toninas!, ¡toninas!”, gritaban. Todos los pasajeros quedaron hechizados por los destellos de sus barrigas de plata y sus bocas sonrientes. Al contrario del capitán, que los maldecía, porque ya era difícil mantener el rumbo sobre la superficie encrespada sin contar con el jovial despliegue de los delfines.

Para sorpresa nuestra, la diminuta isla de Quenac se hallaba densamente poblada. Aunque Peter y Cecilia Lintner llevaban solo unos dos meses en el lugar, daba la impresión de que habían nacido allí. Peter era un joven antropólogo estadounidense de ascendencia austríaca y Cecilia era una encantadora muchacha de Viña del Mar. Vivían junto al mar en una casa de pescadores. Apenas llegamos nos vimos sumergidos en una tarde de festejos, baile y la elección de la reina de la Isla. El evento tuvo lugar a la luz de las lámparas de petróleo en el centro cultural, construido con tablas de madera y muy parecido al que teníamos en Cholchol. La música estaba a cargo de acordeones y bombos y, curiosamente, ninguna guitarra. Era música folclórica tradicional de Chiloé. Casi todas las canciones y bailes, llamados “periconas”, hablaban de una especie de sirena, originaria de aquellos parajes y que gustaba de sentarse en las rocas a fascinar a todos con su voz encantadora. Alrededor de la medianoche, y en reconocimiento de nuestro estatus de huéspedes de honor, la banda decidió tocar una canción folclórica checa. Aplaudimos llenos de entusiasmo —o tanto como pudimos con un vaso de vino en cada mano— a los acordeonistas que nos agasajaron con una ferviente versión de... “Kalinka”. No les dijimos que era una famosa canción rusa. Al día siguiente salimos a explorar la isla. La economía estaba tradicionalmente centrada en la pesca con algo de agricultura, pero en los últimos años habían comenzado a cultivar remolacha azucarera y a introducir la crianza del cerdo. Los primeros resultados habían sido tan prometedores que la refinería de azúcar nacional, IANSA, había construido un aeropuerto que las fuerzas armadas chilenas también consignaban en sus mapas y que era utilizado por aeronaves pequeñas. Para los isleños era de mucha utilidad a la hora de tener que trasladar a alguien gravemente enfermo a la Isla Grande de Chiloé. El medio de transporte habitual de los lugareños lo constituían pequeños y desvencijados botes de motor, los equivalentes de una micro rural. La vida era muy básica. La comida venía del mar y de lo poco que podían cultivar en sus tapiados jardines durante el exiguo verano. Una lata de Nescafé o algunos paquetes de tallarines eran regalos muy apreciados. La población local se componía de los descendientes de los inmigrantes españoles mezclados con otros trotamundos y calaveras europeos. Había un aroma decididamente germánico en su folclore. Parecía que la población original indígena no había dejado traza o recuerdo alguno.

Los días que siguieron fueron una delicia. Una mañana, cuando la marea estaba baja, salimos a recoger almejas que luego Cecilia cocinó con arroz. Milan y Peter construyeron una perrera para Lizzie, la cachorrita más pequeña, hija de Muñeca, que le habíamos llevado de obsequio a los Lintners. Un día después de almuerzo, cuando el sol salió de improviso y comenzó a hacer un calor insólito,

los niños decidieron que había llegado el momento de nadar en el mar. En la orilla tomaban el sol unos viejos pescadores confortablemente apoyados contra una pared de piedra. Sacándose las pipas de sus desdentadas bocas esperaban con gran interés lo que venía. Los niños, en traje de baño, corrieron de inmediato al agua gritando de felicidad, pero un segundo después salieron huyendo de las olas con sus cuerpos azules, temblando y estupefactos, el agua era como hielo. Los viejos se retorcían de la risa.

Estuvimos en Quenac unos cinco días, que fue el tiempo que les tomó a ambos antropólogos discutir los aspectos intrínsecos de la investigación de Peter. Además, salíamos a pescar y a mariscar, compramos dos mantas de lana gruesa y con Cecilia hicimos varias visitas a los vecinos. El viaje de vuelta en la vieja embarcación desde Quenac a la Isla Grande fue cualquier cosa menos plácido. El mar estaba muy tempestuoso, el viento aullaba y nubes grises rodaban sobre las colinas. La isla se perdió muy pronto de vista tras cortinas de lluvia. Se había aconsejado a los pasajeros permanecer abajo y el agua sucia que había en el fondo comenzó a salpicarnos los pies a medida que se bamboleaba el bote. Tras algunos momentos, Milan tuvo que volver a cubierta porque se sentía por completo mareado y necesitaba aire fresco. Peter Lintner iba con nosotros, había estado con dolor de muelas y necesitaba ir al dentista, sin embargo, con la ajetreada travesía el dolor había cedido un poco. Ambos se quedaron en cubierta discutiendo por cuánto tiempo sería posible sobrevivir en las aguas de la Antártica. La inspiración de este tema surgía porque la tormenta ahogaba el motor de cuando en cuando, haciendo muy difícil gobernar la embarcación. Por fin llegamos a puerto. El capitán ancló junto a otros botes que estaban en fila y bastante lejos de la costa, así que tuvimos que esperar a que viniera alguien a llevarnos a tierra firme. A estas alturas, varios compañeros de viaje estaban visiblemente verdes. Por último, despacharon desde la orilla una carreta de bueyes. Los animales vadeaban las espumantes olas que les llegaban hasta el pecho y esperaron con paciencia junto a la embarcación mientras se cargaba la carreta. Primero, los canastos y fardos de productos destinados al mercado; luego, las obligadas gallinas y otros animales y, por último, los pasajeros humanos. Los bueyes dieron entonces un amplio giro contra la poderosa corriente y comenzaron a arrastrar la pesada carga hacia la playa, rompiendo las olas con sus pechos colosales. Cerca de la orilla, nos salió al encuentro un grupo de hombres. Vestidos con ropa impermeable, cargaron a las mujeres gordas del mercado en sus espaldas y las llevaron a tierra firme. El que me llevó bromeaba que iba aceptar la mitad del pago, ya que yo apenas pesaba. Sentí como si una vieja pintura cobrara vida, los curtidos y arrugados rostros, las mujeres, envueltas en mantos de lana, aferradas a las espaldas de los hombres que vadeaban las aguas. Desde arriba, varas de intensa luz fluían a través de las nubes bajas y oscuras hasta caer en las aguas como ardientes espejos. Las llamaban “cabellos de ángel”. Otro mundo... otro tiempo.

Dejando Chiloé, regresamos a lo que se llama “el sur” y comenzamos a recorrer la zona de los lagos. Ahora se podía hablar en serio de unas vacaciones de

verano. Como no teníamos planes definidos, decidimos avanzar hasta encontrar cielo azul, sol, agua, montañas y volcanes. El lago Ranco no cumplió nuestras expectativas, estaba atestado de veraneantes santiaguinos. Así que nos desviamos hacia la frontera con Argentina, el área de los pequeños lagos que destellaban en medio de la negra arena volcánica. Allí encontramos un calmo y pacífico refugio para acampar. El único sonido que perturbaba la tranquilidad natural era el ocasional zumbido de algún avión privado volando hacia la propiedad de algún latifundista alemán. Finalmente, en Piedras Negras, descubrimos un pequeño hotel a la orilla del lago Rupanco que colmó todos nuestros anhelos. Allí capturó Peter su primer salmón de casi tres kilos y su nombre quedó inscrito en el registro de los pescadores.

UN NGILLATUN

Toda vacación tiene su fin. No más leyendas, no más canciones, no más sirenas cantando sobre las rocas. Hacía mucho que la reina de belleza de Quenac con su tiara de perlas había sido arrebatada por los blancos toros de Poseidón en medio de la espuma de las olas. Los pescadores todavía danzan en la playa al son de sus acordeones. No más lagos con volcanes escondidos, no más lagunas verdes y ríos bullentes de salmones, no más choroyes graznando en las copas de los árboles ni picaflores como mariposas y mariposas con alas como las páginas abiertas de un libro de pintura.

Volvimos a la cruda realidad. Las apiladas cartas que habíamos recibido desde Praga parecían insoportablemente tristes, desesperadas incluso. Muchos de nuestros amigos habían muerto, otros se habían suicidado. No eran en particular viejos ni estaban muy enfermos, pero la falta de esperanza había minado de manera fatal sus ganas de vivir. El Departamento de Ciencias Sociales de la universidad había sido clausurado y esta última noticia había golpeado a Milan. Había crisis energética, escaseaban el gas y la electricidad y a mí me preocupaba que la gente no tuviese allá combustible para calefacción. Mi madre estaba postrada con gripe y no podía ni siquiera comprar una aspirina. No había limones. Solo un invierno que calaba hasta los huesos y rusos por todas partes. Los diarios chilenos informaban en detalle acerca del peculiar proceso de “normalización” que se estaba desarrollando en Checoslovaquia. Incluía la impactante noticia del hallazgo en Praga de una célula trotskista que había extendido sus tentáculos a todo lo largo de la república. En apariencia, se había propagado desde el Departamento de Ciencias Sociales. Era increíble a lo que podían llegar esos inquisidores modernos con tal de justificar sus crímenes ante los ojos de Occidente.

En Chile, el gobierno había decidido alzar el costo de la vida. El precio de la comida y otros bienes comerciales subió un 50%, lo que llevó a un pánico generalizado y a una oleada de huelgas. La sequía continuaba y comenzó un período de penurias, particularmente para los mapuches que vivían de cosecha en cosecha. Como de costumbre, estaban aquellos que sacaban ventaja de la situación para llenarse los bolsillos a costa de los más pobres. Los comerciantes subieron el precio de la harina a un escudo por kilo, una suma enorme, y ello agravado por el hecho de que solo querían venderla a sus clientes habituales. Por lo menos se podían conseguir verduras y papas, pero el pan es el pan después de todo

y sin él hay hambre. La pobreza que los mapuches estaban padeciendo en esa época del año tenía una simple causa, habían consumido la última cosecha y el trigo de este año todavía estaba en los campos. Este era el círculo vicioso que consolidaba el poder de los molineros de Cholchol. Los indios, que jamás tenían dinero en efectivo, le habían prometido al molinero que en otoño le darían el doble de grano requerido para producir la harina que ahora él, graciosamente, otorgaba a las familias necesitadas. Y así, el trigo que todavía estaba creciendo en los campos ya estaba siendo usado para alimentar a bocas hambrientas, pero a una tasa de interés abusiva. Para peor, debido a la persistente sequía, las últimas cosechas habían sido extremadamente exiguas. Sin duda que los economistas del gobierno estaban al tanto de la preocupante situación de la agricultura en el sur de Chile. El problema no consistía solo en magras cosechas para los pequeños propietarios o los indios, estaba el asunto grave de los latifundios que no aportaban alimento suficiente a la nación debido a la negligencia de sus propietarios. La tierra se dejaba yerma porque ser dueño de esas propiedades era fundamentalmente cuestión de estatus. Si se llegaba a producir alimento allí, se destinaba a las despensas de la casa que los dueños tenían en la ciudad. Los expertos en agricultura de la CEPAL, donde Honza Knakal era empleado, habían calculado que Chile, bajo condiciones ideales, podía producir comida suficiente para alimentar a treinta millones de personas. Y en esos momentos, sin embargo, Chile importaba alimentos.

El gobierno demócrata cristiano comenzó a dar sus primeros y tímidos pasos para afrontar ese problema. Decidieron redistribuir entre algunos pequeños propietarios la tierra que estaba baldía en los enormes y abandonados latifundios, formando los así llamados asentamientos, para que trabajaran en conjunto la tierra recién adquirida. Pero esta nueva reforma agraria no estuvo a la altura de las expectativas de los teóricos de la agricultura. Los miembros de las nuevas cooperativas agrícolas —otro nombre para los asentamientos— carecían de toda experiencia en trabajo colectivo y, así, en vez de un rápido crecimiento en la producción, lo que en realidad trajeron estas reformas fue una disminución. Los mapuches, que en este contexto pertenecían a la categoría de propietarios de terreno, vieron con abierto disgusto los nuevos cambios. Vivían en el temor constante de que sus pequeños campos y pastizales les fueran arrebatados mediante una artimaña burocrática y se los otorgaran a los chilenos sin tierra no veían esas reformas como un medio para hacer rendir los extensos e improductivos latifundios ni tampoco como una vía para dar tierra a la gente pobre que carecía de ella. Para ellos, todo el proceso no era más que un absurdo cambio de propiedad, y consideraban que uno de los rasgos más desagradables de los chilenos era esa necesidad constante de estar cambiando las cosas e introducir reformas. Sin duda, uno tendría que haber estado ciego para no ver que por más miserable que fuese la situación en ese momento, las reformas la volverían peor.

Daba gusto contemplar el cielo azul profundo de comienzos de otoño. El número de jotes volando en círculo había aumentado marcadamente en el ve-

rano, era evidente que su cosecha había sido mejor que la de nosotros. Los ruidos del poblado que alcanzaban a nuestro puesto de observación arriba del río eran mucho más apagados que en el verano. Toda la campiña yacía bajo una enrojecida manta de polvo que amortiguaba cada grito, risa o insulto que venía de allí. La tierra sufría de una sequía perpetua. Ovejas delgadas y demacradas sosteniéndose en patas como palos de fósforo trituraban una paja dura y desprovista de vida. El ganado había barrido las laderas de las colinas hasta dejar la tierra desnuda. En muchas partes, los bueyes se las habían ingeniado para forzar los cercados que protegían las plantaciones de pino, acabando con el proyecto local de reforestación. Solo los cactus, agaves y los viejos pinos que lloraban sus lágrimas de fragante y pegajosa resina lograban retener su vitalidad. Los eucaliptos habían pasado todo el verano murmurando anuentes bajo el fuerte calor del sol. El único verdor que podía hallarse estaba mucho más al sur en los pocos bosques milenarios sobrevivientes que rodeaban a los lagos de las montañas. Esos bosques de árboles nativos aguardaban de pie, resignados, la inevitable llegada de humanos con hachas que los cortarían de raíz, trozarían y quemarían, convirtiéndolos rápidamente en campos de cultivo. No tomaría mucho tiempo para que el sol y el viento ocasionaran sobre esos campos el mismo efecto acacido en todo el valle central: se agostarían como yesca y las generaciones venideras heredarían estepas y desiertos aún más grandes.

Nuestros hijos volvieron al colegio el 1 de abril. Ambos ya iban en segundo año. Durante el verano se habían vuelto por completo chilenos, en especial respecto del lenguaje, y mostraban ahora una marcada preferencia por el español. Esto causó una gran tensión familiar. El checo, su lengua materna, al ser usado en un entorno tan restringido, comenzó a adquirir las características de un lenguaje privado. Aunque ya habían crecido, yo les leía cada noche libros de cuentos en checo y debían escribir cartas en forma regular a sus abuelos. Pero no fue más que una débil tentativa para mantener su competencia lingüística original. La influencia de su entorno actual, en especial durante el verano, socavaba mis esfuerzos. Los pocos libros que teníamos ya habían sido leídos un centenar de veces y todavía no recibíamos los que habíamos encargado para Navidad. Milan libraba una batalla constante con su prole. Era de la firme opinión que los lenguajes debían adquirirse y mantenerse en compartimientos estancos, jamás debían ser mezclados ni, peor todavía, reemplazados. En ese punto quisiera expresar con una pizca de orgullo que mi español había mejorado considerablemente. Hacía poco había logrado saltar ese obstáculo lingüístico final en el que, a pesar de comprender todo, uno es todavía incapaz de sostener una conversación en propiedad. Los lugareños, ¡gracias a Dios!, habían dejado de gritarme para que les pudiera entender. Por esos días ya podía charlar con los vecinos en la ruda jerga del lugar. Recientemente, mientras andábamos de compras, nos habíamos topado con un grupo de Coipuco. Carlos, que se consideraba el hermano de Milan, había logrado conseguir de él un pequeño préstamo de veinte escudos, ya que necesitaba un par de zapatos nuevos para el *ngillatun* de Piuchén. Milan

recordó entonces que también lo habían invitado. Yo estaba emocionada, por fin iba a tener la experiencia de un *ngillatun*. Sería el *gran finale* perfecto para mi año entre los mapuches.

Para ellos, el *ngillatun* es el equivalente a una misa solemne, con procesión, visita al santuario, comunión y rezos, pero todo en uno. Durante esta comunicación ritual con las poderosas fuerzas sobrenaturales, los indígenas experimentan una afinidad espiritual y un sentimiento de marcada identidad. Ni siquiera la conquista española ni la evangelización fueron capaces de erradicar por completo el *ngillatun*. Al contrario, no hace mucho se le había otorgado al festival un estatus folclórico oficial por parte del gobierno, recibiendo así una sólida protección. Pero como los chilenos jamás eran invitados a participar de esta exclusiva festividad mapuche, echaban a correr cuentos acerca de lo que “realmente” pasaba allí. Había rumores de rituales bárbaros, tales como el sacrificio de niños para calmar las tormentas marinas. Los mapuches, sabiendo que contaban con medios mucho más eficaces para aplacar a los dioses del mar y de la tierra, ignoraban esas acusaciones. Sentían que eran los únicos responsables por toda la tierra que los rodeaba y que solo ellos podían comprenderla. En su opinión, los “intrusos de ultramar” no eran más que bárbaros ignorantes. Por otro lado, reconocían el noble gesto del expresidente Jorge Alessandri quien, tras el pánico que siguió al terremoto de 1960, había solicitado públicamente a los mapuches que sostuviesen continuos *ngillatunes* para aplacar a los dioses furibundos. El *ngillatun* era la última oportunidad que quedaba para que el cacique, el anciano de la tribu, demostrara su importancia. Era su responsabilidad organizar las celebraciones. Un año tras otro, él tomaría en cuenta las veces en que las distintas familias que poseían tierras en su reducción le pedían celebrar un *ngillatun*. Luego, todos en conjunto, acordarían una fecha. El paso siguiente sería una invitación formal a la machi. El cacique lideraría entonces una delegación oficial de los ancianos de la reducción que estaría a cargo de los aspectos rituales del festival y sería la intermediaria entre el pueblo mapuche, los dioses y otros seres sobrenaturales. La responsable de llevar a los dioses las peticiones, preocupaciones y deseos del pueblo mediante rituales precisos y elaborados era la machi.

El miércoles siguiente salimos para Piuchén. Muñeca no nos acompañó esta vez. No se permitía que los perros entrasen en la periferia del terreno donde se estaba celebrando el *ngillatun*. Piuchén estaba bastante alejado de Cholchol, pero yo ya estaba acostumbrada a caminar distancias largas. Diez kilómetros sobre polvorientas huellas de campo eran ahora como una mera caminata antes de la siesta. Milan me aseguró que seríamos calurosamente recibidos al llegar, y no solo porque habíamos sido invitados por amigos “influyentes”, sino porque, además, llevábamos una garrafa de vino de cinco litros. La prolongada estadía de Milan entre los mapuches significaba que él asistía en calidad de invitado de honor.

El día que habían escogido estaba esplendoroso. Los mapuches que se nos reunieron en el camino nos dijeron que la rogativa principal sería por la lluvia.



Estela Tranamil en su regalía de Coipuco. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

A pesar de que había llovido en abundancia el invierno anterior, en mi opinión más que demasiado, no había sido suficiente para empapar una tierra quemada por el sol, seca y árida tras años de sequía. Las pocas gotas que caían no tenían otro destino que los ríos y el mar. Milan señaló unas pequeñas banderas negras que ondeaban para atraer nubes. A medida que nos acercábamos a Piuchén, nos topábamos con más gente yendo en la misma dirección. Pasaban frente a nosotros carretones llevando a toda la familia engalanada y jinetes a caballo elegantemente vestidos haciendo resonar sus espuelas y campanillas de plata. Las mujeres llevaban en la cabeza pañuelos y cintas multicolores, pesados collares, tocados y aros de plata. A los mapuches no les interesaba el oro y todas sus joyas eran de plata. Los niños, lavados con cuidado para la ocasión, iban en las carretas apiñados entre los canastos y las garrafas. Los perros, a pesar de que los echaban todo el tiempo, insistían en seguir a la multitud. Ellos sabían muy bien que podían caer algunos huesos. A la distancia, ya podíamos distinguir el sonido de bombos, flautas y *trutrukas*, un instrumento hecho de cuerno de vaca insertado al extremo de una caña larga. Las melodías lastimeras, extrañas y carentes de todo ritmo para mi oído europeo, eran interrumpidas regularmente por concentrados e intensos golpes de bombos, acompañados de saltos y cepillado de pies. El *ngillatun* como tal se desarrollaba en una amplia cancha. Una orilla estaba rodeada de ramadas hechas de tallos verdes construidas por las familias de Piuchén anfitrionas del festival; cada una tenía la suya propia. Bajo el toldo de hojas había una mesa pequeña, unas banquetas, frazadas de lana en el suelo y una fogata encendida en un rincón. Allí recibían a los amigos y parientes de las otras reducciones para comer juntos, conversar y participar en la danza ritual. Cada recién llegado era recibido calurosamente y con gritos de júbilo. Un poco más allá se extendía una larga fila de jinetes que, sobre sus monturas, eran obsequiados con comida y bebida enviada desde las ramadas. Eran hombres solos que no habían traído a sus familias. Se inclinaban y agradecían con respeto cada trozo de carne y vaso de vino que se les ofrecía. Todo eso era parte del protocolo del festival.

En realidad, era muy impresionante esta masiva reunión de tribus mapuches. Pasado el mediodía, había alrededor de quinientas personas. Esa cantidad de gente y el espíritu de celebración eran como un eco del pasado, cuando la mitad del país les pertenecía y jamás habían conocido la pobreza. Ahora que estaban todos juntos, sin ser oprimidos en ese momento por las preocupaciones cotidianas y la falta de autoestima que viene del hecho de ser una minoría subyugada, se percibía de nuevo un sentido palpable de orgullo y confianza en su propia identidad.

A cierta distancia, en el potrero de al lado, estaban de pie unos chilenos y unos estadounidenses, haciendo grupo aparte. No se atrevían a aproximarse a la reunión mapuche, ya que habían sido duramente advertidos de no hacerlo. Al *ngillatun* solo se podía ingresar por invitación, lo cual era un poderoso incentivo para la curiosidad de un extranjero. De pronto, uno de aquellos hombres hizo algo muy desafortunado, sacó una cámara y comenzó a tomar fotos desde lejos. Al principio, no me di cuenta de lo que estaba pasando, solo vi un grupo de ji-

netes y hombres a pie corriendo hacia el grupo. Estaban armados con palos que agitaban furiosamente sobre sus cabezas. El fotógrafo tuvo el buen sentido de ocultar su cámara, pero a partir de ese momento los turistas no pudieron hacer el menor ademán sin ser seguidos por “los vigilantes”, que los trataban con abierto desprecio y los mantenían alejados. Cualquier cámara en un *ngillatun* era una clara amenaza. En la mañana, cuando estaba terminando de armar mi mochila, Milan había sacado la mía diciendo que no habría fotografías. Quizá la próxima vez, cuando el festival estuviese a cargo de los mapuches de Coipuco. Cuando pregunté por qué esta prohibición de fotografiar, me explicó que los mapuches creen que tomar fotografías profana su festival, por temor a que pueda convertirse en una atracción turística más. También creían, y no sin razón, que los fotógrafos vendían a los periódicos y revistas fotos exclusivas de los festivales nativos en fuertes sumas de dinero, mientras que los verdaderos protagonistas no recibían nada a cambio.

Ahora había por lo menos cuarenta personas danzando en el terreno. El baile no paraba, algunos se retiraban para un breve respiro mientras otros tomaban el relevo. Hombres y mujeres tomados de las manos en hileras de diez pasaban al frente, de norte a sur, daban la vuelta y avanzaban luego en dirección opuesta. El ritmo de los bailarines, sin embargo, no calzaba con el ritmo de la música y esta, a su vez, parecía no ir a tiempo con los cantos. Había momentos en que cesaba la música y solo se oía el insistente golpeteo de los pies, hasta que la machi comenzaba a tocar su *kultrun* y a cantar de nuevo. Los bailarines alzaban ramas verdes y llevaban también tallos de hoja de laurel en sus tocados. Al fondo del terreno, una bandera negra flameaba en un mástil junto a una cruz, único emblema cristiano visible aquí. Un par de ovejas yacía al pie de ella junto a unos jarros de chicha y *mudai*. La doliente música de las *trutrukas* y los enrojecidos rostros de los músicos dejaban en claro que no era nada fácil dominar ese instrumento. Hubo una breve interrupción en la monotonía de la música y de la danza cuando un nuevo par de bailarines intervino con un estilo por completo diferente que incluía balanceos y movimientos circulares. Usaban tocados decorados con tallos y sostenían en sus manos ramas frondosas que agitaban alrededor como si fuesen alas. Me dijeron que eran los así llamados “bailarines ñandú”. Ese tipo de danza era más común en los *nguillatunes* de Argentina; aquí en Chile, era una novedad muy bien acogida. Las dos machis invitadas estaban al pie de la cruz. Habían ensayado mucho y con ayuda de sus asistentes comenzaron a ejecutar danzas individuales alternadamente. La gente entonces se arrodilló, cantó y se sentó en el suelo alrededor de ellas, que tamborilearon y cantaron a los dioses suplicando que ayudaran a todas esas pobres almas. Esto fue seguido de más cantos, danzas y tamborileos y de pronto sentí como si se estuviese hundiendo el suelo bajo mis pies. Era, hasta cierto punto, una sensación similar a la de haber bebido más de la cuenta, pero al mismo tiempo era algo completamente diferente. Sentía como si me hubiese desmembrado en muchos cuerpos y espíritus. ¿Era algo causado por el repetitivo y foráneo batir de los tambores? ¿O me estaba convirtiendo en

una machi? Tanto me aterró esa idea que salí de inmediato a buscar refugio bajo el toldo de una ramada donde fui recibida con una copa de vino que me encajaron en una mano y un trozo de asado de caballo en la otra.

Un *ngillatun* era al mismo tiempo un festival religioso y un evento social, el más grandioso que los mapuches pudiesen concebir. Llevaba años organizarlo. Cada familia sacrificaba un caballo, ya que su carne era considerada una delicia, y también un par de ovejas y cerdos. Igualmente, era preciso ahorrar algo de dinero para comprar vino. No por casualidad había un intervalo de cinco años entre los *ngillatunes* de la región. En términos de dinero, el festival le costaba a cada familia mil escudos, una suma exorbitante, aun cuando se asumía que los invitados no llegarían con las manos vacías.

De camino al *ngillatun*, Milan me contó cómo en sus primeros días de trabajo de campo se había atrevido a asistir sin ser invitado. Tal como les había ocurrido hoy a los turistas, había sido objeto de abierto repudio y obligado a permanecer a distancia en un terreno aldeaño, sin posibilidad de acercarse. En aquel momento, llevaba en Coipuco solo unas pocas semanas y el resentimiento mostrado ante su presencia por los anfitriones había sido tan grande que algunos de sus pocos nuevos amigos de Coipuco tuvieron que rodearlo para protegerlo. En su ignorancia, Milan había cometido dos errores fatales: Primero, había llegado al *ngillatun* el primer día del festival sin saber que ese día estaba reservado solo para los anfitriones y unos pocos huéspedes escogidos, usualmente parientes; su segundo error había sido llevar una cámara. En esa ocasión, fue acosado por un conocido matón que le había arrancado un ojo a su hermano durante una pelea. Este encantador espécimen se dedicó a seguirlo murmurándole amenazas. Nadie ponía objeciones a eso, después de todo, estaba en su derecho; pero cuando comenzó a proclamar a todo el mundo que solo los malos mapuches se mezclaban con los gringos y que hacía mucho que Milan debería haber sido expulsado, un grupo de Coipuco se sintió agraviado al ser reprendido por un personaje tan desagradable y, sin dudarlo, hablaron en su defensa. Por pura casualidad estaba aquí el mismo matón y Milan me lo presentó como su “buen amigo don Tulio”. Nos dimos un apretón de manos y él estaba tan emocionado de que Milan recordara su nombre que partió a conseguir una botella de vino para celebrar.

De súbito, el aire se vio rasgado por el sonido de chillidos, gritos y golpes sordos de cascos de caballos. Apareció un grupo de jinetes que comenzó a galopar en torno al terreno dando alaridos y chillando mientras azotaban el aire con sus látigos y rebenques. Estaban expulsando del *ngillatun* a los malos espíritus. Esa escena se repitió varias veces durante el día, pero cada vez giraban a una velocidad más vertiginosa, al punto de arriesgar sus miembros... y la vida. Me recordaba escenas de las películas en las que los indios enfurecidos atacaban un fuerte. Sentí un escalofrío en mi espalda. No eran solo los temibles jinetes los que mantenían a raya a los malos espíritus, eran también refrenados por una figura que llevaba una máscara de madera y custodiaba el perímetro del terreno. Era igualmente imperativo que ningún perro ingresara a la cancha ya que eso impli-

caría una muerte segura para la machi. En el *ngillatun* del año pasado un perro entró corriendo y fue poseído por un mal espíritu de tal fortaleza que la vieja machi de Cuinko murió en menos de un año. El fin de la máscara era proteger la identidad del que la llevaba frente a las fuerzas malignas.

En medio de las machis había alguien a quien reconocí. Era la esposa de Antonio Poblete, de Ancapulli, quien había estado extremadamente enferma y había estado en reposo varias semanas antes del *ngillatun* para ahorrar fuerzas. La machi sabía que sus días estaban contados, pero todavía sentía que le era necesario asumir papeles tan exigentes como la organización ritual de la rogativa. La otra machi era una muchacha joven y bella. Yo estaba convencida de que tenían que ser invariablemente viejas o, al menos, mujeres maduras, pero esta no tenía más de veinte años. Se movió entre sus asistentes con gracia y también con gran retraimiento y timidez, casi como si no creyera que los dioses la habían hecho su instrumento.

–Es joven y tiene mucho que aprender, pero un día será muy poderosa –comentó el anciano mapuche Juan Maripán, inclinando en aprobación su cabeza plateada.

Nos contó que su don se había descubierto cuando estaba trabajando como empleada en Santiago y que eso había pasado muy poco después de la muerte de la vieja machi de Cuinko. También se hizo evidente que la niña tenía una gran capacidad como sanadora. Al comienzo, se había mostrado reacia a asumir su nuevo papel, pero finalmente lo había aceptado y había regresado a su pueblo donde era ahora un importante miembro de su comunidad.

–¿Dónde le enseñan? –le pregunté con inocencia al anciano.

Recibí una respuesta evasiva, “por aquí y por allá”. Pero se entendía que estaba recibiendo instrucciones de un mundo que no llamamos “real” y que se le permitía atisbar, tal como a sus otras experimentadas colegas, una dimensión cerrada al resto de nosotros.

Al caer la tarde estallaron algunos enfrentamientos y escaramuzas. Un *jeep* lleno de carabineros se había asomado en los bosques cercanos. Esos policías se comportaron con su arrogancia habitual, pavoneándose e hinchando sus panzas fuertemente amarradas por sus cinturones, aunque, esta vez, habían decidido mantener la disciplina con su sola presencia. Después de todo, en este día la máxima autoridad pertenecía al cacique, el jefe de la comunidad anfitriona. La danza ceremonial llegó a su fin alrededor de las siete de la tarde. Ahora sí que todo el espacio se encontraba abierto para el público. Sin embargo, el *ngillatun* estaba lejos de haber finalizado, lo mejor estaba todavía por venir. Habiendo dado cumplimiento cabal a sus obligaciones religiosas, los hombres estaban ahora en ánimo de fiesta y comenzaron a buscar a otros con las mismas ganas de prolongar los festejos hasta altas horas de la madrugada. Los carabineros ya se habían ido y, en ese momento, el único lenguaje que se hablaba era el mapudungun. Juan Leviú se ofreció para llevarnos a casa en su carreta. Aceptamos gustosos porque, en ese momento, nuestras piernas ya no daban más. Nos dejó en el puente San

Francisco sobre el río Cholchol. Desde allí solo había un par de kilómetros hasta la casa, pero que se volvieron repentinamente interminables. Por fortuna, parecía imposible que fuese a llover, ya que el hondo cielo brillaba con estrellas. Al alzar la vista nos deslumbró una súbita lluvia de meteoritos que estalló en las alturas y, cual fruta madura, pareció dejar caer sus chispas tras las ramas de los eucaliptos.

–¡Rápido, pide un deseo!– exclamó Milan.

–¡Terremotos, erupciones volcánicas y platillos voladores!– largué todas las bien conocidas especialidades sudamericanas que ansiaba conocer.

–¡Típico!– se rio Milan –lo único que te faltó fueron los golpes de Estado.

COMIENZAN LAS PURGAS POLÍTICAS DESDE CHECOSLOVAQUIA

En Concepción la situación se agudizaba. A su modo, los profesores Aznar y Garbulski representaban en la universidad la división general que había en ese momento en la izquierda chilena. Aznar, simpatizante del MIR, boicoteaba a su colega Garbulski del Partido Comunista. Garbulski, por su parte, no tenía la menor intención de quedarse de brazos cruzados, menos cuando la dirección del MIR había confirmado una vez más que, como partido político, no tomaría parte en esa “estafa arribista oportunista”, en referencia a las próximas elecciones presidenciales democráticas. Por el contrario, el Partido Comunista se puso a la cabeza de los otros grupos de izquierda que integraban la Unidad Popular.

Garbulski también había conseguido organizar de forma exitosa su vida personal. Acababa de casarse con una muchacha morena muy bonita de una familia argentina a la que presentaba orgulloso como su “compañera esposa”. Los recién casados Garbulski podrían haber pasado fácilmente por un par de brillantes jóvenes idealistas de un afiche revolucionario checo de los años cincuenta. Ambos estaban convencidos de que pesaba sobre ellos la responsabilidad de construir su propio y esplendoroso futuro trabajando duro y comprometiéndose en política. La joven Sra. Garbulski era profesora. El Partido Comunista local, al igual que los otros, tenía derecho a cierta cuota de puestos políticos en el distrito. Sobre esa base, se le había asignado un cargo en una escuela secundaria de Concepción, así que ya no parecía haber obstáculos para la dicha conyugal que proyectaban. Sin embargo, el matrimonio trajo consigo un cambio radical en sus habituales reuniones vespertinas. En vez de una docena de estridentes estudiantes hirsutos, ahora se contaba solo con la presencia de otro matrimonio, ambos universitarios. Como eran de la misma inclinación ideológica que sus anfitriones, lo único que cabía discutir era la estrategia del Partido Comunista para las próximas elecciones y la necesidad de evitar un surgimiento anárquico cuando se pusiera en práctica la Reforma Agraria. A pesar de que todos se conocían, solo resonaban los títulos “compañero” y “compañera” en lugar de los nombres de pila. Habría estado bien si los hubiesen usado como ironía entre amigos, pero no, ellos los tomaban en serio como demostración de su afiliación política. Nos sentíamos como si estuviésemos asistiendo a una asamblea del partido en vez de a una cena familiar. ¡Dios mío, creí que hace veinte años había dejado de atrás a esos fanáticos arquitectos sociales sin una chispa de humor!

Según el “correo de las brujas” de la universidad, Milan era considerado por los estudiantes como un “momio”, lo cual en realidad era muy serio. Se trataba de un término despectivo para indicar que una persona era vista como una reliquia reaccionaria, osificada y conservadora en vez de ser un constructor entusiasta y optimista del futuro socialista. Más todavía, ahora se aplicaba a cualquiera que no fuese un ardiente activista y, si sus simpatías políticas de verdad se ubicaban en cualquier sector de la derecha, entonces ya ni siquiera era momio, sino fascista de tomo y lomo. A Milan no le molestaba en lo más mínimo recibir ese terrible insulto y, por cierto, Garbulski lo defendía a pie juntillas. Según él, Milan no podía ser un momio por la sencilla razón de que había recibido una intensa educación marxista en su país. Las opiniones que profería contra la situación actual del socialismo en Checoslovaquia se basaban, fuera de toda duda, en una comprensión profunda de la teoría y práctica marxista y, por tanto, su crítica constructiva debería ser tomada seriamente en cuenta para evitar que se cometieran los mismos errores en Chile. Ahora, era muy de esperar que los estudiantes hubiesen motejado a Milan de “momio”, porque había tenido la audacia de insistir en que cumplieran con las obligaciones de su asignatura antes de abocarse a sus actividades políticas. Esperaba que hicieran algún modesto trabajo de campo durante el verano, y no aceptaba que lo substituyeran por expediciones para despertar la conciencia de clase de los campesinos. Generalmente iban disfrazadas de clases de alfabetización pero el verdadero objetivo era suscitar el fervor revolucionario entre los pobres. Además, Milan tuvo la temeridad de esperar que sus estudiantes leyeran literatura antropológica de otras partes del mundo, por ejemplo, a renombrados antropólogos ingleses, estadounidenses y franceses. Para colmo, los exasperó al cuestionar sus capacidades para llevar a cabo una exitosa campaña política entre los mapuches, dado que no sabían absolutamente nada acerca de su vida o cultura. Como director adjunto de la Facultad, Edgardo Garbulski sintió la necesidad de intervenir y trató de persuadir a Milan para que atenuara las demandas que hacía a sus estudiantes. Le preocupaba que quizá ninguno aprobara el curso. Su argumento era que en esos tiempos de agitación política preelectoral, los profesores debían hacer la vista gorda, ya que por sus actividades extracurriculares los estudiantes no disponían de tiempo suficiente para estudiar y era obvio que reprobarían los exámenes. Milan discrepó. Para él, cualquier activismo político era anatema. Recalcó que su estadía en Chile era temporal, que había sido contratado como profesor por la universidad y que era su deber actuar como tal y conseguir los mayores logros en el poco tiempo de que disponía. La tarde terminó mal y la estrategia conciliadora de Garbulski no funcionó. Milan perdió finalmente los estribos, gritando que este país estaba sufriendo de un déficit agudo de profesionales formados en casa y que por eso tenían que contratarse extranjeros a un costo elevado. Que eso llevaba a una degradación nacional y a una indeseable dependencia política.

—¿Cómo puede una persona trabajar —escupió con rabia— cuando apenas llega le cuelgan una etiqueta política? ¡A nadie le interesa ni lo que sabe ni lo que

hace, todo lo que les importa es a qué partido apoya! Para ustedes, las personas no son más que categorías políticas. ¡No tenían que molestarse en invitarme a trabajar aquí, lo que les sobra son activistas políticos, pero les faltan profesionales, mejor cierran el Departamento de Antropología y abran una oficina del partido!

Así que la cena no fue de lo más exitosa y todas las tardes que siguieron acabaron tan mal como aquella, porque Milan se encontraba invariablemente solo contra los demás. Era como ver a un quijote de la enseñanza agitando en vano su lanza contra los molinos de viento de la política.

* * *

En mayo nos tocó otro viaje a Santiago, ya que habíamos recibido una carta de la embajada de Checoslovaquia informándonos que todos los permisos de viaje antes emitidos habían sido cancelados. Así que debíamos solicitar su renovación en persona y no había seguridad alguna de que fuera autorizada. La carta estaba firmada por el secretario Vladyka. Tomamos el tren nocturno y a la mañana siguiente, algo soñolientos, llegamos a casa de los Knakal. Maruchka nos recibió en la puerta y apenas pude reconocerla. Siempre había sido de tipo nervioso y delgado, pero en los últimos seis meses había perdido por lo menos cinco kilos. También se notaba que había dejado de ir a la peluquería, lo cual era un mal signo. Atisbó con cautela a través de la puerta y, solo cuando nos reconoció, retiró la cadena. Con un mismo ademán me abrazó, levantó una botella de vino y estalló en lágrimas. Era preocupante que ya la tuviese abierta. En Chile no era para nada usual que una mujer bebiese tan temprano. Noté nuevas arrugas en su rostro y que llevaba su cabello rubio tomado atrás con total desarreglo. Nos sentamos en el jardín. Trajo dos vasos más y, luego de beber un trago y secarse los ojos, nos preguntó qué nos traía por Santiago. Le mostramos la carta.

—¡Así que ya pasó!— bajó su cabeza con desaliento y ante mi desconcertada mirada, estalló— ¿que no saben lo que está pasando aquí? ¡Purgas! ¡Interrogatorios de muchas horas a puertas cerradas! Llegó un equipo especial desde Praga, nadie los conoce y a nadie se permite revelar lo que preguntan, pero todos lo sabemos —se secó otra vez los ojos—. Quieren saber si uno está de acuerdo o no con...”.

—¿Con qué, con los rusos?

—Sí, con los rusos. Con la invasión militar, excepto que ellos la llaman “Ayuda fraterna de los estados del Pacto de Varsovia”. Ese es el fondo de los interrogatorios.

Maruchka se echó en la reposera y cerró los ojos con cansancio. Ahora supe de dónde habían venido aquellas nuevas arrugas. Todo eso había sido demasiado para ella. En el fondo, jamás había deseado jugar el complicado papel de esposa de un diplomático. A los dieciocho años había comenzado a trabajar de secretaria y luego se casó con su jefe, un hombre divorciado. Su vida, tal cual se la imaginaba entonces, sería la de una perfecta esposa y madre, siguiendo con su mismo trabajo. Cada noche habría una buena cena en la mesa, lavaría y plan-

charía esmeradamente las camisas blancas de su marido y los fines de semana los pasarían en familia en su casa de campo. Era la vida simple que amaba y a la que estaba acostumbrada. Pero todo se echó a perder cuando Honza fue ascendido del Instituto de Planificación del Estado y nombrado representante de Checoslovaquia para la CEPAL en Chile, aunque él sabía que esa promoción era un modo de deshacerse de su persona, ya que se había vuelto incómodo para ciertas personas del partido. Maruchka nunca se sintió a gusto con las esposas de los otros diplomáticos del Bloque Oriental. Los cócteles y recepciones organizadas por los Estados neutrales donde se mezclaban los miembros de ambos bloques, eran una tortura para ella. Las esposas de los funcionarios del Bloque Oriental se apelotonaban como una pandilla de malévolas chiquillas en un rincón de la sala, espléndidamente iluminada por elegantes arañas, y se quedaban allí como en un gallinero. A pesar de sus celos mutuos, disputas mezquinas y agrias rivalidades, formaban un sólido colectivo en esas reuniones internacionales. Nada se les escapaba. Al día siguiente en la Embajada comentaban minuciosamente los acontecimientos de la noche anterior. Un tópico de particular interés eran los vestidos de las damas del Bloque Occidental, seguido muy de cerca por el de con quién habían hablado, qué habían bebido y con quién habían salido. En dos palabras: espionaje perfecto. Maruchka repudiaba sin reservas el protocolo prescrito para su grupo, detestaba los chismorreos viscosos y las difamaciones maliciosas que le dejaban, por mucho tiempo, un sabor repulsivo en la boca. Pero, ¿qué otra opción tenía? No había modo alguno de quebrar ese tácito código de aislamiento. Para empezar, era incapaz de hablar cualquier lengua que no fuese el checo, incluso su español era elemental y el ruso que había aprendido en la escuela no servía.

Así que nos encontrábamos ahora en medio de una purga política ejecutada en todas las embajadas checas. Había que separar el trigo de la paja. La comisión del partido enviada desde Praga se instaló en Santiago y estaba interrogando los empleados uno por uno. Debían pronunciar su opinión acerca de la siguiente disyuntiva: “Los eventos ocurridos en Checoslovaquia el 21 de Agosto de 1968, ¿Fueron una invasión o una ayuda fraterna de los Estados del Pacto de Varsovia?”. La respuesta era de importancia capital, porque de ella dependía no solo la carrera y el futuro de la persona sino, también, la suerte de sus hijos y parientes allá en Checoslovaquia. Todos los diplomáticos eran miembros del Partido Comunista y un puesto en un país occidental equivalía a posarse en el peldaño más elevado de su carrera. Los asignados a Chile se tambaleaban en un escalón muy estrecho y no podían darse el lujo de caer. De la respuesta que dieran dependía, en todos los casos, el futuro y el país donde serían trasladados después de Santiago: ¿Ámsterdam? ¿París? ¿Estocolmo? ¿Bombay? ¿Djakarta? Allá no, por favor. Viena sería mucho mejor... A estas alturas, el último peldaño era el más frágil, estaba repleto y se requerían demasiadas cabriolas para mantener el equilibrio. Capitular todo en aras de los ideales de la Primavera de Praga garantizaría una caída inmediata hacia un abismo profesional y social. Serían suspendidos, volverían a Praga sin poder salir jamás y sus familias cargarían con todas las consecuencias.

–¡Ustedes no lo van a creer, pero ayer echaron a Slama, el contador!– a Maruchka le temblaban los dedos mientras encendía otro cigarrillo. Estaba fumando sin parar.

–¿Slama? ¿Por qué? ¡No lo puedo creer!

Y, sin embargo, sabía que no estaba equivocada. En términos de la configuración actual del Partido Comunista, Slama era un dinosaurio. Pertenecía a la rara categoría de los comunistas de preguerra. Se hizo miembro del partido durante las huelgas de obreros de los años treinta y pasó la Segunda Guerra Mundial en los campos de concentración. Tenía el clásico *curriculum vitae* del dirigente sindical checo. Tras la guerra, se habían examinado exhaustivamente sus credenciales y, una vez que el partido estuvo convencido de su inmaculada y constante devoción, se había dispuesto su reeducación. Ahora, no siendo ya joven, trabajaba en la oficina de contabilidad de la embajada de Checoslovaquia en Santiago. La última vez que hablamos con él tragaba un *alka seltzer* tras otro mientras comentaba satisfecho como le aliviaban los dolores de su úlcera estomacal.

–¿Qué tenían contra él?– pregunté.

–Prácticamente lo mismo que contra todos nosotros –contestó–. Por ejemplo, tan pronto como Dubcek partió con sus reformas en Praga, Slama comenzó a cacarear:

“¿Quién dice que el partido no puede reconocer cuando está equivocado o reconocer sus errores?, ¿a quién ama el pueblo?, ¿quién es el mejor de los comunistas?, ¡Dubcek es nuestro héroe!”.

Estaba tan orgulloso. Ahora en la entrevista todos le gritaron y también le confiscaron el carnet del partido. Cuando salió, temblaba y lloraba. La gente temió que le fuera a dar un ataque al corazón.

Sin embargo, pensé, Slama debió sospechar que algo por el estilo iba a suceder, porque cuando nos despedimos de él la última vez que habíamos estado en Santiago, tomó a Milan por el hombro y le susurró al oído: “Cuando tienes una familia, Milan, no puedes hacer de héroe. Nunca lo olvides”. Una inusitada advertencia viniendo de tan leal compañero.

–Tiene a un hijo en Checoslovaquia que quiere entrar a la universidad. Muy difícil ahora. Anoche salió, se emborrachó, durmió la mona y hoy hace como si no hubiera pasado nada. Le cuenta a todo el mundo que todo se trata de un gran error y que lo resolverá una vez que llegue a Praga. Su esposa ya está empacando –terminó Maruchka.

Un gran Mercedes-Benz se detuvo silenciosamente frente al garaje cubierto por un parrón. Honza había regresado para almorzar. También se notaba fuertemente golpeado por los acontecimientos recientes. Estaba mucho más canoso y con más arrugas en la cara. Sacó una cerveza del refrigerador.

–¿Cuándo te va a tocar a ti? –preguntó Milan.

–Quién sabe, en cualquier momento. Extienden las “sesiones” desde la mañana hasta la tarde, algunas personas están allí por una hora, otras, por cinco. Los

Matulas vuelven a casa la próxima semana, Iván por supuesto no pasó. Ninguno de nuestros conocidos ha pasado. Obviamente, a mí me están dejando para el final –hizo una mueca– Iván dijo que tenían transcripción de todo lo que había dicho, palabra por palabra.

–Debe haber sido interesante, en especial después de unas cervezas. ¿Por si acaso, no tienes intervenido el teléfono?

Honza sacudió la cabeza.

–No sé. He revisado toda la casa de arriba a abajo, centímetro por centímetro, desde el entretecho hasta el sótano, y no encontré nada. Mañana viene un experto de la CEPAL a echar un vistazo. Pero por el momento es preferible que conversemos afuera –concluyó amargamente. Salimos.

–¡Iván hizo todo un escándalo! Cuando le gritaban, él gritaba. Al final, rehusó cooperar y salió diciendo que lo que los rusos habían hecho era una invasión y siempre será eso por más que traten de camuflarla. Agregó que le importaba un bledo su carnet del partido y que de todas formas lo habría botado, ya que un buen mecánico siempre consigue trabajo. Se quedó adentro solo por veinte minutos.

–¿Hay alguna posibilidad de que lo pases?– pregunté.

–¿Yo?, ¿es un chiste? Soy un contrarrevolucionario, no lo olvides. Estaría loco si lo intentara. Primero, ya no tengo ningún apoyo en Praga. Todos se han ido. Si vuelvo, paso directamente del aeropuerto a la cárcel. ¡Y me lo merecería por idiota!

–Pero, podrías dar lugar a la autocrítica –dije para provocarlo– después de todo, eres una persona de importancia y quieres volver a casa.

–Sí, podría retractarme públicamente de todo lo que dije, ¿y qué?, ¿volver al Instituto de Planificación?, ¿no te das cuenta de la burla que hay en ello?

Sobre la marcha, nos dio un número de casos en que todos los planes que se habían formulado en Praga debían ser presentados para inspección y aprobación, tras lo cual habían sido alterados en detrimento nuestro para beneficiar a varios “aliados” del Bloque Socialista más atrasados. Se pasó la mano por los cabellos.

–No tengo muchas opciones, pero al menos en este país tengo la posibilidad de hacer algo que valga la pena –su voz perdió algo de su amargura y un tono ligeramente más optimista ocupó su lugar– al jefe le gustó mi último proyecto y pienso que querrá retenerme un poco más. Por lo menos hasta la próxima reunión de la ONU en Santiago que será dentro de dos años, y ahí veremos...

Después de almuerzo, Maruchka comenzó a contarnos sus problemas. Chlapik, el segundo secretario de la embajada, había decidido usar su propia iniciativa para contribuir al proceso de división entre los empleados y se había dedicado a seguir durante meses a los que estaban en la lista negra. Su auto aparecía a veces afuera de la casa de los Matula, otras veces había estado vigilando a la familia Skopecek. Se quedaba allí observando abiertamente, cámara en mano, a todos los que entraban y salían. Su horario favorito era al atardecer. Los Máchas lo habían visto afuera de su casa y hace muy poco había estado espionando la residencia de Honza y Maruchka. El otro día, incluso, la había seguido hasta

la peluquería. Ella se las había arreglado para perderlo saliendo por la puerta de atrás, pero él la encontró de nuevo en el supermercado. Subió a un taxi y Chlapik la siguió hasta la casa, como una especie de gánster estadounidense. Cuando Maruchka bajó del vehículo, estaba tan aterrada que sus piernas no le respondieron. Chlapik se había encorvado sobre ella con los puños cerrados y de no haber sido porque el chofer se negó a marcharse, Maruchka estaba segura de que la habría golpeado. En vez de eso, le siseó al oído que ella y su grupo subversivo se anduviesen con cuidado, que iban a recibir lo que merecían, que él sabía que se reunían todas las noches y que complotaban contra el régimen. Esto fue algo que indignó a Honza. Fue a la embajada y enfrentó a Chlapik cara a cara, amenazando romperle la mandíbula si no los dejaba en paz. Y le advirtió también que si volvía a encontrarlo afuera de la casa, iba a llamar a Carabineros. Después de todo, Chile era un país libre.

Pude comprender perfectamente por qué Maruchka estaba tan asustada de Chlapik. Era alto, enjuto y de cabellos rubios, con rasgos cortados a cincel y de crueles ojos pálidos. Lucía como un oficial de las SS. Además, se deleitaba con esa semejanza, llegando al extremo de pasearse con pantalones y botas de montar apenas se presentaba la ocasión, aunque jamás hubiese montado un caballo. Usaba también guantes de cuero negro y lo único que le faltaba era el látigo. Incluso, su cabello estaba alisado hacia atrás al estilo de los oficiales nazi, y jamás se le había visto sonreír. En vez de eso, enseñaba sus dientes con una mueca que le quedaba adherida a la cara. Chlapik era un frío y artero espía y no me sorprendía nada que Maruchka se pasara las noches atisbando a través de la ventana cada vez que oía un auto deteniéndose afuera de su casa.

Al día siguiente enfilamos hacia la embajada como si fuésemos al patíbulo.

—¿Y si nos arrestan?

—No pueden, estamos en Chile, pero por si acaso coordiné un almuerzo con Ximena. Si no aparecemos, ella dará la alarma.

—¿A Carabineros y a la prensa?

—Además de a los otros medios de comunicación y a las autoridades fronterizas.

—¿Estarán revisando todas las cajas grandes que se envían por correo diplomático?

—Buen punto. Eso podría ser un problema.

El estado de ánimo que había entre los checos era simplemente de histeria, pero esta conversación era un modo de mirar las cosas de frente. Luego de mi llegada en junio de 1969, pasé muchos días donde los Knakal contándoles a todos los checos residentes mis experiencias durante la ocupación soviética.

—¿Qué me podían hacer? ¿Echarme del partido? Ni siquiera militaba ¿Qué más?

—Confiscar tu permiso de viaje. El resultado sería el mismo: tendrías que volver a casa —dijo Milan, tirando agua fría sobre mi bravuconada.

El edificio de la embajada estaba silencioso, los interrogatorios se estaban llevando a cabo en otra parte. Nos topamos de frente con el nuevo Embajador

que nos hizo pasar a su oficina. Nos ofreció un brandi, pidió café y la secretaria se llevó nuestros pasaportes. El Embajador actuaba como si nada inusual estuviese ocurriendo, como si el edificio no estuviera vacío y su secretaria no pareciera un atado de nervios. Pero, ¿de qué me sorprendía? Los interrogatorios no constituían ninguna amenaza para él, por ser el reemplazo leal que el partido había escogido para su infortunado predecesor ni tenía que fingir interés en gente que no conocía y que había comenzado a trabajar antes de su nombramiento, en especial cuando la mayoría se iría de vuelta a Praga. Tenía la fría e inexpresiva careta de un funcionario de alto nivel, de un igual entre los iguales. Sabía mucho sobre nosotros. Sabía que no éramos parte de la comunidad diplomática de Santiago, que vivíamos en alguna parte bien al sur y con quiénes nos alojábamos en la capital. Estaba también muy al tanto de que Milan había tenido una relación muy amigable con el embajador anterior, revocado por no gozar de la confianza del nuevo gobierno. Además, la irregular situación de Milan en Chile también sería puesta bajo la lupa. “Irregular” en el sentido de que su viaje a Chile estaba patrocinado por el Ministerio de Cultura y no por el Comité Central del partido o su Oficina Internacional. Lo cual quería decir que no estaba bajo su control directo y que, en consecuencia, su solicitud de permanecer en Chile sería examinada de manera exhaustiva.

—Compañero Stuchlik, dígame, ¿de qué vive usted exactamente? ¿Quién, a fin de cuentas, le paga el sueldo?

No estaba equivocada. El interrogatorio había comenzado en serio. Milan respondió que recibía pagos del Departamento Chileno para la Protección de la Población Indígena, que se le retribuían las charlas que daba en Cholchol y que también obtenía un salario en la Universidad de Concepción, donde enseñaba Antropología Social desde hacía un año. “¿Y qué hay con los misioneros? Supe que le pagaban a usted en dólares”. Milan explicó que la paga que recibía del Instituto Indígena era nominalmente pagada en dólares, pero que al presentar el cheque al banco se le entregaba su equivalente en escudos. Agregó que a sus charlas asistían no solo misioneros sino, también, médicos, abogados y trabajadores sociales e insistió que en Concepción tenía la cátedra de Antropología Social. El Embajador se sacó la chaqueta y se soltó la corbata. Ese fue el primer signo de que las cosas iban a destensarse un poco.

—Hace poco estuve conversando con Boeninger, de la Universidad de Chile, y se lamentó de que usted ya no trabajara más con ellos.

—No he dejado de trabajar con ellos. Son ellos los que no tienen tiempo para trabajar conmigo. Si dependiera solo de sus promesas, yo no estaría aquí. No tienen tiempo disponible para nada porque no han podido decidir qué rumbo dar a la universidad. Eso usted lo sabe bien. Además, no es cierto que jamás colabore con ellos, hace muy poco di allí tres conferencias acerca de los mapuches. Boeninger prometió hacerme una oferta formal, ya que estaban interesados en las charlas que di en Santiago, pero hasta ahora son solo promesas lo que he tenido. Por otra parte, había recibido una oferta bastante interesante en la

Universidad de Temuco, quieren que diseñe el Departamento de Antropología. Sería un programa de tres años conducente al grado y quieren que yo lo dirija...

Pero antes de que Milan pudiese terminar de contarle al Embajador sus planes futuros, hubo un golpe en la puerta y entraron dos hombres. Estaban a cargo de la valija diplomática. La secretaria, tal como se le instruyera, los había enviado directamente al Embajador apenas aterrizaron.

Ambos se desplomaron en los sofás y cerraron los ojos, exhaustos después de viajar toda la noche. El Embajador pidió dos cafés más. Muy pronto se explayaron en amargas quejas acerca de cuán difícil era su trabajo. Rara vez estaban con los suyos, ya que se los enviaba constantemente alrededor del mundo. Reclamaban que en Australia, donde habían estado la semana pasada, las cosas eran aún más terribles que en Chile. El calor era insoportable y los australianos no tenían ninguna cerveza decente, solo una bazofia acuosa. Peor todavía, en la embajada en Australia se habían agotado las *pilsner*. El Embajador captó la indirecta y le pidió a la secretaria que trajera cuatro cervezas del refrigerador de la oficina.

Una vez que se las despacharon y llenaron el café con un montón de azúcar, comenzaron a hablar de política. Desde sus primeras palabras era obvio que se trataba de esbirros. Se regocijaban que los sindicatos de periodistas y escritores de Praga hubiesen sido disueltos y se deshacían en alabanzas al partido y al gobierno por haber, al fin, comenzado a liquidar sistemáticamente de la sociedad a los elementos contrarrevolucionarios. El de cuello gordo agregó que no consideraba suficiente despedir a todos los escritores, periodistas, directores de cine, economistas, artistas y trabajadores de televisión que habían participado en la Primavera de Praga. En su opinión, todos los intelectuales debían ser deportados.

—¿Deportados? ¿Adónde? —largué.

—¡A Siberia por supuesto! —aspiró su cigarrillo y sonrió con perversión.

—Hay bastante lugar allá, en verano se los comerán los mosquitos y en invierno se congelarán. Así que van a luchar por su vida cada minuto y no les va a quedar tiempo para pensar en cómo minar el sistema.

El cierre de la frontera había sido de gran importancia para ellos. Su satisfacción era más que comprensible, ya que, como correos diplomáticos, su posición social había ascendido automáticamente hasta el pináculo. Sus frecuentes y regulares viajes a Occidente los habían convertido de nuevo en los más privilegiados miembros de la sociedad, algo que, a sus ojos, era lo mínimo que merecían. Viajar jamás debería llegar a ser algo común y corriente.

—De todas formas, si a alguien no le gustaba, solo tenía que largarse, podemos arreglárnoslas perfectamente sin ellos —concluyó su monólogo.

El Embajador pestañeó con rapidez, pero no dijo una palabra. Nadie mencionó lo difícil que sería para Checoslovaquia seguir adelante sin los miles de expertos y profesionales a los que “no les había gustado” y que, en efecto, se habían largado tan pronto como habían podido.

—Llevará años solucionar el descalabro de los últimos diez años —gimoteó el funcionario de aspecto porcino—. No estoy hablando solo de economía sino,

también, de la situación política. ¡La gente tiene que darse cuenta de que con el partido no se juega y que debe ser tomado en serio! ¡Hay que reinstalar la disciplina partidaria! Eso es lo más importante, compañeros, ¡la disciplina partidaria!

Arrastrado por su propio fervor, comenzó a golpear la mesa con el puño como si estuviera en una taberna. Como era de esperar, una de las botellas estalló en el suelo salpicando restos de cerveza. Su colega menos robusto expresó una aprobación entusiasta moviendo la pequeña cabeza de lagartija que coronaba su delgado cuello. El partido podía haber cometido unos pocos errores, especialmente en los años cincuenta, pero era imposible que esto socavara su estatus, ya que, a fin de cuentas, era omnisciente y todopoderoso. Sus miembros podían equivocarse, después de todo eran humanos, pero el partido mismo permanecía incólume, sermoneaba cual teólogo. Durante siglos los cristianos y sus líderes espirituales podían confesar sus pecados, pero la Iglesia misma era incuestionable, por ser del dominio de Dios. El Partido Comunista estaba haciendo grandes esfuerzos para crear el mismo tipo de autoridad y es por eso que se dejó caer tan duro sobre la herejía, excepto que la llamó “revisionismo”. Luego, ambos compañeros pasaron a la “autocrítica”, una actividad altamente estimulada por el partido.

—¡Todo es culpa nuestra! ¡Abandonamos las cosas a su suerte por demasiado tiempo! ¡Olvidamos nuestro papel histórico de guiar a las masas, enseñar al pueblo, convencerlos...!

Ese par me estaba dando náuseas. No podía soportar ese famoso “plural del partido”: nosotros y ellos. Y, sin embargo, también era posible que los dos correos diplomáticos estuviesen montando un teatro para el Embajador. Tal vez creían poder necesitar una recomendación algún día. Este, por otra parte, los dejaba continuar con la esperanza de que nosotros cayéramos en la trampa y empezáramos a protestar a favor de los odiados intelectuales, pero no éramos novatos en este juego y no tenía ningún sentido gastar saliva con esos dos ignorantes guardaespaldas. A fin de cuentas, no hacían más que citar los titulares del periódico del partido de la semana pasada. Aprovechamos la siguiente interrupción de la conversación, cuando se reponían las cervezas, para ponernos de pie y despedirnos. Mientras recogíamos nuestros pasaportes timbrados, el Embajador asomó su cabeza por la puerta para decirnos que nos esperaba al día siguiente para almorzar juntos en el centro. Eso significaba cambiar todos los planes, pero era una orden y no podíamos darnos el lujo de desobedecer.

El almuerzo anduvo mejor de lo que yo esperaba. Entre las paredes del bullucioso y exótico restaurant, el embajador hizo un gran esfuerzo por aparecer como un hombre normal y relajado. Mencionó, incluso, que cuando estaba en Checoslovaquia gozaba caminando por los bosques buscando setas silvestres y prometió visitarnos en otoño cuando en el sur comenzara la temporada de hongos. Le conté la gran cantidad que crecía en el pinar que había detrás de nuestro jardín. Ahora estaba pasando a mostrarse como un hombre simple y honesto. Luego, la conversación se volvió a nuestra vida en Chile. Quería saber dónde vivía exactamente la tribu de los mapuches, ya que nunca había escuchado ha-

blar de ellos. Luego nos preguntó qué planes teníamos para el futuro. Eso fue algo bastante decente de su parte, ya que a causa del actual clima político tenía el poder de darnos instrucciones para definir nuestro porvenir. Así que Milan se explayó en las esperanzas que tenía de crear un departamento de Antropología en la Universidad Católica de Temuco y de cuán importante sería que fuese allí, por cuanto Temuco estaba justo al medio de las reducciones mapuches. Se fue entusiasmando cada vez más, diciendo que finalmente planeaba dotar al departamento con graduados chilenos, de tal suerte que pudiesen desarrollar su propio currículum. Respecto del presupuesto, dijo que ya tenían el patrocinio del British Council y la Fundación Ford y que esperaba que las autoridades checoslovacas no obstaculizaran sus planes. También mencionó el apoyo que recibía de la Universidad Carolina de Praga, sin olvidar a sus previos estudiantes, y que sería ideal que se pudieran reunir en Chile para hacer juntos trabajo de campo y dar algunas clases en el nuevo departamento.

El Embajador valoró el sincero entusiasmo de Milan y nos contó que había recibido instrucciones de respaldar a la Universidad Católica de Temuco, ya que eso podría ayudar a superar algunos obstáculos. También se habló de la colección de artefactos mapuches destinados al Museo Naprstek de Praga y sugirió que la mejor manera sería despacharlos como envío diplomático para evitar dilaciones y problemas burocráticos con la aduana chilena. Así que la atmósfera durante el almuerzo fue bastante cordial, aun cuando Milan no aceptó ni rechazó el ofrecimiento de enviar la colección como valija diplomática. Con el café decidimos que apenas el Embajador viajara al sur, podría venir a visitarnos, de preferencia, como le habíamos dicho, durante la temporada de hongos.

—Pero no habrá viajes hasta que se hayan finalizado las ingratas obligaciones que tenemos —dijo, con un profundo suspiro. Esa fue la única mención que se hizo del proceso actual de interrogatorios.

Nos fuimos con la impresión de que nos apoyaría mientras le fuésemos útiles para su propia carrera. Mientras tuviésemos un papel importante en el área de relaciones culturales entre nuestras naciones y en la medida en que los chilenos estuviesen satisfechos con la actividad científica de Milan, las autoridades checoslovacas nos tolerarían a regañadientes y la Embajada nos dejaría en paz. Volvimos al sur ese mismo día en el tren nocturno. A pesar del rítmico balanceo del carro, no pude conciliar el sueño. Las recientes purgas políticas y el resultado de los brutales interrogatorios en la Embajada reflejaban en cierta medida el clima de mi país, ahora bajo el dominio soviético. En apariencia, a cada ciudadano se le preguntaba la misma cuestión decisiva: “¿Fue invasión o ayuda fraterna?”. Cuando nos llegara el turno de responder la maldita pregunta, dudé que la meditada respuesta de Milan pudiese sacarnos del atolladero:

“Caballeros, en la primavera de 1968 yo estaba en viaje de estudios en Londres, en mayo en París y en junio vine a Chile. En total, estuve solo tres semanas en Praga en la primera mitad del año mientras preparaba mi trabajo

de campo, pero si ustedes me proporcionan toda la información relevante documentada, la estudiaré concienzudamente y les daré mi honesta opinión acerca del asunto”.

Nuestra situación era, en realidad, complicada. En Praga ya habían cerrado el único Departamento de Antropología Social existente en la Universidad Carolina. Un departamento joven que había operado solamente siete años, siendo bastante promisorio. Era poco probable que el Museo Naprstek, el principal empleador de Milan, escapase a las purgas políticas. Vendrían, sin duda, muchos cambios que acarrearían el fin de la grata atmósfera de trabajo y del rigor científico por los cuales era un museo de renombre. Pero el atoladero de Milan era, incluso, más profundo. Dudaba que pudiera encontrar a alguien en Checoslovaquia con quien pudiese hablar un lenguaje común. Se sentía marginado no solo de aquellos que ahora propugnaban conformarse con lo poco que pudiera salvarse de las reformas de la Primavera de Praga sino, también, de aquellos que, habiéndolo arriesgado todo por el ideal socialista, lo habían perdido. Milan era, ante todo, un cientista social. La Antropología era su *raison d'être*. Los líderes del partido estaban en lo correcto cuando decían que una vez que la persona le toma el gusto a la libertad, la podían dar por perdida. Para cada persona que lograba cruzar la Cortina de Hierro, la libertad significaba algo diferente. Para Milan la libertad era hacer su trabajo: la ciencia. Estaba hastiado desde hace tiempo del enfoque que se daba en Praga a la Antropología como una materia que debía ser apenas tolerada, dependiendo todo del capricho de un ignorante funcionario del partido. Lo que él valoraba por sobre todo era la constante disponibilidad de libros acerca de la disciplina y las discusiones abiertas que podía mantener con los colegas de cualquier parte del mundo. Constantemente nos asombraba el número de sociólogos, antropólogos y psicólogos sociales que llegaban a Temuco y acababan pasando un día o dos, o a veces una semana con nosotros en Cholchol. Esas visitas conducían a invitaciones a seminarios y conferencias internacionales. Milan se acostumbró a la libertad de viajar y escoger a cuáles eventos asistir. La cuestión era, ¿qué podría esperar si volvía a su país de origen? El término oficial era “normalización”, pero, incluso, si lo trataran con mano muy blanda, iba a tener de todos modos que abandonar su trabajo. Se le impediría publicar o viajar, quizá ocasionalmente se le permitiera escribir algún artículo inocuo sobre los derechos territoriales en Papúa, Nueva Guinea o acerca de unas puntas de flecha encontradas en la cuenca del Amazonas. Pero no sería el resultado de su propia investigación, sino de otro colega más afortunado. Tal vez, de cuando en cuando, podría traducir una reseña o una sinopsis para algún colega del museo y el resto del tiempo lo consumiría en su pasatiempo favorito, leer novelas policiales y de ciencia ficción. Pero Milan había dado vuelta la página a ese tipo de existencia. Estaba ahora trabajando a un ritmo frenético. Escribía y organizaba conferencias y estaba, al mismo tiempo, sumergido en una monografía sobre su investigación de campo entre los mapuches. Daba clases en tres lugares distintos. Estaba desarrollando

también un ensayo para el Simposio de Americanistas de Lima y organizando el programa para la Semana Indigenista, la primera conferencia acerca de los mapuches que tendría lugar en Temuco. A veces lo desesperaba darse cuenta de que no había suficiente tiempo y calculaba los años que había perdido por haber descubierto la antropología tan tarde en su vida. Estaba convertido en un “trabajólico”. Pero, a pesar de las presiones, Milan estaba convencido de que Chile era lo mejor que podía haberle pasado en la vida. El tenor del trabajo le calzaba porque, a fin de cuentas, era él mismo quien determinaba la cantidad que debía hacerse. El estilo de vida también: vivir entre los indios y tener al mismo tiempo acceso a la amistad de sus colegas de la Universidad de Temuco. Estaba cautivado por la marcha rápida de nuestras vidas, se sentía indescriptiblemente vivo y el mundo que lo rodeaba era como un inmenso circo multicolor. Pero, por sobre todas las cosas, admiraba la “democracia casera” de Chile, como le gustaba llamarla, y rogaba para que se mantuviera algunos años más. Mientras tanto, regresar a la gris y sombría servidumbre del presidente Husak no lo atraía en lo más mínimo. ¿Y cómo nos dejaba esto a mí y a los niños? En este momento, Peter y Lidia sin duda estaban gozando de una infancia idílica en Cholchol, pero no era así para mí. Jamás había querido emigrar. Tenía un fuerte sentimiento de pertenencia con mi lugar natal y dejarlo atrás para siempre equivalía casi a la muerte. Milan sabía muy bien cómo me sentía y se esforzaba al máximo para no quemar puentes ni cerrar puertas. Ambos esperábamos que la situación se equilibrara y se mantuviera algún grado de libertad. Cuando menos tenía la esperanza de que podríamos volver a la posición que había tenido el país a comienzos de los sesenta, en el período del deshielo político. Y así que continuaba la vida de día en día. Decidimos, por último, posponer para otra ocasión el momento de tomar una decisión definitiva y abandonamos Santiago con una extensión de la “autorización para vivir en el extranjero” timbrada en nuestros pasaportes.

LA REVOLUCIONARIA MODELO

El viaje final a Concepción antes de las vacaciones de invierno transcurrió al igual que el anterior. Las clases se suspendieron porque los alumnos estaban en reuniones políticas. Planeaban escindirse en grupos de trabajo y partir al campo a crear conciencia de clase entre los obreros y campesinos. Edita fue la persona que vino a instruir a los estudiantes para llevar a cabo ese programa de formación de clases. Esa elegante francesa alta y rubia se paseaba de grupo en grupo con su ineludible halo de autoridad vestida en traje de combate a la Fidel Castro, tal como estaba de moda en algunos círculos. Claro que en ella parecía más bien un traje de safari, dando la impresión de una joven amazona en pie de guerra. Edita viajaba regularmente a Concepción e, incluso, había considerado establecerse allí por algún tiempo. Cumplía el papel de coordinador revolucionario para los radicales miristas, ya que gozaba de paso franco a Cuba. Sus visitas causaban gran revuelo entre los jóvenes porque significaba que la contribución potencial de Chile a la revolución latinoamericana se estaba tomando en serio.

Una tarde nos encontramos con ella por casualidad en nuestro restaurante habitual del mercado. Era obvio que se conocían con Milan, pero, por su actitud reservada y expresión sardónica, deduje que era muy poco lo que tenían en común. Para Milan era muy difícil perdonar a los sociólogos cuando se transformaban en revolucionarios. Nuestro relajado almuerzo se fue convirtiendo en una reunión de trabajo porque se nos unió Miguel, un joven estudiante. Muy pronto quedó claro que estábamos demás, por cuanto él solo tenía ojos para la compañera Edita.

Se quejaba de que a los miristas no les estaba yendo muy bien en Lota. De hecho, muchos de los compañeros habían recibido una paliza por parte de los mineros. Los sindicatos estaban bajo el dominio total de socialistas y comunistas y simplemente no dejaban entrar a los miristas.

—Nos va mucho mejor en los barrios pobres. Ahí está el comienzo genuino de la revolución. La gente se está tomando los terrenos eriazos y, si tuviesen armas, las usarían incluso contra el Ejército.

Edita asentía solemnemente.

—Los barrios pobres necesitan liderazgo, es allí donde ustedes deben mantener la influencia —decía.

Los asentamientos campesinos también eran un problema para los miristas ya que estaban dominados por los democratacristianos, que los habían organizado

en sindicatos tan pronto como fueron constituidos. Tan agradecidos estaban por una parcelita de tierra que se olvidaron completamente de la solidaridad de los trabajadores. Miguel hizo girar por último la conversación al tópico que, claramente, era el más cercano a su corazón.

–¡No disponemos de armas suficientes!

–No te preocupes, las tendrán a su debido tiempo –le aseguró Edita–. Ustedes también necesitan entrenamiento. Deben escoger un grupo de veinte o treinta compañeros de confianza que estén totalmente dedicados.

Luego, advertía que un mes de entrenamiento en un campo militar en Cuba era una experiencia que cambiaba a una persona para el resto de su vida. Los ojos del muchacho centelleaban de arrebato. Tartamudeó que eso sería un honor increíble para cualquier compañero y que conocía una cantidad de interesados al menos diez veces mayor. Pero Edita le puso de inmediato paños fríos a su entusiasmo. Tenía una queja severa. Algunos compañeros no estaban sirviendo efectivamente a la revolución si le daban a la oposición la oportunidad de hacerlos el hazmerreír de los demás. Tuve el presentimiento de que sabía dónde estaba yendo con eso. Un grupo de estudiantes locales había decidido seguir el ejemplo del Che Guevara y se habían ido a las montañas a principios de diciembre a instalar una célula de guerrillas. Al cabo de una semana de lluvia torrencial habían regresado a caer derecho al hospital con pulmonía severa y desde las camas emitieron la declaración que aparecía ahora en los diarios locales

–Todavía no ha llegado el tiempo de la revolución.

Miguel, rojo de vergüenza, gimoteó algo de seguir el ejemplo de Fidel Castro, pero Edita lo cortó en seco.

–Fidel tuvo éxito porque en ese momento era una táctica por completo nueva. Jugó con el factor sorpresa. No olviden que la oposición también está aprendiendo y más rápido que ustedes. Deben concebir algo totalmente distinto.

Edita se mantuvo firme volviendo a la necesidad básica de crear conciencia de clase entre los trabajadores. Lo más importante era destruir su equivocada lealtad al así llamado “Estado democrático” y comenzar a pensar en términos de clase en el espíritu del internacionalismo proletario.

–Las masas –golpeaba con énfasis su tenedor sobre el plato– ¡las masas deben marchar detrás de ustedes! ¡Las masas deben darles su pleno apoyo, si no, no van a llegar a ninguna parte!.

–Pero los compañeros están cansados de solo hablar, hablar y hablar... –farfulló Miguel, con frustración– ¡Ya llegó la hora!, ¡itennemos que empezar a ocupar las poblaciones!, ¡debemos acabar con los latifundios!, ¡el pueblo tiene que ganar poder, si repartimos armas a los compañeros, podremos partir con la revolución y los demás nos van a seguir!

Edita lo miró entonces como lo hace una madre paciente con su criatura.

–¿Y qué hay respecto al ejército chileno bien entrenado y completamente armado?, ¿se les olvidó ese pequeño detalle?

–¡El Ejército es una fuerza reaccionaria, necesitamos armarnos contra él y vamos a organizar las milicias populares!

–¡Excelente!, ¿o sea, que piensan que un puñado de rotos iletrados puede hacerle frente a un ejército entrenado y armado por Estados Unidos? –Edita se burlaba de su ingenuo fervor.

–¡Será igual que en Rusia!, ¡la Guardia Blanca acabó por rendirse! Apenas el Ejército vea que los trabajadores están ganando la batalla, los soldados rasos se volverán contra sus oficiales.

El muchacho expuso entonces cómo veía a la revolución sudamericana.

–Una vez que la guerra civil empiece en Chile, se nos unirá Argentina. Sé de muchos compañeros de allá que solo están esperando que comience. Luego vendrá el turno de Perú y Bolivia y, tal como el Che lo ha predicho, el imperia-lismo estadounidense tendrá otro Vietnam. Tendrán que luchar en dos frentes. Y será mil veces peor porque será en su propio patio trasero. Solo entonces van a comenzar los yanquis a tratarnos con respeto. ¡Ningún país del mundo consiguió su libertad sin luchar, la libertad es algo por lo que hay que pelear!

Era un notable debate. En un momento Edita advirtió de la posibilidad de que una coalición de izquierda ganase las elecciones. Miguel la negó tajantemente. Los estadounidenses no lo permitirán. Pero, al final, concedió que si eso sucedía, se pondrían muy difíciles las cosas para los miristas, ya que entonces quedarían luchando en dos frentes, contra la derecha y contra la izquierda oficial. El partido de centro, los demócratacristianos, no tenían, en su opinión, ni la más remota posibilidad porque durante la actual campaña preelectoral el apoyo estadounidense había sido demasiado obvio. Solo eso bastaba para que perdieran votos de la mayoría de la población.

Durante todo ese sombrero almuerzo la conversación giró acerca de los tópicos acostumbrados. Edita y Miguel dividían a la gente en sus categorías favoritas. Por un lado, el pueblo y las masas; y, por otro, los reaccionarios, momios, derechistas, imperialistas, colonialistas y fascistas. En resumen, todos sus enemigos. Pero ellos, los activistas, eran los manipuladores supremos que arreaban un lado contra el otro en nombre de la lucha de clases y se daban palmaditas en la espalda por estar encima del rebaño. Eso ya lo conocemos, lo conocemos bien. Milan y yo cambiamos un guiño divertido, pero aquí no es un juego, ¡ellos creen sinceramente en lo que están diciendo!

Al final, Edita le prometió a Miguel la cooperación de los estudiantes revolucionarios de otros países sudamericanos. Al parecer, muchos estaban preparados a compartir en Chile su experiencia e incluso viajar y establecerse en el país. Luego, ambos revolucionarios se pusieron de pie, se dieron abrazos y besos “de compañeros” y se marcharon con grandes planes y promesas para el futuro.

Al día siguiente volvimos a ver a Edita de nuevo. Andaba buscando a alguien que la llevara en auto a Los Ángeles para tomar desde allí el tren a Santiago y decidimos llevarla. Pero esta Edita lucía muy diferente, era una mujer cosmopolita. Nos habló de la Primavera de París de 1968 y yo mencioné que, por casualidad, habíamos estado allá en ese momento. Lo recordaba como una experiencia emocionante y aterradora. Había congestión vehicular por todos lados, el Metro

estaba cerrado por causa de la huelga general y los estudiantes habían tomado a su cargo la organización del transporte público. Las calles estaban llenas de gas lacrimógeno. Edita nos preguntó a su vez acerca de la Primavera de Praga, de la cual sabía muy poco. Le describí la unida oposición pasiva contra la invasión soviética durante las dos primeras semanas luego de que los ejércitos extranjeros entraran al país. La nación entera había participado.

–¿Quién organizó las protestas? –preguntó curiosa.

Contesté que nadie había estado a cargo de manera oficial. Todos y ninguno. La gente actuó de manera espontánea llevada por la ira y el disgusto. Le conté cómo las emisoras de radio se trasladaban clandestinamente de un lugar a otro escondidas en los camiones de las carnicerías transmitiendo información acerca de los movimientos de las fuerzas soviéticas y la mejor manera de sabotearlas, cómo un nuevo canal de televisión comenzó a transmitir desde un estudio improvisado en una bodega hasta que le volaron la principal antena transmisora, cómo los aparatos electrónicos de interferencia enviados desde Moscú fueron desviados en cada estación de ferrocarril y jamás llegaron a su destino y cómo la señalización caminera desaparecía durante la noche. La nación entera conspiró en la campaña de confundir y desmoralizar a las fuerzas de ocupación. Pero la inflexible mente de Edita era solo capaz de imaginarse la revolución en términos de las masas trabajadoras dirigidas por activistas revolucionarios profesionales. La idea de una forma de acción espontánea unificada sin una célula revolucionaria a cargo era algo inconcebible para ella. No podía aceptar que fuese posible improvisar y que toda una nación pudiera actuar como una sola persona, simplemente porque por un breve instante cada ciudadano sintiese lo mismo.

–Tú piensas como los soviéticos –le reproché–. Ellos estaban siempre buscando a los cabecillas de una contrarrevolución inexistente y tú te la pasas buscando a un grupo rebelde clandestino.

Edita se quedó en silencio, pensativa y luego, como si de pronto una luz se hubiese encendido en su cerebro, exclamó:

–¡Entonces era una verdadera revolución!

–Ahí la tienes –Milan le sonrió mirándola a través del espejo retrovisor.

Por supuesto, no podía decirle que en realidad jamás había habido una revolución. A lo más podía haber sido una revuelta contra los fatales errores cometidos veinte años antes, en 1948, cuando el país cayó en manos soviéticas. En 1968 había sido un alzamiento contra los pecados de los padres, que permitieron a los comunistas llegar al poder, y un intento por arreglar las cosas. Pero los pecados de los padres tampoco fueron deliberados, sino el resultado de un pacto político previo entre las superpotencias que había permitido la colonización de nuestra tierra por nuestro vecino del este como botín de guerra. Los intereses expansionistas de aquel estaban movidos por la misma ideología que, fervientemente, apoyaba la joven que llevábamos en nuestro auto.

Igual que la mayoría de los latinoamericanos de extrema izquierda, Edita no era una gran entusiasta de la Unión Soviética, pero no llegaba al límite de

denunciarla. Europea de origen, y poseyendo una perspectiva histórica europea, la consideraba como un mal menor en comparación con el capitalismo estadounidense. Era obvio que había estado en Sudamérica por largo tiempo y que su lavado de cerebro había sido completo y profundo.

Milan pensó que la unidad nacional del país en agosto de 1968 había sido una flor de un día. Un milagro que había durado poco más de una semana. En situaciones tales, siempre acaban por salir a la luz dos campos. Por una parte, aquellos que quieren capitular y alcanzar el mejor acuerdo posible con el enemigo; por otra, los que con obstinación renuncian a ceder y quieren continuar protestando contra la injusticia. El conflicto entre ambos acarrea inevitablemente el fin de cualquier unidad nacional precedente. Edita replicó que eso se puede evitar con un liderazgo revolucionario experimentado. Milan recalcó que lo primero que surge en un liderazgo revolucionario es el oportunismo.

—Los políticos checoslovacos fueron secuestrados, llevados a Moscú, forzados a firmar un documento de capitulación y volvieron como hombres acabados. Toda la nación rogaba que no firmaran.

Yo todavía estaba profundamente amargada por esa cobardía que llamaron “actitud realista”. Milan observó que los políticos muy rara vez sirven como ejemplos de valentía. Edita, incapaz de refutar esta afirmación, acusó a Milan de cinismo. Según la francesa, él no tenía derecho a denunciar al marxismo, al socialismo y al comunismo solo porque había tenido una mala experiencia personal. Un día va a funcionar en alguna parte. La teoría y la práctica se unirán y, ¿qué le evitaba realizarse aquí en Latinoamérica, en Chile? A su vez, Milan le preguntó por qué ella sentía la necesidad de exportar la revolución a otras partes y por qué no la había comenzado en casa, en Francia.

—¡Porque estoy hasta la coronilla de Europa! —explotó—. Europa está llena de intelectuales de café y cínicos como tú. ¡Todos se enredan y confunden en palabras y ya nadie tiene ideales!

Declaró que estos días cualquiera que desee ayudar a los desposeídos debería mirar hacia el tercer mundo, porque es allí donde todavía hay gente sufriendo los efectos del imperialismo y del colonialismo.

Milan sacudió su cabeza con exasperación. ¿Era acaso incapaz de ver que su propio cinismo superaba con creces al de los intelectuales de café porque todo lo que ella hacía no era nada más que afirmar su ego?, ¿que era una sinvergüenza que se valía de todos los que la rodeaban como si fueran “instrumentos de la revolución” para favorecer sus propios objetivos?, ¿que para ella los seres humanos eran solo “material con potencial”? Era tan arrogante que no podía aceptar que las masas no necesariamente querían una revolución sangrienta, que quizá ellas tuviesen sus propias opiniones y deseos que a lo mejor nada tenían que ver con edificar un futuro socialista. Asumía que aceptarían agradecidas un programa listo, proporcionado por los líderes revolucionarios. Cuando su revolución planificada finalmente fallara y el pueblo que ella llamaba “las masas” o “material” fueran puestos en vereda por algún régimen severo y sanguinario que los dejaría, incluso,

peor de lo que estaban ahora, ¿qué pasaría? Sin duda que Edita recordaría con premura su ciudadanía francesa y enarbolaría su confiable pasaporte occidental europeo. Sacudiría su cabeza diciendo “algo falló” y saldría derecho volando al otro lado del Atlántico. Allí, reposando en paz y tranquilidad, haría un análisis teórico de las razones del fracaso y, luego de haber tomado un descanso, partiría a intentarlo de nuevo a Bolivia o quizá a Colombia.

–Y eso, mi querida compañera, es esquemática e irresponsable experimentación ideológica con las entidades sociales. Su pensamiento es esquemático y demagógico. ¡Y eso es prácticamente lo único que le queda de su carrera científica! –concluyó, Milán, observándola con desdén.

Edita estaba a punto de estallar... y lo hizo. Le gritó e insultó, llamándolo “maldito reaccionario” y le profetizó que a la postre tendría que aceptar el socialismo porque era el orden natural de las cosas. Milan se limitó a burlarse de ella, fumando y chamuscando mi cabello con las cenizas de las colillas, dando tumbos de una berma a la otra de tal suerte que pensé que íbamos a volcarnos, pero nada de eso me impidió hacer mi contribución.

–Una simple pregunta: ¿El socialismo va a ser según el modelo soviético, chino, cubano o yugoslavo?

–¡La gente decidirá!– restalló con pompa.

–Pero, sea lo que sea, tiene que ser socialismo! –Milan soltó una risa amarga–. Allí acaba el poder de elección de las masas. Si no los mata la revolución, su muerte será solo ligeramente postergada.

Ni qué decir que nuestra separación fue menos que cordial. Cuando se bajó en la estación, ni siquiera se despidió. Sin duda que los estudiantes le iban a hacer la vida imposible a Milan en represalia por haber humillado a su querida Edita.

CUMPLEAÑOS EN CASA DE LOS SALAS

La Unidad Popular anunció su candidato presidencial: el doctor Salvador Allende. Nadie se sorprendió. Allende había postulado varias veces, tres para ser precisa, así que los votantes chilenos ya estaban acostumbrados a verlo como un aspirante habitual al sillón presidencial.

Pese a esto, su nominación produjo muchos debates acalorados, quizá porque todos sentían que por primera vez tenía una posibilidad real de ganar. En esos días no podías librarte de la política, ni siquiera en la fiesta de cumpleaños de nuestro amigo Adalberto Salas, profesor de Lingüística.

Cuando esa tarde llegamos de Cholchol a su casa en Temuco, los invitados ya se habían dividido en grupos que cambiaban continuamente dependiendo de la dirección, intensidad y animación de la discusión. Por ejemplo, los acampados debajo del piano, estaban en contra de Allende y lo rechazaban a voz en cuello, mientras el grupo de los que bebían junto a la ventana lo aprobaba con fervor.

El hecho era que la Unidad Popular realmente tenía muy pocos candidatos entre los que elegir. Tres de los partidos menos significativos de la coalición carecían de ellos y tampoco se esperaba que los tuvieran. Los actores principales eran los partidos Comunista y Socialista. Nominando al poeta Pablo Neruda, los comunistas daban su acuerdo tácito al candidato socialista.

Sin embargo, los compañeros que estaban debajo del piano habrían preferido que su candidato fuese Carlos Altamirano. Él representaba el ala extrema del Partido Socialista y, en cuanto a su perspectiva radical, era indistinguible de los miristas. Por otra parte, Allende representaba al principal núcleo reformista del partido y había sido escogido precisamente por esta razón para evitar la fuga de votos.

Los jóvenes de extrema izquierda rehusaban absolutamente aceptar lo que veían como una claudicación vergonzosa y objetaban tanto la edad como el origen de clase de Allende.

Y a decir verdad, Allende no era un hijo de obrero. Su familia formaba parte de la aristocracia local. A través del tiempo, surgieron allí médicos, abogados, artistas y periodistas, en resumen, intelectuales y empresarios de todo tipo que destacaban por haber sido tradicionalmente masones. A diferencia de otros políticos de izquierda que trataban de ocultar su origen burgués, Allende estaba orgulloso de su familia y eso era lo que le reprochaban. También se decía con frecuencia que se las había arreglado para mantener buenas relaciones con los políticos de

todos los partidos de izquierda y derecha, una actitud esperable del presidente del Senado. Sin embargo, a los jóvenes de extrema izquierda no les impresionaba su servicio de toda la vida al gobierno y lo acusaban de haber transigido políticamente. Por último, no era un secreto que dentro de su propio partido, el Socialista, había resistencia para proponerlo de nuevo. En las elecciones internas, solo había ganado doce votos, mientras trece miembros se habían abstenido.

Por su parte, los compañeros que se agrupaban junto a la ventana ya habían escogido hace tiempo al candidato de la Democracia Cristiana Jacques Chonchol, que hacía poco y con gran fanfarria, había anunciado al mundo que abandonaba ese partido para formar uno propio, el MAPU, que se había incorporado a la Unidad Popular. Chonchol era el perfecto ejemplo de un político joven, impetuoso y dinámico. Atraía a la gente proclamando que no era un político en absoluto, sino un ingeniero agrónomo. Durante el gobierno del presidente Frei Montalva, había organizado la Reforma Agraria y apoyaba la creación de sindicatos campesinos. Pero, de todas formas, se había convertido en un político inmanejable para el ala conservadora de su partido y le habían dado un ultimátum: adaptarse o retirarse. Para gran sorpresa de ellos, eligió retirarse arrastrando consigo a todos los jóvenes más izquierdistas, a la flor de los demócratacristianos.

Así, el cumpleaños de nuestro amigo Adalberto se estaba transformando en un verdadero *meeting* político. Mientras los demócratacristianos, mayormente profesores de la universidad local, se entretenían comparando los programas electorales de ambos partidos y comentando con satisfacción que el suyo era aún más radical que el de la izquierda oficial, en el otro lado de la sala alguien recordó que en realidad estaban invitados a un cumpleaños y empezó a animar a los invitados a bailar.

Adalberto estaba a cargo del tocadiscos. No parecía estar muy feliz con esta tarea poco atrayente y miraba con envidia a Mauricio que ya bailaba con una rubia alta, sonriendo junto a su pelo, apartando con gentileza los rizos de las orejas de la muchacha y susurrándole suavemente en un francés seductor. Ella respondía riendo con coquetería y rozando la punta de su nariz en el hombro de él. Era fácil adivinar los pensamientos de Adalberto. ¿De quién era el cumpleaños después de todo?, ¿y no se suponía que Linda estaba ahí por él?

La íntima iluminación provenía en principio de las velas. Cuando se consumieron, se encendieron las lámparas de sobremesa. De vez en cuando se abría la puerta de la cocina y un brillante rayo de luz iluminaba la habitación. María, la mujer de Adalberto, estaba ahí preparando la comida con la empleada. Algunas amigas la acompañaban y daban continuos reportes de quién bailaba con quién, mientras intercambiaban ansiosos chismes universitarios.

–¿Se han fijado –dijo María– que Mauricio es una cabeza más alto que los demás hombres? Debe ser por la alimentación canadiense.

Linda tiene tanta suerte –suspiró Anita con envidia.

–¿Suerte?, ¿qué quieres decir?, ¡él es un cura! –replicó ácidamente Elena.

Cierto, Mauricio Hébert era un cura canadiense. También era sociólogo, vicerrector de la Universidad Católica de Temuco, diestro esquiador, jugador de

vóleibol y hockey, montañista y estrella indiscutida de la escena social temucana. Tanto las esposas de los industriales como las profesoras universitarias suspiraban por él. Pelo oscuro y ojos azules han sido siempre una combinación irresistible y podría haber agregado más detalles de interés que incrementarían enormemente la admiración femenina. Milan hablaba a menudo de él, porque habían llegado a ser buenos amigos. De hecho, había sido idea de Mauricio que mi marido enseñara Antropología Social en la Universidad Católica de Temuco, donde él y Adalberto, el profesor de Lingüística, iban a representar papeles protagónicos.

Por fin Milan captó la cara larga de Adalberto y fue a la cocina a buscar una botella de vino. Se sentó a su lado y pronto estuvieron los dos bastante animados. Ya era hora, porque los últimos discos habían sido tangos argentinos que parecían hacer eco de sus desilusiones cumpleañoseras.

“...Mi mujer se muere de tuberculosis... mis hijas vagan por las calles de noche... mi hijo fue apuñalado. Caen las hojas de otoño. La policía me persigue, y estoy escupiendo sangre. Que me queda sino... ¡Cantar un tango!...”.

Encontré un rincón en penumbra donde podía sentarme sin que me vieran y hacer lo que más me entretenía en las fiestas: dejar que mis pensamientos vagaran y observar por encima de mi vaso lo que estaba ocurriendo alrededor, escuchar retazos de conversaciones, sorprender miradas indiscretas y soñar despierta. “Se ven bien juntos. Supe que ella es muy rica y que sus parientes viven en California...”. Obvio, se creía que todos los estadounidenses eran muy ricos y que venían de California. Escuché otros detalles:

“Había estado comprometida, pero el día de su boda, en vez de ir a la iglesia, se inscribió en los Cuerpos de Paz... Por supuesto que fue un escándalo... ¿Crees que ya se conocían de antes?”.

Linda todavía flotaba en los brazos de Mauricio, sonriéndole a los ojos. De pronto se escuchó un fuerte grito en la cocina.

—¿De qué están hablando ustedes?, de trabajo, ¿no? —chilló María— ilos gringos no saben cómo pasarlo bien! Todo lo que hacen es hablar de trabajo.

Sus tres amigas, obedeciendo órdenes, fueron a arrastrar a Milan y Adalberto hacia la pista de baile cantando “inada de trabajo en una fiesta!”. Milan protestó con alboroto rogando que al menos le permitieran terminar de fumar, pero tuvo que rendirse. Ajustándose los pantalones y con el cigarrillo colgando en la boca, adoptó la pose de un petimetre aburrido. Lamentablemente esto también terminó con mi momento de ensueño. Los invitados querían ver bailar un vals y el hecho de que no hubiese un disco no fue un obstáculo en absoluto. Alguien sacó una guitarra y empezó a rasgar las cuerdas.

No era la primera vez que se nos había pedido mostrar el vals vienés, considerado una danza exótica. El pequeño problema era que ningún guitarrista parecía

capaz de mantener el ritmo requerido de $\frac{3}{4}$ y volvían una y otra vez al ritmo sudamericano. El Danubio Azul terminaba indefectiblemente como un alegre chachachá. Aun así, fue uno de los momentos culminantes de la fiesta. Milan, aunque sudaba la gota gorda, se entusiasmó tanto que sugirió que podíamos mostrarles un tango tal como se bailaba en Europa. Escogió con cuidado el disco más apropiado y empezamos con el espectáculo. Con las rodillas dobladas, las cabezas dramáticamente separadas, nos deslizamos por el piso, una vuelta aquí, un pasodoble allá, una mirada de mortal desdén, tirar y empujar... bailábamos de manera fantástica. Tenía que ser lo más seductor sin llegar a ser risible. Nuestra audiencia gritaba, “¡Bravo!”, y aplaudía, y nosotros aceptamos graciosamente su adulación.

–¡Que digan ahora que los gringos no saben cómo pasarlo bien! –soltó Milan con una sonrisa.

Después de este ejemplo de intercambio cultural llegó al fin la hora de comer. Se prendieron las luces y aparecieron los manjares. Una verdadera galería de admiradores se acomodó a los pies de Linda, aceptando con gratitud las migajas que caían de su tenedor. Mauricio vino, en cambio, a sentarse a mi lado, besándome la mano. Empezamos a conocernos más y pronto estábamos hablando como viejos amigos. Me contó cómo y dónde había sido su primer encuentro con Milan. Había sido el 23 de agosto de 1968. Se acordaba de la fecha precisa porque fue solo dos días después de la invasión soviética a Checoslovaquia.

El Partido Comunista en Chile había sido el primero en el mundo en aprobar la invasión militar de un poder mundial a un Estado vecino. Los compañeros chilenos siempre habían sido devotos fervientes de la Unión Soviética. Pero no todos los miembros del partido aceptaron la sumisión de sus líderes. La población chilena en general había condenado la invasión y criticó duramente al Partido Comunista por ese apoyo. La organización local, por tanto, había programado una reunión pública en el auditorio de la universidad. Apareció todo el comité del partido. Hablaron de contrarrevolución en Checoslovaquia, describieron las actividades terroristas organizadas por movimientos derechistas, explicaron que el sistema socialista estaba en grave peligro y que toda la vida política había sido infiltrada por fuerzas reaccionarias dirigidas por los agentes de Occidente. En su desesperación, los trabajadores checoslovacos habían pedido la ayuda del gobierno soviético que a su vez reconoció su responsabilidad internacional. ¿Era, pues, apropiado denominarlo “invasión” cuando de hecho lo que teníamos ante nuestros ojos era un raro ejemplo de solidaridad entre hermanos socialistas? Durante este discurso los estudiantes patearon y chillaron. No tenían intención de dejarse persuadir por estos pretendidos argumentos razonables y honestos. Y se desató el debate. De repente, pidió la palabra un rubio desconocido que estaba sentado al fondo. Se acercó al frente y habló ante el micrófono. Se presentó de manera sencilla siendo evidente que el español no era su lengua materna:

–Mi nombre es Milan Stuchlik. Vengo de Checoslovaquia y llegué a Chile hace dos meses. Soy antropólogo social y me hallo en este momento estudiando la cultura mapuche. Les puedo decir con certeza que no ha habido contrarrevol-

lución en mi país. No había ninguna amenaza al liderazgo socialista. No estaba en peligro la vida de comunistas ni de no comunistas. Por el contrario, todo el movimiento reformista de la Primavera de Praga estaba liderado por miembros de nuestro propio Partido Comunista. Estábamos tratando de reformar el régimen vigente, de crear una forma de socialismo que estuviera en armonía con nuestra historia, nuestra cultura y nuestras tradiciones democráticas. Queríamos librarnos de influencias extranjeras que eran un peligro para nuestra sociedad. La llegada del ejército soviético la medianoche del 21 de agosto fue completamente inesperada e imperdonable. Este fue el juicio de todos nuestros ciudadanos. Y dado que llevó a la disolución forzada de la soberanía de un Estado independiente es algo que solo puede recibir el nombre de “invasión”. Gracias por su atención.

Devolviendo el micrófono, agradeció con una leve inclinación y abandonó el estrado.

–Yo estaba sentado en la mesa del rector –recordó Mauricio– no puedes imaginarte la batahola. Fue como si hubieran tirado una granada. Nadie se imaginó que podía haber un checo aquí en Temuco. Los estudiantes echaron del edificio a los miembros del comité y organizaron manifestaciones en las calles. Desde entonces los comunistas no han podido andar con su cabeza en alto, no es fácil olvidar tal vergüenza pública. Tienes razón al pensar que Milan no es precisamente el favorito de ellos –terminó, riendo.

La velada culminó con champaña. Adalberto, a quien ya se le iban los pies, puso un disco de Los Beatles y bailó con Linda, para felicidad de su corazón. Le quitó el abrigo en el vestíbulo cuando ya estaba a punto de irse. María recibía lecciones de mazurca de Milan y yo me había quedado dormida, firmemente apuntalada entre el librero y el aparador. Mientras volvíamos a casa al amanecer, le expuse mi análisis comparativo de los eventos sociales tal como los había observado.

–Las fiestas chilenas son notables porque constan de dos elementos distintivos: sexo y política.

En Checoslovaquia esto habría sido considerado una combinación rara. Por supuesto el elemento erótico era parte normal de una buena salida nocturna, pero el aspecto político era en general sustituido por el alcohol. El objetivo de una fiesta nocturna en Praga era quedar gloriosamente borracho y perder el sentido lo más rápido posible. Era tan diferente en Chile. El que va a una fiesta despierta al día siguiente ansioso por recordar qué preciosas perlas de sabiduría habían caído de sus labios en la esperanza de que pudieran alterar el curso de la historia; por otro lado, su contraparte checa se vanagloriaría por la copiosa cantidad de alcohol consumida y por el hecho de no recordar absolutamente nada. En mi país, el alcohol reemplazaba a las acaloradas discusiones políticas sobre elecciones presidenciales, renovación de representantes políticos, manifestaciones y huelgas debajo de un piano o en una alfombra empapada de vino. Cierto, hubo un breve tiempo en que la política burbujeaba en nuestras mentes como champaña, pero incluso entonces preferíamos mantener esas discusiones

afuera, en las calles, y nuestras noches de juerga se dedicaban a pasajeras aventuras de amor y a grescas inducidas por el alcohol. Además, puesto que la mayoría no recordaría lo que había pasado la noche anterior, cuando se les decía que habían golpeado a un amigo o pariente en su avanzado estado de embriaguez, se daban y aceptaban disculpas sin repercusiones posteriores. En cambio, en Chile, un desacuerdo político en una fiesta podía ulcerarse, continuar y en suma no ser olvidado ni perdonado jamás. ¿Significaba esto que sexo y alcohol eran en realidad una mezcla festiva mejor que sexo y política?, ¿o que sexo y política estaban firmemente relacionados? En Chile las discusiones políticas formaban parte integral de cualquier reunión social. Nunca estuve en una fiesta que no terminara con una pelea entre comunistas y miristas, democratacristianos y disidentes del MAPU, socialistas y conservadores del Partido Nacional. Se me ocurría que mientras en otras partes la política se desarrollaba en sobrias y serias instituciones tales como el Politburó en Moscú o la Casa Blanca en Washington, en Chile las decisiones políticas fundamentales se tomaban en la madrugada, en horas de severa irresponsabilidad emocional. Además, a menudo el vino, las mujeres y el canto se entremezclaban en estas importantes discusiones y conclusiones. La interrogante seguía: ¿Era esto algo típico de toda Sudamérica?, y, de ser así, ¿cuáles serían los efectos a largo plazo para el futuro de este continente?

Milan escuchaba atentamente mi discurso, pero entonces anunció que no podía concentrarse porque en ese momento le estaba enseñando a bailar vals a la citroneta. Había estado patinando durante un buen rato en el camino anegado de agua y pronto sucedió lo inevitable. Como una cabra montañesa, voló por encima de una zanja y aterrizó sobre los espinillos que había en la orilla. ¡Justo lo que necesitábamos! Estaba amaneciendo y pasaría mucho tiempo hasta que apareciera un campesino con un par de bueyes para sacarnos de allí. En un intento por refrenar cualquier posible protesta mía contra su incapacidad como chofer, Milan empezó a explicar que mi teoría sobre alcohol, sexo y política tenía un defecto radical.

—¡Aquí en Chile la política es dominio de peluqueros! Cada vez que me corto el pelo ellos ya saben por adelantado de qué se va a tratar el próximo discurso en el Congreso, qué posición va a defender la oposición y qué comentarios van a salir en diarios. Eso es algo demasiado ajeno para nosotros, los pobres checos —suspiró con tristeza—. Nunca supimos cómo hacer política y lo poco que aprendimos ya lo hemos olvidado.

Volvió entusiasmado a su tema favorito.

—En una democracia casera como la de Chile, todo el mundo hace política. ¿Para qué necesitan parlamentarios? Aquí no es un chiste cuando dicen que cualquier fulano puede llegar a ser Presidente.

Mirando a su alrededor, se sorprendió de no ver carretas, o incluso jinetes, bostezó y cerró los ojos. Iba a dormitar un poco. Pero primero dijo que si Mauricio podía abrir un departamento de Antropología en Temuco, se acabarían todos nuestros problemas. No tenía dudas de que sería un éxito resonante.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Faltaban todavía cuatro meses para las elecciones, pero ya la campaña era frenética y atiborraba la radio, la televisión y los diarios. También se veían lienzos y pinturas por todas partes; en casas, murallas, carreteras e, incluso, en las laderas de los cerros. “¡Vote 1!”, “¡vote 2!”, “¡vote 3!”, anunciaban los pósteres y pancartas en cada esquina.

El partido de derecha, el Partido Nacional, nombró al experimentado y diestro político ex Presidente de la República Jorge Alessandri, que ya estaba en los setenta años; los demócratacristianos propusieron al cincuentón Radomiro Tomic y la coalición de izquierda puso en sus afiches al doctor Allende, de anteojos y aspecto bonachón.

En las numerosas marchas cada grupo apoyaba a su candidato nominado con cantos al unísono y se burlaba de todas las caídas de sus oponentes. Se toleraban toda clase de insultos. Los pugilatos callejeros entre los adherentes de los diferentes partidos era cosa de todos los días. Cuando esas peleas aumentaron en violencia y los comerciantes comenzaron a quejarse de que ni siquiera podían levantar las cortinas de sus tiendas por temor a los piedrazos, entró Carabineros en escena con bastones, carros lanza aguas y gas lacrimógeno. En Santiago se declaró Estado de Emergencia y el Ejército se acuarteló. En Concepción la situación no era mucho mejor e, incluso, Temuco no escapó al frenesí preelectoral. El tópico principal de conversación eran las apuestas sobre los resultados y muchos ya estaban esperando un regalo caído del cielo.

Por fin llegó el 4 de septiembre. La atmósfera me recordaba el aire de histórica expectación que rodeó la final del Campeonato Mundial de Hockey sobre hielo en Checoslovaquia. Yendo a Concepción tuvimos la oportunidad de darnos cuenta de que la conciencia de clase del elector promedio estaba en pañales a pesar de los mejores esfuerzos desplegados por los jóvenes marxistas. Adelantamos innumerables camiones llenos de campesinos que mostraban con sus dedos que iban a votar por el candidato de la derecha. Al revés, varios hijos e hijas de familias acomodadas lo harían por Allende o Tomic.

Alessandri, por su parte, no dudaba de su victoria. En su programa había asegurado que su principal preocupación eran los intereses del capital nacional. Su campaña apuntaba primariamente contra los oponentes tradicionales de su partido: los demócratacristianos. Alessandri esperaba ganar los votos de los pequeños

empresarios y agricultores que estaban descontentos con la Reforma Agraria de Frei y atemorizados con la amenaza de nacionalización de sus empresas privadas.

Los demócratacristianos, en consecuencia, estaban repeliendo con furia los ataques de la derecha y, como una brega política rara vez es limpia, elaboraron algo verdaderamente sucio y sórdido. Se trataba de un comercial de televisión transmitido por el prestigioso Canal 13 perteneciente a la Universidad Católica de Chile. Una tarde, durante el espacio asignado a propaganda política, apareció en la pantalla un par de piernas, las de un anciano. Se movían lentas, vacilantes y a punto de tropezar. De cuando en cuando, se detenían para tomar un descanso. Y de nuevo, dolorosamente lentas, tambaleándose, comenzaban a moverse. No había guión ni música. La filmación se extendía por interminables siete minutos. Al final, la cámara ascendía y, de súbito, se enfocaba en el rostro al que pertenecían aquellos decrepitos y dolientes miembros: a don Jorge Alessandri Rodríguez, el candidato presidencial.

Este no sería su primer mandato como Presidente. Contaba con su popularidad, carisma y largos años de experiencia. De no haber sido por este particular montaje, habría indudablemente ganado la elección. Pero ahora todos podían ver que era una posibilidad real que falleciese durante su mandato. Sin embargo, ambos partidos entraron a darse con todo y, con ello, fueron incapaces de ver al candidato que venía tapado. Los votos que perdió el Partido Nacional no fueron a dar a los demócratacristianos, sino al doctor Salvador Allende.

Así que en ese memorable día Chile puso el pie sobre un terreno totalmente desconocido. Salvo durante los años del Frente Popular, la izquierda chilena había estado marginada del oficialismo. Si bien formaba una oposición fuerte e influyente, pero en treinta y dos años nunca había accedido al poder. Aunque antes, en una ocasión un tanto patética en los años treinta, los socialistas se las habían arreglado para estar en el poder por dos semanas antes de sucumbir dada su inhabilidad para gobernar.

Allende ganó las elecciones por un pelo. Obtuvo un mero 36% de los votos, con la derecha pisándole los talones con un 35%, mientras el resto fue a parar, con algo de bochorno, a los demócratacristianos, que todavía detentaban el poder. De acuerdo con la legislación vigente en ese momento, el Congreso debía escoger entre ratificar a la primera mayoría o a la segunda dentro de los dos meses siguientes. Solo entonces el mando pasaría de Eduardo Frei al candidato oficialmente confirmado. Habrían de ser los dos meses más tensos de la historia política chilena.

La noche del 4 de septiembre las ciudades se repletaron con multitudes delirantes que celebraban la victoria. Había bailes en las calles, el vino corría a torrentes y todo el país estaba de fiesta, tal como solo los chilenos saben hacerlo. Allende no cabía en sí de gozo. Corrió al balcón de la FECH y saludó a las masas, sonriendo, llorando de emoción y agradeciendo a las delegaciones de obreros de tantas fábricas que venían a felicitarlo. Su dicha estaba más que justificada. Por fin, a los sesenta, lo había logrado. Las tres veces anteriores en que había postulado

a la Presidencia de la República —en 1952, 1958 y 1964— se habían enfrentado a las fuerzas unidas de la derecha y los partidos de centro que, fácilmente, lo habían doblegado. Esta vez había anunciado que sería la última en que postularía, porque en seis años más ya estaría muy viejo. ¡Y lo había conseguido! No parecía muy preocupado por su ratificación a cargo del Congreso, que parecía una mera formalidad.

Regresando de Concepción, veíamos a grupos de mapuches reunidos a la orilla del camino escuchando sus radios portátiles. Habían votado en su gran mayoría por su favorito, Alessandri, ya que entre otras cosas, durante su mandato jamás se había hablado de reformas agrarias. La derrota de su candidato, sin embargo, no les impidió celebrar los resultados de la elección con una buena parranda.

Tomic aceptó su derrota como el caballero que era. Felicitó a Allende por su triunfo y lo abrazó como a un hermano, lo cual fue un alivio para él. En todo caso, los demócratacristianos no se habían bajado del *ring* político. Allende tendría que mantener de su lado a los diputados de ese partido al menos hasta las próximas elecciones parlamentarias de 1973, ya que sabía muy bien que los demócratacristianos eran cruciales para inclinar la balanza del poder.

Allende y la Unidad Popular iban poco a poco recuperándose del *shock* de su victoria. En Chile, el Presidente no detentaba de ningún modo un cargo honorífico: era el que en definitiva gobernaba. Y nunca fue una labor fácil. El recién electo Presidente debía usualmente superar los obstáculos que le ponía el Congreso, donde los diputados de izquierda eran expertos en hacer tropezar a los gobiernos de derecha. El Congreso constaba de dos cámaras: La de diputados y la de senadores. Como las elecciones parlamentarias no coincidían con las presidenciales, cualquier nuevo Presidente tenía que hacer frente a los diputados que había heredado de su predecesor.

Junto con el Congreso, el Presidente tenía la facultad de proponer leyes y vetar propuestas con las que estuviese en desacuerdo. Cuando se había llegado a un punto muerto en el Congreso, el veto era una herramienta crucial. Pero si se llegaba a una situación en la que no se lograba acuerdo y se habían agotado todas las otras vías, el presidente podía llamar a plebiscito para que el pueblo decidiera. Era una salida de altísimo riesgo y el Presidente solo podía convocarlo una vez durante su mandato. Si lo ganaba, tenía el derecho de disolver el Congreso y llamar a elecciones en las cuales él podría finalmente designar a su propia gente. Pero si lo perdía, implicaría el fin de su carrera política y su eventual destitución.

Allende conocía muy bien esas dos armas señaladas de su arsenal, el veto y el plebiscito. Dado que su coalición, la Unidad Popular, tenía solo el 40% de los representantes en el Congreso, no cabía duda de que ciento veinte experimentados políticos de oposición se valdrían de todos los medios legales o semilegales para dificultar lo más posible su ejercicio y prepararían así el terreno para la próxima elección presidencial. Y era por todo eso que la exhibición de buena voluntad de Tomic era un alivio. Allende ahora podía abrigar la esperanza de que los

democratacristianos trabajarían con él en su programa de conducir al país por el pacífico, legal y no revolucionario camino llamado “vía chilena al socialismo”.

Inmediatamente después de su victoria, Allende agradeció a la nación por los votos depositados en él y también al Ejército por no haberle impedido acceder al sillón presidencial. En su enérgico discurso les recordó a todos la tradición chilena de no recurrir a golpes de Estado y que, hasta ese momento, los presidentes habían sido elegidos siempre según el número de votos que habían obtenido. No obstante, y de acuerdo con la ley, debía todavía esperar dos meses antes de asumir oficialmente el mando. Y como en dos meses podían suceder muchas cosas, el futuro Presidente estaba nervioso. Y no solo él, ya que cuando disminuyó la euforia del triunfo de las elecciones, también lo estaban todos los chilenos simpatizantes de izquierda. A pesar de todas las garantías sobre la intachable tradición democrática chilena y la imparcialidad del Ejército que siempre había defendido el derecho del pueblo a elegir a su Presidente según su sentir, todo el mundo estaba en vilo.

¿Cuál era, en definitiva, la naturaleza de las fuerzas armadas chilenas? Solía escuchar comentarios irónicos acerca de que a la Marina le encantaba copiar los uniformes británicos, que a los oficiales les gustaba el gin con amargo de Angostura, que las bandas de música eran bastante buenas y que el comportamiento caballeresco con las damas era un prerrequisito para ascender. Por otra parte, era un hecho conocido que el Ejército estaba modelado según el modelo prusiano.

Parecía difícil saber cuál era la verdadera situación del minuto. La gente estaba instintivamente cautelosa. Todos hacían esfuerzos para destacar que el Ejército era, por sobre todo, apolítico, que por algo los soldados no tenían derecho a voto y que de eso dependía la protección y defensa de las instituciones democráticas de la nación. En consecuencia, se esperaba que el Ejército mantuviera su lealtad con el nuevo Presidente electo. El público de hecho lo respetaba porque hasta ese momento había permanecido en sus cuarteles y no había mostrado inclinación alguna a maquinarse un golpe, algo bastante inusual en comparación con otros ejércitos del continente. Todos estaban de acuerdo en que Chile poseía el más grande, disciplinado y –lo más importante– más inteligente ejército de toda Sudamérica.

Por supuesto, los revolucionarios veían las cosas de un modo diferente. Sostenían que quienes tenían el poder eran los oficiales en vez de los soldados rasos y que, como aquellos provenían de familias ricas chilenas, era ridículo que Allende los llamara “hijos del pueblo”. Al contrario, por cuanto Chile no había estado en guerra desde el conflicto con Perú y Bolivia en el siglo XIX, el Ejército solo se había concentrado en reprimir toda eventual agitación interior. Mostraba un marcado entusiasmo en cumplir, y de hecho exceder, las órdenes de abrir fuego ya fuese contra mineros u obreros en huelga o algunos pobres desdichados que levantaban chozas de cartón en los basurales de la periferia de la ciudad. La teoría de la lucha de clases impedía que los miristas pudiesen creer en la neutralidad de las fuerzas armadas. Sostenían que su lealtad al Presidente todavía no había sido

en serio puesta a prueba, porque hasta ese momento jamás había sido elegido un presidente que no representara los intereses de la derecha. Así era hasta ese momento. Los miristas querían desde el principio milicias populares preparadas para hacer frente al Ejército en caso de conflicto. Una idea que Allende rechazaba de plano. *El Mercurio*, periódico conservador, resumía la situación del momento valiéndose, más o menos, de términos como los siguientes:

“Chile es el primer país del continente americano en haber elegido a un presidente marxista por medios democráticos... emprenderá el camino del socialismo pero manteniendo los derechos ciudadanos y las leyes existentes... continuarán las elecciones democráticas y se mantendrán todas las instituciones. Chile será en consecuencia un experimento que será observado muy de cerca por todos los países occidentales en vías de desarrollo que procuran una alternativa política al capitalismo”.

Ese tipo de comentarios dejaba a la gente muy inquieta. La mayoría de la población tenía poco interés en dar cumplimiento a una misión histórica sin precedente. Nadie estaba seguro de cómo reaccionaría Estados Unidos al tener a un país socialista en el mismo continente ni cuál iba a ser la reacción del Ejército. De hecho, ambas cuestiones estaban conectadas. Muchos creían que Estados Unidos no recurriría a una intervención militar directa debido al rechazo mundial a la Guerra de Vietnam. Sin duda que el pueblo estadounidense no apoyaría otra acción intervencionista internacional por parte de su gobierno. Pero eso no significaba que no fuera a actuar de forma indirecta.

A lo largo y ancho de Sudamérica, la CIA era odiada, recelada y condenada. Pero, ¿habían fallado alguna vez los dólares como medio útil de persuasión? Para Estados Unidos solo bastaba comprar a las fuerzas armadas chilenas para derribar a Allende y sus problemas quedarían resueltos. La mayoría de los chilenos de todos los partidos, sin embargo, eran categóricos en sostener que eso jamás llevaría a un golpe de Estado. Esa era la reluciente columna del orgullo nacional. Creían firmemente que Chile era diferente de todos los otros países sudamericanos, porque era civilizado y practicaba la verdadera democracia. ¿Un golpe militar en Chile? ¡Eso nunca va a pasar! El dicho, “¡eso nunca va a pasar en Chile!”, se escuchaba a diario desde todas partes. Y a medida que pasaron los años, lo escuchamos más y más a menudo. Incluso después, cuando pasó algo que, en teoría, nunca debería haber pasado en Chile...

Por otro lado, el Ejército no era un simple mono de peluche. Recibía entrenamiento regular en Panamá. Allá, la oficialidad no solo participaba en maniobras militares sino que, también, era adoctrinada políticamente, siendo el tópico principal la amenaza que el comunismo representaba para el mundo libre. La cordial camaradería entre los oficiales de los diferentes países y el intercambio mutuo de experiencias servía solo para fortalecer un consenso general en Centro y Sudamérica: Que las fuerzas armadas tenían un papel de continuidad histórica, cuya



El presidente Salvador Allende por el centro de Santiago, 19 de septiembre de 1972.
Fotografía de Armando Cardoso. Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

responsabilidad era vigilar las acciones a menudo irresponsables de los políticos y tomar el poder en sus manos si se percibía que la estabilidad del mundo, que en este caso significa todo el continente americano, parecía amenazada.

En el doctor Allende, sin embargo, los soldados se enfrentaban a un adversario más bien inusual. Médico de formación, había sido un respetado y apreciado miembro del Congreso desde antes que la mayoría de ellos hubiera nacido. El país tenía razones para agradecerle por muchas leyes exitosas en el sector social y de salud pública. Era amigo de los padres de muchos oficiales y padrino de sus hijos. Era un hombre que gustaba de los lujos y placeres de la vida, además, era masón. Pero también era un marxista confeso y amigo personal de Fidel Castro. Y se daba todavía en esta personalidad multifacética un elegante y persuasivo orador. Una gema de la alta sociedad chilena, un amante del arte, del vino y de las mujeres.

Sin embargo, nadie sabía cuándo el Ejército decidiría cumplir con su “deber patriótico”, esto es, salvar a Chile del comunismo deponiendo al Presidente en ejercicio. ¿Será hoy, mañana, dentro de un mes, en un año? Pero como la batalla por el sillón presidencial no había terminado ni mucho menos y quedaban todavía aquellos dos meses, el astuto zorro Alessandri sugirió una ingeniosa solución. Si el Congreso, por ley, lo nominaba a él en vez de a Allende por ser segunda mayoría relativa, rehusaría el nombramiento y se debería convocar a nuevas elecciones. En ese caso, sí podría presentarse de nuevo el demócratacristiano Eduardo Frei, ya que, según la ley electoral, habría pasado un período presidencial. Y una vez que su probada alianza estuviese de vuelta, Allende quedaría, *ipso facto*, sin posibilidad alguna.

La reacción de Allende a esta provocación fue rápida e indignada. Dio un discurso que “abrió las puertas de las fábricas”. Los trabajadores estallaron en las calles con airadas protestas. Allende acusó a sus oponentes de intrigas. Invocó los ciento cincuenta años de tradición democrática y apeló a los sentimientos nacionales reivindicando su victoria electoral legal. La gente respondió a su discurso. El nuevo Presidente se ganó la simpatía de todos al verse públicamente amenazado por maquinaciones políticas sin haber tenido siquiera la posibilidad de probar que representaba los intereses de la mayoría. La gente estuvo con él a pesar de sus adhesiones políticas particulares. Los miristas anunciaron que si Allende caía, arrasarían el barrio alto de Santiago. Los ricos definitivamente no apoyaban a Allende. Los sindicatos se prepararon para un paro general. El viento de las manifestaciones, tan caras a los corazones chilenos, comenzaba de nuevo a agitar los estandartes. Los trabajadores cerraron las fábricas y coparon las calles.

Habían pasado solo diez días de las elecciones y ya el pánico estaba aumentando. Los bancos cayeron en una seguidilla de “viernes negros”. El precio del dólar subió desmedidamente en el mercado informal, la gente comenzó a vender sus propiedades y a abandonar el país en masa. Huyeron a Perú, Argentina o Ecuador. Los especuladores comenzaron a llenarse los bolsillos vendiendo dólares en el mercado paralelo. Tal como si el país se hubiese abierto las venas, fluía la

hemorragia de capitales. Muchas compañías y fábricas estaban cerrando, ya que sus dueños, temerosos de una nacionalización, las vendieron y escaparon llevándose con ellos divisas, joyas, obras de arte y cualquier cosa de valor. Los aviones estaban llenos a reventar. Los diarios informaban de la creciente situación catastrófica y advertían sombríamente de una inminente bancarrota nacional, caos y hambre. Y así estaban incitando a que todos abandonaran el barco antes de que se hundiese.

Durante uno de nuestros viajes a Santiago nos encontramos de pronto en medio de una manifestación de la Unidad Popular. “¡Allende! ¡Allende! ¡Allende presidente!”, cantaban y “¡El pueblo unido, jamás será vencido!”, que se convirtió en un canto legendario. Y también: “¡Cuba, Cuba, Cuba no está sola!”. De pronto, a la vuelta de una esquina, se encontraron frente a frente con los manifestantes de la derecha. “¡Defiendan la libertad de Chile!”, gritaban, “¡Defiendan nuestros fondos!”. Al principio, ambos bandos trataban de superarse en volumen, pero pronto recurrieron a puños y piedras y, finalmente, a la lucha cuerpo a cuerpo. Nos escondimos en un zaguán mientras los comerciantes iban cerrando sus tiendas y bajando con apremio las cortinas. Momentos después apareció la policía antidisturbios, el Grupo Móvil, entrenado en los métodos represivos franceses. Apuntaron con el carro lanza agua hacia la multitud y comenzaron a blandir sus estoques y a tirar bombas lacrimógenas. Todo se llenó de humo. La gente corrió, cayendo unos sobre otros. Habían envuelto sus cabezas con las camisas o chaquetas y buscaban a ciegas cómo escapar. Por cierto que los carabineros hicieron derroche de su fuerza y equipamiento. Así que muy pronto la calle quedó saturada de neblina química y de hormigas verdes con máscaras antigás golpeando con sus bastones a todos cuantos pudieran alcanzar.

Abriéndonos paso a través de diversas callejuelas logramos al fin salir a la Alameda. Y allí nos topamos con otro ejército. Una masa de vendedores ambulantes con cajitas colgando delante que gritaban animadamente a todo pulmón: “¡Pañuelos, pañuelos húmedos!”, a medida que corrían hacia el sector saturado de gas, no sin antes haber tomado la precaución de ponerse en sus rostros su propia mercancía, cual mascarillas quirúrgicas, para luego aventurarse a la zona del conflicto.

Ahora, en términos de lo que habíamos ido a hacer a Santiago, nuestro viaje fue un fracaso total. Habíamos ido a discutir a la Casa Central de la Universidad Católica la apertura del futuro Departamento de Antropología en Temuco. Pero en esos días nadie tenía tiempo ni ánimo para ese tipo de asuntos. Toda la nación se había volcado a las calles, unos en apoyo del nuevo Presidente, otros rechazándolo abiertamente. Había cosas bastante más importantes de que ocuparse que la eventual apertura de un departamento de antropología en ciernes en algún lugar del sur.

LA MUERTE DEL GENERAL

De vuelta en Cholchol, nuestra vida continuó relativamente normal. De forma esporádica, sin embargo, nos llegaban noticias “desde afuera” a través de los diarios y la radio, y así, pese a lo aislados que estábamos, podíamos percibir las reverberaciones de la vorágine política que se estaba desplegando.

El 22 de octubre, el Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider Chereau, fue asesinado.

Había salido al Ministerio temprano en la mañana y, tal como era su costumbre, sin guardaespaldas. Su Mercedes fue seguido e interceptado por varios otros vehículos que le cerraron el paso. De improviso, cinco hombres corrieron hacia él, quebraron los vidrios de la ventanilla y abrieron fuego dándose inmediatamente a la fuga. Las balas traspasaron su hígado y cuello, tuvo que ser operado a corazón abierto. Luego de tres días de agonía, murió.

Su asesinato sepultó al país en un estado de honda depresión. Hasta ahora todo había sido bravatas –manifestaciones, discursos, eslóganes y refriegas desiguales– a la usanza de la costumbre chilena. Nuestro amigo Martín Cordero, con el rostro pálido y preocupado, nos explicó que ese había sido el primer crimen político realizado en el país desde el siglo XIX y que tendría graves repercusiones en el estado psicológico de la nación.

Esta tragedia clavó los ojos de todos, todavía con mayor intensidad sobre el Ejército. Era un signo inequívoco de acerbos luchas de poder intestinas. El asesinato General era conocido por su irrestricto apoyo a la Constitución. Jamás habría permitido que el Ejército derrocaria a un presidente legalmente elegido. Era muy probable que por esa razón lo hubiesen eliminado.

El presidente Frei Montalva, todavía en ejercicio, lo denunció como un crimen horrendo y aclaró que por lo que respectaba a su partido, no estaba en cuestión la posibilidad de un golpe militar. Allende, por su parte, activó su propia red de información, suplida primariamente por el MIR. Se reveló que los responsables eran generales en retiro y miembros de la facción de extrema derecha Patria y Libertad. Su símbolo, pegado en muros y puertas, era una araña negra que recordaba la svástica nazi. Esas arañas se propagaban en las ciudades junto con bombas, sabotajes y ahora, crimen.

Se rumoreaba que, en realidad, el asesinato había sido un secuestro frustrado apoyado por la CIA. La idea era hacer que el general desapareciera de la vida

pública y culpar de ello a la extrema izquierda. Eso haría que el Ejército “despertase de su letargo” y montara un golpe incluso antes de que Allende jurara, pero Schneider habría sacado una pistola de su bolsillo y eso le costó la vida.

Así que la asunción del 4 de noviembre de 1970 no fue acompañada de campanas que doblaban al viento, sino por una marcha fúnebre. Negras premoniciones recorrían el Congreso y muchos de sus miembros escondían su mala fe. La muerte del General, sin embargo, inclinó la balanza en favor de Allende. Los demócratacristianos unieron su voz a la de la izquierda y declararon públicamente que estaban preparados para sumar fuerzas con la Unidad Popular. “Es como si el general Schneider hubiera sacrificado su vida para que yo fuese presidente”, musitó Allende amargamente cuando se sentó por primera vez en el despacho presidencial de La Moneda. Sin embargo, se le exigió pagar antes de convertirse en Presidente. Previo a su juramento tuvo que firmar un estatuto de garantías constitucionales que le presentaron los demócratacristianos. A Allende no le quedó otra cosa que aceptar, ya que necesitaba su apoyo. Prometió respetar la independencia de los medios de comunicación, la libertad irrestricta de todos los partidos políticos vigentes, la privacidad incondicional de la correspondencia, la educación de los niños en el espíritu de la democracia, la libertad de elegir empleo y el derecho de cada ciudadano a viajar libremente fuera del país. Garantizó, además, el derecho de establecer organizaciones no políticas y, lo más importante, la independencia política de las Fuerzas Armadas y Carabineros. El nuevo presidente del Senado, Patricio Aylwin, agregó esas garantías a la Constitución otorgándoles con ello rango legal. Luego estrechó la mano de Allende y le prometió que los demócratacristianos estarían en la oposición, pero que sería una “oposición leal”.

La firma del Estatuto de Garantías Constitucionales le dio a Allende la llave del despacho presidencial y, al mismo tiempo, sirvió para aplacar algo de la animosidad de la oposición. A fin de cuentas, era un político muy famoso en el país, varias veces presidente del Senado y un diputado práctico y razonable. Había representado a la izquierda desde los años treinta y nadie ponía en duda su experiencia política. Así que, aquellos que no se habían deshecho de todos sus bienes por un puñado de dólares para marcharse del país, decidieron que se merecía una oportunidad.

La Unidad Popular no estaba particularmente complacida con el Estatuto de Garantías Constitucionales. Algunos suspiraban con alivio que lo peor ya había pasado y que podrían al fin ponerse a trabajar, mientras que otros, los más radicales, vociferaban que la burguesía los había amarrado de manos antes de que hubiesen podido tomar las riendas. La mayor indignación provino de la extrema izquierda. “¡Mató las esperanzas del proletariado!”, gritaban con histeria, “¡firmó y se vendió!”. Los miristas estaban fuera de sí. Citaban innumerables ejemplos históricos similares de aquiescencia y denunciaron con gusto “el cretinismo parlamentario”, valiéndose de la frase de Lenin. Tan enfurecidos estaban que emergieron de la ilegalidad política y comenzaron a difundir sus opiniones públicamente

por escrito y a viva voz. Pero con esto hicieron caer sobre sus cabezas la cólera de la izquierda oficial. La Unidad Popular basaba su vía pacífica al socialismo en la Doctrina de la Haya de la Primera Internacional donde el propio Marx había admitido que la lucha de clases en un Estado desarrollado podría permitir alcanzar el poder por medios pacíficos. Así, los dos polos marxistas usaban citas históricas como armas y, aunque todavía no se había derramado sangre, se había llegado al punto de hervor.

Pero Allende tenía un alma generosa con los miristas. En su opinión, eran muchachos impetuosos de corazón puro. Por su parte, los miristas no consideraban que Allende fuese en realidad un traidor, un embustero o un lacayo de las clases privilegiadas, solo lo acusaban de ingenuidad política, de tener un conocimiento superficial del marxismo y de albergar pretensiones burguesas. También creían, obviamente, que estaba senil. Al mismo tiempo, de buen grado le ofrecían guardaespaldas personales cuando él lo solicitaba. Ambos grupos abrigan la esperanza de poder controlar e influenciar al otro. Así que muy pronto comenzamos a ver a Allende –un *gentleman* maduro, más bien regordete y con humita a lunares– rodeado todo el tiempo por al menos una docena de peludos y barbudos che guevaras armados hasta los dientes. Eran violentos contra cualquiera que se aproximase a su protegido. La derecha los llamaba “Grupo de Amigos Personales de Allende” (GAP) y se burlaba sin piedad de ellos. Pero Allende sostenía que sus guardaespaldas miristas lo habían salvado a él y a su familia de varios intentos de asesinato. Eran también imprescindibles para obtener información de los nuevos enemigos de Allende, la clase alta.

* * *

“Les presento a Vladimir Ilich”, anunció el feliz padre poniendo al recién nacido en mis brazos. Justo en ese momento la guagua estaba llorando a todo pulmón, pero Garbulski estaba desbordante de orgullo. De hecho, Vladimir Ilich tenía buenas razones para sentirse agraviado: lo acababan de circuncidar. Garbulski disfrutaba del mejor momento de su vida y le estaba yendo bien en todo. Para empezar, el resultado de las elecciones había sido exactamente lo que deseaba. Y no solo las presidenciales sino, también, las universitarias, donde había desplazado a Pablo Aznar como director del Departamento. Durante la comida bosquejé la estrategia del Partido Comunista, el más poderoso de la alianza.

–La construcción del socialismo se va a realizar en dos etapas. Primero, debe expandirse la base popular de la coalición, ya que en ese momento los principales simpatizantes de la izquierda venían del electorado de la clase media. Esta labor de despertar la conciencia de clase entre el proletariado debería mostrar resultados en tres años, justo para las siguientes elecciones parlamentarias. Luego vendrá la segunda etapa: la edificación del socialismo como tal.

Iba a ser crucial mantener elecciones regulares como termómetro de la opinión pública, porque en Chile el apoyo a la izquierda se originaba de modo pre-

dominante por convicciones personales más que por pertenencia a la clase obrera. Daba la impresión que el Partido Comunista era el único que no estaba totalmente enfrascado en sus propias escaramuzas políticas internas y externas para llevarse lo mejor de la torta. Lo que en realidad estaba planeando era una estrategia de largo plazo para el gobierno. A diferencia de los otros partidos de la coalición, proyectaba lo que debería hacerse después de la revolución. A la inversa, Pablo Aznar se sentía infeliz y había caído en una profunda depresión.

–No puedo volver a Argentina y no quiero ir a Estados Unidos, así que tendré que ir a Europa. No quiero quedarme aquí, este país se va a ir al infierno.

Para los miristas de Concepción, la victoria electoral complicaba su proceso de polarizar a las masas. Se suponía que una revolución implicaba armas, bombas y no votos.

–Allende ya partió con su politiquería –escupió agriamente Aznar– ya está aquí su primera renuncia, los demócratacristianos lo hicieron bailar con su música –se estaba refiriendo a la firma del Estatuto de Garantías Constitucionales–. Muy pronto van a jugar al gato y al ratón con él. ¡Allende es un cobarde reformista compañeros, no un revolucionario!

En el MIR reinaba un caos total. En realidad, no habían creído en la posibilidad de una victoria de la Unidad Popular y ahora se habían ganado otro enemigo. Su rabia y desaliento eran inmensos. Allende les había robado los frutos de su paciente trabajo en las poblaciones preparando a las masas para el futuro socialista que ellos habían diseñado. A pesar de que el movimiento había acordado una tregua con Allende, sus miembros no tenían voluntad de renunciar a su sagrada misión de ayudar a que los desposeídos se tomaran de forma ilegal las tierras de los ricos latifundistas en el sur, próspero en agricultura. También acopiaban armas, lo que era obviamente una violación de la promesa que habían hecho al Presidente, pero indispensable para sus planes revolucionarios de largo plazo. Los miristas también se anticipaban a un enfrentamiento armado contra el Ejército. Por el momento las únicas armas utilizadas eran las ideológicas, era imperativo persuadir a los jóvenes conscriptos de que si se desataba el conflicto, su deber era proteger los intereses del pueblo, incluso si para ello tenían que desobedecer a sus oficiales. En una palabra, había que politizar a todo Chile.

Estas interminables y, desde mi punto de vista, subversivas y peligrosas arengas eran hechas, en este país tradicionalmente democrático, a plena luz del día y con total intrepidez. A nadie se le ocurría refrenar su lengua. Lo que me crispaba ahora los nervios era que esos discursos de la izquierda venían salpicados con los más desagradables eslóganes. Quienes eran amigos desde la infancia comenzaron a tratarse de “compañero” y “compañera” para demostrar a que campo pertenecían. Pero lo que en realidad me daba vuelta el estómago era la constante referencia a “las masas” y al “pueblo”. Las primeras siempre pertenecían a la izquierda. Ellas eran políticamente conscientes, solidarias y progresistas. Cada vez que un agitador político usaba este cliché sacaba a relucir la imagen

de un proletariado hambriento, rabioso y sediento de sangre. “Las masas” eran la columna que cubría la retaguardia esperando obediente las instrucciones, las armas y las órdenes que habrán de ejecutar.

En la situación actual, también “el pueblo” sufrió una transformación. Ahora abarcaba mucho más que el simple término “la gente”. Todo debía ser hecho de acuerdo a “la voluntad del pueblo”. “El pueblo” era una entidad con una sabiduría profunda, instintiva e infalible. El sabía cómo arrestar, testificar, condenar, denunciar y derrocar. Era el custodio y heraldo de la verdad histórica universal. Lo triste del asunto fue que esa demagogia era sustentada en Chile no solo por los activistas y políticos de izquierda sino, también, por el sector más idealista e inteligente de la sociedad e, incluso, por los cientistas sociales. Todos parecían haber olvidado que las categorías de “las masas” y “el pueblo” habían sido creadas nada más que para simplificar ciertos conceptos sociológicos y que era ridículo equiparar esta teoría con la realidad concreta. Considerar a un número de individuos como una entidad singular llamada “el pueblo” que razonara y pensara como una sola no solo era absurdo, sino que llevaría inevitablemente a una catástrofe. Los políticos y los funcionarios adoran los desfiles, las marchas y las manifestaciones porque es allí donde al fin logran ver en carne y hueso a ese “pueblo” que pasan tanto tiempo invocando y convenciendo. “¡El Pueblo nos apoya!”. Ellos pueden allí realmente comunicarse con él hasta casi tocarlo. Por otra parte, una manifestación que ha sido organizada por la oposición no tiene nada que ver con “el pueblo”. Se trata solo de una turba extraviada y alborotada por elementos subversivos y reaccionarios. Para un observador imparcial, hay muy poca diferencia entre las manifestaciones de ambos lados, los mismos afiches y el mismo griterío ensordecedor.

Afortunadamente, nuestra velada en la casa de Aznar no terminó tan mal como había comenzado. Mirando alrededor, me di cuenta de que no era la única que estaba aburrida. El hijo de cinco años de Aznar había aprovechado de escaparse de las empleadas que estaban en la cocina y se escondía en un rincón del *living*. Sin ningún interés en las conversaciones que lo rodeaban, encontró una paleta y una pelota de *ping-pong* y empezó a jugar. Sus intenciones eran obvias, meter la pelota en el vaso de algún invitado.

—Si la metes en mi vaso te vas a llevar una buena palmada —le advirtió Milan cubriendo el vino con su mano.

Los padres del pequeño Alvarito, enfrascados en discusiones políticas, no hicieron el más mínimo intento de refrenar a su hijo y, en efecto, la pelota cayó en el vaso de Milan. El vino salpicó su camisa mientras la esfera de plástico se balanceaba grácil en la superficie. Levantando la mano estuvo a punto de dar un palmazo en la oreja del niño, cuando su aterrada madre gritó de un salto:

—¡Fue un accidente! Alvarito, pídale disculpas al tío Milan y dígame que fue casualidad.

Alvarito, resguardado por el amplio abrazo de su madre, le dio una sonrisita de malicia descubriendo sus pequeños dientes cariados. Y entonces, para tener

la certeza de que iba a recibir el máximo de atención, se puso a llorar. Su madre le llevó hasta el bar y lo tranquilizó con un vaso de Coca-Cola.

Este divertido interludio de tira cómica sirvió para distender los ánimos. Todos se esforzaron para asegurar a Álvaro que el tío Milan no estaba enojado de verdad, pero en realidad ambos sabían que era mentira. Entonces alguien hizo que el niño se enrabara todavía más sugiriendo que tal vez sería mejor que tomara un vaso de leche. Fue entonces cuando su madre desplegó su conocimiento psicológico y de los nuevos métodos respecto a la crianza. Después de todo, era médico y sostuvo que su hijo jamás había bebido leche porque no le gustaba. Ella lo respetaba, porque un niño sabe instintivamente lo que es mejor para él.

Esto desplazó el tópico principal de discusión desde la política al método correcto de criar a los niños. Todo lo que decían estaba en oposición directa con lo que me habían enseñado. Según la nueva teoría, un niño aprendía mediante ejemplo y observación, desarrollando la inteligencia a su propio ritmo. No era necesario prestarle mucha atención y los padres, como máximo, debían dirigir discretamente a sus hijos, pero no era necesario educarlos o corregirlos. Solo bastaba apoyar sus instintos naturales a fin de que el niño pudiese crecer y desarrollarse en completa libertad. Hasta donde yo podía ver, esta “completa libertad” solo podría dar como resultado un ser humano egoísta, autocentrado e indiferente a cualquier tipo de disciplina o norma de comportamiento. ¿Cómo se podría esperar que un niño semejante se volviera un ciudadano normal, respetuoso de las leyes?, ¿cómo podría ingresar a un partido político con toda la disciplina que se requiere o ser simplemente un marido o un padre común y corriente? Escuchaban mis objeciones con indulgencia y me dieron entender que hablaba como una extranjera.

A Alvarito se le dio de comer, se lo bañó y se le limpió la mayonesa y el ketchup de su pelo antes de llevarlo a la cama. Su pequeña hermanita, sin embargo, estuvo despierta con nosotros hasta bien pasada la medianoche. Gateando miserablemente por el suelo entre vasos de vino, cenizas de cigarrillos y restregándose los ojos de agotamiento, no la llevaron a su cuna hasta que se cayó dormida de rodillas debajo de una silla.

Nuestro siguiente viaje programado a Concepción no pudo llevarse a cabo. Durante las elecciones de la Federación Universitaria, miristas y comunistas se batieron a tiros y un joven mirista, Oscar Ríos, perdió la vida. Esto hizo que el propio Presidente viajara a Concepción y hablara delante una multitud que se congregó en un instante. Les dio a esos jóvenes exaltados una severa reprimenda recordándoles que el movimiento de izquierda ya tenía suficientes problemas con que lidiar.

—¡Nuestros enemigos son el imperialismo estadounidense y la burguesía nacional! —tronó Allende—. ¡El pueblo debe unirse contra ellos! Pero, ¿cómo va a haber unidad si la propia izquierda está dividida? Tenemos que usar todas

nuestras fuerzas para luchar contra los reaccionarios, contra los enemigos de los trabajadores. ¡No podemos dilapidar las vidas de nuestros preciosos compañeros en una guerra entre hermanos!

Bajo sus instrucciones, los representantes del MIR y del Partido Comunista se sentaron juntos por primera vez y elaboraron una única candidatura de izquierda para la Federación. Fue liderada por un mirista y los comunistas prometieron su apoyo a regañadientes. Así que, al menos por un tiempo, esta guerra sectaria entre las dos facciones se vio conjurada.



Manifestación en Santiago, 1973. Fotografía de Armando Cardoso. Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

LOS PRIMEROS DÍAS DEL GOBIERNO DE ALLENDE

Inmediatamente después de su elección, Allende advirtió a la nación que durante los dos meses que vendrían antes de su confirmación por el Congreso “Chile se sentiría como una pelota bajo los pies de Pelé”. Se esperaba una oleada de asesinatos políticos, así que cuando el general Schneider fue ultimado, todos apuntaron su dedo a Estados Unidos. Los estadounidenses, no obstante, negaron toda participación. Pero si ellos no planeaban enviar *marines* a las costas de Chile y el Ejército no estaba dispuesto a ceder a las presiones de la derecha para dar un golpe militar, ¿qué otro tipo de sanciones podrían levantarse contra el país? Hasta ese momento, Nixon y Kissinger no habían reaccionado públicamente, habiendo optado por contemporizar para provocar que la primera manifestación antiestadounidense viniera de parte de Allende. De acuerdo con el programa de gobierno, él debería iniciar la expropiación de los monopolios estadounidenses, lo cual daría a Estados Unidos una razón legítima para actuar. No obstante, se disponía de un arma mucho más simple: aplicar un bloqueo económico. Se esperaba que ocurriese de un momento a otro. La economía chilena dependía en un cien por ciento de los materiales, partes y repuestos estadounidenses para la mayoría de sus fábricas, la industria minera y las plantas manufactureras menores. Un bloqueo económico dejaría al país de rodillas mucho antes de que pudiese establecer su propia independencia económica. De solo pensarlo, bajaba un escalofrío por la espalda. Pero los chilenos no se mostraban demasiado preocupados, la historia ya había establecido un precedente confiable. Si ocurriera lo peor, los rusos vendrían en su ayuda. A la gente de izquierda no se le pasó ni por la mente que si se llegara a esos extremos, los soviéticos los iban a dejar a la buena de Dios. Después de todo, estaban ayudando a Cuba y deberían ver las ventajas de tener a un aliado socialista en el extremo sur.

Debo admitir que Milan y yo no compartíamos esa fe incondicional en la ayuda soviética. Si lo hubiésemos hecho, ihabríamos empacado de inmediato! Nuestro instinto político nos decía que, de algún modo, Chile no sería una prioridad para el Politburó. La Revolución cubana había tenido lugar diez años antes, y quienes tenían a su cargo ahora las decisiones de política exterior en Rusia eran personas diferentes que habían comenzado a darse cuenta de que Cuba había sido una inversión onerosa que no daba hasta la fecha los frutos esperados. Además, algunos indicios indicaban que los témpanos de la Guerra Fría habían ligeramente

comenzado a derretirse e, incluso, se hablaba de un acercamiento entre las dos superpotencias. ¿Y qué había de la posibilidad de una “alternativa democrática” socialista chilena? Mi experiencia de la Primavera de Praga me había despojado de cualquier ilusión. La política de las superpotencias no permite que los estados pequeños elijan su propio futuro. Chile lo habría de aprender del modo más duro.

Nosotros estábamos entre los pocos que no esperábamos un rescate de emergencia por parte de los soviéticos, así que no lo temíamos. En verdad tratamos de desengañar a nuestros amigos chilenos de su fe inmovible en que apenas Estados Unidos los abandonase, los soviéticos les tenderían la mano; pero la nuestra fue una voz en el desierto. “Si llega a haber un bloqueo, pues ¡que lo haya! ¡Tenemos el cobre, nacionalizaremos las minas, venderemos el mineral nosotros mismos en el mercado internacional y entonces podremos comprar lo que se nos antoje!”, canturreaban joviales, dichosos de poner todas sus esperanzas futuras en su tesoro enterrado. Así que decidimos permanecer en el país para ver qué sucedería.

En noviembre tuvimos que ir a Santiago. El pasaporte de Milan estaba vencido y debía ser renovado. Para mayor seguridad, la Casa Central de la Universidad Católica de Santiago le había proporcionado una carta oficial del vicescanciller en la cual se solicitaban los servicios de Milan para establecer un departamento de antropología en Temuco. Si eso no llegara a ser suficiente, se solicitaría que el ministro de Educación escribiese al gobierno checo y, si eso incluso no bastara, la universidad le solicitaría al propio Allende que interviniese.

El embajador se mostró evasivo, pero mencionó una vez más las instrucciones de sus superiores para afianzar la cooperación con la Universidad Católica. Ello ayudaría a extender la validez del pasaporte de Milan, confirmando así su permiso oficial de permanencia, pero la espera podría ser muy prolongada.

Santiago estaba más tranquilo. Daba la impresión que tras seis meses de inexorable drama todos habían sucumbido al agotamiento. Este nuevo período de calma no les convenía en lo más mínimo a los activistas de Concepción. Pero adaptaron su ideología revolucionaria a la nueva situación. La victoria electoral de Allende estaba fuera de disputa, pero había sido solo un éxito parcial. Ahora era tiempo de incrementar la presión sobre el gobierno para que acelerara el proceso revolucionario. Sin embargo, Allende le jugó una mala pasada a la extrema izquierda.

En diciembre de 1970 introdujo medidas en beneficio de los trabajadores que duplicaron su popularidad. Aumentó los sueldos de todos en un promedio de veintisiete por ciento. Aquellos que recibían un sueldo especialmente bajo lo vieron reajustado en un cincuenta por ciento. Y eso no fue todo. Se congelaron los precios de los bienes de consumo. Por primera vez cualquiera podía comprar lo que quisiera: comida, ropa, zapatos, un abrigo de piel, un televisor...

Por desgracia, los mapuches de Cholchol no se beneficiaron con esta generosidad del Gobierno por la sencilla razón de que ellos carecían de todo ingreso regular. Pero fueron alentados por noticias provenientes de sus vecinos, a cin-

cuenta kilómetros cordillera adentro. Aquellos habían recuperado unos terrenos pertenecientes a un gran latifundista, los que, a su vez, cien años antes fueron usurpados por los primeros colonos blancos. Lo más sorprendente de todo era que no les habían disparado, ni encarcelado ni reprimido en forma alguna. Todo lo que hicieron fue mostrar a los funcionarios que investigaban el caso el Título de Merced de la familia que probaba su derecho de dominio sobre los terrenos. Este documento se acababa de convertir en algo extremadamente valioso y todos suplicaban a Milan para que les obtuviera uno del archivo de Nueva Imperial.

Los mapuches comenzaban en ese momento a recuperar lo que les había sido arrebatado en un distante pasado, así que se empeñaron en su propio tipo de reforma agraria sin ser castigados por el Estado. Pero los propietarios no tenían la más mínima intención de dejar escapar sus propiedades y procedieron a organizarse en unidades defensivas. Los pasos cordilleranos entre Chile y Argentina empezaron a poblarse de contrabandistas de armas. La atmósfera en las áreas rurales era perceptiblemente tensa.

Como era obvio, Allende no había repartido sus regalos de Navidad sin esperar nada a cambio. En cada discurso urgía a los trabajadores para que aumentaran su productividad a fin de satisfacer las demandas populares. Las fábricas dejaron de producir artículos suntuarios y se concentraron en productos de primera necesidad que tenían que entregar en grandes cantidades, ya que su margen era mucho menor que el de los bienes de lujo previos. Además, ahora que proporcionar viviendas nuevas se había vuelto una prioridad, miles de desocupados encontraban trabajo en la construcción. ¿Sería posible que las repulsivas casuchas que rodeaban las ciudades pasaran a ser una cosa del pasado?

Durante diciembre hubo gran cantidad de reuniones en Cholchol, según se desprendía del número de caballos amarrados afuera del Centro Cultural y de los *jeeps* estacionados a la sombra. Estos últimos pertenecían a las autoridades de la ciudad. Se estaba organizando una “Federación Mapuche”.

El campo ahora hervía de directores de cine y periodistas de televisión y diarios. Vinieron a realizar películas y documentales sobre los mapuches y el progreso de la Reforma Agraria en el sur, y querían registrar cuán rápido estaba cambiando la estructura de su sociedad bajo el nuevo gobierno. En enero de 1971, el propio Allende asistió al Segundo Congreso Mapuche, luego vino el ministro de Agricultura Jacques Chonchol. ¿Quién dijo que Temuco estaba estancado?

En su discurso ante el Congreso, Allende prometió a los mapuches una vida nueva. Las reducciones en que vivían se convertirían en cooperativas agrícolas y granjas estatales. Los límites entre los campos serían desmantelados y los mapuches serían liberados de su degradante aislamiento racial y social para convertirse en orgullosos miembros de la sociedad chilena con igualdad de derechos. Habrá así un solo Estado y una sola raza: la fuerza trabajadora chilena.

Los mapuches que estaban reunidos probablemente no entendieron a cabalidad el discurso del Presidente, por cuanto no expresaron ningún entusiasmo particular frente a su progresista visión del futuro. Los vítores y el fuerte zapateo

fueron proporcionados en gran medida por el ahora familiar grupo de barbudos e hirsutos jóvenes que estaban bajo el podio. Allende comenzó a explicar a los campesinos que todos esos positivos cambios solo tendrían efecto una vez que la Unidad Popular hubiese derrotado por completo a su enemigo, la derecha reaccionaria. Para eso, él necesitaría el apoyo de las masas, en especial durante las elecciones.

A continuación, Allende pasó a exhibir un claro ejemplo de interpretación socialista de la ley. Anteriormente, había estado al lado de los usurpadores de las tierras que pertenecían a los indios. Cuando los mapuches trataron de recuperarla, la policía llegó con armas. Allende volvía ahora esa ley contra quienes la habían promulgado. Era el turno de que los mapuches recobraran sus tierras de manos de los latifundistas y se consideraría ilegal que aquellos se lo impidieran, aunque era obvio que nadie dispararía contra algún hacendado.

Esta nueva interpretación de una vieja ley repercutía también en los pobres desposeídos, que habían comenzado a ocupar los campos inactivos de los grandes latifundios. Allende recalcó que esas tierras no serían devueltas a los patrones negligentes y que los funcionarios a cargo de la Reforma Agraria convertirían a los nuevos dueños en propietarios legales. Después de todo, el pueblo solo estaba reclamando su derecho natural.

Allende comprendía la impaciencia de esa gente hambrienta y sin tierra. Mal que mal, el ochenta por ciento de la tierra arable era poseída por un puñado de familias ricas, mientras millones de campesinos no tenían con qué vivir. A pesar de ello, le suplicó a la gente que no tomase la tierra por la fuerza, sino que acudiera a organizaciones como la CORA o INDAP, que habían sido especialmente creadas para facilitar el proceso de Reforma Agraria. Era importante que esas organizaciones fueran notificadas de cualquier latifundio que ocupase más de las ochenta hectáreas prescritas por Ley. Pero todo eso requeriría de mucha paciencia, enfatizó Allende. El gobierno planeaba nacionalizar unos mil predios agrícolas cada año. A la postre, todos y cada uno trabajarían para la República en cooperativas.

Pedir disciplina y paciencia a la gente pobre es muy difícil. Multitudes de activistas entusiastas se desbordaron desde las ciudades hacia el campo, ansiosos de tomar parte en la Revolución. Temuco se vio atestado de camiones decorados con afiches rojos desplegando eslóganes políticos: “Revolución para el campo”, “Muerte a los reaccionarios” y “La tierra para el que la trabaja”. Las banderas flameaban y se guitarreaba, mientras alegres muchachos y muchachas cantaban canciones revolucionarias.

Esta era la cara abierta y relativamente aceptable de la Reforma Agraria. Pero, asimismo, transcurría otra forma de nacionalización paralela y siniestra que el gobierno de Allende había sido incapaz de encarar. Desde hace mucho tiempo atrás, células revolucionarias activas en todos los campos habían adoctrinado a los campesinos en la “revolución real”. Y, hay que decirlo, no habían tenido momentos fáciles con los mapuches. Fue casi imposible persuadirles de que la tierra

que trabajaban a cambio de un salario era en realidad de ellos, incluso cuando esta, en la actualidad, perteneciese al latifundista. Los mapuches eran incapaces de comprender la lógica marxista y no entendían cómo algo que había pertenecido durante largo tiempo a un dueño podía luego, en ausencia de cualquier acuerdo mutuo, pasar de repente a ser propiedad de otro. En las reuniones se limitaban a sonreír y jamás hacían preguntas, dejando así a sus instructores miristas en la más absoluta frustración.

Lo anterior era por completo diferente con los campesinos chilenos, quienes solo arrendaban la tierra y, por tanto, ansiaban tener un terreno propio. Así que no tomó mucho tiempo persuadirlos de que tenían que desalojar al patrón y a su familia, y adueñarse de su casa, tierra y ganado. Después de todo, cualquiera sabe que los ricos siempre tienen otra casa en la ciudad.

Casi todas las noches había un tiroteo en nuestra provincia con heridos por ambos lados. Los espontáneos robos de tierra aumentaron en frecuencia y violencia como un incendio forestal. Cuando los funcionarios llegaban a la zona del conflicto para mensurar el terreno del propietario legal y dividir el resto, se encontraban con una escena de completa devastación. Trigo todavía humeante, ganado muerto y al dueño, su familia y amigos parapetados tras barricadas adentro de su casa. Cañones amenazantes se asomaban por entre las ventanas. Muchos funcionarios pagaron aquellas visitas con sus vidas.

Los miristas, trotskistas y otros revolucionarios acogían esta “lucha de clases agudizada”. Presionaban a Allende para que organizara milicias populares que pudieran enfrentarse a la resistencia ofrecida por los latifundistas. Por su parte, Allende se rehusaba inflexiblemente y repetía que mientras él estuviese al mando no habría otra fuerza armada aparte del Ejército, la Marina, la Aviación y Carabineros.

En ese momento, Allende era reprendido durante las sesiones del Congreso acusándosele de ser incapaz de controlar a sus partidarios y de llevar al país a un estado de anarquía. El Congreso se atiborró con las quejas de los latifundistas que se oponían a la Reforma Agraria y ofrecían evidencia de los daños y pérdidas que habían sufrido justo antes de las cosechas. Advertían que los actuales agricultores habían perdido la fe en el futuro y que dejarían de sembrar, cultivar y cuidar el ganado, lo que acarrearía escasez de comida y hambre. Allende decidió no tomar esas advertencias en serio. De acuerdo a su plan, dentro de un año estaría legalmente expropiado el noventa por ciento de la tierra y los cultivos en manos de las cooperativas. Sin embargo, asesorado por los comunistas, decidió poner más orden en todo el proceso. En este punto se opuso a los planes de sus compañeros socialistas que jamás concordaron con los comunistas a nivel de principios, y se oponían a cualquier interferencia con las “iniciativas revolucionarias de los trabajadores”. Según ellos, el gobierno estaba allí solo para guiarlas en la dirección correcta y no para suprimirlas.

Allende se encontraba ahora en una posición muy precaria. En el Congreso, la oposición contaba con dos tercios de los diputados y así sería durante otros

dos años. Con el fin de sumar nuevos partidarios necesitaba mostrar que era un líder fuerte y que no temía a la oposición. Por otro lado, no podía darse el lujo de perder a sus viejos correligionarios porque eran vitales para el éxito de su coalición en las próximas elecciones parlamentarias. Su preocupación más grande era la alarmante caída en el apoyo que recibía de su propia coalición, la Unidad Popular. Esta era la segunda vez en la historia que la izquierda llegaba al poder efectivo, luego de que el Frente Popular triunfara con Pedro Aguirre Cerda en 1938.

Cada uno de los miembros de la Unidad Popular trataba de obtener el máximo de provecho, usualmente a costa de los otros. Allende se valió del usual cuoteo para distribuir los mejores puestos entre los miembros de su coalición. Trató de ser lo más imparcial posible, pero esto fue de nuevo considerado un error según los ideólogos marxistas. Así fue como pasó el tiempo de tolerancias y negociaciones políticas, y se inició el de las purgas. La coalición de izquierda necesitaba deshacerse de oportunistas, vacilantes, egoístas hipócritas y trepadores para quedarse solo con aquellos comprometidos de verdad con el ideal colectivo. Los más extremistas de sus partidarios se quejaban de que el enfoque democrático de Allende abría las puertas a cualquiera que deseara ingresar a la Unidad Popular. El resultado fue que estas riñas internas aparejadas con una casi inexistente cooperación entre los miembros de la coalición, debilitó considerablemente a la Unidad Popular como un todo.

La situación de Allende, por tanto, era muy diferente a la de cualquier presidente que lo hubiese precedido. Había triunfado en la elección porque había prometido un cambio radical en el sistema político, se suponía que su gobierno iba a ser el gobierno del pueblo. Sin embargo, para poder proclamar que representaba a la mayoría democrática y embarcarse en la “vía chilena al socialismo”, necesitaba obtener primero una mayoría en el Congreso. Hasta ese momento, tuvo que recabar apoyo de todos los frentes e, incluso, aproximarse a la oposición, lo cual era imposible de lograr sin algunas concesiones ideológicas.

El sistema político chileno era un organismo marcadamente inestable. Los demócratacristianos se reagruparon después de las elecciones y eligieron al expresidente Frei Montalva como su líder. El candidato previo de tendencias izquierdistas, Tomic, fue deportado a una “Siberia política” y el partido se embarcó en una guerra sin cuartel contra Allende. Se le acusó de comprar apoyo valiéndose de dinero que no le pertenecía, ya que el regalo de Navidad dado a los trabajadores al reajustar sus sueldos había sido posible gracias a los ahorros hechos por el gobierno anterior. El presidente Frei había podido llenar las arcas fiscales debido al ventajoso precio del cobre en los años previos, así que ese dinero pertenecía “moralmente” a los demócratacristianos.

Ante eso, Allende hizo todo lo posible para castigarlos por su mala fe. A su vez, los demócratacristianos veían con horror cómo sus votantes tradicionales –que incluían expertos en tecnología, pequeños industriales, comerciantes, empleados que englobaban, en suma, a la numerosa clase media– eran arrastrados

hacia la coalición gobernante. Allende les aseguró que sus propiedades jamás serían nacionalizadas. Recibieron también un pequeño regalo. En enero de 1971 nacionalizó los bancos y de inmediato ofreció créditos para la pequeña empresa, que antes les habían sido negados por la banca. La Democracia Cristiana hizo severas advertencias a esos votantes: Que perderían los ahorros de toda su vida, sus propiedades y su sustento ya que, después de todo y de acuerdo a la doctrina socialista, solo el Estado era el dueño de los medios de producción. De este modo, la clase media se había convertido en la presa jugosa que todos se disputaban. Era un segmento importante del universo electoral, políticamente impredecible y económicamente poderoso, cuya influencia predominante era su propio interés cuando se trataba de entrar a la arena política y que en los próximos comicios emitiría el voto decisivo.

Allende se entregó ahora por entero a un proceso frenético de nacionalizaciones y el Congreso recibía las propuestas una tras otra. Estas incidían en la propiedad de la gran empresa chilena, industrias estratégicas, monopolios y recursos minerales. Sobre ellas –cuya nacionalización había sido predicha– agregó a las grandes industrias textiles, cerveceras, industrias metalúrgicas y otras fábricas. Los aterrados miembros de la Cámara Baja descubrieron que la base legal invocada por Allende para desencadenar ese temporal de nacionalizaciones eran unas leyes extravagantes promulgadas por la República Socialista de 1932 durante su breve tiempo en el poder. Daba la impresión de que el entonces presidente Carlos Dávila se hubiese pasado su mandato encerrado en su despacho, armando una legislación de izquierda. Esas leyes, que nadie se tomó la molestia de derogar, fueron desempolvadas y se las hacía valer. Por ejemplo, era legal que el gobierno interviniera en negocios en los que se probara que no operaban a su máximo potencial o donde hubiese conflictos entre la administración y los trabajadores. Y era bastante fácil que se cumplieran esas condiciones si se las invocaba.

La oposición estaba estupefacta y comenzó a alinearse contra Allende. Los demócratacristianos todavía mantenían cuidadosamente su posición de intermediarios y dejaban en claro que estaban abiertos al diálogo. Los comunistas lo habrían aceptado de buen grado, pero los socialistas no tenían la más mínima intención de oír ni una sola palabra de aquellos. Incluso el propio Presidente era más bien inconsistente en su comportamiento frente a los integrantes de la coalición. Un día daba un discurso que era conciliatorio con los demócratacristianos y al día siguiente los acusaba con furia de ser reaccionarios sediciosos, traidores del pueblo, fascistas y criminales declarados que recibirían su merecido a manos de las masas.

Y así, desde los primeros meses al mando, quedó en claro que la presión sobre el avejentado Salvador Allende sería tremenda, que la “vía chilena al socialismo” sería áspera y pedregosa, llena de obstáculos y baches, y que la principal persona que se tambalearía y tropezaría a lo largo de ese camino sería el propio Presidente.

LA SITUACIÓN SE DETERIORA

Jacques Chonchol, el joven y dinámico ministro de Agricultura, llegó a Temuco con su impresionante comitiva. Pasó una semana enviando a sus emisarios a los pueblos y villas aledañas para recabar información acerca del avance de la Reforma Agraria y el estado de ánimo de la gente. Incluso, llamaron a Milan, como experto en la situación mapuche. Chonchol le preguntó qué cambios esperaban los mapuches del nuevo gobierno socialista y se mostró muy sorprendido al saber que, en realidad, no esperaban ninguno. Nada, aparte de la devolución de las tierras que antes habían poseído –robadas mediante el conocido método de “correr los cercos” a medianoche– comprobándolo mediante un título de merced. Esto era algo que el Ministro no podía comprender. Creyó que Milan no lo había entendido bien. Después de todo, ahora, en un momento de cambios radicales y establecimiento de reformas de largo plazo donde todos rivalizaban por lograr los mayores beneficios, era lo más lógico que los que tuviesen menos pidiesen más. Con mucho tacto, Milan le señaló que los mapuches tenían un tipo de lógica diferente a la de sus vecinos chilenos. Su visión de lo que significaba un cambio radical, iba mucho más allá de la actual redistribución de la propiedad. Dado el hecho de que su más anhelado sueño –recuperar para sí todo el país que alguna vez habían habitado– jamás se haría realidad, se conformarían solo con que se les devolvieran las tierras que originalmente les habían asignado a fines del siglo XIX. El Ministro preguntó entonces cómo podía mejorarse la situación de los mapuches. Agregó que el “gobierno del pueblo” no apoyaría la anticuada estructura de pequeños propietarios y preguntó si los asentamientos y cooperativas serían una alternativa viable para las actuales reducciones mapuches.

Milan sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando recordó los efectos que el colectivismo había provocado en la agricultura y los granjeros checos. Con gran autoridad le informó al Ministro que tratar de educar al sumamente individualista mapuche para que se adaptara a un sistema de cooperativas agrícolas, de seguro tomaría más tiempo que los trescientos años dedicados a subyugarlos. Esto golpeó visiblemente a Chonchol. Sin embargo, él quería introducir modernizaciones a cualquier precio, así que sugirió un término medio. Quizá sería posible establecer dos cooperativas agrícolas experimentales en las que los mapuches pudiesen compartir el trabajo y la propiedad según su método tradicional de medierías. El Estado pondría los instructores, abono a bajo precio y les prestaría

maquinaria moderna. Tal vez de ese modo los mapuches se persuadirían de que ese nuevo sistema agrícola era un progreso respecto de sus métodos tradicionales. Milan sacudió su cabeza. Él estaba seguro de que cualquier intrusión del Estado en tierras de dominio mapuche sería violentamente rechazada. No obstante, prometió entregar al ministro de Agricultura un informe detallado acerca de los métodos agrícolas utilizados por los aquellos. Se exigiría su lectura por parte de los funcionarios para prevenir cualquier comportamiento poco sensible o inapropiado hacia la población nativa. También consintió en dar unas cuantas charlas a quienes estuviesen de cualquier modo oficialmente involucrados con los indígenas. Y así fue cómo, para proteger a “su pueblo” de los desastres del colectivismo, Milan se encontró en medio del programa nacional del “gran cambio”.

¡Un milagro! Los trabajadores respondieron a las repetidas llamadas de Allende a aumentar la producción y esta subió globalmente en un seis por ciento. Al mismo tiempo, puesto que la gente tenía los bolsillos llenos, los productos desaparecían pronto de las estanterías. Para gran sorpresa, la inflación no se disparó y permaneció en un mero veintidós por ciento. Todos comentaban contentos lo bien que marchaba la nueva política económica. El gobierno se sintió, entonces, más confiado para introducir nuevas medidas que fueron bien recibidas. Estas incluían un sueldo mínimo, beneficios familiares regulares y exención de impuestos para el sector de salarios bajos. Las personas que se hallaban en serias dificultades financieras recibieron de forma prioritaria su vivienda y apoyo económico. Daba la impresión de que por primera vez se estaban trenzando los hilos de una red de seguridad social. También parecía haber empleo para todos, las fábricas llamaban trabajadores y se edificaban casas nuevas. Se decretó un precio único para el pan y se distribuyó leche gratis para los niños en todas las escuelas. Las clases trabajadoras estaban comenzando a creer que por fin tenían al Presidente que tanto tiempo habían esperado.

En marzo, las grandes minas de cobre, Chuquicamata y El Salvador, previamente manejadas por la empresa estadounidense Anaconda, quedaron bajo control directo del gobierno. Junto a ellas, se estableció una compañía estatal exportadora de cobre: CODELCO. Más bancos fueron nacionalizados. Era inevitable que la Administración, durante este desmadre nacionalizador, tarde o temprano tuviese que entrar en negociaciones con los accionistas estadounidenses que mantenían una participación significativa en la industria chilena. Contra todo lo esperado, se les ofrecieron condiciones muy favorables y se les estimuló para que aumentaran sus inversiones. Chile no tenía la intención de cerrar las puertas al flujo de divisas e incluso el canciller Clodomiro Almeyda aseguró a William P. Rogers, secretario de Estado de Nixon, que el gobierno tenía la mejor disposición frente a la inversión extranjera. Aunque los principales recursos nacionales habrían de mantenerse bajo el control directo del Estado chileno, quedaban muchas otras oportunidades industriales que se prestaban para alianzas comerciales con el capital extranjero.

Hay que decir que Estados Unidos no mostraba un particular gusto frente al nuevo escenario. Una política de nacionalización ha sido siempre un anatema para la iniciativa privada y era evidente que la estabilidad económica chilena previa, favorablemente dispuesta a negocios con el exterior, iba a quedar de lleno sepultada. La lápida fue puesta por Allende cuando, de improviso, nacionalizó a la ITT, la empresa en la cual la CIA había establecido sus cuarteles apenas Allende fue elegido.

Ahora, pese a que nacionalizar intereses privados no podía ser llamado en estricto rigor “una revolución”, era algo que estaba bastante cerca. Estados Unidos, al fin, cogió el guante. Nixon dio un discurso sobre política exterior estadounidense donde formuló una advertencia a los gobiernos de “ciertos países” que habían emprendido una actitud abiertamente hostil hacia los intereses de su país. Sin duda que muy pronto habría sanciones contra Chile.

Con toda honestidad, hay que decir que el gobierno chileno no pudo haber elegido un peor momento para entrar en pugna con los monopolios estadounidenses. Aunque la Kenecott Copper, la Anaconda y la ITT habían tomado seguros contra la nacionalización, el valor total de sus inversiones era demasiado alto como para que las compañías de seguro de su país pudiesen reembolsarlos. Si Chile no ofrecía compensaciones, la diferencia habría de ser pagada por el gobierno de Estados Unidos. Increíblemente, el capítulo de la compensación, no había salido a la palestra cuando la propuesta de nacionalizar a las mineras estadounidenses fue presentada ante el Congreso.

Estados Unidos estaba en extremo alerta frente al efecto psicológico que Chile estaba provocando en el resto del continente y con razón se preocupaba de que activara una reacción en cadena. Acá, lentamente iban saliendo a la luz hechos que seis meses antes no eran más que rumores. Por ejemplo, antes de que Allende asumiera, Nixon le había comunicado al Richard Helms, jefe de la CIA, que un régimen marxista chileno era algo inaceptable y le ordenó a la CIA organizar un golpe de Estado contra Allende. Helms descubrió, sin embargo, que en el momento actual sería casi imposible encontrar gente confiable dispuesta a dar ese paso. El Ejército de Chile no mostraba entusiasmo alguno en ser utilizado por los estadounidenses contra el Presidente. Se puso entonces en marcha el plan B, el gobierno de Allende debería ser destruido mediante una guerra económica.

Edward Korry, el embajador estadounidense, había enviado en ese entonces al Ministerio de Defensa del presidente Frei Montalva todavía en ejercicio, una carta en términos similares a los siguientes:

“Debe saber que no permitiremos que llegue ni un tornillo, ni una tuerca... En cuanto Allende asuma el poder, haremos todo cuanto esté en nuestras manos para condenar a Chile y a los chilenos a las mayores privaciones y miserias... Llevaremos a cabo una política para estrangular su economía por largo tiempo, lo que dará tiempo para que el mundo observe las peores

características de un sistema comunista. El Gobierno de Chile debe aceptar que no hay otro curso de acción posible, empobreceremos al país y lo pondremos de rodillas”.

Así terminaba esta carta, bastante amenazadora. Se trataba de un duro ultimátum. Considerando que las industrias chilenas estaban exclusivamente equipadas con tecnología estadounidense y que dependían en un cien por ciento de sus conocimientos y capital, era, en realidad, una amenaza de muerte. El problema era que había demasiado en juego. Lo que Chile en realidad estaba haciendo era un desafío abierto a la autoridad de una superpotencia que ya había sido severamente puesta a prueba por la impopularidad de la Guerra de Vietnam. Los países pequeños, en particular, estaban hastiados de las restricciones impuestas a sus lealtades políticas. Solo podían aliarse con el este o el oeste y estaban desesperados por un cambio, por una alternativa distinta. Era cierto que el equilibrio del poder, inherente a la Guerra Fría, había protegido al mundo durante muchos años de una guerra de destrucción masiva, pero no de vasallaje, pobreza, hambre y subdesarrollo. Para un aliado pequeño y más bien insignificante, mantener intacta la misma estructura política durante veinticinco años no significaba estabilidad, sino estancamiento. Esos Estados satélite trataban una y otra vez de introducir los cambios que sentían necesarios, pero la falta de alternativas reales los impulsaba al otro lado, al campo enemigo, poniendo en riesgo el endeble equilibrio alcanzado. Con frecuencia, su única aspiración era escapar de área de dominio de la superpotencia a la que habían sido artificialmente asignados debido a su situación geográfica. Siempre creían que esta vez iba a funcionar pero, con depresiva y tediosa regularidad, todo acababa siempre en un desastre.

A Chile se le advirtió con anticipación. Era obvio que, a causa de su dependencia de la tecnología estadounidense, las sanciones económicas serían devastadoras. Esto, aparejado a la crisis doméstica causada por la fuga de capitales después de las elecciones, significaba que el nuevo e inexperto gobierno navegaría sobre aguas turbias rumbo a un horizonte cubierto de nubarrones. ¿Qué haría Allende al respecto? Por desgracia, no disponía de una estrategia que sirviera y, además, estaba asustado, así que se apresuró a calmar a los estadounidenses. Aunque Allende sabía que se había hecho de enemigos entre los industriales estadounidenses, no creía que eso hubiese alcanzado las esferas del gobierno de Estados Unidos. De forma pública y reiterada declinó acoger la idea de un alineamiento con el Bloque Oriental y enfatizó que intentaría mantener a Chile completamente independiente. Por ejemplo, prometió que jamás autorizaría el emplazamiento de bases militares soviéticas en suelo chileno. Y, aun cuando se enorgullecía de su amistad con Fidel Castro, rechazó la idea de que hubiese similitudes entre los procesos de Chile y Cuba. Su gobierno pretendía conducir al país por el camino del socialismo de un modo libre y democrático, respetando la Constitución y las leyes. Prometió, además, que se cancelarían todas las obligaciones contraídas en el pasado con instituciones y países extranjeros. En consecuencia, cuando llegó



Jacques Chonchol reunido con campesinos mapuches en Temuco, marzo, 1971.
Fotografía de Armindo Cardoso. Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

la hora de amortizar parte de la deuda externa, un exorbitante billón de dólares, el Presidente apretó los dientes y pagó a los estadounidenses, queriendo probar con ello que hablaba en serio con su política de conciliación. Pero ni siquiera este gesto bastó para romper el hielo e impedir que los estadounidenses se embarcaran en un bloqueo económico a gran escala. Rehusaron nuevos préstamos y nunca se materializaron los previamente acordados. El financiamiento para las compañías que compartían acciones estadounidenses y chilenas se retuvo durante largo tiempo. Las partes y piezas de maquinaria, a pesar de estar ya pagadas, no fueron despachadas.

Esta actitud antagonista de Estados Unidos comenzó a influir en el resto del mundo. Otros bancos e instituciones extranjeras comenzaron sorpresivamente a boicotear a Chile. El último as bajo la manga del país, la abundancia de cobre, se mostró impotente cuando su precio internacional cayó de modo súbito. Muchos sospechaban que los norteamericanos lo habían provocado.

Los chilenos comenzaron a sentir los efectos del bloqueo y protestaron por la enorme injusticia que se estaba cometiendo con ellos. Los pesimistas lamentaban lo inevitable de ese quiebre con los estadounidenses y veían aterrorizados que podría venir algo peor. Los izquierdistas les aconsejaban a todos apretarse el cinturón y aguantar el bloqueo.

Allende tenía claro que iba a ser difícil, porque sabía que su pequeño país no iba a poder sobrevivir sin apoyo externo. Intentó entonces mantenerse en buenos términos con la mayoría de sus acreedores. Chile necesitaba los préstamos. Lamentablemente, aquellos también tenían deudas con Estados Unidos, lo cual llevó a una situación en extremo complicada. Para coronarlo todo, los compañeros del gobierno rechazaron cualquier concesión y propusieron una resistencia abierta contra Nixon, Kissinger y el capitalismo, con lo cual aumentaron las dificultades diplomáticas.

Los estadounidenses atacaron entonces a Allende directamente y en su propio país. Hicieron un pacto secreto con los demócratacristianos y comenzaron a enviarles ayuda financiera. Esto les cayó de maravilla, porque las próximas elecciones de alcaldes y regidores eran inminentes. Ellas demostrarían de hecho quién tenía el poder y, como todas las elecciones en un sistema democrático sirven como barómetro de la popularidad de un gobierno, ya estábamos otra vez en la plena efervescencia de un nuevo carnaval electoral.

EL HAMBRE DESPUÉS DEL FESTÍN

Debido a la carga de trabajo de Milan, no tomamos vacaciones largas y descansadas a principios de 1971, tal como lo habíamos hecho hace un año. Solo hicimos unos pocos viajes por los alrededores para conocer lagos y volcanes. Uno de ellos nos llevó al interior de las montañas hasta la frontera con Argentina. Decidimos visitar el sanatorio El Toro. Parecía increíble que en esa deshabitada y agreste parte del país, lejos de cualquier signo de civilización, pudiese haber algo tan extravagante como un sanatorio. Mientras más nos acercábamos, más inverosímil nos parecía. Luego de dos días manejando a través de densos bosques sobre huellas abiertas por las compañías forestales, emergimos en un paraíso de flores salvajes al pie de un volcán coronado de nieve. Era a la vez atrayente y aterrador poner el pie en un entorno tan desolado. Muy pronto, el espléndido claro se convirtió en un burbujeante río de barro que corría pendiente abajo. Vapores sulfurosos agujereaban el lodazal decorado con formaciones rocosas multicolores. El terreno que rodeaba al volcán activo temblaba y se sacudía con increíble fuerza, sentíamos el calor de la tierra a través de los zapatos. Una cascada, desde la cima del glaciar, caía por un escarpado. Por fin, al término de la huella, y tan solo a un costado, se alzaba el sanatorio El Toro.

Era un largo pabellón construido en estilo *art nouveau*, de madera blanca con pilares, terrazas, galerías, pequeñas torres y persianas verdes. Todo el primer piso lo ocupaba un *hall* blanco con un podio en un extremo. La abandonada y descuidada plataforma se ocultaba detrás de una cortina de terciopelo rojo que, con el paso del tiempo, se había vuelto rosado. Todo el complejo tenía el aire de una reliquia bien conservada. El piso de madera del *hall* resplandecía como oro opaco, un matiz que solo se podía haber logrado tras años de paciente encerado y virutillado. Las patas de las mesas de caoba, cubiertas de paño damasquino, se reflejaban en él. Por entre las mesas y sillones se deslizaban silenciosamente unas enfermeras alemanas vestidas en los uniformes planchados y almidonados, coronados por tocas, de un hospital militar de la Primera Guerra Mundial. De edad indefinida, tenían caras sombrías y hablaban poco. Daba la impresión de que los huéspedes eran escasos, pero aun así no podían negarnos alojamiento. Cordillera arriba, nadie despidió a los viajeros e, incluso, la más humilde choza ofrece abrigo por una noche. Me preocupaba que siendo tan rígidas en sus costumbres, pudieran incluirnos en la fila de los pacientes ancianos sentados apáti-

camente en sus sillas de ruedas. Las viejas caras arrugadas lucían todas iguales, siendo la única variación el diferente colorido de las frazadas de tela escocesa que cubrían sus rodillas.

A las cinco de la tarde, sin embargo, hubo un cambio notable. Fue como si un ilusionista hubiera agitado una varita mágica, el palacio despertó de su ensueño e, incluso, entró algo de alegría. Los rostros de las enfermeras se suavizaron y en sus mejillas apareció un poco de color. Alguien giró la manivela del antiguo gramófono y los compases del Danubio Azul inundaron el *hall*. El silencio escapó por las ventanas y otra vida ingresó a la sala del sanatorio. Cada rincón y baranda parecía resonar con voces, las telas damasquinas refulgieron, los vasos tintinearón y volaron los corchos de las botellas de champaña. La caras viejas sonreían como si los vales les recordaran su juventud. Pero a las siete en punto se acabó el hechizo, el gramófono dejó de sonar, las enfermeras retiraron cuidadosamente los discos, el aparato y guardaron todo en un armario con llave. Dieron de comer papillas a sus viejos pacientes y los llevaron a sus dormitorios. A las nueve de la noche se apagó el generador de electricidad poniendo fin a la danza de las efímeras y polillas que revoloteaban en las ampollitas de afuera. Cayeron moribundas al suelo para ser barridas en la madrugada por la escoba del aseador. La noche pertenecía a los feroces pumas y gatos salvajes que aullaron bajo las ventanas hasta que despuntó el día. A esa hora tomaron el relevo los buitres, águilas y cóndores. No sé cómo esos ancianos y sus enfermeras lograban conciliar el sueño. Yo, por mi parte pasé toda la noche aterrorizada y con escalofríos. Las montañas habían aceptado este pequeño enclave de civilización, decretando que no se extendería más allá.

Después del desayuno, tan pronto como el sol asomó sobre la dentada cresta de la Sierra Nevada, las enfermeras acomodaron a los ancianos en sus sillas de ruedas y los llevaron hasta las tinas, construidas con madera, para darles un baño de barro caliente. Los ricos que habían olvidado morir se podían prolongar así sus vidas en estado de amebas. Huimos de esta guardería de ancianos que parecía atrapada en el espacio y en el tiempo, donde cada palabra dicha en voz alta sonaba como una premonición.

Otro viaje nos llevó al maravilloso valle de Lonquimay, también aislado del mundo, pero solo por seis meses al año. De junio a noviembre toda el área está cubierta por la nieve. Es un valle tan plano como el fondo de una olla rodeado de altísimas montañas. Un paraíso perfecto. Los techos rojos se destacan entre los altos y frondosos álamos y los verdes campos de regadío. Las montañas de la cordillera estaban perforadas en varios puntos donde la línea del ferrocarril que unía a Chile con Argentina aparecía y desaparecía por los túneles. Llegamos hasta allá transitando por un estrecho y sinuoso camino cubierto de negras cenizas volcánicas el cual se abría paso a través de un paisaje lunar y, era tan empinado, que en ciertas partes debíamos bajarnos y empujar la citroneta, que siempre se ponía en huelga a grandes alturas. Llegamos al pueblo a través de un paso que alcanzaba casi dos mil metros de altura. Toda el área que rodeaba Lonquimay

estaba cubierta por bosques de Pehuén, la milenaria *Araucaria araucana*. Sus frutos, los piñones –similares en sabor a comer castañas– eran el pan, la harina y las papas de los mapuches del lugar, o pehuenches, como se les llama. Estos eran muy diferentes de aquellos mapuches que araban sus campos y cosechaban el trigo en Cholchol. Vivían en cabañas de madera en lo profundo del bosque sin campo a la vista.

Mi esposo trató de sacudirse el agotamiento de los últimos meses. Trabajaba diariamente hasta bien entrada la noche redactando informes para el Ministerio de Agricultura, INDAP y CORA y también para nuestro propio Embajador, que había solicitado un escrutinio detallado del avance de la Reforma Agraria. Milan esperaba que los funcionarios de las comisiones respectivas se dieran al menos la molestia de leer sus informes. Le agobiaba la imagen de todo lo que sufrirían los mapuches si hubiese una expropiación forzada de las tierras, lo cual era casi siempre un requisito cuando se intentaba fundar el socialismo.

Durante aquellos viajes descubrimos que en los latifundios en los que ya se había aplicado la reforma reinaba el caos absoluto. Nadie cosechaba, ni sembraba ni araba. En vez de trabajar, todos estaban en pie de guerra. Los campesinos, convencidos de que en cualquier momento serían atacados por los que habían sido sus patrones, pasaban día y noche patrullando armados. No era de extrañar que estuviesen demasiado agotados como para trabajar la tierra. Otro problema perturbador era la total ausencia de expertos que les enseñaran a los nuevos propietarios cómo administrar los campos recién adquiridos. También escaseaban la maquinaria agrícola y sobre todo los tractores. Los agricultores cuyos predios no habían sido expropiados todavía rehusaban sembrar más de lo necesario para sus familias. Pero al mismo tiempo se frotaban las manos de alegría, porque cuando la situación se volviese de verdad catastrófica, no quedaría más que deshacerse del odiado gobierno de la Unidad Popular. Todo el mundo predecía que la hambruna ya estaba a la vuelta de la esquina.

El nuevo año académico trajo muchos cambios. Uno en particular me afectó. El Departamento de Antropología Social de Universidad Católica de Temuco abrió oficialmente sus puertas. El sueño de Milan y Mauricio se había hecho realidad. Era imposible que yo me perdiese una oportunidad así. Al fin podría obtener un grado académico, lo que me había sido vedado en mi país de nacimiento. Al Departamento se le dio un nombre más bien profesional: CERER, Centro de Estudios de la Realidad Regional. Milan estaba muy contento con mi decisión y lo mostró del modo más práctico. Instaló para mí un rincón de trabajo con repisas para los libros y, como mesa del escritorio, consiguió, incluso, unas tablas de madera blanca de araucaria. La lustrosa lámpara de cobre con tulipa rosada le daba un aire de naturaleza muerta. Sobre la silla puso una suave piel de oveja. ¡Ahora podría estudiar noche tras noche en pleno confort! Y de hecho así lo hice desde el comienzo. Luchando con los textos en español e inglés, leí trabajos de campo y críticas de profesionales muy destacados y, en mi fuero interno, me aterraba al darme cuenta en qué me había metido. Después de todo,

había aprendido español hace nada más que un año. Adalberto Salas, el mejor experto en su área, enseñaba Lingüística, pero la realidad era que yo apenas podía sostener una conversación en el mercado. Pero me habría mordido la lengua antes de quejarme, ide algún modo tendría que arreglármelas! A fin de cuentas, ansiaba intimar con “la primera amante” de Milan: la Antropología Social.

En las elecciones de alcaldes y regidores la izquierda y la derecha se repartieron los votos en un cincuenta por ciento, con la derecha apenas arriba. Como era obvio, cada lado se autoproclamó vencedor. Y, como en proporción, Allende había obtenido más votos que en las presidenciales, se permitió ignorar el mayor número de votos obtenido por la derecha. Era más bien preocupante notar que no había ahora una voz de centro y que el escenario político se había polarizado por completo. Ahora, Allende consideraba con seriedad la opción de un plebiscito para superar las fricciones del Congreso. Sostuvo que los elementos hostiles le estaban poniendo dificultades por todas partes y frenando las reformas socialistas que con tantas ansias quería implementar. Si triunfaba en el plebiscito, podría disolver el Senado y unir ambas cámaras en un único Congreso Nacional, cuyos cupos serían llenados por sus partidarios. Sin embargo, los comunistas le previnieron contra el plebiscito, temerosos de dar un paso tan decisivo. El Presidente debía comprender que las elecciones de alcalde y regidores eran considerablemente menos significativas que las parlamentarias; en otras palabras, un plebiscito podría arrojar el resultado opuesto. Era una posibilidad real que la Unidad Popular perdiese lo poco que había logrado a costa de tanto empeño.

Una mañana yendo a clases, pasé veloz frente a una sala con las puertas abiertas. Estaba llena de jóvenes tomando apuntes. Con algo de sorpresa noté que era una charla de adoctrinamiento político:

—... la política económica debe estar al servicio de las masas —proclamaba el joven de pie junto al pizarrón— si no es así, se corre el peligro de que las masas, cuya conciencia política es muy limitada, sean seducidas por la mentirosa propaganda fascista y sus tentadoras promesas para pasarse al bando reaccionario. Y así, podríamos perderlas...

El joven se alejó del pizarrón y, sentándose elegantemente en la punta del escritorio, me hizo señas junto a otro par de los que estábamos de pie en la puerta para que pasáramos. Era claro que quería abultar su auditorio. Entré, curiosa por experimentar un adoctrinamiento político “a la chilena”.

—... sin importar lo que digan nuestros enemigos —continuó— la política de la Unidad Popular fue esencialmente correcta cuando incrementó el poder adquisitivo de la gente, apenas asumido el gobierno. ¿Por qué? La respuesta está dada por el abrumador triunfo de la izquierda en las elecciones recién pasadas. ¡La mayoría del país nos apoya! Sin embargo, compañeros, es preciso que ahora concentremos nuestra atención en algunas simples verdades económicas —el instructor político asumió ahora el aire de un político práctico—. Según la ecuación clásica, un aumento en la demanda requiere aumento de la producción. Si la capacidad de compra de la población crece, es lógico que la disponibilidad de bie-

nes en el mercado reaccione. Sin embargo, como todo el mundo sabe, lo que ahora hay es desabastecimiento! El compañero Presidente no puede darse el lujo de disminuir las demandas de los trabajadores introduciendo, por ejemplo, un sistema de racionamiento tal como ha ocurrido en la mayoría de los otros países socialistas cuando ha habido una escasez semejante. ¿Pueden imaginarse el clamor de nuestros enemigos fascistas si se tomasen tales medidas? El nombre del gobierno sería pisoteado en el barro y acusarían a la Unidad Popular de arrastrar al país a la quiebra. Tal como señaló correctamente el compañero de la última fila –el instructor político indicó con la mano– los trabajadores no permitirán que se ponga límites a su poder adquisitivo. A otros países, mucho más ricos y desarrollados que nuestro empobrecido Chile, no les dio vergüenza introducir cupones de racionamiento durante su progreso hacia el socialismo. Bastaría nada más que nuestro Presidente susurrara esa posibilidad para que la derecha se le arrojara al cuello. ¿Y qué pasaría entonces en las próximas elecciones? ¿Qué salida le quedaría entonces al gobierno? Para satisfacer las justas demandas de los trabajadores necesita estimular un crecimiento económico sostenido y un máximo de productividad.

El tono del activista había tomado más confianza y ya no medía sus palabras. El mensaje debe ser simple y claro:

–¡Los trabajadores tienen que trabajar más duro! ¡Esta es una batalla por la producción! ¡Ese es el eslogan para sus afiches, compañeros! ¡La “batalla por la producción” tiene que resonar a lo largo y ancho del país! ¡Ese es el mensaje más importante! –tronó– Nuestra tarea es explicar a los trabajadores que todos los beneficios que han recibido no eran a cambio de nada. Ningún gobierno puede solventar un gesto semejante, especialmente en un país subdesarrollado y anteriormente explotado como este. Debemos inculcarles a los trabajadores que esos beneficios son condicionales y que deben pagar por ellos poniendo todas sus fuerzas en la producción. Deben extremar sus esfuerzos, sin eludirlos, sin jornadas de descanso y, sobre todo, ¡Sin declararse en huelga! –enfaticó severamente–. Por favor compañeros, ahora por primera vez los obreros están trabajando para su propio beneficio, ¡¿cómo van a ir a huelga contra ellos mismos?! –el muchacho se agitaba cada vez más–. No podemos dejar de insistir en que tienen que votar por nosotros! Deben votar por el gobierno de la Unidad Popular que es, después de todo, ¡su propio gobierno elegido!

Arrebatado por su propia retórica, el incipiente político debió creer que estaba sobre un estrado delante de una audiencia mucho más numerosa e importante. Por fin, enarbolando su puño en alto, gritó:

–¡Viva el compañero Allende, el primer presidente de los trabajadores!

“¡Viva!”, le hizo eco su obediente auditorio. Me sentía mal. ¿Qué diablos estaba pasando? No hacía mucho había tenido que soportar un lavado de cerebro semejante en mi propio país y ahora estaba metida hasta los codos en otro. ¿En qué consiste esa podrida ideología que tan rápidamente separa a los “iguales” de los que son “todavía más iguales”? Estos jóvenes agitadores eran unos simples bi-

soños y ya estaban instruyendo a sus seguidores con la doctrina de que “al pueblo” hay que explicarle las cosas con simpleza, de preferencia con eslóganes cortos e incisivos, a fin de que pueda captar el mensaje político. ¡Cómo despreciaban a ese “pueblo”, cómo lo miraban en menos! Actuaban como si los votantes fueran incapaces de analizar por sí mismos la situación económica y política que afectaba sus vidas día a día. Al público que habían elogiado después de las elecciones por su agudeza política, lo consideraban ahora inmaduro y mentalmente retrasado.

Alguien de en medio preguntó qué entendía el compañero Allende por “el nuevo hombre socialista”. El compañero del pizarrón se levantó, encantado con la pregunta.

—¡Es exactamente eso! Un nuevo hombre socialista, un hombre que se sacude de toda la vieja moral burguesa y el pensamiento anticuado. Compañeros, tenemos que admitir que la mayoría de nuestros trabajadores está todavía inmersa en un sistema ético falso y añejo. Consideremos, por ejemplo, las demandas de los sindicatos. Ellos han peleado por mejores salarios y se han esforzado por proteger los derechos de los trabajadores. Y les pregunto, ¿cuáles derechos de los trabajadores? ¿De quién necesitan protegerse nuestros trabajadores en este momento? —su voz se encaramó a un desagradable *crescendo*— ¿De ellos mismos, de los representantes políticos que ellos mismos han elegido? ¿No se dan cuenta lo ridículo que es?

El compañero dejó un tiempo para que cada uno pudiera apreciar la profundidad de la insensatez de los trabajadores antes de desbordarse en una profética visión:

—El nuevo hombre socialista superará un día este reaccionario egoísmo burgués. Dejará de pensar solo acerca de sus intereses y provecho para su familia, ¡comenzará a pensar en términos de clase! Comprenderá que pertenece a una familia mucho más grande, la familia de todos los trabajadores, los trabajadores de todos los Estados socialistas del mundo. Y nosotros, compañeros, somos la vanguardia de esta nueva sociedad. El nuevo hombre socialista que crearemos ya no será sobornado por los bienes, los bajos precios o los altos salarios. Surgirá una nueva solidaridad. ¡Y entonces podremos felicitarnos a nosotros mismos por haber construido una justa sociedad socialista sin clases!

Había escuchado lo suficiente, me sentía peor. ¡No aguantaba seguir oyendo todas esas mentiras y disparates! Cierto, había desabastecimiento. La producción se detuvo y reinaba el caos. Cuando se ha nacionalizado todo, tiene que cambiar todo el sistema. Los gerentes capaces y experimentados, los expertos y los administradores estaban dejando sus trabajos o los habían despedido para ser reemplazados por gente nueva escogida por el partido. Había escasez de materias primas y de repuestos, las máquinas en las fábricas estaban dejando de operar. Esa era la verdadera razón de la caída de la producción. Los trabajadores daban lo mejor de sí, improvisaban, aprendían a trabajar en condiciones muy adversas y no pocas veces quedaban a cargo de todas las instalaciones. Al mismo tiempo, se les ordenaba participar en repetidas huelgas políticas de apoyo al gobierno, a

los sindicatos y a la Reforma Agraria, o marchar en manifestaciones contra los sediciosos de la derecha, el mañoso Congreso y, en general, contra todos los reaccionarios. No pasaba una semana sin que hubiera alguna manifestación política. No es necesario decir que trabajo y política jamás han sido una combinación feliz.

La situación general se había vuelto cada vez más grave. A muchos, la iniciativa revolucionaria establecida por el Estado les parecía insuficiente y lenta hasta el patetismo. La extrema izquierda, y algunos de los elementos más radicales de la Unidad Popular, decidieron organizar tomas en los latifundios por cuenta propia. Luego decían que se trataba de “acciones espontáneas del pueblo”. Los miristas, de plano, no reconocieron el límite legal máximo establecido para el área territorial de un fundo que no quedaba sujeta a reforma agraria, y comenzaron a tomar por la fuerza un fundo tras otro sin considerar su tamaño o estatus. Las tomas se expandieron por el país como un incendio y ya se acercaban a la capital. En Santiago reinaba el pánico. Allende ordenó el fin de las tomas ilegales, lo que condujo a constantes refriegas entre Carabineros y la gente sin terreno apoyada por miristas armados. El pueblo se hallaba ahora “movilizado” por todos los lados. Se les había dicho que tenían que apoyar al gobierno, pero también había presiones tanto de la extrema izquierda como de la extrema derecha para rechazar al actual e incluso alzarse contra él. Si la gente hubiese sido tan torpe y desprevenida como sostenían los jóvenes revolucionarios, ello habría conducido probablemente a un colapso nervioso masivo. En medio de esta atmósfera anárquica, lo único que les quedaba a los chilenos era confiar en su propio sentido común y apoyar al que, en un momento dado, les había hecho la mejor oferta.

Allende estaba ahora en serias dificultades. La derecha se había fortalecido en forma considerable y se valía de cualquier aparato legal u otro medio a su alcance para que a Allende le fuese casi imposible gobernar. Encontraban nuevos modos de sabotear la producción y el funcionamiento del país. Por ejemplo, la poderosa administración pública se constituía por funcionarios de todas las tendencias políticas. Durante los gobiernos anteriores, se habían empeñado en ser imparciales y apolíticos, pero ahora boicoteaban de frente al gobierno. La coalición respondió colocando a su propia gente y, así, duplicaron el número de funcionarios públicos. Los comunistas contrataban más gente que todos los otros partidos. La Corte Suprema estaba también en manos de la derecha. Esto significaba que los acusados de sabotaje podían dormir tranquilos sabiendo que serían encontrados inocentes por el máximo tribunal. Allende sugirió, entonces, la creación de “tribunales populares”, pero fue una propuesta considerada, con justicia, inconstitucional. En los medios de comunicación se ventiló la más ácida, destemplada e injuriosa batalla que pudiera imaginarse, verbal y literalmente. Izquierda y derecha se empeñaron en golpear al adversario bajo el cinturón. La derecha escudriñaba las más pequeñas debilidades o errores de la Unidad Popular y las anunciaba en público, exagerando y mintiendo de forma flagrante. Es un hecho bien conocido que en un régimen democrático es mucho más fácil estar en la oposición. Cuando las cosas empiezan a ponerse difíciles, no es necesario

ser constructivo, se pueden ventilar quejas y criticar todo lo que se quiera, en el conocimiento de que el otro lado es el responsable de gobernar el país. Derrotada en las elecciones presidenciales, la derecha lo tomó con gran entusiasmo y mientras más débil se ponía la coalición, más fieros eran los ataques.

El reportaje del encuentro de Allende con el renombrado periodista francés y experto en revoluciones en América Latina, Regis Debray, llevó agua a su molino. Allende se sentía lisonjeado de que un reportero tan famoso, que había entrevistado a Fidel Castro y al Che Guevara, estuviese interesado en su vía al socialismo. Se jactó frente a él de que solo difería del Che en términos de táctica. Declaró con franqueza que había firmado el Estatuto de Garantías Constitucionales para obtener el poder, ya que no tenía intenciones de seguirlo a la letra. Cuando llegara el tiempo oportuno, llamaría a plebiscito. Despacharía entonces al Congreso burgués y lo llenaría con sus partidarios. Y clavó otro clavo en su ataúd cuando dijo que no se consideraba a sí mismo presidente de todos chilenos, sino solo de los que pertenecían a la clase trabajadora. Esta cándida y desacertada exposición de sus planes y estrategia le causó muchos ataques tanto en el Congreso como en la prensa.

En abril de 1971, inmediatamente después de las elecciones de alcaldes y regidores, llegó a Cholchol un equipo de filmación checo dirigido por Jiri Sikl. El gobierno chileno le había solicitado a Checoslovaquia realizar un documental acerca de su venturosa construcción del socialismo. Como una genuina pieza de propaganda, el filme llevaría el título de "Operación verdad". La agrupación filmó montañas y minas, fotografió mineros entusiastas, obreros felices en sus fábricas nacionalizadas y diligentes campesinos trabajando la tierra en sus recién establecidos asentamientos. Visitaron los pueblos de pescadores y, por último, fueron también en busca de folclore. Así fue cómo, para gran sorpresa, nos topamos con nuestros compatriotas y los llevamos a las reducciones. El plan de filmación se llevó a término y su estreno en pantalla grande fue en Praga. En Chile solo se exhibió el preestreno, pero bastó para desatar las furias. El guión checo daba todos los créditos por la construcción del socialismo en Chile al Partido Comunista, sin hacer mención de ningún otro partido de la Unidad Popular. Era como si no hubiesen existido en absoluto. Allende comprendió de inmediato que el filme no era ni mucho menos el apoyo ideológico que esperaba, al contrario, era su suicidio político. Sobre todo tomando en cuenta que la Unidad Popular era ya un buque que hacía agua por todos lados. Furioso, Allende encaró a los productores checos exigiendo un relato fidedigno de la situación política, pero fue hablar a oídos sordos. El gobierno checo jamás permitiría que su audiencia considerara siquiera la posibilidad de que otros partidos de izquierda que no fueran el comunista pudiesen construir exitosamente el socialismo. Era un caso clásico de adaptar la historia para hacerla calzar con las necesidades ideológicas del momento. La ironía más grande era que, aunque financiada con dinero chileno, estaba concebida para adaptarse a los requerimientos ideológicos de una Checoslovaquia que, tras la invasión, estaba de nuevo bajo control soviético.

Puede ser que Jiri Sikl haya sido un buen director, pero carecía de toda influencia sobre el guión. Cuando se estrenó en Chile, no causó ningún impacto, ya que el guión había sido reemplazado por una jovial música de fondo.

En junio de 1971 ocurrió otra tragedia. El grupo terrorista denominado “Vanguardia Organizada del Pueblo” (VOP), asesinó a Edmundo Pérez Zújovic, exministro del Interior de Frei Montalva, por sus supuestos crímenes. Dos años atrás hubo unas tomas de terreno en Puerto Montt. Zújovic había sido el responsable de dar una orden de allanamiento nocturno que ocasionó perjuicios a las propiedades de los pobres e incluso pérdida de vidas humanas. Ese hecho minó seriamente la popularidad del presidente Frei. El vengador que asesinó a Zújovic acababa de ser puesto de libertad mediante un indulto presidencial de Allende. Pero, luego de la muerte de Pérez Zújovic, declaró que era el momento de tomar medidas extremas y propuso la pena de muerte para todos los crímenes políticos. Ello puso un término definitivo a la tregua que había entre el Presidente y la extrema izquierda, la que pasó a ser, desde ese momento, una lucha a muerte.

TERREMOTOS TELÚRICOS Y POLÍTICOS

La tierra comenzó a moverse a las once de la noche, justo cuando estaba cerrando la ventana. Las pesadas cadenas de plata mapuche que adornaban la pared comenzaron a tintinear señalando peligro y la vieja máscara que colgaba sobre la chimenea se bamboleaba como un péndulo mientras el suelo ondeaba como si corriese una ráfaga de viento bajo la alfombra. La casa entera se sacudió y un estrépito de loza quebrada llegó desde la cocina.

¡La hora había llegado! Me agaché y me cubrí la cabeza. Mi fantasía se desbocó mientras imaginaba árboles arrancados de raíz... el suelo abriéndose... bosques enteros tragados por la tierra que volvía a cerrarse... ¿Resistiría en pie nuestra casa? ¿Dónde estaban todos? ¡Dónde estaban los niños! De pronto, los temblores cesaron. Aturdida, no me atrevía a dar un paso. El piso todavía parecía bambolearse. ¿Habría más sacudidas? El terremoto no debía haber durado más que unos pocos segundos, pero, ¡qué largos segundos! Todavía tenía mi mano en la manilla de la ventana.

En ese momento Milan intentó abrirse paso hacia el *living*, pero la puerta estaba combada y retorcida por el marco. Al fin, con fuerza bruta, logró pasar. Agotado, se desplomó en el sofá.

–No te puedes imaginar lo desagradable que es estar sentado en el baño cuando comienza un temblor –exhaló– deberías haber visto lo que hacían las baldosas bajo mis pies, ¡parecía que iba a salir un topo gigante!

En ese instante entraron los niños corriendo y gritando: “¡Terremoto, terremoto!”, como si no nos hubiéramos dado cuenta... Todas las baldosas de la cocina y el baño estaban sueltas y quebradas. Recogimos del suelo los pedazos de loza y cristal y, con el corazón palpitando, fuimos a la pieza que llamábamos “el museo” para ver qué daños había ocasionado el terremoto a nuestra preciosa colección de artefactos mapuches destinados al Museo Naprstek de Praga. Por fortuna, Milan había seguido los consejos de Martín Cordero y había puesto barras en las estanterías, lo que había impedido en gran medida que se cayesen los cacharros. Pero las puertas y el marco de la ventana no habían resistido tan bien. Estaban desgarrados y retorcidos y estuvimos mucho tiempo sacándoles astillas y martillándolos para que pudiesen abrirse de nuevo. Como la casa de era de madera, los daños podían repararse.

Estaba claro que esta vez era “el terremoto” y fue reportado en radios, prensa y televisión. El epicentro había sido muy al norte, en Illapel, a más de mil

kilómetros de Temuco. Allá el daño había sido mucho más serio. El puerto de Valparaíso sufrió grandes destrozos, en especial las inmensas grúas, que habían caído como fósforos. Por fortuna no hubo muchas muertes, dado que el norte del país no está muy densamente poblado. Sin embargo, Allende declaró Estado de Emergencia y se despacharon camiones del Ejército a las áreas más afectadas. Para poder llegar hasta ellas tuvieron que dinamitar las rocas que bloqueaban los caminos y las líneas del ferrocarril, además de reparar los puentes. El terremoto había confirmado la predicción de Emmy Hoffman, una psíquica de origen checo que vivía en Santiago. No mucho tiempo atrás había pronosticado un gran terremoto, pero había errado en la fecha exacta por catorce días y estaba contrariada por eso.

Emmy era una mujer muy interesante. Había vivido en la capital desde los años treinta junto a su familia extendida. Eran dueños de una pequeña fábrica que hacía piezas para molinos y de una amplia casa que siempre tenía las puertas abiertas para sus compatriotas. No solo era una psíquica dotada sino, también, campeona de judo. Había estado a punto de ir a Alemania Federal a representar a Chile en el campeonato mundial. Se quejaba con amargura de los problemas con su inscripción, ya que la edad máxima era cuarenta y ocho y ella estaba llegando a los cincuenta. Por si fuera poco, días atrás los diarios habían echado sin querer sal a la herida describiéndola como “la jubilada y campeona de judo que desarmó a un peligroso asaltante de bancos”. Estaba haciendo cola en un banco cuando un joven antisocial le había arrancado la cartera a una señora y se prestaba a huir con ella. Emmy lo trabó con el pie y con una llave, que me mostró, lo dejó inmobilizado. Lo creí, porque sus dedos de pájaro eran fuertísimos y su apretón me dolió sobremanera. Después de Alemania, declaró, viajaría a África y quizá tomaría parte en un safari. Luego, se encontraría con su esposo en Brasil, donde irían a visitar a uno de sus amigos, el jefe de una tribu en Amazonas. Calculé que no veríamos a Emmy en Santiago hasta por lo menos seis meses más. Lenguas maliciosas cuchicheaban que su hija y su yerno estaban planeando un viaje de estudios a Estados Unidos y que esperaban que la abuela se quedara con los niños en su ausencia. Pero Emmy les dio un buen consejo, les dijo que Chile se estaba “yendo a la mierda”, que las estrellas no mentían y que era preferible que fuera toda la familia.

Emmy estaba en lo cierto cuando predijo que las cosas iban a empeorar. Cuando el país había recién comenzado a recuperarse del terremoto, sufrió el invierno más crudo desde 1860. Incluso, nevó en Santiago. Mucha gente murió de frío, más por el *shock* que por la baja temperatura. La capacidad de tolerar temperaturas en extremo frías es relativa, los chilenos simplemente no están habituados a ellas. Solo veinticuatro horas de temperaturas bajo cero en una región conocida por sus naranjos, y ya era una tragedia nacional. Cien kilómetros al sur de Santiago, en la Panamericana, mil seiscientos autos quedaron atrapados por la ventisca. Los chilenos suelen viajar en manga corta y jamás llevan cocaví, ya que está lleno de restaurantes a lo largo del camino. La gente atrapada fue

llevada en helicópteros y ambulancias a los hospitales cercanos, muchos de ellos con pulmonía. Los que habían quedado atrapados en un largo túnel sufrieron, además, envenenamiento por monóxido de carbono. La catástrofe habría sido mucho peor de no ser por la gente de los pueblos y poblaciones cercanas que hicieron tortillas y pan amasado, llenaron termos con café y, luego de asegurar sus propias casas del posible daño causado por el peso de la nieve, se fueron a venderles a las personas que estaban atrapadas en los autos y que habrían estado, incluso, dispuestas a pagar en oro. Así de agradecidas estaban con aquellos que, días antes, habían mirado tan en menos al punto de ni siquiera verlos. Se llamó a esta calamidad el “terremoto blanco” y comenzó con él una seguidilla de otros desastres naturales. En los desiertos del norte, incluso, llovió en algunos oasis. Las consecuencias fueron severas, en una de las zonas no había llovido en cien años. Muchas viviendas se deshicieron con el agua, ya que estaban hechas de cartón y sus techos solo servían para protegerse del sol. Además, los cables eléctricos jamás habían sido adecuadamente aislados, así que hubo cortocircuitos que produjeron varios incendios y no hubo electricidad en esos sitios por mucho tiempo.

Nuestro pequeño pueblo se mantuvo en pie con el resto del país. También sufrimos cortes de electricidad y, como el año anterior, heladas seguidas de inundaciones. Atrincherados en el calor y seguridad de la casa, el único medio de contacto con el mundo era a través de la radio a transistores y, gracias a ella, no nos perdimos el más grande terremoto político que había ocurrido hasta entonces, uno que Chile había estado preparando por muchos años.

Allende presentó al Congreso una propuesta para nacionalizar el cobre. Las minas estaban bajo un acuerdo de copropiedad chileno-estadounidense, en el entendido de que una vez que asumiera el poder tendría la mayoría de las acciones y con ello mayoría de votos. La nacionalización significaba la transferencia definitiva de propiedad de los recursos naturales al Estado. Este revolucionario paso no fue inesperado, ya que había sido parte de las promesas electorales y era algo que todo el país abiertamente deseaba. El problema surgió cuando los economistas calcularon –para conveniencia del Presidente– que entre 1955 y 1969 las compañías estadounidenses habían obtenido ganancias estratosféricas por la explotación del cobre. Esto significaba, según Allende, que Chile no debía pagar compensación alguna por la nacionalización a los accionistas estadounidenses.

Los chilenos, una vez más, se tomaron las calles. Hubo celebraciones públicas, los políticos de izquierda abrazaban a los mineros que celebraban la resolución del gobierno con grandes manifestaciones callejeras. En todo caso, Chile no habría sido capaz de pagar la compensación, aunque lo hubiera querido. Las sanciones estadounidenses habían comenzado a hacer daño en serio. Las facilidades de crédito chilenas fueron congeladas, pero como al mismo tiempo el gobierno debía realizar amortizaciones de préstamos previos, se fueron vaciando con rapidez las arcas fiscales. Para empeorar las cosas todavía más, la caída en el precio mundial del cobre le había costado a Chile doscientos millones de dólares en ese solo año. Estados Unidos respondió a la negación de Chile a pagar la compensación

por nacionalizar el cobre con su propia forma de represalia. Cuando Allende solicitó un préstamo en dólares al Eximbank para comprar aviones de transporte civil, le fue rechazado.

El Presidente tomó esto como un insulto personal y comenzó a recorrer Sudamérica buscando apoyo internacional para Chile. Pero el viaje no fue exitoso. Los otros países no tenían interés en verse arrastrados a esa batalla, en especial cuando había severas dudas respecto al futuro de Chile. A su regreso, Allende se encontró con una bien organizada y determinada oposición que había decidido socavar su base de apoyo personal. Esta juzgó con eficiencia que los disturbios laborales debilitarían e, incluso, le arrebatarían el favor de las masas. Si Allende continuaba adhiriéndose estrictamente a la letra de la ley, corría el riesgo de que los trabajadores se volvieran contra él. Pero si recurría a los severos métodos tradicionales para mantener la tranquilidad ciudadana, traicionaría su propia palabra y desencadenaría las furias de la izquierda.

En agosto de 1971 comenzó el primer gran paro contra el gobierno. Los mineros del cobre solicitaron un aumento de salarios y Allende les reprochó falta de solidaridad. Sin embargo, se habían dado cuenta de que ahora ellos constituían la única industria que estaba generando divisas para el gobierno y se les debía un aumento salarial porque la inflación había aumentado bastante. Allende, ante esto, cedió.

La Iglesia había representado siempre en Chile un papel social de peso. Antes de que Allende fuese electo, se habían celebrado misas para proteger al pueblo del azote del marxismo. Una vez que quedó en claro que las plegarias no habían sido oídas y Allende se convirtió en Presidente, el cardenal Raúl Silva Henríquez celebró un *Te Deum* en la catedral de Santiago. Allende estaba emocionado hasta las lágrimas. En ese momento, la Iglesia era quizá la única institución que había tratado de permanecer neutral y había alentado a la gente a respetar al gobierno. Había muchos curas jóvenes radicales que fueron a trabajar con los pobres a las poblaciones y se convirtieron en una espina clavada para los miristas, que los vieron como una competencia desleal. Los superiores también los alentaron, pero advirtiéndoles que no debían descuidar sus obligaciones espirituales por el trabajo social.

Yo hallaba la retórica de Allende en extremo irritante, pero debía conceder que él parecía creer de corazón lo que estaba diciendo y que estaba convencido de que edificaba un futuro mejor para su amado pueblo. Pero a medida que la situación se desarrollaba me hacía recordar a alguien que busca abrirse paso a tientas con la esperanza de hallar por fin tierra firme, tropezando, entretanto, con una amenaza tras otra. Yo las conocía demasiado bien... En el fondo, Allende estaba tratando de complacer a Dios y al diablo, algo que jamás iba a ser cómodo y ni siquiera posible. Como Presidente democráticamente electo –algo que repitió *ad nauseam*– estaba obligado a defender la Constitución y a mantener la ley y el orden en el país. Como Presidente de izquierda y líder de la Unidad Popular, había prometido quitarle el poder a la élite y devolvérselo a las masas y

esa sería su revolución. Desde el Congreso, fue la derecha la que asumió la tarea de supervisar la legalidad de las actividades del gobierno. Entretanto, la otra ala se aseguró de que se respetaran los principios de izquierda. Para hacer las cosas todavía más complicadas, ambas posiciones —una dedicada a defender la ley y la otra a llevar al país a la revolución— se veían representadas en la propia coalición de Allende. Los comunistas y, hasta cierto grado, los socialistas, proponían un progreso continuo organizado hacia el socialismo sin llevar a una confrontación innecesaria con la oposición. Por otra parte, el MAPU, los socialistas radicales extremos, pequeñas facciones e, incluso, individuos anhelaban una revolución real y la entrega del poder al pueblo lo antes posible. Allende comenzaba ahora a darse cuenta de que mantener la ley y el orden y promover al mismo tiempo la revolución eran dos acciones contradictorias y que su gobierno sería incapaz de evitar el conflicto que surgiría al tratar de llevarlas a cabo al mismo tiempo. Se hablaba del peligro de una guerra civil o al menos un baño de sangre entre los trabajadores, el Ejército y Carabineros. Allende quería evitar ambas cosas a toda costa. Quizá el conflicto causado por tratar de satisfacer las demandas de ambas partes explicase la increíble vacilación que parecía, poco a poco, volverse la marca distintiva de su gobierno y que amenazaba conducir a una catástrofe colosal. La ocasión para organizar el plebiscito ya pasó y varias elecciones locales habían dejado a la vista que la Unidad Popular estaba menos popular que nunca.

PERIPECIAS CON EL PASAPORTE

Todos esos eventos políticos volaban raudos sobre nuestras cabezas como amenazantes nubes cargadas y cada día cambiaba el curso de los acontecimientos, pero éramos incapaces de percibir su fatídico impacto. Para ser francos, no les prestamos suficiente atención. Muchos dramas históricos están compuestos de sucesos, en apariencia triviales, cuyo significado solo se revela con posterioridad. Es entonces cuando se hace evidente que todos ellos pueden conducir a un único desenlace. Este proceso, llamado “deducción histórica”, lo llevan a cabo unos especialistas. Generalmente se realiza cuando se ha asentado el polvo, el fuego se ha enfriado y ha vuelto a brotar el pasto. Esta cadena de irrelevantes y, a veces, divertidos acontecimientos había estado rondando alrededor de nosotros por algún tiempo, pero no sabíamos todavía cuál sería su final.

Durante la segunda mitad de 1971 comenzaron en el norte del país los “días sin carne”. Los productores ya no podían garantizar el abastecimiento para todo el país y había también falencias en el transporte. De acuerdo con las estadísticas dadas a conocer por la oposición, la producción agrícola había caído dos tercios en el último año. Se temía que hubiese hambre antes de finalizado este segundo semestre. También había escasez de bienes de consumo. ¿Dónde estaban las tiendas abarrotadas de productos diversos, aunque caros, que tanto me habían impresionado antes? La respuesta era simple. Los pequeños productores habían sido golpeados con dureza por los salarios reajustados de forma artificial y por el bajo precio de los bienes. Productos vendidos a precios menores a los costos de producción habían hecho sucumbir sus negocios. Las estanterías sin reposición o de plano vacías eran un reproche silencioso a la ineffectividad del programa de economía doméstica de la Unidad Popular, aunque yo había visto antes mostradores todavía más vacíos en mi país natal.

* * *

Me concentré en mis estudios, lo único que todavía me estimulaba. Milan continuaba trabajando en Cholchol, enseñaba en Temuco y daba clases en Concepción y Santiago. Nos llegaron noticias de Checoslovaquia indicando que el Museo Naprstek de Praga tenía ahora un nuevo director. Habían promovido de pronto a Vaclav, colega de Milan, quien vino a visitarnos para hacer alarde de su nuevo

estatus. Rebosante de autocomplacencia, era simplemente insoportable. Estaba claro que su nueva posición le había subido los humos a la cabeza.

–Finalmente, alguien reconoció mi contribución a la Etnografía –se jactaba–. La verdad, nunca tuve nada contra Erich –bajó su voz en tono confidente.

Mentía, siempre había estado resentido con su jefe.

–Pero tengo que decir que manejó mal todo el asunto, lo que sucedió fue realmente culpa de él...

El anterior director del Museo y buen amigo nuestro no había pasado el escrutinio político impuesto en Praga. Ahora Vaclav, que lo había reemplazado, nos anticipaba con placer que podría viajar a Chile cuando quisiera y que nadie podría objetárselo.

–¿Cómo podían haber puesto a ese engendro a la cabeza del Naprstek? –largué furiosa una vez que estuvimos solos.

Estaba tan enojada que apenas podía hablar. Milan dijo que eso mostraba a las claras lo mal que estaba la situación allá. Calificaciones profesionales, capacidad de producir trabajos de calidad, inteligencia, relaciones con instituciones internacionales... evidentemente todos esos méritos carecían ahora de significado. El criterio principal era ser un compañero de confianza. Cuando la mediocridad manda, se vuelve una cualidad muy apreciada en un empleado. Cualquier cosa fuera de lo ordinario es peligrosa, sospechosa y debe ser erradicada.

–No debería sorprenderte que los compañeros y Vaclav, incluso, si no es miembro del partido, se lleven tan bien. Esto mismo significa que él jamás va a poder pasarse de la raya. Se necesitan mutuamente, ya que en muchos sentidos, con su codicia y sus engaños mezquinos, son semejantes. Hace mucho que desconfiaban de Erich y su peligrosa tendencia al pensamiento independiente y a tomar sus propias decisiones.

Así que Vaclav continuó yendo y viniendo a Chile a su antojo, como si visitara a una tía viviendo en el campo. Su carrera estaba en el pináculo. “El Museo pone el pan, pero yo pongo el jamón y la mantequilla”, repetía con regocijo.

El pasaporte vencido de Milan continuaba dándonos dolor de cabeza, ya que el nuevo no había llegado todavía desde Praga. El decano en Santiago escribió de nuevo a la Embajada insistiendo en cuán importante era la contribución de Milan para toda la Universidad Católica. El ministro de Cultura contactó a su contraparte en Praga solicitando el permiso para que Milan pudiera trabajar en Chile por al menos dos años más. En el peor de los casos, se nos había asegurado que el propio Allende intervendría. Pero todavía no llegaba respuesta alguna desde el extranjero.

El recién nombrado director del Museo Naprstek vino esta vez a ayudar en la preparación del catálogo de artefactos que estaban destinados a Praga. La colección era resultado de tres años de esfuerzo y de dinero que Milan había sacado de su bolsillo. Vaclav le prometió que una vez que estuviera en Praga el Museo le reembolsaría. El dinero nos vendría de perillas al estar de nuevo en casa. Yo caminaba triste en medio de los cacharros de greda, ahora con etiquetas, las cunas mapuches

y las fuentes de madera. Solo ayer eran objetos útiles manejados por manos vivas y pronto no serían más que muestras polvorientas en las vitrinas de un museo. Vaclav le insistía a Milan que enviase la colección mediante canales diplomáticos, pero él se rehusó a hacerlo de modo terminante. No tenía la más mínima intención de ser acusado de exportar artefactos culturales chilenos irremplazables. Quedaron de acuerdo en que dentro de dos semanas toda la carga sería transportada a Santiago donde funcionarios pertinentes extenderían el correspondiente Informe de Exportación. Vaclav meneó la cabeza con asco diciendo que la burocracia chilena era igual de mala que la de cualquier otra parte. Pasamos dos días embalando y preparando la colección para su envío. Aprendí a empaquetar los cacharros, rodeándolos con paja, y a envolver potes con papel de diario y virutas. Al fin, se cargó todo en una destartada camioneta y salimos para Santiago alrededor de medianoche para esquivar el tráfico. Pero nos engañamos miserablemente...

La noche pertenece a las bestias salvajes y, en las carreteras, a las más salvajes de todas, los camiones. Aullaban y gimoteaban en torno a nuestra pequeña camioneta con sus brillantes ojos amenazadores. Fantásticas construcciones hechas como de millones de ampollitas brillaban sobre sus cabinas, convirtiendo el camino en una montaña rusa o en una procesión de árboles de navidad. Mientras más terrorífico fuese el camión con acoplado, más chistoso era el nombre que ostentaba: “El sapito”, “La pajarita”, “El conejito”... y así. En la mañana los carabineros nos hicieron parar, había un *rally* desde Santiago a Valdivia. Pancho, nuestro joven chofer, tuvo que mostrar una y otra vez su licencia de conducir a carabineros.

–No voy a tener ningún problema, la acabo de sacar –declaraba orgulloso.

Había heredado la camioneta de su tío y este era su primer viaje por la Panamericana, cosa de la cual nos enteramos en ese preciso instante. El *rally* nos retrasó tres horas, lo que nos quedaba para llegar hasta Santiago. Cuando al fin pudimos continuar, nos topamos con unos cincuenta autos, obviamente parte de la competencia, pero extremadamente rezagados. Estaban viajando a más de cien kilómetros por hora tratando de recuperar el tiempo perdido. Se aproximaban a nuestra precaria y cargada camioneta como un enjambre de avispas furiosas. Pancho se aterrorizó y comenzó a zigzaguear sobre la ruta como un conejo asustado, oscilando entre una berma y la otra. La carga que había arriba se comenzó a desestibar, amenazaba caer y desparramarse por el camino. Milan empujó al aterrado Pancho a un lado y agarró el volante. A medida que manejábamos debíamos ir esquivando los restos de choques terribles. Lo peor ocurrió en Rancagua. Aparentemente un perro se había cruzado delante de uno de los corredores del *rally*, lo que resultó en una masacre. Siete espectadores murieron y las ambulancias todavía estaban transportando a los heridos. Mientras más nos acercábamos a Santiago, menos ansioso estaba Pancho de hacerse cargo de su vehículo. Nada de raro, no solo jamás había manejado en la Panamericana sino que inunca había estado en Santiago! Otro de sus secretillos. Milan apretó los dientes. El estilo de manejar de los santiaguinos es notable, acelerar a fondo y no tomar prisioneros. Se adelantaba por la izquierda o por la derecha y los ve-

hículos se insertaban en cada minúsculo espacio posible. El aire estaba atestado de bocinazos y conductores insultándose. Micros y “liebres” con las pisaderas llenas de gente y un claro deseo de morir, se abrían paso entre interminables filas de autos. No existían los cruces peatonales, nadie tomaba en cuenta los semáforos y, más encima, estábamos ahora en el inicio del tráfico nocturno que era tan frenético como el diurno, pero con la oscuridad, peor. Afortunadamente, no teníamos que cruzar por el centro para llegar hasta las bodegas. Vaclav estaba todavía esperando pese a que ya era bastante tarde. Respiramos con alivio una vez que las cajas fueron descargadas y puestas bajo llave. Pancho se fue, llevándose feliz sus primeras ganancias. Cenamos en un restaurant chino y luego volvimos al hotel, donde caímos derecho a la cama.

Nos despertó una mañana esplendorosa. Una tenue brisa levantaba con delicadeza las cortinas. Jóvenes muchachas vestidas al estilo parisino, italiano o estadounidense salían de compras, a la peluquería o a la oficina. Un mendigo ciego alzaba su rostro hacia el sol y tocaba su violín antes de sacudir su tazón de hojalata. El portero no le permitía acercarse a menos de diez metros de la entrada del hotel. Un niño dormía sobre unos escombros que había a la entrada de la casa del frente. La gente que pasaba se detenía frente a él sacudiendo la cabeza; pronto llegó un carabiniero, lo despertó con rudeza y lo echó. Después de desayunar fuimos a la Embajada donde se nos informó que no se había resuelto todavía la solicitud para la extensión de la validez del pasaporte de Milan. Probablemente esto se debía a que había dos instituciones diferentes involucradas: el Ministerio de Cultura y el Ministerio del Interior. Demasiadas carpetas, demasiados funcionarios. El Embajador, incluso, nos mostró un archivador con una copia de su propia recomendación para obtener una respuesta favorable a la solicitud. Esta actitud abierta era inesperada. Luego, nos aseguró con optimismo que, en razón de ciertas regulaciones, el asunto debería ser resuelto a nuestro favor y que el pasaporte debería ser recibido en breve. El Embajador acababa de regresar de unas vacaciones en Checoslovaquia. Según él, las estanterías de las tiendas estaban inusitadamente abastecidas, un signo de que la nueva “normalización” estaba funcionando. Luego se volvió sombrío y agregó que, a pesar de ello, deberíamos considerarnos afortunados con nuestra vida rural, demasiada civilización no era siempre buena para la salud. Mientras tanto, el secretario Vladyka merodeaba impaciente afuera en el corredor. Pese a que lo habían hecho salir dos veces, insistía en volver con el pretexto de chequear algunas carpetas. Al retirarse, nos dejaba caer una oscura mirada de antipatía.

Fieles a su decisión de no volver a Praga, los Knakal se habían cambiado a una casa más modesta. El lujoso Mercedes había sido reemplazado por un Volvo. Honza todavía seguía como empleado de la ONU, trabajando en algún proyecto especial. Se veía agradecido de ser pagado y aceptado como un profesional experimentado y no como un simple representante designado. Su reemplazo oficial de Praga ya había llegado, Honza había ido a su encuentro, pero fue recibido con frialdad. Maruchka parecía más calmada, resignada a la situación.

Vaclav nos invitó a partir en la tarde a Rocas de Santo Domingo, donde pretendía pasar unas semanas recuperándose de sus pesadas obligaciones como director de museo. Hacía calor y corría viento. Miramos delfines jugueteando en el mar y focas holgazaneando en las rocas. Doña Eva, la pareja chileno-alemana de Vaclav, se quejaba de que en el verano “su playa” era ocupada por “los rotos”. A los ricos ni se les pasaba por la mente ir allí, ellos iban a otra. Era la misma arena, el mismo mar, la única diferencia era que la ducha no estaba rota y oxidada. Al caminar por las vastas arenas espantábamos a miles de pelícanos. En una duna protegida encontramos a una cabra que acababa de parir. Con la lengua, su madre limpiaba cuidadosamente al cabrito cubierto de arena. Nos despedimos de Vaclav y de su acaudalada amiga y tomamos el bus de vuelta a la capital. Una visita de la Comisión Económica de la ONU y otra del British Council nos devolvieron el buen humor. Había llegado el primer lote de libros para el CERER.

LOS CACEROLAZOS

La Universidad de Chile se declaró en paro. Esto incluía todas sus sedes y, por tanto, la de Temuco. El paro se había desencadenado por la decisión del Rector de suprimir el Consejo Revolucionario, que amenazaba tomar el control de la universidad. Los estudiantes estaban afuera del edificio pasando panfletos que acusaban a Allende de cimentar un capitalismo de Estado. No estaba transfiriendo el poder a los trabajadores tal como se suponía que iba a hacerlo, sino que estaba instalando supervisores del gobierno en las fábricas. Además, en un discurso reciente había declarado que todos los grupos que fuesen encontrados con armas, sin importar si fuesen de derecha o de izquierda, serían llevados a la justicia y enfrentarían severas sentencias.

Armas, armas, armas. En el invierno un barco de Panamá había sido detenido en aguas chilenas atestado de ellas. Cuba también enviaba sus cargamentos. Ambos lados, izquierda y derecha, se estaban armando lo más rápido y fuerte que podían. En casa, Allende estaba bloqueado por el Congreso y en el exterior boicoteado por Estados Unidos. La oposición estaba tratando de introducir una ley que pusiera fin a la confiscación estatal de las empresas y también a la que espontáneamente estaban haciendo los trabajadores por su cuenta. En ese momento Allende utilizó su derecho a veto y salió del Congreso con sus ministros y diputados. Tras la nacionalización del cobre, todas las organizaciones financieras internacionales se volvieron contra el Presidente, lo cual indicaba abiertamente que no habría futuros préstamos para el gobierno a menos que se discutieran las compensaciones. Cuando el fuego ha llegado hasta el granero, también se puede incendiar toda la granja. Allende anunció una moratoria para las amortizaciones de deuda externa. El resultado fue que con eso se cerró la puerta a los préstamos de corto plazo. Chile ya cargaba con un déficit riesgoso. El Estado imprimía más y más circulante y la inflación crecía minuto a minuto.

A comienzos del verano, un extraño barullo comenzó a oírse al atardecer en las calles de las ciudades. Eran los cacerolazos. Las mujeres golpeaban furiosas sus ollas y sartenes con las tapas y también lo hacían durante las manifestaciones contra el gobierno. Esto casi sacó de quicio a las autoridades. No sabían qué hacer con esas mujeres que provenían de los barrios adinerados de la ciudad y que jamás habían mostrado antes ninguna tendencia militante. No había posibilidad alguna de que enviaran contra esas señoras al brutal Grupo Móvil, la unidad

antidisturbios oficial, disuelta por un tiempo y ahora de nuevo en vigencia. Los cacerolazos resonaban cada noche en todas las ciudades del país como un canto de cigarras extrañas y disonantes. Era una protesta no solo de la clase alta sino de la clase media contra una pobreza que iba en aumento. Había desabastecimiento y se formaban largas colas para obtener productos de primera necesidad. La clase media había tocado fondo. Allende trató de resolver el problema decretando toque de queda. Lo cual no fue particularmente exitoso, ya que durante el día las manifestantes con cacerolas batallaban contra los trabajadores y estudiantes sin cacerolas. Al atardecer, el caceroleo provenía de jardines, balcones y ventanas. Así, la violencia de la izquierda colisionaba con la violencia de la derecha. El gobierno, para reprimir a ambos bandos, recurrió a gas lacrimógeno, carros lanza aguas y carabineros con porras... tal como en los viejos tiempos.

Los chilenos que apoyaban al gobierno se quejaban amargamente de que las sanciones estadounidenses los habían conducido a una situación económica desastrosa. No obstante, su visión de Estados Unidos era más bien simplona. ¿Era distinto el que otorgaba préstamos y ayuda económica al que explotaba el cobre, manejaba el monopolio de la ITT y les vendía Coca-Cola? Una extraña lógica llevaba a los chilenos a creer que tenían todo el derecho de nacionalizar sin compensar a los estadounidenses por su inversión y hacerse cargo de los activos extranjeros sin que ello tuviese efecto alguno sobre la ayuda económica estadounidense.

En 1971 vino Fidel Castro en visita oficial. La derecha protestó alegando que esto dejaría a Chile bajo la influencia de Cuba. Por otro lado, los miristas estaban en éxtasis, al fin se iban a encontrar con su héroe. El barbudo y corpulento Castro, de cuarenta años, no solo era el líder espiritual de los extremistas, era ante todo el gurú de Allende. A este último le gustaba describir la visita que le había hecho dos semanas después de su entrada triunfal en La Habana, y cómo desarrollaron a partir de ese momento una sólida amistad. Pero cuando los periodistas insistían en preguntarle si acaso Chile iba a seguir el ejemplo de Cuba de un asalto armado al poder, Allende dijo que era una tontería. La situación en ambos países era por completo diferente. La Cuba prerrevolucionaria, nadando en corrupción, ampliamente colonizada, gobernada por una dictadura y por la mafia, había sido un “burdel americano flotante”. Y era por eso que allí había sido necesaria una limpieza física y moral. En comparación con Cuba, Chile jamás había estado bajo el mismo nivel de control estadounidense y se enorgullecía de su tradición de democracia y autodeterminación. Esto le hacía más fácil seguir adelante con la pacífica “vía chilena al socialismo”. Allende siempre se hacía tiempo para responder a los inquisitivos periodistas que acudían en masa a Chile desde todas partes del mundo. Practicaba de verdad una política de puertas abiertas y no subestimaba la importancia de tener publicidad en el exterior. Sin embargo, lo que ambos líderes discutieron a puerta cerrada jamás salió a la luz pública. Se rumoreaba que Allende había extendido sobre el escritorio de su despacho las cinco órdenes escritas que el propio Fidel le había enviado por mano con su hija Beatriz al poco tiempo de su elección:

“¡Bajo ninguna circunstancia rompas relaciones diplomáticas con los Estados Unidos!

1. No necesitas invitarme a tu asunción al mando.
2. No gastes tu aliento en retórica revolucionaria. Ambos sabemos que eres un revolucionario, no necesitas gritarlo desde los techos.
3. Mantén buenas relaciones con tus FF.AA.
4. Asegúrate de que los ingenieros y técnicos de minería chilenos no abandonen el país.
5. Vende tu cobre solo a cambio de dólares”.

Esas razonables y prácticas recomendaciones no necesitan explicación. Tal vez reflejaron la larga frustración de una década que había sufrido Castro por el bloqueo estadounidense, la desilusión posrevolucionaria y la nueva dependencia colonial de la Unión Soviética. Sin embargo, los izquierdistas chilenos, no habiendo tenido todavía experiencias similares, eran incapaces de comprender una actitud semejante. Quedaba por ver cuántos de los consejos de Castro serían tomados en cuenta por Allende. En términos de la advertencia de no exagerar la retórica revolucionaria, debe decirse que Allende defraudó severamente a su amigo. Estaba convencido de que para hablar al pueblo debía valerse de un lenguaje común y corriente, y así saturaba sus discursos con eslóganes, clichés demagógicos, jerigonza revolucionaria y agresivos ataques verbales. Particularmente ofensivas eran las amenazas de que “si los reaccionarios sediciosos continuaban oponiéndose a nuestros planes, abriría las puertas de las fábricas y sacaría los obreros a la calle”, evocando imágenes de una ensordecedora jauría sedienta de sangre.

Durante su visita, Castro trató de poner paños fríos al fervor marxista de los compañeros más radicales, sabiendo que eso solo daría más argumentos a la oposición parlamentaria. Los miristas estaban profundamente decepcionados por la cara sonriente y los consejos paternales de Castro. Pero, como el abastecimiento de armas de Cuba seguía ingresando al país, se lo perdonaron. Decidieron que era solo un signo de que se estaba volviendo viejo. ¡Pobre Fidel Castro! Según los jóvenes revolucionarios, era una pena que hubiese sobrevivido a la revolución en vez de morir como un héroe en la sierra tal como lo había hecho su compañero de armas Ernesto Che Guevara, eternamente joven y apuesto, inmortalizado en cientos de murallas estudiantiles.

EL VOLCÁN

La idea de cambiarnos a Temuco no fue fruto del aburrimiento, sino del deseo de una existencia más confortable en una ciudad, y de cambios en nuestras propias circunstancias, como la cantidad de cursos universitarios que Milan estaba dando a lo largo del país, mis propios estudios y la incómoda sospecha de que nuestros hijos se estaban convirtiendo en campesinos, acostumbrados a todos los aspectos de una vida en el interior de Sudamérica, pero sin conexión alguna con sus raíces europeas.

Encontrar un lugar para arrendar en Temuco no fue una tarea fácil. En esos días la gente estaba insegura de sus propiedades y preferían vender. Nuestra empleada Elsa no pudo cambiarse con nosotros porque a sus padres les habían dado una parcela en un asentamiento bien adentro en las montañas y estaban preparando la tierra para plantar y edificar una casa. Elsa debía quedarse mientras tanto en Cholchol y cuidar de sus hermanos menores. Por fin encontramos un departamento. Era todo un segundo piso de una casa de piedras grises en una calle tranquila no lejos de la universidad. Aunque no tenía jardín disponía de una amplia terraza que daba hacia afuera.

Antes de cambiarnos emprendimos un intrépido viaje a la cordillera de la Costa. Bersabeth, nuestra quinceañera callejera, tenía un cuñado dueño de una pequeña granja en Quilimanzano, en las montañas, y nos había abierto el apetito hablándonos de viejas tumbas mapuches intactas con valiosas piezas de sepultura. Pudiera ser que todavía existiesen, pero también podía ser solo el producto de su desbordante imaginación. La huella de tierra roja ascendía a través de enormes rocas y cantos, cruzaba esteros y riachuelos que se precipitaban en las quebradas y se abría a laderas cubiertas de flores blancas que hacían aparecer las colinas como cubiertas de nieve recién caída.

La primera parte del camino la hicimos en nuestra citroneta, un vehículo no apto para operar como un todo terreno, así que al fin decidimos volver a la tradición, la carreta. Milan le pidió entonces a un conocido que vivía cerca que nos llevara por el resto del camino en ese vehículo perfectamente adaptado al contexto. Peter condujo a la perfección la yunta de bueyes, esta vez con permiso del dueño, mientras nosotros nos alternábamos entre ir arriba o caminar detrás. El día estaba caluroso, el pasto y las flores se alzaban gruesos y espigados mientras se mecían con la brisa caliente. El aroma de la hierba y de los eucaliptos,

tan típico de esta tierra, era tan intenso que casi me embotaba los sentidos. ¡Qué lástima que no fuese así todo el año! Como siempre, Muñeca nos acompañaba, pero esta vez mostraba una inusual indiferencia. Iba rezagada y bebía de cada arroyuelo o abrevadero.

La granja hacia la que nos dirigíamos se levantaba en un llano al pie de una pequeña quebrada. Constaba de dos casas de madera toscamente unidas y alzadas sobre pilotes. En una estaban la cocina y el *living*, en la otra el dormitorio familiar y la bodega. Había también gallineros y una chanchera. El agua fresca llegaba desde las montañas mediante ingeniosas tuberías de troncos ahuecados. Me recordaba los inicios de la era colonial. Bersabeth se adelantó corriendo para saludar a su hermana Noemí y a su cuñado Tomás. Eran una pareja joven de unos treinta años, sus hijos eran de la misma edad que los nuestros y rápidamente se pusieron a jugar. Tomás estaba contento con nuestra visita, pero era un hombre más bien reticente que no se sentía a gusto en compañía de extranjeros. La granja estaba muy aislada y la pareja veía muy poca gente durante el año. Cada tres meses iban a Cholchol a abastecerse y a ver a la abuela. No solían recibir visitas en el campo, así que no estaban preparados para eso. Pero como lo suponíamos, habíamos llevado una carpa. Un tanto alejado de las casas, hallamos un muy buen lugar en una bella pradera rodeada de grandes rocas rosadas. A mis pies se extendía todo el valle central. Era como si me asomara desde un nido. Se veían pueblecitos y caminos, y el campo parecía un enorme mapa. Justo en medio, el río fluía como una cinta azul ceñida de álamos a lado y lado. A la distancia surgían en el horizonte los siniestros y afilados picachos del Villarrica y del Llaima, con el Lanin justo detrás en la frontera con Argentina. Todos estaban rodeados por las nevadas crestas de los gigantescos e infranqueables Andes.

—¡Ven, ayúdame a armar la carpa! —gritó Milan con las manos llenas de varillas y estacas.

—¡Ven tú mejor a ver la altura a que estamos! —le respondí.

En la tarde, Tomás sacrificó un chanco en nuestro honor y nos dimos un festín. La carne fue asada a la parrilla y el vino fluyó pródigamente de las garrafas que bajamos de la carreta. Bersabeth tocó guitarra, Tomás la acompañó con el acordeón y Noemí se lució cantando. Tal como sus hermanas, Noemí había crecido en Cholchol, que para ella representaba en ese momento el centelleante bullicio de una ciudad grande. Bersabeth le sopló las copuchas más recientes de las amigas que tenían en común y soltaban risitas como dos escolares, le cantó las últimas canciones de moda y Noemí le reprochó que no hubiese traído una radio. Entonces comenzó a recordar sus días de escuela y habló con envidia de una de sus hermanas mayores que había tenido la fortuna de casarse con un rico molinero de Cholchol. Bersabeth la escuchaba frunciendo las cejas, concentrada en quemar la punta de un palo en el fuego. El matrimonio de su hermana Paty no había sido feliz, ella se la pasaba volviendo a casa de su madre. Bersabeth prefería como cuñado a Tomás. Cuando se acabó la fiesta y se apagó el fuego, fuimos a la carpa que, adentro, estaba como un hielo. Después de todo, estábamos montaña

arriba. Nos apiñamos en los sacos de dormir con los dientes castañeteando. Solo Bersabeth roncaba feliz bajo una gruesa manta y con su boina encajada hasta las orejas. Nos pusimos toda la ropa posible, pero no ayudaba, estaba completamente empapada con rocío. Pese a que la llamamos, Muñeca no entró y sin duda se estaba congelando afuera. Se echó a la entrada de la carpa y ni siquiera levantó una oreja en señal de que nos escuchaba.

Al día siguiente salimos con Tomás en busca de aquellas viejas tumbas. Como era de esperar, estaban todas abiertas y vacías. Lo único que hallamos fue la cabeza de una pipa india de piedra. En realidad no importaba mucho y no estábamos muy decepcionados. Pasamos el resto del día andando a caballo con Tomás, que deseaba mostrarnos sus campos y pastizales. ¡Qué bueno era, por un momento, olvidarnos de nuestros problemas! Al anochecer, nos sentamos junto al calor de la cocina a la trémula luz de una lámpara de parafina. Noemí estaba haciendo queso. Les daba forma a los redondeados bultos con un paño limpio y luego los colocaba en una cubierta de madera donde inmediatamente comenzó a escurrirse el suero debajo de cada bollo. Los carbones del brasero estaban al rojo y la pequeña cocina se volvió un sauna. Tomamos vino y mate, y conversamos cosas del campo. Tomás tenía buenas relaciones con las reducciones locales, había, incluso, aprendido a hablar mapuche y trabajaba con los indios en medierías.

Con bastante reticencia, volvimos a medianoche a la carpa a través de la niebla y el frío. Apenas llegamos, volvimos corriendo.

—¡Una de tus cabañas se está incendiando! —gritamos golpeando a la puerta— ¡Puede ser un granero o un galpón!

Tomás salió en camisa moviendo la cabeza y diciendo que no tenía ni graneros ni galpones cerca de donde acampábamos. Corrimos todos a la carpa, y vimos un imponente infierno a la distancia.

—¡Pero si es el Villarrica! —exclamó asombrado.

Y así era. El volcán había entrado en erupción. Ardía a la distancia como una antorcha o un gigantesco habano y, aunque no despedía llamas de su boca, daba la impresión de ser un distante incendio. A medida que la erupción continuaba, volaron chispas desde el cráter, pero Tomás nos dijo que en realidad se trataba de rocas y peñascos.

—Habíamos visto algunas erupciones antes, pero ninguna como esta —meneó la cabeza con preocupación.

Noemí susurró que rezaría toda la noche por la gente que vivía al pie del volcán. Desde nuestra posición gozábamos de una vista fantástica sobre un valle de sesenta kilómetros de ancho. En la oscuridad, solo se veía ese brillante cono incandescente. No había sonido alguno de animales o pájaros y lo que sentíamos eran los estremecimientos de la afligida tierra bajo los pies. Era como una instantánea extraída de una dramática escena de película. El silencio era casi ensordecedor. El aire frío no daba el menor indicio del infierno que había al otro lado del valle. La lava se volcaba desde el cráter en blancas oleadas cayendo por

sus laderas valle abajo. Al amanecer nos fuimos a dormir, pero era la sensación de estar haciéndolo sobre una estación de tren. Así de conectadas estaban ambas cadenas de montañas.

La madre Brígida del convento de Galvarino estaba de viaje en Pucón justo en el momento en que el Villarrica comenzó su actividad. A su vuelta a Cholchol describió sus experiencias. También hubo completo silencio, ningún pájaro, ningún animal, incluso los perros vagos habían desaparecido. Las gallinas estaban silenciosas arriba de sus ganchos y todos los otros animales domésticos habían corrido a esconderse en algún rincón. A medianoche un río de lava burbujeante había comenzado a escurrirse y rocas ardientes salieron volando de la boca del volcán. La lava había barrido las casas a su paso y la monja ignoraba si la gente que estaba adentro pudo escapar; también había destruido un puente y bloqueado el río. En otra parte, apareció de la nada una nueva laguna. El burbujeante río de fuego enterró los caminos y el lago Villarrica quedó rodeado de rocas calcinadas.

Luego de la erupción corrieron leyendas de boca a boca. Uno de los espectáculos más extraños lo ofrecía la casa de piedra del alcalde, parecida a un castillo. La lava fluyó a su alrededor envolviendo casi toda la edificación y solo dejó sobresalir el piso superior y el techo con sus pequeñas torres. La casa no se incendió. Otra historia tocaba a una viejita que rehusó abandonar su morada, diciendo que la lava se detendría tal como había comenzado y que ella estaría bien. La familia huyó, ella se acomodó en el ático en su silla favorita y, tejiendo tranquila, volvió la espalda a la ardiente vorágine que había afuera. Por increíble que fuera, aunque la lava pasó a través del primer piso, el segundo quedó intacto. Al contrario, el *camping* que había a orillas del lago desapareció por completo. Todo lo que quedó fue un camarín y una reposera a rayas, luciendo ambos absurdos. El resto de las carpas y chalés fueron calcinados bajo rocas y lava. La gente apenas alcanzó a escapar en pijama, lo único que lograron rescatar de todas sus pertenencias. Se supo que un carabinero había perdido la vida, lo cual afectó hondamente a la gente. Había corrido hacia el bosque para advertir a los mapuches que vivían allí y no volvió a salir. Tampoco había noticias acerca de los mapuches. Con suerte, los misioneros vendrían más tarde con alguna información. Durante varios días, el volcán continuó bramando. El cielo se cubrió de humo negro y la ceniza volcánica flotó a lo largo del país entre Valdivia y Chillán. Se había cumplido mi segundo deseo que había expresado tiempo atrás, después del *ngillatun*.

* * *

Nuestra Muñeca murió. Al regresar de Quilimanzano, tuvimos que subirla a la carreta. Esta vez, por desgracia, no fue una de sus elaboradas hazañas para llamar la atención. Muñeca estaba gravemente enferma, apenas podía valerse de sus patas traseras y estaba claro que no había mucho más que hacer. No comía, solo bebía, hasta que al final dejó de hacerlo. Se echó en el jardín, en el césped fresco,

con los ojos cerrados contra la brillante luz del sol. Al tercer día desapareció. Milan no podía comer ni dormir. Se pasaba los días buscándola por los campos. Esperaba hallarla y llevarla a un veterinario en Temuco, tratando de convencerse de que todavía podía hacerse algo. Después de una semana supimos que no había esperanza, pero todavía nos apresurábamos cuando distinguíamos una bandada de jotes. No fue hasta el otoño que los amigos de Peter hallaron su cuerpo en el cañaveral del río. Los restos de su piel yacían en una ciénaga verdosa y ponzoñosa, siempre cubierta por una nube de mosquitos. Así fue que nuestra amada Muñeca nos resolvió el problema de cómo acostumbrar a un perro de campo a vivir en un departamento. Nos siguió con fidelidad en todos nuestros viajes y aventuras, siempre había estado allí para entretenernos y jugar, pero escogió evitarnos su muerte eligiendo el más lúgubre, inhóspito y apartado lugar del río; un sitio que yo rehuía instintivamente. ¿Quién sabe si ella fijó ese lugar en el verano cuando íbamos todos a nadar? A partir de ese día sentí como si toda nuestra buena suerte se hubiera ido. Cholchol me parecía un lugar triste y sombrío.

EL DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Desde marzo de 1971 a diciembre de 1973 estudié Antropología Social en Temuco. Era una carrera exigente en todos los aspectos. El CERER comenzó su existencia en el borde de la ciudad, en un modesto edificio de madera de dos pisos que había visto mejores días, puesto que la Casa Central en avenida Alemania no tenía espacio para acoger al recién inaugurado Departamento. Las paredes estaban deshidratadas y resquebrajadas por el tiempo y los elementos, la puerta y las ventanas resacas y difíciles de cerrar. Esto implicaba que cualquier calor emitido por el enorme y ruidoso calefactor de petróleo simplemente se escapaba.

De veinte estudiantes que partimos, solo diez continuaron. El resto abandonó en los primeros seis meses. Gozábamos de una mala reputación. Apartados de la sede principal, teníamos muy poco en común con el resto del estudiantado. Nos diferenciábamos de ellos casi en todo. Cuando iban a las manifestaciones, nosotros íbamos a clase. Cuando tenían reuniones políticas, nosotros íbamos a clase. Incluso el 18 de septiembre lo celebramos teniendo un seminario. Se corrió la voz de nuestra diligencia y estudio hasta Concepción e incluso Santiago y desencadenó una oleada de asombro, sospecha y disgusto entre los círculos de izquierda. Milan estaba encantado.

–Dicen que Chile es diferente de Europa. Que los estudiantes no pueden lograr el mismo nivel de aprendizaje. Ya verán, ¡este se va a convertir en el centro de excelencia de estudio de las Ciencias Sociales de toda Sudamérica! –prometió con determinación–. Vendrán en oleada de Europa y Estados Unidos. Nos enviarán gente de Cambridge a hacer investigaciones y dar conferencias. Una puesta en marcha ideal. Todo lo que necesitamos es equipar una biblioteca de primer nivel; excepto eso, el lugar es perfecto para desarrollar trabajo de campo e investigación. Vamos a establecer lazos con Perú, Colombia y Argentina. ¡Les vamos a mostrar todo lo que somos capaces de hacer aquí en Chile! ¡Los estudiantes que voy a formar aquí serán capaces de competir con cualquier catedrático universitario, ya sea graduado en Europa o Norteamérica!

Nada de eso era alarde de su parte, los estudiantes estaban igualmente inspirados. Acordaron otorgarle el título de “Maestro”. Teníamos el lujo de tener dos al mismo tiempo: sus jóvenes colegas ya le habían dado ese título a Martín Cordero. Los estudiantes del CERER no podían tomarse el tiempo para disfrutar de su dudosa reputación porque tenían que sudar la gota gorda. Estudiábamos



Milan Stuchlik preparando clases en su departamento de calle Las Heras, Temuco, invierno de 1972.
Archivo personal de Jarka Stuchlik.

en varios grupos, porque al disponer de solo una copia de cada libro y texto de estudio teníamos que organizarnos meticulosamente para que todos pudiesen tener el ejemplar respectivo al menos una noche antes de cada seminario. Todos teníamos que leer en inglés y castellano. Cuando los estudiantes se quejaban de que no podían hacerlo, Milan los iniciaba en los métodos de enseñanza del profesor de Sociología Tomas Masaryk de Praga –que posteriormente también sería el primer presidente de Checoslovaquia a principios del siglo XX– quien entregaba a sus alumnos textos en todos los lenguajes europeos y esperaba que ellos se las arreglaran lo mejor que pudieran. Así que los estudiantes no solo aprendían antropología sino, también, inglés al mismo tiempo y ya nos atemorizaba la idea de que tendríamos que lidiar con otra lengua extranjera el próximo año.

Los alumnos tomaron en serio a Milan a la primera semana. Las clases empezaban a las diez de la mañana, pero el primer grupo de estudiantes no apareció hasta media hora después, todavía con un sándwich y una bebida en la mano. El resto llegó más tarde y no fue sino hasta las once cuando finalmente decidieron volver sus ansiosas cabezas hacia el frente indicando que ya estaban listos para absorber conocimiento. Milan lo dejó pasar por dos días antes de informarles que las clases comenzarían exactamente a las diez, “hora inglesa”. A las diez cinco del otro día cerró con llave la puerta de la sala de clase. Mientras más estudiantes estuviesen con la cara pegada contra los vidrios, más contento se puso. Al día siguiente, quedé en cierto modo decepcionada de ver a todos los estudiantes allí a cinco para las diez. ¡Me había gustado acortar la hora de clase! Esta seguía en el café de la calle Bulnes donde a las doce y media siempre nos “tomábamos” la mesa más grande. No se hablaba solo de estudios, sino, inevitablemente, acerca de política. En ese momento el país estaba burbujeando, hirviendo y efervescente. Y no siempre en sentido negativo. Quiero decir, había mucha gente que, tal como nosotros en CERER, quería lograr algo concreto y positivo a pesar de toda la política, los funcionarios y los fanáticos que nos rodeaban. El sentimiento dominante era que, sin importar todos los problemas económicos, incertidumbres y carencias, había en Chile un deseo de progresar, de avanzar y la sensación de que por primera vez los medios para lograrlo estaban de verdad en manos de sus ciudadanos.

Yo consideré como un logro mayor el que durante mis estudios jamás fuera tratada como “la señora del profesor”. Estaba segura de que trabajaba más duro que ellos, ya que, después de todo, ni el castellano ni el inglés eran mis lenguas nativas. Peor todavía, durante las pruebas me acompañaba un “observador neutral” para prevenir cualquier acusación de trato preferencial. Pero cuando nos topábamos con un problema que no podíamos resolver ni descifrar e incluso a las estudiantes más inteligentes como Cecilia, Chechy o Teresa se les habían acabado las ideas, se me encargaba la tarea de consultar al oráculo para luego compartir con todos su respuesta. Esas fueron las únicas ocasiones en que traspasé el límite del estudiante común y corriente. Al final del primer año todos aprobamos los exámenes de enero, unos con más éxito que otros. Carlos se destacó como un

teórico promisorio, pero Teresa lo superaba en los ensayos críticos. Héctor, el más joven, recibió buenas notas, Cecilia y Chechy brillaban en los seminarios y todos, poco a poco, fuimos aprendiendo “pensamiento crítico”, algo que Milan consideraba de la mayor importancia. El padre Gerardo de Cholchol, que también se había convertido en alumno regular, se nos unió en casa de Cecilia para una celebración de final de exámenes. Ella vivía en una amplia casa en un barrio residencial y su marido mantenía un bar bien abastecido. Nuestro profesor llegó un poco después: era su turno de llevar a los niños a la cama.

En Temuco, Milan continuó haciendo lo que había comenzado años atrás en Praga. En una palabra, desplegar su arrollador talento para inspirar a la gente. Consideraba que trabajar en el campo de la Antropología era un privilegio, un entrenamiento espiritual y una actividad tan importante que ningún otro estudio científico podía comparársele. Ya en aquel entonces su concepto de la orientación de la Antropología apuntaba hacia la esfera de la Filosofía de las Ciencias Sociales. Su abarcadora pasión por esas ciencias influenciaba profundamente a sus estudiantes dondequiera que estuviesen y, muy pronto, profesor y alumnos se convirtieron en un eficiente equipo de trabajo.

En Praga, el primer Departamento de Antropología se estableció en los años sesenta. Aunque estaba autorizado de forma oficial, todos sabían que era apenas tolerado y que podía ser disuelto de un plumazo. Es un hecho interesante que pocas cosas estimulan más el desarrollo de un arte o ciencia que el ser un fruto prohibido, o casi. Los estudiantes de Praga vivían bajo la impresión de que estaban inmersos en una actividad que, si bien no se dirigía directamente contra el gobierno, era vista con máxima sospecha por los altos poderes. Lo curioso de esto es que el entusiasmo de los miembros del CERER tenía las mismas raíces. En medio de la situación política actual, las universidades del país habían descendido a un estado de anarquía. Nuestro Departamento, hasta ahora, lo había evitado porque habíamos rehusado participar en el así llamado “proceso de cambio”. Al contrario, nosotros observábamos los cambios.

Como era obvio, en un momento dado los estudiantes se acercaron a Milan para comunicarle que ellos también deberían tomar un papel político activo. La respuesta fue simple. En la medida en fuesen políticamente activos como ciudadanos privados fuera de las “horas de trabajo”, Milan no tenía objeciones, pero no aceptaba de ninguna manera que la política se inmiscuyera en su papel de estudiantes de Ciencias Sociales. En nuestro Departamento no evitábamos la política, sino que le dábamos un enfoque diferente. Comenzamos a mirar a Chile como un laboratorio científico. Entre otros tópicos, analizamos las condiciones y situaciones que podrían beneficiar el progreso del socialismo en Chile y aquellas que podrían perjudicar su desarrollo. Al asumir esta perspectiva “objetiva” cometimos los mismos errores que la mayoría de los académicos que se hallan en una situación similar. Creímos que, si comprendíamos los procesos y éramos capaces de analizarlos, describirlos y catalogarlos, podríamos predecir los posibles resultados. Así, les quitaríamos su misterio, incertidumbre y comple-

jidad. Estudiábamos nuestro objeto con la correspondiente distancia científica, pero ignorábamos al mismo tiempo el hecho de que, aunque no participáramos de manera directa en los acontecimientos, éramos todos una parte inseparable de lo que sucedía en torno nuestro. La mayoría de los científicos, y no solo los científicos sociales, están propensos a esta confusión. En aquellos días, de verdad creíamos que nuestro acercamiento ético era el único posible y aceptable. Incluso, si bajo ciertos aspectos sabíamos más que otros respecto a una situación dada, no debíamos interferir en el proceso mismo. Los académicos no están allí para tomar decisiones, eso es dominio de los servidores públicos democráticamente elegidos. Por desgracia, rara vez los políticos le piden su opinión a los académicos.



La Vida en Mediería

Mecanismos de reclutamiento
social de los mapuches

Milan Stuchlik

SOLES Ediciones

Portada de *La vida en mediería. Mecanismos de reclutamiento social de los mapuches*. Esta obra reúne el resultado de los estudios de campo de Milan Stuchlik en las comunidades mapuches de Coipuco. La primera edición en Gran Bretaña fue publicada en 1976 bajo el título *Life on a Half Share. Mechanisms of Social Recruitment among the Mapuche of Southern Chile*. La versión en español fue publicada en Santiago en 1999 y fue posible gracias al trabajo de Fresia Salinas y Cecilia Dockendorff, alumnas de Milan en el CERER.

ADIÓS A CHOLCHOL

–¿Te das cuenta lo que pasó? –dijo Milan con tal tono de derrota que yo me imaginé lo peor: niños secuestrados, bibliotecas anegadas, manuscritos quemados y muchas otras catástrofes irreparables. Casi boté la máquina de escribir que estaba llevando a otro escritorio.

–¡Acaban de nacionalizar las tabacaleras!

Milan había pasado por alto una miríada de pequeños detalles que habían ocasionado cambios significativos en nuestras vidas. Hacía bastante tiempo que hacíamos el pan en casa, ya que las panaderías o estaban en huelga o carecían de harina. No teníamos ni mantequilla ni azúcar, cosa que no le molestaba. Pero la nacionalización del tabaco lo afectó personalmente.

–Allende no quiere que fumes tanto –le expliqué con delicadeza, pensando que con eso acabaría el asunto.

Ordené mis papeles y me dispuse a trabajar. Me arrojó una mirada glacial. Nadie estaba autorizado a bromear con un asunto tan crítico. Todo el mundo sabía que cuando una industria era nacionalizada equivalía a recibir el beso del ángel de la muerte, la producción caía a cero. Dejé de trabajar y me volví hacia él:

–No hay telas. No hay lana. Tampoco hay detergente, jabón, pasta de dientes, papel higiénico, aceite o mantequilla. No hay autos nuevos ni repuestos para los viejos. Sabes todo eso, entonces, ¡claro!, ¿por qué, en nombre de Dios, debería haber cigarrillos?

–¡Porque el gobierno se ha vuelto loco! Incluso, durante los peores tiempos del socialismo siempre hubo vodka, cerveza y cigarrillos. ¡Incluso, el más crudo régimen totalitario sabe instintivamente que hay algunas cosas que son sagradas sin las cuales la clase trabajadora no puede sobrevivir! En las horas más negras se juega fútbol y se fuma –exclamó furioso.

Yo, en cambio, no podía decir que la nacionalización de esta rama de la industria me causara mucha congoja. Juré que por nada del mundo haría cola para cigarrillos, ¡hacerlo para comida y combustible ya era suficiente! Como de costumbre, todo esto fueron vanas ilusiones. Desde el momento en que comenzó la agitación en las fábricas de cigarrillos –lo cual llevó a huelgas y, por último, a la nacionalización– nuestras semanas se vieron enriquecidas por la regular salida a la caza de tabaco. Cuando en raras ocasiones Milan lograba conseguir un cartón bajo cuerda estaba tan feliz que se lo contaba a todo el mundo. Los mar-

tes se convirtieron en nuestro día habitual de cacería. Nos metíamos en el auto y seguíamos la camioneta que estuviese distribuyendo cartones de cigarrillos. Apenas se detenía, hacíamos lo mismo y de inmediato nos integrábamos a la cola que se formaba al instante. Tan pronto como obteníamos la cajetilla que estaba permitida por la política de racionamiento, volábamos de vuelta al auto y seguíamos a la camioneta hasta la próxima parada. Cuando llegábamos a diez cajetillas, ya podíamos resistir hasta el otro martes. Era inútil tratar de comprar cigarrillos durante el resto de la semana, en ese intervalo solo se los encontraba en el mercado negro y a precios astronómicos.

* * *

Nuestra saga del pasaporte llegó a su fin, pero no el que esperábamos. A pesar de todas las intervenciones y peticiones de las autoridades chilenas, se decidió en Praga que no se emitiría a Milan un nuevo documento de viaje. Se le solicitaba al doctor Stuchlik y familia regresar a fines de 1972 sin apelación. El Embajador trató de disfrazar esta decisión como un “gran logro diplomático”. Resaltó el hecho de que se nos autorizaba permanecer en Chile por todo un año más. La Embajada responsabilizó del rechazo a la solicitud de extensión de nuestra permanencia a una nueva normativa gubernamental que establecía que a ningún ciudadano checoslovaco se le concedía permanecer en un país capitalista por más de cinco años. Aparentemente, nuestro gobierno actual no se tragaba el cuento del socialismo de Allende y, por lo que a ellos concernía, Chile seguía en el campo enemigo capitalista.

—¿Pero cómo podríairme ahora? —preguntaba Milan desesperado— estamos finalmente llegando a puerto y costó tanto zarpar, hay mucha gente que ahora depende de mí, ¡no puedo hacerles esto! Y de todas formas nadie creerá que se me han dado órdenes de regresar, pensarán que me he trastornado...

Milan escupió las palabras “se me han dado órdenes” con toda la amargura y rabia de una persona humillada por vivir en un país donde no se reconoce la libertad individual. ¿Cómo podría explicarle él a la gente de aquí que allá en Checoslovaquia se daba por descontado que cada aspecto de la vida personal se regía por incontables normativas y regulaciones emanadas de una anónima burocracia comunista sin rostro? No obstante, el personal de la Embajada en Chile no tenía en absoluto el mismo poder sobre nosotros y supimos que podíamos doblarle completamente la mano, pero a un precio alto, altísimo. Pienso que fue en ese momento cuando ambos comenzamos a prepararnos para tomar la decisión más importante de nuestras vidas: emigrar.

El verano estaba llegando a su fin. Un eco sordo seguía mis pasos cuando caminaba por la casa vacía de Cholchol. En el “museo” todavía persistía el aroma de los cacharros. Por primera vez, el botiquín fue dejado sin llave. La cama de Muñeca seguía bajo la mesa de la cocina, nadie había tenido el valor de sacarla. Esta espaciosa cocina de campo era el lugar donde tantas veces habían venido

los indios a sentarse y a charlar. Las mujeres ponían cada pedazo sobrante de pan en sus canastos para llevárselos a casa. Sus niños jugaban en el suelo con los cachorros de Muñeca, y nadie sabía luego quién había dejado las pozas. La vieja y esmaltada cocina hervía agua para el último café.

Nuestros hijos ya estaban en tercero y cuarto básico, las monjas los ascendían cada seis meses. Hacía poco, Peter había descubierto un pasatiempo particularmente peligroso. Había aprendido cómo encender latas vacías de Nescafé con carburo ¡Era un milagro que todavía no estuviese ciego! El procedimiento era simple: colocaba un terrón de carburo en el fondo de la lata, escupía dentro, cerraba el tarro presionando con fuerza la tapa y luego calentaba la base con una vela. Se producía un estallido seguido de un estruendo y la lata explotaba con tal fuerza que la tapa salía disparada hasta las copas de los árboles. Los niños conseguían el carburo con Pedro, el mecánico que trabajaba en el garaje local. Ahora, entre Peter y sus compañeros, había una universal ausencia de pestañas, cejas y chasquilla.

Los juegos de Lidia, por otro lado, tendían a ser reflejos de la escuela de la vida. El juego del papá y la mamá se veía bastante mejorado cuando participaban los niños. “¡Mira, papá volvió borracho a casa!”, este anuncio era seguido de una cómica exhibición de la ebriedad del “papá” que incluía divagaciones, gritos y maldiciones. Luego Juanito, Miguel o Gonzalo agarraban una varilla y cazaban a “las mamás” dando vueltas por el jardín. La educación de los niños se enriquecía todavía más por las escapadas que hacían al bar del pueblo. Al atardecer, el establecimiento escupía clientes manchados de sangre, efecto de reyertas inducidas por el alcohol y borrachera general. Así que los niños observaban con gran interés cómo los cogoteros locales se dejaban caer sobre esas desgraciadas víctimas y las liberaban de cualquier cosa de valor, incluidas sus ropas. Llegábamos rápido a la conclusión de que era hora de hacer disfrutar a nuestros hijos de una pizca de desarrollo moral y espiritual.

El lugar donde más se me apretó el corazón fue en el jardín. En primavera, las copas de los macizos árboles se llenaban con miles de picaflores. Se apacentaban en las fragantes flores, bebiendo el néctar con sus lenguas flexibles. El aire ya estaría caliente, el sol quemaría tras el polvo y la seca fragancia del eucalipto. Las ramas ya cubrían todo el techo de la casa. En el jardín, junto al columpio donde los niños se balanceaban y trepaban, se alzaba un espigado *rehue*. A los niños les encantaba subirse en él y saltar al pasto. Los narcisos ya asomaban sus verdes cabezas desde el prado a lo largo de la cerca, pero yo no estaría allí para ver sus rosados collares con vuelos. Ya no vería más las montañas en el horizonte. De ahora en adelante habría una ciudad de concreto y lozas de pavimento.

Nuestros pocos días finales en Cholchol estuvieron marcados por acontecimientos trágicos. Al policlínico del frente venía una doctora solo tres días a la semana. Era joven, recién graduada y llena de entusiasmo, pero ahora venía para descansar a nuestra casa y a quejarse. Estaba sobrepasada por la cantidad de pacientes y la escasez de medicinas. Consideraba que su mayor problema eran

sus jefes y las enfermeras que no eran de fiar, y añoraba ir a Santiago, a casa, por unas vacaciones. A pesar de que la administración sabía que se las iba a tomar, no se procuró a nadie que la remplazara y así, de golpe, el policlínico cerró por un mes. Para gran desgracia, justo en ese tiempo hubo un brote de sarampión en el sector. Esta enfermedad, al igual que cualquier otra originada en Europa, tenía consecuencias catastróficas para la población indígena. Ni los niños ni los adultos tenían inmunidad frente a ella y los mataba tal como el cólera y la plaga habían diezmando a los europeos en el pasado.

En la reducción de Recupura murieron trece niños en dos semanas. Largas filas de carretas, habiendo viajado algunos en ellas por más de dos días, llevaban enfermos al policlínico. Una vez allí, se detenían frente a las puertas cerradas hasta que alguien les decía que no se estaba atendiendo y que lo único que podían hacer era darse media vuelta y regresar a sus hogares. Si llegaban a tocar a nuestra puerta, les daba el consejo habitual: mantengan al niño bien abrigado y con abundante líquido, les pasaba además aspirinas para la fiebre. Mi caja de un kilo de aspirinas ya estaba casi vacía. Ese año la epidemia fue singularmente agresiva... muchos niños no volvieron a la escuela. En todo caso, es poco lo que la doctora hubiera podido hacer, pero al menos habría enviado a los más graves al hospital. Varios niños murieron de asfixia. Durante aquellos días, el frenético golpe de *kultrun* de la *ruka* de la machi local sonaba por toda la noche, afebrándome el cerebro y el corazón con su trágico ritmo.



Milan Stuchlik conversando con campesinos mapuches. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

LA TOMA DEL CERER

Una vez que se fueron los gasfiteros, electricistas y carpinteros, estaba claro que la vida en el departamento de Temuco iba a ser más cómoda que en la casa verde de Cholchol. Principalmente porque había agua corriente en las llaves, calefacción eléctrica y nuestros ojos no se cerraban de súbito a las once en punto cuando el generador terminaba su jornada. El espacioso departamento de calle Las Heras ocupaba todo el segundo piso, tenía tres dormitorios, dos salas de recibo, dos baños y dos balcones: uno abierto y otro cerrado con una galería de cristal. Todo estaba cerca y a la mano, la universidad, las tiendas, el mercado, la casa de los Cordero, los colegas y los estudiantes. El lado malo era que no había jardín, sin embargo, el final de la calle conectaba con un sendero que llevaba directo hasta la cima del cerro Ñielol, donde se podía caminar en medio del bosque. Además, se acabaron nuestros viajes semanales de Cholchol a Temuco para comprar provisiones.

El desabastecimiento de comida, bienes de consumo y de todo tipo aumentaba sin tregua, y el gobierno había introducido un sistema de racionamiento extraoficial. Ciertos artículos aparecían en las tiendas una vez a la semana y estaban limitados a una unidad por familia. Productos “de lujo”, como mantequilla para los niños, tenía que conseguirlos donde pudiera y, en general, solo aparecían en pequeñas porciones. Nuestra buena amiga Ninette del hotel Oriente, dueña de un fundo cerca de Gorbea, me pasaba de vez en cuando un pan grande de mantequilla, ya que se le asignaba una cantidad para el hotel. Rosita, nuestra empleada, partía cada mañana muy temprano a hacer colas para conseguir leche y una ración de aceite. Luego se nos reunía con un bidón en la cola de la parafina. Los niños, que asistían al colegio Inglés, habían tomado el hábito, al regresar a casa, de recorrer la vecindad para descubrir donde había colas.

–No hay nada en las tiendas, pero no está prohibido quejarse –resumió la situación Milan resignado, encogiéndose de hombros.

Era verdad, pese a que había pobreza y desabastecimiento, nadie podía decir que en Chile la gente tuviese miedo de refrenar su lengua. En una frase: pobres, pero libres. La situación económica era ya casi desesperada. Allende había cambiado varias veces el gabinete y, angustiado, prometió a la nación que resolvería el problema de una vez por todas, pediría ayuda a los soviéticos. De hecho, ya habían llegado las primeras golondrinas del Bloque Oriental en la forma de trac-

tores y bulldóceres checoslovacos marca Zetor. Desafortunadamente, estos últimos tuvieron que ser devueltos, ya que eran inapropiados para el terreno chileno y los tractores se quedaban en pana.

Se necesitaba con urgencia ayuda desde el extranjero y esta comenzó con una interesante remesa proveniente de Cuba. En marzo, trece cajas de considerable tamaño llegaron a Santiago y fueron transportadas de manera directa desde el avión a la residencia presidencial. Se corrió la voz de que las cajas contenían regalos personales del buen amigo Fidel para el buen amigo Salvador. Estas, que no pasaron por los trámites aduaneros oficiales, se volvieron objeto de febriles especulaciones.

“¿Qué contenido tenían? –preguntaban los diarios– ¿Está el Presidente tal vez ingresando armas de contrabando al país para su uso personal? ¿Contra quién se está armando? ¿Contra su propio pueblo?”.

La Cámara de Diputados solicitó una investigación oficial. El gobierno declaró primero que las cajas contenían arte moderno cubano. Pero el propio Allende echó a perder esta versión afirmando, con toda seriedad, que Fidel le había enviado helados. En particular, su helado favorito de mango. El país se mataba de risa... La cosa se fue volviendo cada vez más enredada, pero a nadie le cabía duda de que las cajas contenían armas. Si no, ¿por qué se rehusaría el Presidente a mostrar su contenido? El asunto siguió en boca de todo el mundo y distrajo la preocupación del gobierno por la inflación creciente y los ataques terroristas de la extrema derecha. Allende volvió, con poca convicción, a la versión del arte moderno cubano. Durante su mandato la verdad nunca llegó a la luz pública. Cuando el Congreso se vio incapaz de forzar a que el Presidente dijese la verdad, acusó al ministro del Interior de falta de deberes por haber permitido el ingreso a Chile de una remesa eludiendo el paso por Aduana. El Ministro tuvo que renunciar. Este absurdo *affaire* le costó a Allende otra gran tajada de autoridad. La gente no parecía particularmente molesta por el hecho de que introdujese armas de contrabando, eran sus pueriles intentos de ocultar el hecho lo que causaba ofensa. Se me ocurrió: ¿No era acaso posible que la famosa industria checoslovaca de armamentos hubiera enviado una compensación favorable a cambio de los tractores inservibles?

Mientras Santiago estaba afanado con el escándalo de las cajas secretas, la Universidad de Temuco no estaba de ningún modo ociosa. Era claro que Edgardo Gallardo, el líder de los estudiantes progresistas, no se iba a quedar atrás en la marcha revolucionaria y organizó otro paro. Decidió que esta vez le daría una lección al CERER. Nosotros éramos una espina clavada en el costado de Gallardo. Como mirista y jefe informal en la Universidad Católica estaba acostumbrado a que cuando daba el pitazo paraban todas las actividades y los estudiantes se tomaban las calles. Incluso, los profesores se rendían a sus órdenes y algunos se unían a sus partidarios en la exhibición del fervor revolucionario. Como el

único lugar que hasta ahora permanecía inmune a su esfera de influencia era el CERER, Gallardo pensó que debía ponernos en vereda de una vez por todas, mal que mal, la disciplina revolucionaria no hace excepciones.

El edificio que acogía al nuevo Departamento de Antropología Social estaba al otro lado de la ciudad, lo que de cierto modo nos protegía de la influencia política directa. Pero cuando un buen día llegamos a las clases de la mañana descubrimos que las puertas del edificio estaban cerradas y las salas llenas de estudiantes que nadie conocía. Sus cabezas se asomaban por sobre unos afiches toscamente pintados que habían adosado a las ventanas y nos hacían gestos groseros mientras estábamos afuera sin saber qué hacer. Ya eran casi las diez y esperábamos en la calzada a que llegara nuestro profesor para ver cómo reaccionaría frente a este insulto. De acuerdo con el uso, se suponía que debíamos interiorizarnos de las demandas de los estudiantes parapetados, elegir un mediador y acceder a todas sus peticiones. Al llegar, Milan captó la situación de un vistazo y las venas de sus sienes comenzaron a palpar con fuerza. Todos los que lo conocían sabían que antes de las diez de la mañana había que tratarlo con extrema precaución. Nada de preguntas, nada de reclamos, nada de levantar la voz hasta que hubiese encendido su primer cigarrillo y tomado su taza de café negro. Había que dejarlo despertar lentamente. De camino al Departamento iba ansiando ese primer cigarrillo y café. Ahora miraba a las puertas cerradas y estaba claro que no se avizoraba ningún café en el horizonte... Esta privación injusta lo sacó de quicio. Era por completo incapaz de ver que asistía a una importante iniciativa juvenil revolucionaria en apoyo de un valiente nuevo amanecer, todo lo que veía era una pandilla de mocosos flojos e ignorantes que les dificultaban la vida a aquellos que en Chile estaban tratando de hacer algún trabajo de valor en condiciones de las más exigentes. No le afectaba para nada que debido a los paros la sede principal de la universidad en la calle Alemania estuviese en permanente estado de toma por estudiantes que agitaban afiches. Pero ocupar su CERER significaba declarar la guerra.

Milan intentó abrir la puerta, pero cuando notó que estaba cerrada por dentro, viró sus anchos hombros —bastante desarrollados tras años de trasladar colecciones pesadas en el museo de Praga— y, con toda la fuerza de su cuerpo, se arrojó contra ella. Las batientes crujieron. Adentro, los estudiantes se callaron sorprendidos. Entrecerrando los ojos, Milan volvió a calcular la distancia a la puerta y, cual rinoceronte, embistió de nuevo. Apareció una brecha de un centímetro... Mientras lo avivábamos, los ocupantes desaparecieron de la ventana. Escuchamos gritos y ruidos de muebles arrastrados. La ira había dado a Milan un grado de fuerza sobrenatural. Una acometida más y sin duda se habría quebrado la puerta, de no haber sido porque los manifestantes bloquearon la entrada por detrás con una mesa grande y pesada. Corrieron al segundo piso, abriendo las ventanas, comenzaron a gritarle que era un loco y un animal. Que solo querían negociar y exponer sus demandas. El actuar de Milan estaba por completo fuera de los procedimientos habituales.

–¡Abran inmediatamente la puerta o la voy a echar abajo y los voy a moler a puñetazos! –les gritó.

Las ventanas se cerraron de golpe. Justo cuando se alistaba para dar el ataque decisivo, fue agarrado por Mauricio. Estaba en una reunión en la sede principal, pero apenas supo que los estudiantes habían ocupado el CERER, dejó todo botado y se vino corriendo porque tenía la seria sospecha de que iba a haber problemas. Si no hubiese llegado, Milan sin duda habría destrozado la puerta y, con nuestra ayuda, les hubiera dado a los ocupantes de edificio la paliza que les había prometido. Mauricio sabía lo que hacía. La prensa se habría hecho su agosto con este altercado. Un extremo habría denunciado a los estudiantes como terroristas y a Milan como un cruzado de la educación democrática arrojando los obstáculos arrojados a su paso por los rufianes marxistas. El otro, lo habría acusado de ser un fascista, un reaccionario y un enemigo del proletariado. Además, si se hubiera llegado a los puños, bien podría haber él terminado delante de un juez.

–Mejor vayamos todos a la casa –sugerí.

–O a la mía –ofrecieron Cecilia y Chechy.

Milan vacilaba. Miraba de soslayo a la puerta semidestruida, reticente a dejar la arena cuando ya tenía asegurada la mitad de la victoria.

–Estaremos en casa en cinco minutos y haremos café –lo tenté.

Resultó. Resignado encogió los hombros y dejó que lo alejara del campo de batalla. Esto marcó un punto de quiebre en la historia del CERER. De ahí en adelante estudiábamos en diversas dependencias particulares, casas particulares, cafés y hoteles. En ese momento, no había otra opción en Chile. Luego de tres días, los revolucionarios desalojaron nuestro edificio dejando tras de sí una destrucción que no tenía nombre. Después de este incidente, que corrió de boca en boca por toda la ciudad, Milan quedó tachado de reaccionario recalcitrante, ultraderechista y momio absoluto. Esto continuó hasta que el CERER fue ocupado de nuevo, esta vez por estudiantes de derecha. Y otra vez trató Milan de echar la puerta abajo. Su concepto de democracia consistía en batirse con cualquiera que tratase de impedirle dirigir su Departamento de modo apropiado. Además, odiaba a todos fanáticos políticos... y el lugar hervía de ellos. Con esto quedó consolidada la reputación del CERER: éramos la única unidad estudiantil apolítica conocida. Gallardo, por su parte, no estaba dispuesto a aceptar su derrota. Ideó un nuevo plan y fomentó su propia campaña personal de persuasión política tratando de dirigirla a nuestros estudiantes uno por uno.

PETER Y EL PAÍS SE ENFERMAN

El mes de abril, en el otoño de 1972, fue un lóbrego túnel interminable. Solo quedan en mi memoria imágenes aterradoras y sombrías. Peter azotando su cabeza hirviendo contra la parapetados almohada, yo colocándole hielo durante toda la noche y él llorando de dolor. Por fin amaneció y estaban allí los doctores rodeándolo y chequeando sus reflejos. Se le diagnosticó meningitis y corrimos con él al hospital.

Ruth Cordero, la esposa de Martín y neuróloga especialista, me dijo que solo se me autorizaría a verlo luego de que se le efectuara una punción lumbar. Me pasaron una bata y una mascarilla. Se veía tan pequeño tirado en esa enorme cama blanca. Lucía terriblemente consumido y ya tenía magullada la mano a través de la cual le suministraban el suero con antibióticos. No tuvo ninguna reacción ante mi presencia.

—Peter, ¿quieres que te cuente un cuento?

Apenas sonrió, nada le interesaba. Martín estaba convencido de que la meningitis había sido causada por el virus de las paperas. Lidia las acababa de tener, no obstante, mencionó:

—Peter tiene la resistencia de un toro.

Sin embargo, el médico jefe del Departamento de Enfermedades Infecciosas creía que la bacteria de la tuberculosis había provocado la meningitis. Sugirió repetir la punción, pero Ruth prefería esperar a ver cómo funcionaban los antibióticos ya administrados. Desesperada, me mantenía junto a su cama, mientras mis compañeros de estudio miraban con ansiedad a través de los cristales.

Durante el día me quedaba con Peter en el hospital, en la tarde con los Cordero. Ruth examinaba rumas de papel con líneas onduladas analizando los electroencefalogramas de sus pacientes. Algunas veces, incluso, se llevaba esas pilas a la cama. También se levantaba a medianoche, tomaba el auto y partía a ver a Peter al hospital. A veces iba dos veces en la misma noche. No le preguntaba nada, pero observaba con ansiedad su expresión para notar si estaba tranquila. Al quinto día no volvió a su dormitorio, sino que fue derecho a la cocina. La encontré haciendo unos emparedados de queso con mantequilla. Sus ojos brillaban.

—¿Sabes lo que me acaba de decir Peter?: “Tía Ruth, ¿me podrías traer unos panes con queso tal como los hace la Emedina? Estoy muerto de hambre”. Le dije, “¡Pedrito, tú no puedes tener hambre, estás comiendo por la mano!”. Él

miró el suero, pensó un poco y me dijo: “Quizá mi mano está comiendo, ¡pero mi guata no lo sabe y tiene hambre!”.

Me senté junto a la cocina, riendo y llorando al mismo tiempo, ¡por fin habíamos salido del túnel, Peter estaba de nuevo con hambre! Ese pan con queso marcó una mejoría crucial y probó que el diagnóstico de Martín había sido correcto. Peter fue autorizado a volver a casa. No hubo más fiebres ni dolores de cabeza, pero tenía que descansar en una pieza tranquila y oscura.

Durante su enfermedad, Milan fue a dar clases a Concepción, pero volvió en la misma tarde. Al parecer, se había peleado con todo el mundo. No habrían más clases en Concepción, no tenía sentido. Al segundo día ofreció sus excusas en Temuco. No podía concentrarse. Esa fue la primera y la última vez que Milan canceló una clase por razones personales. Como agradecimiento por el cuidado sin paralelo que habían mostrado por nuestro hijo, les hice a los Cordero una enorme torta. Me demoré un mes en juntar los huevos y la mantequilla, pero valió la pena. De tres pisos, parecía la corona papal y ocupaba una buena mitad de la mesa.

—¡Por fin podremos comer hasta reventar! —gritaba la Ruth chica, contenta bailando alrededor de la mesa.

Su padre descolgó un machete de la pared y, tomando la pose de un samurái, soltó un alarido y partió la torta en dos de un solo golpe; junto con el plato y casi la tabla...

* * *

Una vez que Peter se mejoró por completo y yo retomé mis estudios, pude tomar aliento y ver qué estaba pasando alrededor. En mayo hubo grandes manifestaciones en Concepción. Los activistas radicales se volcaron a las calles exigiendo un ataque en gran escala contra los enemigos del pueblo. Querían nada más y nada menos que la disolución del Congreso y el establecimiento de una asamblea popular. Los miembros del Partido Comunista, sin embargo, no tomaron parte en las manifestaciones y el alcalde llegó, incluso, a advertir a la gente de antemano que no participara. Se repitieron las escenas de costumbre. Carros lanza agua, bombas lacrimógenas y hormigas anónimas en traje verde de combate que dispararon balas de verdad hacia la muchedumbre. Mataron a un manifestante e hirieron a otros cuarenta. Luego de esos acontecimientos renunciaron doce ministros de Allende y el gabinete sucumbió. Era patente a todas luces que tras dos años de gobierno, la Unidad Popular se estaba quedando sin fuelle. No pudiendo controlar ni a sus enemigos ni a sus adherentes parecía obvio que era incapaz de gobernar. Punto. El país se encontró entonces en una situación comprometida en extremo. Mientras la derecha se consolidaba y unificaba, la coalición de izquierda iba de a poco desintegrándose. La situación económica frisaba la bancarrota. El embargo estadounidense y las nacionalizaciones precipitadas tenían paralizada a

la industria. Un tercio del transporte público estaba fuera de servicio, debido a que no había neumáticos ni repuestos. El país estaba en medio de un vasto proceso de construcción, pero no se disponía de dinero para terminar los edificios. Los agricultores estaban sufriendo los efectos de una mal planeada Reforma Agraria y los miristas se estaban tomando los fundos cercanos a Santiago. La capital se hallaba en estado de pánico. Los comunistas declararon que era el momento de detener de forma temporal el proceso de construcción del socialismo y consolidar lo que se había logrado. Los compañeros enfatizaron que para evitar una guerra civil, era necesario entrar en diálogo con el Partido Demócrata Cristiano. Allende, cuya opinión todavía tenía peso, concordó con los comunistas y se opuso a los socialistas, que defendían una estrategia diferente. Estos querían acelerar las reformas a toda costa. Hacía mucho tiempo que el país estaba profundamente dividido entre izquierda y derecha, y la izquierda, a su vez, dividida entre reformistas y radicales. En medio de toda esta confusión, Allende comenzaba a adquirir el perfil de una figura cada vez más trágica. Desde el comienzo de 1972, la Unidad Popular se halló inmersa en un prolongado y agotador estado de crisis.

“El pueblo”, como todo el mundo sabe, necesita poder sobrevivir a todo tipo de gobiernos, regímenes, utopías y cualquier clase de ingeniería social. Por eso, su comportamiento está gobernado en principio por sus necesidades: “parar la olla” y poder comprar algo en el almacén. En Chile en estos días había muy poco en las ollas y todavía menos en los almacenes. La Unidad Popular llegó a alcanzar una tasa de bienes importados cuyo valor superaba con creces al de las exportaciones, excepción hecha del cobre. Esto jamás había ocurrido antes, ni menos que la importación fundamental fuese de alimentos. Ya nadie ahorrraba o invertía, ahora los chilenos vivían al día. Una pequeña mejora en esta coyuntura vino en forma de una compensación por la caída del precio del cobre en el mercado mundial a modo de préstamos, principalmente en alimentos, de parte de los países vecinos. En ese momento lo único que importaba era que la gente tuviese algo que comer. Ahora, el método de obtener provisiones dependía de una sola cosa: si la persona era de derecha o de izquierda. El rico compraba sus bienes en el mercado negro y el gobierno organizó las JAP (Juntas de Abastecimiento Popular) en los lugares donde sabía que la mayoría lo apoyaba. Las JAP recolectaban alimentos de los almacenes públicos y los vendían a precios controlados por el Estado.

Los principales cambios que Chile estaba sufriendo eran psicológicos. Daba la impresión de que todos estaban infectados hasta los huesos del caos, la incertidumbre, las privaciones y sobre todo, del odio. Odio que crecía desbocado entre los chilenos como un nuevo y terrible fenómeno que envenenaba todos los corazones. La derecha exigía ahora un plebiscito con el que intentaba probar que Allende y la Unidad Popular habían perdido todo apoyo y estaba segura de su victoria. Luego de eso, pretendía forzar al gobierno a que abandonase el poder en forma voluntaria. Por otro lado, las negociaciones con los demócratacristianos eran un espectáculo patético que ya no interesaba a nadie.

* * *

En mayo, el CERER se trasladó, por un período indeterminado, a un hotel que estaba al lado del mercado. Carmen, estudiante del primer año y también una de las copropietarias, nos ofreció el hotel Oriente como un lugar alternativo de estudio después de que nuestro edificio sufrió la segunda ocupación estudiantil. En el punto más álgido de la última crisis se acercó a Milan y le dijo con gracia:

—Para Ninette y para mí sería un honor que usted diera las clases en nuestro hotel.

Todos quedamos encantados, el personal del hotel nos trató muy bien y jamás se aceptó un pago. Esa última toma de todos los edificios de la universidad, por única vez, había tenido una razón concreta: El *affaire* Candia. Él había sido el presidente de la FEUC de Temuco. Se alegaba que los partidarios de izquierda lo habían golpeado en un *meeting* y la Rectoría pidió a los médicos Martín y Ruth que lo examinaran. Después de un acucioso chequeo que incluyó radiografías, electroencefalogramas y muestras de sangre, no encontraron nada que indicara que hubiese sufrido una golpiza. Si acaso le habían propinado un par de bofetadas en la cara no había modo de probarlo, ya que había desaparecido toda traza. Sin embargo, durante la noche fue trasladado al hospital de la Universidad Católica de Santiago donde varias lesiones graves fueron supuestamente descubiertas: Daño craneal, fractura de costillas y trauma estomacal. Los médicos de Temuco que en un principio habían examinado al joven se sintieron vejados. Dada la gravedad de las implicaciones políticas, habían sido meticulosos en sus procedimientos y se mantenían firmes en su diagnóstico original de que no existía daño físico. Martín había tratado de hacer públicas las afirmaciones del hospital en los diarios de Temuco, pero ellos rehusaron darlas a conocer. El *affaire* Candia fue cobrando cada vez más impulso. La supuesta víctima de violencia revolucionaria permaneció en Santiago bajo observación y sin intención de regresar a Temuco. Y como tres posibles culpables fueron arrestados, los estudiantes de esa ciudad respondieron yéndose a paro.

No fue sino hasta una semana después que un representante universitario autorizado sin militancia política llegó desde Santiago y fue a casa junto con Mauricio. Ambos estaban muy disgustados. Acababan de estar en la cárcel donde mantenían presa a una muchacha presunta miembro del grupo que había atacado a Candia. Las monjas del presidio la habían encerrado en una celda común junto con ladronas y prostitutas dejando en claro que no la protegerían. Era su castigo por haber “empañado la reputación de la Universidad Católica”. Mauricio, Milan y el representante universitario fueron a ver a Martín, quien consiguió que la muchacha fuese trasladada al Departamento Psiquiátrico del hospital. Justo a tiempo, porque acababa de cometer un intento de suicidio. Solo cuando los otros estudiantes salieron en libertad bajo fianza se puso fin a la toma universitaria. El único que seguía en Santiago era Candia, donde aparentemente soportaba

una prolongada convalecencia. Este *affaire* era un ejemplo de manual de táctica de lucha de clases. Había sido íntegramente fabricado en base a mentiras y manipulación política. En aquellos días ya nadie decía: “¡Esto nunca va a pasar en Chile!” Ahora la gente decía con tristeza: “Esto nunca habría pasado antes”.



Concentración en favor del gobierno de la Unidad Popular el 1 de mayo de 1973.
Fotografía de Armindo Cardoso. Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

EL MATRIMONIO DE JANET

El trabajo del CERER continuó como si todo siguiera normal. Tuvimos unas auspiciosas reuniones con miembros de la Comisión Fullbright, que prometieron enviar libros e, incluso, ofrecieron estudios de posgrado en Estados Unidos. También recibimos una visita de la agregada cultural estadounidense, le gustó el Departamento y sus estudiantes, y prometió cooperar. Llegaron nuevos profesores. Desde el principio, Mauricio había dado aulas de Sociología, siendo al mismo tiempo estudiante de Lingüística y Antropología Social. Se le unía ahora un colega canadiense, psicólogo, y también fueron contratados dos noruegos recién graduados, ambos antropólogos, que estaban planeando un trabajo de campo en el sur. Un fin de semana fuimos a Santiago en auto a buscar a Steve, el novio de Janet. Esta, becaria del British Council, era inglesa y enseñaba literatura anglo norteamericana en la Universidad Católica. Muy pronto se volvió un miembro permanente de nuestra familia. Steve, por su parte, acababa de graduarse en Sociología en Londres. Janet no cabía en sí de gozo cuando Milan le ofreció a Steve un puesto como profesor en el Departamento y decidieron entonces que ya no había ningún obstáculo para contraer matrimonio.

La ceremonia tuvo lugar en la recepción de una espléndida villa propiedad de un alemán donde Janet vivía junto a varios otros estudiantes. Los invitados consistían en un contingente de británicos residentes junto a una impresionante mezcla de personas de otras nacionalidades. Saltaba a la vista la exitosa vida social que Janet había llevado durante su primer año de docencia. El salón fue especialmente adornado para la ceremonia, con sillas en filas y un escritorio al frente para el pastor, ya que ambos novios profesaba la religión anglicana. Pero el pastor no apareció y en su lugar llegó la oficial del Registro Civil.

La “compañera” era una señora más bien corpulenta de unos cincuenta años con aspecto y voz de sargento. Con calmada y solemne dignidad extendió, en primer lugar, un mantel de brocado sobre el escritorio y depositó sobre él varios documentos. Finalizó sus preparativos colocando a ambos extremos de la mesa dos incensarios de cobre con sus respectivas varitas. Los inquietos huéspedes comenzaron a adoptar poco a poco una sobria actitud bajo su estricta mirada.

Nosotros y los Cordero no conseguimos escurrirnos hasta el *hall*, así que nos quedamos junto a la puerta desde donde podíamos observar a la oficial y los invitados. Los novios caminaban ahora por el pasillo. Janet llevaba un vestido

Mary Quant floreado que combinaba con un sombrero de paja de ala ancha con cinta y daba la impresión de haberse extraviado en una caminata campestre. Su gran sombrero de paja, comprado en Londres junto con el vestido, habría estado en grave peligro de ser triturado por la enorme cantidad de equipaje embutido en nuestra citroneta en el viaje de Santiago a Temuco cuando regresábamos con Steve. Así que a fin de mantener intacta esta crucial prenda de boda, Steve lo llevó puesto durante todo el trayecto. Por su parte, el traje elegido por el novio se mostró igual de colorido. Sobre una camisa y una corbata enlazada de manera informal, se había puesto un jersey finamente tejido con la vívida imagen de la clásica seta roja con pintas blancas, un caracol y una chinita.

La oficial, acostumbrada a una vestimenta formal en tales ocasiones, lo miró fijo con abierta desconfianza. Cerró sus ojos y los volvió a abrir: La seta roja seguía allí. A partir de ese instante, fue totalmente incapaz de apartar su mirada del jersey de Steve y sus manos temblaban.

La ceremonia comenzó con el encendido de las varitas de incienso. Estas estaban húmedas y se resistieron a prender a pesar de varios intentos, al punto que los fósforos iban dejando un olor acre en el ambiente. La oficial se mordió los labios en señal de disgusto. Steve y Janet entrelazaron amorosamente sus manos. La irritada mujer les fulminó con una mirada desaprobatoria y, algo avergonzados, se soltaron. Al fin, el incienso emitió un hilito blanco de fragante humo y la ceremonia ya pudo empezar con toda seriedad. La compañera le concedió gran importancia en su discurso a los peligros del matrimonio y lo declamó como si estuviera en el Comité Central del Partido Comunista. Según ella, el acto de contraer matrimonio era un asunto de responsabilidad y seriedad superlativas, donde no había espacio ni para el más mínimo chispazo de alegría o gozo. Valiéndose de ejemplos sombríos tomados de la vida real, destacó cuán imperativo era “cuidarse el uno al otro en la enfermedad”. Los invitados que estaban sentados comenzaron a mirar decididamente nerviosos.

Para Steve era imposible comprender los consejos de la oficial acerca de la vida y el matrimonio, así que adoptó la postura de la paciencia. Pero Janet comenzó rápido a aburrirse. Jugaba con su ramo de novia, balanceaba su zapato con la punta del pie y, por último y sin pensarlo, se metió un dedo a la nariz. Ruth Cordero tuvo que taparse la boca para contener la risa. Los ojos de la compañera, cortantes tras los gruesos cristales, giraron amenazantes en dirección nuestra. Llegó por fin el momento crucial de la ceremonia. Inspirando hondo e inclinándose sobre la asustada novia tronó:

—¿Cuál es el deber de una mujer?

Janet la miraba fijamente sin saber qué decir. La oficial repitió la pregunta con voz de sargento y su mirada recorrió a todos los invitados. Nadie levantó la mano, así que ella misma respondió:

—¡Obediencia!

Tomando aire de nuevo, le dio un énfasis adicional a su exclamación:

—¡O-BE-DI-EN-CIA!

Los ojos de la novia se agrandaron en *shock* y el novio quedó boquiabierto. Era difícil que le hubiese pasado por la mente esperar algo semejante de su esposa. Pero estaba claro que la palabra se le quedó en la cabeza, porque más tarde le pedía a la gente que se la tradujese. Manuel, periodista, le aconsejó que no se atormentara tratando de entenderla y que lo mejor que podía hacer era olvidarla por completo. Pero la compañera no había terminado:

—¿Y cuál es la obligación del hombre?, ¿cuál? La respuesta es, ¡PRO-TEC-CIÓN!

Eso fue demasiado para nosotros. Estallamos en una carcajada y, viendo que la oficial se encaminaba hacia nosotros a grandes pasos con un aire amenazante, huimos al jardín. Nos dejaron entrar una vez que comenzaron a servirse los refrescos. Al fin se les permitió a las tropas quedar a discreción y nuestra oficial sargento, ya más relajada con varias copas de *cherry*, se fue media hora más tarde. Sin embargo, al salir y saludar a la recién casada pareja no pudo refrenarse de repetir su advertencia: “¡Obediencia! ¡Protección!”. Al fin pudo comenzar la celebración de verdad. Para disipar el aire más bien pesado que todavía permeaba el salón, sacamos las mesas al jardín. Todos los niños cayeron dormidos porque habían estado tomándose los conchos de champaña que quedaban en las copas. A la mañana siguiente, la nueva pareja enfiló a Isla de Pascua para su luna de miel.

EL CANTO DE LAS FLORES DE COBRE

La carretera que va desde Santiago al Norte Grande corre a través de una planicie que se extiende hasta los pasos cordilleranos del Aconcagua. Una tierra blanca, caliza, desprovista de hierba y refregada, con algún matorral ocasional y largas líneas de altos eucaliptos solitarios. Todo aquí tiene espinas, pincha y huele a quemado por el sol. Los terrenos con riego producen abundancia de uvas, melones, tomates y, en suma, cualquier fruta y verdura del mundo.

Tuvimos suerte. El Aconcagua, la cima más alta de ambas Américas, emergió un instante por sobre su casi perpetuo manto de nubes. Llevando nada más que un pequeño collar de encaje nuboso, volvía al sol del atardecer su faz de nieve y nubes rojizas rematadas por el reluciente diamante de la cumbre. Nos quedamos mirándolo fijamente por unos diez minutos antes de que se embozara de nuevo con su habitual cubierta de nubes grises crepusculares. Por un momento lamenté que los niños no estuviesen aquí para compartir esa magnífica vista, pero de súbito volví en mí. Este era un viaje solo para nosotros dos. Los niños se habían quedado con los Cordero.

De Santiago a Arica, la última frontera norte que limita con Perú, dos mil kilómetros de carretera. La Panamericana, derecha como una regla, sigue hacia el norte donde el altiplano surge a mano derecha. Por desgracia, nuestra citroneta tenía de nuevo problemas con la altura. En La Serena tuvimos que abrir el carburador después que se ahogara por completo en un paso alto. Igual que nosotros. A esas altitudes nada ni nadie se libra de la puna. Los lugareños simplemente se encogen de hombros y dicen “a veces te agarra y a veces no”. Aseguran que la puna no se debe solo a grandes alturas sobre el nivel del mar, ya que, incluso, mucho más abajo algunas personas sufren de zumbido en los oídos, mareos, ahogo y sangre de narices. Al mismo tiempo, sienten como si la fuerza de gravedad hubiese aumentado diez veces y como si a uno le estuviesen arrancando la piel de la cara. Una vez que te agarra la puna, tu única opción es descender lo antes posible y rezar para que a tu auto no le pase lo mismo.

Pasado La Serena, la carretera se estabiliza a una altura aceptable y a la larga nos acostumbramos. A la derecha, el camino parecía franqueado por una dentada muralla de nieves eternas y volcanes activos. No podía creer que cada cima y cada cráter humeante tuviesen un nombre, pero probablemente lo tenían. Avanzamos lento por el desierto donde es probable que jamás cayó una gota de agua. El

terreno era colorido. Rosado, púrpura, azul grisáceo y, hacia el atardecer, un gris plateado amenazante. Al principio quedé decepcionada porque esperaba dunas de arena en vez de rocas. A lo largo de la carretera pasábamos junto a numerosas animitas que, con su cruz o su virgencita, marcaban el lugar donde había fallecido algún conductor. A veces había un árbol plantado al lado con un letrero que decía “¡Riégame!”. No faltaban los choferes que se detenían, secaban el sudor de sus cejas, tomaban un trago, entregaban sus respetos al fallecido y dejaban caer algunas gotas al arbolito. Esos árboles eran la única vegetación existente en todo el desierto de Atacama, y cuesta creer cuán deprimente es manejar a través de una tierra sin una brizna de hierba y donde los únicos accidentes son rocas y piedras. Ya estaba echando de menos el invernial sur, siempre empapado de lluvia.

Los días eran demasiado calurosos y las noches muy heladas. Pero una vez que se ponía el sol, el cielo nocturno desplegaba un increíble manto de estrellas. Cada una parecía del tamaño de un adorno de árbol de navidad casi al alcance de la mano. Entre La Serena y la cordillera de Domeyko hay un observatorio en uno de los cerros que también parecía como suspendido en el cielo junto con los astros. El ponerse o sacarse los chalecos provocaba un genuino despliegue de fuegos artificiales a causa de la estática. Cada cosa de metal o plástico que uno tocaba daba la corriente.

Durante el día, los espejismos acosaban constantemente al conductor. Al final del horizonte, sobre el quemante asfalto, el aire sobrecalentado creaba lagos, oasis con cañas y bosques matizados de azul. Veíamos bandadas salir volando de esas visiones, contábamos sus aves y concordábamos haber visto el mismo paisaje escandinavo. Ambos sentíamos un descomunal e impetuoso impulso por correr hasta allá. El desierto seguía sin cambio alguno y cansaba. La ruta no variaba, solo lo hacían las cimas alrededor. Según el mapa, sus nombres eran de lo más apropiado: Sierra del Condenado, Montaña de la Calavera, El Muerto... Por fortuna, la monotonía de la Panamericana se rompía más o menos cada trescientos kilómetros por una ciudad o poblado. Esos lugares han retenido la pérdida arquitectura colonial: la plaza de Armas rodeada de pimientos y tamarindos da la impresión de un escenario de sainete español. Tras las barandas y sobre el corredor de madera a menudo se veía la inmóvil figura de un anciano dormitando en una mecedora, con un ajado sombrero de paja y aferrado a una botella.

El desierto de Atacama es muy rico en todo tipo de minerales, y así, cualquier poblado significa la cercanía de un yacimiento. En los tramos que los separan, la bencina y los refrescos se encuentran en las posadas: chozas hechas con planchas de madera y techo de calamina. Allí se puede hallar una sombra asfixiante, Nescafé, bebida en lata y agua para el radiador. Cada una de ellas está siempre rodeada de camiones, en los que sus choferes duermen en cabinas detrás cortinas a cuarenta grados de calor esperando hasta que el aire se refresque. Por la noche continúan el próximo tramo de su viaje.

De cuando en cuando la Panamericana se inclina hacia el mar. Se siente entonces una súbita y bienvenida oleada de aire fresco que trae consigo el tenue

aroma de la brisa marina. Los que podían pagarlo, tenían la posibilidad de pasar la noche en un hotel de los más modernos en aquellos pueblos costeros, concebidos al modo de oasis. Competían entre sí en la belleza y diversidad de sus jardines con cascadas artificiales y canales serpenteando entre plataneros. Tras un breve descanso entre aquellos vívidos colores y la embriagadora fragancia de las flores tropicales, parecía un disparate volver a la estéril Panamericana y hundirse en el desierto con sus rocas de color verdoso, azufre y amatista.

Viví la más estrafalaria experiencia cuando tuve que ir al baño en el desierto. Descubrí que varias generaciones me habían precedido en el lugar por la misma causa y que habían dejado tras de sí un rico archivo. Había restos de diarios que remontaban a junio de 1922, enero de 1935, octubre de 1956. Supe que ya en aquellos entonces había crisis políticas. Subía y bajaba el precio del salitre y un miembro del Congreso –cuyo nombre es homenajeado ahora en incontables calles– fue, de acuerdo con los abandonados papeles, expulsado de la Cámara por incompetente. Me arrepentí de no haber traído una página de *El Mercurio* de agosto de 1972. Habría continuado así este curioso centro de documentación indestructible para las generaciones venideras.

El desierto de Atacama es el más árido del mundo. En apariencia, esto se calcula por el número de oasis más que por el grado de humedad. En el desierto hay agua bajo tierra, pero no es de fácil acceso y es bastante difícil canalizarla de forma horizontal. Vimos lugares en los que se había experimentado plantando árboles de raíces profundas con el fin de alcanzar esas hondas reservas de agua. Las grandes ciudades costeras de Antofagasta e Iquique tenían enormes problemas con sus desechos. A medida que descendíamos del altiplano podíamos ver, ¿qué digo?, oler las amarillentas fogatas. Los basurales estaban arriba de la ciudad y humeaban constantemente. Era el único y deficiente método para deshacerse de todo lo que ya no era necesario.

En Antofagasta había largas colas delante de las carnicerías. Y entonces, de un golpe, la multitud se dispersó en medio de gritos de pánico. ¿Qué estaba pasando? ¡Comenzaba a llover! Pocos momentos después se oía el murmullo del agua salpicando. No duró más de diez minutos, pero esa noche la ciudad quedó sin luz porque se había humedecido el cableado. Manejamos a Iquique de noche, lo cual fue en cierto sentido afortunado, porque de día ni siquiera lo habríamos intentado. La ciudad titilaba abajo como un enjambre de luciérnagas. El camino que llevaba a ella era como una errática línea de zigzag dibujada en la abrupta ladera de la montaña. Al doblar una curva bastante cerrada nos topamos con una desagradable sorpresa: un camión de petróleo se había volcado, su contenido se desparramaba libremente sobre el camino fluyendo pendiente abajo... Milan acababa de arrojar una colilla de cigarrillo por la ventana.

Después de Iquique llegamos por fin a Arica, nuestro destino final, la última ciudad de Chile antes de la frontera con Perú. Es un oasis magnífico y tiene el mejor clima del mundo. Nunca está ni demasiado caluroso ni demasiado frío, reina aquí la eterna primavera y el océano Pacífico es calmo y tibio. Los exuberantes

jardines están llenos de palmeras y flores. Hay viñas y gente adinerada. Como siempre, incluso en este apartado rincón, me las ingeníé para encontrarme con un compatriota, un eslovaco dueño de un lujoso hotel. “No escapé, solo me quedé”, dijo con toda naturalidad. Había emigrado después del golpe comunista de 1948.

Desde Arica emprendimos un viaje al este hasta las montañas que colindan con Bolivia, a las tierras de los aimaras. Pasamos cruzando iglesias coloniales originales, por completo blancas, edificadas con adobe y paja en el siglo XVII. Las vigas se habían construido con los troncos de cactus gigantes y estaban decoradas en su interior con espléndidos y vetustos frescos de diseño elemental. Se llega a las iglesias por senderos empedrados bordeados de fuentes termales y que cruzan bosques de cactus, en ese momento en flor con amarillos, rojos y púrpuras que hacían de eco cromático a las rocas circundantes del desierto. Las huellas que conducían al “interior” eran pésimas, pero cuando logramos persuadir a nuestra citroneta de que enfrentara esos traicioneros senderos, se comportó a la altura.

Desde el fondo del reseco desierto emergimos una vez más al mundo viviente natural, la cresta misma de la cadena montañosa. Allí uno podía mirar hacia abajo como desde un nido de cóndor. Había escuchado historias acerca de este hechizado rincón del mundo, pero no las había creído hasta que las vi por mí misma. Empinadas y estrechas huellas llevaban a extrañas y cenagosas tierras donde jamás llovía. La humedad venía del interior de las montañas, la neblina y las nubes. La vegetación consistía en malezas, arbustos y pequeños árboles enanos retorcidos. Diminutos arroyuelos originados en las distantes nieves eternas, se abrían camino entre y alrededor de los poblados. Todo era en miniatura, como en los jardines japoneses. Los árboles, los arroyuelos, las chacras e, incluso, la gente. Los indios locales tenían el tórax notablemente desarrollado por el aire enrarecido. Me contaban que cuando descienden de las montañas al nivel del mar, se enferman a causa del exceso de oxígeno con síntomas similares a la intoxicación por alcohol.

Los lugareños cuidan rebaños de llamas y vicuñas en las laderas de las montañas y mastican hojas de coca que llevan al cuello en pequeñas bolsitas bordadas. Apenas se sienten cansados, hambrientos o sedientos, meten la mano en la bolsita, sacan unas cuantas y las mastican. Lo han hecho durante miles de años y jamás se ha sabido que hayan sufrido de adicción.

Mirando hacia abajo desde la meseta a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, ese último escondrijo incaico ofrecía una visión privilegiada de la ruta tomada por los invasores españoles. Muy abajo, el seco y extendido desierto; más allá, la línea azul del mar. Estaba sentada absorta en el panorama, cuando de súbito me vi rodeada por una manada de llamas. Sus suaves e inquisitivos hocicos presionaban mis hombros y cuello. Estaban adornadas con lana roja amarrada a las orejas y lucían como enormes monos de peluche. Cuando extendí la mano para acariciar a un ejemplar joven particularmente confiado, un macho grande berreó amenazante, pateó en el suelo y la manada se dispersó. Pero no por mucho tiempo, las llamas son de una curiosidad incansable.

Atacama había sido el centro salitrero del país. En 1972 era una industria que agonizaba, herida de muerte por la invención de los fertilizantes artificiales. Las instalaciones de las salitreras no se han pulverizado por completo gracias a que el clima del desierto preserva las estructuras. Se han convertido en pueblos fantasmas. En algunas de las cabañas todavía pueden verse sillas tiradas en el suelo, como si sus dueños de hace cincuenta años las hubieran botado en la premura de escapar. Hay jarras de metal y cucharas sobre las mesas y el viento sopla a través de las chozas acumulando capas de polvo. De no ser por ello, el lugar estaría tan silencioso como una tumba. La angosta línea de ferrocarril, oxidado y con durmientes faltantes, todavía se interna en el desierto hacia el oeste, al puerto lejano. Pero no hay signo alguno de los trenes que, alguna vez, le dieron vida. En la estación María Elena se divisaba el último pequeño vagón apoyado sobre unas anchas piedras. Un anciano frágil surgió de su interior y nos pusimos a conversar con él. Quería saber de dónde éramos.

-¿De Antofagasta?

-No, más al sur.

-¿De Copiapó?

-No, más al sur todavía.

-¡Ah!, de Santiago.

-No. Más allá, de Temuco.

Esto no significaba nada para el hombre. Para él, Santiago era lo más al sur que se podía ir. Me hizo acordarme de los mapuches, que creían firmemente que Santiago era el punto más extremo del norte, después del cual nada existía. El viejo pareció sumergido en sus pensamientos durante algunos momentos antes de preguntar:

-¿Es verdad que hay lugares donde el agua cae desde el cielo?

De buenas a primeras, no entendí en absoluto qué quería decir. Milan intervino y contestó:

-Sí, se llama "lluvia". Donde nosotros vivimos el agua cae desde el cielo casi todos los días. A veces esa agua se congela, y entonces se llama "nieve". Cae cuando hace muchísimo frío y es como miles de trocitos blancos helados que se derriten en el calor.

-¿Agua en trocitos blancos? -nos miró con sospecha. Milan apuntó al horizonte.

-Nieve es eso que se ve en la cima de aquellas montañas.

El viejo escupió disgustado.

-Yo sé lo que es la nieve, pero no viene del cielo, siempre ha estado allí. Es parte del lugar.

Claramente había creído que nos estábamos burlando de él y comenzó a perder interés en la conversación. Quería saber acerca de la lluvia, la nieve la conocía. Estaba en las montañas desde mucho antes de que él naciera en el poblado minero. Mi fe en la universalidad del lenguaje y la comunicación se vio remecida en su base por este diálogo. Cada vez que decía la palabra 'lluvia', daba

por descontado que todos y en todas partes entenderían lo que yo quería decir. Debe haber muchas frases, palabras y expresiones que usamos regularmente y de las que suponemos que son conceptos universales que no necesitan clarificación y, sin embargo, este inesperado encuentro en el desierto me hizo comprender que quizá una palabra tan común como 'lluvia' no tenía lugar en el vocabulario local porque carecía de toda significación. ¡Y este no es más que un solo ejemplo y dentro del mismo país! En el sur vivíamos anegados bajo torrentes de agua y aquí preguntaban por la lluvia como si fuera un milagro portentoso.

–Vengan, les quiero mostrar algo.

El anciano nos condujo detrás del vagón y nos mostró tres diminutas varitas de pino. En realidad eran dos, la tercera ya se había marchitado. Las acarició con ternura, incluso la que estaba seca.

–Quiero abrir un bar, y lo voy a llamar “Los Tres Pinos”, pero ahora voy a tener que esperar, no me gusta el aspecto de este.

–Se ve muy seco y como muerto...

–No, no. Tan pronto como descanse un poco se va a recuperar.

Entró al vagón, salió con una lata y con todo cuidado regó los tres arbolitos. Después nos llevó al cementerio. Se trataba de un área circundada por grandes cantos rodados atrás del antiguo campamento. Había muchas tumbas pequeñas con crucecitas. Incluso, crecían flores sobre ellas. Extrañas flores, hechas de monedas de cobre martilladas en chapas delgadas como papel, amarradas con alambre y enterradas en la arena. Las flores de cobre temblaban y danzaban en el incesante viento, llenando el camposanto como si se lamentaran con el susurro fantasmal de su tintineo. Acunaban a los muertos con la canción del desierto. Cuando íbamos atravesando el Atacama, en las áreas donde se había explotado el salitre, escuchamos a menudo esta música angélica proviniendo de los viejos cementerios. Unas cuantas veces intentamos localizarla, pero en vano. Y, sin embargo, su tintineo llenaba los aires, especialmente al anochecer.

Nuestro viaje nos llevó finalmente a Chuquicamata. Era allí donde estaban trabajando unos amigos nuestros, médicos de Temuco. “Chuqui” era el orgullo de Chile. La mina está situada a dos mil metros sobre el nivel del mar y se accede a ella por una imponente carretera de estilo casi romano. Básicamente, es una montaña a la que se ha sacado una enorme lonja que revela su interior de color verde ácido y que puede ser visto a varios kilómetros de distancia. Al pie de la montaña hay un conjunto de pulcras casas edificadas por la compañía minera estadounidense. Nuestros amigos nos dijeron que la mina estaba operando a la mitad de su capacidad, ya que los estadounidenses, previendo la nacionalización, habían frenado todas las inversiones. La maquinaria fue dejada a su suerte y estaba en tales condiciones que repararla y hacerla funcionar de nuevo costaría millones. También, el sueldo de los mineros había caído bastante una vez que los dueños se marcharon y, en general, rondaba un aire de gran descontento. Mientras los estadounidenses tuvieron el control, a los mineros les pagaban una parte del sueldo en dólares. Bajo Allende, eso terminó. No había



Jarka Stuchlik en el norte de Chile, a la orilla de un camino viendo de cerca un grupo de llamas. Archivo personal de Jarka Stuchlik.

especialistas, ni técnicos ni administradores porque una vez que se marcharon no fueron reemplazados y era inminente una huelga. Los mineros de Chuqui no habían votado por Allende sino por su adversario, Jorge Alessandri. Allende les aseguró que habían sido víctimas de la propaganda sediciosa de la derecha, pero las sospechas de los mineros probaron ser ciertas y eso quería decir que, después de todo, algo de verdad había en la propaganda. Los añejos eslóganes “yanquis, isaquen las manos de nuestro cobre!”, estaban pintados encima con “comunistas, isaquen las manos de nuestro cobre!”. Se había ido acumulando una gran tensión entre el gobierno y los mineros y Allende los regañaba constantemente por su comportamiento arrogante que, según él, era incompatible con la solidaridad del mundo trabajador. Pero los mineros no entendían por qué no habrían de expresar de manera tradicional su descontento con el actual manejo de la industria y el cambio en el sistema de remuneración.

Cerca de Chuquicamata estaba San Pedro de Atacama, un sitio arqueológico renombrado por su colección de momias indígenas. Distaba a solo cuarenta kilómetros, pero el camino era tan accidentado que las partes delicadas de nuestra citroneta que no se soltaron, se trizaron. El pueblo mismo no compensó los daños, parecía solo una colección de rojizas y descascaradas paredes de adobe. Todas las casas se habían edificado según el estilo de la arquitectura árabe, sin puertas ni ventanas que dieran a la calle.

Pero en las afueras se alzaba el más moderno museo que uno pudiese imaginar. Había sido diseñado con la forma de una gran estrella de cristal. Eran los dominios de su dueño, curador, actual jefe y único arqueólogo: el padre Le Paige. Hallamos al padre –un noble belga descendiente de Luis IX de Francia, San Luis– en el corazón de su propia estrella encucillado como una pequeña y arrugada arañita, escarbando sobre un túmulo de fémures secos. Como justo acababa de terminar de leer un libro sobre las Cruzadas, pude mantener con él una conversación informada sobre su antepasado, el heroico Rey, lo cual puso de tan buen humor al viejo que nos dio un tour personal por todo el museo. Nos dimos cuenta de inmediato que había diseñado un método inusitado para exhibir las muestras. Cada ala o brazo de la estrella contenía una amplia pila de piezas, donde predominaban huesos. En una punta una montaña de huesos largos; en otra, calaveras que parecían pelotas de fútbol; en la tercera huesos pequeños y en el resto cacharros de greda, textiles y otros artículos indeterminados. Todo tipo de increíbles artefactos estaban apilados sin haber sido seleccionados, etiquetados o catalogados de alguna manera que se pudiera considerar mínima para un museo. Milan, como arqueólogo y experto en museos, sufría ostensiblemente y nos seguía con el rostro muy pálido y los ojos abultados. Temía que se fuera a desmayar.

Bajo el centro de la estrella se alzaba la *pièce de résistance*: las legendarias momias indígenas que se exhibían protegidas por una vitrina. Las disecadas figuritas estaban dispuestas dentro del estrecho espacio de manera totalmente caótica. Vestidas con atuendos coloridos de lana, las momias tenían cabello negro, cejas e, incluso, pestañas sobre sus pequeños rostros de piel oscura y tiesa como per-

gamino. Parecían feas muñecas malévolas. Una, incluso, acunaba a su bebé en los brazos, íntegro, con sus diminutos labios, pestañas y uñas. Los brazos de su madre lo aferraban tan fuerte, incluso en la muerte, que hubiera sido imposible separarlos sin destruirlos a los dos. Esa vitrina era macabra: las momias no pertenecían a ese lugar. Me sorprendía que el padre Le Paige no las hubiese dejado descansar en paz, después de todo era un sacerdote, ¿no?

El propio Presidente le había concedido hace poco la ciudadanía por gracia por su servicio a la cultura chilena. Pero en mi opinión, deberían haberlo despedido, impedido excavar y expulsado a algún país que careciera de historia. Durante su larguísima y empecinada vida le había causado a esta tierra un daño incalculable. Hacia el fin de su existencia se había persuadido a sí mismo de que habitaba la fortaleza de su propio reino y que el pueblo y sus habitantes no eran más que sus vasallos. Por ejemplo, los médicos de Chuquicamata descubrieron, para su sorpresa, que ya no podían visitar con libertad la consulta médica en San Pedro durante sus rondas habituales alrededor de los villorrios del desierto. Cada visita “del exterior” debía ser preacordada y el viejo déspota se reservaba el derecho de autorizar la entrada a “su” pueblo. En particular, odiaba a los actuales arqueólogos de la Universidad de Antofagasta.

–¡No se permite a nadie aquí! –chillaba– ¡es mi museo, mi pueblo! ¡Renuncié a mi título de nobleza y tierras en Bélgica a cambio de esto!

Tenía a los carabineros en su bolsillo, estaban dispuestos a disparar contra los que llegaban sin invitación, incluso si venían con credenciales universitarias. En Antofagasta reconocían, con un poco de vergüenza, que la situación se les había escapado de las manos. Pero era imposible emprender cualquier acción, los intereses académicos debían ser dejados de lado en aras de los cruciales factores políticos que estaban ahora en juego. El padre Le Paige estaba emparentado con el rey de Bélgica y, mientras aquel siguiera a la cabeza de su reino allende los mares, él tendría libre acceso a la bolsa real.

Este anciano, que podría haber sido un personaje de García Márquez fue, de lejos, el ser más extraño con que nos topamos en nuestro viaje de invierno al norte. Sin embargo, pudimos acceder a otras vistas fascinantes, por ejemplo, petroglifos creados quizá por la mano de los dioses, cavernas termales en las fuentes de Pica, una vaca momificada por el calor del sol, de pie junto a la carretera; un mojón de cuero y hueso en cuatro patas.

Era cierto. Había en realidad dos Chile. Uno seco, inhóspito y quemado por el sol, otro verde y frondoso, siendo Santiago su *axis mundi*. Era impresionante cuán rápido cambiaba el país luego de cruzar en la carretera el letrero “Trópico de Capricornio”. A los pocos kilómetros el ambiente comenzaba a ponerse húmedo y se veían jardines, campos y bosques con pinos de todos los tamaños, llenando el aire con el penetrante aroma de su resina bajo el sol invernal.

EL PARO DE LOS CAMIONEROS

Allende se preparaba para el viaje a Moscú a fines del año. En ese momento, el principal consejero del gobierno era el Partido Comunista. A raíz de una áspera lucha con la oposición, el Presidente había sacrificado a uno de sus favoritos, Pedro Vuskovic, el ministro de Economía. Así, el que había sido el mimado del pueblo el año pasado se había convertido en el chivo expiatorio de la crisis económica actual. El Partido Comunista hizo todo lo que pudo para estabilizar la economía, pero ahora era una tarea imposible. Ya se había consumido casi todo el presupuesto nacional, principalmente en subsidios para las industrias nacionalizadas, que estaban paralizadas y sin crear riqueza alguna. Las reservas de divisas casi no existían y el volumen de la producción había descendido de golpe respecto del año pasado. Al mismo tiempo, la inflación subía como una fiebre, arrastrando consigo los precios de la comida y de todos los otros bienes.

El gobierno ofreció bonos a los trabajadores si aumentaban su productividad, pero al hacerlo ingresó en campo minado, ya que estos lo acusaron de estar completamente desconectado con lo que estaba pasando en el país. ¿Cómo podían aumentar la producción si no había materia prima disponible? Además, dicha caída no solo tenía que ver con esa carencia. Los trabajadores de las fábricas estaban desilusionados por la incompetencia y corrupción de los funcionarios estatales puestos a cargo como administradores y supervisores. “¿Qué sentido tiene esforzarse en producir –preguntaban– cuando los resultados van directo desde las bodegas al mercado negro?”. Para terror y consternación de todos los partidos políticos, los desesperados trabajadores –frustrados por las expectativas irreales y deshonestidad de las políticas económicas de la Unidad Popular– decidieron organizarse por sí mismos en los llamados “cordones industriales”. Los primeros aparecieron en Santiago, pero pronto se los veía en las principales ciudades del país. Los trabajadores presentaron, entonces, un petitorio al gobierno. Por sobre todo, le exigían al presidente Allende que terminara con el juego de tratar de quedar bien con ambas partes y que de una vez por todas protegiera los intereses de los obreros tal como lo había prometido en la campaña electoral. Ellos no tenían nada contra las nacionalizaciones, pero querían tener a sus representantes democráticamente elegidos en cada fábrica. A fin de cuentas, deberían ser los trabajadores y dirigentes quienes tuviesen el poder de contratar y despedir a los funcionarios. Además, los sueldos deberían ser reajustados de

acuerdo con la inflación, lo cual acabaría con las huelgas. Los campesinos, que no lo estaban pasando mucho mejor, se unieron a los trabajadores. Solicitaban el derecho de autoadministrarse, la posibilidad de solicitar préstamos y estar a cargo de la distribución de materiales y maquinaria. Por otra parte, los sindicatos de la construcción querían ofrecer empleo a cualquiera que necesitase un trabajo. Todo terreno baldío que circundara las ciudades debería asignarse para proyectos de edificación, lo que resolvería, al mismo tiempo, el desempleo y la carencia de viviendas. Pero la exigencia final de este ultimátum de los trabajadores era política: Querían formar una asamblea popular para que la derecha parlamentaria quedara inhabilitada de seguir poniendo obstáculos al gobierno legítimamente elegido.

Lo que ocurrió, sin embargo, fue que los diputados de la Unidad Popular quedaron petrificados ante esta inesperada iniciativa radical de los trabajadores. ¡El proletariado estaba tomando el poder en sus propias manos y desligándose del control impuesto por los partidos! En una palabra, lo que los trabajadores proponían era que el gobierno, y el Presidente en particular, se relacionaran de manera directa con los pobres, los desempleados, los obreros y los campesinos, y quitaran el poder de las instituciones oficiales –y bastante corruptas– del gobierno: los sindicatos y los partidos políticos.

En ese momento los trabajadores todavía tenían fe en su presidente. Por desgracia, ya era demasiado tarde. Allende estaba enfrentando a una oposición poderosa y unida y lo único que le preocupaba era cómo conservar la presidencia. Lo que habían logrado los trabajadores de los cordones, ni más ni menos, era hacerlo sentir culpable y avergonzado al recordarle que hacía mucho había abandonado su programa original de reformas radicales en favor del oportunismo político.

Allende estaba no solo avejentado sino que era, también, un presidente débil y esto, a su vez, disminuía su apoyo en el país. La Unidad Popular, intoxicada por su inesperada victoria, se había zambullido en un programa de reformas sociales olvidando que, en el Congreso, carecía de la mayoría suficiente para impulsar sus ambiciosos planes. Ni siquiera tenía un mandato popular adecuado para realizarlo. La verdad era que cuando Allende fue elegido, había conseguido apenas un tercio de los votos; así que, por definición, desde el principio tenía a la mayoría del país en contra. Su error más grande fue el haber creído que contaba con el apoyo de los demócratacristianos, cuando lo único que había logrado fue atraer sus votos mediante maquinaciones políticas. Además, hacía bastante tiempo que este partido de centro había desplazado su apoyo a la oposición. Así que, ¿quién estaba ahora realmente junto al Presidente aparte de los militantes de los partidos Comunista y Socialista y otros pocos miles de simpatizantes de izquierda que tenían cada uno su propia visión del socialismo? La vasta mayoría de la población quería empleos, un sueldo decente, una vivienda digna y justicia social. Allende había conseguido darles todo eso en su primer año de mandato, pero para lograrlo había tenido que desvestir un santo para vestir otro y eso ahora le estaba penando. La Unidad Popular responsabilizaba del fracaso de sus políticas a las solapadas y francamente sediciosas actividades de la oposición. Pero el he-

cho es que en democracia la oposición tiene derecho a tratar al gobierno como su adversario y lo que es más, sus votantes jamás habían prometido un apoyo eterno e incondicional a Allende.

En el país, las elecciones seguían su curso regular y la Unidad Popular las perdía una tras otra. Así, incluso cuando la suspensión del apoyo financiero internacional disparó la inflación, todos culpaban a Allende. En el Congreso fue acusado de debilidad, indecisión e incapacidad de mantener disciplina en sus propias filas. La coalición de gobierno, por su parte, achacaba todos los problemas económicos al mercado negro. Este, compañero inseparable del desabastecimiento, no era solo imputable a la derecha. De hecho, el mercado negro y el sistema organizado de distribución estatal estaban traslapados. Los trabajadores se veían obligados a comprar repuestos y materiales en el mercado negro porque no los había en las tiendas. Al mismo tiempo, muchas familias adineradas estaban ahora agradecidas con su empleada porque los sábados les vendía parte de su asignación semanal de los alimentos que recibía de la “canasta popular”. Así todos los que podían compraban y vendían en el mercado negro. Nada de extraño entonces que en esos días se llevaran la mejor tajada de la torta los que estaban a cargo de las fábricas nacionalizadas. De ese modo, lentamente se extendía en las sombras una economía paralela que siempre cobra vida cuando colapsa el sistema oficial.

Pero los trabajadores no culpaban a Allende por la crisis política y económica, todo lo contrario. Él se había convertido ahora en su amigo en esos momentos de dura necesidad. La situación era seria en extremo, y de no ser porque ocupaban la primera fila para recibir ayuda preferente de las bodegas fiscales, los trabajadores habrían pasado hambre. Por lo que a ellos concernía, Allende simplemente había hecho lo que había prometido: había abrazado la causa de los pobres contra los ricos. La pelea por un pedazo de pan había logrado lo que cientos de agitadores no habían podido conseguir. Había ahora dos campos enemigos en guerra juramentada. Un lado odiaba al régimen, mientras el otro, que confiaba en él, lo apoyaba y era recompensado. Los miembros de la Unidad Popular tenían permitido confiscar los bienes escondidos en las tiendas que pertenecían al bando enemigo. Esto causó una lucha de clases en serio, que se propagó como un incendio.

El odio de clases se infiltró en todas las áreas de la vida y el cardenal Silva Henríquez advirtió una vez más de los peligros de una guerra civil. Los demócratacristianos no mostraban prisa alguna por relegar a Allende al olvido político, pese a que ahora podían estar seguros que tomaría muy poco tiempo para que él y sus adherentes fueran arrojados al papelero de la historia. Al contrario, una de sus aspiraciones principales era que la Unidad Popular estuviese en el poder hasta el último día. Eso les aseguraría que la izquierda estaría en la oposición por los próximos cien años, y una oposición bastante débil para todos los efectos.

Allende estaba fracasando a la vez como revolucionario y como político. Antes de su elección había prometido que sacaría a Chile de las garras estadounidenses y que abriría con ello las puertas de la prosperidad para todos. En ese momento

hablaba como revolucionario, en apariencia olvidando toda la experiencia que ganó batiéndose en la arena política. Incluso, pese a que abiertamente había recibido la advertencia del bloqueo económico, había escogido ignorarlo. Pero ahora, cuando Estados Unidos había rechazado todas sus peticiones de préstamo, se quejaba de traición, agresión y de estar bajo asedio. De hecho, su comportamiento me recordaba a los mapuches. Ellos tampoco tenían idea de dónde provenían los regalos que recibían. Tomaban esas donaciones internacionales –que venían en forma de semillas, ropa, harina y biblias– como si fuesen lo más natural del mundo. Si ya habían llegado, sin duda lo seguirían haciendo. Allende también creía que el influjo de divisas en forma de préstamos estadounidenses era un derecho automático, a pesar de su programa de nacionalizaciones y apropiación de la inversión extranjera.

El ministro de Economía comunista aceptó finalmente los términos de FMI. Eran severos, pero Chile no tenía opción, el país estaba al borde de la hambruna. Así que comenzamos a comprar arroz vietnamita, chanco chino, harina canadiense, pollos belgas, pescado soviético, mantequilla neozelandesa y carne de todas partes de América, excepto de Chile. La derecha no se apaciguó con este claro ejemplo de éxito político y montó una ofensiva directa, por cuanto ya se avecinaban, a solo seis meses, las decisivas elecciones parlamentarias de abril próximo. Las agresivas manifestaciones de la derecha fueron encabezadas por Patria y Libertad. Los muchachos, armados con cadenas y porras, atacaban los automóviles y la locomoción colectiva, armaban barricadas quemando neumáticos y organizaban las “marchas del hambre” a las casa de los ministros y funcionarios de la coalición de gobierno. Rodeaban las casas a mitad de la noche y rompían los ventanales a pedrazos mientras los cacerolazos nocturnos resonaban como el grito de guerra de hordas rampantes. En las provincias de Santiago y del Biobío se declaró estado de emergencia. Eso fue respuesta a un atentado explosivo realizado por extremistas contra la emisora radial de la Unidad Popular en Concepción. El ataque se perpetró en plenas Fiestas Patrias, el 18 de septiembre, y pandillas de ambos lados –MIR y Patria y Libertad– se tomaron las calles y se trenzaron en cruentas batallas. La única luz de esperanza en medio de esta situación, por lo demás extremadamente seria, era que se habían abierto nuevas minas de cobre y que la producción estaba aumentando. Pero poco duró este resplandor. La Kennecott Copper anunció que se había cansado de discutir el asunto de la compensación y que estaba impulsando una campaña de bloqueo mundial contra el cobre chileno.

Los fletes por carretera son vitales para Chile. Como sangre corriendo por las venas, incontables camiones se mueven constantemente a lo largo de la Panamericana. Tan pronto como este flujo se detiene, el país queda paralizado. El paro comenzó de modo inocuo. Fue anunciado por las compañías de camioneros en Puerto Aysén, en el extremo sur de país. Se había corrido el rumor de que el gobierno planeaba establecer un monopolio estatal sobre toda la industria del transporte. En dos días todas las compañías del rubro se declararon en huelga y

Allende, furioso, anunció que iba a asumir el control de todos los camiones del país. La Unidad Popular sostenía que este era un paro de los capitalistas dueños de las empresas de transporte, mientras que la oposición sostenía que era solo una huelga de los choferes de los camiones. La verdad estaba en algún lugar intermedio. El hecho es que no pocas veces los choferes eran también los propietarios de la compañía del caso, porque solían ser dueños de uno o dos camiones y lo normal era que se tratase de una empresa familiar donde trabajaban padres e hijos, así que la sola posibilidad de un monopolio estatal los aterrorizó. Dada la situación actual de desabastecimiento de todo tipo de bienes, estaba claro que un monopolio estatal tenía preferencia a la adquisición de repuestos, neumáticos y camiones nuevos. En ese contexto, los propietarios privados podrían cerrar sus puertas.

El paro se extendió por todo el país. Los choferes de buses y taxis se unieron a los camioneros. Luego las tiendas bajaron sus cortinas. A continuación se sumaron los pilotos aéreos, los maquinistas de ferrocarril y, en cierta medida, los agricultores. Estaban hartos de ser presionados para entrar a la colectivización. Inesperadamente, doctores e, incluso, personal de enfermería se unió a las filas de los huelguistas. Este fue el primer intento organizado por botar a Allende.

Martín Cordero, por supuesto, no se adhirió al paro. Martín trabajó. Y no solo eso, sino que encabezó el grupo de médicos de Temuco que se opuso al paro. Sus razones eran muy simples, Martín jamás seguía al rebaño y su punto de vista moral personal era que un médico que trabajaba en un hospital no tenía derecho a declararse en huelga. Por otra parte, el ser alabado por su apoyo al gobierno le robó una corta risa sarcástica. Martín tenía muy poca simpatía por el chapucero Allende.

–No trabajo para Allende, los comunistas o los socialistas –refunfuñó– por lo que me toca, podrían colgarse junto con todos los huelguistas. Lo que yo hago es trabajar para Pedro Pérez y Juan González. Los tengo aquí en el pabellón y también les importa un comino el paro...

Lamentablemente, su enfoque individual en tanto librepensador intelectual independiente, unido a su convicción de que las huelgas no tenían lugar en los hospitales, constituía una filosofía conservadora y, en la situación actual, impracticable. Los doctores que estaban a su cargo lo hacían por razones humanitarias y políticas. Como ahora disponían de solo la mitad del personal habitual, se vieron obligados a implementar una reorganización total. Para sorpresa de todos, la administración del hospital operó de modo más eficiente que antes. Los doctores que habían adherido al paro descubrieron, para su desconsuelo, que nadie echaba de menos sus servicios y, peor todavía, que el hospital funcionaba mejor sin ellos.

La joven Bersabeth, la rebelde de los *hot pants* y botas caladas, justo en ese momento vino a caer seriamente enferma. Cuando las enfermeras la pusieron en la camilla estaba apenas reconocible. Su cara y cuerpo estaban hinchados y amarillentos y ella misma casi en estado de coma. Se diagnosticó una infección renal severa. Luego de una semana de medicamentos y dieta controlada se estabilizó. A los diez días perdió el aspecto de un conejo asustado y confundido. A

las dos semanas ya había entrado en confianza con los médicos y especialmente con Martín, al que saludaba en sus visitas con canciones campesinas subidas de tono acompañándose con una guitarra que había conseguido prestada.

La elección de Martín como jefe era la culminación natural de las actividades “subversivas” que había comenzado el día que partió trabajando en el hospital de Temuco. Mientras que para la mayoría de los médicos el trabajo de hospital representaba un papel menor, entregando su tiempo restante al mucho más lucrativo campo de las consultas privadas, los Cordero pasaban la mayoría de sus días hábiles trabajando en el recinto. Una de sus más significativas mejoras en salud pública había sido la introducción de postas en el corazón de los barrios más pobres. Al comienzo, los Cordero y sus colegas habían dispuesto por cierto tiempo sus consultas en colegios y parroquias; luego, doctores, personal de hospital y amigos asumieron la tarea de levantar instalaciones de madera que se convirtieron en centros médicos donde equipos de especialistas se turnaban durante la semana para atender a pacientes que carecían de todo recurso. La meta final era tener uno de esos centros médicos en cada población de Temuco.

Cuando la Unidad Popular llegó al poder, esos jóvenes idealistas creían que al fin se vería facilitado su trabajo y que estaban destinados a recibir un fuerte apoyo por parte del gobierno. Pero fueron desengañados. Un funcionario gubernamental bisoño recién nombrado apareció un día en Temuco. Luego de interiorizarse de la marcha del proyecto actual de las postas y los planes globales para mejorar la salud pública del área, les dio su aprobación. Pero en vez de materializar una oferta concreta de ayuda y asistencia, les informó a los doctores izquierdistas presentes que “se les permitía” continuar con su labor altruista, pero que a partir de ahora sería él quien estaría a cargo de toda la organización y coordinación del proyecto. Se le debía comunicar por anticipado cualquier acción y decisión y esperar a que fuese aprobada por él. No se tolerarían la anarquía, espontaneidad o improvisación; todo debería estar documentado y ratificado desde arriba. Y, lo más importante, cualquier crédito por éxitos actuales o futuros habría de ser, a partir de ese día, abonado a la Unidad Popular. Esto fue una ducha de agua fría para estos liberales independientes y su obvia respuesta fue un boicot. “Ni siquiera los ridículos demócratacristianos se habrían atrevido a hacer algo semejante”, se decían unos a otros. Así que nuestro compañero coordinador no se cubrió de gloria en Temuco y tampoco la Unidad Popular pudo jactarse por la exitosa reorganización de la atención primaria en beneficio de los pobres, puesto que se suspendieron en Temuco todas las actividades extra hospitalarias orientadas a ese fin. Cada departamento se consagró a realizar solo labores de hospital. Y aun cuando todavía los doctores se reunían en las tardes donde los Cordero para discutir mejoras futuras a su trabajo, por ahora este quedó limitado al hospital. De ese modo eludieron al coordinador político designado. Y, por tanto, quienes se vieron más afectados por su llegada fueron los pobres de las poblaciones.

Al cuarto día de paro se declaró estado de emergencia en dieciocho provincias. Esto significaba patrullaje militar en el día y toque de queda al atardecer.

Entre choferes y dirigentes sindicales fueron detenidas doscientas personas y se silenció una docena de emisoras radiales antigubernamentales. Todo el país había llegado a un punto muerto. Bueno, casi todo el país. La izquierda se dio cuenta de inmediato que esto era un golpe de la derecha y así, miles de partidarios de Allende se movilizaron y mantuvieron funcionando los servicios públicos. Para los trabajadores, el paro fue un llamado a las armas contra los propietarios de las empresas todavía no nacionalizadas. Cuando el dueño cerraba una fábrica, ellos la tomaban por la fuerza e intentaban seguir adelante con la producción. El paro se extendió por veintisiete días.

Durante ese tiempo fuimos en tren a Santiago ya que era muy peligroso manejar. Los camioneros habían establecido campamentos junto a la carretera y se mantenían en alerta día y noche. Estaban acompañados por sus familias y la gente de las ciudades cercanas les llevaba alimentos que cocinaban en una olla común. Parapetados tras sus grandes camiones, atacaban a cualquiera que se atreviese a entrar a la carretera. Para impedir paso a otros vehículos usaban un método muy sucio, los “miguelitos” que, con sus clavos ingeniosamente torcidos para formar un triángulo, siempre caían con las puntas para arriba y eran fatales para los neumáticos.

Desde la ventana del hotel en Santiago se veía una constante nube de humo blanco sobre la ciudad. De todos lados se oían tiroteos. La gente se abalanzaba a atacar las tiendas mientras los autodesignados guardias de la oposición lo impedían y la policía trataba de dispersar a la multitud. Los diarios informaban que Carabineros estaban quedando sin granadas de gas lacrimógeno y que habían solicitado al gobierno liberar fondos para comprar nuevos suministros. Este lo hizo de inmediato e igualmente Estados Unidos proporcionó al instante las bombas lacrimógenas solicitadas. Santiago hervía de furia. Todos los disturbios tenían lugar delante de las tiendas cerradas. No había transporte público e, incluso, si se disponía de un auto, no había bencina. Todos caminaban. Ni siquiera viajar en tren era seguro. Los sabotadores habían volado la línea a Valparaíso y no había garantías de que no hicieran lo mismo con el tramo al sur. No dormí mucho en el viaje de vuelta en el nocturno. A través de la ventanilla del tren miraba cómo el resplandor de las fogatas de los choferes delineaba las lóbregas formas de los camiones inmóviles.

También en Temuco el comercio había cerrado. No teníamos detergente para lavar, reemplazamos el papel higiénico con diarios y nos cepillábamos los dientes con jabón. Si no hubiese sido por nuestros buenos amigos del hotel Oriente ni siquiera habríamos tenido aceite, azúcar, harina o arroz. No había bencina y Milan tuvo que ajustar radicalmente su consumo de cigarrillos. Hacia fines de mes hubo en Temuco un enojoso incidente. El Departamento de Industria y Comercio local trató de forzar a una tienda de calzado para que abriera. De inmediato se agrupó una multitud y comenzó a atacar a los funcionarios del gobierno. Pronto comenzaron a usar piedras y porras hasta que finalmente apareció el ejército. Los

soldados dispersaron a la gente disparando al aire. Hubo heridos. Las barricadas duraron toda la noche y no se podía abrir las ventanas debido al tóxico humo negro de los neumáticos quemados.

El 1 de noviembre Allende tomó medidas sin precedente para terminar con el paro. Convocó a tres generales de las fuerzas armadas al nuevo gabinete. Carlos Prats fue nombrado ministro del Interior y puso fin a la huelga accediendo prácticamente a todas las demandas de los camioneros. El contralmirante Ismael Huerta fue nombrado ministro de Obras Públicas y el general de brigada Claudio Sepúlveda ministro de Minería.

—¿Qué mejor que tener a las fuerzas armadas en el gabinete? —explicaba Allende con convicción—. ¿Hay acaso una manera mejor de que las fuerzas armadas tomen parte en la conducción del país y protejan los intereses de los trabajadores?

Pero los ciudadanos se quedaron con la boca abierta, incrédulos ante esta insólita respuesta a una crisis social. No les gustó para nada. Se rumoreaba que Allende había tenido que trabajar duro para persuadir a los militares de su plan, porque iba en contra de su neutralidad y los aproximaría a un sector político particular, peor todavía, a uno de izquierda. Al final los convenció firmando una Ley de Control de Armas. Los socialistas y el MIR protestaron furiosamente contra la nueva legislación, pero de nada les sirvió, el Congreso la aprobó sin vacilar. Los diputados soltaron un suspiro de alivio tratando de calmarse, convencidos de que habían logrado conjurar el peligro de una guerra civil. Así, pues, finalizó el paro, Allende continuó en el poder y los trabajadores volvieron a sus labores con reticencia pues en el fondo no creían que el gobierno fuese a cumplir sus promesas. Ellas incluían la devolución de los camiones confiscados a sus dueños originales, puesta en libertad de los cabecillas del paro con garantía de que no serían procesados y restitución del control de las fábricas que los obreros habían arrebatado a sus legítimos dueños. Además, el gobierno tuvo que renunciar a sus planes de quitar las empresas a los propietarios en huelga y entregarlas a voluntarios comprometidos con la entrega suministros comunitarios. Las radioemisoras y diarios que habían sido silenciados retomaron de nuevo sus actividades. Por último, prometió que por el momento no nacionalizaría el transporte ni la mayor industria productora de papel, La Papelera. En resumidas cuentas, aunque la derecha no consiguió derribar a Allende, logró ajustar todavía más su camisa de fuerza. El paro le costó al país más de cien millones de dólares.

Al término del año, nuestro Departamento estaba en pleno apogeo. Se organizó una segunda semana indígena a la que asistieron sociólogos, historiadores, economistas, antropólogos y expertos en lingüística de todo el país. Había gran interés en establecer cooperación con universidades de Brasil, Colombia, Perú y Uruguay. La Universidad del Norte de Antofagasta, para gran sorpresa nuestra, le pidió a Milan que formara allá un departamento de Antropología. Se le ofrecía un salario fantástico y condiciones de trabajo óptimas, pero tuvo que rechazar la oferta porque su trabajo en Temuco distaba de estar terminado. De todas formas,

el dinero es inútil cuando no hay nada que comprar. Otra sorpresa llegó en forma de una citación oficial de la embajada de Checoslovaquia en Santiago. Debíamos presentarnos con nuestros pasaportes.

La Embajada se había trasladado a una nueva residencia, una mansión con amplio jardín, perfecta, como de pintura. La entrada estaba flanqueada por dos imponentes columnas de mármol. Por desdicha, no estábamos invitados a subir por la espléndida escalera que remataba en una puerta doble de espigadas hojas de roble embellecidas con motivos en bronce. En vez de eso, nos condujeron directamente a un pabellón de concreto del patio trasero que parecía un búnker. Allí se nos pidió esperar en una estrecha pieza cuadrada sin ventanas, iluminada por un tubo fluorescente. Sentados en unas inconfortables sillas plásticas nos pusimos a hojear un número añejo de la semana pasada del *Rude Pravo*, el diario del Partido Comunista Checo. Su contenido nos dejó sorprendidos y perturbados.

Tras algunos momentos en la sala de espera, salió por fin a recibirnos el segundo secretario Vladyka. Pude leer en la expresión de su cara cuánto había estado esperando este encuentro.

–Buenos días, compañeros.

El tono de su voz era plano, frío y oficial. Vladyka no perdió tiempo en cumplidos y fue directo al grano:

–Compañero Stuchlik, se nos ha solicitado repetidamente por las oficinas ministeriales locales que extendamos su permiso de residencia en Chile, a pesar de que les hemos informado que su petición no puede ser atendida –clavó su mirada en Milan con sospecha como dando a entender que creía que mi marido había redactado las solicitudes– sin embargo, en espíritu de cooperación amistosa con el gobierno actual hemos sugerido que puede disponerse un reemplazo para usted. ¿Podría usted sugerir alguna persona idónea? El Ministerio tomaría en consideración su sugerencia.

Milan dejó que Vladyka terminara antes de contestar con tono muy pausado:

–Preferiría hablar con el Embajador.

–Desafortunadamente no es posible, ya que se encuentra en un viaje oficial y ha determinado que lo subrogue con plenas facultades en este asunto.

–¿Y qué tal si no hay nadie que pueda reemplazarme?

Una pequeña, sarcástica sonrisa apareció colmando los labios del secretario y sus ojos destellaron como charcos congelados. Según su experiencia, nadie era irremplazable.

–Piense, compañero –provocó– seguramente...

–¿Tiene usted alguna idea de cuánto tiempo y dinero se ha invertido en el proyecto de Temuco? ¿Ha tomado en cuenta que Checoslovaquia tendrá que pagar una compensación a Chile si se le pone término abrupto?

–¿Pero quién dijo que se va a terminar, compañero? Eso está enteramente en sus manos, todo lo que tiene que hacer es cooperar.

Era inútil alargar la discusión. Se trataba de dos discursos paralelos acaeciando en niveles muy diferentes y no había esperanza alguna de alcanzar ningún tipo

de entendimiento. Vladyka debe haber tenido la sensación de que Milan se le escapaba, porque se paró de un golpe y exclamó dramáticamente:

–Compañero Stuchlik, en nombre de la República Democrática Popular de Checoslovaquia le ordeno regresar a su país. ¡Es su deber como ciudadano checoslovaco y rehusarse es causal de delito! Por razones climáticas que podrían afectar a sus hijos, su regreso será pospuesto hasta marzo y se denegará toda extensión ulterior. Su pasaporte está vencido, no será renovado y será timbrado con un permiso de viaje a Praga y solo a Praga.

Así que el momento que tantas pesadillas nos había causado, había llegado por fin. Debíamos optar. Por nosotros, nuestros hijos, nuestros estudiantes y el CERER. Nos levantamos de las duras sillas de plástico, le dimos la espalda, nos clavamos la mirada el uno al otro con una complicidad total, nos tomamos de la mano y salimos de ese lúgubre búnker de concreto a la deslumbradora luz del sol. Con toda franqueza, fue exactamente así, como un mal final de película.

–¡Compañero Stuchlik, en nombre del gobierno de Checoslovaquia le ordeno por última vez que cumpla con la ley y regrese a su país! Su negativa puede costarle la cárcel, con una sentencia de hasta... diez años –la voz del secretario se oía cada vez más lejos.

–¿Y cómo vas a castigarnos acá en Chile, estúpido? –espeté furiosa, mirando por arriba de mi hombro.

El secretario Vladyka se quedó parado en la puerta del búnker amarillo, su grotesca figura de gorila llenaba todo el marco y estiraba sus manos como si quisiera apresarnos. Nunca más volvimos a poner un pie en la Embajada. Traté de examinar qué era lo que sentía. Ante todo, alivio. Supongo, alivio de que se hubiera acabado. Si lográbamos conseguir nuevos pasaportes, teníamos todo el mundo abierto, pero al mismo tiempo las puertas de nuestro amado país con nuestros amigos y parientes estarían cerradas, y probablemente para siempre. Y también para nuestros hijos, esta era la peor tragedia de todas. Quizá algún día nos echarían en cara esta decisión.

En nuestros seminarios del CERER solíamos discutir a menudo la naturaleza de la elección personal. Milan sostenía que una persona siempre tenía una elección. Los estudiantes polemizaban con él acerca de este punto. Señalaban las influencias y presiones sociales que afectaban al individuo, determinaban sus elecciones y a veces, incluso, le negaban toda posibilidad de elegir. Milan se oponía a este argumento. De acuerdo con su filosofía, un sistema social, una organización social, incluso, el gobierno y, de hecho, cualquier régimen, son el resultado de la existencia y las acciones de los individuos que, a través de su comportamiento, afectan o de alguna manera influyen en la conducta de los otros. Estaba convencido de que todo individuo en conjunción con cualquier otro individuo de la comunidad es personalmente responsable de todas las acciones sociales, incluyendo el tipo de gobierno y el régimen político en el que viven. Discutíamos mucho y cuando se llegaba a la obligación de tomar una decisión extrema, del tipo “haz lo que te ordenamos y vivirás, desobedece y morirás”, esto no podía

considerarse una verdadera elección. Milan todavía mantenía que el estado moral de la sociedad tenía su bisagra en las decisiones que tomaba un individuo cuando se veía enfrentado a ese dilema. Los regímenes totalitarios apoyan el determinismo, lo opuesto a la libertad individual de elegir, y quienes detentan el poder, ocultos tras anónimas fuerzas sociales, tiranías y sistemas totalitarios se defienden con excusas como: “no había nada más que yo pudiera hacer” o “no tenía opción” o, incluso, “si no lo hubiera hecho yo, alguien más la habría hecho, y hubiera sido mucho peor”. Tan pronto como cualquier individuo se adentra por esa ruta, se vuelve controlable y dependiente. Sí, Milan era un filósofo estricto. Toda persona tiene, ante y por sobre todo, que asumir la responsabilidad de sus propias acciones, y solo entonces puede hacerse merecedor de la libertad. Esta discusión de ningún modo era definitiva y estaba claro que volveríamos a retomarla. Y en ese momento fuimos nosotros los que nos enfrentamos cara a cara con la necesidad de tomar una muy dolorosa decisión: abandonar o no nuestro país de nacimiento. Para las personas en nuestra situación, era una forma de emigrar muy diferente a la de millones de otros europeos. Una vez que decidiéramos, no habría vuelta atrás. A mí, me parecía injusto y cruel. Escogimos ser libres en Chile. Pero esa tarde en la terraza las lágrimas corrían por mis mejillas mientras Milan me acariciaba en la espalda sin decir palabra. Nos quedamos así hasta que oscureció. Esa noche tuve el primer sueño del emigrante. Estaba en Praga. Caminaba por toda la ciudad visitando amigos y abrazando parientes, pero de pronto me asusté. ¿Cómo me voy a marchar de aquí? Mucho más tarde leí que todos los emigrantes checos sufrían con pesadillas similares.

ALLENDE VA A MOSCÚ

En diciembre de 1972 la Kennecott Copper entabló acciones legales contra Chile para exigir parte de las utilidades obtenidas de la venta de cobre a Francia. Chile protestó y las ganancias quedaron retenidas hasta que un arbitraje internacional emitiera su resolución. El monto en cuestión superaba el millón de dólares. Dos cargamentos posteriores ya navegaban rumbo a Europa y tenían solicitud de embargo por parte de la Kennecott Copper. Pero los estibadores de Le Havre, solidarizando con Chile, rehusaron descargar el primer barco, que se desvió entonces a Holanda, donde sucedió lo mismo e igualmente en Suecia.

Chile se hallaba en una situación desesperada, ya que las divisas que se esperaba obtener por la venta del cobre estaban destinadas a créditos de corto plazo para la compra de alimentos. El gobierno chileno comenzó entonces a negociar una prórroga de las amortizaciones con sus acreedores extranjeros. Allende no podía darse el lujo de suprimir los pagos sin haber negociado, si llegaba a hacerlo, la única rendija que todavía estaba abierta en las compañías financieras internacionales se cerraría de un portazo. Pero, incluso, así parecía no haber modo de evitar el colapso económico, a menos que Allende pudiese encontrar ayuda en otra parte... El Presidente decidió viajar a México, Cuba y Europa con el propósito de obtener apoyo para su causa. Incluso, fue agendado para dar un discurso delante de la Asamblea General de Naciones Unidas en Suiza. Allende pensaba culminar su viaje con una visita a la URSS. Durante sus dos semanas de ausencia, asumiría la presidencia el general Prats. El 4 de diciembre, el presidente Allende proclamó su famoso discurso acusatorio delante de la Asamblea General en Ginebra. Lo oímos por radio:

“Desde el momento mismo en que triunfamos electoralmente el 4 de septiembre de 1970, estamos afectados por el desarrollo de presiones externas de gran envergadura, que pretendió impedir la instalación de un gobierno libremente elegido por el pueblo, y derrocarlo desde entonces. Que ha querido aislarnos del mundo, estrangular la economía y paralizar el comercio del principal producto de exportación: el cobre. Y privarnos del acceso a las fuentes de financiamiento internacional...”

Allende citaba un ejemplo tras otro. Las acciones subversivas de la ITT y su conexión con la CIA, el bloqueo económico liderado por la Kennecott Copper. Sin

embargo, su principal ataque se concentró en el así llamado “bloqueo invisible”, esto es, las trabas crediticias que le negaba a Chile acceso a las fuentes habituales de préstamos internacionales. En apoyo de sus acusaciones sostuvo que antes de su elección, el Banco Mundial había prestado al país más de 234 millones de dólares. Apenas la Unidad Popular asumió el poder, se le negó a Chile todo préstamo. El Eximbank y el BID también cerraron sus puertas al igual que la USAID, que durante el década de los 1960 prestaba a Chile setenta millones de dólares anualmente en forma regular. Durante el segundo año del mandato de Allende le habían prestado apenas tres millones de dólares.

Su discurso desató una tormenta de reacciones diversas a través de todo el mundo. Por un lado, suscitó una gran simpatía por Chile, al que presentó como un pequeño y valiente país que había decidido romper con su tradicional dependencia de una superpotencia que hasta ese momento había dictado su existencia económica y política. Por el otro, los expertos políticos internacionales más realistas ya habían preparado sus contra argumentos. Señalaron que Chile no estaba en absoluto preparado para afrontar las consecuencias de romper sus vínculos con los grupos financieros estadounidenses al nacionalizar sus propiedades. ¿No eran las consecuencias claramente previsibles? El gobierno de Allende había realizado una evaluación de la situación por completo equivocada al esperar el apoyo económico de otros países tras rebelarse contra Estados Unidos, sabiendo que todos estos también dependían financieramente de él. Se sabe que la fuente de los fondos del FMI, tal como de otras organizaciones similares, proviene de contribuciones estadounidenses y de Europa occidental.

La acusación del Presidente por lo menos tuvo un resultado positivo: La comunidad internacional condenó en forma unánime los intentos de paralizar la economía chilena llevados a cabo por la Kennecott y se declaró que sus acciones constituían una agresión económica y un daño a la soberanía de Chile. Los países exportadores de cobre ya habían acordado dejar de tratar con aquella y también cancelar el comercio con mercados que habían pertenecido tradicionalmente a Chile. Cada pequeño signo de apoyo internacional daba nuevos aires al gobierno de Allende. Ahora todo Chile ponía sus esperanzas en los resultados del viaje de Allende a la URSS.

“¿Supiste? ¿Lo oyeron? ¡Allende dijo en Rusia que venía a pedir ayuda a nuestro Hermano Mayor!”. El rumor corrió de boca a boca. La oposición parlamentaria estaba furiosa. Tal vez los chilenos fuesen mendigos, pero mendigos dignos. ¿Cómo pudo Allende asumir la postura de un humilde suplicante? Además, la expresión “nuestro hermano mayor” había sido extremadamente desafortunada, recordaba a *1984* de Orwell. Cualquiera fuese el respeto que Allende se hubiera ganado por su discurso en la ONU, ahora lo había perdido al suplicar de rodillas ante el Hermano Mayor del este. Peor todavía, su visita no obtuvo ninguno de los resultados esperados. Pasó largo tiempo desde su regreso antes de que se anunciaran de forma pública los detalles de su viaje y encuentro con el gobierno soviético y, aunque las habladurías cundían, cuando algunos hechos salieron a la luz fueron increíbles.

Allende esperaba que los rusos le ofrecieran un préstamo de corto plazo de medio billón de dólares. Era su última esperanza. Pero en vez de otorgar el préstamo lo obligaron a firmar varios comunicados oficiales: uno referido a una conferencia Paneuropea sobre la Seguridad Global, otro oponiéndose a la unificación de las dos Alemanias, otro apoyando la política soviética en Medio Oriente, otro acerca de Bangladesh. No hay nada en el mundo que los rusos amen más que firmar un comunicado oficial... Pero Allende necesitaba ese medio billón a cualquier precio. Mientras firmaba todo lo que le ponían sobre el escritorio esperando la reunión para solicitar el préstamo, también rubricó un acuerdo con los soviéticos para disminuir las aguas territoriales chilenas a doscientas millas marinas. Este no era para nada irrelevante en comparación con los previos. Desde hace bastante tiempo a la fecha, los periódicos habían estado dando la alarma respecto de las actividades de los pesqueros rusos, los buques factoría, y su inmisericorde saqueo de las aguas chilenas.

Pese a todo, cuando al fin se le permitió a Allende presentar la solicitud del préstamo a los representantes del gobierno soviético, fue rechazada de plano. Ni siquiera había alguien dispuesto a discutirla en términos generales. Lo dejaron de pie cerrándole la puerta en las narices como el insignificante pordiosero que era, y lo devolvieron con un mensaje más bien sorprendente entregado mediante un funcionario del Partido Comunista chileno que, por extraña coincidencia, estaba también en ese momento visitando a sus compañeros soviéticos: se le aconsejó a Allende que la Unidad Popular debería intentar mejorar sus relaciones con Estados Unidos, valiéndose en las negociaciones de la ayuda del Partido Demócrata Cristiano.

La humildad del Presidente no había tocado la sensibilidad del Hermano Mayor que, de un plumazo, se había lavado las manos de una vez por todas del desagradable asunto que era Chile. En realidad, no estaban ni remotamente interesados en el nuevo estilo de socialismo democrático de Allende. A su regreso, al aparecer en televisión, Allende lucía como un hombre viejo y acabado. Sabía que era el fin. Solo en su arruinado país tuvo ahora que nadar adonde lo llevara la corriente. Ciertamente, consiguió varios préstamos en Europa Oriental, a saber, en forma de bienes, pero fracasó en la obtención de cualquier tipo de efectivo para tapar los hoyos más grandes: dar de comer a las bocas hambrientas y comprar repuestos para la maquinaria y poner así en marcha las fábricas. Asimismo, las condiciones de los préstamos de largo plazo con la Unión Soviética y otros Estados socialistas eran en extremo desventajosas. Incluso, mucho más duras que las que Estados Unidos hubiera impuesto en ese distante y vilipendiado pasado. Además, las amortizaciones debían ser hechas en cobre chileno.

Ni siquiera los peores enemigos de la Unidad Popular habían esperado que a Allende le fuera tan mal en su viaje a Europa Oriental. En el Congreso se había preparado una fuerte campaña contra la intromisión de la Unión Soviética en asuntos chilenos, ahora estaba claro que no habría tal. Fue una saludable, pero triste lección para los chilenos.

Aunque debo confesar que Milan y yo soltamos un suspiro de alivio. Era una prueba concluyente de que la Unión Soviética no tenía el más mínimo interés en apoyar alguna forma de socialismo que no fuera la suya. Y en particular, era alérgica a todos los modelos revisionistas que podrían atraer a las democracias occidentales. El hecho de que los rusos hubieran invertido tantos esfuerzos por erradicar la Primavera de Praga debería haber sido una señal clara para los izquierdistas chilenos de que jamás apoyarían el experimento socialista de Allende.

Así que el Presidente volvió a casa con las manos vacías. Para coronar el desastre cayó el precio del dólar, el cobre se vendió al precio más bajo de que se tuviese memoria y subió el costo de los alimentos en el mercado internacional. En esos días, la gente hablaba abiertamente de un *Coup d'Etat*.

En diciembre pasamos una semana de vacaciones en un gran fundo ubicado al oeste, cerca del mar, cuyos dueños eran Orlando y Sonia Sotomayor. Sonia era docente del Departamento de Educación de la Universidad Católica y nos conocíamos bastante. El asueto fue al más puro estilo campestre sudamericano: pasamos la mayor parte del tiempo andando a caballo. Orlando necesitaba contar, marcar y vacunar sus crías, así que nuestro trabajo consistía en llevar los terneros a los corrales que había cerca de la casa patronal. Nos unimos a un equipo de empleados, algunos estudiantes y otros amigos de la familia. Salíamos al despuntar el alba y no terminábamos sino cuando se ponía el sol. El terreno era muy irregular, grandes potreros con arbustos, cañaverales y senderos. El ganado de Orlando gozaba de total libertad de movimiento. Trabajábamos en equipo, de a tres jinetes por ternero. Los jóvenes animales eran en extremo astutos y se metían entre los ramajes, así que se necesitaba de tres personas para hacerlos salir. Una vez que lográbamos enlazar a uno, lo arrastrábamos mientras protestaba con furia hasta meterlo en el corral junto al resto del rebaño. La tarea no era nada de fácil, puesto que los novillos eran por completo salvajes y jamás habían sido alcanzados por mano humana. En términos prácticos, la granja de Orlando era un rancho ganadero. Cuando llegó el momento de darle de comer a su familia y amigos en esta excepcional ocasión, el dueño hizo una pregunta muy simple:

–¿Cuántos somos? –alzó la vista y contó las cabezas– quince –dijo con satisfacción.

Pidió entonces a Milan, en tanto huésped de honor, que escogiese una vacuilla para ser sacrificada. Milan quedó algo desconcertado... el ganado no era su especialidad.

–¿Te parece buena esa?... ¡Antonio!

Orlando apuntó vagamente en dirección al rebaño y llamó a su ayudante que se adelantó rengueando, desplegó su lazo y capturó con toda facilidad la vaca que su patrón había señalado. Bien pasado mediodía la mitad del animal estaba asándose en una parrilla sobre una gran hoguera encendida en una hondonada cerca de la casa. Era tal la cantidad de carne que tuvimos para toda la semana.

Antonio era vaquero y un héroe local que recorría cojeando todo el fundo. Al atardecer, en la cocina, nos contó cómo había quedado lisiado por causa de

los terroristas. Sucedió poco tiempo después que los inspectores de la Reforma Agraria del gobierno habían visitado el fundo de Orlando, declarando que la propiedad era no apta para ser parcelada. Orlando recibió una carta de confirmación de su decisión. La tierra era inútil para la siembra u otro tipo de cultivo, ya que constaba de pastizales de baja calidad y vegas en la boca del río Toltén.

Pero esta declaración no protegió a Orlando de los miristas, que tenían otra opinión. Una noche, atacaron la propiedad. Pusieron fuego al galpón y comenzaron a disparar a la casa patronal. Orlando y sus tres inquilinos se parapetaron como pudieron y se pusieron a intercambiar balazos al más puro estilo *Far West*. La balacera se prolongó todo el día y la noche, con tiros que alcanzaron no solo a la casa sino, también, a los cuartos interiores, que estaban densamente marcados con agujeros de bala. Muchos animales murieron. Para mala suerte, Antonio recibió un tiro en el muslo y, como pasó mucho tiempo antes de que pudiese recibir atención médica, la herida se infectó y tuvo que ser hospitalizado por dos meses sin saber si perdería o no la pierna. A fin de cuentas, el fundo de Orlando fue salvado por sus amigos y vecinos. Al escuchar el tiroteo llamaron a carabineros. Como en las películas, llegaron en el último momento igual que la famosa caballería, Orlando y su gente ya casi carecían de municiones. Nada de extraño entonces que Antonio escupiese cada vez que se mencionara a los terroristas o a “Allende y sus bandidos” –como llamaba al gobierno actual– por haber permitido tales excesos. Ninguno de los atacantes fue capturado, tal como los guerrilleros de verdad, los miristas se habían esfumado en el aire. Era, por tanto, inútil tratar de convencer a Antonio que, en esos momentos, Allende era tan contrario a esos terroristas como él mismo. El vaquero recorría el fundo tratando de ser útil, pero sabía muy bien que en un lugar así no era más que una carga, por más que fuese tolerada. Cada atardecer atendía a su propio caballo, que alguien había montado durante el día. Lo aseaba, le daba de comer, le hablaba con pena y lo llevaba al establo. Su rostro dejaba ver cuánto añoraba montar de nuevo.

Peter y Lidia, junto con las hijas de Orlando, tuvieron las más locas y apasionantes vacaciones que unos padres aterrados, pero resignados, pudieran imaginar. Montaron en pelo potrillos y jugaron a la escondida entre los altos tallos de hierba y los cañaverales del río. Se tiraban al galope desde los lomos de los caballos al mullido y suave pasto. En el amplio río que desembocaba en el mar, hacíamos picnics. Ahí, en la ribera, los niños rodaban por el fango cubiertos de pies a cabeza, donde montaban ataques a los adultos desprevenidos retándolos a adivinar si descubrían quiénes eran sus propios hijos. Y, por cierto, que nadie era capaz de decir cuál niño “negro” era cuál. Bien al atardecer, luego de un lavado a fondo en el río, había carreras de caballos en la playa. Una vez que los niños cruzaban el portón hacia el exterior, podían hacer lo que quisieran durante todo el día, el mundo les pertenecía.

Mientras tanto, los adultos jugaban a ser vaqueros y solo al anochecer nos reuníamos todos alrededor del fuego. Algunos dormitaban exhaustos mientras la carne se asaba en la parrilla acompañada por un buen moscatel. Para gran

sorpresas, apareció por allá todo el CERER. Los jóvenes extranjeros escuchaban las historias de los actuales ataques a los fundos, que deben haber parecido leyendas del Lejano Oeste para los estudiantes estadounidenses. A pesar de sus experiencias con los extremistas, Orlando no expresó abiertamente su encono contra Allende. Lo que él quería, al igual que tantos otros, era que Allende “se pusiera los pantalones de una vez por todas” y terminara con el desorden que reinaba en el país.

EL OCASO

A comienzos de 1973, después de las vacaciones de diciembre, iniciamos el período de estudio en un nuevo y muy mejorado CERER. Tomando en cuenta sus humildes comienzos, se habían hecho grandes progresos y contamos ahora con un equipo docente grande y cosmopolita que incluía a dos canadienses, un británico, un profesor de Noruega, otro de Escocia, una pareja de estadounidenses, algunos charlistas chilenos ocasionales y, por supuesto, un checo. Las clases prometían, por lo mismo, ser de muy amplio espectro, ya que no solo estudiaríamos teoría y metodología antropológica sino, también, Filosofía, Sociología, Historia y materialismo histórico, adaptado este último como herramienta de análisis crítico. Aprenderíamos, además, Estadística y Demografía y, por último, “Conocimiento y Comprensión”, que abarcaría unas cuantas charlas filosóficas dictadas por Martín Cordero, el psiquiatra. En la Casa Central de la universidad se mofaban de nosotros, diciendo que la proporción entre profesor y alumno era de uno a uno. Pero esto cambió muy pronto porque hubo un notable ingreso de alumnos a primer año.

En la práctica, la administración de la universidad no ponía objeciones a nuestro equipo internacional de profesores. Por supuesto, captaban las ventajas económicas de contratar un profesional extranjero para enseñar a treinta estudiantes en vez de becar a treinta estudiantes para que fuesen a estudiar al extranjero. Más todavía, los nuevos profesores llegaban con sus propias subvenciones pagadas en moneda extranjera. Para los recién graduados era bastante útil trabajar en CERER. Milan los ayudaba con su trabajo de campo y monitoreaba sus tesis. A raíz de su trabajo continuo entre los mapuches y la sociedad chilena, las obligaciones docentes de estos graduados eran livianas y tenían asistencia libre a clase. Nuestro Departamento había recibido finalmente un reconocimiento oficial al autorizársele a otorgar el grado de licenciado en Ciencias Sociales a sus alumnos.

Nuestro poco convencional Departamento, donde estudiantes y docentes se mezclaban mientras iba definiendo sus propios objetivos, era una piedra en el zapato para muchas otras universidades y departamentos. El Comité Político de la Universidad de Concepción, en el espíritu de “incrementar la conciencia de clase”, envió una carta a los dirigentes del Partido Comunista de Praga quejándose de la evidente falta de activismo político del doctor Stuchlik. Desde el momento en que el ya mencionado doctor Stuchlik rehusaba ayudar a la construcción del

socialismo en Chile, había cesado de ser útil. Y no solo eso, era, además, una mala influencia y debía ser llamado de vuelta a su país de origen. Nuestro amigo Vaclav nos llevó una copia de esta carta cuando vino a visitarnos desde Praga y sugirió que, posiblemente, esto había suscitado la perentoria exigencia de regresar con que nos presionaron en la Embajada.

Ahora, ¿por qué estábamos tan decididos a quedarnos? Esa pregunta no era fácil de responder. En términos de beneficios materiales, Chile ocupaba un lugar muy bajo en la escala de comodidades domésticas. Nos las arreglábamos para sobrevivir haciendo colas interminables y recibiendo ayuda de amigos que tenían acceso a provisiones. En una palabra, lo que más nos amarraba a quedarnos era nuestro trabajo en el CERER, nuestra fe en su importancia y el grupo de amigos dedicados que compartían esa convicción. Nuestro compromiso con esa fabulosa microcomunidad nos impedía siquiera considerar la posibilidad de partir. Pertenecíamos ahora a este lugar donde nos necesitaban y Milan era guiado en su visión por una resolución que compartían sus alumnos y colegas. En el CERER estábamos todos construyendo un centro de Antropología de excelencia. Y porque valorábamos tanto lo que estábamos haciendo, no nos sentíamos para nada amenazados con lo que podría venir. Debo recordar que, como el pasaporte de Milan había vencido y carecía de un documento de viaje válido, no hubiéramos podido dejar el país, aunque quisiéramos, así que nuestro plan era postular a la obtención de ciudadanía chilena o a una visa permanente para extranjeros.

* * *

El desabastecimiento de comida en Temuco era terrible, pero no tanto como en el norte de país. La gente simplemente saqueaba los camiones que iban al sur con suministros. Ahora, los choferes manejaban armados y los carabineros siempre estaban en las cercanías, pero eran obviamente incapaces de disparar a mujeres y niños con hambre. El resultado fue que pocos camiones lograron llegar a destino con la carga completa, donde ya estaban formadas interminables colas. Las JAP, a cargo de la distribución de alimentos en las áreas más pobres, se preocupaban ahora de que las familias recibieran solo lo que necesitaban y no tuviesen así excedentes para vender en el mercado negro. A estas nuevas unidades recién creadas ya se les llamaba “El Poder Popular”. Ellas no solo le salían al paso a los especuladores de derecha sino, también, a las prácticas corruptas de los funcionarios de la Unidad Popular que estaban a cargo de la distribución de alimentos. Sin embargo, el general Alberto Bachelet, a quien Allende había nombrado como secretario de la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización (DINAC) para supervisar las JAP, abolió rápidamente este sistema que había sido improvisado por la comunidad.

En esos días, el gobierno de Allende estaba metido hasta el cuello con los generales. Porque pese a que habían prometido permanecer hasta que finalizaran las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 supervisando que transcurrieran

de manera limpia y sin disturbios, el solo ver a las fuerzas armadas en el gobierno era perturbador. Los extremistas declararon que ellas estaban listas para dar un golpe de Estado. El Partido Comunista y los generales se encargaron de disipar los temores de la gente, pero advirtieron, al mismo tiempo, que no tolerarían milicias populares ni ningún otro tipo de unidades armadas paralelas y se castigaría con severidad la tenencia ilegal de armas. Los militantes de derecha, bastante disgustados por la “deserción” de las fuerzas armadas, fueron a tirar maíz y trigo a la puerta de las casas de distinguidos coroneles y generales para hacerles ver su cobardía. Como todo el mundo sabe, con eso se alimenta a las gallinas.

La confiscación de propiedad sancionada por el Estado se extendió ahora al comercio minorista, talleres y manufacturas. Significaba que sus dueños perdían su fuente de subsistencia. Los demócratacristianos apenas podían contener su regocijo ahora que se comprobaba que estaban en lo cierto desde el principio. En ese momento, los obreros se consideraban en serio la vanguardia de la revolución. A fin de cuentas, los sacrificios extremos realizados durante el paro de octubre confirmaban que no necesitaban ni de políticos ni del gobierno. La clase trabajadora había por fin madurado y quería su independencia. Pero el resto de los ciudadanos señaló que, de un tiempo a esta parte, coexistían dos poderes. Por un lado, la Constitución y las leyes, que ahora ni siquiera eran dignas del papel en que estaban escritas y, por otro, el así llamado “Poder Popular” y sus demandas crecientes continuas. Las elecciones de abril serían decisivas, el conflicto que estaba desgarrando a la nación quedaría finalmente resuelto.

Pero las elecciones de marzo no resolvieron nada... Allende obtuvo el 44% de los votos y el resto fue a la oposición. La Unidad Popular eligió sesenta y tres diputados y once senadores; la oposición, todavía en la mayoría, eligió ochenta y siete diputados y catorce senadores. Y pese a que Allende hubiese ganado unos cuantos nuevos diputados, por cierto no tenía el apoyo necesario para que pudieran aprobarse las reformas electorales de la Unidad Popular. Por otro lado, la Universidad Católica denunció la existencia de serias irregularidades durante las elecciones y creó una comisión investigadora.

Los partidos de la oposición estaban sin duda decepcionados. Habían confiado en que la inflación desatada, el desabastecimiento y el descontento general tenían asegurado el fin de Allende... pero no fue así. Su táctica de dar tratamiento preferencial a la clase trabajadora en términos de alimento y bienes de primera necesidad, acompañada de propaganda política, había dado resultado. Así que la derecha comenzó ahora a movilizarse en serio. Los llamados “comités de ciudadanos” estaban adquiriendo armamento y amenazaban con una guerra civil. Antes de las elecciones, la oposición abrigaba la débil esperanza de que el régimen de Allende pudiera quedar legalmente fuera del poder, incluso, se había sugerido que con el apoyo combinado de la Iglesia y las fuerzas armadas se podría lograr una tregua entre la Unidad Popular y la oposición. El soplo de esperanza se había evaporado ahora por completo. Dos días después de las elecciones, Allende

reimpulsó su proyecto para integrar las escuelas con el fin de proporcionar igualdad de oportunidades para todos: la ENU (Escuela Nacional Unificada). No más educación privada, nada de privilegios por el apellido.

La oposición la rechazó frontalmente. En su opinión, era solo un intento por conformar a los niños a la ideología marxista lavándoles el cerebro. También los planes de Allende en torno a la educación técnica, para hacerla más acorde con los requerimientos de la industria, se toparon con la oposición de los padres y los políticos. La FESES (Federación de Estudiantes Secundarios), que ya se había dividido en 1972 entre los que apoyaban a Allende y los que lo rechazaban, se tomó las calles en protesta contra la ENU y las fuerzas especiales de Carabineros, porras en mano, se les dejaron caer encima sin contemplaciones.

Los generales dejaron por fin el gabinete y fueron reemplazados por civiles. Allende propuso que se disolviera la Unidad Popular para que hubiese solo dos partidos fuertes de izquierda unidos ideológicamente, pero esta sugerencia fue recibida con escarnio, ya no había interés alguno en lograr paz y unidad.

Los meses de otoño de 1973 estuvieron saturados de intensas emociones. Odio, impaciencia, rabia, desesperación, impotencia... en suma, todos los sentimientos ignominiosos que se mantienen ocultos en el corazón humano habían salido a la luz y bramaban rabiosos en la arena política. *El ocaso de los dioses* ya casi estaba sobre nosotros.

No había más elecciones en el horizonte y con ello ya no había posibilidad de resolver el conflicto por medios políticos. En todo caso, ya nadie creía que se pudiera llegar a un acuerdo pacífico. Las propias filas de la izquierda batallaban entre sí. Los más mesurados abogaban por la paz y la consolidación de su triunfo electoral. Otros persuadían a los indecisos de que era el momento de llevar al país a la polarización extrema y dar el impulso final a la revolución del proletariado. Mientras tanto, la derecha, con una fuerza sin precedentes, numerosa y unida tras una sola causa –destruir por completo a la odiada izquierda– estaba ocupada de lleno en actividades sediciosas, sabotaje y contrabando de armas. Patria y Libertad con sus terroristas de camisas negras entrenados por exnazis en refugios de alta montaña, sobrepasaba a los terroristas de la izquierda del MIR. Por las noches se entrenaban atacando las poblaciones y, durante el día, seguían y anotaban los movimientos de los miembros más conocidos de los partidos de izquierda.

Todos nosotros, sin excepción, estábamos sufriendo el desabastecimiento y la situación empeoraba día a día. La inflación se empinaba al 300%, lo que en realidad significaba hiperinflación, y el tiempo se consumía en hacer colas y colas. Un buen día, comenzaron a circular dólares, idólares de verdad! Abundaban, a pesar de que las arcas fiscales estaban vacías. Así era como Estados Unidos instigaba un nuevo tipo de acción subversiva influyendo en la situación política al apoyar a la oposición, el enemigo natural de cualquier gobierno que detente el poder.

Mientras seguíamos los acontecimientos políticos y los discutíamos desde un punto de vista teórico, los mineros de El Teniente decidieron declararse

en huelga. Este yacimiento situado a unos ciento veinte kilómetros al sur de Santiago es la mina de cobre subterránea más grande del mundo. La razón de los mineros era que sus derechos sindicales consagrados estaban bajo amenaza. Estos garantizaban, entre otras cosas, un reajuste automático de salarios según la inflación. Pero la Unidad Popular les informó que, dada la situación, ya no estaba obligada a reconocer esos derechos. El gobierno trató de restar importancia a la gravedad de la situación con los mineros. La versión oficial sostuvo que los huelguistas eran un grupo de insignificantes “vendidos” compuesto de miembros de los altos niveles técnicos, pero que los mineros reales, los fieles compañeros, estaban trabajando normalmente. A la postre, sin embargo, La Moneda hubo de sincerarse. Todavía en Chile la prensa podía publicar noticias y opiniones de todo el espectro político.

La huelga ya se había extendido dos meses y medio y le estaba costando al país un millón de dólares diarios, así que el gobierno decidió destruir de una vez por todas el poder de los sindicatos, ya que eran demasiado poderosos y una amenaza a su autoridad política. Decidió darles a los mineros una cruda lección: hacerlos pasar hambre. Bajo circunstancias normales esto habría sido relativamente fácil y la situación se habría prolongado muy poco. Por otra parte, los activistas de la Unidad Popular estaban impartiendo justicia por su cuenta destruyendo la propiedad privada de los mineros. Pero a estos últimos la ayuda les llegó desde el sur. La gente que los apoyaba comenzó a traer comida de contrabando de sus bodegas privadas a los mineros de El Teniente. Carabineros, bajo orden del gobierno, confiscó muchos de estos alimentos, de tal suerte que solo una parte llegó a destino. Los mineros decidieron, entonces, presentar sus quejas directamente al Presidente y hacerle entender que el salario que estaban recibiendo no les alcanzaba para alimentar a sus familias.

Cinco mil mineros y sus familias comenzaron a marchar por la Panamericana rumbo a la capital. Cuando ya llegaban al puente sobre el río Maipo se encontraron con una barrera de carabineros y tanquetas. Las bombas lacrimógenas cayeron sobre la multitud y luego siguieron los disparos. Treinta mineros quedaron heridos y el resto se dispersó. Finalmente, tres mil mineros lograron llegar a Santiago abriéndose paso por poblados y vías aledañas. Allí les salieron al paso pandillas de jóvenes revolucionarios que los habían estado aguardando con impaciencia para “darles una lección”. Aparte de las usuales cadenas y bastones, se usaba esta vez gran cantidad de pistolas y rifles. Los mineros, por su parte, no habían venido a improvisar, y sus cartuchos de dinamita dejaron un recuerdo imborrable en los miembros de la Unidad Popular, en los carabineros y en... los ventanales de los edificios. La gente se preguntaba, ¿por qué tanta mano dura contra los mineros, nuestra aristocracia obrera, nuestros héroes nacionales? ¿No recordaba eso las tan criticadas prácticas del pasado?

A pesar de haberse negado a recibir a la delegación de los mineros, Allende terminó por abrirles las puertas. Prometió una mesa de negociación, pero no pudo cumplir su promesa. Los presidentes de los partidos Comunista y Socialista



Marcha de apoyo al gobierno de la Unidad Popular frente al palacio de La Moneda , Santiago, 1973.
Fotografía de Armindo Cardoso. Archivo Fotográfico Biblioteca Nacional de Chile.

discrepaban de ese enfoque tolerante y declararon que no habría conversaciones con los insurgentes. Eso fue el fin de cualquier asomo de iniciativa por parte de Allende. ¡No quiera Dios que Allende “se pusiera los pantalones”! A los mineros se les dio alojamiento en la Casa Central de la Universidad Católica donde aguardaron pacientes una solución a sus problemas. La gente simpatizó con ellos y se organizó una “marcha de la democracia y del hambre”.

Los eventos de Santiago y la actitud del gobierno frente a su desesperada situación enfurecieron a los mineros de todo Chile. En Chuquicamata amenazaron plegarse a la huelga. Otras industrias asociadas con la minería también advirtieron lo mismo, lo que equivalía a la posibilidad de una paralización completa de la industria minera. Esto sería el esperado anuncio del colapso económico final, porque el cobre era el único producto que todavía se vendía en el extranjero y que reportaba divisas.

Huelgas, huelgas y más huelgas. Los estudiantes no habían querido regresar a clases luego de las vacaciones y se desmandaban por las calles. Una delegación del Ejército había presentado sus objeciones a la ENU y a la abolición de la educación privada, y Allende obedientemente, al menos en cuanto al futuro inmediato, descartó la iniciativa. Era obvio que la intervención de los generales tuvo mucho más influencia sobre Allende que las peticiones de los mineros.

Pero ahora una nueva querrela estalló en el Congreso. La oposición quería una clarificación final acerca de cuáles segmentos de la industria quedaban sujetos a la ley de nacionalización y cuáles no. El Presidente rehusó, de hecho, clasificar las ramas industriales, porque su meta era que un día toda la industria fuese nacionalizada. Por desgracia para él, existía en Chile el cargo de Contralor General de la República, quien tiene autoridad sobre el gobierno y el Congreso y cuya tarea principal es velar por la defensa de la Constitución y las leyes. Jamás se había puesto en duda su autoridad y ordenó que ciertas empresas fueran de inmediato devueltas a sus dueños. Fue entonces cuando Allende hizo algo inconcebible: se rehusó, apelando a su “Derecho de Insistencia” presidencial. En respuesta, la Corte Suprema le envió una carta oficial a fines de mayo advirtiéndole que sus acciones podían conducir a Chile a un estado de anarquía completa debido a un colapso total en la estructura legal del país. El Presidente ignoró esta carta de advertencia. Estaba comenzando a utilizar cada vez más su derecho presidencial de veto contra las resoluciones parlamentarias. El Congreso, por su parte, desechó todas las mociones presentadas por los diputados de izquierda valiéndose de su mayoría en la Cámara. En realidad, estaban preparando un plebiscito para eliminar el veto presidencial.

Durante la huelga de los mineros, quien estuvo a cargo de mantener el orden en las calles fue el Ejército, principalmente reprimiéndolos. Ahora la gente de oposición se burlaba de los soldados.

Un incidente ocurrido en junio en Santiago –y en su momento considerado bastante gracioso– fue, en realidad, un grave anuncio de que se había perdido

todo respeto por los generales y que a ellos se les había acabado la paciencia. Una dama, la señorita Alejandrina Cox, adelantó la gran limusina del general Prats con su pequeño automóvil. Al hacerlo le sacó la lengua. Prats, que hacía poco integraba el gabinete de Allende, quedó lívido de furia y le dio a su chofer la bien conocida instrucción:

–¡Siga ese auto!

Así que hubo una persecución que se extendió por una docena de cuadras por avenida Las Condes, llegando al extremo de que el General se asomara por la ventanilla y disparara dos veces. Cuando al fin la aterrorizada conductora paró, el General corrió hacia ella y, apuntándole, le gritó:

–¡Ríndete puta o te mato!

Tras el incidente, el gobierno emitió un comunicado oficial sosteniendo que en realidad había sido un intento de asesinato, pero la prensa le sacó el jugo al incidente. La persecución había ocurrido a pleno día y delante de cientos de testigos. El General presentó su renuncia, pero Allende la rechazó.

En medio de toda esta tensión creciente, también nosotros, en forma inesperada, quedamos en la línea de fuego. Llegaron unas visitas de la Universidad de Concepción. Eran exalumnos y profesores del Departamento de Antropología. Entre ellos había también algunos extranjeros, una mujer británica y una belga. Hacía tiempo que Milan no daba clases en Concepción, pero estaba encantado de recibir a los visitantes y solo se lamentaba de no poder pasar más tiempo con ellos, ya que nosotros íbamos saliendo para Santiago. Por supuesto, los invitamos a que se quedaran en nuestro departamento. Las muchachas accedieron, pero los hombres ya habían encontrado alojamiento en otro lugar, así que ingenuamente las dejamos a cargo de Rosa, nuestra joven empleada.

Dos días después, a nuestro regreso, nos salió a recibir el propietario, que vivía en el departamento de abajo. Estaba en la vereda indignado y dispuesto a echarnos. Rosa ya había hecho sus maletas diciendo que quería volver al campo donde su familia y estaba claramente aterrorizada.

Sucedió que nuestros huéspedes eran miristas. Y sacaron todo el provecho que pudieron de nuestra ausencia. A la primera noche los muchachos regresaron bien tarde donde las chiquillas y se dieron un reventón a costillas nuestras. Nada se libró: alcohol, libros, cerámica, artefactos mapuches... los revolucionarios marxistas dejaron bien en claro que carecían de todo respeto por las posesiones materiales, especialmente cuando pertenecían a otros. Pasada la medianoche la bulla se había vuelto insoportable. Todos estaban borrachos, gritaban y uno de ellos golpeaba un zapato contra la puerta del baño al lado de la pieza de los niños. Peter ya no pudo aguantar y salió en pijama a pedirles cortésmente a nuestros “huéspedes” si podían quedarse tranquilos, ya que él no podía dormir.

En la mañana, después de la orgía, llegó el momento de mandar a la empleada.

–¿Dónde está el desayuno? –preguntaron los compañeros.

Rosa, muy nerviosa, ya que había pasado toda la noche con Lidia en su cama sin pegar un ojo, les ofreció café, pan y jamón.

—¿Dónde está la mantequilla?

Rosa balbuceó que hacía mucho tiempo que no tenían.

—¡Mentira, yo la vi en el refrigerador! —dijo la compañera belga.

Rosa le explicó que Lidia sacaba los conchos de las botellas de leche y batía la nata con un tenedor y que lo poco que había en el refrigerador era de ella.

—¡Igual la queremos!

Los jóvenes revolucionarios ni siquiera dejaron que Rosa terminara la explicación.

—Aquí somos los invitados y tu patrón ciertamente nos la habría ofrecido.

En el acto abrió el refrigerador y se sirvió toda la pequeña bola que tanto esfuerzo le había costado a Lidia. Nunca había visto a Rosa tan furiosa y tan asustada. Tuve que asegurarle una y otra vez que esas personas no eran nuestros amigos, que no los habíamos invitado y que jamás volverían a cruzar nuestra puerta. Pero eso no la aliviaba demasiado. A partir de ese momento siempre abría con mucho cuidado y miraba con sospecha a los que estaban en el umbral. Al mes siguiente, nuestro arrendador aumentó demasiado el monto de nuestro arriendo.

El vandalismo de los miristas no finalizó con lo realizado en nuestro departamento. En la misma mañana fueron directamente a la universidad y abordaron a los estudiantes del CERER, concentrándose en Teresa y Héctor, seguros de sus raíces en la clase obrera. Los amenazaron diciéndoles que si no se plegaban a la revolución, les iban a hacer la vida muy difícil. Luego vino el turno del hotel Oriente, donde vivía Carmen, pero no se quedaron mucho tiempo allí. No después de que Ninette invitara a los gorilas del hotel a unirse a la reunión. Incluso, Mauricio, conocido por su capacidad de sofocar cualquier tipo de incendio político, perdió su famosa imperturbabilidad y sentido del humor.

Esta baja hecha por los miristas era el peor incidente que habíamos tenido que soportar. Milan hervía de rabia mientras recogía, ordenaba y volvía a poner en el cajón las sucias, rasgadas y manchadas páginas de su manuscrito y yo barría los invaluable pedazos de cerámica y trataba de pegar cualquier cosa que se pudiera recuperar. Como Rosa, también estaba furiosa y asustada.

EL FIN DE LA DANZA MACABRA

-Va a haber un golpe -anunció Mauricio con dramatismo.

Estábamos en una larga cola para comprar balones de gas. Lloviznaba.

-O una guerra civil -dije- lo sabe todo el mundo.

-No, un golpe -insistió-. Escucha la radio. Cuanto toquen “El Danubio Azul”, será la señal.

-Lo tocan a cada rato -repliqué, perdiendo interés.

Hacía mucho frío, la cola no avanzaba y todo el tiempo había tipos tratando de meterse a la mala, ni siquiera habían aprendido a respetar una fila de manera civilizada. Tenía los pies entumecidos. Mauricio se quedó callado, ensimismado, quizá comenzaba a sentir el frío también. Pero dijo luego en un tono mucho más sombrío:

-Me advirtieron que tuviera cuidado, que mi nombre está en la lista.

-¿Qué lista?

Se encogió de hombros.

-¿Qué sé yo? Puede ser del Ejército o de Patria y Libertad.

Me preguntaba quién haría esas listas y cuántas de ellas tendrían nuestros nombres. De pronto se abrieron las puertas y salió un pequeño camión cargado con balones de gas. Pero antes de que el chofer tuviese siquiera una posibilidad de salir al camino, chirrió un Peugeot rojo y le bloqueó la pasada. Del auto saltó nuestra colega Cecilia y, desde lejos, pudimos ver su despliegue. Vestida con una chaqueta corta de piel blanca parecía una princesa y comenzó a obsequiar al aturdido chofer con toda la gala de sus encantos. Cual gatita consentida, movía sus pestañas, hacía pucheros, ronroneaba y, al fin, sacándose uno de sus guantes, garabateó algo en un pedazo de papel. Cuando Cecilia volvió a su auto, concedió a la atónita audiencia de la cola un chispazo del más lindo par de rodillas de aquí a Santiago. “Alguien seguramente se va a duchar esta noche con agua caliente”, suspiramos con envidia. Rara vez faltaba algo en casa de Cecilia.

Mauricio había acertado. Hubo un golpe. Después supimos que solo había sido el “ensayo general”. Ocurrió el 29 de junio de 1973. Una unidad de tanques rodeó La Moneda y comenzó a disparar al palacio. La gente huyó despavorida, pero muchos quedaron caídos, muertos o heridos. El tráfico se detuvo en todo el centro de Santiago. Al mismo tiempo, unidades blindadas rodearon el Ministerio de Defensa y bloquearon su entrada. La guardia presidencial abrió fuego. Allende

se dirigió a la nación desde su hogar. Abogó por la calma y el orden y pidió a los trabajadores acudir a sus lugares de trabajo para mostrar su apoyo al gobierno legítimamente elegido. Deberían quedarse en las fábricas y esperar instrucciones.

Los demócratacristianos, por su parte, llamaron en sus comunicados radiales a que todo el mundo mantuviese la calma y apoyara al gobierno y le pidieron a la gente que permaneciera en sus casas. Luego entró en escena el general Prats con sus unidades y, tras un par de horas, puso término a la situación. A mediodía, el Presidente llegó a La Moneda e informó a la opinión pública que la valentía del Ejército leal al pueblo había doblegado a un intento golpista y que sus instigadores serían llevados a la justicia. Esa noche hubo manifestaciones de apoyo a Allende en las calles de Santiago. El Presidente responsabilizó a terroristas de derecha. De hecho, cinco miembros de Patria y Libertad ya habían pedido asilo político en la embajada de Ecuador. Se declaró estado de emergencia y se decretó toque de queda. Era desesperante pensar qué podría venir después.

Manuel, nuestro amigo periodista, siempre sabía más que los otros y nos contó lo que realmente había ocurrido. Varias unidades de un regimiento blindado habían concertado fuerzas con terroristas de derecha y planeado un ataque a La Moneda con el fin de apresar al Presidente. Sucedió que los planes de la rebelión se filtraron y esta pronto se abortó. Pero uno de los conspiradores quedó encerrado en el Ministerio de Defensa. Sus amigos entonces decidieron liberarlo y al mismo tiempo ocupar La Moneda. Esa había sido, en esencia, la intentona de golpe, conocida más tarde como “el tanquetazo”. Persuadiendo a los rebeldes a rendirse sin disparar un solo tiro, el general Prats se redimió en cierto modo ante los ojos del público, luego de su debacle tras la persecución y el incidente con la señorita Cox. En la tarde desfilaron por televisión los héroes de la jornada.

El llamado de Allende a que los trabajadores ocuparan sus lugares de trabajo, llevó a la nacionalización de otras trescientas empresas que pasaron a formar parte de los cordones industriales. Los obreros no tenían la menor intención de devolver las fábricas después de la asonada golpista. Rehusaron obedecer las órdenes del gobierno de devolverlas y se parapetaron dentro contra “los fascistas”, declarando que no les agradaba ser manipulados como piezas de ajedrez cada vez que la Unidad Popular los necesitara, para que después los guardaran de nuevo en el estuche cuando había pasado el peligro. Allende volvió a pedir ayuda a los generales y les ofreció varios ministerios. En esta ocasión los generales rechazaron la oferta y se abocaron, por el contrario, a una enérgica campaña contra la tenencia ilegal de armas. El Ejército comenzó de inmediato la búsqueda en fábricas, oficinas, almacenes y domicilios e, incluso, excavaron en un cementerio. De acuerdo con la nueva ley, los soldados no requerían de ninguna autorización especial para llevar a cabo esas pesquisas. Lo hicieron con especial brutalidad, causando a menudo daños a la propiedad privada e, incluso, pérdida de vidas. Los medios de comunicación, sin embargo, hacían constantes llamados para que los ciudadanos entregaran cualquier arma poseída ilegalmente.

Incluso, se sumó la Iglesia que, tratando de lograr algo de paz y evitar una guerra civil, habilitó las puertas de sus parroquias como lugares donde se podían dejar armas de forma anónima.

Los miristas habían desplegado durante años gran cantidad de esfuerzo, ingenuidad y recursos para equipar un arsenal secreto y este giro en los acontecimientos los cogió desprevenidos. En vez de contar con las milicias populares de valientes trabajadores armados listos para enfrentarse a los “agresores fascistas”, ahora tenían que encarar al enemigo con las manos vacías y ya podían oír la sentencia de muerte de su gloriosa revolución. Luis Corvalán, presidente del Partido Comunista, también estaba convencido de que entregar las armas era la única solución y aseguró a la nación que:

–A pesar de todos los ataques, sobornos, persuasión y presión de la derecha sobre el Ejército, este mantendrá siempre un comportamiento ejemplar y permanecerá leal al gobierno legítimamente elegido.

Su secretario títire, Volodia Teitelboim lo secundaba:

–La derecha está tratando de desmoralizar a ciertos generales, almirantes y sus familias, pero la mayoría de las fuerzas armadas permanece fiel a la Constitución.

Esas repentinas referencias a las instituciones democráticas y a los juramentos militares viniendo de tan improbables fuentes, eran en extremo sospechosas. A la postre, todo fue en vano, ya se había rebalsado la lava del volcán. Vi con mis propios ojos cómo la gente perseguía a los oficiales en la calle, tratándolos de cobardes e insultándolos. En la plaza de Armas de Temuco un anciano agarró a uno de ellos por las solapas gritándole:

–¡Hagan algo por el amor de Dios! ¿No dicen que son patriotas? ¿No les importa lo que estos hijos de puta han hecho con Chile? ¡Son todos unos cobardes!

El enrojecido uniformado trató de desprenderse del hombre, pero al final huyó. Escenas como esas se repetían a diario. Los manifestantes aparecían delante de las casas de los generales, cantando eslóganes provocativos, ensuciando las paredes con basura y rayando con insultos las rejas, autos y murallas. No es de extrañar que el general Prats haya estado al borde del colapso, ya que nunca antes el Ejército había tenido que aguantar una presión semejante de parte de la gente. Frei Montalva, el Presidente anterior, agregó combustible al fuego cuando anunció que era inmoral que el gobierno ofreciera carteras ministeriales a las fuerzas armadas, ya que con eso las involucraba en el inminente colapso económico y social.

* * *

Agosto. ¿Qué hacía yo en agosto? Algo totalmente natural: cuidar una guagua. La recién nacida de Rosa había llegado de la nada. Bueno, casi de la nada. Hacía muy poco que había comenzado a preocuparme por la forma de su cuerpo, hasta que al fin la senté frente mí para hacerle las consabidas preguntas: ¿Quién?, ¿dónde?, ¿cuándo? Por un rato Rosa negó, jadeando con vergüenza, pero luego,

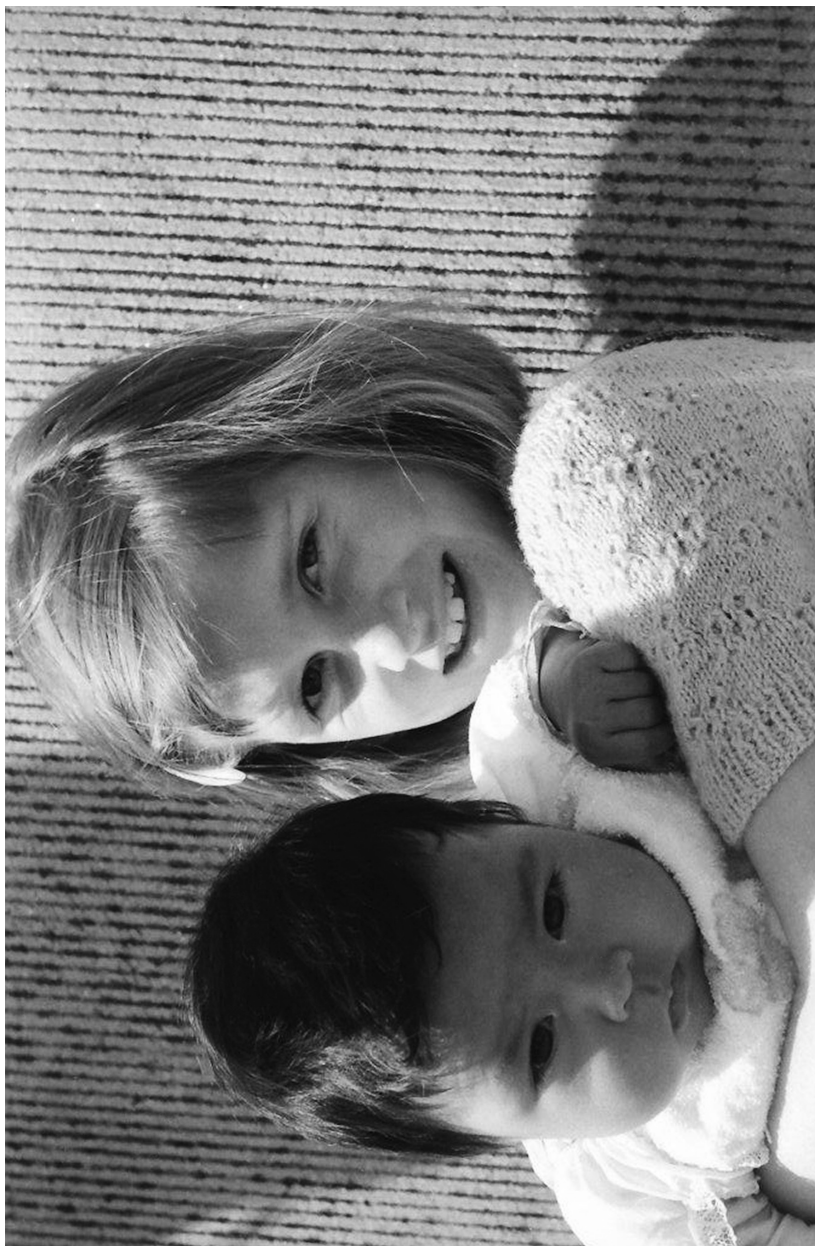
roja, confesó que había sucedido como cinco meses atrás en el paradero de la locomoción mientras esperaba un bus para ir al campo a visitar a su familia. ¡Qué modo de matar el tiempo!, pensé. Insistió en que no sabía el nombre del padre, pero recordaba que “llevaba un sombrero negro”. Rosa se negaba a reconocer la verdad. Quizá tenía la esperanza de que simplemente desaparecería o que la guagua aparecería ya nacida en la cuna con una maleta de ropa en la mano. Así que el último día de julio dio a luz una preciosa niñita en la maternidad del hospital de Temuco. Y era de gestación completa, ya que Rosa me había dado la primera fecha que se le vino a la cabeza.

Nuestros hijos estaban felices con la guaguüita y la adoptaron de inmediato como su hermanita. Milan no mostraba tanto entusiasmo y decía que ya había pasado por esa etapa con sus propios hijos. Le tuve que recordar que había sido yo la que había pasado por esa etapa en casa, ya que él estuvo la mayor parte de ese tiempo excavando viejas tumbas en Nubia.

—Cuando esto le pasa a una chiquilla, la envían de vuelta al campo con su familia —me advirtió la dueña de almacén en la esquina.

Pero yo no tenía tiempo ni ánimo para considerar qué se hacía normalmente en esas circunstancias: Lo que tenía que hacer era conseguir pañales y ropa de guagua. Así que me pasé casi todas las vacaciones de invierno en eso. No había pañales en ninguna parte y desde hacía tiempo tampoco tela de algodón: los mostradores estaban vacíos. Pero un alma caritativa me regaló una sábana vieja y otra una gran camisa de franela. Las muchachas del hotel Oriente proporcionaron unos manteles usados suaves, bien lavados. El padre Gerardo llegó con varios paquetes de generosas damas estadounidenses, así que cosimos, tejimos y de a poco hicimos un ajuar como nunca antes tuvo una guagua mapuche. Rosa, gorda y feliz, descansaba en su cuartito con la pequeña Angélica en sus brazos sin la más mínima preocupación. Entretanto, yo cocinaba, lavaba y planchaba y, más encima, trataba de enseñarle cómo lidiar con un recién nacido a una chiquilla de dieciséis años. ¡Esas fueron mis vacaciones!

Rosa no podía haber elegido un momento menos propicio. Hacía un frío terrible y no había calefacción, ya que los camioneros estaban de nuevo en paro. Los cabecillas reclamaban que el gobierno no había cumplido las promesas hechas tras la primera huelga. No había bencina, ni parafina, ni gas, ni siquiera para calefactores o lámparas. Los huelguistas habían llegado al extremo de cortar las mangueras en las estaciones de servicio para asegurarse de que nadie pudiera llenar sus estanques. Era peligrosísimo manejar a cualquier parte, los saboteadores perseguían los autos y les prendían fuego. No teníamos nada con qué calentar la casa y las cosas empeoraban más y más. Unos amigos nos ofrecieron los troncos para la chimenea que podíamos almacenar en la terraza bajo bolsas plásticas, pero, ¿cómo traerlos? No había trenes. En Pitrufrquén habían volado el puente. Así que ni siquiera podíamos empezar a soñar con un descanso. Era obvio que algo terrible estaba a punto de ocurrir y que lo mejor sería escapar cuanto antes. Ninette, del hotel Oriente, ya nos había dibujado un mapa que mostraba senderos



Angélica, la recién nacida hija de Rosa, en los brazos de Lidia Stuchlik, Temuco, agosto de 1973.
Archivo personal de Jarka Stuchlik.

ocultos que llevaban a Argentina a través de los pasos menos conocidos. Milan había reservado dos bidones de bencina en caso que tuviésemos que hacer ese viaje. En las estaciones de servicio de la Panamericana, habían arrojado azúcar en los estanques subterráneos para asegurarse de que ni siquiera los vehículos del Ejército pudieran abastecerse.

La gente comenzó de nuevo a exigir a Allende que pusiera orden en el país de una vez por todas. Ya había pasado demasiado tiempo bailando al ritmo de la Unidad Popular, acurrucando a los miristas y mendigando a las puertas de la derecha. Querían que de una vez probara que era el jefe del país, ¡que era hombre! Pero Allende estaba de luto. Acababan de asesinar, el 27 de julio, a su edecán naval comandante Arturo Araya Peeters y todavía no era claro qué grupo terrorista había sido.

Las cosas estaban bastante sombrías para todos. Se corrió el rumor de que había azúcar en las bodegas de la DINAC, la empresa de distribución nacional estatal. La gente forzó las puertas y comenzó a extraer los sacos. De inmediato llegaron el Ejército y Carabineros. Más tiroteo. Más neumáticos quemados. Cada tarde al volver de clase, rezaba para que mis hijos hubieran llegado del colegio sin novedad, pero no era así. Hace muy poco había corrido frenéticamente alrededor de la cuadra antes de divisar a Lidia caminando hacia la casa de la mano de una amiga, pero no tenía idea dónde estaba Peter. Al fin lo trajeron. Estaba sucio y mojado, con la cara inflamada, apenas abría los ojos. No estaba para nada arrepentido, la emoción había valido la pena. Lo trajeron algunos estudiantes que lo habían sacado a la rastra del medio de una manifestación bastante violenta. Peter había estado recogiendo bombas lacrimógenas sin explotar lanzadas por los carabineros y, cuando se dio cuenta de que los manifestantes iban perdiendo, se las pasaba para que se las tiraran de vuelta a la policía y a los soldados. Luego, cuando nuestro angelito decidió que los uniformados se replegaban, hizo lo mismo para ellos. Peter siempre había tenido un sentido de la justicia bastante desarrollado.

Chile estaba estremecido con los estertores de la agonía. Había salido a luz que en las elecciones parlamentarias de marzo recién pasado se había cometido un fraude electoral de proporciones y que los responsables eran de la Unidad Popular. Los maquinadores habían utilizado dos cédulas de identidad y se habían inscrito en varios distritos electorales. De este modo, y como era primera vez que los analfabetos podían votar, firmaban con una cruz en un distrito y con su firma en otro. La oposición sostenía que con esas prácticas fraudulentas, la Unidad Popular había incrementado su votación en al menos un 5%.

Por las noticias, nos enterábamos que Santiago parecía una zona de guerra. Las bombas explotaban una tras otra. Las radioemisoras y las estaciones de radio móviles recibían ataques explosivos, una de ellas, ¡en medio de un discurso presidencial! El edificio de la Representación de Comercio checoslovaca fue derribado porque el Consejo de la Democracia Cristiana tenía sus oficinas en

el mismo recinto. Por desgracia, una unidad terrorista descaminada tomó esto como un signo de que todas las embajadas extranjeras pasaban ahora a ser un blanco y rápidamente volaron la repartición de Corea del Sur.

Allende había tocado fondo. Se decía que estaba bebiendo en exceso. En sus discursos llegaba a suplicarles a los demócratacristianos entre sollozos que hicieran las paces, pero ellos se limitaron a reírse de él. Lo hecho, hecho estaba, ya no lo necesitaban más. Se rumoreaba que no hacía mucho Allende había recibido una carta de China, donde el primer ministro Chou-En-Lai le aconsejaba basarse en los recursos internos del país en vez de depender de los Estados capitalistas extranjeros, siendo esta una política imprudente que lo llevaría a quedar sometido a una superpotencia foránea. Un consejo inapreciable que, lamentablemente, había llegado con cincuenta años de retraso. Ya no había más recursos internos. Desaparecieron cuando se abolió el viejo orden social. Aunque fuese inadecuado, el muchas veces injusto sistema capitalista era un sistema probado en el tiempo que, a su modo, había funcionado y había tenido la posibilidad de mejorarse. Hoy, los “hijos de la revolución” estaban sentados en medio de los rotos y dispersos fragmentos de su experimento llamado “vía chilena al socialismo” y no sabían qué hacer. Nadie tenía la voluntad de comenzar a engarzar los ladrillos de una estructura que se había desmoronado tan rápido. Peor todavía, ninguno recordaba qué aspecto debería haber tenido ese añorado futuro esplendor.

Tal vez la única persona que todavía estaba sacando adelante su trabajo en este lamentable sitio de demolición era el médico Martín Cordero. Lo hacía con una rabia amarga, pero con entrega total, como si mediante su trabajo quisiera mantener la cordura y salvar él solo a cada paciente que los otros habían desechado. Porque los doctores que no se unieron al paro general y todavía trabajaban, lo estaban pasando mal. Sus oponentes montaban campañas afuera de los hospitales y ahuyentaban a cualquiera que quisiese acercarse. Los que tenían familia habían abandonado hace rato el papel de héroes y permanecían en casa. Para ir a trabajar en esos días se requería de mucho coraje y bastante desdén por aquellos que decían representar la voluntad de la mayoría. Irónicamente, no era la izquierda marxista la responsable de esta presión colectiva, sino la oposición que acosaba a todos los que no querían unirse al paro y que había anulado a la izquierda.

Estábamos en vacaciones de invierno. Los hijos de los Cordero, Paula, Ruth y Martín estaban adentro y tenían la casa patas para arriba.

—¿Por qué no juegan afuera? —pregunté.

—Mamá y papá no nos dejan.

Martín me tomó aparte y me contó que recibía llamadas anónimas todos los días describiendo en detalle qué le harían a sus hijos si seguía yendo a trabajar al hospital. Decidí entonces llevármelos a nuestra casa. Allá, llenos de entusiasmo y con gran estrépito, se juntaron con las pandillas de niños que jugaban en la calle mientras los adultos, por turnos, no despegábamos un ojo de ellos. Con el fin de ahorrar gas, cocinábamos muy económicamente. No obstante, todas las noches alguien llevaba una olla de *gulasch* o sopa donde los Cordero.

La tensión entre los médicos en paro y los que trabajaban estaba crispando los nervios de todos, y no era claro hasta cuándo iba a durar ni cómo iría a terminar. Los que todavía trabajaban estaban atemorizados, pero se consideraban “los buenos”, menospreciando a sus colegas que permanecían en casa, ya fuese por temor o convicción política. Por lo que a ellos atañía, los paros no tenían cabida en los hospitales. Por su parte, “los malos” proclamaban por la ciudad que los que todavía estaban trabajando en el hospital eran comunistas de tomo y lomo. Los comunistas eran los únicos que todavía apoyaban al Presidente y por ello eran ahora el foco del odio de la gente.

A la tercera semana de paro, el hospital recibió un golpe mortal. Durante la noche, terroristas incendiaron la recién edificada clínica de Pueblo Nuevo, uno de los sectores más pobres de la ciudad. Había demorado años reunir el dinero mediante auspicios. Médicos y voluntarios habían otorgado interminables horas en la construcción del modesto edificio, tiendas locales habían donado material y la pintura, y recién se habían dado los toques finales el domingo pasado. La semana entrante iba a ser inaugurada la maternidad y todo lo que ahora quedaba era una pila de brasas ardientes.

El frenético aleteo sobre las llamas terminó el 11 de septiembre de 1973. Chile, por primera vez en su época moderna, sufrió un golpe de Estado. Sucedió pasados tres años y una semana después de que Allende fuera elegido Presidente. Fue por pura casualidad que encendimos la radio esa mañana antes de salir para la universidad. Allende estaba dando un discurso. Decía al país que el puerto de Valparaíso había caído parcialmente bajo control de algunas unidades de la Armada sublevadas, pero que Santiago permanecía en calma. Urgió a la ciudadanía a no entrar en pánico y a que fuesen a sus lugares de trabajo en espera de más información. Hasta allí nada nuevo, se había dicho lo mismo en junio. Pero diez minutos más tarde alguien diferente interfirió y, con voz autoritaria, leyó el primer bando, firmado por los generales del Ejército, Marina, Aviación y Carabineros. Un portavoz anunció entonces que el presidente Salvador Allende había sido depuesto y que a partir de ese momento el país estaba en las manos de la Junta Militar.

Después Allende volvió a hablar y dio su último discurso a la nación. Su voz, mientras entregaba su despedida, se oía lenta, pesada y cansada. Las palabras eran trágicas, como su destino. En segundo plano, ya podíamos oír ráfagas, helicópteros y aviones de la fuerza aérea. Era el sonido de la marcha fúnebre de Chile.

Salimos caminando hacia la universidad. Se veían grupos de estudiantes alrededor discutiendo con miedo y emoción qué podría suceder después. Se nos dijo que fuésemos a la comisaría principal porque todos los ciudadanos extranjeros debían registrarse, pero apenas llegamos nos devolvieron a casa. En apariencia todavía no habían recibido instrucciones precisas. Así que partimos todos donde Cecilia. Nos pusimos a escuchar la radio tratando de subirnos el ánimo. Acaso habrá un indoloro y calmo traspaso de poder, el tiempo había llegado. La Unidad Popular se rendiría de buen grado, de seguro con un suspiro de alivio, ya que

desde hace tiempo era patente que no sabía qué hacer. Los soldados pondrían fin al paro y todo el mundo volvería a trabajar. Dirían a la nación que el carnaval se había terminado y que era preciso volver a la realidad...

¡No podíamos haber estado más equivocados! Aparecieron columnas de soldados por las calles, pero esta vez no tenían nada de cómico. Estaban fuertemente armados con pertrechos modernos. Bajo los cascos, sus rostros afilados y alertas parecían recortados en hojalata. A las tres de la tarde se declaró toque de queda. Al atardecer, una radio argentina anunció que no se sabía si Allende se había suicidado o lo habían acribillado.

Esas noticias nos dejaron aturridos. En la tarde habíamos tenido la certeza de que la Junta Militar le ofrecería un avión a él, su familia y más estrechos colaboradores para conducirlo a un lugar de su elección. En Sudamérica, incluso, durante los golpes de Estado más cruentos, no se asesina a los presidentes depuestos sino que se los envía al exilio. Es por eso que mientras están en el poder van almacenando fajos de dólares en los bancos suizos. Estas noticias no auguraban nada bueno para el futuro. Sentí, con sorpresa, mucha pena por Allende. Había estado con nosotros tres años. Nos habíamos burlado de él y lo habíamos maldecido. A veces, habíamos estado de acuerdo con él pero lo considerábamos incurablemente ingenuo, lo cual nos dejaba impacientes y frustrados. Pero era imposible ignorarlo; o estaba en la radio o en televisión, o había artículos sobre él en los diarios o explicaba él mismo sus políticas a la gente. Había incontables historias en torno suyo, las cosas que decía, los chistes que contaba... generalmente todo divulgado por los masones. Según ellos era agudo, hábil y amigable. En una palabra, Allende no había sido un presidente distante, una simple figura simbólica en bambalinas. Era un caballero chapado a la antigua que se creía el más adecuado para decidir qué era mejor para su pueblo. Fue víctima de la simplona ficción literaria de una sociedad ideal sin clases y lo dio todo por hacer realidad en Chile a ese modelo teórico. ¿Cuántos hombres de Estado han sufrido una debacle semejante? El hecho de que hubiera colosales fuerzas sociales operando en su contra fue tomado por él como un lamentable defecto de esas fuerzas sociales y no como una falla en sus propios planes y métodos. Con la caída de Allende toda una era llegó a su fin. Al mismo tiempo, también acabó la diversidad política de Chile y sucumbió una de las democracias más antiguas del mundo. Su último discurso todavía resuena en mis oídos... Por primera vez había sido simple y natural, sin desvariar con retórica política. Era como asistir al funeral del último de los paladines.

Al día siguiente se instruyó a todos los extranjeros a través de la radio local para que fuesen a registrarse a la comisaría correspondiente. Se tomaron los datos por escrito y se les ordenó a Steve, Olaf, Mauricio y a varios otros que se cortaran el pelo y se afeitaran, así que rapamos a Mauricio en casa. Cecilia desplegó su destreza con las tijeras mientras él se reía y a ratos se iba limpiando la cara húmeda en el dobladillo de su delantal mientras rechinaba con los dientes murmurando maldiciones por lo bajo. Luego de ello partimos al hospital. Encontramos a Mar-

tín en el más negro de los estados de ánimo. Sin decir palabra, él y Milan se abrazaron y hubo en ese gesto toda la riqueza de la comprensión mutua. Un checo y un chileno, cada uno de un extremo del planeta, sufriendo lo mismo. El terror y la violencia, ya vinieran de la izquierda o de la derecha, eran del mismo modo repulsivos.

En Santiago no había cesado, ni mucho menos, el tiroteo. En un cierto momento, Martín sonrió con tristeza y dijo que había recibido un aviso del golpe la tarde anterior y de la más insólita de las fuentes. Una de sus pacientes favoritas, una niña esquizofrénica que solo hablaba en verso le hizo señas para mostrarle que tenía algo urgente que decirle: “De repente teniente, volvióse serpiente” había recitado, mostrándose muy asustada. Incómodo, la presionó un poco para obtener más detalles, aunque sabía por experiencia que ella declamaba un solo verso al día.

No importaba, los detalles que buscaba los pudo ver en las calles a la mañana siguiente. El mirista Gallardo ordenó a los estudiantes ocupar la universidad en protesta contra el golpe. Pero esta vez había subestimado todo. Nadie negoció con los muchachos y los soldados lisa y llanamente los echaron.

Teníamos encendida la radio día y noche. ¡Cómo me recordaba agosto de 1968 en Praga, cinco años atrás! Aquí, sin embargo, en vez de información clandestina, todo lo que escuchábamos eran bandos militares. Instrucciones acerca de cómo debían comportarse los ciudadanos. Instrucciones acerca de cómo no debían comportarse. Sobre todo, no se permitía que se agruparan de forma pública, se prohibía salir después del toque de queda y debían informar a los soldados de cualquier simpatizante de izquierda que viviese en su barrio. Ese fue uno de los primeros bandos de la Junta para justificar sus acciones. Los generales dijeron que por más que Allende hubiera ascendido legalmente al poder, había luego abusado y violado derechos constitucionales fundamentales; que era culpable de haber creado de manera artificial conflictos sociales, de no respetar las decisiones del Congreso, de la Corte Suprema ni del Contralor General de la República; que debido a sus acciones la producción agrícola e industrial cayó a niveles críticos y el comercio doméstico y exterior se habían estancado, y que con eso Allende había desatado una inflación incontrolable, estimulando una situación de anarquía que puso en serio peligro la seguridad interior y exterior del Estado.

“A la luz de la doctrina clásica, estas razones justifican plenamente cualquier acción que conduzca a la supresión de un gobierno que era inmoral, ilegítimo y no representaba a la mayoría de la nación”.

Cuando Allende llegó al palacio presidencial el 11 de septiembre, se encontró con que los vehículos blindados, situados con antelación allí para proteger el edificio, apuntaban ahora en sentido inverso: hacia La Moneda. Simbólicamente, esto fue para mostrar al Presidente que ya no contaba con la protección del Ejército. Luego, se enteró que tenía solo una radioemisora a su disposición para decir

unas pocas palabras, antes de que la Junta la silenciara. A las once de la mañana, los líderes del golpe ordenaron que el personal del Presidente dejara el palacio. Aparte de la secretaria personal de Allende, todas las mujeres salieron, incluyendo a Beatriz, su hija embarazada. La Junta había efectivamente ofrecido a Allende un pasaje seguro para él y su familia si se entregaba. De modo inesperado rehusó este ofrecimiento y anunció gallardamente que se quedaría con su pueblo hasta las últimas consecuencias. Los aviones comenzaron entonces a bombardear La Moneda. Allende se parapetó dentro con sus hombres de confianza y repelió el fuego. Cuando quedó claro que no iban a poder resistir por mucho tiempo más, hizo salir a sus hombres. Aparecieron ondeando una bandera blanca y se los llevaron en vehículos blindados. Se dice que entonces Allende se suicidó con una metralleta que le había regalado su amigo Fidel Castro. Pero otros reportaron varias heridas en el pecho y estómago, descartando suicidio. Sea lo que sea que haya pasado, fue de todas formas suicidio. Al permanecer en el palacio y rehusar rendirse ante los generales, Allende tomó su última decisión libre. Me di cuenta, impactada, que Allende de verdad amaba a su pueblo.

Luego de que el palacio se incendiara casi por completo quedando solo una cáscara carbonizada, el Ejército comenzó a limpiar otros centros de “lodo marxista”. El general Leigh había declarado que estaban luchando con un “desagüe lleno de desperdicios y que tomará mucho tiempo limpiarlo antes de que esté puro”. Los soldados, muy conscientes de sus labores de plomería, dirigieron su primera operación a la Universidad Técnica del Estado. Usaron morteros y, luego del ataque, extrajeron trescientos cadáveres. Los que sobrevivieron fueron conducidos al Estadio Nacional, que se había convertido en un centro de interrogatorio, tortura y ejecución. Por cierto, los que estaban ahora al mando tenían listas completas de todos los profesores, estudiantes y cualquier otra persona que tuviese inclinaciones de izquierda. Era una información muy detallada que debió costar años reunir, con lo cual quedó en claro que las fuerzas armadas preparaban este golpe desde el primer día del gobierno de izquierda. Al igual que las universidades, reparticiones y organizaciones gubernamentales, los cordones industriales fruto de la organización de los trabajadores, se volvieron blanco de las operaciones de limpieza. Como de costumbre, los obreros se atrincheraron en las fábricas, pero esta vez no por mucho tiempo. Los soldados destrozaron las puertas con sus tanques y masacraron a cuanto trabajador se hallaba dentro. Estos últimos trataron de defenderse con lo que tenían a mano; fierros, herramientas o a puño limpio. Armas no tenían, ya que habían sido confiscadas pocos meses antes durante las pesquisas militares. Además, las instrucciones que pacientemente habían estado aguardando de parte de sus sindicatos, jamás llegaron. Era imposible que fuesen entregadas, ya que todos los dirigentes sindicales estaban en la clandestinidad, habían solicitado asilo político en alguna Embajada extranjera o habían sido capturados y estaban ahora en el Estadio Nacional. Para estupefacción de todo el mundo, Jorge Godoy, uno de los más altos dirigentes sindicales de la CUT y miembro del Comité Central del Partido Comunista, salió en televisión

dando un discurso instando a los miembros de su partido y a los trabajadores en general, a obedecer las órdenes del Ejército, entregarse y cooperar con la Junta. Ni qué decir que estas instrucciones hicieron sin duda muchísimo más fácil la “purificación” ejecutada por los soldados. Hubo más masacres en las minas, donde los dirigentes sindicales locales y los comunistas habían mantenido un orden y disciplina ejemplares y se habían quedado en sus oficinas esperando órdenes superiores. Cuando no llegaron, no supieron qué hacer. En primera instancia, el Ejército dudó en atacar. Los soldados sabían que había depósitos de dinamita en las minas y que podía haber resistencia. Pero al final decidieron arriesgarse. Los soldados encontraron a los compañeros sentados tranquilamente en sus oficinas y los fusilaron en el acto.

La Comandancia en Jefe del Ejército estaba sorprendida y, al mismo tiempo, confundida, al constatar con cuán poca oposición se enfrentaba a lo largo del país. El ejército se topaba por aquí y por allá con algún tiroteo y alguna protesta ocasional en los municipios, pero nada que no pudiese sofocar en uno o dos días de esfuerzo concentrado. Sin embargo, los soldados persistían en buscar planes subversivos ocultos. Procuraban detalles de un supuesto autogolpe o instrucciones a seguir frente a un golpe de Estado. Con toda probabilidad esos planes no existían, dado el hecho de que la mayoría de la gente se había entregado por voluntad propia. Era obvio que la izquierda chilena jamás había considerado la posibilidad de que no triunfara la revolución proletaria ni menos que pudiesen ser derrotados y, en forma tan breve, completa y horrorosa. Así que como no se encontró el plan de una supuesta contrarrevolución, el Ejército tuvo que inventarlo, entrando en escena el “plan Z”. Según él, la izquierda iba a llevar a cabo un autogolpe. Habría de tener lugar el 19 de septiembre y comprendía asesinar a políticos de la oposición y toda la plana mayor de las fuerzas armadas. Nunca se encontraron pruebas de la existencia de ese plan. El ejército, sin embargo, se agarró de eso como excusa para justificar el inimaginable terror que siguió.

Cada tarde a las siete en punto se vaciaban las calles y la ciudad pertenecía a los *jeeps* del ejército, que cruzaban los caminos despoblados en busca de sus presas. Las noches se destinaron para allanamientos y arrestos. Pero no había solo *jeeps* por las calles desiertas sino, también, perros. Cientos de ellos junto con el ejército. No había nadie que los persiguiera y se movían en jaurías adonde les placía. Era una combinación totalmente fuera de razón. Soldados locos y perros locos. Dos peligrosos depredadores vagabundeando por el pavimento de las calles. Los helicópteros sobrevolaban día y noche pegados a los techos de las casas. Los soldados se sentaban en las escotillas abiertas con las piernas colgando hacia abajo abrazando sus metralletas. No comíamos ni dormíamos, sobrevivíamos con café y los últimos cigarrillos.

ARRESTAN A MARTÍN

Dormimos muy poco en los días previos al golpe. Por más que cerráramos nuestros ojos, cubriésemos nuestros oídos y tratásemos de llevar una vida lo más normal posible, todos sabíamos que habría un enfrentamiento. Lo único que no sabíamos era si iba a comenzar desde la izquierda o desde la derecha.

Martín estaba visiblemente sacudido por un agotamiento terrible. En su calle, una casa que pertenecía a un diputado socialista había sido destrozada por una bomba. Ruth y Martín soltaron por el jardín a su par de pastores alsacianos. Justo antes del golpe, el cardenal Silva Henríquez había hecho un último intento para lograr que los dos lados en pugna se sentaran a discutir sus quejas, pero las conversaciones se desintegraron en riñas políticas y regateos acerca de quién cedería qué y qué se llevaría el otro a cambio. Mientras tanto, el resto del país ardía en llamas. En Valparaíso una unidad naval se había enterado del planificado golpe y al expresar su desaprobación, sus integrantes fueron acusados de sucumbir a la doctrina marxista y severamente castigados. En cada kiosco unos titulares chillaban: “¡Soldados, ustedes tienen el derecho a desobedecer las órdenes de sus oficiales reaccionarios!”, mientras los otros clamaban: “¡El derecho a la rebelión! ¡La resistencia contra el tirano está justificada!”.

La irrestricta libertad de la prensa duró exactamente hasta el día del golpe. Una de las primeras acciones tomadas por la Junta Militar de Gobierno fue colocar una mordaza de hierro sobre todos los medios de comunicación. Así que los diarios comenzaron a aparecer llenos de grandes franjas en blanco indicando los textos sin publicar, mientras que la radio y la televisión solo transmitían los bandos militares con instrucciones para la población. Entremedio, nos bombardeaban con estridentes marchas militares.

Antes del golpe, el gobierno de Allende había tratado de resolver una situación imposible al hacer que el Comandante de la Fuerza Aérea y en este momento ministro de Obras Públicas y Transportes, general César Ruiz, negociara con los huelguistas que nuevamente tenían paralizado al país. Este se negó, sosteniendo que no se le había garantizado una posición fuerte y plenos poderes. Allende lo reemplazó por el general Gustavo Leigh, exigiéndole la renuncia a ambos cargos, lo cual fue considerado como una afrenta por parte de la Fuerza Aérea. Todavía más, el Presidente anunció que iba a reorganizar el Alto Mando.

Una tarde de agosto, algunas esposas de oficiales y generales desplegaron una ruidosa manifestación frente a la casa del general Prats. Lo conminaban a re-

nunciar de inmediato al gobierno de Allende. Carabineros dispersó a las manifestantes al modo habitual, pero sin medir las consecuencias. No se puede tratar a las esposas de los generales tal como se trata a los estudiantes o a los mineros. Se convirtió en un escándalo de tales proporciones que el general Prats ofreció nuevamente su renuncia. Dos oficiales más de alto rango, que lo habían secundado durante “el tanquetazo” de junio, también la presentaron. Allende perdió así a los últimos líderes militares en los que podía, en cierto modo, apoyarse. En las últimas semanas previas al golpe, tuvo a todas las fuerzas armadas opuestas en bloque contra él. El Ministerio de Defensa, que antes ocupaba Prats, fue tomado por el general Augusto Pinochet. Luego del golpe, fue este quien desempolvó la guillotina.

La Junta tenía sus razones para exigir que se entregaran todos los extranjeros. Según sus datos, habían ingresado de forma ilegal al país por lo menos catorce mil, con el propósito de “asesinar ciudadanos chilenos”. En ese momento, bastaba ser un estudiante colombiano, venezolano, argentino o boliviano para darse por perdido. El Estadio Nacional estaba ahora atestado, al igual que las morgues... Los barcos de guerra atracados en los puertos se utilizaban como centros de detención para quienes estaban catalogados como elementos subversivos y se dispusieron instalaciones similares en las islas cercanas. La información que recibíamos venía ahora de boca en boca y, por la noche, a través de las radios de Argentina y Perú. Esto no hacía más que aumentar el terror y el miedo desnudos que sentía cada persona. A su vez, los soldados no ocultaban para nada que eso era exactamente lo que querían.

La situación en el hospital de Temuco había cambiado por completo. Los médicos que adherieron al paro estaban de nuevo a cargo y los que habían continuado trabajando fueron suspendidos hasta nueva orden. Ya el 12 de septiembre se hizo cargo del hospital el nuevo director, el médico José Verdugo, que consideraba a Martín como su enemigo personal.

El último bando exhortaba a todos los chilenos patriotas a cooperar con los militares. Debían denunciar a cualquier persona sospechosa de su vecindario, esto es, cualquiera con inclinaciones de izquierda o que hubiese estado activo durante el gobierno de Allende. Las fauces del infierno estaban abiertas. Los teléfonos de las comisarías, oficinas y cuarteles militares sonaban día y noche. Parecía que todo el mundo tenía un vecino, un conocido o un pariente que odiaba. Había estallado un nuevo tipo de lucha de clases. Todas las denuncias fueron tomadas por los oficiales con máxima seriedad y cualquiera de ellas equivalía a un encarcelamiento sin apelación. Y era esto lo que las personas enrabiasadas habían estado aguardando: la hora de la venganza. Las denuncias se hacían anónimamente y la policía sabía el sitio preciso adónde ir y a quién detener entre las siete de la tarde y las seis de la mañana del día siguiente. Corrían rumores acerca de centenares de muertos en Santiago y cadáveres flotando en el río Mapocho. ¿De dónde había venido tal bestialidad en un país tan apacible y condescendiente?

La respuesta era simple: Tres años de cuidadoso exacerbamiento y cultivo del odio bajo la consigna de la lucha de clases habían bastado para producir esta cosecha de sangre.

El 14 de septiembre se ordenó a los misioneros canadienses Patrick Donovan y Mauricio Herbert que se presentaran a los cuarteles militares. Ambos eran estudiantes y, al mismo tiempo, profesores del CERER. Mauricio estaba muy preocupado. Desde hacía un año que recibía advertencias señalando que era considerado izquierdista y que se llevaba la cuenta de cada uno de sus pasos. En los cuarteles, sin embargo, ambos solo fueron amonestados y a Mauricio, en tanto asistente del director, se le informó que la universidad permanecería cerrada hasta nuevo aviso. Bien pasada la tarde, los jóvenes misioneros en la vicaría de Mauricio decidieron no quedarse expuestos como un blanco fácil, empacaron sus mochilas y esa misma noche cruzaron a Argentina. A la mañana siguiente, un Steve recién afeitado y de pelo corto llegó a la casa con una maleta llena de papeles.

—¡Tenemos que quemarlos! —gritó, incluso antes de cruzar la puerta y corrió a la chimenea que, por desgracia, no estuvo a la altura de las circunstancias.

Páginas parcialmente quemadas salían volando a través del cañón y las cenizas se dispersaron por las calles como nieve negra. Los vecinos deben haber pensado que nos estábamos deshaciendo de los archivos de una embajada. Steve, aterrorizado, trataba de quemar cada papel que, según él, pudiese ser considerado sospechoso por el ejército. Trágicamente, destruyó casi toda su inocente investigación. Luego de Steve, sufrimos un atropello bastante más serio. Un grupo de estudiantes apareció en nuestra puerta. Necesitaban el apoyo moral que solo provee un grupo humano. En realidad, lo necesitábamos todos. Solo Chechy no estaba, su padre era diputado del Partido Socialista. Nos traían noticias: a unos veinte kilómetros, en Nueva Imperial, habían fusilado a doscientas personas en un asentamiento. Además, un aserradero, denunciado como un campo de entrenamiento de miristas, había sido bombardeado cerca de la frontera con Argentina.

Esa tarde volvieron de nuevo los hijos de los Cordero a jugar a nuestra casa. Cuando se los llevamos de vuelta al atardecer, nos encontramos con que su casa estaba rodeada por cinco *jeeps* del Ejército y que en su jardín pululaban soldados portando armas. Nunca antes había sido testigo de un allanamiento, pero sin duda este era uno. No nos detuvimos sino que seguimos avanzando muy despacio, dimos vuelta a la cuadra y estacionamos más allá a esperar. La Ruth chica, aterrada de ver a los militares asaltando su casa, brincó y comenzó a pegarle a Milan en los hombros gritando:

—¡Quiero ir a mi casa! ¡Quiero estar con mi papá y mi mamá!

Su hermano y hermana menores estaban sentados atrás callados, mudos de terror. Decidimos esperar una media hora en la casa de unos amigos suecos en el mismo barrio. A las siete y media todo había terminado. Se habían llevado preso a Martín. Ruth se subió al auto y siguió a la columna militar para ver adónde se lo llevaban. La columna se dirigía al regimiento Tucapel. Menos mal. Si se lo hubie-

sen llevado al campo de concentración principal en el aeropuerto de Maquehue, no habría quedado esperanza alguna. Quienes caían allí solo salían como masas informes de carne humana metidas en sacos que se arrojaban al mar durante la noche. Al volver, la cara de Ruth estaba ploma y tensa, parecía haber envejecido cien años. Su casa había quedado en un estado lamentable. Cintas de audio rotas y libros tirados por el suelo, pedazos de loza destrozada por todas partes. Como evidencia contra Martín se habían llevado dos libros: *Revolución en Psiquiatría* y *La confesión de un rebelde*. En efecto, a los soldados se los había adiestrado para buscar exactamente ese tipo de títulos. Quería pasar esa noche con Ruth, pero Manuel y Ana María, su colega, se ofrecieron. Así que nos llevamos de nuevo con nosotros a sus hijos, Ruth, Martín y Paula. Tuvimos mucha suerte de no ser detenidos, porque el toque de queda había caído hace rato. Rosa nos esperaba llorando en la puerta, estaba segura de que nos habían detenido.

Esa noche fue la peor de mi vida. Ambos necesitábamos beber algo, pero el alcohol en ese minuto solo nos habría hecho mal. Milan, tembloroso, trató de quemar unos cuantos libros, pero solo quedaron a medio carbonizar, lo cual le quebrantó el ánimo todavía más. Pensé que yo también debería quemar algunos. Me encantaba comprar para los niños los Minilibros Quimantú, especializados en ediciones baratísimas de los clásicos. En este caso los títulos no eran el problema, sino la editorial. Quimantú había sido fundada por la Unidad Popular para ser la editorial del pueblo, ofreciendo libros de gran tiraje a un precio que, incluso, el más pobre podía pagar. Al final, decidí esconder algunos con leyendas venezolanas y peruanas y *El tesoro de la Sierra Madre* de Traven en el fondo de la caja de los juguetes de los niños, con la esperanza de que los militares no buscaran allí. Temíamos ser allanados en cualquier momento. Acuné la cabeza de Milan en mi regazo. Sin que me diera cuenta se había emborrachado. Me empujaba gritando:

—¡Tengo que ir para allá, tienen que creerme, tengo que ir al regimiento! ¡Tengo que explicarles qué tipo de persona es Martín, no hay nadie como él en Chile! ¡Si lo matan será mi culpa por no haberles hablado en su favor! ¡Déjame ir! ¡Tengo que ir para allá!

Le pasé otro vaso de whisky. Intoxicado por el alcohol, cayó al fin dormido a las primeras horas de la mañana, luego de haber pasado toda la noche gritando y llorando. Yo me sentía peor todavía. Quizá debería haberlo dejado ir. Tal vez no tenían nada contra él. Pero podrían haberlo asesinado... o al menos torturado. Esa misma noche también habían allanado la casa misional de Mauricio. Buscaban armas y a los jóvenes sacerdotes que se habían escapado a Argentina apenas la víspera anterior. Al no hallarlos, se declaró formalmente que Mauricio y Patricio habían sido expulsados del país.

A la tarde siguiente Ruth vino a la casa. Todos estábamos allí de nuevo, sin musitar palabra, sin atrevernos a preguntar. Había partido al regimiento apenas amaneció con el pretexto de llevar una frazada a Martín, ya que solo andaba en camisa cuando lo detuvieron. Una vez allá, le aseguraron que de hecho no

tenían nada contra el Cordero y que durante la mañana lo liberarían. Según ellos, solo había sido una formalidad, un interrogatorio de rutina, pero ella era incapaz de sostener nuestra mirada para responder a lo que nadie se atrevía a preguntar. Cuando Milan la aferró entre sus brazos estalló en llanto. Él la abrazaba estrechamente, tocando con suavidad su espalda al tiempo que sus propias lágrimas empapaban los cabellos de ella. Luego, haciendo un enorme esfuerzo por recomponerse, nos dijo que Martín había ordenado que nadie fuese a su casa, ya que lo habían puesto bajo arresto domiciliario para usarlo como carnada.

No le habían aplicado una tortura sistemática, sino que le habían amarrado las manos, vendado los ojos y lo habían pateado y golpeado. En eso consistía un “interrogatorio de rutina”. Le pedían que explicara por qué su mujer había militado en las Juventudes Comunistas cuando estaba en la educación secundaria. Les respondió que cuando uno es joven es natural querer ser parte de algo, y agregó que, de adultos, jamás habían pertenecido a ningún partido político. Le pusieron delante los libros confiscados. Les explicó que eran textos de Medicina. Más patadas y golpes. Le tiraron violentamente el pelo. Querían saber el objeto de las reuniones tenidas en su casa. ¿Quiénes eran esos extranjeros que iban todo el tiempo?, ¿qué planeaban? Cuando Martín respondió con toda veracidad que eran reuniones regulares de trabajo de su Departamento de Psiquiatría que ya se mantenían desde hace diez años y que los extranjeros iban a su casa a disfrutar de buena comida, música clásica y a jugar *ping-pong*, los interrogadores montaron en cólera.

—¡Todo el mundo sabe –gritaron– que están preparando una guerra de guerrillas!

Tenían información detallada de todos nosotros; nuestros nombres, cuántos íbamos, nuestras horas de entrada y salida... Eso, sin duda, debía haber sido proporcionado por sus vecinos, un oficial y su familia que vivían al frente. La noche en que arrestaron a Martín también se habían llevado a Hernán Henríquez, el director del hospital, y al conserje. Ambos eran miembros del Partido Comunista. Alejandro Flores, el conserje, alto funcionario del sindicato, era un viejo amigo de Martín, había trabajado en el hospital durante veinte años y era padre de siete hijos. Pasó la noche en la celda junto a Martín y compartió su frazada con él. Lo sacaron en la mañana y lo llevaron a otro centro de interrogaciones. Martín estaba bajo arresto domiciliario, pero al menos estaba vivo. Ahora la pregunta era, ¿cómo sacarlo del país? Era peligroso tratar de contactarse con él de cualquier manera, así que Martín insistió en su aislamiento, ya que no quería ser causante de la muerte de ninguno de sus amigos. El muchacho que enviamos con una nota bajo el pretexto de llamar a los niños de los Cordero confirmó esto. Ruth se negó a volver a trabajar al hospital, pero una patrulla de soldados vino a buscarla. La metieron por la fuerza en su chaquetón y la arrastraron. El hospital necesitaba un neurólogo. Una vez allá, fue tratada como un prisionero. No se le permitía ir sola a ninguna parte, ni siquiera al baño. No se le autorizaba ni a hablar ni a quedarse a solas con nadie. Su colega Ana María, por otro lado, había padecido una

experiencia totalmente fuera de lo común en esos días. Se la habían llevado a los cuarteles como víctima de una denuncia hecha por sus vecinos. Cuando la dejaron, temblando de miedo, delante del oficial que la interrogaría, este se hallaba detrás de su escritorio con la cabeza entre sus manos.

–¡Váyase a su casa señorita! –se quebró, con la voz de alguien que ha topado fondo– no tenga miedo, haga lo que quiera, hable con quien quiera ¡Ya no aguanto más toda esta mierda! ¡Váyase! –gritó, cuando notó que las petrificadas piernas de la mujer se negaban a moverse–. ¡No tengo tiempo para usted!

Claramente no todos los soldados tenían estómago para el horror que ellos mismos habían desatado...

Steve y Janet decidieron dejar el CERER. Fueron los primeros en abandonar el barco y nadie se los reprochó. Un hombre armado con un revólver había forzado la puerta de la casa donde arrendaban una pieza y, liberando el seguro del arma, corrió a través de toda la casa gritando ante el aterrado casero “¿Dónde está la inglesa?”. Por fortuna, Janet no estaba. El hombre se fue, jurando que volvería. Steve y Janet se cambiaron esa noche al piso de Manuel y decidieron tomar el primer vuelo a Europa una vez que la situación del transporte regresara a la normalidad. Luego supieron que el tipo del revólver era parte de una célula terrorista de ultraderecha. No era Janet a la que estaba buscando, sino a otra mujer inglesa, “alta, delgada y rubia” –lo que equivalía a decir a cualquiera otra gringa que hubiese en Chile– que estaba supuestamente casada con un activista de izquierda. Janet se había escapado por un pelo de ser “asesinada por error”.

Pero otros gringos estaban arrancando hacia Temuco. Entre ellos un grupo de *hippies* estadounidenses que había sido algo antes la cruz de la comunidad extranjera de la ciudad. Pocos meses atrás se habían instalado en un campamento a orillas del lago Pitrufquén. Querían estar en comunidad con la naturaleza, los animales y la población local indígena. Cuando se aburrían de yogurt casero y nueces, visitaban a sus amigos de Temuco o más bien, visitaban los refrigeradores de sus amigos... Esto los hacía blanco de muchos chistes y exasperadas quejas. Esta vez, sin embargo, era claro que su comunión con la naturaleza se había vuelto decididamente amarga: el lago estaba lleno de cadáveres de mapuches. Con horror apenas contenido describían lo que se les estaba haciendo a los “indios”. Algunos eran amarrados a una cuerda y estrellados contra las rocas desde los helicópteros. Otros, aún con vida, eran arrojados al cráter del volcán Villarrica. Tal como nuestros amigos ingleses, los estadounidenses procuraban salir del país lo más rápido posible.

Milan fue donde el rector de la universidad a preguntarle qué hacer, ya que todos sus profesores y asistentes estaban empacando sus maletas, por lo cual se iba a quedar solo en el CERER. El problema era que no teníamos ninguna parte adonde ir y el rector Raviola no tenía ayuda ni consejos que ofrecer. Lo único que sabía era que todos los rectores iban a ser reemplazados por personal militar y que, con eso, terminaba también su propia carrera. A primera hora de la mañana escuchamos un nuevo bando:

“1. Cualquiera que de palabra o hecho impida que el Ejército cumpla su deber, ya fuese en las calles o en las casas, será ejecutado en el acto.

2. Todos los actos extremistas originarán represalias sobre los prisioneros o las personas bajo arresto domiciliario.

3. Por cada miembro de las FF.AA. que muera, diez saboteadores marxistas serán ejecutados”.

Nos miramos perplejos de horror. ¿Dónde estábamos? ¿En qué fecha? Los días eran tan difíciles como las noches. El atardecer comenzaba a las siete y era imposible dormir. Las calles estaban llenas de *jeeps* del Ejército y cualquiera que estuviese en la puerta corría el riesgo de ser llevado a los cuarteles. Los muchachos del internado, que se ponían junto a las rejas a hacerles burla, aparecían en la mañana rapados y llenos de moretones. Apenas ayer la patrulla de soldados había apresado a una vieja empleada gorda de pocas casas más allá, porque sin darse cuenta había caminado hasta la orilla de la vereda a vaciar un cubo de agua sucia. En esos días realmente apreciábamos nuestra terraza, ya que al menos el toque de queda no alcanzaba hasta allá. Pero no llegaba hoy ningún aroma fragante de los jardines circundantes ni el rítmico canto de las cigarras. Todo lo que se oía era el vuelo rasante de los aviones que iban hacia el mar a deshacerse de su horrenda carga.

EL TERROR CRECE

18 de septiembre de 1973. Fiestas Patrias de nuevo. Los generales están eufóricos. La Junta se vanagloria de haber salvado a Chile de un terrible desastre, porque aparentemente ese iba a ser el día en que la izquierda iba a perpetrar su autogolpe. En celebraciones anteriores, venían amigos a visitarnos a Cholchol, pero este año fuimos invitados a Toltén por Orlando y Sonia, nuestros amigos criadores. Quizá podríamos tomar un descanso después de todo lo que había ocurrido la semana pasada y fuimos con la esperanza de que no hubiese allá helicópteros pasando sobre nuestras cabezas ni militares tratando a civiles como si fuesen la última escoria de la sociedad. No queríamos ser testigos de prisioneros sanguinolentos tambaleándose por las calles, amarrados unos a otros con cadenas, empujados y agujoneados mientras los llevaban de una prisión a otra. En la boca del Toltén hay playas limpias y amplias, los caballos corren por ellas como las llamas en el desierto mientras el viento silba entre los cañaverales. Es un lugar tranquilo, agreste y deshabitado. La población local todavía no se había recuperado del tsunami causado por el terremoto de 1960 tras el cual el pueblo de Toltén quedó sepultado bajo el mar. Ahora, a pocos kilómetros emerge Nueva Toltén. “Así son las cosas por aquí. Nadie sabe el día ni la hora...”, dice la gente sabiamente. Con eso quieren decir que no hay manera de predecir futuros desastres naturales tales como terremotos, erupciones o maremotos. Quizá fuera por eso que los chilenos habían desarrollado un sistema de gobierno que hasta ayer apenas les había dado motivo de preocupación. Ya tenían suficiente con tratar de aplacar las rebeldes fuerzas naturales que los rodeaban. Pero era imposible regresar a aquellos tiempos. Chile había descendido al nivel de Colombia, Guatemala y Brasil, países que hasta ahora los chilenos habían menospreciado. Prisioneros liberados que habían conseguido escapar con vida sostenían que expertos brasileños estaban dando a la Junta adiestramiento en métodos de interrogatorio y tortura.

Hay que confesar que los aprendices fueron en extremo diligentes. Así que los generales decidieron demostrar ahora sus notables habilidades organizacionales y experiencia en la conducción del país. Dios sabe que bajo Allende tuvieron tiempo de practicar. No más política ciudadana. Ahora era tiempo de sacrificios patrióticos y todos debían irse acostumbrando a la obediencia, orden y disciplina militar. Hasta la naturaleza favoreció los planes de los generales. ¿Cuántas islas gélidas vacías hay en la Patagonia? Una de ellas se convirtió en campo de

concentración para altos miembros de la Unidad Popular que no habían tenido tiempo de escapar o buscar refugio en alguna embajada o dentro del edificio de las Naciones Unidas, o que habían tenido la ambigua “buena suerte” de no haber sido ajusticiados en los primeros días después del golpe. Era imposible escapar de la isla Dawson. En Rusia tienen a Siberia, aquí en Chile al desierto de Atacama. Las viejas y abandonadas instalaciones de los mineros del salitre volvieron de nuevo a la vida. Todos los viejos métodos de castigo fueron resucitados, tales como por ejemplo dejar a un prisionero rebelde atado abierto de pies y manos en medio del desierto. Se consideraba que varias horas bajo el fulgor de un sol abrasador eran suficientes.

Sin embargo, este anticuado, aunque muy efectivo método de castigo utilizado antaño contra los trabajadores problemáticos, había sido sobrepasado con largueza. Disponíamos ahora de nueva tecnología y una moderna definición acerca de qué era un delito político. Estos dos hechos se complementaban de manera perfecta a la luz de un principio social más elevado: hacer entrar en vereda a un pueblo que se había mostrado irresponsable políticamente. Así que se había invertido grandes esfuerzos investigando nuevas formas de castigo y métodos más modernos de interrogatorio. Surgieron centros de detención y tortura en distantes latifundios en la cordillera de los Andes donde sus dueños estaban más que felices de ofrecer sus conocimientos ganados en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

Ese era un mundo muy alejado de Toltén. Yo ya no aguantaba las horas de salir. Estaba desesperada por dar largas caminatas junto al mar en playas con arenas que casi parecían de carbón. Por lo que a mí respectaba, daba lo mismo que lloviese o que, incluso, hubiese una tormenta. Todos añoramos volver a un lugar donde sentirnos bien, en especial si venimos exhaustos luego de haber tratado de abrirnos paso a través de un campo minado. Para mí, ese lugar era Toltén. Adoraba sus construcciones de madera azotadas por los elementos, los cercos de los caballos en la sombra, los corrales para el ganado y la bomba de agua de hierro detrás del manzano. Luego de que Milan despertara de la siesta que siguió al largo y agotador viaje y yo regresara de una caminata con los niños, encontré al personal de la granja de Orlando reunido en la cocina escuchando a su capataz que hablaba dándose grandes ínfulas:

—¿Dónde los capturaron?

—En el bar.

—¿Cómo los conocieron?

—Bueno... no eran de por aquí y estaban tratando de cambiar un cuchillo por comida.

—¿Encontraron un carnet cuando los registraron?

—Dicen que sí, uno rojo del Partido Comunista.

Uno de los jóvenes resopló incrédulo. Cuando se trata de escapar es obvio que lo primero es deshacerse de cualquier evidencia incriminatoria, sobre todo el carnet del partido.

—¿Qué hicieron con ellos?

–Los detuvieron los carabineros y llamaron luego a los soldados para que se hicieran cargo.

Eso me bastó para darme cuenta que otro par de fugitivos había sido víctima de la nueva forma de justicia popular. Esos anteriores activistas del partido deben haber creído que el mayor peligro se hallaba en las ciudades y que los campos y los bosques permanecían immaculados frente al terror que reinaba allí. Lo que buscaban era refugio. Pero estaban penosamente equivocados, esos “campos y bosques” ya no existían más. Habían desaparecido durante los tres años del gobierno de izquierda, junto con su generosa acogida y la ingenuidad política de sus habitantes. En esos días todos sospechaban de todos y aseguraban sus puertas con candados. La cocina zumbaba con las noticias toda la tarde. El suceso había ocurrido a mediodía en el bar local. Todo el mundo repetía los nombres de los héroes que habían sospechado que algo andaba mal cuando los dos forasteros, un hombre y una mujer, entraron. El dueño actuó como si nada hubiera pasado, incluso les sirvió un plato de sopa mientras los otros corrieron donde los carabineros. Los que no estuvieron presentes estaban ansiosos de saber más detalles.

–¿No se resistieron?, ¿andaban armados?

–No. Solo tenían ese cuchillo. Pero era un buen cuchillo, de los grandes.

–Bueno, ¿lo sacaron cuando llegaron los carabineros?

–¡No, por Dios! Solo querían cambiarlo por comida.

–Estúpidos, deberían haberse quedado escondidos.

–¿Y dónde diablos puedes hacerlo en estos días?

–Conozco un lugar... Tengo que echar un vistazo por si acaso...

El sendero, bien hollado por los caballos, serpenteaba a través de arbustos bajos por unos tres kilómetros contados desde la finca. Era muy de mañana y la única oportunidad que Milan y yo teníamos para un paseo los dos solos. Cuando llegamos junto al roble que se alzaba en la cima y dejamos descansar a los caballos luego de una buena galopada, se nos reunió un grupo de jinetes. Antonio, el lisiado, venía con ellos. Estaba un poquito inestable en la montura, pero aun así se las amañaba para ser el más entusiasta. Cuando alcanzaron el viejo árbol se detuvieron y miraron en derredor.

–Partiremos desde aquí –señaló su líder con la mano– ustedes por la derecha y ustedes por la izquierda. Nos encontramos todos al final junto a la roca. Si divisan a alguien disparen al aire –todos se reían y bromeaban–. Si están en una cueva los podemos hacer salir con un poco de humo... y luego los perseguimos un rato...

Desmontaron, encendieron cigarrillos, sacaron las armas y comenzaron a cargarlas. Después de unos momentos, le ayudaron a Antonio a acomodarse en la montura y salieron en las direcciones que habían acordado. “¡Cazar humanos!”. Eso fue demasiado. Giramos nuestros caballos y galopamos de vuelta. Cuando le dijimos a Orlando lo que había pasado, no se mostró sorprendido.

–Caza humana. Está pasando en todas partes –suspiró con cansancio– cualquiera que cace uno se convierte en héroe. Todos los extranjeros son sospechosos,

por eso tuve que reportar la presencia de ustedes aquí a Carabineros, de todas formas ya lo sabían todo. No tengo problemas porque me conocen. Están a salvo porque he dado mi garantía por ustedes.

Así que esto era la verdadera Nueva Toltén. Nada de escondites nostálgicos frente a la furia de tormentas que arrasan la tierra ni acogedores refugios en el manzano. En cuanto a mí, se podía ir al fondo del mar como Toltén viejo. Ya no era mi lugar. Los cazadores regresaron tarde, cansados y decepcionados. No traían presa alguna. Volvieron a salir al amanecer, pero no los vimos regresar. Empacamos y volvimos a la ciudad.

Todos se estaban marchando. Steve y Janet habían logrado encontrar pasajes en el primer avión hacia Inglaterra. Los canadienses y los noruegos estarían muy pronto de camino. El rostro de Mauricio estaba bañado en lágrimas mientras subía al bus nocturno a Santiago. Insistió en prometer que tan pronto como llegara a Canadá comenzaría a trabajar por los exiliados chilenos y que todos tendríamos una bienvenida grandiosa en Montreal. Trasladaríamos el CERER a Canadá y seguiríamos trabajando. Se llevó nuestros currículum y los de los Cordero para procurarnos un empleo allá. No había sido nada fácil sacar el currículum de Martín de su casa, pero cualquier cosa que pudiera ayudar a salvarlo del inminente peligro que enfrentaba era digna de intentarse. Tuvimos primero que ponernos en contacto con su esposa para hacerle saber cuándo partía Mauricio a Canadá. Ruth ya sabía que este había recibido órdenes perentorias de la Junta. La casa de los Cordero estaba bajo la observación constante de vecinos “patriotas” que tenían en una mano un par de binoculares y en la otra el teléfono. Lo único que se me ocurrió fue simular que Peter estaba enfermo de nuevo y llevarlo al hospital.

El ambiente allí era deprimente. Habían suspendido a la mayoría de los médicos jóvenes. Supe que el doctor Silva, colega de Martín, estaba ahora a cargo del Departamento de Neurología y Psiquiatría. Él había trabajado unos cuantos días durante el paro, pero después se dio “vuelta la chaqueta”, se fue para la casa y se quedó allá. Por iniciativa propia mantenía a toda hora un ojo sobre Ruth, que había sido suspendida, pero a quien tuvieron que volver a llamar cuando se dieron cuenta de que el Departamento de Neurología no podía funcionar sin ella. La “comisión” aprobó que quedara bajo la supervisión del confiable doctor Silva. Cuando se asomó a la puerta le estreché la mano, pasándole rápidamente una nota que decía que necesitábamos copias de su currículum y el de su marido para Mauricio, que partía al día siguiente a Canadá. Al mismo tiempo, le describía todos los inexistentes síntomas de Peter. Ruth miró para todos lados y luego me susurró:

—Anda a la casa al mediodía, pero asegúrate de que nadie te reconozca. Debe parecer que vas a una consulta médica —luego, en alta voz, me despachó diciendo— esto no es una afección neurológica, usted debe ir al segundo piso a Dermatología...

Mientras regresaba a casa me debatía con el problema de cómo disfrazarme de alguien que necesita un médico. ¡Angélica!, la guagua de Rosa. Esa era la res-

puesta. Me haría pasar por una pobre madre campesina con su guaguüita enferma. En casa de los Cordero había gente de ese tipo tocando a la puerta a cada rato, así que no sería nada inusual. Empecé por procurarme un disfraz apropiado. No pretendo decir que no estaba aterrada, pero no podía pensar en otra solución. A mediodía me puse un largo chaquetón viejo y me amarré un pañuelo a la cabeza. Le dije a Rosa que quería mostrarle Angélica a los Cordero y juré protegerla con mi vida. La joven madre sabía lo peligrosa que era la situación en esa casa, pero su respeto por ellos era tal que me pasó a su guagua envuelta en un chal blanco. Me miró largo, confiado y puso a Angélica con delicadeza en mis brazos. Milan me hizo bajar del auto cerca de la calle y se alejó. No era prudente quedarse. Avancé dos cuadras, me saqué los anteojos para parecer menos sospechosa y comencé a aferrar la guagua con el mayor dramatismo posible. Caminaba con el paso lento y vacilante de una mujer del campo mientras iba deteniéndome frente a los números de las casas. Al mismo tiempo, me preocupaba de mantener siempre mi espalda hacia las viviendas del frente. Por último, toqué nerviosa a la puerta y esperé; todo debía ser hecho de modo lento e indeciso. La puerta se entreabrió y entré.

¡Al fin!, los niños recibieron a Angélica de mis brazos y la pusieron en el sofá. Corrieron el chal y miraron a la guagua fascinados mientras ella estiraba sus bracitos y piernecitas, pestañeando soñolienta. Ruth ya había comenzado a tipear su currículum. Subí corriendo a ver a Martín. Tenía un aspecto espantoso, como el de un prisionero en aislamiento. Su cara estaba demacrada, sin afeitarse, sus ojos carecían de todo brillo y su cuerpo estaba tan delgado que le colgaban el chaleco y los pantalones. Nos abrazamos, pero el solo hecho de ponerse de pie lo fatigaba, así que nos sentamos en la cama. ¿Qué era lo que al fin lo había quebrado y llevado a ese estado? Hasta ahora había sido nuestro líder, irradiando sabiduría, humor y calor humano. Según él mismo solía decir, “nada era tan malo que no pudiera ser peor”. Sostenía que, en la sociedad, la locura aparecía tan a menudo como el resfrío en una persona y que se pasaba exactamente del mismo modo; que la razón siempre acababa triunfando. ¿Había subestimado la situación? ¿Se debatía Chile en la agonía de una enfermedad incurable que la destruiría? ¿O era que cada noche Martín volvía en sus pesadillas al cuartel a pasar de nuevo por el brutal interrogatorio? Su arresto domiciliario significaba que debía acudir todos los jueves a la comisaría sin saber si lo iban a dejar regresar a su casa.

Ya no era un secreto que no eran los militares quienes aullaban por su sangre, Temuco es una ciudad pequeña y todo el mundo se conoce. Martín les era familiar a todos los miembros de la junta local, ya que había atendido a los miembros de las familias de los militares en sus domicilios y era también muy conocido del Fiscal Militar. Esa terrible noche le dijeron que los médicos de derecha que habían estado en paro contra el gobierno de Allende –figuras influyentes de la jerarquía provincial– no descansarían hasta destruirlo, que nunca se lo perdonarían. En especial por sus acciones durante los dos primeros paros, cuando se las arregló para dirigir el hospital con una fracción mínima del personal y bajo su liderazgo

ofrecieron de hecho un servicio mejor. Tampoco le perdonaban el haber ido contra sus sacrosantas tradiciones desde el mismísimo día en que llegó a Temuco cuando comenzó a tratar a sus pacientes psiquiátricos incorporando a toda la familia y amigos en el proceso, creando así una especie de servicio comunitario. Muy pronto tuvo gran cantidad de ayudantes y patrocinadores para sus innovaciones, tales como talleres o grupos de autoayuda. En la medida en que Martín Cordero siguiera con vida, no sería completa la victoria sobre la izquierda. Ese era el argumento principal de sus enemigos. Decían que era el tipo de hombre que no se rinde jamás y que la gente siempre seguiría. Así, en los secretos corredores del poder, se desataba una lucha brutal en torno a la vida de Martín. La batalla estaba casi decidida, todos los médicos de derecha eran también oficiales de reserva y gozaban de gran influencia en el Ejército. Lo que pasaba, en realidad, era que hasta el momento los oficiales en servicio lo habían estado protegiendo contra la camarilla médica poniéndolo bajo arresto domiciliario, retrasando así una “decisión final”. Martín no era un animal que huía de sus perseguidores sedientos de sangre con alguna posibilidad de escaparse, sino una víctima atada a una cuerda resignada para el sacrificio.

Me senté con él y le conté nuevas de lo que pasaba afuera. De Steve y Janet que ya se habían ido, aterrados luego de que ella casi muriera a manos de un vengativo extremista. Steve había trabajado con Martín en la clínica psiquiátrica por un par de meses, eran buenos amigos. Le conté que a Mauricio se le había ordenado marcharse y de su promesa de promover la causa chilena en Canadá para poner a salvo a todos sus amigos. También le describí cómo Olaf y Anita, los noruegos, habían venido a despedirse y a insistir en que debíamos partir con ellos. Estaban histéricos, advirtiéndonos que estábamos en peligro de muerte. Querían, incluso, llevarse a Rosa y Angélica a Noruega porque también los mapuches estaban siendo sistemáticamente perseguidos. Al fin, solo para animarlo un poco, le conté acerca del allanamiento a la casa de Cecilia. Bajo circunstancias normales esto le habría sacado una sonrisa.

En ese caso, la operación no siguió el patrón acostumbrado. Había *jeeps* rondando, los soldados saltaron y golpearon la puerta, pero no se lanzaron disparos y a nadie se le aplastó la cara contra la muralla ni le quebraron costillas con las botas. Los militares llegaron a las diez de la noche anunciando que estaban allí para registrar la propiedad. Alfredo, el marido de Cecilia, un cardiólogo, no pertenecía a ningún partido político, pero fue uno de los médicos que se mantuvo trabajando durante el paro nacional ayudando a su amigo Martín Cordero a mantener a flote el barco.

Los soldados comenzaron su búsqueda bajo el ojo vigilante de su comandante. Cecilia, que estaba arriba amamantando a su recién nacido, bajó a ver de qué se trataba todo ese barullo. Me puedo imaginar de manera precisa la escena: la estupenda Cecilia en su camisón de encaje cubierta por su lujosa bata de satén, de brillante pelo negro ondulado cayendo sobre su espalda... Captó en un segundo de qué se trataba todo y con la profunda voz engolada de una dama del barrio alto de Santiago soltó un rosario de insultos.

–¿Qué cresta creen que estaban haciendo en mi casa?

A pesar de los desesperados ademanes de Alfredo, ella exigió ver al oficial a cargo “¡AHORA!”. Cuando se presentó, parpadeó con sorpresa y, cambiando por completo de tono, ronroneó esponjosamente.

–¡Pero si te conozco! Eres Osvaldo, el marido de mi amiga Mimí!

Adoptando un espontáneo aire de la anfitriona que ha sido pillada desprevenida, sonrió disculpándose.

–Si hubiera sabido que iban a venir, habría preparado algo, pero es tarde y he enviado la empleada a acostarse –los soldados se quedaron junto a las estanterías boquiabiertos, sin saber qué hacer– ¿Qué tal un poco de whisky?

Yendo al bar preparó tres vasos y preguntó si Osvaldo prefería hielo o agua. La cuestión era si acaso el comandante iba a aceptar ese nuevo papel que ella le estaba asignando. Pidió hielo con cortesía. Cecilia lo extrajo de una cubeta de plata, “al estilo americano”, gorjeó mientras dejaba caer el cubo en su vaso.

–A mí también me gusta con hielo. Alfredo prefiere el estilo inglés de trago largo, pero yo suelo tomarlo puro como tú, me acostumbré así en Estados Unidos.

Le guiñó al oficial con complicidad chocando su vaso con el suyo. Era imposible en esas circunstancias que sus soldados comenzaran a destruir el lugar según sus procedimientos estándar. Los tres empezaron entonces a compartir sus experiencias de Estados Unidos. El marido de Cecilia había estado allá con una beca de un semestre mientras Osvaldo había recibido entrenamiento militar regular en la base de Panamá. Luego de unos momentos, Cecilia recordó de repente la razón de la presencia de los soldados.

–Permíteme ayudarte, voy a traer los libros y los objetos que tus hombres quieran registrar– le ofreció magnánima, haciéndole entender que estaba consciente del hecho de que tenía que cumplir con su deber.

Los soldados se sacudieron las manos y las rodillas ¡Era tan amable y servicial esta gloriosa aparición! Delante de ese pompón rosado de encanto femenino el escuadrón armado se derritió como caramelo... Incluso, cuando se retiraban, pidieron disculpas por haber despertado a los niños. Al cerrar la puerta tras ellos, le envió sus mejores deseos a su amiga Mimí. Mucho después me contó que apenas cerró la puerta se había desplomado como un saco.

¡Resultó! El destello de una sonrisa recorrió el rostro de Martín. Le tenía mucho cariño a Cecilia y la consideraba una mujer en extremo inteligente y audaz que, cuando era posible, era capaz de dar vuelta cualquier situación. Además, si llegaba a haber un hombre involucrado, carecía de toda chance, ya que antes de que se diera cuenta ella lo iba a tener enrollado en su dedo como un fleco de su cabello.

Abajo, Angélica lo estaba pasando de lo lindo con los hijos de los Cordero, dando pataditas al aire y gorjeando. Todos querían tomarla en brazos, pero teníamos que irnos, se suponía que una visita al médico no podía durar tanto. Doblé los dos currículum que Ruth me dio y los metí adentro del pañal debajo del chaleco de Angélica y envolví la guagua en una frazada. Me fui dando la espalda

a la calle como si todavía siguiera escuchando los consejos de los doctores. Sin mis anteojos, iba viendo todo más bien borroso al hacer el camino de regreso. Milan ya me estaba esperando impaciente a la vuelta de la esquina, en el punto acordado. Saqué los documentos de su precario escondite apenas me subí al auto. A pesar de la importancia de los papeles, no podíamos apoyarnos en Angélica.

Al anochecer, pasamos un juego de los currículum a Mauricio cuando iba subiendo al bus para comenzar el regreso a su país. Todos sus estudiantes y colegas estaban allí para despedirse y lo abrazaban mientras hacían chistes de humor negro. Cuando la máquina partió, nos fuimos llorando. Mauricio era nuestro bastión de salvación, famoso por su capacidad para “apagar incendios”, acostumbrado a manejar las situaciones más complicadas y peligrosas. Era la mano derecha de Milan y un muy buen amigo. Lo echaríamos terriblemente de menos, más que a otros que ya se habían marchado. Se llevó consigo una buena porción de la seguridad que nos daba, un pedazo del Viejo Mundo. Quienes nos quedamos comenzamos a sentirnos cada vez más como huérfanos abandonados.

* * *

La universidad fue reorganizada. Esto es, se expulsó a una gran cantidad de profesores y alumnos. Hasta ese momento, el CERER continuaba existiendo. Parecía ser que la junta provincial mantenía su promesa, aquella hecha por los soldados a Milan el 12 de septiembre, al día siguiente del golpe. Ese día, por ser extranjeros, tuvimos que reportarnos en la comisaría. Estábamos muy nerviosos y no era para menos. Nuestros pasaportes eran de un país comunista, más encima estaban vencidos y no teníamos visa. En breve, desde el punto de vista militar, una situación de lleno insatisfactoria y al borde del delito. Milan fue a ver al vicedecano, quien se ofreció para comparecer con él frente a la junta local. Se requirió un poco de persuasión, pero al final mi marido accedió. Víctor Raviola, el vicedecano, era conocido por moverse en las altas esferas sociales de Temuco y mantenía relaciones algo cordiales con la oficialidad militar, nunca habría sugerido lo anterior si hubiese creído en la posibilidad de un peligro real. Resultó ser un encuentro bastante significativo. Raviola presentó a Milan con los siguientes términos:

–Caballeros, este es el doctor Stuchlik, originario de Checoslovaquia. Es científico social y, por desgracia, carece de todo documento válido.

Los soldados les dirigieron una mirada pétrea y entonces, como un solo hombre, se levantaron y sacaron sus armas.

–¡Cálmense caballeros, cálmense! –sin duda en ese momento Raviola se dio cuenta que su preámbulo dejaba que desear y se apresuró a rectificar la situación.

–Al doctor Stuchlik se le ha revocado hace poco su ciudadanía checa porque decidió quedarse en Chile. Él fue quien creó el Centro de Estudios de la Realidad Regional aquí en nuestra universidad, y que ya ha ganado reputación mundial como un centro de excelencia. Puedo garantizar personalmente que el doctor

Stuchlik no ha participado en ninguna actividad política que pudiese estar en conflicto directo con su integridad científica y lo mismo puede ser dicho de todos los miembros de su Departamento, que fue el único que no dejó de trabajar un solo día durante el paro. Pueden estar seguros de que se trata de un departamento por completo apolítico.

Al principio, los generales estaban recelosos, pero en breve se mostraron mejor dispuestos a medida que Raviola seguía hablando.

–Todo lo que he dicho es cierto y muy fácil de probar. El Departamento de Antropología Social del doctor Stuchlik ha sido el aporte más grande que ha recibido nuestra universidad en toda su historia. Hemos, incluso, ganado el derecho de otorgar grados académicos. He traído aquí conmigo al doctor Stuchlik ante ustedes, porque necesitamos de su ayuda.

Hubo entonces una cierta distensión del ambiente en la sala. Cuando Raviola se concentraba, desplegaba la elocuencia de un orador romano.

–¿Así que usted es de Checoslovaquia? –preguntó curioso el General de la Fuerza Aérea– ese es un país socialista. ¿Es allá como acá?

Milan sacudió la cabeza, un tanto inseguro.

–Checoslovaquia ha tenido socialismo por veinte años, así que se ha establecido a su manera.

–Pero si usted no desea regresar allá, ¿qué pasaría si lo hiciera?, ¿sería ejecutado en el acto? –preguntó otro oficial con cierta impaciencia simulando el gesto de disparar con la mano.

–Es posible que no –respondió Milan, todavía bastante nervioso, cuatro revólveres sobre una mesa consiguen que uno pierda algo de seguridad– pero es probable que terminara en prisión.

–Bueno, obviamente eso no le gustaría, ¿o sí? –rió uno de los oficiales con antipatía.

Milan estuvo de acuerdo y se unieron todos en una carcajada. Los oficiales entonces preguntaron qué deseaban.

Bueno, primero quisiera algún tipo de permiso oficial que me permitiera viajar de forma libre, ya que aparte de mi licencia de conducir, no tengo ningún otro documento –explicó.

Asintiendo con la cabeza, el General le pidió a su secretario que tomara nota. Pero en ese momento fatal Milan fue cogido por algo que solo puedo describir como un ataque de locura. Tomando una profunda inspiración, soltó en tono firme.

–Yo también necesito una garantía de parte de ustedes. Todo lo que les acaba de decir el vicescanciller Raviola es cierto, así que no hay razón alguna para que mis estudiantes y personal deban esperar un trato brutal solo porque están enseñando o estudiando Ciencias Sociales. Avalo a mi Departamento y a todos sus miembros, ahora y en el futuro.

Y no terminó allí... en su delirio pasó, incluso, a la ofensiva.

–Quiero advertirles que si por cualquier lamentable error fuese arrestado o interrogado cualquiera de los miembros de mi Departamento, lo voy a cerrar

de inmediato, me voy a marchar y me encargaré de que todo el mundo sepa lo que pasó. Debo advertirles también que si yo mismo fuese arrestado y acaso...

Aquí se detuvo un momento y, clavando significativamente los ojos en la mesa, sentenció:

–He hecho arreglos para que la verdad salga a luz y se haga pública en los diarios más influyentes de Europa y Estados Unidos, junto con toda la historia de mi trabajo en Chile desde 1968.

Los integrantes de la junta se reclinaron en las sillas y lo miraron fijo y en silencio por unos instantes. Entonces uno de los generales dijo con calma:

–Para un extranjero, un checo, un antropólogo sin papeles, su comportamiento es bastante... temerario.

Los demás asintieron y miraron a Milan con interés creciente. En este punto, Raviola sintió que debía intervenir.

–Lo que el doctor Stuchlik ha dicho es cierto y lo respaldo plenamente en mi nombre y en el de la universidad. Todos los otros departamentos sociales ya están cerrados. Al menos a este se le debería permitir seguir, ¡Ningún gobierno puede quedarse sin Ciencias Sociales por mucho tiempo!

No estoy segura de si esta última afirmación tuvo gran influencia sobre los militares. Es más probable que lo haya hecho la increíble actitud arrogante de Milan, basada en Dios sabe qué. Tal vez el convencimiento de que nada malo puede pasarle a un hombre inocente, o quizá tenían documentados todos los ataques hechos a la puerta de su Departamento, tanto por la izquierda o la derecha. El resultado fue que Milan obtuvo un salvoconducto firmado por el General a cargo de la junta. Ese documento reemplazaba todos los otros y, aún más, le aseguraba que el CERER seguiría operando como de costumbre.

Durante nuestro corto, pero bastante azaroso matrimonio, me había tocado ser testigo de muchos actos insensatos cometidos por mi marido. Una vez se arrojó entre dos mapuches que peleaban ebrios, arrebatándole a uno de ellos una hoz oxidada. Otra vez condujo –o más bien saltó– sobre un espacio vacío en un puente que había sido dañado por un terremoto y que tenía solo unas pocas planchas que se balanceaban sobre el embravecido río que tronaba abajo. Hablando de ríos, muchas veces convirtió el auto familiar en un vehículo anfibio al arrojarse en aguas profundas. Siempre tenía suerte, porque todas las veces aparecía alguien para tirarnos o empujarnos a tierra firme. Pero, sin duda, que la última proeza en el cuartel de la junta había sobrepasado a todas las demás. No fue una suerte de cabriola chiflada sino más bien una ruleta rusa... Milan había sido dominado por un arrebató de intrepidez de esos que se dan una vez en la vida. Por más que fuese la junta provincial, era tan mortífera como la junta de gobierno de Santiago. Comprendí en un instante que debíamos sacar a Milan de Chile lo más rápido posible, antes de que él mismo se pusiera la soga al cuello. Por desgracia, no tenía la menor idea de cómo hacerlo. El 26 de septiembre *El Mercurio* publicó una lista de los países que habían roto relaciones diplomáticas con Chile en protesta por el golpe. Checoslovaquia era uno de ellos. Hacía días que había despedido el

avión con el personal de la Embajada y sus familias. Dentro de Chile y en cuanto al futuro inmediato, estaban interrumpidos todos los medios de comunicación, aparte de los militares. Así que no teníamos cómo saber si quedaban algunos representantes del gobierno checoslovaco que hubiesen tomado precauciones para la seguridad de los ciudadanos residentes. Pero, incluso, de haber ocurrido, no me hacía la menor ilusión de que pudiésemos calificar.

Poco antes del golpe el nuevo director oficial del Museo Naprstek de Praga había venido a Chile. El Embajador le había encargado que nos informara que si regresábamos de manera voluntaria a casa antes de fin de año, fecha de expiración de la amnistía para emigrantes, todo sería perdonado. Por desgracia, el Embajador no actuaba en conjunción con los funcionarios del país, ya que en el entretanto recibimos la noticia de que toda nuestra propiedad, modesta como era, había sido expropiada por el Estado. Nuestra casa de Libechov había sido oficialmente clausurada, pero no antes de que nuestros buenos vecinos la saquearan y se marcharan con todo lo que se pudieron llevar.

Vaclav, el nuevo jefe del museo, también se las había ingeniado para “modificar” el mensaje del Embajador, de tal suerte que no interfiriese con sus propios planes. Le había avisado a Milan que regresara dentro de cuatro o cinco años, cuando él mismo estuviese a punto de jubilar, porque temía que Milan realizara la autocrítica requerida por las autoridades y exigiera en recompensa el puesto más alto en el museo y, con ello, reemplazar a Vaclav. Él no era el tipo de hombre que toma riesgos, tal como quedó en evidencia el día del golpe. Estaba en el norte en ese momento y se entregó de inmediato. Se quedó en la comisaría jugando a las cartas con los funcionarios de Aduana hasta el momento en que representantes de la Universidad de Antofagasta lo tomaron a su cargo y lo despacharon en el primer vuelo a Europa. A su regreso, acaparó toda la atención con sus aventuras en Chile, contándole a todo el mundo que casi había perdido la vida. Dado el hecho de que lo único que había estado en riesgo de perder durante el juego de cartas era su camisa, hay que decir que exageró un tanto el peligro que había corrido. Sin embargo, se convirtió por un tiempo en un héroe nacional.

ASESINAN A HENRÍQUEZ

Desde principios de octubre el terror y los destrozos caóticos y espontáneos comenzaron a transformarse en persecución metódica. Nadie sabía cuándo le llegaría el turno, ahora los asaltos militares no se limitaban a los izquierdistas, sino que se extendían a democratacristianos con tendencias de izquierda. Según la lógica del Ejército, el país había sido destruido por políticos civiles de todas las corrientes. Además, los soldados le habían tomado el gusto al poder. El objetivo primario del Ejército era probar que toda la izquierda había estado preparando un autogolpe. Los diarios informaban sobre los depósitos de armas descubiertos durante las búsquedas en las ciudades, pero con frecuencia eran miserables en cantidad y calidad. Si había que guiarse por la muestra exhibida en la plaza de Armas de Temuco, no les estaba yendo muy bien con su caza de pruebas de un pretendido golpe en ciernes. Había un par de escopetas viejas, sin duda quitadas a campesinos que las usaban para cazar conejos, varias pistolas antiguas quizá del tiempo de la Guerra del Pacífico y unas pocas latas de Nescafé, tal vez para fabricar granadas. La escasez de la redada no era para nada sorprendente puesto que la mayor parte de las armas ya había sido entregada en el otoño. La auténtica recompensa los esperaba en la residencia de Allende. Descubriríamos por fin el contenido secreto de esas famosas cajas cubanas que en efecto resultó ser un impresionante arsenal de armas ligeras de fabricación checa y soviética.

Los civiles eran a diario objeto de crueldad y violencia. Una joven psiquiatra de la clínica en Nueva Imperial nos contó, temblando, su experiencia durante un viaje de vuelta en bus a Temuco. Una unidad del Ejército había detenido el bus, y los jóvenes soldados, con sus imponentes cascos de metal, pidieron los documentos de identidad. Separaron a los que tenían sus carnés de identidad de los que no. Los mapuches no acostumbraban a llevar sus documentos consigo, algo que los soldados sabían demasiado bien. Eligieron a un par de indígenas y les ordenaron “bailar”. Los empujaron de un lado a otro con sus rifles gatillados y los rodearon disparándoles a los pies mientras les gritaban “¡Corran!”. Uno de los soldados disparó por error un tiro dentro del bus e hirió a seis pasajeros. Por un fugaz momento esto borró las sonrisas de las caras de los uniformados, pero luego palmotearon a su compañero en la espalda diciéndole que no se preocupara: contarían que los pasajeros no habían cooperado lo suficiente. Dos enfermeras estaban ahora internadas en un hospital de Temuco con heridas de bala en los tobillos.

Estos brutales juegos militares a expensas de la gente de campo eran muy comunes. A los “chicos de verde” les gustaba en especial apuntar a venerables abuelos mapuches. También los hacían “bailar”, pero luego les disparaban por “tratar de escapar”, a menos que murieran en el acto de un ataque al corazón. Lo curioso es que estos chicos de familias campesinas pobres, que ahora formaban parte del Ejército, eran el mismo tipo de reclutas que los revolucionarios de izquierda de antes del golpe creían que formarían las nuevas milicias de obreros si se llegaba a la guerra civil y que serían los hijos revolucionarios de Chile. Los rangos más altos tenían sus propios territorios de caza. Cada funcionario importante de izquierda tenía ahora un precio de medio millón de escudos por cabeza. Lograron capturar a Luis Corvalán, presidente del Partido Comunista. En las oficinas de correo, restaurantes, estaciones de tren y vitrinas de Temuco había carteles con fotos de los políticos y terroristas más buscados, cada uno con el precio correspondiente. Era igual que en el *Far West*, pero por desgracia no era una película sino la realidad de todos los días.

* * *

Se rumoreaba que los oficiales estaban planificando una gran operación contra los suecos. Había unos pocos en Chile, trabajando en proyectos de reforestación bajo el auspicio de Naciones Unidas, pero ahora el Ejército los acusaba a todos de actividades terroristas. Llegaron a esta alarmante conclusión debido a algunas desafortunadas experiencias con representantes diplomáticos de Suecia. Durante el gobierno de Allende, los suecos, siguiendo su tradición de tolerancia y neutralidad, nunca se habían comprometido en lo político. Sin embargo, tras el golpe, sin vacilar y con gran determinación, habían expresado su oposición al gobierno militar. La encabezaba el propio embajador, Harald Edelstam, conocido en el mundo como “El Clavel Negro”. Valiéndose de métodos muy ingeniosos y audaces, había logrado liberar sistemáticamente de las garras de la junta a muchas víctimas incluidas en las listas de ejecución escondiéndolas en su propia embajada, y luego había hecho los preparativos para que las condujeran sanas y salvas a Escandinavia. Sus métodos eran poco ortodoxos e inusuales. Todos los días aparecían artículos sobre él en la prensa denunciando a gritos sus actividades contra el gobierno militar, mientras la gente en las calles cuchicheaba su nombre con reverencia. La admiración que despertaba encolerizó al Ejército. El embajador Edelstam no temía a la junta y esto no era un buen ejemplo. En una ocasión, los soldados llevaron a una joven de la cámara de tortura al hospital y ordenaron a los médicos que la dejaran en condiciones de poder seguir “interrogándola”. Harald Edelstam decidió salvar de los torturadores a esta mujer fuertemente custodiada, y consiguió la ayuda de colegas diplomáticos de México y Francia, además de un equipo de periodistas extranjeros.

El ejército llegó al hospital en un vehículo blindado, el Embajador en un auto diplomático. Ambas partes iniciaron un forcejeo sobre la camilla en que yacía,

inconsciente, la desdichada muchacha. De súbito, Edelstam sacó un par de esposas y se encadenó a la camilla. En ese instante, sus amigos y los periodistas protegían a la chica de los soldados y, al mismo tiempo, sacaban instantáneas con sus cámaras mientras el Embajador recibía por voluntad propia los golpes y patadas de los coléricos oficiales al tiempo que los otros diplomáticos y periodistas desaparecían con la joven. La embajada de Suecia era una provocación abierta contra los dictadores y era solo cuestión de tiempo para que el Ejército se tomara la revancha. Nuestros amigos Anita y Sven recibieron una advertencia anónima de que estaban en peligro y partieron de inmediato. Hicieron sus maletas esa misma noche y a la mañana siguiente ya se habían ido. Harald Edelstam fue un im placable opositor de la junta militar y sus hazañas fueron admiradas por todos. Tomaba la precaución de que todas sus actividades se desarrollaran a plena luz pública y frente a todos los medios de comunicación del mundo, y de allí su éxito. Sin embargo, no era el único disgustado con los métodos “tipo Gestapo” de quienes detentaban el poder.

Como en todo período de crisis, la verdadera naturaleza de las personas salió a la luz. Así, por ejemplo, un matrimonio que había estado deteriorado durante años, se recomponía por la fuerza de la esposa que luchaba como leona para salvar la vida de su esposo encarcelado. Muchas familias que habían estado divididas por sus opiniones políticas pronto cerraron filas, y ayudaban a parientes en peligro a escapar por la frontera hacia Argentina. También supe de un caso en que una mujer denunció a su yerno como simpatizante de izquierda tan solo porque le guardaba rencor. Quedé muy sorprendida por las acciones de la médica holandesa que fuera la dueña anterior de nuestra casa en Cholchol. Pese a ser muy conservadora y con firmes principios de derecha, envió un mensaje a los Cordero ofreciéndoles refugio y toda la ayuda que estuviera a su alcance. Cuando jovencita durante la guerra había recibido un reconocimiento por su valentía en Holanda. Quizá la actual situación en Chile le había recordado los amargos momentos de la ocupación nazi, imágenes que esperaba haber dejado atrás cuando se trasladó a Sudamérica. Estos ocasionales ejemplos de gente que se oponía a la junta eran un reconfortante contraste frente a la ola actual de denuncias. El ala del Partido Comunista de Temuco fue aniquilada en una sola noche. La junta provincial mantuvo a los compañeros en prisión durante un tiempo, pero ya había llegado el momento de ejecutarlos. En la mañana la radio informó de qué se había tratado el tiroteo de la noche anterior. Los comunistas torturados, por supuesto, habían “intentado escapar”. Sin embargo, los soldados no obtuvieron mucha información de los archivos existentes en la sede del Partido Comunista, ya que sus líderes habían quemado todos los documentos el 10 de septiembre, un día antes del golpe.

¡Mataron a Henríquez! Ante esta noticia, Temuco se paralizó y casi todos se acobardaron. El médico Hernán Henríquez, un cirujano y administrador sumamente capaz, había sido director del hospital de Temuco. Allende había tratado de convencerlo para que fuera ministro de Salud, pero Henríquez había rehusado, prefiriendo dirigir un modesto hospital de provincia. Al mismo tiempo, era

director de la Organización de Servicios de Salud de las provincias de Cautín y Malleco. Su desgracia fue el carné de miembro del Partido Comunista y el hecho de que bajo su mando el hospital continuó funcionando durante el paro. Cuando fue detenido el 15 de septiembre poco después del golpe, nadie se atrevió a defenderlo. Hacía tres semanas que no se sabía nada de él. Se lo habían llevado de un centro de interrogación a otro y, de acuerdo con la última información, estaba en el aeropuerto Maquehue. La única que lo había buscado sin cesar era su mujer. En todas sus trágicas visitas a las cárceles y centros de detención, incluso al infame aeropuerto –el principal centro de tortura– la acompañó el obispo de Temuco, monseñor Bernardino Piñera, valiéndose de toda su autoridad, pero sus indagaciones fueron inútiles. El 5 de octubre hubo, como era ya habitual, un comunicado militar matutino con la lista de los prisioneros abatidos la noche anterior “mientras trataban de escapar”. En esa lista figuraban Alejandro Flores y Hernán Henríquez. No obstante, los prisioneros que estaban con él le contaron luego a su esposa que lo habían arrojado en su celda una semana antes del anuncio formal de su muerte. Habían pasado toda la noche rogando para que muriera. No reconocía a nadie y él mismo estaba irreconocible. Un gimiente y sangriento amasijo de carne y huesos destrozados. Para los generales no fue suficiente denunciar a Henríquez como comunista, sino que, además, lo declararon terrorista y pieza clave del “plan Z”. La razón era clara: tenía un transmisor en su oficina. Se usaba para controlar el movimiento de las ambulancias y a futuro se pensaba utilizarlo en la coordinación de los helicópteros del hospital, pero para los funcionarios militares era una prueba concreta de que Henríquez planeaba emplearlo en la articulación del autogolpe de izquierda.

Cuando Ruth supo la noticia de la muerte de Henríquez se sacó la bata de hospital y se puso el abrigo. Le temblaban las manos.

–¿Dónde cree que va? –saltó el doctor Silva.

–Tengo que encontrar a Ruth –contestó en voz baja, refiriéndose a la mujer de Henríquez, cuyo nombre también era Ruth.

–¿Y pidió permiso? ¡Usted no va a ninguna parte, no se lo voy a permitir!

–¡Trate de detenerme! –largó dando un portazo.

Una vez afuera, vaciló sin saber exactamente adónde ir, pero por casualidad en ese mismo momento pasó Ruth Kries de Henríquez, manejando por avenida Alemania, cerca del hospital. Paró su auto y le hizo señas a su amiga contándole emocionada que iba a buscar al Obispo porque el día antes se había tropezado con una pista prometedora. Ruth se sentó con ella en los escalones a la entrada de la iglesia San Francisco y le dijo lo que acababa de escuchar en la radio. La mujer de Henríquez palideció, la sangre le fue desapareciendo lentamente de la cara dejándola blanca como las paredes de la iglesia que estaba a sus espaldas. Solo entonces se desplomó, y Ruth, con la cara bañada en lágrimas, la sostuvo entre sus brazos. En la casa de los Henríquez se había reunido toda la familia. La madre y el padre del hombre asesinado se arrojaron sollozando hacia su nuera, pero ella los rechazó.

–¡Así que ahora lloran! ¡Ahora que es demasiado tarde lloran por su hijo! Cuando todavía estaba vivo, cuando todavía había esperanza, no me ayudaron a buscarlo. ¡Tanto miedo tenían!

Ruth no volvió al hospital, sino que corrió a su casa. Cuando ella y Martín discutían qué hacer, irrumpió la mujer de Henríquez gritando que tenían que escapar de inmediato, ¿acaso no veían que Martín era el tercero en la lista de muerte, el tercer miembro de un pacto inexistente entre comunistas y terroristas? Esto confirmó los peores temores de los Cordero y esa noche se fueron a Santiago. Tomaron a los niños y unas pocas maletas con lo estrictamente necesario, abandonando todo lo demás. Las pinturas, los libros, el instrumental médico, el estupendo mobiliario, sus colecciones, los tesoros de arte mapuche... todo. Solo soltaron a los perros a la calle para que se defendieran por sí mismos. Ni siquiera se molestaron en cerrar la puerta. Al día siguiente los soldados volvieron a la calle Trizano, pero no encontraron a su prisionero, se había esfumado. Destrozaron la casa, diciendo que buscaban armas.

En el caso de Henríquez, únicamente el valiente Obispo había tenido el coraje de intervenir a su favor. El caso de Martín era diferente, ya que los que querían atestiguar a su favor eran tantos como los que querían denunciarlo. La mitad de Temuco y del resto de la región tenía alguna razón para estar en deuda con él. Había cientos de pacientes agradecidos sin contar a todos los que compartían sus pasiones: las comedias clásicas estadounidenses que a menudo pasaba en el *living* de su casa a niños y adultos; sus colecciones, Martín era un gran coleccionista de artefactos mapuches y hace poco había extendido sus intereses al arte chino y japonés, en especial bronce antiguos; la música clásica, llegando del hospital a mediodía, sus primeros pasos eran hacia el tocadiscos y los sonidos de algún gran concierto llenaban la casa; el *ping-pong*, que se jugaba en una mesa de comedor adaptada con un par de varas de metal. Así, la enorme variedad de los intereses de Martín hacía que su casa estuviera siempre llena de personas de todas las esferas de la vida, muchas de las cuales pasaban a formar una especie de familia extendida. Incluso la madre de nuestra amiga Carmen, que vivía en el hotel Oriente, llegó para testimoniar a favor de Martín. En tiempos normales, ella habitualmente jugaba *bridge* en el club de oficiales.

–No me diga que usted también está defendiéndolo –le dijo, malhumorado, su antiguo compañero de naipes, el fiscal militar–. Tiene que entenderme señora, yo no tengo nada contra Cordero. De hecho es al revés, él trató a mi hijo, a mi esposa y a mi suegra, pero la verdad es que estaría más seguro en mi prisión que fuera. No somos nosotros los que estamos detrás de él, son sus propios colegas.

Tres días después Ruth volvió a Temuco, mientras Martín permanecía en Santiago. Fue directamente donde Podlech, el fiscal militar. El funcionario de más alto rango en el área y ahora a cargo de todos los prisioneros. En su oficina, Ruth explicó que habían tenido que irse a Santiago porque la madre de Martín estaba muy enferma y, como también los niños estaban bastante nerviosos, pensaban que un cambio les sería beneficioso. El fiscal la escuchaba, sin dar a entender que

había captado el fondo de su explicación, pero sin referirse tampoco al reciente asalto a su casa. Solo preguntó cuándo pensaba volver Martín. Ruth decidió poner las cartas sobre la mesa:

–¿Pero podemos volver? ¿Qué garantías puede ofrecer?

–Eso depende de ustedes –replicó el fiscal– le puedo garantizar un noventa y nueve por ciento que al doctor no le pasará nada.

–¿Y el uno por ciento?

–Ese uno por ciento es de la FACH, que no está a mi cargo.

–Ese uno por ciento significa todo –dijo Ruth con voz cansada– lo siento, pero no podemos arriesgarnos.

Con esto finalizó la reunión. Henríquez había sido torturado y asesinado en la base aérea. El fiscal mostró un cortés interés en sus planes a futuro, pero ella solo le dio respuestas vagas. Tendrían que quedarse en Santiago por un tiempo, y luego verían. Más tarde, me encontré por casualidad con Ruth en la calle, cuando salía del hospital donde había ido a solicitar un certificado de pago de impuestos. Era un documento importante, necesario para poder salir legalmente del país. Por supuesto, no lo obtuvo.

Fuimos a tomar un café, y allí me explicó por qué nos habían estado evitando. También estábamos bajo sospecha y si nos manteníamos en contacto, eso podría ponernos en peligro ante los militares. Todos los que habían tenido algún contacto con los Cordero estaban bajo estrecha vigilancia. Había listas, archivos, fotos, testimonios. Me contó de su reunión con el fiscal en el regimiento Tucapel. Había sentido miedo, pero estaba contenta de haberlo intentado, de todas formas no esperaba un resultado positivo. Su paso siguiente sería tratar de obtener asilo político en una de las embajadas en Santiago, aunque ahora fuera demasiado tarde, ya que en ese momento estaban todas llenas de refugiados políticos y rodeadas por personal militar. Permaneció en Temuco solo una noche, alojándose en casa de un amigo abogado que había sido antes diputado demócratacristiano y por ello menos sospechoso que sus amigos de izquierda. A la mañana siguiente volvió a Santiago, jurando no volver jamás a este lugar donde había pasado los años más felices de su vida. Despidiéndome de ella comprendí que pronto también nosotros tendríamos que hacer las maletas. De modo repentino e irremediable, nuestro mundo se había derrumbado.

LA RED SE ESTRECHA

El colapso de nuestro mundo se concentró en el punto más débil. Solo Milan y sus estudiantes mantenían ahora el CERER a flote. Había prometido que nuestro curso, el original, se graduaría a fin de año y que procuraría un reemplazo adecuado para continuar con la formación de los estudiantes recién admitidos. Ellos, sin embargo, no se mostraron particularmente entusiasmados por este plan. El hecho fue que el futuro del Departamento era tan poco seguro como el de cualquier otro departamento universitario del resto del país. Peor todavía, el gobierno empezó en todas partes a cerrar los institutos y escuelas de Ciencias Sociales, al tiempo que promovía el desarrollo de áreas de estudio comerciales y tecnológicas. Desde un punto de vista militar, aquellas eran más útiles y confiables. Ahora, los generales en retiro estaban asumiendo en masa el papel de rectores y directores de departamentos universitarios.

A causa del toque de queda, no podíamos salir de nuestra casa en la tarde para visitar a los amigos del hotel Oriente, así que comenzaron a venir ellos. Ninette, la dueña, había solicitado una dispensa del toque de queda para poder transportar en las noches a los pasajeros entre el hotel y la estación de trenes. Se le otorgó y resultó de gran utilidad, ya que ella y su amiga Carmen la aprovechaban para venir a visitarnos de cuando en cuando. Era usual que las acompañara el avejentado, pero todavía pulcro don Carlos, todo un personaje del hotel. Cada vez que yo escuchaba el portazo de un vehículo bajo las ventanas, esperaba con la respiración ansiosa y el corazón en la boca el trueno de las botas y el estampido en la puerta. Algunas noches eran tranquilas, aparte de la constante vigilia de los aviones y helicópteros bajo las estrellas. Otras eran de incesantes balaceras y traqueteo de camiones militares. Al final de la calle había una vieja prisión, hace mucho tiempo en desuso, que se había puesto de nuevo en funciones. Así que ahora el pavimento se sacudía a cada rato mientras un camión tras otro pasaba calle abajo. La gente contaba, viendo a través de las rendijas, cuántos iban y cuántos venían y trataban de adivinar hacia dónde partían con su maltratada carga humana.

Carmen, Ninette y don Carlos consideraban sus visitas nocturnas como un servicio necesario para alegrar un poco la anquilosada vida social del momento. No eran muchos los que podían darse el lujo de andar tan libremente por las noches. Ninette, incluso, tenía contactos en el regimiento Tucapel y compartía con nosotros la información que podía recabar allá. Las denuncias ya se habían

vuelto una enfermedad crónica en Chile, así que los soldados dejaron de actuar a partir de datos anónimos. Nuevamente exigían nombres, direcciones y pruebas de parte de los informantes. También nos contó Ninette acerca de los ingeniosos métodos de interrogación que estaban utilizando los militares y cómo los seguían refinando. Uno de los favoritos, y que según los soldados producía los mejores resultados, era la “ejecución simulada”: un prisionero, con los ojos vendados y su espalda contra la pared escuchaba la descarga, y cuando le sacaban la venda se veía de pie en una piscina de líquido rojo que parecía sangre. El no saber si era su propia sangre o la del hombre que estaba junto a él, le producía un efecto por completo desorientador.

Una tarde mientras conversábamos, escuchamos un gran estrépito viniendo del piso de abajo. Los vecinos se habían dado cuenta de las repetidas apariciones de un pequeño Fiat rojo delante de la casa y la curiosidad les estaba causando insomnio. Sonó como si estuviesen transportando muebles y luego una estruendosa caída seguida de una sarta de garabatos. En la mañana, Rosa nos contó lo que había pasado. Nuestros caseros de abajo habían decidido que necesitaban un espía para vigilarnos.

—Olga, ¡isiéntese! —le había ordenado la dueña de casa a su empleada—. ¿Es usted patriota?

Olga gruñó que probablemente lo era.

—Bueno, si lo es, ¡debe ayudarnos! Usted sabe que los extranjeros que viven arriba son comunistas. Será su obligación preguntarle a Rosa todos los días qué están haciendo los gringos, a quiénes ven y de qué hablan. Luego nos cuenta. ¿Está claro?

Olga, que no tenía la menor intención de aumentar su carga de trabajo en favor de sus desagradables patrones, de inmediato le confidenció todo a Rosa. Al otro día, las muchachas intercambiaban risillas maliciosas en la cocina mientras Olga describía los hechos de la noche anterior. Cuando el casero y su esposa escucharon detenerse el auto afuera como de costumbre, decidieron llegar hasta el fondo del misterio de esas visitas nocturnas. Apagaron el televisor, la radio de Olga y ordenaron silencio total. Convencidos de que nuestros visitantes eran miristas, se devanaron los sesos para conseguir escuchar nuestra conversación y poder así denunciarnos a los militares. Movieron la mesa hasta el centro de la sala y apilaron dos sillas arriba. Luego le mandaron a Olga que trepara y pegara su oído al cielo raso. Obviamente, esto no era parte de sus obligaciones domésticas usuales y como no obedeció de inmediato, la dueña de casa la hizo con impaciencia a un lado. No duró mucho en la cima de la improvisada plataforma antes de que se desplomara, pero solo después de gritar sorprendida:

—¡Están cantando la canción nacional!

Eso era lo último que habrían esperado de la reunión secreta de una célula de extrema izquierda. Lo que era imposible que supieran, era que en ese preciso momento estábamos, efectivamente, enfrascados en un estudio comparativo de himnos nacionales! De hecho, acabábamos de cantar el himno checo.

La historia no me divertía mucho. Nuestros caseros se estaban convirtiendo en una verdadera molestia. Además de espiar a quienes entraban o salían de nuestro departamento, incluso habían comenzado a registrar nuestros movimientos en la ciudad, observando dónde estacionábamos, cuánto tiempo y quién estaba en el auto. En una ocasión llegó a ser más preocupante que de costumbre. Nos visitaron unos periodistas del *Washington Post*, uno se quedó en el auto y dos entraron. Mientras charlaban con Milan, la señorita Nancy, hermana del casero, recorrió la alta verja del jardín procurando un punto de observación. Al fin halló un agujero en la madera y clavó su ojo allí. La veía bastante bien desde la terraza. Al mismo tiempo controlaba el reloj para calcular cuánto tiempo se quedaban nuestras visitas y lo anotó con cuidado en una libreta junto con la patente del auto. Era obvio que gracias a la diligencia de los vecinos existía un nutrido archivo acerca de nosotros. La cuestión era, ¿cuándo decidirían actuar basados en la información obtenida?

Durante el siguiente viaje a Santiago, fuimos detenidos en seis controles militares. Los peores fueron el primero después de Lautaro y el último antes de Santiago. Partimos al alba apenas se levantó el toque de queda, era importante llegar a la capital a tiempo. Por desgracia, nuestra citroneta no era el más veloz de los vehículos, en especial contra el viento. Aun cuando el sol todavía estaba oculto bajo las brumas matinales, los soldados ya estaban totalmente alertas. Eran cuatro. Dos se lanzaron contra el vehículo y comenzaron a arrojar fuera todas nuestras cosas mientras los otros dos nos apuntaban. Abrieron una maleta y la registraron con esmero. Uno de ellos parecía interesado solo en mi ropa interior, sacándola y haciendo comentarios indecentes para delicia de sus compañeros. Después de unos minutos ya no pude aguantar y me abalancé sobre él. En ese instante algo frío se me hundió bajo las costillas y la cara bajo el formidable casco tomó una abominable expresión.

—¡No se mueva! —ladró.

Yo estaba furiosa. ¡Despreciable escoria inmunda! ¡Necesitaban afirmar su virilidad en un arma! Cuando terminaron de jugar con mis calzones, nos dejaron seguir. No obstante, justo antes de la entrada a Santiago, topamos el control final, que resultó ser de máxima peligrosidad: los soldados encontraron en la maleta el manuscrito de Milan sobre los mapuches. Él vivía preocupado imaginándose una variedad de desastres mientras viajábamos afuera —una inundación, un incendio o un robo— y a Rosa demasiado ocupada poniendo a salvo a los niños como para preocuparse de su precioso manuscrito, fruto de su trabajo de campo en Coipuco. Es por eso que siempre viajábamos con una copia. Esta vez casi tuvimos que lamentarnos. El joven soldado examinaba el texto escrito en inglés y de pronto, con entusiasmo creciente, señaló las extrañas abreviaturas y diagramas. Milan le explicaba que era un libro que llevaba a un editor en Santiago y de ninguna manera un conjunto de planos, como el muchacho insinuaba. Pero él no le creyó y de nuevo sentí el acero incrustándose en mi costado. Al fin, uno de ellos corrió con el manuscrito en dirección al grupo que patrullaba al otro lado de la calle.

Claramente quería consultarlo con el oficial al mando, ¡quizá habían encontrado por fin el “plan Z”!, y, por seguridad, escrito en clave y en una lengua extranjera. Seis soldados bien armados cruzaron la calle derecho a nosotros. Ninguno tenía más de veinte años y uno de ellos era un joven mapuche. Milan, con la cara bañada de sudor, le preguntó de dónde era. De Boroa, le respondió. Milan le dijo que conocía Boroa porque había vivido muy cerca, en Coipuco. Los ojos del soldado brillaron:

–¿Tú eres el gringo de Coipuco? –preguntó asombrado.

Milan asintió. El muchacho se volvió a sus compañeros y les habló con urgencia. Se pusieron en círculo juntando sus cascos y en pocos momentos volvieron.

–¿Cómo te llamas?”, le preguntó amistosamente Milan al soldado mapuche ofreciéndole un cigarrillo.

–Francisco Catrileo.

–¿Uno de los Catrileo de Malalche?

–Es mi tío.

–¿Tu tío? No puede ser, porque eso querría decir que se casó fuera de la reducción. O puede haber sido que tu padre se casara fuera de Malalche en Boroa. ¿Tiene que ser un tío lejano, no?

Ahora era Milan el que preguntaba, en apariencia con inusual interés. Quedé de pronto choqueada al darme cuenta de que en medio de una situación precaria, estaba por completo absorbido tratando de desentrañar esa confusión de parentesco territorial. El joven asentía y explicaba que usaba la palabra “tío” en sentido amplio para que la entendiera un extraño. En realidad, los Catrileo de Malalche eran “solo familia”, entendiéndolo por eso, relaciones distantes. Milan abrió el manuscrito y le mostró al soldado una referencia al clan de los Catrileo. Afortunadamente el soldado sabía leer y se entusiasmó mucho ante el hecho de que su familia apareciera mencionada en un libro. Así, toda esa idea de que el libro tuviese algo que ver con el famoso “plan Z” se desvaneció como el viento, porque jamás un Catrileo estaría involucrado en tal actividad criminal. Y ahora, lo que en principio había sido una tensa y acaso desastrosa situación, se convirtió en una amigable charla del tipo:

–¿Conoces a fulano de tal?

–¿El chico que cojeaba?

–Sí, el mismo.

–¿Y tienen más niños?

A esas alturas los otros soldados se aburrían y se fueron. Nos habíamos salvado por la misma pregunta de siempre: “¿Es usted ese don Milan?”. El manuscrito volvió a la maleta intacto, salvo unas cuantas huellas mugrientas y unas páginas arrugadas.

Llegamos a la casa de los Knakal pocos minutos después del toque de queda. Lo primero que hicieron fue poner en nuestras manos un vaso de licor fuerte y al fin pude permitirme tener un colapso nervioso en regla.

Este viaje a Santiago no tenía nada de social. Nuestros amigos en el extranjero estaban preocupados por nosotros y ya habíamos recibido ofertas de trabajo desde

Glasgow, Cambridge y Belfast e, incluso, noticias de un viejo amigo, el escritor Josef Skvorecky de Canadá. Nuestra primera recalada fue en la embajada británica. Los funcionarios nos dijeron que podían emitirnos una visa de inmediato, pero había un obstáculo mayúsculo: no teníamos un documento válido en el cual estamparla y ninguna organización burocrática que se respete iba a poner un timbre en un pasaporte vencido. Así que comenzó nuestro épico viaje en busca de documentos que nos permitieran salir de Chile. A continuación, fuimos a las oficinas de Naciones Unidas, pero lo único que nos podían ofrecer era una confirmación por escrito de que la administración militar no había objetado que dejáramos el país. Este salvoconducto pudo haber sido útil en algún momento, pero lo que necesitábamos con urgencia eran los instrumentos para poder salir efectivamente del país. Fuimos después a la Oficina de Extranjería a averiguar si nos podían emitir un “pasaporte de extranjero residente”. No podían. Hacía mucho que no estaba disponible ese tipo de pasaporte. Nuestro periplo terminó, pues donde había comenzado, en la embajada británica. Volvieron a examinar todas las cartas de recomendación e invitaciones y prometieron hacer una consulta a Londres. Demoraría por lo menos una semana obtener cualquier tipo de respuesta. Esto era una prueba, si es que requeríamos de alguna, de que el nuestro era un caso perdido. Desde un punto de vista administrativo, no existíamos. En nuestra desesperación fuimos, incluso, al Consulado de la India que había asumido la representación nominal de los asuntos de Checoslovaquia. El Cónsul nos miró con comprensión, pero no tenía ayuda que ofrecer. No le habían concedido la autoridad de emitir pasaportes.

En esos días Santiago se veía peor, si fuese eso posible, que durante los días de las revueltas políticas. Todo lo que quedaba del palacio presidencial eran restos carbonizados, como tras la devastación de una larga guerra. Una extraña historia pasaba de boca en boca. Tan pronto como cesó el bombardeo, se asentó el polvo y se apagaron las llamas, un grupo de oficiales entró al palacio. De improviso, uno de los generales blasfemó cuando un pedazo de vidrio cayó y le cortó la mano. Sacó un pañuelo blanco para detener la hemorragia y pocos momentos después lo arrojó al suelo. Ese fue el momento en que el espíritu de la inmortalidad debe haberle susurrado al oído. “¡Recógelo!”, le bramó a un sobresaltado ayudante. Luego de inhalar hondo, el General entonó de modo profético: “Así se preservará para siempre la sangre del primer general que entró a La Moneda caída y será una pieza importante del Museo Militar”. El teniente se dedicó a custodiar con respeto esta valiosa muestra hasta encontrar un estuche adecuado para ella. Entretanto, el cuerpo empapado de sangre del Presidente yacía en alguna parte entre las ruinas.

En esos días, el edificio de las Naciones Unidas presentaba un agudo contraste con el típico aspecto de una sede de la más renombrada organización internacional: Estaba atestado desde el subterráneo hasta el techo con familiares de prisioneros políticos. El *hall* de entrada lleno con gente acostada en sus propios chaquetones, lo mismo las escaleras y así, hasta el último piso. Una muchedumbre

vagaba sin rumbo por los corredores. Grupos de refugiados salían y entraban apresurados de las oficinas; había ruido, confusión y llanto. El pabellón principal con sus paredes revestidas de caoba, anteriormente el suntuoso salón de recepción, contenía ahora una larga mesa. Tras ella estaban sentados unos agobiados funcionarios tratando de resolver todo tipo de problemas. La petición principal, repetida una y otra vez hasta el cansancio, era que la organización promoviera la búsqueda de aquellos que estaban presos o desaparecidos. Los oficiales intentaron comunicarse con los centros de tortura principales ubicados en el Estadio Nacional, pero todo fue en vano. Si los soldados no divulgaban el paradero del esposo a su esposa, aunque ella fuese en persona, mucho menos le iban a dar información a un funcionario anónimo que hablaba mal castellano al otro lado del teléfono. No obstante, el personal de Naciones Unidas siguió acompañando a la gente a la morgue. Allá les iba mejor. Los desesperados gritos de tantas jóvenes mujeres no dejaban margen de duda.

Esos funcionarios realmente trataron de dar lo mejor de sí para ayudar a los refugiados, pero era demasiado para ellos y, más encima, las autoridades chilenas no tenían ningún interés en cooperar. Sin importar adónde fuese la gente de Naciones Unidas, se topaba con actitudes cada vez más arrogantes e, incluso, abierta hostilidad. La confusión que reinaba en la administración de la organización internacional era solo igualada por la Babel de idiomas. Un minuto tras otro llegaban piedras volando a las ventanas, solo para rebotar en la malla metálica protectora. Esos chilenos que estaban afuera todavía exudaban ansias de sangre marxista. Las multitudes que rodeaban el edificio hacían de guardias, gritaban eslóganes, amenazas y no dejaban pasar a nadie. Solo pudimos hacerlo porque nos tomaron por funcionarios europeos. De repente, un muchachito de unos doce años irrumpió en el *hall* de entrada.

–¡Lo hice! –gritó triunfante– pero me pegaron –agregó sobándose el hombro.

Traía unas botellas de leche y una bolsa de pan que se distribuyeron de inmediato. Me di cuenta que estábamos en el lugar equivocado. Aquí no nos emitirían ningún pasaporte y solo perderíamos el tiempo. Comenzamos el regreso a Temuco abatidos y sin saber qué hacer. Pero a diferencia de la gente que estaba en la sede de Naciones Unidas, todavía estábamos a salvo, vivos, sanos y no forzados a pasar a la clandestinidad. A pesar de todo eso, tuve el presentimiento de que nuestra relativa seguridad era ilusoria y destinada a ser flor de un día. El último control militar antes de llegar a Temuco sirvió para confirmar mis temores. Los soldados solicitaron la billetera de Milan. La registraron minuciosamente y por largo tiempo con una linterna examinando cada nota y pedacito de papel. Cuando se la devolvieron, Milan preguntó qué habían estado buscando, pero el soldado se limitó a encogerse de hombros. No lo supimos hasta que llegamos a Temuco. El ejército buscaba billetes viejos de diez pesos. Habían recibido información de que los miristas los usaban como medio de identificación. Milan palideció. Unos amigos le habían regalado exactamente ese billete para la suerte y había estado en su billetera por dos años hasta julio pasado. Peter le había regalado una

nueva para su cumpleaños y Milan había olvidado traspasar el billete. Así que fue solo la ciega fortuna la que hizo que ese billete “de la suerte” no se hubiera convertido en su sentencia de muerte.

Haber escapado a ese guillotino, mucho más preocupante por haber ocurrido de pura casualidad, solo sirvió para confirmar la convicción de que teníamos que preparar nuestra huida lo antes posible. No había manera de saber cuántas otras situaciones imprevisibles habría en el futuro. Consideren lo que pasó con el simple sofá cama que teníamos en el *living*. ¿A quién se le habría ocurrido pensar que tener un objeto tan inocente podría llegar a ser mortal? Pues bien, mientras estuvimos en Santiago allanaron nuestra casa. No fue el usual asalto destructivo. Se hizo presente un grupo de hombres de civil y uniformados que solicitaron permiso para registrar las dependencias. Rosa sacó los niños a la terraza, aferrando fuertemente a su hija contra su pecho mientras “las visitas” inspeccionaban la casa de arriba a abajo, incluso manosearon la cuna de Angélica. Luego de eso interrogaron a Rosa acerca de cualquier huésped que hubiésemos recibido hace poco y en especial si alguien había pasado la noche.

—¿Ustedes tienen un sofá cama, no? —preguntó uno de los oficiales.

—Sí, tenemos uno —respondió Rosa un tanto desconcertada y los condujo al *living* para mostrarles esa maravilla de diseño moderno.

Sacaron la frazada y levantaron el colchón de espuma. Lo miraron desde todos los ángulos, le examinaron centímetro por centímetro e, incluso, lo olfatearon... Luego le preguntaron a Rosa cómo se convertía en cama. Cuando Rosa tímidamente les preguntó qué andaban buscando, le contestaron de manera lacónica: “sangre”. Habían recibido la información de que escondíamos a un funcionario de la CORA. Estaban buscando a todos los funcionarios de esa organización y este en particular estaba herido, por eso revisaron con tanto empeño el colchón. Pensé que lo más probable era que Olga, la empleada de nuestros caseros, le había mencionado a su patrón que teníamos ese sofisticado mueble —diseñado personalmente por Milan y tan poco usual en Chile— y que él de seguro lo había apuntado en su “expediente”. Pero ¿qué hubiera pasado si aparece una manchita en la espuma? ¿Habríamos tenido la posibilidad de explicarlo? ¿Habrían aceptado nuestra explicación? Sentí que me ahogaba. La red que nos rodeaba se estrechaba minuto a minuto. ¿Cómo romperla? ¿Cómo escapar?

EL RÉGIMEN MILITAR SE ENDURECE

Después de lo que pareció un interminable período de miseria y desolación, por fin recibimos buenas noticias: los Cordero habían logrado llegar a Inglaterra. Pero fue mucho después cuando supimos las dificultades que tuvieron que enfrentar para escapar.

Al principio, trataron de acceder a cualquiera de las embajadas que había en Santiago, pero fue inútil. En una ocasión, planearon que Martín apareciera en alguna con un maletín de médico, haciéndose pasar por uno de turno, pero lo descartaron porque la policía estaba demasiado alerta y habría demasiadas preguntas acerca de ese “médico de turno”. Los Cordero se dieron por vencidos cuando tuvieron que desear su intento de poner un pie en la embajada de México. Habían planeado entrar a primera hora de la mañana cuando pasara el camión de la basura, pero por desgracia venía con escolta militar, así que era en extremo peligroso quedarse ahí.

Recordando que uno de sus parientes lejanos vivía cerca, decidieron hacerle una visita. Lo encontraron tomando desayuno. Martín le contó que estaba tratando de salir de Chile sin entrar en mayores detalles, diciendo que solo había perdido su trabajo y que no podía obtener un pasaporte bajo el nuevo régimen. El primo de Martín los invitó a la mesa y les dijo que fueron a ver a su yerno, que trabajaba en una agencia de viajes. Aparentemente, ya había ayudado a mucha gente en semejantes circunstancias. Limpió su cara con la servilleta, la sacudió y solo entonces mencionó de manera casual que ese servicio costaría mil dólares.

Los Cordero lograron reunir el dinero y fue entonces cuando les sonrió la fortuna. Steve y Janet enviaron desde Inglaterra pasajes de avión para toda la familia. El yerno del primo les instruyó que fuesen a la oficina de impuestos a tal hora y preguntaran por cierta persona. Les otorgaron allí documentos falsos que confirmaban el pago total de los impuestos, los mismos que Ruth tan desesperadamente había tratado de obtener en Temuco. Los Cordero entregaron un sobre que contenía fotos de pasaporte e información personal y se les informó que sus pasaportes estarían listos a las seis de la mañana del día siguiente justo cuando se levantara el toque de queda. El funcionario cuchicheó el nombre de la calle donde Martín debería ir a retirar los documentos. Lleno de ansiedad, llegó a la cita a las seis en punto. Estaba muy nervioso, ya que había carros blindados patrullando por las calles. Un hombre solitario merodeaba al frente de un edificio de

oficinas, a esa hora de la mañana era algo bastante sospechoso. Pocos momentos después apareció un rostro tras la ventana y se abrió una puerta. Salió un tipo y le señaló a Martín que lo debía seguir a una cierta distancia. Caminaron por tres cuadras. Cuando el tipo se detuvo, pasó raudo a Martín un sobre que contenía cinco flamantes pasaportes. Con la misma discreción, Martín le pasó un sobre con los mil dólares.

Los pasaportes habían sido elaborados por una organización secreta constituida por funcionarios de alto rango establecida inmediatamente después del golpe. Ellos ya habían ayudado a escapar a un gran número de personas, pero tales riesgos exigían un precio alto.

La nueva realidad chilena ya no era algo que pudiese estudiarse teóricamente y a una distancia prudente: se había abierto paso a través de la vida de todos como una virulenta epidemia. Yendo hacia el soñoliento pueblo de Nueva Imperial nos detuvimos a la orilla del camino. Había algo negro en la zanja. Era un cuerpo, amarrado bajo mucha tensión con alambre de púa como un fardo y cubierto por una nube de moscas negras. Los niños se quedaron con los ojos fijos, fascinados, fotografiando la escena y almacenándola en sus memorias.

En Nueva Imperial había una familia a la que se le había enviado hace poco un hijo bajo arresto domiciliario. Tenía solo veinte años, en septiembre había terminado sus estudios de periodismo y apenas una semana antes del golpe había comenzado a trabajar para la CORA. Lo atraparon a los primeros días. Ahora estaba sentado a la mesa, encorvado y lleno de heridas a medio sanar. Era evidente que ni siquiera sabía dónde estaba. Cada ruido fuerte lo hacía encogerse y cubrirse el rostro con las manos. La familia buscaba con frenesí un pariente adecuado en sus archivos y al fin postularon a un pasaporte suizo. Querían sacar a su hijo del país lo antes posible confiando que lejos de Chile podrían curarse sus traumas y evitar un nuevo apresamiento.

Otro estudiante nos contó cómo había logrado conservar su integridad psíquica mientras estuvo en uno de los barcos que operaban como centro de tortura. Fregaba continuamente toda la cubierta con el escobillón y el trapo, de arriba a abajo sin descanso ni por un solo minuto. Cuando terminaba, partía de nuevo desde cero, siempre que no lo hubiesen golpeado demasiado ese mismo día. Hizo todo lo que estuvo a su alcance para dejar de pensar.

Las fuerzas armadas pasaron ahora a la segunda fase ideológica de su régimen. La llamada “campaña de reconstrucción nacional”. Aunque la primera fase –que consistía en purgar a la sociedad chilena de todos aquellos que, según los militares, no tenían cabida en ella– distaba mucho de haber terminado. De hecho, ambas fases corrían en paralelo. Hasta el momento, miles habían sido torturados, ejecutados, echados a los tiburones o enterrados vivos en las cuevas del desierto. Aquellos de los que nunca se supo nada más, recibieron el apelativo de “desaparecidos”. Aunque quizá debería decirse, “aquellos hechos desaparecer”. Muchos fueron ejecutados “tratando de escapar”, mientras otros murieron en los cuarteles a manos de torturadores profesionales. La mayoría pertenecía

“al pueblo”. Ellos no tenían dónde ir, ni ruta planificada de escape, ni escondites seguros, ni dinero para un pasaje de avión. Carecían de toda experiencia en comportamiento clandestino o en resistencia de guerrillas, ni siquiera sabían cuidarse o cuándo mirar por sobre los hombros por si alguien estaba escuchando. Eran tan inocentes y desprevenidos... daba desesperación. La campaña iba ahora a toda máquina. ¡Patriotas! ¡Chilenos! ¡Traigan su oro, dinero, joyas! ¡Renuncien al sueldo de un día o dos! ¡Himnos, cañones y estandartes!

Las consignas marxistas habían sido reemplazados por fervientes llamados al patriotismo. Cada mañana anunciaban cuánto oro y dinero habían donado los patriotas chilenos al Fondo de Reconstrucción Nacional. Se publicó *El libro blanco*, cuyo propósito era mostrarle al mundo que por más que los métodos del Ejército fuesen estrictos, estaban justificados. Nadie había sido castigado injustamente, solo se había impuesto el nivel de disciplina necesario. El Ejército no cesaría en su esfuerzo por librar a Chile del “flagelo rojo”, como lo puso sucintamente el fiscal militar Podlech: “Buen comunista es comunista muerto”.

A esas alturas, la junta había conseguido varios éxitos diplomáticos. Primero, obtuvo algunos generosos préstamos y, muy poco después, consiguió diferir el pago de las amortizaciones a los bancos internacionales. Todavía más, prometió restaurar los derechos mineros de los estadounidenses junto con su propiedad confiscada. Se rompieron relaciones diplomáticas con Cuba, pero la Junta expresó su irritación cuando el equipo de fútbol de la URSS se negó a jugar en el Estadio Nacional, de donde hacía muy poco se habían retirado los últimos prisioneros.

Los lazos con Europa del Este no fueron por completo abolidos. La Junta no tenía problemas en mantener el comercio de armas con los países socialistas. Checoslovaquia, bajo su gobierno prosoviético, mostró gran interés. Las acciones disciplinarias eran muy costosas en municiones y debían ser repuestas en forma constante. Por desgracia, los suministros de Occidente no llegaban a causa de la indignación pública en la mayoría de esos países.

Yo me había convertido ahora en una observadora decepcionada del escenario social. No me tomó mucho llegar a la conclusión de que el régimen militar era la culminación de todos los males que había sufrido Chile en el pasado. Este país se había convertido en un laboratorio para cualquier tipo de diletante político o investigador ideológico y solo podría salvarse con un esfuerzo concentrado para pacificar una población infectada por un encono mortal. Este odio no era la forma de ser del país y no había estado presente antes de 1970. Pero los generales actuaron de modo diametralmente opuesto y procedieron a perseguir a la gente del modo más cruel e inhumano. Usaron métodos como los de la Gestapo para afianzar su autoridad, apoyaron y estimularon denuncias y se valieron para sus propios fines del extendido conflicto existente entre las diversas facciones. El nivel de desaliento y desesperanza era total. Estadísticas extranjeras conservadoras determinaron en cuatro mil el número de muertos luego de los tres primeros meses del régimen militar. Amnistía Internacional, comprometida para hallar a los desaparecidos, elevó la cifra a cinco mil. Si agregáramos los pobres de las áreas

rurales y de la clase trabajadora enterrados por los suyos en forma privada y que, por tanto, no aparecían en las estadísticas formales, el número sería aún mayor. Pero, al fin y al cabo, no son los números los que cuentan sino el principio de tortura y asesinato, aquí aplicados al propio pueblo.

No comparto la acusación de que Allende sepultó a la democracia chilena, pero sí creo que le cavó la fosa. Se comportó de modo irresponsable, como político y economista. No importa si actuó movido por sus propias convicciones o bajo el estímulo de sus partidarios y asesores perpetuamente en pugna.

Allende era un político que pertenecía a la tradición democrática y tenía su lugar como líder de la izquierda. Como Presidente, se embarcó en la creación de un nuevo sistema de gobierno y, debido a su mal manejo, este desencadenó un irreconciliable conflicto ideológico político. A la postre, le fue imposible hallar un modo de resolver las repercusiones negativas de sus experimentos. No obstante, hay que dejar sentado que su régimen permaneció democrático hasta el último día. Hasta la mañana del golpe, todos los ciudadanos conservaban el derecho de decir lo que quisieran, de criticar, transmitir y publicar en libertad. ¿Y Estados Unidos? La izquierda del mundo lo condenó en el acto. Por supuesto, Estados Unidos usó todos los medios a su disposición, excepto la intervención militar, para suprimir un régimen que consideraba abominable y que ponía en tela de juicio, de modo peligroso, su autoridad. Sin duda que hubo maquinaciones políticas en los corredores del poder y que solo saldrán a luz cuando los políticos de ese tiempo publiquen sus memorias.

El comportamiento de Estados Unidos durante el gobierno de Allende me recordaba al de alguien encargado de atizar la fogata. De vez en cuando arrojaban unas ramitas para avivar la llama y asegurarse que no se apagara. La fogata misma, sin embargo, la habían encendido los chilenos. Si la situación se hubiese seguido desarrollando, es muy probable que los chilenos se percatasen de su error, incluso, sin la ayuda de los estadounidenses, aunque hubiera tomado un poco más de tiempo, posiblemente hasta las próximas elecciones presidenciales. Dos cosas son ciertas: Allende jamás habría abolido las elecciones libres y nunca habría ganado de nuevo. Y ahora Estados Unidos negaba haberse entrometido... Sin duda, cualquier cosa turbia existente en los archivos fue eliminada hace tiempo. En todo caso, aquel país se había desentendido de Chile, Nixon tenía apremiantes asuntos de que ocuparse. El país estaba en medio del escándalo Watergate, ¿por qué se preocuparían de que unos militares tomaran el poder allá en la trastienda de Sudamérica? Después de todo, el gobierno que estaba ahora en el poder les favorecía y era solo cosa de tiempo para que en Europa las protestas se desvanecieran, así que les daba soberanamente lo mismo que en un país de gran desarrollo cultural la democracia ahora estuviese pisoteada, muerta. Todo lo que importaba era que el nuevo régimen no fuese antiestadounidense.

¿Y qué con la Unión Soviética, la otra cara de la moneda del súper poder? Aquí fuimos testigos de un caso único de rara armonía. Desde su punto de vista, las cosas no podían haber salido mejor. La tragedia de Chile había apartado los

ojos del mundo de su propio crimen: la ocupación de Checoslovaquia y la consecuente represión de sus ciudadanos cinco años atrás. Se les obligaba a los trabajadores de las fábricas y de las oficinas a firmar petitorios en apoyo de sus infortunados compañeros chilenos. A causa de esta cínica presión cada checo perdió lo poco de simpatía que pudo haber tenido por el pueblo de Chile. Es preciso decir también que la solidaridad hacia el país oficialmente requerida por los gobiernos de Europa del Este no causó mucha impresión entre los propios chilenos. Lo que Chile necesitaba ahora era que lo comprendieran y lo rescataran.

Las fuerzas armadas estaban convencidas de que todos, excepto los soldados, eran responsables de la crisis que había hundido a la nación. A veces yo llegaba a sentir que la visión ideal que tenían era la de una enorme colonia de familias militares. La democracia yacía en una fosa común, bajo las tronadoras pezuñas de una dictadura mucho más feroz que la de cualquier otra parte, porque en Chile nadie había tenido la experiencia de cómo enfrentarla ni de convivir con ella.

ÚLTIMA NAVIDAD

Los caballeros de civil llegaron de nuevo. Primero charlaron largo tiempo abajo con nuestros caseros, requiriendo información de todas nuestras visitas, cuánto tiempo se quedaban y de cualquiera otra persona con la que estuviésemos en contacto. Querían saber con quiénes habíamos tenido lazos de amistad antes, y cuál era nuestra rutina diaria. El hombre que supuestamente se escondía en nuestro departamento se llamaba Luis Vial y había sido director de INDAP. Milan se había topado una vez con él en una conferencia y esa había sido la dimensión de su encuentro. A mí también me preguntaron, pero ese hombre me era totalmente desconocido. El aspecto más siniestro de todo esto era que ellos sabían muy bien que Luis Vial estaba muerto. ¿Por qué lo estaban utilizando como excusa para interrogarnos y registrar nuestra casa?, ¿detrás de qué andaban en realidad? Uno se sentía prisionero en su propia casa. En Santiago, los Knakal habían organizado una pequeña fiesta y llegamos en medio de ella, cansados y deprimidos de escuchar la misma historia: la embajada inglesa tenía visas listas para nosotros, pero no teníamos documentos válidos en que estamparlas.

En cuanto a la vida social de los ricos, el golpe no le había puesto un punto final, solo le había cambiado el horario. En esos días las fiestas se prolongaban hasta la madrugada, ya que nadie podía marcharse antes de las seis de la mañana. Había soldados en las calles, helicópteros en lo alto, sirenas y balazos, y difuminándose en medio de todo este barullo salía el sonido de la música flotando por las ventanas abiertas de los altillos y los espléndidos chalés rodeados de amplios y floridos jardines. Así tiene que haber sido en Alemania justo antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Todo el mundo viviendo el momento, porque nadie sabía lo que iba a pasar mañana.

¿Quién habría pensado que una fiesta semejante iba a ser nuestra salvación? Nos trasladamos con algunos amigos a otra reunión en el barrio alto de Vitacura. Comenzamos a conversar con una noble dama inglesa, que había estado trabajando en favor de los refugiados. Dijo a la pasada que en alguna parte de la ciudad se encontraba un nuevo representante de la Cruz Roja autorizado a emitir pasaportes de Naciones Unidas, una variante de los pasaportes Nansen para refugiados producidos antes de la guerra. Habiendo seguido tantas pistas que a la postre demostraron ser estériles, nos mostramos, por decir lo menos, escépticos, pero sentimos necesario seguir esta última. Estábamos ya tan familiarizados con todas oficinas internacionales de gobierno y refugiados que yo podría haber ofrecido un *tour*.

A la mañana siguiente nos subimos al carrusel de siempre. Primero el British Council, luego la embajada británica y finalmente un almuerzo con la dama de la noche anterior. Había dado con la dirección de la oficina internacional de la Cruz Roja y nos deseó suerte. Sentía que toda leve esperanza se estaba evaporando. Seguro que se va a tratar de una oficina más, vamos a presentar el salvoconducto a la patrulla militar y dentro del edificio nos encontraremos con la confusión usual de gente desesperada pidiendo asilo. Sin duda volveremos con las manos vacías, pensaba.

Resultó ser una ajada oficina de un antiguo edificio a la orilla del río Mapocho. El sol batía sobre las ventanas mugrientas, ya era casi verano. Detrás de una máquina de escribir estaba sentado el señor Cataldi con la frente bañada de sudor. No se mostró sorprendido en lo más mínimo ante nuestra petición y apenas soltó un suspiro. Luego abrió un cajón y sacó dos hojas de papel blanco con el membrete Comité Internacional de la Croix Rouge. Puso una hoja en la máquina de escribir y anotó los detalles personales pertinentes. La firmó, la timbró abajo y pegó la foto que también timbró. Hizo lo mismo con la otra hoja que me incluía a mí y a los niños. Media hora después salíamos con los “pasaportes” que, teóricamente, nos harían posible viajar a Inglaterra. Incluso, había espacio para visas de otros tres países. Bajé trastabillando la polvorienta escalera de caracol en completo aturdimiento. Apenas creía que no fuese solo un sueño. ¿Sería posible que este prolongado cuento kafkiano fuese a tener un final feliz? Afuera, nos sentamos en los columpios de los juegos infantiles del parque mirando nuestros nuevos documentos sin poder creerlo.

—¿Quieres un damasco? —repetí la pregunta que hace poco le había hecho al señor Cataldi mientras trabajaba en la máquina de escribir sudando con profusión.

Milan estiró la mano temblando. Yo estallé en una risa histérica, el columpio comenzó a oscilar y todos damascos se cayeron de la bolsa. Por alguna razón hallábamos esto absolutamente cómico y no podíamos parar de reír como un par de borrachos. Arriba, el *signore* Cataldi también había intentado meter su mano en la bolsa, pero sin éxito, porque cada vez que iba a agarrar la fruta tenía que atender el teléfono que no paraba de sonar. Vociferaba en italiano en el auricular que estaba sobrecargado de trabajo porque todavía no le asignaban una secretaria. Ahora en el parque con ojos clavados en los flamantes documentos, casi nos lamentamos de no haber incluido más detalles personales interesantes. Después de todo, esta sería la primera y última vez que íbamos a tener la oportunidad de crear una identidad nueva. Nuestros pasaportes de la Cruz Roja causaron gran impresión en la embajada británica.

—¡Gracias a Dios! Ya casi estaba a punto de ponerles la visa en un boleto de micro —suspiró con alivio la amable secretaria de cabello plateado— pero esto luce mucho mejor. Enviaré un télex a Londres. Ya hemos gastado doscientas libras solo en télex a favor suyo, pero no tendrán que pagarlo —nos aseguró.

Luego, todos los funcionarios nos desearon un buen viaje y un próspero futuro en su patria. Esa misma tarde retiramos del banco mil dólares que Mauricio

nos había enviado desde Canadá e hicimos el depósito para los pasajes en barco. Tener divisas era un salvavidas, ya que las compañías navieras no estaban aceptando moneda local debido a la enorme inflación. El Ministerio de Relaciones Exteriores nos emitió entonces un “certificado de libertad de movimiento”. Todo hacía pensar que al fin íbamos a poder abrir un agujero en la red. Yo solo pensaba cuánto demoraría y que fuese lo bastante ancho.

* * *

Vender, empacar y decir adiós. La casa que teníamos en mi país natal había sido saqueada y confiscada y ahora estábamos vendiendo todas las cosas de la que alguna vez soñé como mi casa permanente. Llegó gente a comprar el mobiliario del *living*, comedor y dormitorios. El joven padre Juan de Cholchol se llevó nuestra citroneta y las monjas del convento se quedaron con mi máquina de coser nueva. A Rosa le dimos una cama y algunos muebles, al igual que toda la vajilla, los utensilios de cocina y mucha ropa. Mis hijos instalaron su propia tienda en la terraza vendiendo sus juguetes, libros y revistas. Todos los niños del vecindario llegaron con sus ahorros y se llevaron a casa su botín. También aparecieron los mejores amigos de Peter, Nino y José. Se mostraban inusualmente quietos y tímidos, hasta que revelaron la razón de por qué hacía tanto tiempo que no aparecían. Su padre había estado detenido y había regresado a casa con la cabeza afeitada por ser socialista. Tenía pudor de que lo vieran así y pasaba todo el día tirado en la cama. Los niños tenían vergüenza y creían que nadie más iba a jugar con ellos.

Lo más duro fue despedirnos de los mapuches. Les llevamos gran cantidad de regalos y cada uno recibió aquello que siempre le había robado los ojos: Una linterna, un cuchillo, una mochila, un hacha... También ropa que ya les había quedado chica a los niños, neumáticos, ollas y sartenes.

–Pero ustedes no se van por mucho tiempo –se aseguraban con ansiedad– van de viaje a echar un vistazo y vuelven luego.

Tampoco nosotros nos permitíamos aceptar que jamás regresaríamos y que nunca más en la vida volveríamos a ver Coipuco. Carlos, Gringo y su padre, el viejo Huenchuleo, dejaban caer lágrimas. Milan y su hermano honorario Gringo se miraban uno a otro con rostro demacrado. Las mujeres lloraban, en especial Estela. Les preguntamos cómo lo habían pasado últimamente. Repetían nerviosos que todo había estado en calma en el pueblo, que no había comunistas ni terroristas entre ellos.

El 19 de diciembre Milan entregó el grado de Licenciado en Ciencias Sociales a los estudiantes que habían completado tres años de estudio. Esa tarde, fuimos todos a Cholchol para celebrar junto al río. Comimos, bebimos y disfrutamos como si todo estuviera normal. Los estudiantes tocaban en la guitarra las canciones del torturado y asesinado Víctor Jara. Así acabó la historia.

Todos nuestros bienes terrenales debían ser embutidos en solo cuatro cajas de madera no muy grandes. Ya estaba comenzando a acostumbrarme a viajar

ligera de equipaje de un continente a otro. Todo lo que los niños llevaban eran sus pequeñas maletas rojas de su primer viaje cinco años atrás y una mochila cada uno donde habían puesto el dinero de la venta de sus pocas pertenencias. Con eso pensaban comprar regalos de Navidad en Santiago.

Sí... era Navidad una vez más. Rosa no podía parar de llorar y el gato no quería levantarse de mi vieja chomba sobre la cual yacía en medio de la pieza vacía, en su último pedacito de seguridad. Había mirado con desconfianza a los nuevos arrendatarios que vinieron a dar un vistazo al departamento. El casero, como siempre, llevaba su expresión de recelo, pero su esposa sabía muy bien hacia dónde soplabla el viento y había prometido el lugar a un oficial militar de alto rango. Su esposo, al contrario, temía que no fuese tal vez el arreglo más ventajoso a pesar del prestigio social: con toda probabilidad no podría subirles el arriendo dos veces en el mismo trimestre.

Todos los estudiantes estaban reunidos en el andén del tren nocturno. Fijé mis ojos por última vez en esas ansiosas caras jóvenes y supe que de nuevo dejaba a mi familia atrás. Peor que eso, la dejaba en peligro. Mientras Milan estuvo allí, se hallaban en cierta medida protegidos. Y ahora les volvíamos la espalda. Cholchol, Coipuco, el CERER, la pequeña Angélica de solo cuatro meses, los estudiantes... Cada uno de ellos era como un pedazo de mi alma y mi corazón y todos juntos formaban mi vida. Jamás volvería a vivir algo semejante a estos cinco años de mi residencia en Chile. Lloré y lloré durante toda la noche en el trayecto a Santiago hasta que por último caí, vencida por el sueño, en el regazo de Milan. Soñaba que los soldados venían por Rosa y le quitaban a Angélica, robándose mi preciosa guagua... Ahora era Milan el que me aferraba y me impedía volver atrás. Fue un viaje horrible.

* * *

Pensábamos que el CERER era un capítulo cerrado del cual jamás sabríamos de nuevo, pero estábamos equivocados. El 24 de diciembre nos hallábamos sentados en el jardín de los Knakal después de habernos achicharrado toda la mañana haciendo los últimos arreglos para nuestra partida: obtener visas de tránsito, llenar formularios y clasificar las cajas que debíamos despachar de Santiago a Valparaíso. Ese año en particular, las embajadas, todavía atestadas de refugiados, no hicieron festejos navideños. Fue una escena como extraída de las páginas de una novela inglesa. Se abrió el ventanal y un muchacho avanzó hacia el jardín. Era Aldo, uno de los alumnos de Milan, y uno de los que más le preocupaba dejar atrás.

—Vine a contarles algo —dijo sin preámbulos sentándose en una de las sillas de la terraza— ¿Saben lo que le pasó a Mary?

Conocíamos bien a Mary Márquez, la pareja de Aldo. Vivían juntos en una vieja y desvencijada casa de madera ubicada en medio de un jardín románticamente descuidado. En contraste con Aldo, Mary no era metódica y poseía un temperamento artístico. Su morada estilo Chejov en las afueras de Temuco estaba

llena de colosales pinturas –grandes abstractos de aspecto aterrador– que eran, en lo principal, obra de ella. Combinaba grandes cantidades de colores vibrantes sin preocuparse mucho de la técnica y tendían a descascararse. Ambos habían postulado el año pasado a los estudios de Antropología en el Departamento. Aldo seguía hablando. No nos sostenía la mirada, clavaba sus ojos en los arbustos. Daba la impresión de que leía un guión.

–... nos llevaron detenidos a la comisaría un mes después del golpe. Mary era socialista y ellos sabían que yo era simpatizante de izquierda. Al fin nos soltaron, pero dijeron que tenían que darnos una lección. Me golpearon con dureza –se tocó con mucha cautela la coronilla, donde se asomaba un pedacito de plástico roto, puesto seguramente en una operación– y también a Mary, pero a ella sin piedad. ¿Recuerdan que en esa época les contó que se había caído del techo pintando las ventanas? Era mentira, habían sido los carabineros.

Yo escuchaba boquiabierto. Milan se había quedado pálido como un muerto.

–¡Por qué nadie me contó! –estalló– yo habría... ¡esos hijos de puta!

–Exactamente por eso don Milan. No valía la pena. Habrían clausurado el Departamento y lo habrían arrestado a usted junto con todos los otros estudiantes.

Milan luchaba tratando de entender lo que estaba escuchando y su rostro se encendió de ira. Pensé que le iba a dar un ataque... Estaba tan seguro de que tras su acuerdo con la junta provincial en presencia de Raviola había conseguido timonear el CERER a través de aguas turbulentas, que su cuidadosa postura apolítica había dado frutos y que sus estudiantes –sus niños– habían podido sortear las peores crueldades y atrocidades cometidas por el nuevo régimen. Pero ahora descubría que esta protección había operado en ambos sentidos y que sus estudiantes también lo habían resguardado a él. Por mi parte, me llené de horror y vergüenza. Recordaba cómo me había burlado de Mary. Caerse de una escalera pintando ventanas me había hecho mucha gracia y la molesté sin contemplaciones echándole en cara cuánto había bebido antes de encaramarse. Y la verdad era que la habían azotado los uniformados. Aldo sonreía como si se hubiera sacado un gran peso de encima.

–Bueno, pude decirles todo lo que pasó, ya se van yendo así que no importa. Vine acá al hospital por mi tratamiento.

Tenía razón, ya no importaba. Como tal, el Departamento había dejado de existir. Dios sabría qué iba a pasar el año entrante. El secreto tan cuidadosamente guardado por todos los estudiantes había evitado que cerraran el CERER antes del cierre de semestre para que todos pudieran graduarse. Había sido un secreto muy bien custodiado, incluso para mí. Milan le sirvió un trago a Aldo, le temblaba la mano.

–¡Si solo lo hubiera sabido! –musitaba con furia retenida, en el mismo tono que había usado con los miristas en el pasado.

–Ahora lo sabe y lo puede divulgar en el extranjero, por si a alguien le interesara.

Aldo se levantó. Me pasó un regalo mandado por Jorge, el mejor músico de la clase. Era una grabación de canciones revolucionarias. Esboqué una sonrisa. Al enviarlo, Jorge se había desecho con inteligencia de un gran problema.

–Si cualquiera de ustedes quisiera hacer un doctorado en el extranjero, hángamelo saber y yo lo arreglaré –prometió Milan. Aldo sonrió.

–Adiós, maestro.

Nos abrazamos.

–*Keep in touch* –agregó en inglés desapareciendo por el ventanal. Aldo no era de largas despedidas.

Los Knakal estaban muertos de curiosidad. No podían comprender por qué los estudiantes habían ocultado el incidente a Milan ni tampoco tenían idea acerca del acuerdo entre Milan y la junta provincial. Él era incapaz de explicárselo, estaba en *shock* y profundamente deprimido. Muy poco después entró Honza, el hijo mayor de la casa, con un amigo, así que terminaron las preguntas. Los muchachos estaban en esa edad en que se forman sus propias opiniones acerca de casi todo y, como a menudo sucede, muy rara vez concuerdan con la vieja generación. El amigo se paró triunfante junto a Honza.

–Husmeamos más rotos cochinos –alardeó contento.

–¿De qué estás hablando? –preguntó cortante el padre de Honza, a quien no le gustaba para nada el amigo de su hijo.

–Rotos. Tienen armas y esconden terroristas.

–¿Y qué tiene que ver eso contigo?

–Lo mismo que tiene que ver con cualquier chileno patriota que se preocupa por su país.

–Pero tú ni siquiera eres chileno, ¡eres árabe!

Los ojos del muchacho fulguraron de rabia.

–No soy árabe, mi padre lo era, ¡yo nací en Chile!

Los jóvenes se habían unido a la oposición de derecha cuando los estudiantes hicieron las manifestaciones contra el proyecto de la ENU de Allende y la vida en Santiago, durante los últimos meses, los había adoctrinado mucho más intensamente. Los muchachos como él, además, acompañaban los allanamientos policiales en las poblaciones. El joven Javier había sostenido durante la comida que los rotos no eran ninguna pérdida para el país, ¡todo lo contrario! Mientras menos, mejor; menos bocas que alimentar. Eran la carga más pesada de la economía nacional que, por lo demás, habían arruinado por completo. El próximo invierno iba a haber hambruna.

–¿No te das cuenta de que hablas como un fascista? –le chasqueó Milan, muy molesto. El joven lo miró con frialdad.

–No me gusta cuando me dicen eso –pronunció lento y amenazante– me carga. Si no existieran los rotos, nunca habría ocurrido la revolución y Chile no estaría en la mierda. Nacieron para trabajar y no para meterse en política. Son unos ignorantes que no entienden nada y que repiten lo que les dicen.

Alzando la voz, siguió.

–¡Hasta ahora solo se lo han pasado en manifestaciones y peleas con los carabineros! ¡Ellos comían, mientras nosotros nos moríamos de hambre!

–¿Qué estás diciendo? ¡Tú jamás pasaste hambre! –exclamó Maruchka, que conocía a la familia del niño.

–Yo no, gracias a mi papá –contestó con una voz empapada de sarcasmo– pero mis amigos, buena gente, no tenían durante todo el año nada que comer excepto porotos y tallarines. Pasaban hambre ¡Lo vi con mis propios ojos! Día tras día. Así que ahora esos flojos desgraciados van a tener que trabajar o si no... –hizo con su mano el cortante gesto del degüello– esa mugre debe volver a su lugar, escuchar y obedecer. ¡Tienen que aprender orden y disciplina!

–¿Y quién les va a enseñar el orden y la disciplina? ¿Un arrastrado como tú? –exploté.

Se parecía a un integrante de las Juventudes Hitlerianas de las películas. El joven Honza se veía extremadamente incómodo mientras Maruchka hacía gestos desesperados para que me quedara callada. Y me di cuenta de que un cúmulo de temores había sido reemplazado por otro. Traté de aproximarme al muchacho desde otro ángulo.

–¿Sabes lo que está pasando ahora en los centros de refugiados?

–Lo sabemos y vamos terminar muy luego con eso –contestó Javier fríamente–. Los que los ayudan no tienen idea de lo que pasa y siempre favorecen al lado equivocado. Es lo mismo con las embajadas. No deberían ampararlos sino expulsarlos. ¡Para que paguen por lo que han hecho!

–A nosotros también nos ayudaron.

–¿Y por qué ustedes se están yendo? ¡Justo ahora cuando todo se empieza a arreglar? Si tienen la conciencia limpia no tienen nada que temer.

¡Oh, la soberbia de la juventud! Maruchka rompió en llanto. El padre de Honza ya había soportado suficiente y gritó al par de muchachos que se estaban metiendo en cosas que no entendían y que un buen día se iban a retorcer de vergüenza. Su hijo reclamó, pero Javier, desafiante, lo clavó con el cuchillo de su mirada. Solté un suspiro derrotada... otra nueva generación con ideas rígidas acerca de lo bueno y lo malo. Era tiempo de partir a otra parte donde los jóvenes hubiesen crecido bajo el peso de la historia. ¿Europa quizá?

ÉXODO

El *Rossini*, un transatlántico italiano, un sueño vestido de blanco. Aleteaban en torno suyo las gaviotas como las damas de honor en torno de la novia. O al menos así se veía a la distancia. De cerca, era una vieja lata de conservas oxidada zarpando a su último viaje, un buque mixto que llevaba carga y pasajeros. Pero no importaba. Chile terminaba para nosotros en Valparaíso y el *Rossini* significaba el inicio de la libertad y la paz en Europa.

Estuvimos de pie bajo un calor quemante en una larguísima cola sobre el malecón. La gente trepaba como hormigas por el puente del atracadero y desaparecía en el enorme bostezo de la escotilla de cubierta. Se veía a parte de la oficialidad del barco de pie en el muelle vestida de blanco, desconcertada por la extensión de la lista de pasajeros.

—¡Esto no es un crucero, es un éxodo! ¿Tenemos suficientes sillas para niños?

Realmente no me importaba estar de pie en esta cola, sería la última. A pesar de que el sol de diciembre estaba insoportable y nos movíamos a paso de caracol, sabía que no podrían zarpar sin nosotros. De pronto la cola se detuvo, y se desencadenó el pánico: había llegado el ejército en seis *jeeps*. Era lógico, habían ensayado su entrada para causar el mayor efecto, ya que frenaron bruscamente bajo el puente entre el barco y el atracadero haciendo rechinar los neumáticos y saltaron vociferando exigiendo que se les abriera el paso. Arriba en cubierta apareció el capitán italiano. Tras una áspera disputa los dejó al fin pasar a bordo. Los jóvenes marineros con las manos en los bolsillos, donde se delineaba contorno de un revolver seguían paseándose por el muelle, emitiendo suprema nerviosidad. “¡No tienen derecho a hacer eso!”, la gente que esperaba en la fila comenzó a reclamar con indignación, pero el capitán evidentemente no deseaba provocar un incidente en su último viaje a Chile y, en consecuencia, había suprimido el protocolo internacional. Los oficiales del Ejército insistían en revisar los documentos de todos los pasajeros. Y lo hicieron. Se instalaron en una larga mesa en el comedor del barco y exigieron los pasaportes y documentos asociados de todos los que intentaban embarcarse. Con nuestros pasaportes se mostraron algo confundidos y pasaron largo tiempo examinándolos. Fue solo cuando reconocieron las visas suizas, británicas y francesas firmadas y timbradas en blanco y negro que, a regañadientes, aceptaron su validez. Luego del control de pasaportes nos mantuvieron a todos encerrados en el comedor y solo auto-

rizaron a los pasajeros de primera clase, en su mayoría alemanes, a pasar a sus camarotes. No había aire en el recinto. Unas cuantas mujeres se desmayaron y los niños lloraban. Los hombres se veían pálidos y aterrados. La cacería de los soldados fue recompensada: Hallaron a un polizone en el barco. Gritaba, luchaba e, incluso, trató de arrojarse por la borda. El capitán les protestó a los oficiales, pero fue inútil. El Ejército se largó con su presa. Por fin, los marineros desataron las cuerdas y levaron el puente. Los remolcadores, cual cáscaras de nuez, arrasaban al coloso italiano desde la rada a mar abierto.

—Si el estúpido hubiera dicho algo, lo habríamos escondido entre las máquinas —alcancé a escuchar a un joven oficial lamentándose mientras fijaba su vista en la bahía.

Así que en vez de zarpar tal como estaba programado, a las tres de la tarde, lo hicimos recién a las siete, para llegar a Antofagasta a las ocho de mañana. Allá, el buque atracó por tres horas mientras se cargaba cobre en su barriga. Esa tarde por fin cruzamos la frontera y entramos en aguas peruanas. El buque subía y bajaba como si rodara sobre rocas gigantescas. Los marineros lo llamaron “La escalera de Hércules”. Cuando se anunció por los altavoces que acabábamos de dejar aguas chilenas, hubo tal manifestación colectiva de alivio que remeció el barco entero. Hasta ese momento, muchos hombres que temían ser reportados a la policía, habían vivido en un miedo mortal. Cada detención en un puerto chileno equivalía a horas de tortura para ellos. Habría bastado una sola denuncia, una llamada telefónica...

Pero ahora se desató el infierno. Tan pronto como Chile se convirtió en una oscura línea a la derecha de la nave, los comunistas comenzaron a proferir insultos a los socialistas, responsabilizándolos del desastre. Los socialistas los culpaban a su vez, tratándolos de lacayos de los soviéticos. Tres comunistas y dos miembros del MAPU se trenzaron a puñetazos y tuvieron que ser apartados por sus esposas y la tripulación italiana. Los miristas y trotskistas les gritaban a voz en cuello a todos los miembros de la Unidad Popular, enrostrándoles que había sido su culpa que la revolución en Sudamérica hubiese quedado sepultada para siempre. Luego de eso decidieron apartarse del resto, se atrincheraron en la sala de juego de los niños y comenzaron a cantar melancólicas canciones revolucionarias. Pero ningún chileno podía pasar mucho rato sin una discusión política, que casi siempre comenzaba cuando alguno trataba de establecer quién había cometido el primer error. En el ala izquierda del comedor dieron por fin con la respuesta: “habían sido las masas”. Ignorantes, básicas, sin conciencia proletaria y egoístas. Ellas habían traicionado a los líderes visionarios porque habían sido incapaces de ver más allá del futuro inmediato y se habían mostrado reacias de aniquilar desde el principio a la burguesía. Ahora todo había fracasado y el resultado de su falta de visión los atormentaría en los años por venir.

Claro que, para quedar a la altura del principio marxista de la autocrítica, aceptaron que también ellos habían cometido algunos errores. La campaña y la creación de conciencia de clase no habían sido ni exhaustiva ni adecuadamente

coordinada. Se habían concentrado demasiado en el proletariado urbano, así que no era una sorpresa que los campesinos hubieran sido vulnerables a la explotación de la extrema derecha. Los de extrema izquierda, que durante el día se instalaban en la piscina pequeña de cubierta y en las tardes en el salón de juegos, les recordaban con virulencia a los miembros de la Unidad Popular que habían sido incapaces de reconocer el aumento de la conciencia de política de las masas y su marcha hacia la revolución, tal como se había exhibido durante los últimos meses del gobierno de Allende: Los cordones industriales, las provisiones preferentes de alimentos y los inspectores de las JAP en los municipios. Fuera de toda duda, eso era un despliegue incontrovertible del “Poder Popular”. La historia jamás les perdonaría no haberle proporcionado armas al pueblo, cuando había sido tan obvio que era el momento preciso.

–¡Mamá! ¡Arriba un hombre quiere tirar a otro al agua! –irrupió Peter en el camarote y salió volando de inmediato ansioso de ver en qué iba a terminar el asunto.

Esos interminables debates, acompañados por el infaltable guitarreo y el agua-do y ácido vino italiano, tenían lugar en todas las amplias cabinas o espacios comunes. Sentía como si el *Rossini* fuera llevando a bordo los últimos remanentes del viejo Chile. Golpeado, desmoralizado y amordazado en lo político, el nuevo Chile que dejábamos atrás guardaba silencio.

El buque navegaba con lentitud a lo largo de la costa sudamericana como un bus interurbano. A veces recalaba y cargaba cobre, en otras ocasiones era café, nueces de Brasil o granos de cacao. Las fieles gaviotas se apartaron de él en la isla caribeña de Curaçao. En la distancia se abría el océano Atlántico, las aves aguardarían otra nave y volarían de vuelta al sur sobre sus mástiles.

Ahora tenía delante de mí solo un mar interminable. Nuestra única compañía eran los aviones intercontinentales que pasaban arriba entre las nubes. Observaba sus luces en la noche, el calor del camarote hacía imposible dormir y era grato tenderse en cubierta. Las aeronaves volaban bajo las estrellas camino a Chile. ¿Por qué iban hacia allá? ¿Qué buscaban? ¿Qué había buscado yo y qué había encontrado al fin? ¿Por qué mi corazón, al dejar Chile, se llenaba con más dolor del que había sentido cinco años atrás al dejar Checoslovaquia? Las distantes luces rojas y blancas, muy arriba, me parpadeaban a lo lejos con inocencia como si se mofaran de mí, como si me dijeran adiós...



Jarka Stuchlik y sus hijos, Peter y Lidia, a bordo del *Rosini* en el puerto de Guayaquil después de abandonar Chile en enero de 1974.
Archivo personal de Jarka Stuchlik.

EPÍLOGO

Nuestro viaje llegó a su final en el puerto de Cannes. Una vez más estábamos de pie, confundidos y aturdidos, rodeados por todas nuestras pertenencias encerradas en cuatro cajas, cuatro maletas y un par de bolsos y mochilas. Las cajas llegaron abiertas y considerablemente más livianas. Todo lo que se parecía a bienes domésticos había desaparecido: sábanas, cuchillería, ropa de cama, etc. Por fortuna, los ladrones no se habían interesado en los artefactos mapuches.

Desde Cannes viajamos por tierra a Inglaterra. Nuestros amigos de Cambridge nos acogieron con gran calidez y comenzaron a ocuparse de inmediato en los asuntos prácticos. Nos encontraron una casa amueblada y se le ofreció a Milan un cargo en el Departamento de Antropología y su incorporación oficial a Saint John's College. Pero ante todo debíamos procurarnos ropa de invierno: Europa en febrero nos había pillado por completo desprevenidos. Los niños comenzaron a asistir a la escuela. En Cambridge me sentía como en medio de un sueño o en una boutique de lujo. Mis pensamientos regresaban constantemente hacia Chile y el elegante y civilizado entorno de aquella ciudad universitaria era incapaz de sacarme de la depresión.

–No mires atrás, estás a salvo aquí, debes mirar hacia el futuro –me animaban mis nuevas amistades.

Sin embargo, no podía desprenderme de la sensación de que estaba viviendo fuera de realidad, que era un actor desempeñando un papel mientras mi vida real transcurría en otra parte. Habíamos pasado cerca de un año en Cambridge cuando el doctor Ladislav Holy, un viejo amigo y colega de Milan, se puso en contacto con nosotros. Le pidió que fuese a Belfast y le ayudara a organizar un nuevo departamento de Antropología Social en Queen's University. Se contaba con un jefe de departamento joven y profesores también jóvenes, lo que hacía inapreciable la experiencia de Milan. Un llamado así no podía ser rehusado y así, por tercera vez, Milan contribuyó a estructurar un nuevo departamento de Ciencias Sociales, ahora en Irlanda del Norte, a mundos de distancia de Cambridge.

En ese momento Belfast estaba sumergida en un conflicto sectario entre protestantes y católicos conocido como "the Troubles" ("los Problemas"), que se prolongaría por treinta años. Paradójicamente este nuevo ambiente no me vino tan mal, ya que parecía ser como una continuación de Chile. Aunque aquí había una diferencia crucial: cuando fuimos controlados en la carretera por las patrullas

armadas británicas yo no tuve miedo. Tan pronto como abrí la boca y ellos se dieron cuenta por mi acento de que era extranjera, nos dejaron pasar sin problema.

Comencé a escribir mi manuscrito acerca de Chile unos pocos años después de nuestra llegada a Irlanda del Norte. Cada atardecer le leía a Milan de a uno los capítulos. Mientras más reía, más contenta me ponía. Al mismo tiempo, él me dictaba sus clases para los nuevos estudiantes y preparaba la publicación de *Life on a Half Share* para Cambridge University Press (traducida y publicada en Chile como *La vida en mediería* en 1999).

En 1977 Milan comenzó otro trabajo de campo, esta vez en España en la provincia de Aragón, que se prolongó por tres años. Lo desarrolló durante el verano, en medio de otras vacaciones universitarias. Pero los resultados de su trabajo jamás vieron la luz del día. Inesperadamente, murió en la Navidad de 1980. No fue una bala, una ráfaga o una bomba lo que lo mató. En tan solo tres días sucumbió a causa de un infarto cerebral. Tenía cuarenta y ocho años. La desesperación que sentimos yo y los niños no se puede describir. Ellos, además, estaban a punto de enfrentar exámenes muy importantes y hasta el día de hoy no tengo idea cómo se las arreglaron para aprobarlos.

Para mí fue un tiempo de una abierta agonía interminable. Luego, mis hijos partieron a universidades de Inglaterra y me quedé sola en Belfast. Para no enloquecer me matriculé en Queen's University como estudiante adulto de español y portugués. Luego de graduarme abrí una agencia de traducciones en Belfast que me proporcionó un ingreso hasta 1999. En el año 2000 me mudé a Praga.

Hube de posponer por muchos años el trabajo en mi manuscrito, era incapaz de enfrentar la lectura de mi fuente primaria: las meticulosas anotaciones diarias de Milan. Lentamente se fue formando alrededor mío un círculo de amigos que me apoyó cuando el mundo se había oscurecido bajo una nube negra. Eran compañeros de estudio, vecinos y después casi cualquier extranjero que se avecindara en Irlanda del Norte. Muchos de ellos trabajaron para mí como traductores.

Retomé la escritura en 1986 y dos años después envié el manuscrito terminado a una compañía editora expatriada en Canadá que había prometido publicarlo en checo. Pero no fue así. Todo cambió después de la "Revolución de terciopelo" y la compañía editora cerró sus puertas porque ya no tenía razón de ser. Comencé a deambular entonces con mi manuscrito por las nuevas compañías editoras que habían comenzado a aparecer en Praga, pero nadie me conocía y nadie estaba interesado en una novela acerca de Chile. Todas ellas daban preferencia a la publicación de escritos de los disidentes políticos que, hasta ese momento, habían estado escondidos en cajones.

No fue sino hasta 1997 que una pequeña compañía liderada por un grupo de jóvenes intelectuales aceptó, bajo recomendación de un renombrado traductor y amigo mío, publicarla con el título *Indios, políticos y coroneles. Relato de la vida de una familia checa en Chile 1969-1973*. En general, la novela fue bien recibida, aunque hubo voces de protesta porque yo no había criticado suficientemente a Allende y su experimento socialista. En ese momento, los checos todavía hervían de odio

contra cualquier cosa que remotamente oliera a izquierda y no estaban dispuestos a aceptar mi visión objetiva de ese período de la historia de Chile. De hecho, muchos admiraban a Pinochet por el trato duro que había dado a los comunistas. Regresé a Chile por primera vez justo después de la caída del régimen militar, que ocurrió a solo tres meses de la caída del nuestro. Tras ello, volví a hacer el viaje varias veces. Chile había cambiado enormemente en esos diecisiete años; se había vuelto más moderno y, a su modo, más calmo. Ya no existía ese fervor político previo cuando se trataba de luchar para sobrevivir. Mis amigos no habían cambiado. Al igual que yo, solo habían envejecido. Los recuerdos de los caóticos tres años de gobierno de Unidad Popular, seguidos por la brutal dictadura militar, se habían mezclado en las memorias de las gentes. Algunos defendían a Pinochet como el salvador del país y como el impulsor del consiguiente milagro económico, otros lo condenaban como un asesino sanguinario. Esto de seguro permanecerá como un conflicto irresoluble entre generaciones y se extenderá más a futuro. Sus hijos y nietos expresarán como mucho su estupefacción ante la letal ceguera de sus predecesores que estuvieron dispuestos y ansiosos de sacrificar la democracia en el altar de la ideología marxista. Mi hija tradujo al inglés estos recuerdos de nuestro tiempo en Chile bajo el mando de tres presidentes diferentes y solo ahora esa versión ha sido traducida al castellano. Espero que pueda ser bien recibida.

ÍNDICE

Estudio introductorio por Constanza Dalla Porta Andrade.....	9
Flores de cobre. Chile entre 1969 y 1973	21
Mi llegada a Chile, 30 de junio de 1969.....	23
Muñeca y mi nuevo mundo.....	35
Cholchol	43
Temuco.....	51
Intervención divina.....	57
Expedición a Coipuco.....	67
Diluvios.....	93
El pueblo mapuche.....	99
Las Fiestas Patrias	105
Cambio de mano en la embajada de Checoslovaquia.....	111
Concepción.....	123
Verano bendito.....	137
Rumbo al sur	151
Un <i>ngillatun</i>	161
Comienzan las purgas políticas desde Checoslovaquia	171
La revolucionaria modelo.....	185
Cumpleaños en casa de los Salas	191
Las elecciones presidenciales.....	197
La muerte del general.....	205
Los primeros días del gobierno de Allende	213
La situación se deteriora.....	221
El hambre después del festín	227
Terremotos telúricos y políticos.....	237
Peripecias con el pasaporte	243
Los cacerolazos	249
El volcán	253
El Departamento de Antropología Social	259
Adiós a Cholchol.....	265
La toma del CERER.....	271
Peter y el país se enferman.....	275
El matrimonio de Janet	281

El canto de las flores de cobre	285
El paro de los camioneros.....	295
Allende va a Moscú	307
El ocaso.....	313
El fin de la danza macabra.....	323
Arrestan a Martín.....	335
El terror crece.....	343
Asesinan a Henríquez.....	355
La red se estrecha.....	361
El régimen militar se endurece.....	369
Última Navidad.....	375
Éxodo.....	383
Epílogo.....	387

EDICIONES
DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

TÍTULOS PUBLICADOS
1990-2017

- 40 años, 40 historias. Exiliados chilenos y solidaridad en Holanda* (Santiago, 2015, 193 págs.).
- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Adler Lomnitz, Larissa, *Lo formal y lo informal en las sociedades contemporáneas* (Santiago, 2008, 404 págs.).
- Álbum de Isidora Zegers de Huneeus*, con estudio de Josefina de la Maza, edición en conmemoración del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile (Santiago, 2013).
- Alcázar Garrido, Joan de, *Chile en la pantalla. Cine para escribir y enseñar la historia (1970-1998)* (Santiago, 2013, 212 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo I, 347 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo II, 371 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo III, 387 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo IV, 377 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo V, 412 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo VI, 346 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo VII, 416 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo VIII, 453 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo IX, 446 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo X, 462 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, tomo XI, 501 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XII, 479 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XIII, 605 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XIV, 462 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XV, 448 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo XVI, 271 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur*, 2ª edición (Santiago, 2011, tomo I, 838 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2011, tomo II, 940 págs.).

- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).
- Blest Gana, Alberto, *Durante la Reconquista. Novela histórica* (Santiago, 2009, 926 págs.).
- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Biblioteca de Fundamentos de la Construcción de Chile, cien volúmenes disponibles en www.centrobarrosarana.cl (Santiago, 2007-2013). En preparación.
- Caffarena Barcenilla, Paula, *Viruela y vacuna. Difusión y circulación de una práctica médica. Chile en el contexto hispanoamericano 1780-1830* (Santiago, 2016, 232 págs.).
- Cardoso, Armindo, *Un otro sentimiento del tiempo. Chile, 1970-1973* (Santiago, 2017, 177 págs.).
- Cartes Montory, Armando, *BIOBÍO. Bibliografía histórica regional* (Santiago, 2014, 358 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Cordero Fernández, Macarena, Rafael Gaune Corradi, Rodrigo Moreno Jeria (compiladores), *Cultura legal y espacios de justicia en América, siglos XVI-XIX* (Santiago, 2017, 318 págs.).
- Cornejo C., Tomás, *Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Santiago, 2006, 172 págs.).
- Chihuailaf, Elicura, *El azul de los sueños* (Santiago, 2010, 193 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Santiago y Buenos Aires, 2000, tomo I, 336 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, tomo II, 332 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90* (Santiago y Buenos Aires, 2004, tomo III, 242 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Dirección de Obras Municipales, I. Municipalidad de Santiago, *Santiago sur. Formación y consolidación de la periferia* (Santiago, 2015, 308 págs.).
- Donoso, Carlos y Jaime Rosenblitt (editores), *Guerra, región, nación: La confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (Santiago, 2009, 369 págs.).
- Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. I, 172 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. II, 201 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. III, 143 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. IV, 213 págs.).

- Fernández Canque, Manuel, *ARICA 1868 un tsunami, un terremoto* (Santiago, 2007, 332 págs.).
- Fernández Canque, Manuel, *Arica de antaño en la pluma de viajeros notables. Siglos XVI-XIX* (Santiago, 2016, 598 págs.).
- Fernández Labbé, Marcos, *Bebidas alcohólicas en Chile. Una historia económica de su fomento y expansión, 1870-1930* (Santiago, 2010, 270 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 2002).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2002, *Informes*, N° 5 (Santiago, diciembre, 2003).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2005, *Informes*, N° 8 (Santiago, diciembre, 2006).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2006, *Informes*, N° 9 (Santiago, diciembre, 2007).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2007, *Informes*, N° 10 (Santiago, diciembre, 2008).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2008, *Informes*, N° 11 (Santiago, diciembre, 2009).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2009, *Informes*, N° 12 (Santiago, diciembre, 2010).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2010, *Informes*, N° 13 (Santiago, diciembre, 2011).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2011, *Informes*, N° 14 (Santiago, diciembre, 2012).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2012, *Informes*, N° 15 (Santiago, diciembre, 2013).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2013, *Informes*, N° 16 (Santiago, diciembre, 2014).

- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2014, *Informes*, N° 17 (Santiago, diciembre, 2015).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2015, *Informes*, N° 18 (Santiago, diciembre, 2016).
- Forstall Comber, Biddu, *Crepúsculo en un balcón: ingleses y la pampa salitrera* (Santiago, 2014, 427 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, tomo I, 444 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2008, tomo II, 526 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo primero, 250 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo segundo, 154 págs.).
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).
- González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guamán Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (ed.), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Victimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).
- Humboldt, Alexander von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* (Santiago, 2011, 964 págs.).
- Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).
- Jaksic, Fabián M., Pablo Camus, Sergio A. Castro, *Ecología y Ciencias Naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (Santiago, 2012, 228 págs.).
- Kordic R., Raïssa. *Topónimos y gentilicios de Chile* (Santiago, 2014, 313 págs.).
- León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).
- León, Marco Antonio, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago, 2015, 185 págs.).
- Lira, Rodrigo, *Proyecto de obras completas* (Santiago, 2003, 153 págs.).
- Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, RIL Editores-Centro de Investigaciones Barros Arana, 2003).
- Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).

- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Marsilli, María N., *Hábitos perniciosos: religión andina colonial en la diócesis de Arequipa (siglos XVI al XVIII)* (Santiago, 2014, 156 págs.).
- Martínez C., José Luis, *Gente de la tierra de guerra. Los lípes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial* (Lima, 2011, 420 págs.).
- Martínez L., René, *Santiago de Chile: Los planos de su historia. Siglos XVI a XX, de aldea a metrópolis* (Santiago, 2007, 130 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2ª edición, corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payàs, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago, 2007, 448 págs.).
- Mercedes Marín del Solar (1804-1866). Obras reunidas*, compilación, estudio preliminar y notas críticas de Joyce Contreras Villalobos (Santiago, 2015, 642 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago, 2001, 180 págs.).
- Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Muñoz Delaunoy, Ignacio y Luis Ossandón Millavil (comps.), *La didáctica de la Historia y la formación de ciudadanos en el mundo actual* (Santiago, 2013, 456 págs.).
- Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).
- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Parra, Antonio, *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas*, edición facsimilar. Acompañada de un estudio de Armando García González, *El naturalista portugués Antonio Parra. Su obra científica* (Santiago, 2016, 370 págs. y 244 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Puig-Samper, Miguel Ángel, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y J. Alfredo Uribe (eds.), *“Yammerschuner” Darwin y la darwinización en Europa y América* (Madrid/Santiago, 2015, 350 págs.).

- Recabarren, Floreal, *La matanza de San Gregorio 1921: Crisis y tragedia* (Santiago, 2003, 117 págs.).
- Rengifo S., Francisca, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Santiago, 2012, 340 págs.).
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rojas Flores, Jorge, *Las historietas en Chile 1962-1982. Industria, ideología y prácticas* (Santiago 2016, 549 págs.).
- Rosenblitt, Jaime (editor) *Las revoluciones americanas y la formación de Estados Nacionales* (Santiago, 2013, 404 págs.).
- Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile* (Santiago, 2014, 209 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del “crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)”* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Ciencia-mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (Santiago, 2010, 342 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, José Ignacio González Leiva y José Compan Rodríguez, *La política en el espacio. Atlas histórico de las divisiones político-administrativas de Chile 1810-1940* (Santiago, 2016, 334 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y Rodrigo Moreno Jeria (coordinadores), *El Mar del Sur en la historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico* (Santiago, 2015, 562 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Daniel Palma A, Christian Báez A y Marina Donoso R., *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 291 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Micaela Navarrete A., *Para amar a quien yo quiero. Canciones femeninas de la tradición oral chilena recogidas por Rodolfo Lenz* (Santiago, 2012, 234 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).
- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El canto a lo poeta: a lo divino y a lo humano. Análisis estético antropológico y antología fundamental* (Santiago, 2009, 581 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El cuento tradicional chileno. Estudio estético y antropológico. Antología esencial* (Santiago, 2012, 522 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad* (Santiago, 2010, 173 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad*, 2ª edición (Santiago, 2015, 178 págs.).

- Serrano, Sol, *Universidad y Nación* (Santiago, 2016, 308 págs.).
- Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).
- Steffen, Hans, *Problemas limítrofes y viajes de exploración en la Patagonia. Recuerdos de los tiempos del litigio limítrofe entre Chile y Argentina*, traducción y notas al margen Fresia Barrientos Morales y Wolfgang Staub (Santiago, 2015, 314 págs.).
- Tafra, Sylvia, *Diamela Eltit: El rito de pasaje como estrategia textual* (Santiago, 1998, 102 págs.).
- Tampe, Eduardo S.J., *Catálogo de jesuitas en Chile (1593-1767)* (Santiago, 2008, 304 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004* (Santiago, 2005, vol. I, 443 págs.).
- Tesis Bicentenario 2005* (Santiago, 2006, vol. II, 392 págs.).
- Timmermann, Freddy, *Violencia de texto, violencia de contexto: historiografía y literatura testimonial. Chile, 1973* (Santiago, 2008, 195 págs.).
- Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago, 2009, 338 págs.).
- Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Torres, Isabel, *La crisis del sistema democrático: las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes. Chile 1958-1970* (Santiago, 2014, 421 págs.).
- Urbina Carrasco, M^a Ximena, *La frontera de arriba en Chile colonial* (Santiago, 2009, 354 págs.).
- Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Urrutia, María Eugenia, *Rosamel del Valle, poeta órfico* (Santiago, 1996, 119 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Varas, Augusto y Felipe Agüero, *El proyecto político-militar* (Santiago, 2011, 261 págs.).
- Vico, Mauricio, *El afiche político en Chile, 1970-2013* (Santiago, 2013, 185 págs.).
- Vico, Mauricio, *Un grito en la pared: psicodelia, compromiso político y exilio en el cartel chileno* (Santiago, 2009, 215 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Santiago, 2006, 196 págs.).
- Villena Araya, Belén (directora), Fray Félix José de Augusta, *Diccionario mapudungún-español. Español-mapudungún* (Santiago, 2017, 628 págs.).
- Viu Antonia, Pilar García, *Territorios del tiempo, historia, escritura e imaginarios en la narrativa de Antonio Gil* (Santiago, 2013, 270 págs.).
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- Whipple, Pablo, *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano* (Lima, 2013, 220 págs.).

Y se va la primera... conversaciones sobre la cueca. Las cuecas de la Lira Popular, compilación Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2010, 318 págs.).

IOTECA DARWINIANA

Darwin, Charles, *Observaciones geológicas en América del sur*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2012, 464 págs.).

Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Apéndices* (Santiago 2013, 360 págs.).

Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Diarios*, traducción de Armando García González (Santiago 2013, 584 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA COLONIA

Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).

Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, dos tomos, 800 págs.).

Vol. IV *Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia*, estudio preliminar de Luis Millones (Santiago, 2007, 404 págs.).

Vol. V *Escribanos de Santiago de Chile. Índice descriptivo (1559-1600)*, estudio preliminar de Marcello Carmagnani (Santiago, 2014, dos tomos 1016 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA

Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Vol. VIII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T., primera reimposición (Santiago, 1997, 577 págs.).

- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León León (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX “... *I el silencio comenzó a reinar*”. *Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulián (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del “Cielito Lindo” a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. XX *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. XXI *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. XXII *Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931, 463 págs.).
- Vol. XXIV *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. XXV *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. XXVI *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1054 págs.).
- Vol. XXVII *Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).

- vol. XXVIII *Epistolario de Miguel Gallo Goyonechea 1837-1869*, selección y notas Pilar Álamos Concha (Santiago, 2007, 810 págs.).
- Vol. XXIX *100 voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*, compiladoras Wally Kunstman Torres y Victoria Torres Ávila (Santiago, 2008, 730 págs.).
- Vol. XXX *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2009, tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935, 482 págs.).
- Vol. XXXI *El mercurio chileno*, recopilación y estudio Gabriel Cid (Santiago, 2009, 622 págs.).
- Vol. XXXII *Escritos políticos de Martín Palma*, recopilación, estudios Sergio Villalobos R. y Ana María Stiven V. (Santiago, 2009, 422 págs.).
- Vol. XXXIII *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*, compilación, estudio introductorio y notas Raimundo Meneghello M., prólogo Santiago Aránguiz P. (Santiago, 2010, 372 págs.).
- Vol. XXXIV *Pablo Neruda-Claudio Véliz, Correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970*, selección, estudio preliminar y notas Abraham Quezada Vergara (Santiago, 2011, 182 págs.).
- Vol. XXXV *Epistolario de Alberto Blest Gana*, recopilación y transcripción dirigidas por José Miguel Barros Franco (Santiago, 2011, tomo I, 804 págs., tomo II, 1010 págs.).
- Vol. XXXVI *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia. Argentina, Chile y Perú*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2013, 340 págs.).
- Vol. XXXVII *Calles caminadas, anverso y reverso*, estudio y compilación Eliana Largo (Santiago, 2014, 552 págs.).
- Vol. XXXVIII *Domingo Santa María González (1824-1889). Epistolario*, estudio y compilación Álvaro Góngora Escobedo (Santiago, 2015, 1136 págs.).
- Vol. XXXIX *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia de los países bolivarianos (Colombia, Venezuela, Panamá, Bolivia y Ecuador)*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2015, 432 págs.).
- Vol. XL *Epistolario de Manuel Montt (1824-1880)*, estudio preliminar, recopilación, transcripción y notas Cristóbal García-Huidobro Becerra (Santiago, 2015, tomo I, 1082 págs., tomo II, 960 págs.).
- Vol. XLI *Fuentes para la historia sísmica de Chile (1570-1906)*, estudio preliminar, selección, transcripción y notas Alfredo Palacios Roa (Santiago, 2016, 354 págs.).
- Vol. XLII *Un viaje a las colonias. Memorias y diario de un ovejero escocés en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego (1878-1898)*, investigación, estudio introductorio y comentarios Alberto Harambour R., traducción Mario Azara y Alberto Harambour, transcripción Mario Azara (Santiago, 2016, 178 págs.).
- Vol. XLIII *Flores de cobre. Chile entre 1969 y 1973*, de Jarka Stuchlik, con un estudio introductorio de Constanza Dalla Porta Andrade, traducido por Gorgias Romero y Willie Barne en colaboración con la autora (Santiago, 2017, 392 págs.).

COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).

- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristalersos: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. XIX Gonzalo Piononka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999* (Santiago, 1999, tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741", 480 págs.).
- Vol. XX Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).

- Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. XXVII Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. XXVIII Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. XXIX José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).
- Vol. XXX Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).
- Vol. XXXI Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. XXXII Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. XXXIII Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. XXXIV Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. XXXV Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. XXXVI Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. XXXVII René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. XXXVIII Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. XXXIX Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. XL Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).
- Vol. XLI Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943*, traducción de Doina Dragutescu (Santiago, 2006, 244 págs.).

- Vol. XLII Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX* (Santiago, 2006, 270 págs.).
- Vol. XLIII Roberto Santana Ulloa, *Agricultura chilena en el siglo XX: contextos, actores y espacios agrícolas* (Santiago, 2006, 338 págs.).
- Vol. XLIV David Home Valenzuela, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el 'Asilo de la Patria'* (Santiago, 2006, 164 págs.).
- Vol. XLV María Soledad Zárate C., *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Santiago, 2007, 548 págs.).
- Vol. XLVI Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, traducción de Pablo Larach (Santiago, 2007, 390 págs.).
- Vol. XLVII Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, traducción de María Teresa Escobar (Santiago, 2008, 318 págs.).
- Vol. XLVIII Mauricio F. Rojas Gómez, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875). Atentados sexuales, pendencias, bigamia, amancebamiento e injurias* (Santiago, 2008, 286 págs.).
- Vol. XLIX Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago, 2009, 342 págs.).
- Vol. L Consuelo Figueroa Garavagno, *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Santiago, 2009, 152 págs.).
- Vol. LI Macarena Ponce de León Atria, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (Santiago, 2011, 378 págs.).
- Vol. LII Leonardo León Solís, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (Santiago, 2011, 816 págs.).
- Vol. LIII Verónica Undurraga Schüller, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (Santiago, 2013, 428 págs.).
- Vol. LIV Jaime Rosenblitt, *Centralidad geográfica, marginalidad política: la región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841* (Santiago, 2013, 336 págs.).
- Vol. LV Pablo Rubio Apiolaza, *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990* (Santiago, 2013, 346 págs.).
- Vol. LVI Stefan Rinke, *Encuentro con el yanqui: norteamericanización y cambio cultural en Chile 1898-1990* (Santiago, 2013, 586 págs.).
- Vol. LVII Elvira López Taverne, *El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia (1817-1860)* (Santiago, 2014, 336 págs.).
- Vol. LVIII Alejandra Vega, *Los Andes y el territorio de Chile en el siglo XVI: descripción, reconocimiento e invención* (Santiago, 2014, 324 págs.).
- Vol. LVIX Jaime Valenzuela Márquez, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano* (Santiago, 2014, 470 págs.).
- Vol. LX William Sater, *Tragedia Andina. La lucha en la Guerra del Pacífico. 1789-1884* (Santiago, 2016, 302 págs.).
- Vol. LXI Javier E. Rodríguez Weber, *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política* (Santiago, 2017, 415 págs.).

- Vol. LXII Mauricio Onetto Pavez, *Temblores de tierra en el jardín del Edén. Desastre, memoria e identidad. Chile, siglos XVI-XVII* (Santiago, 2017, 472 págs.).
- Vol. LXIII Samuel J. Martland, *Construir Valparaíso: Tecnología, municipalidad y Estado, 1820-1920* (Santiago, 2017, 250 págs.).

COLECCIÓN ESCRITORES DE CHILE

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, cinco tomos, c + 4134 págs.).
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

COLECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).

- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).
- Vol. VI Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).
- Vol. VII Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).
- Vol. VIII Victoria Castro, *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur* (Santiago, 2009, 620 págs.).

COLECCIÓN IMÁGENES DEL PATRIMONIO

- Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DEL FOLKLORE

- Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).
- Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).
- Vol. III *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Daniel Palma A. (Santiago, 2008, 726 págs.).
- Vol. IV *Si a tanta altura te subes. "Contrapunto" entre los poetas populares Nicasio García y Adolfo Reyes*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2011, 530 págs.).

COLECCIÓN ENSAYOS Y ESTUDIOS

- Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).
- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).
- Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).
- Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).
- Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).

- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).
- Vol. VII Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).
- Vol. VIII Marcello Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800* (Santiago, 2006, 124 págs.).
- Vol. IX Horacio Zapater, *América Latina. Ensayos de Etnohistoria* (Santiago, 2007, 232 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de quinientos ejemplares, en el mes de septiembre de 2017
en Salesianos Impresores S.A.
Santiago de Chile

La colección *Fuentes para la historia de la República* es un repertorio documental creado en la noción de que la concepción actual de la historia requiere de nuevos tipos de fuentes que cubran todos los aspectos del pasado; no solamente los documentos oficiales y gubernativos, los papeles de estadistas y próceres sino, también, los testimonios de la vida privada, las costumbres, el arte, el pensamiento, las mentalidades y tantos otros temas que conforman la vida entera. La historia entera.

A través de esta colección, la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos contribuye a acrecentar y difundir el patrimonio cultural de la nación, cumpliendo así con la obligación moral contraída con la cultura del país.

Jarka Stuchlik nació en Checoslovaquia junto con el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Siendo una niña, fue testigo del golpe de Estado que puso a su país bajo la hegemonía soviética. Ya como joven madre de dos niños, presencié de cerca los acontecimientos de la Primavera de Praga y su represión en 1968. Luego partió a Chile a reunirse con su marido, el antropólogo Milan Stuchlik, que realizaba estudios de campo en la comunidad mapuche de Coipuco. La tranquilidad que esperaba hallar nunca llegó. Se encontró con un país fracturado por las pasiones políticas, que culminaron en el golpe de Estado de 1973. Los siguientes veinticinco años vivió en Belfast, donde la guerra no declarada entre católicos y protestantes la privó del anhelado sosiego. En aquella ciudad, en 1980, falleció su marido. El círculo de la vida se completó en 2002, cuando regresó a la República Checa después de la caída del régimen comunista. Este libro es una narración del Chile entre 1969 y 1973. El punto de vista es el de una mujer que se enfrenta a una lengua y una cultura extrañas, preocupada del bienestar de su familia, angustiada por los acontecimientos en su país, sensible al dolor ajeno y con una mirada de severo realismo que estremece.

